José María Rodríquez Méndez

Teatro escogido

Primera edición, septiembre 2005

© José María Rodríguez Méndez
© De los estudios e introducciones: sus autores
© AAT para esta edición

Diseño Portada: Martín Moreno y Pizarro
Edita: Asociación de Autores de Teatro

Obra completa. ISBN: 84-88659-60-1
Tomo I. ISBN: 84-88659-58-X
Depósito Legal: GU: 418/2005

ÍNDICE

Índice

Presentación por Jesús Campos García 7

Introducción de Domingo Miras 9

Bibliografía de Virtudes Serrano 61

Vagones de madera 73
Introducción de Gregorio Torres Nebrera 75
Texto de la obra 83

Los inocentes de la Moncloa 137
Introducción de M.ª Francisca Vilches de Frutos 139
Texto de la obra 147

La vendimia de Francia 197
Introducción de Bernardo Antonio González 199
Texto de la obra 205

La batalla del Verdún 261
Introducción de Ricard Salvat 263
Texto de la obra 271

La Mano Negra 333
Introducción de César Oliva 335
Texto de la obra 343

Los quinquis de Madriz 409
Introducción de Antonio Fernández Insuela 411
TExto de la obra 421

La marca de fuego 489
Introducción de Cerstin Bauer-Funke 491
Texto de la obra 497

Presentación

El ejercicio de esta profesión produce efectos muy distintos entre quienes frecuentan tales derroteros. Los hay que abandonan tras las primeras jornadas, aunque los más perseveran, pese a la hostilidad o al ninguneo con que el medio teatral obsequia a sus autores; así, muchos modifican sus posiciones yendo al encuentro de un público siempre difícil de encontrar; otros guadianean, con una actividad intermitente, como si necesitaran hundirse en el silencio para respirar, y los menos se enriscan y fortifican en la defensa de sus principios sin concederse tregua ni relajo, por más que tal actitud pueda incluso operar en su contra. Entre estos aguerridos está José María, asceta donde los haya y al que ni los rigores de la dictadura ni el relajo de las posmodernidad hicieron mella, firme en su posición de escritor comprometido, con una determinación que lo convierte en ejemplo de cuantos le seguimos.

La circunstancia de que la publicación de su obra coincida con el estreno de *Flor de Otoño,* uno de sus textos más emblemáticos –el cual será puesto en escena por el Centro Dramático Nacional–, nos anima a pensar que, aunque con tardanza, finalmente se le hará justicia, reconociéndose la importancia de su aportación al teatro.

Es por esto por lo que editar estos volúmenes con los mejores textos de quien ya es socio de honor de esta Asociación es para la AAT y para nosotros, sus compañeros, un honor.

Jesús Campos García
Presidente de la Asociación de Autores de Teatro

VAGONES DE MADERA

Aquí paso lo de siempre: han muerto cuatro romanos y cinco cartagineses.

Del *Romancero gitano*

Estrenada en el Teatro Candilejas de Barcelona, el 21 de diciembre de 1959, por el Teatro Español Universitario, con el siguiente

REPARTO

Valencia	Roberto Martín
Estella	Pablo Zabalbeascoa
Torero	Francisco Jover
Luis Triana	Jesús Colomer
Navaja	Julián Mateos
Ferminillo	Francisco Sapena
Alvar González	Juan Ollé
Pablo Díaz	Enrique Arredondo
Un mozo	Pedro Murillo
El cabo	Juan Segura Palomares
El sargento	José Luis G. Samaniego
Un soldado	N. N.

Dirección
JOSÉ M.ª LOPERENA

Personajes

VALENCIA
ESTELLA
TORERO
LUIS TRIANA
NAVAJA
FERMINILLO
ALVAR GONZÁLEZ
PABLO DÍAZ
UN MOZO
EL CABO
UN SARGENTO
UN SOLDADO

En España, por los años de 1921

ACTO PRIMERO

LOS VALIENTES

Interior de un vagón de mercancías cerrado. A través de las junturas se filtra la luz del atardecer. Se destacan los perfiles de los soldados. En la pared, apoyadas, varias maletas y fusiles. Hay colgado un trozo de pañuelo con los colores nacionales. También un letrero con tiza que dice: «¡Vivan los quintos de 1921!».

(A la izquierda, sobre una mesa formada por varias maletas y sentados, juegan a las cartas el Torero, Navaja, Ferminillo *y* Luis Triana. *En el centro,* Valencia *está encendiendo un farol que apoya en una maleta.* Alvar González *duerme envuelto en una manta.* Estella, *sentado sobre una maleta, mordisquea, en un rincón, un trozo de pan, y* Pablo Díaz *rasguea una guitarra mientras tararea deshilvanados cuplés que nadie escucha. Ruido decreciente de tren en marcha.)*

Valencia.– *(Maniobrando la ruedecilla del farol.)* ¡De qué buena gana lo estrellaba! El maldito no quiere alumbrar. Sí, por mi madre que lo estrellaba en la cabeza de alguien. ¡Vaya si lo estrellaba!

Estella.– *(Sin dejar de mordisquear.)* Guárdate la bravura para luego. Te regalamos el farol, si quieres, para que lo estrelles en la cabeza de Abd-El-Krim.

Valencia.– ¿Abd-El-Krim? ¡Bah! Con mejor gusto lo estrellaría en otras cabezas. En otras. En la de Abd-El-Krim, no.

ESTELLA.– Pues en la cabeza coronada, si te parece. ¿Eso quiere decir?
VALENCIA.– ¡Maldita sea mi estampa! Cómo la haría. Te juro que...
TORERO.– Si no viene ese farol, no podemos seguir. Nos vuelven a dar órdago a ciegas, Luisillo.
L. TRIANA.– Pero ¿qué pasa con ese farol?
VALENCIA.– ¿Qué? ¿Es que soy vuestro mozo acaso? ¡Mira tú que...! Encima que estoy aquí secándome los pulmones... ¡Se habrán creído!...
TORERO.– Yo no sigo.
NAVAJA.– Se ve todavía.
TORERO.– Verás tú. Lo que es yo...
NAVAJA.– Cuando se quiere ver, se ve. Si no quieres, es otra cosa.
TORERO.– Quiera o no quiera, no sigo. Y ya está. ¿Qué pasa?
FERMINILLO.– Dejamos de jugar. A mí me duelen los ojos. ¿Cuánto hemos perdido, Navaja?
L. TRIANA.– ¿Perdido? «Ganado» querrás decir.
FERMINILLO.– ¿Ganado? Para mí todo es pérdida. ¿Crees que podemos ganar ni tú, ni yo, ni nadie? Perder. Sólo perder. ¡Bah, qué más da!...
TORERO.– Sí, pero de momento os lleváis más de cien reales.
FERMINILLO.– Te los regalo. Te los tiro a la cara.
VALENCIA.– *(Enseñando el farol.)* Bueno. Ya está el farol. ¿Qué os parece?
ESTELLA.– No durará toda la noche.
TORERO.– Has hecho una luz fetén, Valencia. Cómo se ve que entiendes. Da gusto verse las caras así. *(Señalando a* ALVAR.*)* Y el tío ese roncando todavía. ¡Chico, qué manera de roncar!...
VALENCIA.– Y pone una cara. Cara de cuchillo. Sonrisa de niño criminal.
NAVAJA.– Estará soñando que ya está metido en bureo. Que está degollinando moros. ¿Dónde está el botijo?
VALENCIA.– No le despiertes, hombre. Déjale que duerma.
TORERO.– ¿Y si no quiero que duerma?
VALENCIA.– Pues a lo mejor lo quiero yo.
ESTELLA.– ¡Ooo...lé!
L. TRIANA.– ¡Vivan los heroicos soldaditos!
TORERO.– *(Da un cachete en el cogote de* TRIANA.*)* Mira que te sacudo.
L. TRIANA.– ¡Vamos, anda...!
TORERO.– *(A* PABLO DÍAZ, *que sigue canturreando.)* ¡Y tú, cupletista, a ver si dejas esa monserga...!

NAVAJA.– *(A* TORERO.*)* Por lo visto te has creído que vas a ser aquí el guapo.
TORERO.– Aquí, allá y donde se me pone en las narices... soy lo que me da la gana.
VALENCIA.– Te pareces a uno de mi pueblo. ¿Sabes dónde acabó?
TORERO.– No me importa. Que acabara donde le saliera... Lo que yo quiero es vino. ¿Dónde está la bota?
PABLO DÍAZ.– *(Dejando de tocar.)* Si se trata de vino, ya es otra cosa. Hablando se entiende la gente. Aquí tengo la bota.
TORERO.– Entonces, chaval, sigue cantando mariconerías y trae aquí la bota.

*(*PABLO DÍAZ *tira la bota a* TORERO*, que bebe, se limpia y la pasa a* VALENCIA*, quien a su vez la va pasando a los demás, que beben. Al final vuelve la bota a* TORERO*. Se acerca éste a* ALVAR GONZÁLEZ*, que sigue dormido, e intenta enchufarle la bota a la cara.)*

ESTELLA.– *(Interponiéndose.)* ¡No, hombre, no! Déjale.
TORERO.– ¡Me da la gana y tú te callas!
ESTELLA.– ¡Pues no me da la gana a mí!
TORERO.– ¡Te doy en la boca!
ESTELLA.– ¡Vas a dar tú...!
VALENCIA.– *(Separándoles.)* ¿Qué pasa? ¿Pasa algo? ¿Quién quiere lumbre?
L. TRIANA.– Déjales que se sacudan. Se desahogan.
ESTELLA.– ¿Quién ha dicho eso?
L. TRIANA.– *(Desde el fondo oscuro del vagón.)* El comendador.
TORERO.– Hombre, sal aquí, que no te vemos bien. Que no te vemos, hombre. ¡Sal, haz el favor!
NAVAJA.– *(Plantándose ante el* TORERO.*)* Aquí estoy yo. ¿Qué pasa?
L. TRIANA.– *(Plantándose a su vez.)* Oye, en mis asuntos no se mete nadie. Que no se mete nadie te digo.
NAVAJA.– *(Remedando.)* Que no se mete nadie. Toma. *(Le mete el gorro hasta las orejas.)*
L. TRIANA.– *(Cegado, da unos golpes en el vacío. Voltea los brazos como jugando a la gallina ciega. Todos ríen alrededor. Él se quita el gorro y acaba riendo también. Cae al suelo rodando.)* Os voy a partir la boca uno a uno.

TODOS.– *(Coreando a* PABLO DÍAZ.*)* «Y ven, y ven y ven y vente conmigo a la cama... La-lala-lar-larla...

*(*FERMINILLO *coge la bota y le enchufa vino a la cara. El otro abre la boca y bebe con avidez. Vuelven a beber todos. Se sientan en corro y permanecen de pronto callados. Se oye el silbido del tren y el traqueteo de la madera. Silencio.)*

L. TRIANA.– Pues ya es de noche.

NAVAJA.– Como boca de lobo.

PABLO DÍAZ.– Y empieza a hacer frío.

TORERO.– *(Que sigue con la bota en la mano.)* No temas, chaval. Aquí hay calor.

VALENCIA.– Pero se está acabando.

ESTELLA.– La llenamos en el primer pueblo. Yo me encargo.

L. TRIANA.– Es la primera noche que pasa uno fuera de su tierra.

FERMINILLO.– No os pongáis sentimentales. Pablo, dale a la guitarra.

PABLO DÍAZ.– Dale tú. Yo no tengo ganas.

NAVAJA.– ¿Por dónde andaremos ahora?

TORERO.– Acabamos de pasar por un pueblo que le dicen Manzanares. Estamos en la Mancha.

PABLO DÍAZ.– ¡Pues vaya un frío que hace en la Mancha!

TORERO.– Eres un friolero. *(Pausa.)* Parece mentira. Total hace sólo un día que salimos cada cual del pueblo, como quien dice, para degollar moros, y parece que nos conocemos de toda la vida. Hasta me parece que tenéis cara de gente conocida. Caras de parientes.

PABLO DÍAZ.– Caras de muertos.

NAVAJA.– *(Enfadado.)* ¿Por qué dices eso ahora?

PABLO DÍAZ.– Por nada.

ESTELLA.– Pues ten cuidado, no te pongamos al fresco colgado como un jamón.

TORERO.– No está mal la idea.

NAVAJA.– El único que falta en la reunión es ése, el motilón ese. Me parece que ya sería hora de que se despertara. ¿No?

VALENCIA.– Eso me parece. También está bonito eso de dormir mientras los demás velan.

NAVAJA.– Y que el tío nada más salir se envolvió en las mantas y ahí está, más frito que mi difunto abuelo.

PABLO DÍAZ.– Ahora eres tú el que mienta muertos.

NAVAJA.– Pero yo miento lo que se me antoja, lo que se me pone en las narices. Mira tú.

ESTELLA.– ¿Vamos a empezar otra vez?

NAVAJA.– Y a ti, navarro, te digo que ya me estás jorobando demasiado.

PABLO DÍAZ.– Pues si seguís así de bravos cuando lleguemos a África, Abd-El-Krim, nada más veros, va a echar a correr.

TORERO.– Otro que está pidiendo que le rompamos su querida guitarra en la cabeza.

FERMINILLO.– Chico, aquí no se va a poder hablar.

TORERO.– ¿Quién ha dicho eso? ¡Valencia!, el farol se apaga.

VALENCIA.– *(Descolgando otra vez el farol.)* Cuando yo digo que estrellaría el trasto inútil este en alguna cabeza.

TORERO.– Hombre, pues espera a que venga el sargento a pasar lista.

VALENCIA.– *(Riendo.)* Y que ahí sí que había que alumbrar. Ni farolazos que necesita esa cabeza.

FERMINILLO.– En eso sí que os ayudaba.

VALENCIA.– Y ya que no podemos partirlo en la cabeza del tío de la corona, lo partíamos en uno de sus representantes, aunque sea un gañán de la Almunia.

TORERO.– ¡Ooo...lé! Eso es luz. ¿Dónde aprendiste, Valencia, a encender faroles?

*(*PABLO DÍAZ, FERMINILLO *y* LUIS TRIANA *tararean un pasodoble.)*

VALENCIA.– *(Quitándose el gorro.)* Gracias a la afición. Pues sí, me pasé la vida haciendo faroles.

NAVAJA.– Y los que te quedan por hacer.

*(*LUIS TRIANA *se ha levantado y va hacia el que duerme.)*

TORERO.– *(Señalándole.)* ¿Dónde va ése?

PABLO DÍAZ.– Eh, Luisillo, ¿qué vas a hacer?

LUIS.– Dejarme...
VALENCIA.– No le despertéis, hombre.
NAVAJA.– Pero ¿qué te ha dado a ti? ¿Es que nos vamos a pasar todo el viaje sin saber si habla o no habla, si vive o es un... fantasma?
TORERO.– Claro. Puede que esté enfermo. No es natural tanto roncar, digo yo...
VALENCIA.– A uno de mi pueblo ya le pasó que estuvo durmiendo quince días y se marchó al otro mundo.
ESTELLA.– Despertadle de una vez o dejadle que duerma y callaos. Ojalá pudiera yo dormir como él. Es como mejor se pasa la vida, chavales..., durmiendo. No te enteras de nada, ni sufres. Ni piensas, ni recuerdas. Ni tienes delante de los ojos tu pueblo con sus musas llenas de cascabeles, y tu novia que tiende las sábanas, y el perro que ladra...
TORERO.– *(Interrumpiéndole.)* Oye, Valencia, tú, que estás cerca, dale un pescozón para que no vuelva a decir pajolerías.

(Se oye el pescozón de VALENCIA.*)*

ESTELLA.– ¡Ay, bestia! ¡Bestia eres! Sois todos unos chulos.
NAVAJA.– ¿Te callas o voy yo?
ESTELLA.– ¿Es que...?
NAVAJA.– ¿Voy?
ESTELLA.– Bueno...

(Pausa.)

L. TRIANA.– *(Desde la oscuridad.)* Está soñando.
VALENCIA.– Pues déjale que sueñe.
L. TRIANA.– Está soñando con una mujer y aprieta los labios.
TORERO.– Una ducha entonces. Hay que darle una buena ducha. Venga el botijo.
VALENCIA.– No le despiertes, digo.
TORERO.– ¿Porque tú lo mandas?
VALENCIA.– A lo mejor...

*(*VALENCIA *le mira desafiante y el* TORERO *baja los ojos.)*

PABLO DÍAZ.– *(Al quite.)* Desde luego que... un tío que se mete en el vagón, se envuelve en las mantas y se pone a roncar... Vamos, que no ha dicho ni pío... Mientras los demás nos encontramos aquí mirándonos las caras, y el tiempo no corre, y no llegamos nunca...

VALENCIA.– Tú te callas también.

PABLO DÍAZ.– *(Coge la guitarra y canturrea.)* «Y ven-y ven-y ven. Y vente conmigo...

*(*VALENCIA *se encoge de hombros y se pasea. El* TORERO *se apoya en la madera y se mira las uñas. Los otros muchachos aparecen envueltos en una vaga melancolía. Por las junturas de la puerta del vagón, luz de plata.)*

FERMINILLO.– *(Rompiendo el silencio.)* Me parece que hace buena luna. Como en mi pueblo, ¡qué noches de luna!

NAVAJA.– *(Llevándose aparte el* TORERO*.)* ¿Por qué te has dejado achantar?

TORERO.– ¿Quién? ¿Yo?

NAVAJA.– Tú.

TORERO.– No digas pajolerías, chaval.

NAVAJA.– Pues las digo. Y digo también que es triste ver un tío como tú, de donde eres y como eres, que se deja avasallar por un tipejo como ése...

TORERO.– Mira, déjame en paz.

NAVAJA.– Sí, ahora «déjame en paz». ¿Te parece a ti que nosotros, tú y yo, vamos a dejarnos avasallar por ése? Si tú quieres, los metemos a todos en un puño.

TORERO.– A mí qué me importa. ¿Y qué? ¿Sabes adónde vamos todos?

NAVAJA.– Pues por eso... Hay que empezar a distinguirse.

TORERO.– ¿Quién? ¿Yo? ¿En eso? ¡Bah! No me interesa matar moros, ni ser matón. Yo quiero otra cosa.

NAVAJA.– Allá tú. Está visto que eres un borrego como los demás. Y está visto que el único trío con todo puesto soy yo...

(Se adelanta al centro del vagón, se abre bien de piernas, se desabrocha los botones de la guerrera y se rasca el pecho. Los demás están como adormecidos.)

NAVAJA.– *(Enfurecido, a* PABLO, *que sigue con su monótona cantinela.)* ¿Te vas a callar de una vez, cupletista desdentada?

PABLO.– *(Dejando de tocar.)* A tus órdenes, jefe. *(*NAVAJA *se pavonea entre el silencio tirante. Descuelga la bota del clavo. Parpadea la luz. Aprieta el cuero de la bota y se oye un silbido. Alguien se ríe. El* NAVAJA *tira rabioso la bota.)*

NAVAJA.– Ni para mojar la lengua.

ESTELLA.– Y esto parece el tren fantasma. No se detiene ni para tomar agua. Y menos, vino.

NAVAJA.– Ni para olerlo, maldita sea mi estampa.

ESTELLA.– A ver si te va a dar sin catarlo. Que yo conocí uno de esa condición.

TORERO.– ¿Sin catarlo?

ESTELLA.– Quiero decir que se soplaba con el aire. Un caso; Ramiro el de Tudela, mi compadre...

VALENCIA.– A ver si os calláis y dejadle que se desahogue.

FERMINILLO.– Lo que aquí falta es aire.

VALENCIA.– Y si viene aire se apaga el farol y estamos en las mismas. Tenemos que jugar con muchas cartas nuestra partida.

NAVAJA.– A ése le voy a abrir los ojos yo. Yo solo.

(Va hacia el que duerme y todos miran curiosos. El durmiente se resuelve. Se inclina NAVAJA *sobre él.)*

NAVAJA.– Ya está bien de ronquera, amigo. Que todos vamos a lo mismo y tenemos que cantar a coro. Conque a ver si te despiertas y desarrugas tu nombre y tu apellido.

(Va a sacudirle y VALENCIA *se planta, chulón, delante.)*

VALENCIA.– Ya te dije que se me antojó que no le despertaras.

*(*NAVAJA *da un giro repentino y se planta ante él. Brilla la hoja de una* NAVAJA. *Todos se incorporan.)*

NAVAJA.– Y a ti te despierto en el otro mundo, canalla.

(Lanza un viaje a VALENCIA *que éste esquiva con garbo. Luego le da al chulo un puntapié en la muñeca y salta la navaja. Suena un puñetazo y* NAVAJA *se tambalea sobre la madera. Se ha ido formando rueda. De pronto se abren las puertas del vagón y entran un* SOLDADO, *que lleva un farol, un* CABO *y un* SARGENTO, *con sus buenos bigotes. El* CABO *lleva una lista en la mano. Todos se ponen en posición de firmes. Y* FERMINILLO, *con mucho tiento, pinta el pie sobre la hoja albaceteña. El* SARGENTO *finge no darse cuenta de nada.)*

CABO.– *(Leyendo en la lista.)* Juan Juez.
TORERO.– Presente.
CABO.– Julio González.
NAVAJA.– Presente.
CABO.– Antonio Carbonell.
VALENCIA.– Presente.
CABO.– Alvar González.

(Leve pausa. Se cruzan las miradas.)

VALENCIA.– Es ese que está durmiendo ahí.
CABO.– ¿Ése es Alvar González? ¿Le despertamos, mi sargento?

(Hace ademán de ir hacia él, pero el SARGENTO *le detiene.)*

SARGENTO.– Sigue pasando lista. Luego arreglaremos eso.
CABO.– Pablo Díaz.
PABLO.– Presente.
CABO.– Francisco Estella.
ESTELLA.– Presente.
CABO.– Fermín Echevarría.
FERMINILLO.– Presente.
CABO.– Luis Triana.
L. TRIANA.– Presente.

CABO.– *(Al* SARGENTO.*)* Están los ocho. Primera Compañía. *(Anota.)*
SARGENTO.– *(Echa una mirada por el vagón.)* ¿No hay ninguna novedad? ¿Va bien el viaje?
VALENCIA.– Bien.
ESTELLA.– Un poco falto de vino
SARGENTO.– Pues aquí podéis llenar. Paramos un rato.

*(*NAVAJA *coge la bota. El* SARGENTO *va a salir cuando le dice el* CABO.*)*

CABO.– Mi sargento, ¿qué pasa con el que ronca?
SARGENTO.– *(Volviéndose.)* Ah, bueno, ¿y qué? ¿Por qué no puede dormir? Déjale. Están todos, ¿no? Pues con la música a otra parte. Nada, chicos: animarse y que durmáis, que la noche es larga.
TODOS.– Gracias. A sus órdenes.

(Una vez ha desaparecido el SARGENTO *y sus acompañantes, saltan todos del vagón menos* ALVAR, *que sigue durmiendo. Por la puerta abierta del vagón se ve un paisaje cadavérico de lomas iluminadas por la Luna. Se oyen gritos y rasgueos de guitarra. Todos los del vagón han saltado al campo, excepto el que duerme bajo las mantas. Aumenta el griterío. Silbidos, voces agrias. De pronto se asoma una cabeza, husmea en el vagón.)*

UN MOZO.– ¡Alvar!... ¡Alvar!... ¿Estás ahí? Se ha debido de bajar.

(Desaparece la cabeza y se oye durante unos instantes aquella llamada, «Alvar», entre el griterío nocturno. ALVAR *se incorpora al oír su nombre. Mira con ojos de sueño la luz parpadeante del vagón y luego la noche por donde asoma la luna. Se rasca el cogote. De pronto, su mirada se clava en algo brillante que hay en el suelo: la navaja. La recoge y la contempla a la luz de la Luna. En esto, vuelven a saltar al vagón los cuatro «chiquillos» de la panda:* PABLO DÍAZ, ESTELLA, FERMINILLO *y* LUIS TRIANA.

Con ellos va el MOZO *que antes venía inquiriendo.* ALVAR, *inmediatamente, se esconde la navaja entre las mantas.)*

PABLO DÍAZ.– *(Señalando a* ALVAR.*)* Aquí lo tienes. Y mira: está despierto. No es suerte. Milagro se podía llamar.

MOZO.– Alvar, ¿cómo te prueba esto?

ALVAR.– *(Con voz desesperada.)* ¿Cómo quieres que me vaya?

ESTELLA.– Pues mira que roncando como roncas. Ni un arzobispo. *(Al* MOZO.*)* Te digo que el gachó ha venido en el otro mundo.

L. TRIANA.– Y ni el Sargento, fíjate, ni el mismo sargento, se ha atrevido a despertarle.

MOZO.– Menudo genio tiene éste.

PABLO DÍAZ.– ¿Sí? Pues mira que aquí el genio abunda, pero no por esta barriada. Éste lo que hace es dormir. ¿Y de dónde sois, si puede saberse?

MOZO.– ¿De dónde? De Castilla la Vieja.

FERMINILLO.– Lo dices de un modo... De Castilla la Vieja.

MOZO.– Nos hemos criado juntos, ¿verdad, Alvar? La mala suerte que nos separaron de vagón. Pues no me ha costado encontrarte...

FERMINILLO.– Ahora ya es distinto. *(A* ALVAR.*)* No sé si sabrás que por tu culpa ha habido aquí sus más y sus menos...

ALVAR.– ¿Por mi culpa?

L. TRIANA.– Calla...

FERMINILLO.– Bueno...

(Suena el silbido de la locomotora. Y luego un silbato. Una corneta.)

MOZO.– Me voy... Me parece que esto va a arrancar... Hasta luego, Alvar. Volveré... ¡Ten ánimo!... Vuelvo.

(Salta. Se cruza con los «guapos» del vagón, que suben: TORERO, NAVAJA, VALENCIA. *Traen la bota de vino bien surtida.)*

ALVAR.– *(Sentado en el lugar donde dormía.)* Qué bien se está durmiendo...

TORERO.– *(Que se ha plantado ante* ALVAR.*)* Hombre... La resurrección de Lázaro.

NAVAJA.– *(Ofreciendo la bota a* ALVAR.*)* Anda, échate un viaje, que por tu culpa por poco me busco presidio para toda la vida.

*(*ALVAR *no contesta y* NAVAJA *queda con la bota de vino en el aire cuando el farol –al arrancar el tren– vuelve a apagarse.)*

VALENCIA.– *(Volviéndose hacia el farol.)* Otra vez el maldito...

NAVAJA.– *(Airado.)* ¿Qué? ¿Es que todavía sigues durmiendo?

(El farol se apaga definitivamente al cerrarse las puertas del vagón y aparece un mundo de sombras.)

ESTELLA.– *(Voz de.)* Requiescat in pace.

L. TRIANA.– Amén.

NAVAJA.– Al que vuelva a decir una cosa de ésas, lo acogoto.

FERMINILLO y PABLO.– *(Cantando.)* «Y ven y ven y ven...»

(Se oye el trasegar de vino de NAVAJA.*)*

NAVAJA.– *(Voz.)* El caso es que donde haya un amigo como éste para encandilar ilusiones, los oídos se vuelven tan sordos como un caracol al que cantan los niños.

TORERO.– *(Voz de.)* Oye, Navaja, que el vino se pagó a escote y la noche es larga. Con que...

VALENCIA.– *(Voz de.)* Maldita sea mi estampa y el día en que nací. Pues si me parece que esto no tiene líquido. Y vete a saber lo que tardaremos en hacer otra parada. Y los buitres esos nos han dado cerrojazo. Os digo que... me parece que no llegamos enteros a las narices de Abd-El-Krim.

TORERO.– Si tuviéramos orines del General, quizá podrías encender, Valencia.

(Brota de pronto la luz.)

FERMINILLO, LUIS, PABLO, ESTELLA.– Ooolé. Ooolé. *(Cantan.)* «Valencia es la tierra de las flores...»

TORERO.– Cada vez te queda mejor esa luz. Cuélgala despacio. Así. Y ahora vamos a sentarnos y a hacer un poco por la vida. Trae esa bota, Navaja, y el que tenga para hincar el diente que aporte a la comunidad, y el que no, con los dientes le sobra.

(Sin dejar de cantar entre dientes el pasodoble, los «pequeños» van agrupando víveres: panes, longanizas, pedazos de queso, mientras NAVAJA *sigue observando a* ALVAR.*)*

NAVAJA.– Pues para ese viaje, amigo, te podías haber quedado donde estabas. Ni sospechoso que estás resultando.

TORERO.– Debe de tener morriña. Déjale.

NAVAJA.– Eso no se conoce en mi tierra. Aquí todos somos gente brava y realista, que va a partirse el pecho con la morería.

*(*LUIS, FERMINILLO, PABLO *y* ESTELLA *tatarean otro pasodoble, ajenos al bravucón, mientras preparan con* VALENCIA *la mesa con unos papeles a guisa de manteles, en los que se ve la fotografía de la «Bella Otero».)*

TORERO.– *(Intencionadamente, mientras enciende un cigarrillo.)* Ya sabemos que eres un valiente, Navaja.

NAVAJA.– *(Volviéndose rápido.)* Lo soy, ¿qué pasa?

(Los cuatro chicos tararean otra vez «Valencia».)

NAVAJA.– *(Enfurecido.)* Por mí os podéis ir todos al infierno.

L. TRIANA.– *(Leyendo en los periódicos que hacen de mantel.)* «Debut de la sin par Bella Otero en el Gran Kursaal de San Sebastián.» ¡Vaya monumento!

TORERO.– Fue la querida del zar de Rusia; con eso está dicho todo. Se acostó con el zar y hasta con nuestro querido monarca.

VALENCIA.– Cómo se ve que alternas con la gran sociedad.

TORERO.– Quién sabe... Y si no hubiera sido por esta maldita guerra, en lugar de ir a recibir el estoque puede que lo tuviera en la mano para recibir al toro como un hombre. ¿Por qué no cantáis ahora?

PABLO.– Eso se queda para las grandes faenas.

NAVAJA.– ¿Dónde está mi navaja?

(Nadie contesta.)

NAVAJA.– *(Exaltado.)* Me habéis robado la navaja. ¿Dónde está? Ya me la estás dando. ¿Dónde me la habéis escondido?

TORERO.– *(Se acerca a* NAVAJA. *Le quita la bota.)* Tú, de momento, nos das el «busilis», y luego puedes dar todos los saltos que quieras. Y el que quiera sentarse que se siente. No falta vino, ni tasajo, y la invitación se hace de buen grado.

VALENCIA.– Estáis invitados. A ti también te decimos, Alvar, o como te llames.

*(*ALVAR *no se mueve. Está despierto, pero sigue tumbado y contemplando el techo.)*

NAVAJA.– *(Enfurecido.)* ¿Dónde habéis puesto mi navaja? ¿Dónde? Me la dais ahora mismo.

VALENCIA.– Venga, Navaja, déjate de historias y ven a la rueda, que parecéis tú y ése dos buitres.

(Se han sentado como los moros, formando rueda, y van comiendo y echándose lingotazos de vino ajenos a la presencia de los dos fantasmas.)

ESTELLA.– *(A* VALENCIA*, en voz baja.)* Me parece que le vas a tener que sacudir otro.

PABLO.– Y, chico, que le arreaste bien. Debe tener la cabeza dura, porque... ni referencias. *(*NAVAJA *busca por el suelo, aturdido.)*

TORERO.– Pero no le vino poco bien que digamos. ¡Hay que ver cómo se le bajan los humos a la gente!... Prueba esto, Valencia. Pínchame una aceituna, Luisillo.

L. TRIANA.– Mejor es que empecéis con este atún. Está que para qué pensar en Abd-El-Krim, el General y la Bella Otero. Es el resumen del paladar. Toma, Valencia.

VALENCIA.– No, deja. Que tengo ahora las manos ocupadas.

L. TRIANA.– Pues tú, Ferminillo, y tú, Estella. Vamos, que no se diga.

(Pinchan éstos en el plato que les ofrece LUIS.*)*

TORERO.– ¡Qué demonio, si no fuera por ratos como éste... y los que nos da Navaja!

L. TRIANA.– Mira, mira cómo gazapea.

TORERO.– Ya le veo, ya...

PABLO.– ¿Dónde está la bota, hombre?

LUIS.– ¿La bota? Cuando te toque el turno, que hay que racionarlo.

PABLO.– Amos anda. Ni que estuviéramos ya en África. Mira tú... *(Le arranca la bota y se echa un trago.)*

LUIS.– *(Contando.)* Unos, dos, tres, cuatro, cinco, seis... ¡Josú el tío!... Mira que... Que te vas a ahogar, chico.

(Le da un golpe en el pecho. El otro se atraganta y tose. Risas. Ruedan por el suelo.)

PABLO.– Eres un...

LUIS.– ¿Qué?

PABLO.– Porque no quiero enturbiar esta apacible reunión, si no...

LUIS.– ¿Qué?...

ESTELLA.– *(Canturreando el pasodoble.)* «Se ve que eres madrileño...»

VALENCIA.– *(Cogiendo la bota.)* ¿Qué pasa? ¿Es que se ha quedado ya viuda, Doña Alegre? *(Aprieta el cuero.)* ¡Pero qué va!... ¡Si todavía sangra!...

ESTELLA.– *(A* FERMINILLO*, mientras los otros se van pasando la bota.)* Mira, mira cómo han intimado ésos. ¡Chico, qué manera!...

*(*ALVAR *y* NAVAJA *hablan en un rincón.)*

FERMINILLO.– Si no fuera de donde soy y no viniera de donde vengo y no fuera a matar moros a la bayoneta, te digo que esos dos judíos me darían repeluznos.

ESTELLA.– Es que ponen ojos de gato. Son capaces de...
FERMINILLO.– ¡Ánimas del Purgatorio!
VALENCIA.– ¿Qué estáis rumiando vosotros ahí?
FERMINILLO.– Nada. *(Hace un gesto señalando a los dos que cuchichean.)*
VALENCIA.– *(Volviéndose.)* Pero, bueno, ¿qué pasa? ¿Qué hacen estos dos frailes encapuchados? ¡Venga, hombre! Se acabó el cuento, digo. ¡A beber y a alegrarse se ha dicho, que aquí lo que hay es amistad y compañerismo! ¿Qué importa todo lo demás? ¿Qué importa que vayamos al matadero? ¿Qué importa que nos encajonen como toros de brega? ¡Somos jóvenes y nos gusta vivir! ¡Venga, beber, hombre, beber y alegrarse! Pablillo, vamos, cántate una jota, una buena jota de ésas que tú sabes, y vamos a bailarla todos. Vamos, Pablillo.

(Tira la bota a ALVAR, *que la coge en el aire, se levanta, se pone de rodillas y aprieta el cuero bajo la mirada torva del* NAVAJA.*)*

VALENCIA.– ¡Bravo! Así me gustan los hombres. Ya tenemos otro de los nuestros. ¡Viva España y que se muera el tío de la Corona! Toca, Pablillo.
PABLO.– *(Tienta la guitarra.)* Espera, chico, que no acabo de encontrar la nota. Le pasa lo que a tu farol, que va y viene. Mira, ya está aquí, mira, mira...
FERMINILLO y LUIS.– Dale ahí, maño...
PABLO.– *(Cantando con mala voz.)* «A nadie le tengo miedo...»

(Todos se han puesto en pie e intentan bailar; mientras, ALVAR *entrega la bota a* NAVAJA, *que duda un momento y, al fin, bebe como todos.* VALENCIA *le da una palmada amistosa en la espalda y la alegría se va extendiendo por el vagón mientras cae el telón.)*

ACTO SEGUNDO

LOS INTELIGENTES

Oscuridad. Por las junturas de la madera se filtra una luz azulada de amanecer. En un rincón, ya apagado, está el farol de VALENCIA. *Los hombres duermen por el suelo enrollados en mantas. Trozos de periódico por el suelo, restos de comida, la bota en un rincón y la guitarra de* PABLO DÍAZ, *de la que parecen salir las notas de la jota con que terminó el acto anterior, que se oyen lejanas.*

(Se levanta una sombra despacio, sacude una manta, avanza entre los cuerpos caídos cuidadosamente para no despertar a nadie. Se acerca a la hendidura de la puerta, por donde entran rayos azules de luz, y pega allí su rostro, que se perfila con su nariz judaica. Es ALVAR GONZÁLEZ, *el castellano.)*

ALVAR.– *(Se persigna y susurra lentamente.)* «Padre nuestro que estás en los cielos. Santificado sea Tu Nombre. Venga a nosotros Tu Reino y hágase Tu Voluntad... *(Se detiene y balbucea:)* Hágase Tu Voluntad...

(Se ha acercado por detrás VALENCIA *de puntillas y le coloca la mano en el hombro. Se vuelve asustado y molesto y se miran ambos.)*

ALVAR.– ¿Qué quieres? ¿Qué te pasa?
VALENCIA.– *(Sonriente.)* Buenos días...

ALVAR.– Buenos días...

*(*ALVAR *se vuelve otra vez de espaldas a* VALENCIA *y pega los ojos a la juntura de la puerta.)*

VALENCIA.– Hace fresco, ¿verdad? ¿Por dónde estaremos? Juraría que huelo el aire del mar...

ALVAR.– No sé...

VALENCIA.– Es triste el amanecer. Sobre todo cuando uno anda por los caminos. Nunca se madruga para nada bueno, digo yo. Siempre se madruga para huir o para velar a un cadáver, o para...

ALVAR.– Cállate ya...

VALENCIA.– Perdona si te molesté. Perdóname.

ALVAR.– Perdona, perdona... Cállate...

(Golpea la madera con los puños. VALENCIA *mueve la cabeza y coge el farol.)*

VALENCIA.– Maldito. Ahora ya no haces falta hasta la noche. A ver si me acuerdo de decir al cabo que no tiene líquido.

(Observa a ALVAR *y mueve la cabeza. Luego hace un gesto de indiferencia y se pone a doblar las mantas. Contempla al* NAVAJA*, dormido.)*

VALENCIA.– Cómo ronca este tío. Ya se ve que dentro de tu cabeza no hay más que humo. Estarás soñando que eres el rey del Rif, el conquistador de África. Pero te advierto que si no te andas con pies de plomo, no vas a llegar entero a la victoria. Te lo dice éste, este buen amigo...

(Vuelve a mirar a ALVAR *y se dirige a él:)*

VALENCIA.– *(Habla con sencillez.)* Me dijeron que eras de Castilla. ¿De dónde partes? ¿De Burgos? ¿De Soria? Yo anduve por esas tierras de chaval. Tengo algún pariente por allá. Pero ahora parece que todo queda muy lejos, ¿verdad? Todo se ha quedado atrás: las penas y las alegrías.

Ahora es como si fuéramos otros. Como si fuéramos nuevos. Como si naciéramos. Igual que si volviéramos a nacer, chaval. ¿Volveremos? Cualquiera sabe. Pero la verdad es que ahora somos otros. ¿No te maravilla verte nacido de nuevo? ¿No importarte ya lo que hay detrás... ni tampoco lo de delante? A mí no me importa un pito el Abd-El-Krim ése... Ya no hay remedio, pues a... reír se ha dicho. ¿Qué vas a sacar, amigo Alvar, con estar así? Nada. Todo es lo mismo. Todo es un mal sueño. Todo.

ALVAR.– *(Que ha escuchado con atención creciente las palabras de* VALENCIA.*)* Pero a veces lleva uno detrás mucha carga... Y es imposible... No puede ser... Te digo que no puede ser olvidarse de la verdad. Es como una agonía.

VALENCIA.– Me gustaría poder contarte mi vida. Quizá podría ayudarte. Y la vida de cualquiera de éstos, y cualquier vida de cualquier muchacho de España, hoy, es suficiente para que todos nos consolemos y nos sintamos hermanos. Basta con calar hondo y ver, ver la verdad: unos cuantos hombres arrastrados en un vagón de madera...

(Se oye un quiquiriquí mal imitado. PABLO DÍAZ *está sentado. Los dos se vuelven a observarle.)*

PABLO.– Valiente par de lechuzas estáis hechos los dos, ahí hablando sin dejar dormir a nadie: chu-chu-chu-chu... Los intelectuales. Los filósofos de las narices. Vamos, anda allá, que estáis más tocados los dos... Pues sí que os sentó bien el vino anoche.

VALENCIA.– Pues da gracias a que me he levantado de buen humor, si no...

PABLO.– Si no, ¿qué?

*(*VALENCIA *se ríe, se acerca a él y le revuelve el pelo.)*

VALENCIA.– Que me eres simpático, hombre, porque me eres simpático.

PABLO.– *(Dirigiéndose a* ALVAR.*)* Hoy has madrugado, ¿eh? Claro, tanto dormir ayer. Vamos, que ayer por poco enlazas un sueño con otro... ¿Me estás oyendo, Bella Durmiente?

*(*VALENCIA *le dice por señas que le deje tranquilo.)*

PABLO.– *(Llevándose el dedo a la sien.)* Pobre, debe estar... Bueno, todos estamos lo mismo, más o menos. *(Suelta otro quiquiriquí.)*

NAVAJA.– *(Revolviéndose entre las mantas.)* Maldita sea mi suerte...

VALENCIA.– No hagas caso y vuelve a dormirte, que todavía no han tocado diana.

NAVAJA.– *(Arrebujándose otra vez en las mantas.)* Maldita sea mi suerte negra...

VALENCIA.– *(A* PABLO.*)* Eres un provocador.

PABLO.– Es que...

VALENCIA.– Chisss... Habla más bajo, hombre. Con lo bien que se está hablando con la gente pacífica. Y mirad: está amaneciendo y huele a mar.

PABLO.– Dichosos pulmones los tuyos y dichosa nariz que huele a mar...

VALENCIA.– Claro, porque me he criado a su orilla. ¿Qué quieres? Lo huelo de lejos... el mar... Eso sí que vale la pena... Eso sí que te hace olvidarlo todo.

PABLO.– Olvidar. ¡Ay!, quién pudiera olvidar... Vamos, pensar que hace sólo unos días... Qué días..., horas como quien dice, estaba yo en la kermesse bailando... *(Canturrea.)* «Una morena y una rubia, hijas del pueblo de Madrid...»

(El NAVAJA *vuelve a revolverse en las mantas.)*

VALENCIA.– Chisss, que hables más bajo, hombre. Chico, que no se despierte. ¿No ves que cuando se levante va a empezar como ayer? Deja que lleguemos a África y entonces se le bajarán los humos, digo yo.

PABLO.– Humos, ya, ya. Mira tú si no conoceré yo a estos tipos... Nací en la calle de Calatrava, con que... ¿Tú no sabes lo que es la calle de Calatrava? Tú qué vas a saber. Tú sabes sólo encender faroles. ¿Has sido farolero? Chico, eso sí que me gustaría: estar ahora de farolero por las calles de Madrid con el chuzo al hombro... Ay, el chuzo al hombro..., sí, sí... Lo que voy a llevar va a ser otra cosa... Ay, Valencia, que me entra una nostalgia... que me despedazó de pena, Valencia...

VALENCIA.– A ver si te doy un sopapo y te olvidas de la calle de Calatrava al minuto. Aquí hay que olvidarse de todo. ¿Entiendes? De todo. ¿Dónde está la bota? Aquí. *(La recoge del suelo.)* Pero más seca que...

ALVAR.– Que nuestra alma...

PABLO.– Olé. Por fin te oigo hablar sin que te saquen las palabras con gancho. Chócala, hombre, chócala...

(Se levanta medio enredado en las mantas y va hacia ALVAR *con la mano extendida. Pero aquel no le hace caso y se vuelve de espaldas.* PABLO *hace un gesto de malhumor. Luego se encoge de hombros y se vuelve a* VALENCIA.*)*

PABLO.– ¿Te has fijado? Nada. Como si no tuviera que ver nada con nosotros. ¿Será despreciativo?

VALENCIA.– Déjale... No sabemos...

PABLO.– No sabemos, no sabemos... Pues aquí tenemos que saberlo todo, porque somos como una familia. Más que una familia. ¿Qué te parece? Somos más que una familia. Todos dependemos unos de otros. Necesitamos hacer esta «cosa» juntos. Y los malos pensamientos de uno contagian al otro, y la bravuconería de uno hace daño al otro, y las nostalgias, y...

VALENCIA.– Pues sí que te has levantado lenguaraz.

PABLO.– Y las angustias que... ¡Ay!... *(Le da una bota en el hombro.)* ¿Quién ha sido el bestia, indecente, el ignorante que le molesta que los inteligentes pensemos...? Me gustaría saberlo, hombre...

TORERO.– *(Levantándose.)* Yo soy ése... ¿Qué pasa?

PABLO.– Hombre, pues que... no es una manera muy recomendada de dar los buenos días tirar una bota...

TORERO.– Ah, bueno. Es que ya está bien. Te llevo escuchando un buen rato y no todos tenemos la paciencia de ese buenazo de Valencia. A ti te convenía ese que ronca ahí *(Por* NAVAJA.*)* para que te sentara bien las costuras de vez en cuando. Que eres un chulillo en el fondo. Un chulillo de Madrid.

PABLO.– Que sí...

TORERO.– *(Ya en pie.)* Y buenos días, que no había dicho nada. ¡Y cómo me da vueltas la cabeza! Está dura la cama, ¿eh?

PABLO.– Ya lo creo, y si viene el sargento, que no tardará en venir, y ve esta leonera...

TORERO.– Lo pagas tú, porque no sé si sabrás que, según acordamos ayer, te encargabas tú de despertar a la gente...

PABLO.– ¿Cómo?
TORERO.– Lo que oyes. Así que si no quieres entendértelas con el tío de los galones, ya puedes ir despertando a ésos...
PABLO.– ¿A ésos? No dices tú nada...
TORERO.– ¿Ves cómo no eres más que un chulillo?
PABLO.– Lo que tú digas, hombre.
TORERO.– Sí, hombre. Que no vales.
PABLO.– ¿Y qué? Soy pacifista.
TORERO.– Bueno. Pero eso no te vale. No está de moda. Y si no, prueba a decírselo al sargento. Y si no, que te diga Luisillo el de Triana.
LUIS.– *(Incorporándose.)* ¿Quién me nombra?
VALENCIA.– Ahí le tienes.
PABLO.– Tu mamá, que te está preparando el desayuno para llevártelo a la cama. Venga, gandul, despierta. A despertarse todo el mundo.
LUIS.– Vas a ver tú. ¿Dónde puse mis botas?

(Busca a su alrededor.)

PABLO.– No, que ya me han tirado otra y soy pacifista.
LUIS.– *(Con la bota en alto para arrojárselo.)* Aquí todos somos pacifistas mientras no se demuestre lo contrario.
NAVAJA.– Maldita sea mi negra estampa.
TORERO.– Menos lamentarse y arriba, que ya es hora...
NAVAJA.– *(Restregándose los ojos.)* Maldita sea...
LUIS.– *(A* FERMÍN *y* ESTELLA.*)* Eh, vosotros, despertarse de una vez y dejarse de deciros palabritas al oído. Qué gente ésta...

(Ya están todos en pie y el vagón se llena de sombras decaídas. Sacuden mantas. Buscan por el suelo. Se calzan botas y alpargatas. Hay leves discusiones. VALENCIA*, aparte, habla quedo con* ALVAR*, que mira fijamente al suelo.)*

PABLO.– *(A* TORERO.*)* Chico, pues ayer lo pasamos bien, ¿verdad? Hasta el bestia ése *(Por* NAVAJA.*)* y el tío fúnebre colaboraron en la fiesta. Da gusto, ¿verdad?, cuando se está así, bien unido.

TORERO.– Hombre, claro. Y si empezamos nosotros a pelearnos, ¿qué vamos a dejar para allá abajo? Debemos estar unidos el tiempo que podamos. Es una tontería pelearnos por querer ser los primeros.

NAVAJA.– Os advierto que mi navaja sigue sin aparecer. Y que como hoy no la encuentre, podéis prepararos. Aquí hay un ladrón.

TORERO.– No digas chulerías, hombre. ¿Qué ladrón va a haber aquí?

NAVAJA.– Pues lo hay.

TORERO.– Bueno, no empecemos, Navaja. Ayer lo pasamos bien. Primero estuvimos a punto de pelearnos y llevar un viaje de perros. Así que no digas tonterías. Mira cómo ayer, gracias al vino, resultaste a última hora uno de los mejores tíos de la panda. Con que no vuelvas a empezar.

NAVAJA.– Yo, si no tengo vino, soy un tío amargado; para que lo sepáis.

TORERO.– Pues no faltará vino hoy tampoco, hombre.

VALENCIA.– Pues claro, hombre, tenemos la obligación de ser inteligentes y no envolvernos nosotros mismos. Nos traen ya envueltos arriba, pues no vamos a hacer nosotros mismos el mismo juego.

ALVAR.– Sí, hombre. Llevas razón.

ESTELLA.– «Sí, hombre. Llevas razón» ahora. Pero en cuanto te dejen solo, a dormir, a suspirar o a rezar el rosario...

LUIS.– No se puede ir con un tío así. La alegría nunca es completa.

ALVAR.– Pero es que...

VALENCIA.– No hay «es que» que valga, amigo Alvar. Aquí todos somos camaradas y hay que confraternizar.

NAVAJA.– ¡Viva la confraternización!...

VALENCIA.– Así se habla, Navaja.

*(*FERMÍN, ESTELLA *y* PABLO *tocan palmas y tararean un pasodoble.)*

LUIS.– Bueno. Y a todo eso: el bicho este que corre sin parar, ¿dónde nos habrá traído?

FERMÍN.– A lo mejor ya estamos en casa de Abd-El-Krim.

VALENCIA.– Estamos cerca del mar. Lo huelo...

TORERO.– Qué tío eres haciendo faroles...

LUIS.– Y que no nos abran, maldita sea... Yo que no he visto nunca el mar.

VALENCIA.– ¿No has visto el mar y eres sevillano?

LUIS.– Si en Sevilla no hay mar. Ay, Valencia, que entenderás de faroles, pero de geografía...
FERMÍN.– Pues yo tampoco he visto el mar.
PABLO.– Toma, ni yo...
ESTELLA.– Ni yo...
VALENCIA.– A ver si va a resultar que sólo lo he visto yo...
TORERO.– No, porque yo también lo he visto. En Bilbao. Siempre lo pasé bien junto al mar.
PABLO.– Yo sólo conozco el Manzanares... Y el Tajo.
ESTELLA.– ¿Y allí donde vamos hay mar, Valencia?
VALENCIA.– Hombre, no sé. Depende...
PABLO.– Vamos a ver si nos alegramos...

(Coge la guitarra y rasguea suavemente. El TORERO *se acerca a* VALENCIA *y señala la pareja conspirativa que forman* ALVAR *y* NAVAJA, *como en el acto anterior.)*

TORERO.– Ya tienes a ésos ahí. ¿Qué tramarán?
VALENCIA.– No hacedles caso.
TORERO.– Es una pena. Podríamos ir bien y tenemos que soportar a ésos.
VALENCIA.– ¿Soportarles? Con no hacerles caso...
TORERO.– No me gusta ninguno de los dos. Primero quiso liarme a mí. Tienen los ojos inyectados de sangre como los lobos. Si no hubiera sido por ti, Valencia, que eres como nuestro padre...
VALENCIA.– Qué tonterías dices.
TORERO.– No, no lo digo por mí. Lo digo por estos chavalillos, que son muy infelices. Si no hubiera sido por nosotros, tú y yo, hubieran llegado a... allá... oyendo sólo blasfemias y maldiciones de esos tipos...
VALENCIA.– Es verdad: gracias al vino, a la alegría, porque hay que ser alegre. Tenemos que ser listos y no pensar. Si pensamos, estamos perdidos.
TORERO.– Por eso digo.
LUIS.– ¿Vamos a empezar la timba?

*(*FERMÍN *y* ESTELLA *se apresuran a preparar la mesa con las maletas.)*

VALENCIA.– No. Después que vengan a pasar lista. Entonces ya nos quedamos tranquilos.
PABLO.– Valencia es una mamá que piensa en todo.
VALENCIA.– Oye, cuidadito con lo que se habla.
PABLO.– No lo digo por ofender, hombre.
VALENCIA.– Por si acaso...
TORERO.– Es mejor esperar. Pero lo que necesitamos antes de nada es vino. A ver si paramos en algún sitio. Tienen que darnos el desayuno. No tardarán.
ESTELLA.– Y si luego no venden vino.
TORERO.– En todas partes hay vino, chaval.

(Pausa. Se sientan aburridos.)

NAVAJA.– *(A* ALVAR.*)* Estoy seguro de que me has quitado la navaja.
ALVAR.– ¿Yo? ¿Y si te la hubiera quitado, qué?
NAVAJA.– Es mía la navaja.
ALVAR.– A mí no me molestes. Ya estoy harto de ti. Estoy harto de todos vosotros desde que subí al vagón. No quiero saber nada...
NAVAJA.– *(Voz susurrante.)* Es que, amigo, si tú quisieras...
ALVAR.– No quiero nada. No me hables. ¿Me oyes?
NAVAJA.– Tú eres un tipo macho de verdad.
ALVAR.– *(Escupe.)* No me des coba.
NAVAJA.– Bien sabes que estás por encima de todas estas ovejas.
ALVAR.– ¿Y qué?
NAVAJA.– *(Suplicante.)* Dame el pincho. Lo conseguiste al quedarte solo anoche.
ALVAR.– ¿Para qué lo quieres?

(Bajan la voz y siguen hablando con muchos gestos. Los demás han ido tumbándose en el suelo, apoyando la cabeza en líos de mantas y en maletas.)

LUIS.– Alguien tendrá tabaco, digo yo...
FERMINILLO.– Seguro. *(Mirando a* VALENCIA.*)* Valencia, deja de leer el periódico de la mañana y échanos un pitillo, hombre.

VALENCIA.– Para mí lo quisiera, mira tú...

TORERO.– Si tuviéramos un cigarrillo, aquí tumbados y con el fresquito agradable que entra por ahí, ni el «eslipin».

PABLO.– Oye, quizá alguno de ésos... Eh, vosotros. *(A* NAVAJA *y a* ALVAR.*)* ¿Tenéis tabaco? Ya veis, ni caso...

VALENCIA.– Hombre, pues, por lo menos, Pablillo, podrías echarnos una copla con la sonanta.

PABLO.– Me cargan esos dos tipejos. Si no fuera por ellos.

TORERO.– Siempre tiene que haber alguien así. ¿Qué quieres que te diga? En todos los pueblos hay dos o tres tíos que se meten a caciques y no te dejan vivir...

ESTELLA.– Es nuestro destino, siempre tenemos que estar esclavos de alguien.

VALENCIA.– *(Medio incorporándose.)* Bueno: eso es un decir. Porque yo no soy esclavo de ésos. Y si me levanto, me lío a tortazos y me quedo solo.

TORERO.– Sí, pero no es eso lo que el chaval quiere decir. Quiere decir, vamos, es un suponer, de que no hay manera de que nos entendamos unos con otros, porque siempre tiene que haber alguien que quiere separarse de la... colectividad.

LOS OTROS.– *(A coro.)* Ooo...lé.

VALENCIA.– Eres un tío hablando, Torero. Estás hecho un Canalejas. Vaya palabreja: colectividad...

TORERO.– Iros al cuerno. Lo que pasa es que vosotros no leéis ni os importa nada. Ni que os lleven en un vagón a... cualquiera sabe... Nunca os ha importado nada...

PABLO.– El Torero ha cambiado la muleta por la cátedra. Vamos a escucharle.

TORERO.– *(Muy serio.)* Que sois, bueno, somos, una patulea de ignorantes es bien verdad. No sabemos nada. Hemos salido de la tierra y nos volvemos a la tierra sin saber nada. Trabajando como mulas y ya está. Y nos importa todo poco. La revolución y...

PABLO.– Anda, la revolución...

TORERO.– Pues claro: la revolución social. ¿Creéis que no? Pues la República está encima. Está al llegar. Y entonces...

VALENCIA.– Puede que lleves razón. ¿Quién no es republicano? Todos tenemos nuestro carnet de...

TORERO.– *(Cortando.)* Sí; pero una cosa es hablar y otra estar preparado. Tú, Valencia, eres un tipo bueno y no necesitas saber nada. Con lo que eres: ni aprender una letra y serás alguien. Pero nosotros, que cabeceamos como toros marrajos, necesitamos aprender, que nos enseñen...

PABLO.– Bah... Cualquiera diría. Los moros van a hacerse collares con nuestras cabezas. No sé para qué hablamos. Yo lo que quiero es ganar dinero y casarme y...

FERMINILLO.– Y yo también. Yo...

TORERO.– *(Cortando.)* Yo, yo, yo... Por eso vivimos así, porque todos queremos ser yo y nos importan un comino los demás... Eso es lo que pasa: yo esto, yo lo otro... Pues hay que tener en cuenta que detrás de nosotros vienen otros y hemos de dejar el camino preparado...

VALENCIA.– Hombre, por lo menos, que no se tengan que ver como nos vemos nosotros ahora... Vale la pena.

ESTELLA.– Y hablando de otra cosa: ¿cuándo nos darán el desayuno?

TORERO.– ¿Ves? En eso pensáis nada más.

LUIS.– Pues a ver...

TORERO.– Cuando se acabe la tiranía...

VALENCIA.– Déjate de historias, Torero. ¿Qué es eso de la tiranía? Lo que debemos hacer es ayudarnos por nuestra cuenta y procurar pasarlo lo mejor posible. Y el Gobierno, al diablo.

TORERO.– Eso se llama solidaridad.

TODOS.– Ooo...lé.

VALENCIA.– Chico, qué frases estás largando. Luego decís de las mías.

TORERO.– Iros a... La culpa la tengo yo, por meterme a hablar con ignorantes... *(Se levanta y se reúne con* NAVAJA *y* ALVAR.*)*

LUIS.– *(A* PABLO *y* VALENCIA.*)* Oye, y se enfada y todo.

VALENCIA.– Por lo visto quiere hacer la competencia a Primo de Rivera.

PABLO.– Lo que pasa es que no termina de tomar la alternativa..., y claro.

VALENCIA.– Valiente chalado... Mira que durarle todavía... Y no bebimos tanto anoche.

PABLO.– *(Coge la guitarra, rasguea y canta.)* «Y ven, y ven, y ven...»

FERMINILLO.– No toques eso, Pablo.

PABLO.– ¿Por qué no lo voy a tocar?, si puede saberse.

LUIS.– ¿A que nos sale otro matón?

FERMINILLO.– No, hombre, es que lo oí el día de la despedida y...

PABLO.– Pues razón de más para cantarlo y se te quite la morriña a base de pudrirte escuchándolo.
VALENCIA.– Así se habla...
PABLO.– «Y ven, y ven, y ven...»
TODOS.– *(Menos* FERMÍN *y los del grupo.)* «Vente conmigo a la cama...»

*(*FERMÍN *se tumba y se coloca las manos sobre los oídos.)*

ESTELLA.– Gritad más fuerte.
PABLO.– *(A gritos, en el oído de* FERMÍN.*)* «Y ven, y ven, y ven... / Vente conmigo a la cama...»
FERMÍN.– *(Levantándose airado.)* Eres una bestia asquerosa... Me has dejado sordo...

(Risas.)

VALENCIA.– ¿Se te ha pasado ya la morriña?
FERMÍN.– Vosotros sois capaces de quitar hasta el dolor de muelas.
LUIS.– Reconoce que somos unos tíos estupendos.
PABLO.– Hay de todo, como en botica.
VALENCIA.– *(Por* TORERO.*)* Y uno más que se pasa al otro bando.
PABLO.– Al final nos dividiremos todos. Cada uno por un lado. Así tendrá menos trabajo Abd-El-Krim...
VALENCIA.– No hables así, Pablo. Que no es para tanto...
ESTELLA.– Bueno, otro idealista... ¿Sabes tú cuándo dejé yo de creer en los Reyes Magos?
VALENCIA.– Yo cuando todavía mamaba.
ESTELLA.– ¿Y entonces?
VALENCIA.– Pero todavía me gusta chuparme el dedo.
PABLO.– Ah, vamos...
ESTELLA.– Si no fuera porque sin ti no podríamos tener luz esta noche...
VALENCIA.– ¿Qué?
PABLO.– *(En broma.)* Que te tirábamos del vagón, Valencia; que nos estás ya fastidiando con tanta... discreción.
VALENCIA.– Pablito, Pablito; que te veo y no te veo.
PABLO.– Pues si te crees que los de Madrid no tenemos también quinqué...

ESTELLA.– *(Llama la atención para interrumpir.)* Mirad, mirad cómo se compadrean ésos...

VALENCIA.– No hacerles caso...

PABLO.– ¿Habrá gilís? ¿Qué les habremos hecho nosotros?

VALENCIA.– Pues al Torero no escucharle en clase. ¿Os parece poco?

PABLO.– El de la solidaridad. ¿Y a los otros?

VALENCIA.– ¿A los otros? No partirles la cara, que es lo que debimos hacer en un principio.

PABLO.– Bueno, tú le colaste un buen directo al Abd-El-Krim ése...

VALENCIA.– Pero, por lo visto, no ha sido bastante. Pero ¿qué importa? Nosotros lo pasaremos bien esta noche. Ya veréis. Encenderé un farol. Ya veréis qué farol...

ESTELLA.– Menuda luz. Ya vísteis que anoche no había un vagón mejor encendido.

VALENCIA.– Pues eso..., con luz, una buena timba..., una comilona como la de anoche, buen vino...

PABLO.– Y a ésos no les convidamos como anoche.

ESTELLA.– ¿Ni al torero?

PABLO.– Nada.

LUIS.– Así me gusta. Nos dividimos como nos dividían en mi colegio: romanos y cartagineses.

PABLO.– ¿Romanos y cartagineses? ¿Y eso qué es?

VALENCIA.– Sería un colegio de curas. En los colegios de curas hacen eso. Dividen a los chicos para que se peleen.

PABLO.– ¿Ah, sí?

VALENCIA.– Sí.

LUIS.– Eso hacían. Los romanos eran los buenos y los cartagineses los malos. Yo siempre fui cartaginés. En clase siempre teníamos los puestos peores, pero en cuanto salíamos a la calle nos liábamos a pedradas y los que ganabamos eramos nosotros, los cartagineses.

PABLO.– Qué tíos cursis esos curas. Yo, como no fui a colegio de pago.

VALENCIA.– ¿Has ido siquiera al colegio, Pablillo?

PABLO.– Claro. Me hicieron ir un poco tiempo, pero hice todos los novillos que pude. No me gustaba el colegio. Allí no había más romano que el maestro. Los demás, todos cartagineses.

VALENCIA.– Debía ser un tío ese maestro... ¿Y cuántas veces has sido cartaginés luego, en la vida?
PABLO.– ¿Quién, yo? ¿Cartaginés? Amos anda. No lo he sido nunca. Ya te digo que no fui al colegio para no serlo.
ESTELLA.– Pues no hables tan alto, que si nos descuidamos nos convertimos todos en cartagineses hoy en este vagón...
VALENCIA.– Tú lo has dicho.
FERMÍN.– Porque, por lo visto, llevamos tres romanos a bordo.
VALENCIA.– *(Pensativo.)* Quién sabe. A lo mejor ahora somos más romanos que nunca.
PABLO.– Es verdad, qué diablo.
LUIS.– ¿Ya os vais a poner melancólicos?
VALENCIA.– Gracias por advertírnoslo, Luis. Llevas razón.
PABLO.– El primero que hable de cosas tristes, que pague una botella de vino.
ESTELLA.– Entonces hay tres que tienen que pagar.
VALENCIA.– Esos no cuentan.
LUIS.– ¿Ni el Torero?
PABLO.– Claro que no. Ese menos que nadie. Renegado, que es un renegado.
VALENCIA.– Esperemos que no se pase ninguno más al otro bando.
PABLO.– Nosotros somos incondicionales, Valencia.
VALENCIA.– Si supiérais lo importante que es que estemos aquí unidos.
LUIS.– Tenemos que unirnos bien y degollar a todos los romanos.
PABLO.– Eso es: en vez de degollar moros, que no nos han hecho nada, degollar romanos.
VALENCIA.– *(Ríe.)* Empezando por tu maestro.
LUIS.– Y siguiendo por los curas de mi colegio.
FERMÍN.– Y por el alcalde del mío.
VALENCIA.– Hay mucho romano en España.
PABLO.– Ya lo creo: está llena de tíos de ésos.
VALENCIA.– *(Al* TORERO*.)* Eh tú, romano. ¿No vienes a echar una partida con nosotros?
TORERO.– *(Sin moverse.)* No, no quiero que me toméis el pelo como antes.
VALENCIA.– Me parece que no es recuperable...
PABLO.– Ni falta que hace. Mira que pretender ser torero un tipo así...
LUIS.– Anda, Pablillo, dale un poco al bicho ése.

PABLO.– Pero, chicos, que yo así, sin beber nada, en ayunas no sé tocar.
VALENCIA.– Tú lo que estás es lleno de melindres. Que parece mentira que te hayas criado donde te has criado. Trae acá el instrumento...
PABLO.– Vamos, no me digas, Valencia, que también entiendes de eso.
VALENCIA.– ¿Por qué no? Trae acá.
LUIS.– Dásela, Pablo. Vamos a ver los valientes.
VALENCIA.– Deja que la temple un poco.
PABLO.– ¡A que me saltas una cuerda!
VALENCIA.– Voy a saltar...
PABLO.– Que no tengo y están caras.
FERMÍN.– Cállate ya, romano.
VALENCIA.– Escuchen ustedes unos fandangos...

*(*VALENCIA *pulsa suavemente la guitarra y los otros escuchan. Hablan ahora los tres «romanos».)*

TORERO.– Con eso no conseguimos nada.
NAVAJA.– Tú lo que eres es un miedoso.
TORERO.– No me hagas reír, chiquillo.
ALVAR.– Lo que sea hay que decidirlo pronto.
NAVAJA.– Tendríamos que contar con alguien más.
ALVAR.– ¿Contar con alguien? ¿No te bastan los puños? Además, en el otro vagón viene un paisano mío. Estamos en comunicación desde que salimos.
TORERO.– ¿Sí?
ALVAR.– Sí. Fíjate. *(Va al rincón.)* Si pegas aquí un golpe, en este hierro, lo oyen en el otro vagón.
TORERO.– No me digas.
ALVAR.– ¿Queréis que probemos?
NAVAJA.– Vaya tío que está hecho el castellano.
TORERO.– No hay tíos con más recursos que estos de la Meseta.
ALVAR.– *(Da unos golpecitos en el hierro.)* Poned el oído y veréis.

(Pegan el TORERO *y* NAVAJA *el oído a la pared.)*

NAVAJA.– Sí que se oye.

TORERO.– Y tan claro que se oye.
PABLO.– Pega tú mismo, verás.

*(*NAVAJA *da unos golpes y escucha.)*

NAVAJA.– Seguro.
TORERO.– *(Hace lo mismo.)* Menudo telégrafo.
NAVAJA.– *(A* ALVAR.*)* ¿Dónde lo aprendiste?
ALVAR.– *(Con orgullo.)* Donde se templan los hombres. En presidio.

(Sigue el otro escuchando a VALENCIA*, que termina.)*

LUIS.– *(Aplaudiendo.)* Bravo. Estás hecho un artista.
PABLO.– Este Valencia no tiene desperdicio.
FERMÍN.– Sigue tocando.
VALENCIA.– Es que ya no me acuerdo de más. Me lo sabía de memoria.
PABLO.– Esta noche nos divertiremos, veréis.
VALENCIA.– Sí que tenemos que armarla. Porque mañana...
ESTELLA.– Mañana ¿qué?
VALENCIA.– Nada...
PABLO.– Quiero decir que mañana llegaremos y tal vez nos separemos para siempre.
FERMÍN.– Ya estáis con lo mismo... Tenéis que pagar una botella de vino.
VALENCIA.– De acuerdo, Pablito y yo debemos una botella de vino a la comunidad.
LUIS.– De acuerdo. Se tomará nota.
PABLO.– De todos modos, esta noche va a hacer falta vino, mucho vino.
VALENCIA.– Sí, porque vamos a armarla. Y todos.
PABLO.– ¿Esos también?
VALENCIA.– Sí, ya lo veréis. Tendremos vino, juerga y una buena luz.
PABLO.– Uno de tus mejores faroles, chico.
VALENCIA.– Ya lo creo, y que brindaré a la afición.
PABLO.– A mí todavía me quedan provisiones.
FERMÍN.– Será una buena noche... por ser la última.
VALENCIA y PABLO.– Tú también pagas...
FERMÍN.– Por eso lo dije...

(Se elevan de pronto las voces en el grupo de los tres.)

ALVAR.– ¡Te digo que no te la doy!
NAVAJA.– ¡Es mía!
ALVAR.– ¡Aquí el que manda soy yo!
NAVAJA.– ¡Maldita sea. Si no...!
TORERO.– Calmarse, hombre...
NAVAJA.– ¡No quiero! ¡No me da la gana achantarme ante ese hijo de mala madre!
ALVAR.– ¿Qué dices?
NAVAJA.– ¡Eres un...!

*(*ALVAR *se lanza con la navaja contra él, y el* TORERO*, al interponerse, recibe la puñalada en el brazo.)*

ALVAR.– ¡Toma, cerdo...!
TORERO.– ¡Ay, me has cortado...!

(Se sujeta el brazo y acuden los otros.)

ALVAR.– ¡Apartarse, que os acuchillo!

(Está como loco. Se lanza otra vez contra NAVAJA *y ahora es* VALENCIA *quien se interpone, mientras los otros atienden al* TORERO*.)*

VALENCIA.– ¡Detente, Alvar!
NAVAJA.– ¡Asesino...!
VALENCIA.– ¡Quieto, lobo, quieto...!

(Forcejean él y ALVAR*.)*

PABLO.– *(Va hacia* VALENCIA*.)* ¡Cuidado, cuidado..., Valencia!

(Grito ahogado de VALENCIA*. La navaja de* ALVAR *se ha clavado en su costado. Se lleva las manos a la herida.)*

VALENCIA.– ¡Ay!..., ¡ay!..., ¡sujetadle!... Alvar, amigo mío... ¿Por qué lo has hecho?... ¿Por qué te has vuelto loco, hermano mío?

*(*ALVAR *tira horrorizado el cuchillo.)*

PABLO.– *(Sosteniendo a* VALENCIA. *Los otros sostienen al* TORERO. NAVAJA *tiene la cabeza entre las manos y* ALVAR *mira estúpidamente.)* ¿Qué tienes?

VALENCIA.– Nada..., no es nada..., no preocuparse... La mala suerte... Seguid unidos..., hasta el final... unidos... No ha pasado nada...; no os preocupéis..., camaradas... *(Inclina la cabeza y suelta las manos que sujetaban la herida.)*

PABLO.– Dios mío... ¿Es posible?

TORERO.– No, no puede ser... No es posible... Valencia, el mejor de los nuestros...

(Telón.)

ACTO TERCERO

LOS TRÁGICOS

Atardece. Otra vez la luz de la tarde entre las junturas del vagón, como en el primer acto.

*(*Fermín *y* Luis *sentados sobre las maletas, cabizbajos.* Pablo *rasguea lentamente la guitarra y* Luis *se apoya en la pared. Un* cabo *con barba y rojos galones se pasea. Sensación opresiva.)*

Cabo.– *(Deteniéndose de pronto.)* Ya casi no se ve. Habrá que encender el farol.

Pablo.– *(Dejando de tocar repentinamente.)* ¿Qué?

Cabo.– Que hay que encender el farol. No vamos a estar a oscuras.

(Emoción en todos ellos.)

Pablo.– ¿El farol?

Cabo.– Sí, el farol. No vamos a alumbrarnos con el cigarrillo, digo yo.

Fermín.– Sí, claro.

(El cabo *rebusca por los rincones y coge el farol.)*

Cabo.– Aquí está. Hay que encenderlo. *(A* Pablo.*)* Anda, muchacho, enciéndelo.

Pablo.– Yo..., es que yo... no sé cómo se hace.

CABO.– ¿Que no sabes? Un soldado tiene que saber hacerlo todo. ¡Vamos, enciende el farol!

PABLO.– *(Se tapa la cara con las manos.)* Oh, Dios mío...

CABO.– ¿Qué demonios te pasa? ¿No me estás oyendo? Te he mandado que enciendas el farol. ¿Me obedeces?

LUIS.– Déjelo usted, mi cabo. Yo lo encenderé... Es que él... no se encuentra bien...

CABO.– No se encuentra bien... Eso ayer, ayer... Y no hubiera pasado lo que ha pasado... Por vuestra culpa ha muerto un hombre, otro está herido y dos presos..., y yo aquí, pudriéndome en este cochino vagón de madera, pudiendo ir con los demás cabos en mi departamento...

LUIS.– Lleva usted razón, mi cabo.

CABO.– Vamos, chico, apártate. Si he mandado a éste que lo haga, lo hace... Ya me han dicho que erais todos unos chulitos y no os va a valer conmigo...

PABLO.– *(Levantándose.)* Él prefería siempre la paz...

CABO.– ¿Qué dices?

PABLO.– Él prefería obedecer... Traiga usted, mi cabo. A sus órdenes...

CABO.– Así se hace.

PABLO.– *(Coge el farol y lo lleva despacio al centro, y lo coloca en el suelo y se arrodilla.)* Quizá no tenga suficiente líquido. *(Maniobra.)*

CABO.– Puse ya esta mañana.

PABLO.– No quiere encenderse.

CABO.– Eres bastante torpe, muchacho...

PABLO.– Nunca encendí el farol...

(Brota la luz y PABLO *la gradúa.)*

CABO.– Vaya... Muy bien, déjala así. Es una buena luz. Suficiente para vernos las caras bien.

PABLO.– Si usted quiere, puede lucir más todavía. Anoche este vagón iba mejor encendido que ninguno. *(Lo ha dicho con orgullo.)*

CABO.– Sí, ya lo sé... Ya se ha visto que ibais bien alumbrados...

PABLO.– Es un buen farol y él lo encendía como nadie. Esta noche... *(Se detiene, emocionado.)*

CABO.– Vamos. Ya está bien. Déjalo ya. Cuélgalo. ¿No lo tirará el viento? Entra por las rendijas el aire del mar...

FERMÍN.– El aire del mar...

CABO.– *(Liando un cigarrillo.)* Sí; ya casi estamos a la orilla del mar, como quien dice... Mañana embarcaremos. Mañana, si dios quiere, a partirnos los riñones con los «mojamets». *(Se frota las manos.)*

ESTELLA.– ¿Así que es verdad que ésta es la última noche?

CABO.– La última noche que pasamos en estos vagones, si Dios quiere.

PABLO.– Y no tenemos ni una gota de vino.

CABO.– Han prohibido el vino por vuestra culpa. Claro que... quizá en la próxima parada. Yo, como si no hubiera visto nada, ¿sabéis?

PABLO.– No, no; mejor es no beber...

CABO.– Chico, no sabes lo que quieres. Me parece que tienes fiebre.

LUIS.– Está impresionado.

PABLO.– Mentira. ¿A qué tienes que decir tonterías? ¿Impresionado yo? ¿De qué?

CABO.– Silencio. Ni una palabra más alta que otra. Aquí se han terminado las discusiones. Tengamos la fiesta en paz. Es la última noche que pasamos juntos y...

LUIS.– Ibamos a celebrarlo todos...

PABLO.– Y hasta decía que los otros vendrían a beber también. Que iríamos hasta el final bien reunidos. Y ahora... *(Deja caer la cabeza entre sus manos.)*

CABO.– Pues vaya funeral que estáis organizando por nada. ¿Eso qué es? Una riña más, ¿qué? Cuando seáis veteranos como yo, ya os acostumbraréis, y os enfriaréis también. Yo he visto morir a muchos compañeros. Al principio, sí, me impresionaba. Ahora, lo siento..., y a otra cosa...

LUIS.– Ahora lo mejor es llegar allá cuanto antes...

CABO.– Allá, muchacho, lo vas a pasar fetén. Ya lo veréis. Os acostumbraréis en seguida. Os endureceréis y seréis verdaderos hombres.

LUIS.– Entonces ¿la paz no es buena?

CABO.– Yo, qué quieres que te diga..., no sé si es buena o mala. Pero el caso es que hay que acostumbrarse a lo que venga. Si hay que ir a la guerra, se va.

PABLO.– También él decía eso, aunque era pacífico por encima de todo...

CABO.– ¿Quién, el muerto? No penséis más en eso. Al fin y al cabo, yo digo que os conviene que os acostumbréis cuanto antes. Habéis visto la sangre antes que los demás, y eso les lleváis de ventaja...

FERMÍN.– Hemos tenido mala suerte. Llevamos la negra.

CABO.– ¿Quién dijo esa tontería? Aquí no pasa nada. Se terminó el asunto. Prohibido que se hable de eso. Nadie hable de lo que ha pasado, si no queréis que os manden a primera línea como a esos dos camorristas...

PABLO.– ¿Qué les harán?

CABO.– Ni lo sé, ni me importa. Les mandarán a primera línea, digo yo..., o les fusilarán... Pero no me hagáis hablar más. Demonio, vamos a ver si nos divertimos un poco. ¿Hay baraja aquí?

PABLO.– No lo sé...

CABO.– No me vais a decir que no lleváis baraja.

ESTELLA.– Me parece que se la llevó el Torero.

CABO.– ¿Quién es el Torero?

ESTELLA.– El Torero.

CABO.– Qué mala suerte. Pues sí que vamos a pasar buena noche. Como no nos emborrachemos...; y han prohibido el vino. Ahora que *(Guiña el ojo.)* si hacemos una parada...

PABLO.– Sí, vamos a emborracharnos.

CABO.– Ni hablar. Ponerse un poco alegrillos, sí. Así nos plantábamos en Algeciras sin sentirlo...

ESTELLA.– Pero no hay vino.

CABO.– ¿Tampoco tenéis tabaco?

PABLO.– Era él quién se preocupaba de todo.

CABO.– Y dale con él. ¿Qué es lo que he dicho? Sois unos chiquillos, hombre, unos chiquillos. Mira tú la morriña que han cogido.

FERMÍN.– Lo mejor será echarnos a dormir.

CABO.– ¿Dormir? ¿Tú sabes la hora que debe ser? Las ocho o así. No hace mucho que se hizo de noche y estamos en el mes de septiembre.

ESTELLA.– El mes más bonito en mi tierra.

CABO.– ¿De qué parte eres, chico?

ESTELLA.– Soy de La Rioja. Una tierra estupenda...

CABO.– No pienses más en ella. Ahora vas a ver una cosa buena: África. Una tierra de hombres. Fuerte. Vas a ver lo que es aquel sol y aquellos hombres traicioneros, que te pegan una puñalada en la espalda en cuanto te descuidas...

LUIS.– Eso dicen...

CABO.– Son la gente más podrida que he conocido... Si os contara las cosas que he visto... Ahora que están llevando lo suyo...

PABLO.– Por culpa de ellos ya ha muerto un hombre aquí, en este mismo vagón...

CABO.– Son lo más canalla y criminal que darse puede. Hay que acuchillarlos sin piedad. Muchachos: cuando lleguéis al frente no dejéis escapar ni uno... Pensad que nos están haciendo bajas continuamente y siempre a traición. Cuando estamos más tranquilos, en el campamento, descansando o trabajando, salen de donde menos se espera y, pim, pim, pim, nos dejan uno o dos muertos los muy..., y si os hacen prisioneros, ¿qué os voy a contar? Les cortan los párpados a los prisioneros y los dejan al sol. O les cortan algo peor y se lo ponen en la boca..., los cerdos malditos...

LUIS.– Cochinos criminales...

FERMÍN.– Son peor que los buitres...

CABO.– Los buitres son inofensivos. Ni las hienas... No hay que tenerles compasión.

ESTELLA.– Y que tengamos que ir a batirnos con esa ralea...

CABO.– No saben luchar honradamente. Los ves a lo mejor tranquilos, mugrientos, con las holapandas esas que llevan, llenos de piojos, y crees que van a comprar o a partir leña, siempre sonriendo, y sacan el cuchillo y antes que te des cuenta te han degollado...

ESTELLA.– Canallas...

(El farol parpadea.)

PABLO.– Se apaga el farol...

CABO.– Sí... Ese farol no está bien...

PABLO.– Anoche estuvo él arreglándolo continuamente...

CABO.– Anda, ve a arreglarlo tú. Hoy te toca a ti...

*(*PABLO *obedece.)*

LUIS.– Sí, hombre, sí. Hay que darles fuerte...

CABO.– No merecen ni agua. Habría que exterminarlos...

PABLO.– Es un farol extraño. Debe de estar estropeado.

CABO.– Bueno, déjalo así.

PABLO.– Sale humo. Poco, pero sale. Se nos va a llenar el vagón de humo.

CABO.– Saldrá por las rendijas... El aire del mar se lo lleva. Ya veréis cómo se lo lleva el aire.

LUIS.– Cómo me gustaría estar ya en el frente...
CABO.– No tengas prisa, muchacho. Te hartarás de pegar tiros.
PABLO.– El humo sale por las rendijas... Se lo lleva el aire del mar... El aire del mar se lo lleva...
CABO.– *(Mirándole fijo.)* Sí, claro. El aire del mar... ¿Para qué lo repites como si hubieras perdido la chaveta?
LUIS.– *(Interrumpiendo.)* ¿Y dice usted, mi cabo, que aquello es una tierra buena?
CABO.– Una tierra de hombres, ya te digo. Donde se templan los valientes. Allí, el que no tiene lo que deben tener los hombres... está listo...
FERMÍN.– Ya tengo ganas de estar allí.
CABO.– Mañana embarcaremos en Algeciras. Tal vez lleguemos de noche... Ya veréis las moras...
LUIS.– ¿Cómo son?
CABO.– ¿Las moras? Unas puercas. Pero como no hay otra cosa... Y también hay que tener cuidado con ellas.
FERMÍN.– ¿También?
CABO.– También llevan el cuchillo escondido.
FERMÍN.– Las muy...
CABO.– Sí, chico. Así es esa gente podrida. Mala raza, cochina raza. Habría que hacer una hoguera con todo Marruecos. Empezar por una punta y terminar en la otra. Que ardiera todo. Hasta los niños. Porque hasta los niños son criminales...
LUIS.– ¿Los chavales?
CABO.– Digo... Los chavales de siete años te clavan un cuchillo donde alcancen...
ESTELLA.– ¿Es posible?
FERMÍN.– Sí; a mí ya me han contado todo eso...
CABO.– Todo lo que te cuenten, muchacho, y mucho más, es verdadero...
LUIS.– Con qué ganas voy a tirar contra ellos.
FERMÍN.– Y diga usted, mi cabo, ¿se llega al cuerpo a cuerpo muchas veces?
CABO.– Muchas veces. ¿No ves que ellos se creen maestros con el arma blanca?... Pero los españoles les damos ciento y raya.
LUIS.– Yo, como pueda ensartar uno...
CABO.– Podrás. Ya lo verás.
ESTELLA.– Qué gustillo dará ver correr esa sucia sangre.
CABO.– Dan ganas de bebérsela, chico...

(El CABO *señala a* PABLO, *que está cabizbajo sentado sobre una maleta.)*

CABO.– Y a ése ¿qué le pasa?

LUIS.– Cualquiera sabe... Ayer venían así dos tíos en el vagón... Y ya sabe lo que pasó...

CABO.– *(A* PABLO.*)* Vamos, chico, hay que alegrarse. ¿Es que tienes miedo?

PABLO.– *(Mira desafiante al* CABO.*)* ¿Yo? ¿Miedo? Bah...

CABO.– Eh, eh, oye..., cuidadito con esos modales, que soy un superior y te cruzo la cara en menos que canta un gallo.

PABLO.– Usted perdone. Pero me siento aburrido.

CABO.– Sí; en realidad, sin vino, sin mujeres... No es muy divertido estar encajonado como un toro de lidia...

PABLO.– Desde que él... se fue, todo ha sido distinto. Hablaba de otras cosas. Quería que todos fuéramos amigos, que olvidáramos.

CABO.– *(Le da un pescozón cariñoso.)* Vamos, chaval, no te pongas así. Hay que ser hombre.

PABLO.– Lo soy...

CABO.– Nadie lo duda...

LUIS.– Podríamos haber tenido un viaje agradable dentro de lo malo. Pero el tío aquel se metió a dormir... Fíjese, mi cabo, un tío que se envuelve en las mantas y se queda roque. Y no hay quien le despierte. Y viene el sargento a pasar lista y tampoco le despierta el sargento. Total: que se levanta de un café de diablo y, claro, a la menor cosa, zas, se arma. Y ya ve usted: uno en el otro barrio, otros dos presos, otro herido y nosotros aquí, sometidos a vigilancia especial...

CABO.– Bueno, sí. Pero vaya vigilancia, ¿eh? No os podréis quejar. Mira que... me habían dicho: «mételes en un puño, que no rechisten en lo que queda del viaje». Y si me mandaron a mí con vosotros es porque saben cómo las gasto... Pero ya veis.

LUIS.– Y resulta que lo estamos pasando tan bien con usted...

CABO.– Cuando paremos me pondré a dar voces y a regañaros. Pero en cuanto estemos aquí solos, nada: un compañero más... Y si pudiéramos comprar vino...

FERMÍN.– Esta mañana queríamos haber comprado vino en abundancia antes que pasara todo el lío...

CABO.– A ver si luego tenemos ocasión... Bueno, ¿no os quejaréis del cabo que os han mandado para vigilaros, eh?

TODOS.– *(Menos* PABLO.*)* Oh, no, no...

CABO.– Yo sólo soy duro cuando hace falta... *(Pausa. Señala a* PABLO.*)* Pero a éste me parece que no acabo de gustarle, ¿verdad?

PABLO.– ¿Por qué?... ¿Por qué no me va a gustar? Pero después de haberle conocido a él. Era muy distinto...

CABO.– *(Un poco enfadado.)* ¿Pero qué es lo que tenía ése? ¿Por qué le habíais hecho vuestro jefe?

PABLO.– Porque lo era, porque...

LUIS.– *(Interrumpe.)* Aquí nadie era jefe, mi cabo. Porque varios querían serlo pasó lo que pasó. Eso de los romanos y los cartagineses...

PABLO.– Él no quería que nadie fuera jefe. No quería que nos peleáramos.

CABO.– Valiente tío. Ése lo que era es un débil. Los hombres deben ir siempre a la pelea con gusto. La pelea es cosa de hombres. Ése debía ser un marica...

PABLO.– No hable usted así...

CABO.– Lo digo... Era un marica, y, si me apuras, tú otro.

*(*PABLO *se levanta electrizado.)*

CABO.– Y cuidadito con rechistar. ¿Oyes? Cuidado. Mira. *(Le señala los galones.)*

PABLO.– Eso no le da derecho a insultar.

CABO.– No me da derecho, pero te insulto. ¿Y qué?

*(*PABLO *aprieta los puños y se dirige hacia el farol, que parpadea, y se pone a arreglarlo.)*

CABO.– Bueno, no te enfades, chico. No te enfades. Es que no quiero verte tan mustio, hombre. Ya sé que eres un hombre. Pero es que vas de un mudo... Me ha gustado, sí señor; me ha gustado ver esos ojos que acuchillaban cuando te insulté...

PABLO.– He aprendido muchas cosas aquí dentro. *(Contempla el vagón.)*

CABO.– Y las que vas a aprender, chico. Ahora es cuando empiezas a vivir. Ya verás mañana cuando entremos en fuego quizá. Y el viaje todavía no se ha terminado. Todavía tenéis que estar conmigo unas cuantas horas..., hasta que amanezca...

PABLO.– ¿Falta mucho para amanecer?

CABO.– ¿Tienes ganas de perderme de vista? *(*PABLO *no contesta.)* No te gusto tanto como el difunto... Un tío que se dejó dar un navajazo.

LUIS.– Intentó separarles. Era un buen compañero...

FERMÍN.– Era bueno...

CABO.– Pero ¿no había prohibido hablar de todo eso? ¿Es que me desobedecéis? ¿Es que queréis que me ponga como tendría que ponerme? ¿Queréis que deje de ser un compañero para convertirme en jefe?

PABLO.– *(Desafiante.)* Sí, lo preferimos...

CABO.– ¿Cómo?

PABLO.– *(Arrepentido.)* Sí, sí, cabo. Usted es nuestro jefe...

CABO.– Ah, vamos. ¿No me admites como compañero?

LUIS.– Lo que quieres decir es que...

CABO.– *(Enfurecido.)* En primer lugar, ponte firmes... *(*PABLO *se cuadra.)* Así. ¿Decías?

PABLO.– Que queremos tenerle a usted como jefe.

CABO.– Ya... Pues, muy bien; voy a ser vuestro jefe. Un jefe al que no queréis. Al que teméis. Al que no queréis por compañero...

LUIS.– No, señor. No haga usted caso. Nosotros...

CABO.– ¿Te vas a callar?

LUIS.– Lo que usted ordene...

CABO.– *(A* PABLO*.)* Tú sigue ahí sin moverte. Sin pestañear. Veremos cuando amanezca cómo te encuentras. *(A los otros.)* Y vosotros os echáis ahora a dormir, porque ya hace tiempo que tocaron silencio. Vamos, vivo. ¿Queréis que os lo diga de otra manera? *(Asustados, los otros tres se van a un rincón y se tienden.)* Vamos, rápido. Ya debíais estar con los ojos cerrados. Así... *(Se pasea.)* Nos quedamos los dos solitos. Haciéndonos compañía. El veterano y el novato. El hombre que tiene las manos encallecidas de coger el cuchillo y el que... ¿Qué oficio tienes tú?...

PABLO.– No tengo oficio.

CABO.– ¿No tienes oficio?

PABLO.– No.

CABO.– Se dice: no, mi cabo. La próxima vez te lo diré de otra manera.

PABLO.– No, mi cabo.

CABO.– Está bien. Quizá lleguemos a entendernos... *(Viendo a* LUIS, *que se asoma entre las mantas.)* Eh, tú..., a dormir o te largo un puntapié. *(A* PABLO*.)* ¿Así que no tienes oficio?

PABLO.– No, mi cabo.
CABO.– ¿Eres rico y no necesitas trabajar?
PABLO.– No, mi cabo. Pero no tengo oficio.
CABO.– Ah, ya entiendo. ¿Y de dónde eres?
PABLO.– De Madrid...
CABO.– Buen lugar, bueno... ¿Y a qué te dedicabas?
PABLO.– A lo que salía... Cada uno vive como puede y sabe...
CABO.– Hombre, pues no parece que seas un tipo de esos que viven como pueden y saben... No pareces un golfillo de Madrid.
PABLO.– Lo fui hasta ayer...
CABO.– Tu difunto amigo hacía milagros por lo visto. ¿Es eso lo que quieres decir?
PABLO.– No, mi cabo...
CABO.– Pues explícate.
PABLO.– Me ha enseñado lo que es la vida.
CABO.– Pues ahora enséñame tú a mí.
PABLO.– Pues... la vida es... sentirnos camaradas unos de otros, formar todos como una gran familia... En fin, no sé...
CABO.– Muchacho... Resulta que eres un infeliz. Un tonto es lo que eres... Mira, créeme, deja a tu amigo, olvídale, porque el pobre ya no necesita preocuparse de sentirse unido y camarada de nadie. Olvídate y prepara tus uñas, que pronto tendrás que usarlas. Hay que pelear. Así que mejor es que seamos amigos y bebamos, ¡no hay vino, demonio!, juntos y...
PABLO.– También decía él eso.
Cbao.- Ah, vamos. ¿También lo decía?
PABLO.– Sí. Y también decía que había que estar alegres y beber todos juntos... Porque el viaje se terminaría...
CABO.– Ah... Ya veo que no era un santo vuestro compañero... Estoy seguro que yo también hubiera sido su amigo...
PABLO.– Sí, mi cabo.
CABO.– ¿Y tuyo? ¿Soy amigo tuyo?
PABLO.– Sí, mi cabo.
CABO.– Entonces, ¿por qué dijiste antes que querías que sólo fuera vuestro jefe? ¿Por qué?
PABLO.– No sabía lo que decía... Perdone usted.

CABO.– *(Gritando.)* Pues por tu culpa, ¿has visto?, me he puesto de un humor de perros. Hice acostar a tus compañeros y se ha llenado el ambiente de electricidad. Por tu culpa.

PABLO.– *(Bajando la vista.)* Lleva usted razón.

CABO.– *(Mirándole con desprecio.)* Puah... Cuando yo digo que... *(Se pasea por el vagón. El farol parpadea y* PABLO *permanece en posición de firmes. Cogiendo la guitarra que había dejado* PABLO.*)* Hombre, vamos a ver si nos distraemos por fin... Toma, quiero que toques algo alegre, algo bueno y pícaro... No lo que tocabas cuando vine al cochino vagón este..., sino..., qué sé yo..., algo de la Chelito, por ejemplo..., o de la Bella Otero... Algo así... Anda, toca.

PABLO.– *(Coge la guitarra.)* A sus órdenes.

CABO.– Tú toca y déjate de cumplidos.

PABLO.– ¿Me puedo sentar?

CABO.– Sí, hombre, claro. Ahora ya volvemos a ser amigos. Tú has dicho que todos podemos ser amigos: el muerto, tú, yo y esos que ya están roncando...

PABLO.– Se van a despertar...

CABO.– Que se despierten... Y si me da la gana los despierto yo a patadas...

PABLO.– ¿Qué quiere usted que toque?

CABO.– ¿Pues no te he dicho? Algo alegre...

PABLO.– Algo alegre... Él decía que eso era lo principal, que había que ser alegre por encima de todo... Llegó a ponernos alegres a todos... Hasta al tío fúnebre... A todos...

CABO.– Bueno, está bien. Ya lo sé, ya lo sé... que era un tío muy bueno. Pero está muerto. Le sangraron como..., en fin: está muerto. Ahora toca.

*(*PABLO *rasguea la jota con la que terminó el primer acto.)*

CABO.– No, eso no... Hombre, eso no es divertido...

PABLO.– Es una jota.

CABO.– A mí no me gustan las jotas.

PABLO.– Es una copla española. Y alegre...

CABO.– ¿Y qué? Yo quiero algo que me recuerde cosas..., algo de teatro...

PABLO.– ¿Quiere que toque unos fandangos?

CABO.– Que no, hombre, que no... Cuplés es lo que quiero que toques, para que te enteres de una vez. Eso de *(Canta con voz cascada.)* «Tápame, tápame, tápame, / tápame que tengo frío...».

PABLO.– No lo sé....

CABO.– Bueno, pues entonces eso de: «Y ven, y ven, y ven...».

PABLO.– Tampoco lo sé...

CABO.– ¿Y dices que estuvisteis alegres? ¿Y que él os enseñó a estar alegres? Sois un entierro de tercera todo el vagón. ¿Así que un chico como tú, que no ha hecho más que golfear por las calles de Madrid, ahora dice que no sabe tocar esas cosas? Vamos, anda, díselo a otro. Eres un embustero, y lo que pasa es que no quieres darme ese placer. Porque me odias, me odias, y lo veo en tus ojos. A pesar de que tu difunto amigo te enseñara a querer a tu prójimo y todas esas pamplinas, la verdad es que tú eres como yo: un animal egoísta... Y también lo era el muerto. ¿Me vas hacer creer tú a mí en los santos? *(*PABLO *está cabizbajo.)* En cuanto lleguemos, todo cambiará.Verás qué pronto te olvidas de tu buen amigo. Cuando llegue la hora de los hombres. Allí hay que estar dispuesto a pegar si no quieres que te peguen. Y la vida es eso: o pegas o te pegan. Es mejor pegar. Tienes que pegar... Y después de la vida, ¿qué? Cualquiera sabe lo que hay. Y si hay algo, será lo peor, porque a nosotros siempre nos ha tocado lo peor. Por eso: ¿vas a venirme con monsergas de curas? La verdad es que los chicos de ahora estáis más apalominados... Pues sí que vais hacer buenos soldados. Mira yo: tres cruces, ascendido por méritos de guerra, que me he hecho viejo jugándome el tipo con los moros. Aprende; aquí es donde tienes que aprender. Y como yo, todos mis compañeros. Menudos tíos. Con más pelo en el pecho que los orangutanes... Ésa es la vida... Bah... *(Se pasea.)* Total: que ni vino, ni música, ni nada. Y ésos, dormidos como cafres. Mírales: cómo abren la boca. Parecen niños de teta. Parece que están pidiendo de mamar. Maldita sea la hora en que me hicieron meterme en este vagón. Vaya un viaje. Podía estar yo ahora con mis compadres bebiendo y fumando mi puro, y por vuestra culpa, aquí, como un recluta. Y todavía me porto bien con vosotros y os trato como a iguales... Seré imbécil... Debí meteros en un puño desde el primer momento. Te digo yo... *(Se apaga el farol.)* Y lo que faltaba. Ahora nos quedamos a oscuras... Anda, enciende el farol... *(*PABLO*, entre las sombras, anda a tientas hacia el farol.)* Pero, calla. Si nos hemos parado. Es una parada.

PABLO.– El farol se apagó al detenerse el tren de repente.

CABO.– ¿Habremos llegado? Es demasiado pronto todavía.

PABLO.– Quizá hemos llegado y vamos a dejar ya este vagón.

CABO.– Si fuera verdad... Dejar este vagón...
PABLO.– Usted lleva unas horas y nosotros casi cuatro días...
CABO.– Qué ganas tienes de dejarlo.
PABLO.– Tengo ganas de salir...
CABO.– Ahora saldrás al ruedo...
PABLO.– No viene nadie. No abren las puertas...
CABO.– Enciende el farol... No hemos llegado...
PABLO.– Estará la vía interceptada.

(El CABO *se acerca a la puerta y mira entre las junturas. Pega el oído en la madera.)*

CABO.– No se ve nada. Ni se oye nada. Todo está oscuro. Debemos estar en el campo. Entra un aire caliente que parece ya africano. Ven, ven. Verás qué aire...

(Coge a PABLO *y le pone la cabeza entre las junturas.)*

PABLO.– Ya lo noto.
CABO.– ¿Te he hecho daño? No te gusta este aire, ¿verdad?
PABLO.– El aire se tiene que sentir fuera... Aquí todo llega enrarecido.
CABO.– *(Desalentado.)* Pues no hemos llegado, amigo mío. Todavía tienes que soportarme... *(*PABLO *se deja caer sobre una maleta y da unas cabezadas.)*
CABO.– Eh..., no te duermas. Yo no tengo sueño y no voy a quedarme despierto yo solo. Me parece que voy a despertar a ésos...
PABLO.– No les despierte. Están durmiendo...
CABO.– ¿Cómo que no los despierte? Yo hago lo que quiero. ¿A qué te metes a darme consejos?
PABLO.– Yo no me dormiré.
CABO.– En cuanto el tren arranque y ya no pueda oírse el jaleo, despierto a ésos y la armamos. Y tú tocas la guitarra como Dios manda y...

(Se corre de pronto la puerta y se ve un cielo azul amaneciente y una gran lámina de mar.)

UNA VOZ.– Hemos llegado. ¡Abajo todo el mundo!

*(*PABLO *se vuelve hacia la hermosura del cielo, donde brillan algunas estrellas, y el mar.)*

PABLO.– Dios, qué hermosura. Salir del vagón para ver esto...
CABO.– ¿Es que no habías visto nunca el mar, muchacho?
PABLO.– *(Extasiado.)* Nunca, no...
CABO.– Yo también tardé mucho en verlo. Ya ves cómo la guerra tiene cosas buenas, amigo. *(Le coloca la mano en el hombro y los dos, de espaldas, contemplan el mar.)* También yo, gracias a la guerra, pude ver el mar y salir de aquellos terrones sucios de mi pueblo...
VOZ LEJANA.– ¡Vamos, abajo todo el mundo!
CABO.– *(Volviéndose.)* Hay que despertar a éstos.

(Se oye una corneta que toca diana.)

CABO.– *(Da unas palmadas.)* Vamos, muchachos, arriba. Hemos llegado.

*(*PABLO *sigue extático contemplando el amanecer.)*

CABO.– *(Agitando con el pie a los que duermen.)* Vamos arriba, gandules... Vaya un sueño que tenéis. Gandules... *(Se levantan los tres.)* Vamos, hombre, que ya han tocado diana. Que hemos llegado. Vamos.

*(*LUIS*, al ver el mar, lanza una exclamación.)*

LUIS.– El mar, es el mar...
CABO.– Sí, hombre, el mar. ¿Tampoco tú lo habías visto?
LUIS.– El mar...

*(*FERMÍN *y* ESTELLA *se unen al grupo que contempla el mar. Se oye otro toque de corneta.)*

CABO.– *(Más bien jovial y alegre.)* Pero, bueno, ¿es que vais a estar todo el tiempo ahí diciendo pamplinas?... Vamos, abajo ya... ¿No estáis oyendo la corneta? ¡A África!

(Los muchachos se disponen a bajar y cae el telón.)

LOS INOCENTES DE LA MONCLOA

ACTO PRIMERO

Habitación de una pensión del barrio de Argüelles, de Madrid. Dos camas. Una de ellas, impecable; la otra, revuelta. Un gran armario de luna anticuado y muebles del mismo estilo, ajados y deteriorados. Balcón a mano izquierda, por el que llega, amortiguado, el ruido de la calle. Junto al balcón, una mesa camilla llena de papeles. Al levantarse el telón, JOSÉ LUIS*, en pijama, revuelve un montón de papelitos doblados que hay en la mesa y, con gesto nervioso, coge uno y lee de prisa:*

JOSÉ LUIS.– Tema cuarenta y cinco... Las servidumbres... *(Se alisa un poco el pelo, bebe un sorbo de agua de un vaso, pone el reloj de pulsera en marcha y se sitúa frente al espejo del armario para estudiar sus movimientos y gestos. Compone la figura y trata, no sin cierto nerviosismo, de dar tono doctoral a lo que dice.)* Las servidumbres. Historia. En Roma se definían las servidumbres como aquel derecho real por cuya virtud se obliga al dueño de una cosa a no ejercer en ella o a tolerar que se ejerza una actividad prefijada en provecho de cosa ajena o de la persona titular del derecho... *(Vacila. Acciona elegantemente con los brazos. Carraspea un poco y va enhebrando el hilo del discurso un poco a la carretilla, procurando dar tono y gravedad a lo que dice por encima de su nerviosismo.)*... Al decir derecho real venimos a expresar su naturaleza jurídica, y al decir «por cuya virtud se obliga al dueño de una cosa» queremos afirmar que no puede establecerse derecho sobre «res nullius», a no ser que en el momento de su constitución fuera de alguien. Y a no ejercer en ella o a tolerar que se ejerza una actividad,

porque en esto consiste el gravamen: y sólo excepcionalmente en la «oneris ferendi» viene obligado con gravamen positivo y de acción prefijada, porque la razón es que si se le obliga a hacer, sería la libertad personal el derecho cohibido y no la propiedad, que es en lo que se diferencia de la obligación o derecho personal... *(Se atasca. Mira nervioso el reloj y hace un gesto de impaciencia con la cabeza. Se vuelve a alisar el pelo y torna a su discurso.)*..., o derecho personal..., esto... Bueno... Debe constituirse en forma legal, determinando su objeto y esfera de actuación, pues las servidumbres no se presumen jamás, dado que la situación normal en que las cosas deben suponerse por naturaleza es en las de pleno dominio, que concreta el perfecto señorío del hombre sobre ellas, cuyo objeto es servirla de medio a sus fines... *(Mientras tanto, han sonado golpes en la puerta, que* José Luis *no ha percibido, metido en su deshilvanado y terrible discurso frente al espejo. Se ha oído una voz que decía: «¿Se puede?», y, en vista del silencio, se ha abierto la puerta y ha aparecido la dueña de la pensión,* Doña Rosalía, *con su bata de flores y volantes y sus rizadores de pelo.* José Luis *sigue sin ver nada, frente al espejo.)*, cuyo objeto es servirle de medio a sus fines para expresar las dos clases de servidumbres reales y personales, indicando...

Doña Rosa.– *(Desde la puerta.)* Don José Luis... Don José Luis... *(Aparte.)* ¿Se habrá vuelto loco?... *(Se acerca hasta él y le da un golpecito en la espalda. El otro da un gritito ahogado y se vuelve.)* Don José Luis..., ¿no se va usted hoy a desayunar?...

José Luis.– *(Malhumorado.)* No, no, no. Por favor, déjeme..., déjeme... *(Trata de empujarla hacia la puerta.)* Estoy muy ocupado. Actúo pasado mañana, ¿sabe?, pasado mañana...

Doña Rosa.– Es que tenemos que arreglar la habitación; ¿usted me comprende?

José Luis.– Luego, luego. Más tarde.

Doña Rosa.– Bueno; pero que le vayan haciendo la cama. No le molestan para nada...

José Luis.– No, no... Luego. Dentro de media hora..., sí, media hora. Entonces me iré a tomar café... En cuanto haya dicho todo el tema.

Doña Rosa.– ¿El tema?... Bueno, bueno..., allá usted. Pero luego, si se olvida, no venga diciendo que si fue, que si vino. ¿Usted me comprende?

JOSÉ LUIS.– Sí, sí. Media hora, media horita, y la habitación es suya. *(Empuja a la mujer, que se va retirando.)*

DOÑA ROSA.– *(Aparte.)* Parece que están endemoniaos... *(Sale. Vuelve, muy nervioso,* JOSÉ LUIS *frente al espejo y a alisarse el pelo.)*

JOSÉ LUIS.– Ya no sé por dónde iba... Ya me he perdido otra vez. Maldita sea. ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, ya! Servidumbres, servidumbres.... Bueno. Empezaremos otra vez. Con calma, ¿eh?, con calma, Pepe Luis. A ver, vamos a ver. Servidumbres. Historia. En Roma se definían las servidumbres como el derecho real por cuya virtud se obliga al dueño de una cosa..., al dueño de una cosa..., a no ejercer en ella o a tolerar que se ejerza una actividad prefijada..., una actividad prefijada... *(Sacude la cabeza rabioso.)* Ya, ya me ha puesto nervioso. Ya me ha puesto nervioso esa mujer. No le dejan a uno tranquilo en esta casa. Así no hay quien haga nada útil. No te pongas nervioso, ¿eh? Nada de ponerse nervioso, sobre todo. Voy a tomar una pastilla... *(Va a la mesilla de noche y busca en el cajón. Coge una pastilla de un tubo. La toma y bebe un vaso de agua. Se sienta un momento en la cama y mira pensativo al techo. Se levanta más animado y vuelve al espejo.)* Empiezo de nuevo. Cronometremos. *(Pone el reloj.)* Uno, dos, tres... Servidumbres. Historia. En Roma se definían las servidumbres como aquel derecho real por cuya virtud se obliga al dueño de una cosa a no ejercer en ella o tolerar que se ejerza una actividad prefijada en provecho de cosa ajena o de la persona que es titular del derecho... Ajá... Su naturaleza de derecho real viene determinada por recaer sobre una cosa, y al decir por cuya virtud del dueño de la cosa queremos decir que..., que... *(Se corta repentinamente y se mesa el cabello.)* Dios mío... No me acuerdo de nada. Pero que de nada. Si es que no sé nada. *(Se pasea nervioso y se sienta en la cama como idiotizado. Levantándose decidido.)* Bueno. Ahora va en serio. Todo lo anterior no ha sido nada. Ahora, como si estuvieras delante del Tribunal. Así. Empiezo. En Roma se definían las servidumbres... *(Se abre la puerta sin más preámbulos y aparece un compañero de pensión:* PACO RUIZ, *licenciado en Medicina, tipo superficial y desenvuelto.)*

PACO RUIZ.– Oye, ¿me dejas un duro? Te lo devuelvo a la noche. Es para tomar el trole, tú...

JOSÉ LUIS.– Un duro, un duro... Ahí, en la chaqueta tengo. En el bolsillo de dentro en la cartera... «En Roma se definían las servidumbres...»

PACO RUIZ.– *(Después de rebuscar en la chaqueta que hay colgada de una percha.)* Aquí no hay nada, tú...

JOSÉ LUIS.– ... como el derecho real por cuya virtud se obliga... Sí, hombre, sí, tiene que haber. Espera...; ¿qué hice del dinero que tenía?

PACO RUIZ.– Tú sabrás. Aquí no hay más que el carnet de identidad, papeles...

JOSÉ LUIS.– *(Quitándole la cartera.)* Trae acá. No tienes por qué ver lo que no te importa. No hay duro...

PACO RUIZ.– Pues sí que... Es que no me puedo ir andando, tú. Me queda un cuarto de hora. Y estoy aplanao, chaval. Ayer no pude dormir con la murga de ésos...

JOSÉ LUIS.– ¿Los de la tuna? A mí tampoco me dejaron decir mis temas... Maldita sea...

PACO RUIZ.– Claro, como la Sofi esa está enchulada con el jefe de la tuna de Farmacia, tienen que venirnos a jorobar todas las noches. Hasta que..., hasta que..., ¿sabes qué?..., me la cargue yo...

JOSÉ LUIS.– ¿A la Sofi?

PACO RUIZ.– ¿Por qué no?

JOSÉ LUIS.– ¡Bah! Siempre has sido un idealista...

PACO RUIZ.– Bueno, pues... si no saco un duro, no sé cómo voy a ir al hospital. No voy a ir andando, porque no llego. Ni en «auto-stop». Así es que...

JOSÉ LUIS.– Bueno, Paco, ahora haz el favor de largarte, que yo me examino pasado mañana. ¿Lo sabías?

PACO RUIZ.– ¿Pasao mañana? ¡Ja, ja!... Pues sufre, macho, sufre. Ahí te quedas... *(Sale con un portazo y una carcajada.)*

JOSÉ LUIS.– *(Pasándose otra vez la mano por la cabeza.)* No, si no me dejarán concentrarme en toda la mañana... Dice que se va a cargar a la Sofi. Ése es un desgraciado, nada más. Nada más que eso. ¿Pues no tenía yo dos duros en la cartera? ¿En qué los gasté? Pues, ahora, si quiero ir a tomar un café... Bueno, bueno, bueno..., fuera líos. Las nueve y veinte. ¡Qué horror! Y todavía así, sin hacer nada. En fin: empezaremos otra vez. Tema cuarenta y cinco. Las servidumbres. Historia. En Roma se definían las servidumbres como aquel derecho real por cuya virtud se obliga

al dueño de una cosa a no ejercer en ella o a tolerar que se ejerza una actividad prefijada en provecho de cosa ajena o de la persona titular del derecho. Su naturaleza jurídica de derecho real queda patente al afirmar que se trata de derecho sobre una cosa y el... *(Vuelve a abrirse la puerta, luego de unos golpes leves, y reaparece* DOÑA ROSALÍA, *seguida de un muchacho mal trajeado que viene con una maleta.)*

DOÑA ROSA.– *(Plantándose delante de* JOSÉ LUIS, *habla deprisa para ir al meollo del asunto.)* Oiga, don José Luis, me va usted a hacer un favor. Y, además, ayuda usted a un compañero. Aquí, el muchacho, acaba de llegar de Córdoba, y como de momento no tengo cama disponible, ¿usted me comprende?, pues que se acueste ahora aquí hasta que le pueda cambiar. ¿Usted me comprende? Porque el chico parece que viene malo..., ¿verdad?

EL MUCHACHO.– Vengo muy cansado del tren. Toda la noche sin dormir. Además, estoy constipado. Yo creo que tengo fiebre...

JOSÉ LUIS.– Doña Rosalía, Doña Rosalía, ¿no sabe usted que actúo pasado mañana? ¿Que no puedo parar, que necesito estar solo, que...? Mire. *(Señala el montón de papeles de la mesa.)*

DOÑA ROSA.– Pero si es sólo hoy, criatura. Si es para que descanse su compañero. Si no le va a molestar, ¿usted me comprende?

EL MUCHACHO.– No te molesto nada. Me tumbaré a dormir un rato y...

JOSÉ LUIS.– Si no te voy a dejar dormir. Si tengo que hablar, y hablar, y hablar, como un papagayo...

DOÑA ROSA.– ¡Bendito sea Dios y su santo nombre!... ¡Qué ganas de no hacer un favor a nadie!...

JOSÉ LUIS.– *(Desolado y señalando los papeles.)* Pero mire, pero mire...

DOÑA ROSA.– Ganas me dan de cogerlos y echarlos a la lumbre... *(Se vuelve, sin más, al* MUCHACHO.*)* Bueno. Usted échese un rato, que trae muy mala cara. Luego, a ver si, por fin, queda libre el tres... Y que descanse... *(Sale expeditiva y quedan los dos frente a frente.)*

EL MUCHACHO.– Perdona la molestia.

JOSÉ LUIS.– Si no es por mí. Es que con el trajín que me traigo no vas a poder pegar ojo...

EL MUCHACHO.– Estoy acostumbrado a dormir en cualquier sitio. En cualquier sitio duermo, menos en el tren. Catorce horas para venir desde Córdoba. ¿Qué te parece? Y me duele la garganta. No estoy bien. Me

tumbo, me tapo la cara y ya puedes cascar con todo eso. No te molestaré mucho. Un par de horas... *(Mientras habla se ha ido quitando la chaqueta y los zapatos y se tumba en la cama hecha y se tapa con la colcha.)*

JOSÉ LUIS.– Bueno... ¿Quieres una taza de nescafé?

EL MUCHACHO.– *(Con voz ronca.)* No, gracias. Me amodorraré un poco. *(*JOSÉ LUIS *entorna el balcón. Coge la maleta que ha traído el* MUCHACHO *y la mete debajo de la cama. Se sacude las manos y va al armario, de donde saca un infiernillo y un bote de nescafé.)*

JOSÉ LUIS.– *(Hablando en un susurro.)* A ver si me tranquilizo con una taza de esto. ¿Qué demonios haría yo con los dos duros? No puedo recordar... *(Maniobra en el infiernillo.)* Si no saco la oposición ahora, se acabó: «kaput». Me pongo a cavar... o a lo que sea... Me dedico a eso... No puedo más. Bien lo sabes tú, Dios mío, que no puedo más. Anda, si casi no queda ya nescafé... *(Se dirige al* MUCHACHO *de la cama.)* ¿Te molesta la luz? ¿Quieres que cierre más? *(El otro no contesta. Se acerca* JOSÉ LUIS *a la cama.)* ¡Si se ha quedado roque el tío! Sueño tenía el chaval. Lo que es la juventud. ¡Quién pudiera dormir así!... Bueno. *(Echa el polvo negro en la taza y el agua caliente. Mueve melancólico con la cucharilla.)* Vida de paria. Vive uno como los gitanos. Ese chico de Córdoba tampoco parece muy feliz. Como los gitanos vivimos. Maldita sea... «Las servidumbres se definen como aquel derecho real por cuya virtud se obliga al dueño de una cosa a no ejercer o a dejar ejercer sobre ella una actividad prefijada en provecho de cosa ajena o de la persona titular del derecho... *(Mientras habla sobre la taza de nescafé.)* Al decir "por cuya virtud se obliga al dueño de una cosa", queremos afirmar que no puede establecerse servidumbre sobre "res nullius", a no ser que en el momento de la constitución fuera de alguien...» *(Se abre la puerta sin previa llamada. Aparece* ANA MARI, *mujer de unos veintitantos años, licenciada en Filosofía y Letras. Más bien fea y desgarbada y novia de* JOSÉ LUIS.*)*

ANA MARI.– Vengo a estar aquí un rato mientras arreglan mi cuarto. No te molesto. Sigue, sigue. Me traigo labor. *(Lleva una bolsa de ídem.)* ¡Huy, qué ambiente! ¿Por qué no abres un poco?

JOSÉ LUIS.– ¡Chiss!... No hables tan alto, mujer. Hay un enfermo... *(Señala la cama.)*

ANA MARI.– *(Volviéndose.)* Anda... ¿Tienes un compañero?

JOSÉ LUIS.– Uno de Córdoba. Está malo. Debe de tener fiebre...

ANA MARI.– Y Doña Rosalía te lo larga a ti. Claro, como eres tonto...

JOSÉ LUIS.– *(Sigue con su recitado.)* «... fuera de alguien. Y a no ejercer en ella o a tolerar que se ejerza una actividad, porque en esto consiste el gravamen...» *(Mientras el uno recita, la otra habla, estableciéndose un paralelismo de discursos. Sobre el fondo monótono del recitado de* JOSÉ LUIS, *la voz metálica de* ANA MARI.*)*

ANA MARI.– ¿Y le ha visto Paco? Claro que ése... ¡Ay! Me pongo más negra los días que no tengo trabajo... Ahora, con eso del mes de María, dichoso mes de María; cuando toca suprimir una clase, ¿cuál va a ser? La de literatura. Y la profesora, a la porra. Más harta estoy de monjas...

JOSÉ LUIS.– «... en que el dueño omita actos o permita que los pongan, y sólo excepcionalmente, en la institución romana de la "oneris ferendi", venía obligado con carácter positivo de acción prefijada...»

ANA MARI.– Si lo dices así, te quedas otra vez sin plaza, Pepe Luis...

JOSÉ LUIS.– *(Cortándose.)* ¿Así? Pues ¿cómo quieres que lo diga?

ANA MARI.– Con gracia, hijo, con gracia. Lo principal de una oposición, puedes estar seguro, es decir bien las cosas, más que decirlas...

JOSÉ LUIS.– ¡Bah! Déjame tranquilo... «En la institución... de la "oneris ferendi"...»

ANA MARI.– *(Terca.)* Mira, acuérdate de Santana. ¿Qué sabía Santana? Nada. Pero decía las cosas...

JOSÉ LUIS.– Sí..., Santana, Santana. Con un tío director general del Timbre...

ANA MARI.– Y gracia para decir las cosas, Pepe Luis, que es lo principal...

JOSÉ LUIS.– Ya me has puesto nervioso. Ya no doy pie con bola...

ANA MARI.– Tú necesitas muy poca cosa para ponerte nervioso. ¡Vaya unos hombres que sois todos! Luego dicen que nosotras...

JOSÉ LUIS.– ¿Por qué no haces tú también oposiciones?

ANA MARI.– Eso. Y a mantenerte a ti, ¿verdad, rico? Amos, anda... Si tuvieras que estar como yo, dando clases a cuarenta duros al mes, verías también cosa buena...

JOSÉ LUIS.– Bueno, basta, ¿eh?, basta. ¿Te vas a estar callada?

ANA MARI.– Sí, hombre, sí. ¿Tienes alguna camisa para planchar? *(Revuelve en el armario.)*

JOSÉ LUIS.– «Servidumbres: generalidades. Se definen las servidumbres como el derecho real por cuya virtud el dueño de una cosa...»

ANA MARI.– *(Siempre hablando sobre el recitado.)* Mira que te tengo dicho que no guardes las camisas sin planchar...; pues como si nada. Que no quiero que te planche las camisas Doña Rosalía, que las deforma, que esa mujer no sabe hacer nada. ¡Huy, qué ganas tengo de casarme de una vez y salir de esta «promiscuidá»! *(Transición.)* Anda, anda, anímate, hombre, anímate, que esta vez estoy segura que las sacas...

JOSÉ LUIS.– Dios te oiga, mujer...

ANA MARI.– Mira que yo, aunque no creo en nada, se lo pido a Dios todos los días... Y tiene que escucharme...

JOSÉ LUIS.– Ojalá, mujer... Yo voy a comulgar mañana...

ANA MARI.– Y yo haría lo mismo, si no fuera por eso de confesarme. Eso de la confesión no lo trago, te lo aseguro...

JOSÉ LUIS.– *(Emocionado.)* Es que si las saco, si las saco, Ana Mari, ¿sabes lo que significa? Cincuenta mil duros al año...

ANA MARI.– *(Entusiasmada.)* ¿Cincuenta mil? ¿Tanto?...

JOSÉ LUIS.– Ya lo creo... Bueno, al principio, no. Las notarías de entrada son una birria...; pero a los seis o siete meses...

ANA MARI.– ¡Qué maravilla!

JOSÉ LUIS.– Menudo salto...

ANA MARI.– Y dejar a la Doña Rosalía y a las monjas y poder dormir tranquila, sin que le den a una la tabarra los de la tuna.

JOSÉ LUIS.– ¿También te despertaron a ti anoche?

ANA MARI.– También, hijo, también. Pero ¿qué verán en la chica esa? ¿Sabes lo que dicen de ella? *(Bajando la voz.)* Pues que va a dar a luz...

JOSÉ LUIS.– Estás loca...

ANA MARI.– Hijo, yo, como lo dicen lo cuento...

JOSÉ LUIS.– Patrañas...

ANA MARI.– Yo ni quito ni pongo... Ahora que, respecto a la belleza de la prójima, no sé dónde la verán. *(Observando el interés de* JOSÉ LUIS*.)* Anda, a ver si tú también vas a ser otro admirador...

JOSÉ LUIS.– *(Reaccionando.)* Yo sólo tengo admiración al «civil» y al «mercantil». *(Se dispone otra vez a su recitado.)*

ANA MARI.– Los hombres es que ahora parecéis ciegos. Tenéis un hambre tal, que con un mendrugo os basta...

JOSÉ LUIS.– Bueno, basta, basta. ¿Me dejas estudiar?

ANA MARI.– Pero ¿es que te molesto? Si yo me estoy aquí sin abrir la boca, ya te digo. Y en cuanto tenga lista mi habitación, me largo... Anda, anda, estudia. Mira que si las sacaras, qué borrachera...

JOSÉ LUIS.– Agarraremos una buena, ya verás. *(La besa en el pelo y se retira en seguida a recitar su tema. Sólo se ve el movimiento de sus labios, como si rezara.)*

ANA MARI.– ¡Qué telegrama iba a poner a los míos! Telegrama bomba. ¿Llevaba o no llevaba razón? Anda, y que no me iba a reír... Me iba a reír de todos y de todas. En un mes no me conocía nadie... Pero vete a saber...; esos tíos son unos bestias... Y así, sin nada por delante... Casi estoy por ir a comulgar contigo mañana... Pero no sé... Un sueño me iba a parecer, un sueño, salir de tanta miseria. Porque hay que ver lo que llevamos sufriendo. Diez años dando tumbos por ahí. Con treinta años encima y sin vender escoba, como aquel que dice. Sin saber lo que es el mundo. Me río yo de las monjas de clausura... Y otros, Santana, por ejemplo, al año de terminar la carrera, ¡pum!, notarios. Es suerte, nada más que suerte, y a nosotros nos ha tocado la negra... *(Pausa.* JOSÉ LUIS *se pasea, recitando y angustiado.)* ¿Y si no las sacas? Mira que si no las sacas... La alegría que se llevarán más de cuatro. Pero lo que es yo, no aguanto más. Te digo que la paciencia tiene un límite... Me pongo a hacer la carrera..., no la de Filosofía, claro, que ya la tengo y maldito para lo que sirve..., sino la otra... *(Reaccionando.)* Qué cosas dice una... Pero es que son muchos años. Y todo sigue lo mismo... Y trazas lleva de seguir todo igual hasta sabe Dios cuando...

JOSÉ LUIS.– *(Plantándose, fiero, delante de ella.)* Pero ¿es que no vas a callar?

ANA MARI.– ¿Te molesto?

JOSÉ LUIS.– ¿Todavía lo preguntas?

ANA MARI.– Bueno, hijo; me callaré... *(Pausa.* ANA MARI *hace labor y* JOSÉ LUIS *va haciendo inteligible su discurso interno.)*

JOSÉ LUIS.– «... el Código civil define las servidumbres como el gravamen impuesto sobre un predio a beneficio de otro predio...»

ANA MARI.– *(Sin poderse contener.)* ¡Qué feo es todo eso, hijo! No sé cómo podéis pasaros los mejores años de vuestra vida con ese asco...

JOSÉ LUIS.– *(Dejándose caer como mareado en la silla.)* No puedo más.

ANA MARI.– *(Acude solícita.)* ¿Qué te pasa? ¿Te mareas?
JOSÉ LUIS.– No es nada. Los nervios.
ANA MARI.– *(Tierna.)* Yo me voy en seguida. Descansa un poco. No puedes vivir así... Esta tarde iremos a dar un paseo...
JOSÉ LUIS.– No sé si podrá ser... Tengo que pasar seis temas...
ANA MARI.– Un paseo te despejará. Y hace muy buen tiempo... Un paseo por Rosales.
JOSÉ LUIS.– Sí que me vendría bien...
ANA MARI.– Vas a caer malo, como ese chico...
JOSÉ LUIS.– Mira que si cayera malo ahora...
ANA MARI.– No lo querrá Dios...
JOSÉ LUIS.– No puedo más...
ANA MARI.– *(Levantándose bruscamente.)* Te voy a hacer una taza de nescafé. En mi habitación tengo.
JOSÉ LUIS.– No; ya he tomado.
ANA MARI.– Pues una pastilla de ésas...
JOSÉ LUIS.– No; si lo que yo necesito es..., es... sacar la oposición...
ANA MARI.– Dentro de un mes «somos» notarios. Ya lo verás.
JOSÉ LUIS.– ¿Un mes? Si sólo el primer ejercicio dura seis meses entre unas cosas y otras. Y luego, los otros ejercicios. Y luego...
ANA MARI.– Bueno; pues dentro de un año...
JOSÉ LUIS.– Pon año y medio en el mejor de los casos...
ANA MARI.– Año y medio..., año y medio, Dios bendito... Esto es como una pesadilla...
JOSÉ LUIS.– Pero ¿qué quieres que hagamos?
ANA MARI.– Ojalá viniera un vendaval y nos llevara a todos de una vez.
JOSÉ LUIS.– No te pongas nerviosa, no te pongas nerviosa, porque si te pones nerviosa...
ANA MARI.– No, hijo, no. *(Le acaricia la cabeza.)* No te preocupes, que yo tengo la cabeza bien puesta sobre los hombros. Tú lo que necesitas es descansar...
JOSÉ LUIS.– No puedo...
ANA MARI.– ¿Por qué no te acuestas un poco? ¿Dormiste anoche?
JOSÉ LUIS.– Hace un mes que sólo duermo dos horas.
ANA MARI.– Así no puede ser.
JOSÉ LUIS.– Voy muy retrasado, Ana Mari.

ANA MARI.– Pero si te agotas...

JOSÉ LUIS.– *(Se levanta de nuevo.)* No. No puedo. Voy a seguir.

ANA MARI.– ¿Cenaste anoche?

JOSÉ LUIS.– Ahí enfrente tomé un bocadillo. Ahora caigo... Los dos duros.

ANA MARI.– ¿Por qué no fuiste a la Universitaria?

JOSÉ LUIS.– Cae lejos. No puedo perder tiempo.

ANA MARI.– ¿Ves? Eso es lo que te mata. Pues hoy vienes conmigo a comer al S.E.U. *(*JOSÉ LUIS *niega con la cabeza.)* ¡Ni hablar! Hoy vienes conmigo a comer. Pero ¿no ves que sín comer, sin dormir, es imposible, no ya aprobar una oposición de ésas, sino vivir? «Primum vivere.» Claro, claro...

JOSÉ LUIS.– *(Desaciéndose.)* Déjame, déjame...

ANA MARI.– Que descanses un poco, hombre. No puedes seguir así. Pasado mañana te caes redondo frente al Tribunal, te lo digo yo. Mira, vámonos ahora a tomar un café...

JOSÉ LUIS.– ¡Que no, mujer!...

ANA MARI.– ¡Huy! ¡Qué cabezota es este hombre!...

JOSÉ LUIS.– Tengo que sacarlas, que sacarlas como sea...

ANA MARI.– Y las sacarás, hombre. Hoy he soñado con un gato negro, y eso da suerte. Estoy segura de que las sacas. La envidia que me van a tener algunas del pueblo. Sobre todo, la del secretario.

JOSÉ LUIS.– Bueno; pero si no estudio...

ANA MARI.– Y mañana, lo que tenías que hacer ¿sabes qué es? Estarte todo el día en la cama.

JOSÉ LUIS.– ¿Estás loca?

ANA MARI.– ¿Loca?

JOSÉ LUIS.– Loca de remate. Todavía tengo que dar una vuelta al Civil y dos al Mercantil.

ANA MARI.– Lo principal es tener calma. Es la base. Acuérdate de Pepe Santana...

JOSÉ LUIS.– No me acuerdo de nada.

ANA MARI.– Pues tienes que acordarte. *(Llaman a la puerta y asoma* DOÑA ROSALÍA.*)*

DOÑA ROSA.– Don José Luis, preguntan por usted.

JOSÉ LUIS.– *(Asustado, mira a* ANA MARI.*)* ¿Quién será?

DOÑA ROSA.– *(Sin entrar.)* Bueno, ¡qué!

JOSÉ LUIS.– Que pase... *(A* ANA MARI.*)* ¿Quién será? A ver si va a ser...

ANA MARI.– *(Asustada.)* No creo. ¡Qué pesimista estás hoy! Te has puesto pálido.

VOZ.– *(Fuera.)* Soy yo, Pepe Luis; soy yo... *(Se abre la puerta ante un hombre de unos veintitantos años, despeinado a la europea y con aire de paleto amundanado.)*

ANA MARI y JOSÉ LUIS.– ¿Tú?

SANTANA.– Sí, soy yo. No me esperábais, ¿eh? Estoy de paso por los Madriles y no me quería ir sin verte, Pepe Luis.

ANA MARI.– Ahora mismo, pero lo que se dice ahora mismo, estábamos hablando de ti, Santana.

SANTANA.– *(Sentándose.)* Bueno. ¿Y qué? ¿Cómo os va?

JOSÉ LUIS.– Ya lo ves. *(Señala el montón de papeles.)*

SANTANA.– Ya veo, ya. ¿Y qué, animado?

ANA MARI.– Le toca pasado mañana. Está deshecho.

SANTANA.– Bueno; pues no te molestaré, chaval. Tampoco quería irme sin verte. Me marcho en seguida. Quería decirte que conozco a dos tíos del Tribunal.

ANA MARI.– ¿Sí?

SANTANA.– *(Con cierto énfasis.)* Sí... Dos compañeros...

JOSÉ LUIS.– Pues vaya sorpresa...

SANTANA.– *(Siempre en su papel de notario.)* A ver si podemos hacer algo... Tienes que ser notario como yo... Empezamos juntos a preparar la oposición.

ANA MARI.– Tú tuviste suerte, Santana... Eso mismo estábamos diciendo hace un momento...

SANTANA.– ¡Psch!... De todo hubo.

ANA MARI.– *(Agresiva.)* Sobre todo, suerte.

JOSÉ LUIS.– Oye. Y dime: ¿y te ha compensado?

SANTANA.– *(Con orgullo.)* ¿Que si me ha compensado? No podéis imaginarlo. Tengo un seiscientos. Ahora estoy en la notaría de Ecija. Cincuenta mil duros largos. Como lo oís. Ahora vengo de la Costa Azul.

ANA MARI.– ¿Te has casado ya?

SANTANA.– Todavía es pronto. ¿Sabéis que soy uno de los notarios más jóvenes de España? Mentira me parece que hace sólo unos años estuviera así... *(Señala los papeles.)*

JOSÉ LUIS.– *(Acusando el golpe con resignación.)* Pues ya lo ves...

ANA MARI.– *(Hosca.)* Dichosa suerte la tuya. *(Pausa violenta.* SANTANA *mira con altivez todo.)*

SANTANA.– *(Con afectación.)* Pero tú las sacas esta vez. Ya verás...

JOSÉ LUIS.– Quiera Dios.

ANA MARI.– Debe ser emocionante eso de verse notario, ¿verdad?

SANTANA.– No te lo puedes imaginar.

ANA MARI.– Díselo a éste. ¡Anda más mustio!

JOSÉ LUIS.– *(Protestando.)* Di que no. Estoy potente. Poniendo «delantalitos» nada más...

SANTANA.– Los «delantalitos» son lo que más hace, tú. Impresionan al tribunal.

JOSÉ LUIS.– Tengo aquí apuntados muchos. Oye, ¿tú tienes alguno?

SANTANA.– ¿Yo...? Lo tiré todo, lo quemé todo, lo olvidé todo en cuanto saqué la bicoca. A ver... Ahora ni leo el periódico siquiera. Me estoy embruteciendo a base de bien. Me lo merezco, ¿no?

ANA MARI.– *(Entusiasmada.)* ¡Hombre!, claro...

SANTANA.– Eso harás tú en cuanto las saques. Verás. Te entrará un asco de todo esto... *(Coge un papel y lee.)* «La enfiteusis...» ¡Puaf! *(Lo tira con gesto de desagrado.)*

JOSÉ LUIS.– *(Disponiéndose a recitar.)* La enfiteusis...

SANTANA.– ¡Eh, tú; no sueltes ahora el rollo! Tranquilo, muchacho; tranquilo.

ANA MARI.– A éste no hay quien le tranquilice. ¡Ay, si tuviera tu calma!... Que fuiste a la oposición como el Bomba...

SANTANA.– ¿Te acuerdas?

ANA MARI.– Claro que me acuerdo. Y de que estuvimos de panda toda la noche antes, y moña que la cogimos... Dile eso a éste... ¡Más «acobardao» está!...

SANTANA.– ¿De verdad? ¡No digas, chaval! Tranquilo; tú, tranquilo, y la plaza es tuya. A embrutecerte, a no pensar. A amontonar dinerito...

ANA MARI.– ¡Qué felicidad!

SANTANA.– *(A* ANA MARI.*)* Y tú, ¿qué? ¿Con tus clases?

ANA MARI.– Con mis clases y mis monjas. Aburrida.

SANTANA.– Te advierto que... a veces me acuerdo de esta vida y pienso que no estaba mal del todo. Si no hubiera sido por los apuntes, los temas...

JOSÉ LUIS.– *(Muy molesto.)* Bueno. Me vas a perdonar. Voy a seguir dándole a esto. Voy atrasado, ¿sabes?

SANTANA.– Te dejo. Sólo venía para eso. Para saludarte y para invitaros a cenar conmigo esta noche.

JOSÉ LUIS.– No puedo.

ANA MARI.– *(Violenta.)* Sí puede. Di que sí puede. Sí; te acompañaremos a cenar.

SANTANA.– ¡Estupendo! Luego iremos a un cine. Te conviene tranquilizarte.

JOSÉ LUIS.– Si no puedo...

ANA MARI.– *(Violenta.)* Sí que puede. Di que sí puede.

JOSÉ LUIS.– Bueno; ya veremos. Ahora me voy al pasillo a recitar.

SANTANA.– No; soy yo el que se va.

JOSÉ LUIS.– No; no te vayas si no quieres. Yo me salgo al pasillo...

SANTANA.– Es que tengo prisa. Tengo que pasar por el Colegio para un asunto de protocolo... No sé de qué se trata porque yo no me ocupo de la notaría, claro está.

JOSÉ LUIS.– ¿No te ocupas?

SANTANA.– Pues claro que no. Tengo un esclavo que lo hace todo. Yo, ya te digo: a embrutecerme. ¡Lo paso más bien!... Bueno, Pepe Luis, ¡ánimo! Adiós, Ana Mari.

JOSÉ LUIS.– Te acompañamos.

ANA MARI.– *(En el momento de salir.)* A Pepe Luis le conviene distraerse. Esta noche cenamos juntos, sí.

SANTANA.– *(Al pasar delante del chico, que duerme.)* Y este gandul, ¿quién es? Eso sí que es vida, tú. *(A* JOSÉ LUIS*.)* Ya verás. Otra cosa que harás en cuanto te veas libre de eso es dormir como un arzobispo... *(Salen. La habitación, sola. El muchacho se agita en el lecho y suspira. De pronto se oye su voz, que delira levemente. Dice: «Ecuación general de la proyectividad... Ecuación general de la proyectividad...». Vuelve a suspirar. Vuelven a entrar* JOSÉ LUIS *y* ANA MARI. JOSÉ LUIS *está indignado.)*

JOSÉ LUIS.– *(Dando un portazo.)* El canalla, el bandido... viene a complacerse. Nada más que a complacerse, a ensañarse con mi desgracia. Pues no pienso ir, ¿sabes? No pienso ir. No me da la gana. No quiero ni verle. Ni quiero estudiar más. Al cuerno la oposición... *(Da un gran manotazo a los papeles que hay sobre la mesa, que salen por el aire.)* No quiero, no me da la gana.

ANA MARI.– *(Apoyada sobre la puerta y muy tranquila.)* Claro, claro. Si te pones así sólo por una visita impertinente, ¿qué tiene de particular que pasado mañana te mueras del susto delante de los cochinos del tribunal? ¿Eh? ¿Qué tiene de importancia? ¡Imbécil, apocado! ¡Que eres un imbécil y un apocado!

JOSÉ LUIS.– *(Fuera de sí.)* Tú te vas a tu habitación. ¡Lárgate y déjame tranquilo si no quieres que me tire por el balcón! Déjame solo; déjame tranquilo; déjame que me pudra...

ANA MARI.– Sí, hombre, sí. Ya me voy... Pero todo eso se lo podías haber dicho a él y no quedarte callado como te has quedado. Tonto; que eres tonto. En cambio, yo le he dicho cuatro frescas.

JOSÉ LUIS.– *(Cada vez más nervioso.)* Sí, tú también quieres que me suspendan... ¿Crees que no lo sé? Lo estás deseando en el fondo.

ANA MARI.– ¿Será mala bestia?

JOSÉ LUIS.– Todos, todos estáis contra mí. Tú, y el otro, y el otro. Y la sociedad entera. La sociedad entera está contra nosotros. Contra los que vivimos de la ilusión de trabajar y de ser honrados...

ANA MARI.– ¿Por qué no vas a darte una ducha?

JOSÉ LUIS.– Vete, vete de una vez.

ANA MARI.– Oye, haz el favor de tranquilizarte. A ver si vas a hacer una barbaridad...

JOSÉ LUIS.– Si no fuera tan cobarde...

ANA MARI.– Un crío es lo que eres. Nada más que un crío... Cobardes lo somos todos.

JOSÉ LUIS.– *(Cae rendido sobre una silla.)* Es que no puedo más...

ANA MARI.– Me voy, José Luis. Si me necesitas, vendré enseguida. Comprendo tu arrebato. Es natural. La mansedumbre tiene un límite. Si yo te contara... Pero, por lo que más quieras, tranquilízate. Estudia. Descansa un poco también. Promete que te vas a tranquilizar y a olvidar de ese impertinente.

JOSÉ LUIS.– Estoy harto...

ANA MARI.– Me voy si me prometes que vas a quedarte tranquilo...

JOSÉ LUIS.– Te lo prometo.

ANA MARI.– Vendrás conmigo a comer, ¿eh? Y si pierdes otra vez, ¡qué importa! Hay que vivir. Seguiremos trabajando y sufriendo como la mayoría de los españoles.

JOSÉ LUIS.– Es lo justo.

ANA MARI.– Eso es lo único que podemos hacer ante esta barbarie: ser sumisos y obedientes...

JOSÉ LUIS.– ¡Cobardes!...

ANA MARI.– Déjate de torturar.

JOSÉ LUIS.– *(Ya tranquilizado.)* Bueno. ¿Te vas?

ANA MARI.– Sí. *(Muy seria, coge la camisa y la labor y se dispone a salir, después de darle un beso. Al pasar delante de la cama donde duerme el muchacho de Córdoba se detiene un momento.)* ¡Huy, cómo suda este chico!...

JOSÉ LUIS.– Eso le conviene...

ANA MARI.– Este chico tiene fiebre..., mucha fiebre, José Luis.

JOSÉ LUIS.– Dijo que estaba acatarrado.

ANA MARI.– *(Inclinada sobre él.)* Respira mal..., se queja... Me parece que delira. Ven.. Oye... Escucha...

JOSÉ LUIS.– *(Se acerca, curioso.)* Pues sólo faltaba esto...

ANA MARI.– ¿Qué dice?

JOSÉ LUIS.– Dice algo así como «ecuación general de la proyectividad...».

ANA MARI.– ¡Pobre chico! ¡Y qué joven es! Diecinueve años, todo lo más...

JOSÉ LUIS.– Bueno; yo voy a...

ANA MARI.– José Luis, este chico está muy malo...

JOSÉ LUIS.– Bueno. ¿Y qué quieres que haga yo? Ya te lo dije. Bastante he hecho con dejarle acostarse ahí, ¿no?

ANA MARI.– ¿Hay aspirinas por aquí?

JOSÉ LUIS.– No. Aquí sólo tengo simpatina, profamina y...

ANA MARI.– Y no hay ningún médico ahora. Paco se marchó y no volverá hasta la noche. Quizá doña Rosalía tenga un par de aspirinas... *(Sale de la habitación y se oye su voz llamando a la dueña de la pensión.* JOSÉ LUIS *observa con extrañeza y curiosidad al enfermo. Entra* ANA MARI *con* SOFI, *una chica aparatosa que viene vestida muy elegante para la calle.)*

SOFI.– *(A* JOSÉ LUIS.*)* ¡Hola! doña Rosalía ha salido, pero yo tengo aquí aspirina. Siempre llevo... *(Abre el bolso.)*

ANA MARI.– Mira lo que vale ser previsora...

SOFI.– ¡A ver!... Antes me olvido del dinero o de las llaves que de la aspirina. Si tuvieras que aguantar tanta tabarra como yo, verías... Toma; te dejo medio tubo. ¿Es éste el enfermo?

ANA MARI.– Sí.

SOFI.– Está un poco «rebatao». Aunque aquí, con todo «cerrao», hace un calor que...

ANA MARI.– Es que José Luis está en capilla, ¿sabes?, y no quiere abrir el balcón porque no puede soportar los ruidos de la calle.

SOFI.– ¿Cuándo te examinas?

JOSÉ LUIS.– Pasado mañana.

SOFI.– Pues que tengas suerte, majo...

JOSÉ LUIS.– Gracias.

SOFI.– Y ahora estudia... Al chico darle una aspirina. No será nada. Estoy segura de que no será nada. Me voy...

ANA MARI.– *(Insidiosa.)* Anoche nos despertaron también los de la tuna... ¡Qué éxito tienes, chica!...

SOFI.– ¡Menuda tabarra, mujer!... Adiós, José Luis..., y adiós, muchacho. ¡Pobrecillo! *(A* ANA MARI.*)* Es guapito, ¿verdad?

ANA MARI.– *(Al tiempo de salir.)* José Luis, no te olvides de dar una aspirina al chico. *(A* SOFI.*)* Te acompaño hasta la calle. *(Salen las dos mujeres.* JOSÉ LUIS *coge el tubo de aspirinas y permanece ensimismado. Toma un vaso, echa un poco de agua de la jarra y disuelve lentamente la pastilla al tiempo que vuelve a su recitado.)*

JOSÉ LUIS.– Defínense las servidumbres como el derecho real por cuya virtud el dueño de una cosa se obliga a no ejercer en ella o a tolerar que se ejerza una actividad prefijada... *(Disuelta la pastilla, se bebe lentamente el contenido del vaso, que deja sobre la mesita de noche, y sigue su trágico monólogo, ajeno al enfermo y al mundo entero.)* ... en provecho de cosa ajena o de la persona titular del derecho. Al decir derecho real venimos a expresar su naturaleza jurídica.

(El telón ha descendido lentamente.)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. El mismo día por la noche. La escena en semipenumbra. José Luis *se ha quedado dormido sobre la mesa. Por el balcón entra el reflejo de la calle y se oye el ruido del tráfico. En la cama, el* muchacho *de Córdoba se debate entre la fiebre y el delirio.*

El muchacho.– A C partido por B C es B C partido por B X, lo que es igual a O C menos O A partido por O X menos O A y O C menos O B partido por O X menos O B, lo que es igual a X sub tres menos X sub uno partido por X menos X sub prima y X prima menos... *(Saca el brazo fuera de las sábanas y pinta en un encerado imaginario.)* La curva X y la Y prima menos tres, prima, menos Q menos Y, menos uno. No, no..., borro otra vez. Ecuación general de la proyectividad... La proyectividad es... *(Se ha abierto la puerta y ha entrado* Ana Mari, *que viene vestida de calle, enciende la luz y se dirige a* José Luis, *que se despierta asustado.)*

Ana Mari.– José Luis, José Luis..., criatura...

José Luis.– *(Muy asustado.)* Me había quedado dormido...

Ana Mari.– Pero ¿por qué no te acuestas un ratito?

José Luis.– *(Se pone en pie de un salto.)* ¿Por qué me habré quedado dormido? *(Busca afanoso entre los papeles.)* Si me queda todavía mucho..., mucho...

Ana Mari.– *(Le quita los papeles.)* Se terminó por hoy.

José Luis.– ¿Estás loca?

Ana Mari.– Arréglate. Va a venir Santana y estamos invitados a cenar con él.

JOSÉ LUIS.– Ni hablar. Pero que ni pensarlo.

ANA MARI.– Eso te despejará. Y te vendrá bien...

JOSÉ LUIS.– Me llevaré las chuletas y repasaré.

ANA MARI.– Como quieras. Pero vienes con nosotros. No faltaba más. Dios mío, qué atmósfera hay aquí dentro... *(Se dirige a abrir el balcón y percibe el discurso del enfermo.)*

EL MUCHACHO.– X prima sub uno, menos X prima sub tres, partido por X menos...

ANA MARI.– *(Después de abrir el balcón.)* Uy, se me había olvidado. El pobre muchacho... *(Va hacia la cama.)* Está delirando, José Luis, está delirando. Me parece que tiene más fiebre. Este chico está muy malo. ¿Dónde está la aspirina? ¿Le diste la aspirina?

JOSÉ LUIS.– ¿Qué aspirina?

ANA MARI.– José Luis, José Luis, no me pongas nerviosa. La aspirina que nos dio Sofi, ¿dónde la has puesto?

JOSÉ LUIS.– ¿A mí qué me cuentas? Déjame tranquilo... *(Bisbisea un tema entre labios.* ANA MARI *busca, nerviosa, hasta hallar el tubo entre los papeles.)*

ANA MARI.– Pero si está el tubo vacío. ¿Es que le has dado todas las aspirinas? *(Gesto de indiferencia de* JOSÉ LUIS. *Ella, furiosa.)* Dime: ¿le has dado todas las aspirinas o qué? Despierta de una vez. Date cuenta de que estás vivo, de que estoy hablándote, de que hay un compañero enfermo. Date cuenta. Sal de tus estúpidos apuntes de una vez...

JOSÉ LUIS.– *(Rechazándola.)* No sé, no sé...; déjame en paz. Tengo que sacar la oposición, ¿comprendes? Tengo que sacarla y me tiene todo sin cuidado: el enfermo, tú y el mundo entero. Y la vida. Todo me tiene sin cuidado. Sólo quiero sacar la plaza.

ANA MARI.– *(Pasándose la mano por la frente.)* Uy, qué pesadilla... *(*JOSÉ LUIS *se dirige hacia la puerta.)* ¿Dónde vas?

JOSÉ LUIS.– Al infierno. Donde me dejes tranquilo.

ANA MARI.– *(Cogiéndole por un brazo e intentando mostrarse dulce.)* Ven aquí. Tranquilízate. Tú tampoco te encuentras bien. Tienes mal color y...

JOSÉ LUIS.– Déjalo. A ver si me muero de una vez.

ANA MARI.– Eres capaz de haberte tomado todas las aspirinas.

JOSÉ LUIS.– Quizá.

ANA MARI.– Estás loco.

JOSÉ LUIS.– Me tienes harto.

ANA MARI.– Más harta me tienes tú a mí.

JOSÉ LUIS.– Me gustaría perderte de vista.

ANA MARI.– *(Lloriqueando.)* No me extraña, porque eres un egoísta. Un gran egoísta, como todos. Si ya lo sé. Lo sé muy bien. No creas que me hago ilusiones. Serás capaz de plantarme en cuanto saques esa asquerosa notaría. Como el asqueroso de Pepe Santana hizo con la Mary Carreras... Si es que soy tonta. Tonta de preocuparme por ti. De desvivirme y dejar lo mío..., para luego recibir insultos... Grosero, más que grosero... *(Gimotea, llorosa.)*

JOSÉ LUIS.– *(Fuera de sí.)* Ah, ¿además, eso? ¿Vas a llorar ahora? Fuera, fuera de aquí. Vete. Déjame trabajar tranquilo. A la calle. *(La empuja hacia la puerta.)*

ANA MARI.– *(Al verse empujada se vuelve y le da un bofetón.)* Cochino, que eres un cochino...

JOSÉ LUIS.– *(Le da un gran empujón, la echa fuera y cierra la puerta. Se apoya sobre ésta y se toca la mejilla.)* Es una zorra..., como todas... *(Vuelve la vista hacia la cama, donde el* MUCHACHO *se debate entre la fiebre y su absoluto monólogo, y se dirige hacia él.)* Y tú, ¿quieres callar también? ¿Quieres dejarme tranquilo? *(Coge la almohada de su cama y la coloca sobre la cabeza del enfermo y aprieta levemente. El cuerpo se rebela levemente, y* JOSÉ LUIS, *asustado, retira la almohada y retrocede. El delirio del* MUCHACHO *parece apaciguado.* JOSÉ LUIS *va hacia el balcón y mira al cielo.)* Dios mío, no sé lo que estoy haciendo... *(Se apoya en el balcón otra vez, ensimismado. Se oyen golpes en la puerta.* JOSÉ LUIS *se vuelve, rabioso, y abre de un tirón, pero al ver a* SOFI *sonríe, satisfecho. Ésta viene vestida con traje de calle, muy elegante, casi aparatosa.)*

SOFI.– Perdona que te moleste, José Luis... Vengo a ver al enfermo. *(Lo ha dicho con mucha dulzura, al tiempo que se acerca a la cama del enfermo.* JOSÉ LUIS *ha perdido todo su arrebato y es pura miel.)* Oye, José Luis..., *(Tiene la mano puesta sobre la frente del calenturiento.)* ¿diste las aspirinas que te dejé al muchacho?

JOSÉ LUIS.– ¿Qué aspirinas?

SOFI.– *(Muy dulce y habilidosa.)* Bueno; es igual. Tengo más aquí. *(Abre el bolso con mucha coquetería.)* Es que si toma muchas aspirinas es muy

malo. Lo sabías, ¿no? Yo sólo tengo dos cursos de farmacia y, aunque no me acuerdo de nada, ¿sabes?, sé que las aspirinas en cantidad no es bueno...; es veneno...; como es veneno muchas de esas pastillas que os tomáis. *(Mientras habla va disolviendo la pastilla en el vaso. Todo ello con tanta femineidad maternal que emboba a* José Luis*.)* Lo que pasa es que con eso de las oposiciones os emborracháis y os enviciáis. Una borrachera como otra cualquiera. Al final, si os descuidáis, os convertís en unos inútiles. Más de uno conozco yo que anda dando tumbos por la calle, y no por el alcohol, sino a base de ese derecho civil y mercantil... *(Habla ahora con el enfermo.)* Hala, majo, bebe, bebe esto... Así, muy bien... Qué buen chico... Ahora te voy a poner el termómetro... *(Se vuelve a* José Luis*.)* ¿Cómo se llama? ¿Qué estudia?

José Luis.– ¿Quién?

Sofi.– El chico.

José Luis.– ¿Qué chico?

Sofi.– ¿Qué chico va a ser? Éste...

José Luis.– Ah, no lo sé.

Sofi.– ¿No sabes siquiera cómo se llama?

José Luis.– Tampoco. Doña Rosalía le metió aquí esta mañana. Dijo que esta noche le cambiaría de habitación. Pero... ella sabrá. Yo lo único que sé es que viene de Córdoba...

Sofi.– Debe estudiar algo de matemáticas...

José Luis.– Debe preparar un ingreso de ésos a alguna escuela de ingenieros.

Sofi.– Pobre chico...

José Luis.– *(Intentando ser tierno.)* Sí, es verdad... Da pena... Tan jovencito, ¿verdad? Pero ya, ya llegará a estar bregao como nosotros... «Placeao», como los toreros de cartel...

Sofi.– *(Riéndose.)* Ojalá... Eso será buena señal...

José Luis.– ¿Buena señal? Bah... Te advierto que si se muriera haría su suerte...

Sofi.– Estás loco, muchacho.

José Luis.– Sí, sí, loco... Tú no sabes nada de esto. De la lucha esta. Ni tú, ni nadie. Hay que vivirlo.

Sofi.– Oye, que yo también empecé a estudiar farmacia.

José Luis.– Pero tuviste la suerte..., y la inteligencia, de abandonarlo.

SOFI.– Cualquiera sabe...

JOSÉ LUIS.– *(Se acerca, excitado.)* Hiciste muy bien. Porque con ese aire tuyo y esos ojazos no ibas a meterte en un laboratorio a hacer pastillas.

SOFI.– Gracias, saladísimo...

JOSÉ LUIS.– *(Satisfecho del éxito.)* Y eso que, mirándolo bien, da lo mismo que estés en un laboratorio que en una sala de fiestas. Porque donde tú estés, está la..., la...

SOFI.– *(Cortándole.)* Pero ¿qué te ha dao, José Luis?

JOSÉ LUIS.– Las aspirinas.

SOFI.– ¿Qué?

JOSÉ LUIS.– Que te digo que serán las aspirinas que me he tomao...

SOFI.– Te volverás chalupa con esos papeles...

JOSÉ LUIS.– *(Intenta abrazarla.)* Yo lo que necesito, ¿sabes qué es? Necesito fe..., fe..., y tú eres la única que puedes darme eso...

SOFI.– *(Desasiéndose.)* No me tomes por Santa Rita...

JOSÉ LUIS.– *(Excitadísimo.)* Que sí, que sí, que estoy acostumbrao a que todo se hunda. A fracasar en todo. Porque no he tenido a nadie que crea en mí...

SOFI.– ¿Y Ana Mari?

JOSÉ LUIS.– Es una egoísta. No me quiere a mí. Quiere al notario. Además, es una birria.

SOFI.– ¿Y si fueras a darte una ducha?

JOSÉ LUIS.– Ducha la que me estás tú dando. Que sólo con verte ya se me ha olvidao todo...

SOFI.– Si por lo menos te doy paz...

JOSÉ LUIS.– ¿Paz? Para «in eternum»... Si tú quisieras...

SOFI.– ¿Qué?

JOSÉ LUIS.– Que sacaba la notaría.

SOFI.– ¿De verás?

JOSÉ LUIS.– Y un registro, y una abogacía del Estado, y...

SOFI.– *(Rompiendo a reír.)* Madre, cómo te ha dao la luna de mayo...

JOSÉ LUIS.– ¿La luna de mayo? Todas las lunas de mayo que he pasao metido en estos papeles, todas las lunas de mayo perdidas en las habitaciones con los bienes proindiviso y las testamentarías..., todo lo olvido ahora y sólo sé que te estoy viendo... y que me estás mirando...

SOFI.– *(Rechaza otra acometida.)* Bueno, cuidadito. Está muy bien el discurso. Por lo menos, te sales un poco de la rutina diaria. Pero las manos quietas, rico...

JOSÉ LUIS.– Llega un momento, ¿sabes?, en que uno cree que no va a saber hablar, en que uno cree que ha perdido la lengua verdadera y habla sólo en lenguaje jurídico. Eso trae esto. *(Señala los apuntes.)* Pero hay seres milagrosos como tú y te das cuenta de que no es eso, que no es eso la vida...

SOFI.– Se nota que, además de «eso», has leído la hoja del calendario... o has oído algún serial radiofónico...

JOSÉ LUIS.– Si tú quisieras, todo esto lo transformaba yo en noche de mayo pura y verdadera.

SOFI.– Quieto, niño...

JOSÉ LUIS.– No puedo..., no puedo... *(La sujeta, por fin, y la besa. Ella se deja besar.)*

SOFI.– Mira el pillín... ¿Quién iba a decirlo? Metido en sus papeles y ahora...

JOSÉ LUIS.– Tú y yo hemos nacido para entendernos... Desde el primer día lo vi...

SOFI.– *(Hace un esfuerzo para desasirse.)* Voy por el termómetro...

JOSÉ LUIS.– No, no te vayas... *(Da doble vuelta a la llave.)*

SOFI.– Que hay mucha temperatura aquí, chaval. Entre tú y ese...

JOSÉ LUIS.– Tienes que darme fe...

SOFI.– Si supiera que de verdad ibas a sacar la plaza...

JOSÉ LUIS.– ¿Qué?

SOFI.– Que sería capaz de hacer una locura...

JOSÉ LUIS.– ¿De verdad?

SOFI.– Quizá...

JOSÉ LUIS.– No seas guasona...

SOFI.– Tranquilo, niño, tranquilo... *(Se suelta otra vez.)* Bueno, y ábreme la puerta. A ver si voy a tener que gritar y damos el espectáculo...

JOSÉ LUIS.– Si me prometes...

SOFI.– Te prometo lo que quieras...

JOSÉ LUIS.– Si me prometes algo..., te digo que voy a la oposición como quien va a una fiesta..., a una fiesta brava..., como lo que es...

SOFI.– Olé...

JOSÉ LUIS.– ¿Me prometes?

SOFI.– Que sí... Ahora déjame ir por el termómetro... *(*JOSÉ LUIS *abre y* SOFI *sale.* JOSÉ LUIS *se vuelve hacia el balcón y contempla, radiante, la noche primaveral.)*

EL MUCHACHO.– Educación general de la proyectividad... Tenemos que AC partido por AX es AB partido por BX igual a OC menos OA partido por OK menos OA...

JOSÉ LUIS.– Me siento nuevo... Ahora es cuando me siento en forma. *(Vuelve* SOFI *y le hace una seña de silencio con el dedo sobre los labios.)*

SOFI.– Ana Mari está llorando en su habitación y tú tienes la culpa...

JOSÉ LUIS.– ¿Yo?

SOFI.– Cuanto más cultos sois los hombres, sois más brutos...

JOSÉ LUIS.– Eso dicen...

SOFI.– Deja que ponga el termómetro... *(Coloca el termómetro al enfermo y le acaricia el pelo suavemente, más bien para protegerse de la acometida de* JOSÉ LUIS*.)*

JOSÉ LUIS.– ¿Qué te parece si saco la notaría y nos vamos tú y yo de notarios a Málaga, por ejemplo? Eh, ¿qué te parece?

SOFI.– ¿Yo de notaria a Málaga? No sé...

JOSÉ LUIS.– Cincuenta mil duros al año...

SOFI.– ¿En serio?

JOSÉ LUIS.– Por lo menos.

SOFI.– Pero ¿un notario gana eso?

JOSÉ LUIS.– Que sí, mujer. Un notario como yo...

SOFI.– Me parece mentira tanta belleza...

JOSÉ LUIS.– Ya lo estoy viendo. Tú y yo, bailando en la playa de Torremolinos...

SOFI.– *(Mirando el termómetro.)* Madre, cuarenta de fiebre...

JOSÉ LUIS.– ¿Cuarenta? Si me lo pones a mí, rompo el termómetro...

SOFI.– Quiero. El chico tiene cuarenta de fiebre.

JOSÉ LUIS.– ¿Y qué?

SOFI.– ¿Cómo que «y qué»? Que está muy malo.

JOSÉ LUIS.– ¿El chico?

SOFI.– Hay que llamar a un médico...

JOSÉ LUIS.– No te vayas ahora...

SOFI.– Hay que avisar al médico.

JOSÉ LUIS.– No te vayas..., no puedes dejarme solo...

SOFI.– ¿A quién?
JOSÉ LUIS.– Al enfermo... *(Trata de abrazarla y ella le esquiva.)*
SOFI.– Estudia un ratito. *(Al abrir la puerta aparece* PEPE SANTANA, *muy elegante, con traje negro y su poco de pañuelo blanco saliendo del bolsillo. Viene despeinado y perfumado.)*
SANTANA.– Buenas noches, José Luis y compañía..., y vaya compañía.
SOFI.– *(Seca.)* Buenas noches.
JOSÉ LUIS.– Hola, Pepe. No me acordaba de tu visita...
SANTANA.– *(Embobado frente a la* SOFI.*)* No tengo el gusto...
JOSÉ LUIS.– *(Molesto.)* ¿No os conocéis? Sofi, y aquí, un amigo: Pepe Santana.
SANTANA.– Notario de Écija, para servirla...
SOFI.– *(Interesada.)* ¿Notario?
SANTANA.– Notario...
SOFI.– ¿De esos de cincuenta mil duros?
SANTANA.– *(Riendo.)* De esos mismos.
SOFI.– Cuarenta de fiebre... Madre mía... *(Sale. Silbido de* SANTANA.*)*
SANTANA.– Vaya monumento... ¿De dónde sale eso, tú?
JOSÉ LUIS.– *(Haciéndose el interesante.)* Amistades...
SANTANA.– Pero ¿vive aquí?
JOSÉ LUIS.– Hace años...
SANTANA.– Y tú, ¿estudiando la enfiteusis?
JOSÉ LUIS.– A ver...
SANTANA.– Pues lo que es yo, macho, si tengo una compañera de pensión como ésa, me paso la vida opositando a notarías.
JOSÉ LUIS.– Sí, no está mal..., pero...
SANTANA.– Oye, ¿y qué hace? ¿A qué se dedica?
JOSÉ LUIS.– ¿Ésa? Está enchulada con el jefe de la tuna de la Farmacia. Vienen todas las noches a darle la serenata, y a mí no me dejan estudiar...
SANTANA.– ¿Y si la llevamos a cenar con nosotros?
JOSÉ LUIS.– No va a querer...
SANTANA.– Yo la convenzo...
JOSÉ LUIS.– Todos están locos por ella..., y ella no hace caso ni al jefe de la tuna...
SANTANA.– ¿No dices que está enchulada con él?
JOSÉ LUIS.– Dicen. Que no es lo mismo.
SANTANA.– Aquí no hay plan.

JOSÉ LUIS.– Ni lo intentes...
SANTANA.– Ah, vamos... ¿Es que no quieres que te invada el campo?
JOSÉ LUIS.– ¿Quién, yo? Bastante tengo con lo mío.
SANTANA.– Claro. Tú lo que tienes que hacer es estudiar. Aprovechar estas veinticuatro horas.
JOSÉ LUIS.– Pues entonces vete a cenar tú solo y déjame tranquilo.
SANTANA.– Bueno, no te enfades. ¿Y Ana Mari?
JOSÉ LUIS.– Se ha ido. No vendrá. Y yo, pensándolo bien, tampoco puedo acompañarte. Tengo que repasar todo el Civil...
SANTANA.– Hombre, no; tú, no; eso no se hace. Quedamos en ir a cenar juntos...
JOSÉ LUIS.– *(Retador.)* Vete con la Sofi..., si es que puedes...
SANTANA.– Anda..., si quisiera... Pero no... Mirándolo bien, como ella hay muchas. En la Gran Vía, a montones. Lo que pasa es que aquí, en este ambiente, pues eso, que choca un poquito. Por el mismo contraste... Pero, nada. Tiene la boca torcida...
JOSÉ LUIS.– Sí, sí..., torcida...
SANTANA.– Bueno, tú, que se hace tarde. Vamos a cenar.
JOSÉ LUIS.– Ya te he dicho que no voy.
SANTANA.– ¿Es tu última palabra?
JOSÉ LUIS.– La última. *(Se abre la puerta y entran* SOFI, PACO RUIZ *y* ANA MARI, *cabizbaja, que se desentiende de todo, muy hosca.)*
SOFI.– *(A* PACO.*)* Yo creo que está muy malo. Tiene cuarenta, fíjate...
PACO RUIZ.– *(A* JOSÉ LUIS *y* SANTANA.*)* Hola, chicos... *(Muy en su papel de médico, se dirige a las mujeres.)* Vamos, incorporarle un poco para que pueda auscultarle. ¿Has dicho que cuarenta?
SOFI.– Cuarenta. *(*SANTANA *se acerca a* ANA MARI *y observa su ceño fruncido.)*
SANTANA.– Buenas noches, se dice, Anita...
ANA MARI.– *(Displicente.)* Hola, Pepe...
SANTANA.– *(Se vuelve a* JOSÉ LUIS.*)* ¿Estáis de morros?
JOSÉ LUIS.– Bah... *(Se ha sentado junto a la mesa y lee los apuntes.)*
PACO RUIZ.– Esto es pulmonía. Hay que ponerle penicilina.
SOFI.– Pobre chico.
PACO RUIZ.– Unas cuantas unidades de «peni» y mañana nuevo, chata.
ANA MARI.– Habrá que avisar a su familia, ¿no?

PACO RUIZ.– No estaría de más.
SOFI.– Si nadie sabe cómo se llama siquiera...
ANA MARI.– Doña Rosalía tiene que saberlo.
SOFI.– Pero no está. Vamos a mirar el carnet de identidad. ¿Es ésta su chaqueta? *(Se dirige a la percha.)*
ANA MARI.– No; la otra.
SOFI.– ¿Ésta?
SANTANA.– Permítame, señorita... *(Coge la chaqueta antes que* SOFI *y revuelve los bolsillos.)*
ANA MARI.– Con cuidado. No está bien eso de registrar...
SANTANA.– No hay nada. Un sobre en blanco, dos billetes del metro, unos apuntes de geometría analítica, dos pesetas... A ver... aquí...
ANA MARI.– A mí no me gusta eso de registrar.
SANTANA.– Soy notario. Quiero decir que mis manos son sagradas.
ANA MARI.– Ya sabemos que eres notario...
SANTANA.– Aquí hay una carta en francés... Letra femenina... Procedente de Suiza... Nada... Y aquí... tampoco... Está indocumentado...
SOFI.– ¿Y la maleta? ¿Habéis mirado en la maleta?
ANA MARI.– Doña Rosalía la abrió esta mañana. Nada: libros y ropa sucia.
PACO RUIZ.– ¿Quién tiene pasta?
ANA MARI.– ¿Pasta?
PACO RUIZ.– A ver... Cuarenta duros cuesta la broma. No vamos a dejar a un compañero morirse como un perro...
SOFI.– Espera, que voy por el bolso...
SANTANA.– *(Adelantándose, muy ceremonioso.)* No se moleste. Aquí tengo yo. *(*SOFI *coge con delicadeza y finura los dos billetes.)*
SOFI.– Gracias, generoso.
PACO RUIZ.– *(Escribe rápidamente en una cuartilla.)* Aquí está la receta.
SOFI.– Bajo la farmacia.
SANTANA.– La acompaño...
SOFI.– Sé ir sola...
SANTANA.– Quiero decir, si no es molestia.
SOFI.– ¿Molestia? El dinero es suyo, al cabo. *(Salen emparejados.)*
SANTANA.– Hasta luego, muchachos... *(Asombro de todos.)*
PACO RUIZ.– ¿Quién es ése?
ANA MARI.– Un notario...

PACO RUIZ.– ¡Vaya con el notario!...
ANA MARI.– Bueno; si no me necesitas, no tengo nada que hacer aquí.
PACO RUIZ.– ¿Qué te pasa?
ANA MARI.– Nada...
PACO RUIZ.– Tienes cara de «suspense»...
ANA MARI.– Me duele la cabeza...
PACO RUIZ.– ¿Quieres venir a tomar un café?
ANA MARI.– ¿A tu cuarto?
PACO RUIZ.– A la cafetería...
ANA MARI.– No está mal la idea...
PACO RUIZ.– En cuanto ponga la inyección a éste. ¿Quieres ir preparando un poco de agua caliente?
ANA MARI.– En seguida... *(Sale* ANA MARI. JOSÉ LUIS *sigue estudiando.* PACO *saca un paquete de «Ideales».)*
PACO RUIZ.– ¿Quieres un pito?
JOSÉ LUIS.– Bueno. *(Lo coge al vuelo.)*
PACO RUIZ.– ¿Cómo va eso?
JOSÉ LUIS.– Medianejo...
PACO RUIZ.– Ánimo, chaval. El mundo es de los decididos...
JOSÉ LUIS.– Déjate de cachondeo...
PACO RUIZ.– Que sí, hombre. Que dentro de nada estás de notario..., como éste..., y aquí se queda Paco Ruiz, poniendo inyecciones de penicilina...
JOSÉ LUIS.– Sí, sí... Notario...
PACO RUIZ.– Y mientras, los notarios que se van con la Sofía Loren esa... Toda mi vida viendo cómo los otros se llevan lo bueno del mundo... Y yo, poniendo inyecciones de penicilina. Es la vida.
JOSÉ LUIS.– La vida.
PACO RUIZ.– Y un servidor, husmeando por las bocacalles de la Gran Vía... para volver a casa con sueño y mal sabor de boca. La vida...
JOSÉ LUIS.– La vida, macho...
PACO RUIZ.– *(Acercándose a él y en voz baja.)* De todas formas, te encuentro un poco cachondo, José Luis.
JOSÉ LUIS.– Será por esto que estoy leyendo de los bienes parafernales. *(Pausa.* PACO *se pasea.)*
PACO RUIZ.– *(Repentino.)* ¿Sabes a quién vi el otro día? A Trostky, que ha vuelto de Rusia...

José Luis.– ¿Trostky? ¿Es que ha estado en Rusia?

Paco Ruiz.– En Moscú. ¡Vaya tío!... Ése sí que entiende la vida... *(Calla de pronto al entrar* Ana Mari *con un cazo de agua caliente, que deja encima de la mesilla de noche. A* Ana Mari.*)* Te has dao demasiada prisa..., porque ésos no tienen traza de volver. Y mira que la farmacia de guardia está en la esquina... A lo mejor, se han ido a pasear a Rosales...

José Luis.– Capaces son. Les importa poco que se muera un compañero...

Ana Mari.– ¡Qué sensible!...

Paco Ruiz.– Oye, ¿qué os pasa? ¿Os habéis peleao?

Ana Mari.– No es nada.

Paco Ruiz.– Ya decía yo que algo pasaba.

Ana Mari.– No te metas en nuestros asuntos.

Paco Ruiz.– Bueno..., bueno... Pero mientras tanto, como ésos no vienen, será bueno que vuelvas a calentar el agua...

Ana Mari.– Está bien. *(Sale otra vez con el cazo.)*

Paco Ruiz.– Pues como te decía, el tío ha estao en Moscú.

José Luis.– Parece mentira.

Paco Ruiz.– Imagínate que me lo encuentro el otro día por la Universitaria. No le había conocido porque llevaba gafas negras y se había dejao barbita de esas de... Ya me entiendes... Me para y me dice con su vocecita: «¿Sabes de dónde vengo? De Moscú». A mí me dio un vahído. Me acordé de que aquel tío; a pesar de sus gafas y su barbita, lo había conocido en Almendralejo, en plena Extremadura... Y me parecía mentira... Suena raro todo lo que pasa ahora, ¿verdad?

José Luis.– Parece el fin del mundo.

Paco Ruiz.– Es un tío, no digas. Mira que haber estao en Moscú... Ya sólo le queda ir a la Luna...

José Luis.– *(Con voz llorosa.)* Y yo sin poder asimilar todo eso... Mañana palmo otra vez, Paco...

Paco Ruiz.– No llores, hombre.

José Luis.– No lloro... ¿Y cómo ha ido ése a Moscú?...

Paco Ruiz.– Según me dijo... *(Se detiene al ver otra vez a* Ana Mari *con el cazo de agua caliente.)*

Ana Mari.– Pero ¿no han vuelto todavía?

Paco Ruiz.– No han vuelto, no, Anita.

Ana Mari.– ¡Qué canallas, qué criminales!... Porque, vamos, es un crimen...

PACO RUIZ.– Vuelve a poner el agua en la lumbre. Ya te avisaré cuando vuelvan...

ANA MARI.– A ver si voy a estar toda la noche yendo y viniendo con el dichoso cacito... *(Sale.)*

PACO RUIZ.– Me dijo que estaba en París y que le habían invitado al congreso de no sé qué. El no es comunista. Más bien había sido un hincha del Real Madrid. Pero ¿quién se pierde un viaje así?

JOSÉ LUIS.– ¡A ver! Y uno tiene ganas de ver cosas nuevas...

PACO RUIZ.– Y como vemos que nos vamos a pasar toda la vida poniendo inyecciones, o preparando notarías, o llevando y trayendo un cazo de agua caliente, la verdad... *(Entra* ANA MARI*, rabiosa.)*

ANA MARI.– He dejao el agua en el hornillo. Que hierva. A ver si le da la gana de volver.

PACO RUIZ.– Es igual, mujer. Si sólo era para lavar la aguja... Ya puedes traer el agua.

ANA MARI.– *(Fuera de sí.)* ¿Y para eso me haces ir y venir? Te voy a tirar el agua hirviendo a la cara..., ¡sinvergüenza!... *(Sale airada.)*

PACO RUIZ.– Y luego hay tíos, como el notario ese, que viven como enanos. Y no lo entiendo. Como si fueramos de otra raza.

JOSÉ LUIS.– Igual que los negros vivimos...

PACO RUIZ.– A lo mejor, somos negros y no nos habíamos dao cuenta, tú. *(Entra otra vez* ANA MARI *y deja con rabia el cazo de agua hirviendo sobre la mesilla.)*

ANA MARI.– *(Enfurecida.)* ¿Ya me habéis cortao suficientes trajes?

PACO RUIZ.– ¡Qué lista eres!...

ANA MARI.– Vosotros me habéis tomao por tonta...

PACO RUIZ.– *(Mientras desinfecta la aguja.)* No se puede andar con secretos con las mujeres...

ANA MARI.– ¡Somos más tontas!... *(Se abre la puerta y entran* SOFI *y* SANTANA *muy alegres, riéndose, ante la envidia de todos.)*

SOFI.– *(Triunfal.)* Aquí está la «peni».

PACO RUIZ.– ¿Habéis ido al extranjero por ella?

SANTANA.– ¿Hemos tardao?

PACO RUIZ.– El tiempo de tomar el avión a Berlín y volver.

SOFI.– ¡Anda, exagerao...!

PACO RUIZ.– Bueno. Ahora, ayudadme un poco. *(Mientras ayudan las dos mujeres a* PACO, SANTANA *mira con aire triunfal a* JOSÉ LUIS.*)*

SANTANA.– Ánimo, chaval, que mañana es tu día...

JOSÉ LUIS.– Déjame tranquilo dentro de mi angustia...

SANTANA.– Esa frase debe ser de alguna obra de Buero Vallejo. *(*JOSÉ LUIS *no le contesta. Se aprieta la cabeza con las manos y trata de abstraerse.)*

PACO RUIZ.– *(Termina de inyectar.)* ¡Pobre chico!... Es muy mono, ¿verdad?

ANA MARI.– Y parece buena persona... Se le ve inocente... No parece maleado como nosotros...

SOFI.– Y no le deben ir muy bien las cosas, porque va muy mal trajeadito, ¿verdad? *(Siguen hablando las dos mujeres junto a la cama.* PACO RUIZ *se une al grupo de los hombres.* SANTANA *saca tabaco rubio.)*

PACO RUIZ.– *(Rechazando el tabaco.)* No fumo de eso. ¿Quieres tú de esto? *(Saca el paquete de «Ideales».)*

SANTANA.– Pues sí... Gracias. *(Encienden los cigarrillos.)* ¿Es grave lo del chaval?

PACO RUIZ.– Pulmonía doble... *(Silbido de* SANTANA.*)*

SANTANA.– ¿Qué estudia?

PACO RUIZ.– ¡Si, por lo visto, no lo conoce nadie!

JOSÉ LUIS.– Llegó esta mañana. Me dijo que venía de Córdoba y que se había acatarrado en el tren. Se acostó. Doña Rosalía dijo que esta noche le cambiaría de habitación. Pero esta noche será mañana, porque Doña Rosalía no está. Trabaja por la noche de cajera en una sala de fiestas...

SANTANA.– ¿No le basta con el negocio?

PACO RUIZ.– A ésa no le basta ni con el Banco de España... ¡Debe tener más dinero guardao!... Un día me voy a convertir en Raskolnikof...

JOSÉ LUIS.– No estaría mal... Y si necesitas cómplice, avisa.

SANTANA.– Bueno... ¿Y qué hacemos aquí ya? El chico dormirá. ¿Por qué no vamos todos a cenar?

PACO RUIZ.– ¡Hombre! La idea es propia de un notariazo...

JOSÉ LUIS.– Yo no puedo ir...

PACO RUIZ.– *(A* SANTANA.*)* Pues nos vamos los dos con las dos mujeres. ¿Hace?

SANTANA.– Hace. *(A las mujeres.)* ¡Eh, vosotras!... ¿Venís a cenar?

ANA MARI.– Y el chico, ¿qué?

PACO RUIZ.– Éste se queda de enfermero. *(Por* JOSÉ LUIS.*)*

ANA MARI.– ¿Ése? Pues mira que si hace lo de hoy...

PACO RUIZ.– ¿Qué ha hecho hoy?
ANA MARI.– Tomarse él las aspirinas en lugar de dárselas al enfermo. ¡Será atontao!...
SANTANA.– Bueno, ¿vamos o no?
SOFI.– Yo no puedo ir...
ANA MARI.– Pues si tú no vienes, tampoco voy yo...
SANTANA.– ¿Cómo? ¿Que no vas a venir?
SOFI.– Tengo un compromiso...
SANTANA.– Pues deja el compromiso.
SOFI.– Dejadme telefonear, al menos.
PACO RUIZ.– Pues ya estás telefoneando, que son más de las diez y media. *(Sale* SOFI.*)*
ANA MARI.– Os advierto que yo voy sin ganas. Tengo un dolor de cabeza...
SANTANA.– Tómate unas aspirinas. Y tú, José Luis, ¿vienes o no vienes?
ANA MARI.– No sé para qué se lo preguntas siquiera...
SANTANA.– Pensándolo bien, lo mejor es que se quede. No sea que luego vaya a decir que por nuestra culpa perdió la notaría...
JOSÉ LUIS.– ¿Por qué no os largáis de una vez?
ANA MARI.– Sí, hijo, sí. Te dejamos a tus anchas...
JOSÉ LUIS.– A ver si es verdad, de una vez... *(Vuelve* SOFI.*)*
SOFI.– Ya está. Finiquitao el asunto. A vuestra disposición.
SANTANA.– Bravo. Ya lo sabía yo... *(*SANTANA *se empareja con* SOFI, *y* PACO *con* ANA MARI. JOSÉ LUIS, *un poco sorprendido, se pone en pie.)*
SANTANA.– Bueno, chico. Que aproveche la noche.
SOFI.– Adiós, José Luis.
ANA MARI.– A ver si no haces una barbaridad con la criatura...
PACO RUIZ.– No te preocupes. El chico dormirá tranquilo. Si pasa algo, que no pasará, llamabas al cero-nueve-uno... *(Salen entre risas. Se oyen voces un rato.* JOSÉ LUIS, *abrumado, da unas cuantas vueltas por la habitación. Se acerca al balcón y mira hacia abajo. Luego mira al que duerme. Apaga las luces y deja todo en penumbra. Enciende el flexo que hay en la mesa y se inclina sobre los apuntes. Suspira. Bebe un vaso de agua y, en son triste, recita.)*
JOSÉ LUIS.– En los albores bizantinos del siglo sexto estaba consagrada esa oposición por la pugna sucesoria entre las Doce Tablas y las reformas pretorianas, como lo estaban también en la propiedad quiritaria y bonitaria la usucapión y la prescripción. El Código de los Decenviros,

estableciendo los órdenes de «suyos» y «agnado», tenía vigor legal; pero su fuerza estaba sólo en la letra de la ley, mas no en la realidad vivida..., mas no en la realidad vivida... *(En el silencio de la noche se oyen, de pronto, rasgueos de guitarras y murmullos de cantos.* JOSÉ LUIS *levanta la cabeza, asustado.)* Y ahora vienen ésos, como todas las noches... *(Se oyen voces en la calle de «Atención» y «Preparados».* JOSÉ LUIS *habla deprisa.)* Así encontró Justiniano el derecho de sucesión legítima, regido en teoría por normas seculares implacables. *(Llega, alegre y melancólico, el canto de los «tunos» en la calle:)*

«En la noche de claros luceros,
la que yo más quiero,
la vengo a rondar...»

(Tratando de aislarse.) Justiniano, al igual que en otras instituciones, orientó su labor a simplificar el derecho, recibiendo como ley lo que la vida había sancionado... *(El canto sube, sonoro y triunfal.)* Es imposible... No se puede... *(Abre el balcón y grita a los de abajo.)* Eh... A ver si os calláis...

VOCES ABAJO.– ¡A ver si te crees que te hemos venido a cantar a ti!... ¡Que no eres la Marilyn Monroe!... ¿Quién es ese tío feo?

JOSÉ LUIS.– ¡Hay un enfermo..., un enfermo grave..., muy grave!... *(Arrecian los silbidos y el canto se hace agamberrado.)* ¡Maldito sea!... Les tiraba un tiesto de buena gana... ¡Que os calléis, hombre!... ¡Que se ha marchao!... ¡Que no está!... ¡Que se la ha llevao un notario..., para que os enteréis!... *(Más silbidos. Más insultos.* JOSÉ LUIS, *asustado, cierra el balcón. El canto vinoso y turbio sigue desgarrado, como buscando una especie de venganza.)*

«Sal al balcón,
mi corazón.
Ahora, que pasa la ronda...»

*(*JOSÉ LUIS *se aprieta las sienes con las manos y cae derrengado en la silla, lloroso, mientras desciende el telón.)*

ACTO TERCERO

MOMENTO PRIMERO

La misma decoración. Dos días después, por la noche. La escena, a oscuras, únicamente iluminada por el resplandor de las luces de la calle. Ruido lejano de tranvías y bocinas. Se abre la puerta y aparece ANA MARI, *vestida de calle, que rápidamente se inclina sobre el enfermo a auscultarle. En seguida lanza un grito ahogado y sale al pasillo, llamando a gritos a* DOÑA ROSALÍA. *La escena, unos momentos sola. Se oye la música estridente de un «rock and roll», procedente de un tocadiscos cercano. Entra* DOÑA ROSALÍA, *sofocada, con una bata muy complicada y el pelo lleno de rizadores.*

DOÑA ROSA.– ¡Qué disgusto, santo Dios, qué disgusto!... En veinte años, en veinte años no había pasado nada igual!...

ANA MARI.– ¡Ay, Dios mío!... *(Asustadas, las mujeres contemplan al enfermo.)*

DOÑA ROSA.– *(Mientras se inclina sobre el enfermo.)* ¡En qué hora se me ocurrió admitirle! ¡En qué hora! Calle..., espere..., todavía vive...

ANA MARI.– *(Rompiendo a llorar.)* ¡Ay, qué pena, Dios mío, qué pena!...

DOÑA ROSA.– *(Muy nerviosa.)* Si no se calla, no puedo escuchar... Cállese, que escuche, por amor de Dios...

ANA MARI.– *(Reponiéndose.)* Yo voy a ver si encuentro a PACO... o a otro cualquiera...

DOÑA ROSA.– Pero cállese y déjeme escuchar... *(Pausa.)* El corazón late... Desde luego, vive... Pero yo creo que es la agonía...

ANA MARI.– *(Nerviosísima.)* A ver..., déjeme a mí... *(Ausculta.)* Sí, sí, vive. Hay que hacer algo..., porque se muere...

DOÑA ROSA.– *(Secándose el sudor.)* En veinte años, ¿usted me comprende?, en veinte años de salir y entrar gente en mi casa no me había pasao nunca esto. *(Llega la música estridente.)* ¡Dios mío, qué complicación! Y esa música, ¿quién toca esa música?

ANA MARI.– Hay que avisar... Llamar al cero-nueve-uno.

DOÑA ROSA.– *(Rápida.)* No, no. Nada de complicaciones con la Policía... A la casa de socorro, tampoco... Hay que avisar a Paco, que es el que ha asistido... ¿Dónde estará ahora ese hombre?

ANA MARI.– *(Llorando otra vez.)* Dios mío, qué desgracia. En esta casa tenemos la negra...

DOÑA ROSA.– No diga usted tonterías. A lo mejor es una falsa alarma. Pero ¿cómo no me dijo nada José Luis cuando se fue esta mañana?

ANA MARI.– Porque esta mañana ni veía ni oía. Seguro que ni le miró, con el nerviosismo del examen. Además, como usted quedó en cambiar al chico de habitación y desde anteayer no se ha preocupado...

DOÑA ROSA.– Pero eso no se hace. Porque quién sabe si hubiera podido arreglarse antes de llegar a esto. Dios mío, si se muere, qué conflicto. Un muchacho desconocido, indocumentado... No quiero ni pensarlo... Hay que hacer algo en seguida. No nos estemos así, mirándonos las caras. ¿Me comprende usted? Vamos a llamar. Busque usted a Paco o a otro médico. No pensemos. Lo mejor es no quedarse quietas, porque si nos quedamos quietas estamos perdidas. *(Llega la música horrísona.)* Uy, esa maldita música... Voy a ver si consigo que la bajen un poco... *(Sale* DOÑA ROSALÍA *apresurada, y* ANA MARI *se inclina un momento sobre el agonizante.)*

ANA MARI.– ¡Pobre, pobre muchacho! ¿Cómo has venido a morirte aquí, aquí precisamente?... *(Sale llorando. Se oyen voces. Timbres. Entra* PACO, *quitándose la gabardina aprisa. Trae gotas de lluvia en el pelo, que brillan luminosas. Tras él, las dos compungidas mujeres.)* ¡Ay! Gracias a Dios que llegas, Paco...

DOÑA ROSA.– *(Inclinada en la puerta, con el pañuelo en la boca. Mira asustada y nerviosa, mientras* PACO *reconoce al enfermo. Pausa larga y tensa.)*

PACO RUIZ.– *(Levanta la cabeza y mira fijamente a las dos mujeres.)* No hay nada que hacer...

DOÑA ROSA.– *(Con un leve grito.)* Una ambulancia. Una ambulancia en seguida y que se lo lleven. Que se lo lleven. No quiero líos.

PACO RUIZ.– Calma, señora, calma. A ver si obramos con un poco de tranquilidad... Una inyección de cardiazol... Preparen agua caliente... Y no anden gimoteando. Pronto. *(Las mujeres salen, empujándose una a otra.* PACO *se seca la lluvia del pelo y saca la jeringuilla de la cartera. Observa al muchacho como lo hizo* ANA MARI.*)* Muchacho..., muchacho... Mala suerte has tenido... *(Entra* DOÑA ROSALÍA, *muy nerviosa.)*

DOÑA ROSA.– Oiga, señor Ruiz, compréndame usted. Yo no quiero líos con la Policía. El chico es un indocumentado. Que se lo lleven. A cualquier sitio.

PACO RUIZ.– Usted se calla ahora...

DOÑA ROSA.– Soy una pobre mujer. Compréndame usted...

PACO RUIZ.– Está usted comprendida...

DOÑA ROSA.– Es que...

PACO RUIZ.– No hay «es que» que valga... El chico se muere...

DOÑA ROSA.– Si al menos supiéramos quiénes son sus parientes. Tendrá a alguien, digo yo... ¿Es ésta su ropa? A ver, a ver... *(Coge con nerviosas manos de avara la chaqueta y los pantalones del chico.)* Papeles, dos pesetas..., un sobre... No hay nada... A ver..., nada..., «Ecuación general de la proyectividad». ¡Dios mío, cómo se me ocurrió admitirle! ¡Qué descuido, Dios mío, qué descuido!... *(Entra* ANA MARI *con el recipiente de agua, llorando. Mientras* PACO *inyecta, se oye una pausa de gimoteos por parte de las mujeres.)*

PACO RUIZ.– Ya está hecho todo lo que podía hacerse.

DOÑA ROSA.– ¿Y usted no vio ayer que se moría? Vaya médico que es usted. Luego dicen que no encuentran ustedes trabajo. Si...

PACO RUIZ.– *(Cortando.)* Haga el favor de salir de esta habitación, señora...

DOÑA ROSA.– No me da la gana... Ésta es mi casa. Usted es el que tiene que irse a la calle...

PACO RUIZ.– *(Muy tranquilo.)* Si yo cruzo esa puerta es para llamar en seguida a la comisaría...

DOÑA ROSA.– Será capaz...

PACO RUIZ.– Salga.

ANA MARI.– *(Llorosa.)* No griten así, por favor. Se va a enterara la vecindad. *(*DOÑA ROSALÍA *sale, furiosa. Pausa, en la que se oye la música del inconcreto tocadiscos.)*

PACO RUIZ.– Tía indecente. La de líos que tendrá cuando teme tanto a la Policía. Bruja usurera...

ANA MARI.– Estoy temblando, Paco. *(Se deja caer sobre una silla.)*

PACO RUIZ.– ¿Es que no has visto nunca morir a nadie?

ANA MARI.– En estas circunstancias tan extrañas, no.

PACO RUIZ.– Pues así nos hemos de ver todos. Muertos en el rincón de cualquier pensión, si es que Dios no lo remedia.

ANA MARI.– No hables así, por Dios.

PACO RUIZ.– Acostúmbrate a esto. Es como una guerra sorda. Es como si estuviéramos en el frente...

ANA MARI.– Pero ¿de verdad se muere?

PACO RUIZ.– No hay más remedio. Le ha fallado el corazón... Debía tener alguna lesión... No sé...

ANA MARI.– Pero si ayer parecía que estaba mejor.

PACO RUIZ.– Eso parecía.

ANA MARI.– ¿Debemos avisar a un sacerdote? *(*PACO *se encoge de hombros.)* Pero ¿qué pasa? Dios le perdonará. Tiene que perdonarnos a todos los que sufrimos tanto...

PACO RUIZ.– Va a ser un lío. Habrá que dar cuenta, naturalmente. Vendrá la Policía. Habrá investigaciones. Luego, el entierro. Claro que nosotros, nada. Doña Rosalía es la que apechugará con todo. Me alegro por ello.

ANA MARI.– ¿Cómo dices eso? ¿Es posible que hables así? ¿Por qué nos odiamos de ese modo? *(Se abre la puerta y aparece* DOÑA ROSALÍA, *tímida y llorosa.)*

DOÑA ROSA.– ¿Qué?

PACO RUIZ.– Hágase usted a la idea. El chaval palma. Hay que dar cuenta...

Doañ Rosa.- Pero ¿no puede intentarse...?

PACO RUIZ.– ¿El qué?

DOÑA ROSA.– La ambulancia.

PACO RUIZ.– Imposible. No hay tiempo.

DOÑA ROSA.– Y lo dice usted así..., así... *(Se sienta en una silla, retorciéndose las manos.)* Me está bien empleado por buena. Por no hacer lo que tenía que hacer. ¿Usted me comprende? Abro mis puertas a todo el mundo. Cualquier desharrapao que llega a mi casa encuentra las puertas francas. Y me tenía que pasar. Que confía una demasiado en la gente y hay de todo, por desgracia, en este mundo... *(*ANA MARI *se ha acerca-*

do a la cama y mira obsesiva al MUCHACHO. PACO *también le contempla.* DOÑA ROSALÍA *sigue su perorata, subrayada por el ya amortiguado ruido de la música del tocadiscos.)* Y luego, cuando llega la hora, le vuelven a una las espaldas. Ahora vendrá la Policía. Pues nadie me echará una mano, descuide usted, y si te he visto no me acuerdo. ¿Usted me comprende? Ahora que... se terminó. Doña Rosalía la buena se muere con el muchacho eso. Vaya si se muere. Lo que es a partir de ahora en mi casa no entran golfos ni viven golfos... Lo que es eso... Y el que no pague como Dios manda, a la calle..., a la calle... Porque ya se ha visto bien claro lo que puede una esperar de los demás... Tonta que es una, más tonta... *(Se seca los ojos con el pañuelo. La música del tocadiscos sube estridente de tono cuando cae el telón.)*

MOMENTO SEGUNDO

Una media hora después. Han retirado el cadáver de la cama. Sobre la mesa está encendido el flexo, y todo el resto de la escena, en semipenumbra. No se oye ya la música. ANA MARI *se ha dejado caer sobre una silla frente al balcón y escucha las palabras de* PACO, *que habla tras ella, contemplando también la noche primaveral.*

PACO RUIZ.– Tienen que pasar estas cosas..., ¿comprendes? Estas pequeñas cosas, para que nos demos cuenta de algo. De que somos unos pobres inocentes que no saben dónde van; de que hay un destino negro por delante... Pero no te preocupes. Mañana ya habrá pasado. Y nos olvidaremos también de esto... Piensa en José Luis. Es posible que triunfe. Quizá mañana sea un gran día para ti... *(*ANA MARI *trata de ahogar sus sollozos colocándose el pañuelo en la boca.)* Ahí quedará el pobre muchacho desconocido. Pasará al depósito judicial. Seguiremos indagando sobre sus familiares... Y seguiremos viviendo los demás...

ANA MARI.– Parece un sueño...

PACO RUIZ.– Vamos, Ana Mari..., no seas tan criatura...

ANA MARI.– ¿Cómo podremos ser tan miserables?

PACO RUIZ.– ¿Y si hicieras un par de tazas de nescafé? Estoy agotado. Tú también lo estás... Anda... Eso te distraerá.

ANA MARI.– No quiero distraerme. Quiero pensarlo. Quiero que se me clave bien dentro. Pero, sí, haré dos tazas de nescafé. Tengo también alguna galleta. Pero ¿por qué no nos vamos a la calle?

PACO RUIZ.– Debemos estar aquí hasta el final...

ANA MARI.– *(Más calmada.)* Está bien. Vuelvo ahora... *(Sale* ANA MARI. PACO *enciende un cigarrillo y coge un montón de papeles de* JOSÉ LUIS, *que lee por encima con indiferencia. Entra* SOFI, *que viene de la calle, muy nerviosa.)*

SOFI.– Paco, Paco..., ¿es posible?

PACO RUIZ.– ¿No lo has visto?

SOFI.– *(Signo afirmativo con la cabeza.)* Pobre muchacho... Pero ¿quién era?

PACO RUIZ.– No sabemos ni cómo se llamaba.

SOFI.– Es horrible. Y doña Rosalía está que echa chispas. Qué mujer más odiosa. No he visto nada tan egoísta.

PACO RUIZ.– Felizmente para ella.

SOFI.– No hables así... *(Pausa.)* ¿Puede hacerse algo todavía? Tengo algún dinero.

PACO RUIZ.– Supongo que la mujer esa habrá dado parte.

SOFI.– ¿Tiene que venir la Policía?

PACO RUIZ.– Supongo...

SOFI.– La autopsia y todo eso, ¿no?

PACO RUIZ.– ¡Qué espanto! ¿Y cómo no pudo preverse? No, no quiero decir tonterías. Supongo que tú lo habrás previsto todo. Eres médico. Pero no consigo hacerme a la idea. Que haya muerto un muchacho desconocido, pero unido a nosotros de una manera tan extraña... Le acabo de ver... y tiene una grandeza misteriosa. Parece Jesucristo... *(Se sienta y enciende un cigarrillo para ocultar su nerviosismo.)* Y no sé por qué, pero me temía todo esto. Venía nerviosa en el autobús. Estaba segura de que iba a pasarme algo. Pero no pensaba en el muchacho. Se me había borrado de la memoria. A todos se nos había borrado de la memoria..., aunque lo teníamos delante...

PACO RUIZ.– No tiene gran importancia. No hagamos como los intelectuales de moda, que echan literatura a manos llenas. No somos de ésos. *(Pausa.)*

SOFI.– ¿Y José Luis?

PACO RUIZ.– *(Con ironía.)* José Luis debe estar ahora luchando por una notaría...

SOFI.– Sí..., y toda la tarde estuve pensando en él. Del muchacho ni me acordaba... *(Entra* ANA MARI *con la bandeja y las tazas de nescafé. Al ver a* SOFI, *deja aprisa la bandeja y se abraza, llorosa, a ella.)* Qué desgracia, ¿verdad?

ANA MARI.– Es horrible... *(*PACO *se ha sentado en la mesa y mueve la cucharilla con cinismo.)*

PACO RUIZ.– Y lo peor de todo es que la tía esa ha aprovechado la ocasión para insultarnos. Me parece que vamos a tener que largarnos...

ANA MARI.– Yo no estaré ni un día más en esta casa. Cuando todo haya terminado...

SOFI.– ¿Quién piensa ahora en eso?

PACO RUIZ.– ¿En qué quieres que pensemos? ¿En la metafísica?

ANA MARI.– *(A* SOFI.*)* ¿Quieres una taza?

SOFI.– No, hija, no tengo ganas. *(*PACO *y* ANA MARI *toman el nescafé y* SOFI *pasea por la habitación. Contempla la cama vacía.)* Si pudiéramos enterrarle nosotros..., nosotros solos..., sus amigos, sus compañeros... Porque no debe tener otros... Pero que se tengan que meter todos ésos...

ANA MARI.– Un compañero..., un compañero que ni siquiera sabíamos cómo se llamaba.

PACO RUIZ.– No te pongas de folletín.

ANA MARI.– Tú ya estás tan tranquilo. Como si no hubiera pasado nada.

SOFI.– Por favor, no discutáis ahora.

ANA MARI.– Aunque quisiera, no podría pensar en otra cosa. Me he quedado vacía. Todo lo demás me parece una bobada...

PACO RUIZ.– Es lo que se dice en casos semejantes.

ANA MARI.– Será mejor que me calle... *(Pausa.* PACO *se levanta.)*

PACO RUIZ.– Yo me voy a dormir. Ya me despertaréis si es necesario.

ANA MARI.– Yo no puedo dormir. Me quedaré a velarle. Deberíamos velarle todos.

PACO RUIZ.– Me gustaría saber de verdad quién te preocupa más: si el muerto o el vivo. Quiero decir si lo que esperas no son noticias de José Luis...

ANA MARI.– Qué cosas dices. Parece mentira que antes estuvieras tan cabal y ahora digas eso... Me tiene sin cuidado José Luis y la oposición. He

terminado, para que lo sepas, con José Luis y con todo. Necesitaba sólo esto para terminar de ver claro...

PACO RUIZ.– Pues ya eres mayorcita. Podías haber visto claro hace mucho tiempo.

ANA MARI.– Me callaré. Está visto que no puedo decir más que tonterías. Ya sé que no veo nada claro...

SOFI.– *(A* ANA MARI.*)* Acuéstate un rato. De momento, me quedo yo.

ANA MARI.– *(Con rabia.)* No tengo sueño...

PACO RUIZ.– Bueno..., pues yo..., con vuestro permiso, me voy a la piltra. Ya me despertaréis en todo caso... *(Al salir se para frente a un calendario.)* ¿Qué día es hoy? Catorce de mayo. Hombre, mañana es San Isidro. No me acordaba. Hasta luego, chicas. *(Sale. Pausa violenta. Las dos mujeres fuman en silencio, observando el cielo por el balcón.)*

SOFI.– *(Repentina.)* José Luis, ¿no habrá terminado ya?

ANA MARI.– *(Molesta.)* No lo sé.

SOFI.– ¿No te ha telefoneado?

ANA MARI.– No me importa.

SOFI.– No seas boba. No quieras engañarte. Te preocupa, y mucho.

ANA MARI.– Es un egoísta odioso...

SOFI.– Anteayer pensabas de otra manera cuando fuiste llorando a mi cuarto.

ANA MARI.– Anteayer... ¿Quién se acuerda ya de anteayer?

SOFI.– No seas tonta. Lo que importa es cambiar de vida. Tienes que casarte.

ANA MARI.– No.

SOFI.– Estoy segura de que todo irá bien.

ANA MARI.– Calla, por favor.

SOFI.– Sin embargo..., no puedo dejar de pensar en el pobre muchacho.

ANA MARI.– Ha sido todo tan inesperado... Un momento, y todo ha cambiado. Por eso, ¿qué puede importarme José Luis? No puedo vivir así, Sofi. No podemos seguir viviendo de este modo. Vacíos. Como animales. Como piedras, ni siquiera como animales. Está pasando el tiempo. Nos estamos hundiendo.

SOFI.– Cambiar. Si se pudiera... La vida tiene mucho veneno. Ya ves, Paco se ha ido a dormir. No quiere pensar. Créeme: lo mejor es no pensar. Emborracharnos.

ANA MARI.– *(Furiosa.)* Llevamos diciendo eso veinte años. Veinte años con la misma historia. No pensar, emborracharse. Hasta que, de pronto, un

compañero tuyo muere delante de tus narices y todavía sigues diciendo: no pensar, emborracharse... *(Entra* DOÑA ROSALÍA.*)*

DOÑA ROSA.– ¿Y Paco?

SOFI.– Se acostó.

DOÑA ROSA.– ¡Será sinvergüenza! *(Pausa.* DOÑA ROSALÍA *se sienta en la otra silla.)* Bueno, quiero decirles... que ahora, ¿me comprenden?, cuando venga la gente esa, que digan la verdad...

SOFI.– ¿Qué verdad?

DOÑA ROSA.– ¿Qué verdad va a ser? Que el muchacho llegó anteayer, que venía enfermo; pero que parecía cosa de nada; que tenía prisa por acostarse y que por eso no le pedimos la documentación y no pude presentar la hoja de entrada, y que..., en fin, la verdad.

SOFI.– Usted descuide... Por nosotras no quedará.

DOÑA ROSA.– Y Paco que se las arregle como sea.

ANA MARI.– ¿Qué tiene que ver Paco?

DOÑA ROSA.– ¿No me comprende? El fue quien le asistió como médico. El responsable...

ANA MARI.– No sé qué quiere usted decir.

DOÑA ROSA.– Que todos tenemos que bailar en la misma cuerda. Eso quiere decir.

SOFI.– No se preocupe.

DOÑA ROSA.– Y se ha terminado todo en esta casa. ¿Me comprenden? Todo. Que ésta es una casa decente. ¿Me comprenden?

SOFI.– *(Un poco chula.)* Hombre, una casa decentísima...

DOÑA ROSA.– *(Idem.)* Pues eso. *(Pausa.* DOÑA ROSALÍA *consulta el reloj.)* Y ahora, vaya usted a saber lo que tardarán en venir. Y yo sin poder ir a trabajar. Porque no puedo salir. ¿Ustedes no se acuestan?

SOFI.– Cuando tengamos sueño.

DOÑA ROSA.– Mira que en veintitantos años no me había pasado nada y, zas, de pronto, hala, el follón... *(Se levanta.)* Voy a tomar un poco de tila. Ustedes también deberían tomar. Parecen muertas. *(Sale.)*

SOFI.– ¡Qué mujer tan asquerosa! Mañana mismo dejo esta casa.

ANA MARI.– Y yo...

SOFI.– Mañana buscaremos otro sitio.

ANA MARI.– A una isla desierta.

SOFI.– ¿Qué te parece si nos vamos a vivir juntas?

ANA MARI.– Aunque sea a una barraca...

SOFI.– Mañana mismo empezamos a buscar. Lo encontraremos. Tenemos que apartarnos de todo esto. Si no, acabaremos como ella. ¿Te das cuenta? Acabaremos igual que ella. Es espantoso.

ANA MARI.– Sí, mañana. Mañana empezaremos. Encontraremos un sitio apartado. Nos encerraremos para toda la vida. No quiero hablar con nadie.

SOFI.– Mujer, no seas exagerada. Podemos vivir a gusto. Podemos buscar un piso pequeño. Yo me encargo...

ANA MARI.– Sí, que no nos veamos como ese chico...

SOFI.– El muchacho ese tiene cierta grandeza. Es una muerte..., no sé cómo decirte..., poética. Morir así, en el anónimo más grande... ¿No es hermosa esa muerte?

ANA MARI.– Calla, por Dios...

SOFI.– Lo estoy pensando. Aunque esté hablando contigo, le estoy viendo. Le estoy viendo en los trenes, en los vagones de tercera, con sus ojos ausentes. Le estoy viendo subir las escaleras de las pensiones con su maleta. Le veo estudiar por los rincones, desorientado, vagabundeando, sin sentirse unido a nadie..., envuelto en su locura.

ANA MARI.– Sofi... Estás soñando.

SOFI.– Te juro que me gustaría estar en su lugar. Haber terminado con todo sin empezar. Tener esa pureza.

ANA MARI.– Pero Sofi...

SOFI.– Tú no sabes lo que yo tengo sufrido. No puedes hacerte una idea. Si tú supieras..., si tú supieras... *(Se oyen voces en la calle y rasgueos de guitarra. Las dos mujeres se interrumpen. Es la tuna, que viene a rondar como todas las noches.* SOFI, *como despertando de un sueño, dice:)* Dios mío..., los de la tuna.

ANA MARI.– Y van a cantar, como todas las noches...

SOFI.– Hay que avisarles...

ANA MARI.– Déjame a mí. *(Voces abajo. Estalla el coro, que canta «Clavelitos».)*

SOFI.– ¡Dios mío, qué tristeza tan grande!... *(Interrumpe, furiosa,* DOÑA ROSALÍA.*)*

DOÑA ROSA.– A ver si hacen el favor de decir a esos gamberros que ha habido una defunción en la casa y que no estamos para musiquitas. ¿Me

comprenden? *(Al oír esto,* SOFI *gana el terreno a* ANA MARI *y sale al balcón. La canción se intercala de suspiros y piropos.* SOFI *sonríe satisfecha.)* Vamos. No se quede ahí... Jesús, qué poca vergüenza. *(*SOFI *sigue indiferente a* DOÑA ROSALÍA.*)*

ANA MARI.– Diles que callen, mujer...

SOFI.– *(Arrebatada de pronto.)* No, no les diré que callen. Que canten. Que sigan cantando. Que canten hasta el amanecer. Es el único homenaje que podemos hacer al muchacho. Y deben cantar como todas las noches...

DOÑA ROSA.– ¿Se ha vuelto loca? *(*DOÑA ROSA *intenta salir al balcón y* SOFI *se lo impide. Durante esta escena las dos mujeres jadean en la lucha.)*

SOFI.– Tienen que cantar. Vienen a cantarme a mí todas las noches. Pero hoy cantan por otro mucho más grande que todos nosotros.

DOÑA ROSA.– Que se callen. Que se callen.

SOFI.– A usted nunca han podido cantarla.

DOÑA ROSA.– Tiene que venir la Policía..., la Policía...

SOFI.– No le gusta que canten. Es la primera noche que puede oírles. Hoy no ha podido ir a encerrarse en su cubil.

DOÑA ROSA.– Es usted una ramera indecente.

SOFI.– Usted no llega siquiera a eso...

ANA MARI.– Por Dios, SOFI... *(*DOÑA ROSALÍA *se desprende de la otra y se dirige a la puerta de la habitación.)*

DOÑA ROSA.– Me van a oír... Van a conocerme... *(Quedan las dos mujeres apoyadas en el ángulo del balcón mientras la tuna sigue cantando.)*

SOFI.– Me he desahogado...

ANA MARI.– Pero... ¿por qué?

SOFI.– Escucha.

VOCES ABAJO.– Va por ti, Sofi... A la chica más guapa de Madrid, una, dos, tres...

En la noche de claros luceros,
la que yo más quiero,
hoy vengo a cantar...
Sal al balcón,
mi corazón,
ahora que pasa la ronda...

SOFI.– Escucha..., escucha... *(De pronto se oye jaleo abajo. El canto se quiebra y se escuchan discusiones.)* ¿Qué pasa?

ANA MARI.– *(Asomándose al balcón.)* Esa mujer...

SOFI.– Pero no se atreve... Es cobarde... Mira, mira... quién viene... José Luis. Es José Luis.

VOZ DE JOSÉ LUIS.– Sofi..., Sofi... Me han aprobao..., me han aprobao... *(*ANA MARI, *al oír esto, se mete dentro y se deja caer llorando en una silla.)*

SOFI.– ¿Qué te pasa, mujer? ¿No lo estás oyendo? Ha ganado. José Luis ha ganado. Vamos, mujer, no llores. Es un triunfo.

ANA MARI.– Déjame. ¿Cómo te atreves?... *(Se abre la puerta y entra* PACO *en pijama..)*

PACO RUIZ.– Pero, bueno, ¿qué pasa? ¿Es que ya ha empezao la fiesta? ¿Cómo no decís que se callen a esos gamberros? ¿Es que no se puede dormir en esta casa?

SOFI.– Cantan al muchacho.

PACO RUIZ.– ¿Qué dices?

SOFI.– Que es como si hubiera resucitado... *(Se abre la puerta y entra* JOSÉ LUIS*, despeinado, el nudo de la corbata deshecho, algo bebido, radiante. Viene con* PEPE SANTANA *y los dos están eufóricos.)*

JOSÉ LUIS.– *(Dirigiéndose a* SOFI*, sin reparar en* ANA MARI*.)* Sofi..., Sofi..., He ganao el primer ejercicio. Todo gracias a ti. Tú me diste fe... Tú sola...

SANTANA.– La ruta hacia el triunfo está empezada... *(*SOFI*, para evitar el abrazo de* JOSÉ LUIS*, sale rápidamente de la habitación.)* Eh..., que hay que mojar esto. Hay que mojarlo por todo lo grande... *(Al ver llorar a* ANA MARI*.)* ¿Qué te pasa, Ana Mari?

PACO RUIZ.– *(A* JOSÉ LUIS*.)* Enhorabuena, macho... *(*JOSÉ LUIS *acaba de reparar en* ANA MARI *y se encuentra cohibido, pero al fin se dirige a ella.)*

JOSÉ LUIS.– Ana Mari... He aprobao... Perdóname... Eran los nervios...

SANTANA.– Pero ¿no estás oyendo, mujer? Que ya se acaban las preocupaciones... *(*ANA MARI *se levanta, airada.)*

ANA MARI.– Cínico..., cínico..., sois todos unos cínicos. ¿Es que no sabéis lo que ha pasado?

JOSÉ LUIS.– Fue una tontería... Los nervios... Luego, Sofi es una chica tan... ¿Verdad, tú?, simpática...

PACO RUIZ.– Ah, es verdad, tú, se me olvidaba. El chico, que...
JOSÉ LUIS.– ¿El chico? ¿Qué chico?
SANTANA.– Ah, sí... El enfermo... *(Señala la cama vacía.)* ¿Qué?
PACO RUIZ.– Palmó hace cosa de una hora...
SANTANA.– ¿Que... palmó? Pero ¿tan mal estaba?
PACO RUIZ.– Las mujeres se impresionan.
ANA MARI.– Cínicos..., egoístas...
SANTANA.– También es mala pata.
JOSÉ LUIS.– *(Algo aturdido.)* Y esos ahí cantando... Y yo voy y apruebo mientras el otro palmaba... También es casualidad... Pero ¿qué le vamos a hacer? Ana Mari, soy notario como quien dice... ¿Sigues enfadada conmigo? No seas así, mujer...
ANA MARI.– Sinvergüenza... Vete con la Sofi... Vete al infierno.
SANTANA.– *(Que se ha asomado al balcón.)* La Sofi se va con los de la tuna... Irán de juerga. Nosotros también hemos de celebrarlo... Vamos con ellos. También el chico hubiera venido con nosotros...
PACO RUIZ.– El está mejor que nosotros. Morirse a los veinte años. Eso es ganar una oposición. *(*JOSÉ LUIS *besa a* ANA MARI, *que poco a poco empieza a ablandarse.)*
JOSÉ LUIS.– Tienes que perdonarme, mujer. Estaba muy nervioso. Tenía miedo. Has de hacerte el cargo...
SANTANA.– Es natural... Los nervios ciegan...
JOSÉ LUIS.– Pero al terminar el examen..., que te diga éste..., sólo pensé en ti.
PACO RUIZ.– Bueno, lo mejor será largarnos. Tampoco conviene estar alegres aquí mismo.
SANTANA.– Sí, vámonos. Es triste lo del muchacho, pero ya no tiene remedio.
ANA MARI.– Yo no me moveré de aquí. Tú dijiste que debíamos estar aquí.
PACO RUIZ.– Volveremos en seguida. Yo voy a vestirme. *(A* SANTANA.*)* ¿Me acompañas tú?
SANTANA.– Sí. *(Mutis los dos.)*
JOSÉ LUIS.– Hazte cuenta de que hemos despertado de un mal sueño. Ahora vamos a vivir. Qué peso se me ha quitado de encima... Nunca creí que llegara este momento, te lo juro... *(*ANA MARI *solloza, totalmente vencida, mientras se abrazan.)*

(Telón.)

LA VENDIMIA DE FRANCIA

Personajes

El González (40 años)
La Candelas (38 años)
El Márquez (38 años)
El Tralla (23 años)
La Matilde (22 años)
El Catalán
La vieja francesa (60 años)
La vecina
Dos mozos

La acción en una comarca del Rosellón francés, cercana a la frontera española. Época actual.

ACTO PRIMERO

Una enorme estancia de casa labriega. Pajar y almacén al mismo tiempo. Una puerta grande de madera en el centro que da al campo mustio y triste del sur de Francia. A la derecha (del espectador) un muro con vestigios de arco divide un tercio de la sala. En este tercio hay una ventana con una reja deteriorada por la que se ve el mismo campo. Sacos de trigo, cestos de vendimia, paja, etc.: objetos de labranza. Techo de vigas entreveradas. En un rincón, a la izquierda, amontonadas, colchonetas y mantas.

(Es de noche. Al levantarse el telón, entran por la puerta del fondo dos hombres y dos mujeres. Los hombres visten pantalón de pana, camisa a cuadros y botas. Las mujeres, vestidos ligeros, pañuelo a la cabeza y alpargatas. Traen maletas, cestos y sacos, atados entre sí complicadamente, que dejan en el suelo con gesto de cansancio. Los hombres son: el González, *40 años, fornido, seco, riguroso y despótico; el* Tralla, *un muchacho recién cumplido el servicio militar, despreocupado y achulado; la* Carmela, *esposa del* González, *de unos treinta y ocho años, huraña y reconcentrada, y la* Matilde, *esposa del* Tralla, *de su misma edad, más o menos, desenvuelta y frescachona. Todos ellos traen gran aspecto de cansancio y denotan haber andado mucho. Son labradores españoles que van por la vendimia a Francia.)*

EL GONZÁLEZ.– *(Saca un pañuelo del bolsillo y se seca el sudor al mismo tiempo que observa al* TRALLA *y a la* MATILDE, *que se han dejado caer derrengados sobre el equipaje mientras la* CANDELAS *curiosea la estancia.)* ¿Qué? ¿Dormimos o no dormimos bajo techo? ¿Llevaba o no llevaba razón?

(El TRALLA *no contesta. Se está quitando las botas. La* MATILDE *lo hace por él.)*

LA MATILDE.– ¡Virgen de las Angustias! En toda mi vida he andao tanto...

EL GONZÁLEZ.– Pues ahora lo que hay que hacer es desatar todo eso y preparar un rincón... *(A la* CANDELAS.*)* Tú, Candelas, ¿qué buscas por ahí?...

(La CANDELAS, *al oír la voz del marido, se vuelve asustada.)*

LA CANDELAS.– Nada..., nada... *(Se acerca a él.)*

EL GONZÁLEZ.– ¡Venga!..., ¡vivo!... Hay que dormir, que mañana hay faena. Aquí se trabaja, no es como allá abajo. Aquí hay que hablar poco y «currelar» firme, conque...

(Va hacia el TRALLA *y le sacude un poco.)*

EL TRALLA.– Deja que me termine de quitar las botas. «Aluego» dices que no eres un mandón...

EL GONZÁLEZ.– Mañana tenemos que estar de pie antes de las cinco...

(La MATILDE *suspira. La* CANDELAS, *sumisa, empieza a desatar los líos.)*

LA CANDELAS.– *(Al* GONZÁLEZ.*)* ¿Tienes hambre? *(A los otros.)* ¿Queréis comer vosotros algo?

*(*GONZÁLEZ *recorre lentamente la estancia y contesta un poco somnoliento a la* CANDELAS.*)*

EL GONZÁLEZ.– Yo no tengo hambre. Ni sueño tampoco. Vosotros tumbaros por ahí. No preocuparse por mí... *(La* CANDELAS *hace un gesto de desenfado con los hombros. El* GONZÁLEZ *va hacia la derecha y mira tras la ventana. Luego vuelve a contemplar todo con el ceño fruncido, como si recordara algo. Está muy preocupado.)*

LA CANDELAS.– *(Revolviendo en los líos, ayudada ahora por la* MATILDE.*)* Pues yo sí voy a comer un bocadito. Lo que hay es vino. Ni agua...

LA MATILDE.– *(Cogiendo una cantimplora.)* Trae que iré a por agua...

EL GONZÁLEZ.– *(Volviéndose rápidamente.)* ¡Ni hablar! No son horas de salir. ¿Es que no sabes que estás en país extranjero, chiquilla?

LA CANDELAS.– Anda..., pero pa ir por agua, me parece que no se necesita..., vamos digo yo...

EL GONZÁLEZ.– ¡Anda ya! Comer sin agua. Que vino nos faltará mañana si Dios quiere. Que dios no deja sin vino a los pobres....

(El TRALLA, *que ya se ha quitado las botas y calzado unas alpargatas, se acerca al* GONZÁLEZ.*)*

EL TRALLA.– Oye, González, que mi mujer es mía y no tuya, creo yo. Que quiero decir, vamos me parece a mí, que si yo quiero que vaya por agua...

EL GONZÁLEZ.– *(Tajante.)* No va por agua. No va por agua, porque no son horas de ir por agua. *(Recalcando.)* Las mujeres no salen de aquí. ¿Estamos?

(Las mujeres han sacado viandas y comen acurrucadas en el suelo ajenas a los hombres.)

EL TRALLA.– *(Encogiéndose de hombros.)* Tú sabrás. Tú ya conoces esto. Tú eres el jefe...

EL GONZÁLEZ.– Yo sé lo que me digo... *(Va hacia el rincón donde están amontonadas las colchonetas.)* Mirar: aquí tenéis..., aquí tenéis... colchonetas y mantas... Claro que no sé si estarán en perfecto estao de revista, como decían en la mili... *(Frunce el ceño.)* ¡Qué porquería!... Juraría que son las mismas de entonces... Las mismas... Todo igual, igual... ¡Maldita sea la suerte...!

LA CANDELAS.– *(Mirándole extrañada al igual que la* MATILDE *y el* TRALLA.*)* Pero ¿qué tienes, chaval? Que siempre tienes que gruñir por todo. ¿Es que no traemos nosotros mantas? ¿Es que te crees que nos da miedo dormir en el suelo? Pues sí que una es melindrosa...

*(*GONZÁLEZ *coge una manta y se la tira con cierta rabia, pero luego se ríe.)*

EL GONZÁLEZ.– ¡Hala!... Taparse con eso y dormir, que mañana hay que madrugar...

(Las mujeres han recibido el mantazo riéndose.)

EL GONZÁLEZ.– Vosotras acostarse y apagar la luz, que éste y yo vamos a salir por ahí...

LA CANDELAS.– ¿No te digo?... Conque pa nosotras es tarde y vosotros vais a salir a golfear por ahí, ¿no?...

LA MATILDE.– Déjales, chica. Yo estoy rendida. Yo me tumbo aquí *(Lo hace.)* y me quedo roque. Deja que se vayan...

(La CANDELAS *se levanta y va a su marido.)*

LA CANDELAS.– Pero ¿no te da miedo dejarnos solas aquí? Estamos en un país extranjero...

EL GONZÁLEZ.– *(Mirándola fijamente. El* TRALLA *se ha sentado junto a la* MATILDE *y la susurra algo al oído.)* Cerráis la puerta con la tranca. Cuando vengamos daremos tres golpes. Ya los conoces. No os pasará nada. Vosotras os acostáis y dormís...

LA CANDELAS.– Pero ¿qué contra tenéis que hacer por ahí con lo que hemos andao hoy?... ¡Mira que el capricho también!... Nosotras os acompañamos...

EL GONZÁLEZ.– *(Muy chulo.)* Tienes la cara sucia de grasa. Límpiate...

(La CANDELAS *hace un gesto de desprecio.)*

LA CANDELAS.– ¡Anda y vete a la ...!

EL GONZÁLEZ.– *(Con gesto significativo.)* ¿Quieres que haya marcha nada más llegar? *(Pausa. La* CANDELAS *vuelve a sentarse.)* Anda, tú, Tralla, vamos...

EL TRALLA.– *(Levantándose malhumorado.)* Pues lo que es menda se tumbaba ahora más tranquilo que... ¿Por qué no te vas solo, González?...

EL GONZÁLEZ.– Porque no..., porque tú vienes conmigo...

LA MATILDE.– *(A la* CANDELAS.*)* Hala, déjales que se larguen. Yo tengo un sueño, chiquilla... ¡Madre de los Dolores, qué sueño...!

EL GONZÁLEZ.– *(Al* TRALLA.*)* Coge la bota que llenaremos. ¡Hala, vamos!... Te voy a enseñar el país. Francia. Vas a ver tú cómo aquí pisamos fuerte. No te achantes, que aquí hay que ser los amos. Mucho marica hay en este país... ¡Vamos, chaval!... *(Al punto de salir se vuelve hacia las mujeres.)* Ya sabes, Candelas, la tranca a la puerta. Y no abrís si no da tres golpes así. *(Da tres golpes sobre la madera.)* ¿Estamos?

(La CANDELAS *sentada, de espaldas a ellos, finge no escuchar.)*

EL GONZÁLEZ.– *(Acercándose.)* ¿Qué? ¿No me oyes? *(La coge del pelo y levanta la cara de ella hacia el grito ahogado de* CANDELAS.*)*

LA CANDELAS.– Ay, sí, sí..., te oigo...

EL GONZÁLEZ.– Pues venga que tardas...

(Se levanta sumisa la CANDELAS *y va tras los hombres, que le ayudan desde fuera a cerrar la puerta. La* CANDELAS *se dispone a colocar el travesaño.)*

LA CANDELAS.– Ayúdame, Matilde, chiquilla, que yo no puedo... *(La* MATILDE, *con aire de cansancio, va de mala gana a ayudar a la otra.)*

VOZ DE GONZÁLEZ.– *(Desde fuera.)* ¿Qué pasa?...

LA CANDELAS.– *(Con un gran vozarrón de rabia y asco.)* ¡Ya va, hombre, ya va! ¡Maldita sea mi suerte...!

LA MATILDE.– *(Mientras ayuda a la* CANDELAS *a atrancar la puerta.)* ¡Mala peste les coma! ¡Qué hombres...!

LA CANDELAS.– *(Terminando de poner el travesaño.)* Me tiene más negra...

(La MATILDE *vuelve al rincón y se tumba mientras la* CANDELAS *va a mirar tras la ventana para verles marchar.)*

LA CANDELAS.– Mírales. Vendrán como cubas. Ya puedes prepararte. Cualquiera se mete a dormir pa que le despierten a una a patadas con el aliento de vino...

LA MATILDE.– Pues yo..., *(Bostezando.)* chiquilla..., tengo una soñiquera... Ya pueden venir como quieran, que...

LA CANDELAS.– Eso si no se andan con peleas. Y en un país extranjero. Por algo yo no quería venir. Yo sé muchas cosas. Muchas, Matilde. Tú porque eres tonta, pero yo sé lo que pasa aquí. ¿Tú no has ído hablar del Márquez? ¡Eh, Matilde, Matilde!... ¿Pero te has dormido Matilde? ¡Chica, despierta... despierta...

LA MATILDE.– *(Al ser sacudida se vuelve.)* Déjame, mujer, déjame. Estoy cansada. Quiero dormir...

LA CANDELAS.– *(Arrodillada junto a ella.)* No te duermas, mujer. Yo estoy despierta. No tengo sueño. Estoy asustada, Matilde. Mira: estamos en país extranjero. Y aquí hay uno que se llama Márquez. ¿No has oído hablar del Márquez?

LA MATILDE.– ¡Que no, mujer!... ¡Que me dejes dormir!... ¡Estoy cansada...!

LA CANDELAS.– El sabe que aquí está el Márquez. Márquez... ¿No te acuerdas? Te lo he contado mil veces... ¡Pareces tonta, mujer...!

LA MATILDE.– ¿Por qué no me dejas dormir? *(Casi suplicante.)* Déjame, mujer...

LA CANDELAS.– ¡Huy... qué mujer ésta! Comiendo, durmiendo. No te importa nada. No estás en nada. Eres como un animal. Igualito que un animal eres, mujer. Yo quisiera ser como tú. No pensar en nada. No imaginar siempre cosas y cosas. No tener esto que tengo dentro desde hace años y años...

LA MATILDE.– *(Incorporándose.)* ¿Por qué no me dejas dormir? Anda y lárgate por ahí también y déjame que me pudra aquí yo sola. ¡Tener que escucharte y escucharte! ¡Ah!... Me has desvelado por fin. Eres un bicho malo...

LA CANDELAS.– Estoy segura, fíjate bien, que ha ido a buscar al Márquez. Quiere matarlo. Se darán de navajazos. Te lo digo yo. No me equivoco nunca. Yo no quería venir a la vendimia. «¿Pa qué quieres que vayamos

allá, a aquellas tierras de Dios? ¿No lo ganamos aquí mal u bien? No se nos ha perdido nada allí.» Y él, dale que dale: «el año que viene a la vendimia de Francia. Hay que hacer ahorro, hay que comprar esto y lo otro...». Pero él sabe que aquí está el Márquez, el hombre que yo más he querido. A él le odio... ¡No te duermas, mujer!

La Matilde.– No me duermo... No me dejas... ¡Márquez!...

La Candelas.– Un hombre de raza... y unos modales... Vive aquí en Francia desde la guerra. El mío se vino y él se quedó. Dijo que ya no quería nada con España, que volvería pa prender fuego al pueblo y colgar a todos... Estuvieron juntos los dos presos por aquí, por aquí precisamente... Se pelearon... Yo me enteré de todo porque parezco bruja. El Márquez era un tío: todos hablan de él todavía en el pueblo... Tú porque eres tonta, porque no te enteras de nada. Eso es lo que pasa... Siempre durmiendo, comiendo, siempre buscando el calor de los pantalones...

La Matilde.– Yo no hago más que trabajar todo el día. Tú parece que hayas nacido pa señora. Tu marido te trata bien y nunca te ha faltado nada. Eso es lo que te pasa... Siempre con tus locuras... ¡El Márquez!..., ¡el Márquez!..., ¡el bizco! Ya lo sé, ya lo sé todo... Que te dio un empujón juanto a la fuente y que...

La Candelas.– *(Cortando rabiosa.)* ¡Mentira!... ¡Envidiosa!... Eres como todas...

La Matilde.– Sí, sí... y poco que te gusta que te lo digan... Que «antes de la guerra», que «cuando la guerra», que si no había quien te tosiera, que te traía esto y lo otro..., que...

La Candelas.– Mujer, qué negra de envidia...

La Matilde.– *(Rabiosa.)* Déjame a mí con la envidia. Vete por ahí a buscar a tu Márquez y deja que yo duerma un poco. Un marido como el mío debías tener. Desde que nací, pasando hambre y sudores y fatigas. ¡Leche con la loca!..., que si el Márquez, que si... Tú lo que necesitas es palos, muchos palos, que tu marido mucho gritarte y mucha amenaza, pero nada, en el fondo, tu esclavo, tu criado... El mío no me chilla; me tapa la boca de un puñetazo enseguida. Por eso yo... a dormir, a callar... Desde que nací no sé otra cosa...

La Candelas.– A mí me gustaría ser como tú. Eso: un animal. Pero no tengo aguante, chica. Además me salgo con la mía siempre. Yo cuando él quería venir aquí, ¿no sabes lo que hacía? Pues contradecirle. Y por eso

me ha traído, precisamente. Pa demostrarme que él es más que el otro. Yo soy bastante lista, chica. Muy lista. Tú eres más tonta...

La Matilde.– *(Enfadada.)* ¡Jesús y la porra que ha cogido! El caso es no dejarla a una en paz. *(Se levanta y se acurruca sobre la pared.)* Bueno. Sigue. Ya está visto que una no puede dormir.

La Candelas.– ¿Y si saliéramos a darnos un garbeo por ahí?

La Matilde.– ¡Anda allá, loca! ¿Será loca la mujer de Dios? Me ve mi Tralla y me da una. Claro, tú con aquello de que has sido otra cosa y tu marido te idolatra, sabes que al final, besos y caricias. Pa mí, palo...

La Candelas.– ... Que eres más miedosa... y más poca cosa, mujer...

La Matilde.– Pues mira, yo me alegro de ser como soy y de que mi marido me trate como debe tratarme, que por mi bien lo hará cuando lo hace. A ti, con tanto regalo y tanta caricia, lo que ha hecho de ti, pues eso: una loca..., siempre pensando en el Márquez. A mí el mío el único regalo que me ha hecho fue una foto cuando se fue a la mili, pa que la tuviera siempre delante cuando él no estuviera en casa, como aviso. Y eso que es más bueno que el pan. Bien bueno que es el Tralla, chica, con todo lo que digan... Yo le quiero a él y nada más que a él... ¡Qué sé yo!... Habrá nacido una decente...

La Candelas.– ¡Mira la sosa!... No, si yo lo he dicho siempre. Las chicas que vienen detrás nuestro son todas atontás... A la Carmela se lo tengo dicho más veces... ¡Madre, la de veces que se lo tengo dicho! Que nosotras somos de otra sustancia, de otra raza. Las mozas, tontas todas. Que si coser, trabajar, hacer la comida y buscar el calor de la cama a todas horas del día...

La Matilde.– ¡Anda y la de veces que te tengo oído todo eso! Y ahora me largas el mismo rollo aquí, en tierra extranjera...

La Candelas.– Tengo unos nervios, chiquilla... Estamos solas... Se nota la falta de la tierra de una... Y es de noche...

La Matilde.– Sí..., y se han largao y nos han dejao aquí como lo que somos, como dos animales nada más. Tú como yo, no te hagas ilusiones. Si siempre hemos estao tiradas en un sitio u en otro. Que tienes pájaros, nada más que pájaros en la cabeza, Candelas...

La Candelas.– Yo estoy que ardo, chica. No puedo estarme aquí. Me parece oirlo a él. Cantaba *Mi jaca*. Cómo la cantaba, chica. Eran otros tiempos aquéllos. Qué se yo. Estaba una llena de vida. ¡Cómo cantaba el chaval!

(Canturrea.) «Mi jaca / galopa y corta el viento / cuando pasa por el Puerto / caminito de Jerez.»

LA MATILDE.– *(Remendándola.)* «Mi jaca / galopa y corta el viento...» ¡Ay, Candelas, qué loca estás, mujer...!

LA CANDELAS.– No puedo más, chiquilla. No puedo vivir así, una vida así, como la tuya. Esperar, trabajar, morirse. Y no sé para qué. Quiero vivir, Matilde...

LA MATILDE.– Déjame dormir, chica...

LA CANDELAS.– *(Premiosa.)* Vamos por ahí, chiquilla. Nos asomaremos na más a la puerta. ¿Tú sabes dónde estamos? ¿Eh? ¿Lo sabes?...

LA MATILDE.– En Francia. Pues no tengo oído esta tierra ni nada. Cuando era chavala. «Que si el mío está en Francia.» «Que el mío vendrá de Francia.» «Que se va a Francia.» ¡Asco me da oír ese nombre, te lo juro...!

LA CANDELAS.– A ti todo lo que no sea lo de siempre, lo de todos los días, la porquería diaria, te da asco. Todas sois así. No sé qué leche os dieron a mamar cuando nacisteis. Parece mentira que nacierais cuando la guerra, cuando los hombres se mataban...

LA MATILDE.– *(Enfadada.)* ¡Chica, queremos vivir también nosotras a nuestra manera! ¡Pues anda también, con la perra que ha cogido la mujer de Dios! ¡Anda y date con la cabeza contra las paredes! Mira la que me arma con que si somos o no somos. Somos como nos da la gana, también. Pero que tenga una que escuchar sermones en todos los sitios, también. Se acabó la cuestión. Ya puedes hablar con las paredes...

(Se levanta y se va hacia el compartimento de la derecha, donde hay un montón de sacos, con idea de rendirse allí. Pero antes se acerca a la ventana para espiar la noche. La CANDELAS *se apoya sobre la puerta llena de ansiedad y cansancio.)*

LA MATILDE.– *(Mirando tras la ventana.)* ¡Madre, qué noche más negra está también! No se oye ni un alma... ¡Jesús, qué miedo da estar fuera de la tierra de una...!

(Vuelve de la ventana con un gesto de resignación y avanza otra vez hacia el montón de sacos. Pero cuando va a

tenderse aparece la sombra negra de un ser humano que yacía entre los sacos y que se yergue emitiendo gruñidos. Grito aterrorizado de la MATILDE. *La* CANDELAS *va corriendo hacia ella. La sombra que aparece es la de una* VIEJA *mendiga que masculla insultos en francés. Se trata de una vagabunda que se había refugiado allí antes de llegar ellos.)*

LA MATILDE.– *(Abrazada a la* CANDELAS *y mirando a la* VIEJA, *que parece desafiarlas.)* Ay, madre mía..., vámonos de aquí, vamos volando, chica...

(Vuelven las dos dando trompicones hacia la puerta e intentan sacar el travesaño. La VIEJA, *sentada sobre los sacos, masculla insultos. Se percibe la palabra «putains»...)*

LA CANDELAS.– *(Forcejeando en la puerta.)* ¡Y nos dejan solas y se van! ¡Y ahí os pudráis...!

LA MATILDE.– *(Nerviosa.)* Déjame a mí, que tú no puedes con los nervios. ¡Vaya un canguelo que te ha cogido...!

LA CANDELAS.– *(Dándola un empujón.)* ¡Imbécil! ¿Yo miedo? Tú sí que te estás orinando del susto. ¿Miedo yo? ¡Vas a ver tú...!

(Ante el espanto de la MATILDE, *la otra se dirige recta hacia la* VIEJA *y se encara con ella.)*

LA CANDELAS.– ¡Eh!... ¿Quién es usted?... ¿Qué hace usted aquí?... ¿De dónde sale?...

LA VIEJA FRANCESA.– Putains... Putains de l'Espagne... *(Escupe.)*

LA CANDELAS.– *(Con rabia y orgullo.)* De España, sí, de España... ¿Qué pasa?...

(La VIEJA *no contesta y vuelve a tenderse entre los sacos luego de empuñar un palo nudoso que tenía junto a ella. Las dos mujeres ya tranquilizadas vuelven al centro de la escena.)*

LA CANDELAS.– ¿Has visto la tía? Será puerca...

LA MATILDE.– Pero ¿qué ha dicho, mujer?... Debe ser una «méndiga»...
LA CANDELAS.– *(Envalentonada y dirigiéndose otra vez a la* VIEJA.*)* ¡Váyase de aquí con sus piojos a otra parte!... ¿Me oye?

(La vieja se incorpora y empuña el bastón.)

LA VIEJA FRANCESA.– ¡Putains de l'Espagne...!

(La CANDELAS *quiere ir hacia ella, pero la* MATILDE *la sujeta.)*

LA CANDELAS.– ¡Déjame...! ¡Que me dejes...!
LA MATILDE.– Pero si está «guillá»... ¿No lo estás viendo?... Y cualquiera sabe lo que dice... *(A la* VIEJA.*)* ¡Hala por ahí, tía borracha!... ¡Vamos, mujer...!

(Vuelven las dos hacia la parte izquierda, donde se hallaban anteriormente.)

LA CANDELAS.– Qué tía más sucia. Luego dicen de las españolas...
LA MATILDE.– Es una «méndiga». También tiene derecho a la vida...
LA CANDELAS.– En cuanto venga mi González, la echa a palos...
LA MATILDE.– También..., tenemos la negra... ¡Chica, qué repeluzno...!
LA CANDELAS.– Y vete a saber lo que hace ahí la tía...
LA MATILDE.– ¿Y qué va a hacer? Dormir. Lo que teníamos que hacer nosotros...
LA CANDELAS.– Sí, pues lo que es yo no duermo con una desconocida...
LA MATILDE.– Ya se ve que no tienes caridad...
LA CANDELAS.– ¡Qué caridad, ni qué contra!... Cualquiera sabe lo que hace aquí esa tía...
LA MATILDE.– ¡Y dale con la mujer!... Pues es lo único que faltaba...
LA CANDELAS.– *(Muy decidida.)* Mira, yo me voy a buscar a mi marido...
LA MATILDE.– ¿Y yo me voy a quedar aquí sola?... Ni hablar...
LA CANDELAS.– Pues nos vamos las dos...
LA MATILDE.– *(Señalando el equipaje.)* ¿Y vamos a dejar aquí esto?...
LA CANDELAS.– A ver...

LA MATILDE.– Y «aluego» si vienen los hombres y falta algo, nos atizan una «capujana» y con razón... Anda, vamos a dormir... Ya no tienen que tardar...

LA CANDELAS.– ¡Que yo no me estoy aquí, chica...!

(Va a la puerta y saca con energía el travesaño. Aparece la noche oscura.)

LA MATILDE.– *(Sin atreverse a salir.)* ¡Chica, qué respeto...!

LA CANDELAS.– *(Vacilante también.)* Sí que está oscura la noche... ¿Dónde se habrán metido ese par...?

LA MATILDE.– A cualquier tasca se habrán orientao, seguro...

LA CANDELAS.– Pero, chica, si parece un pueblo muerto...

LA MATILDE.– Como que cada cual está en la cama... Mira ésta...

LA CANDELAS.– Pero si todavía es pronto... Si en España a esta hora se chatea y se pasea por la plaza... Es que no se ve ni un alma...

LA MATILDE.– Bueno ¿salimos o no? O cierra la puerta, porque hay un relente...

(La CANDELAS *se apoya en la puerta.)*

LA CANDELAS.– Me lo habían dicho y no lo creía, tú... Que en estando fuera de la patria de una, te falta como el aire, chica...

LA MATILDE.– Sí, sí... Parece que una respira de otra manera...

LA CANDELAS.– *(Angustiada.)* ¿Dónde andarán?... También, si nos encuentran por ahí...

LA MATILDE.– Escucha... Se oyen voces... ¡Voces de hombre...!

LA CANDELAS.– ¡El Márquez!...

LA MATILDE.– Qué Márquez, ni qué narices... Mi Tralla es ese que viene. Como que no lo conozco. ¡Y alegrillo viene!... *(Lo ha dicho con alegría.)* Anda, cierra la puerta, que no nos vean aquí... Vamos a hacernos las dormidas...

LA CANDELAS.– *(Alegre y excitada.)* ¡Déjame, mujer!... *(Se adelanta hacia donde vienen las voces.)* ¿Eres tú?... ¿Eres tú, muchacho?...

LA MATILDE.– *(Asustada.)* Calla, mujer...

(Han aparecido en el umbral los hombres. Traen la bota en bandolera y vienen alegres.)

EL TRALLA.– ¿Qué pasa aquí? *(La* CANDELAS *abraza al* GONZÁLEZ.*)*
EL GONZÁLEZ.– *(Separándose de la* CANDELAS.*)* ¿Qué hacéis con la puerta abierta?
EL TRALLA.– Me parece que hablamos en castellano, creo yo.
LA MATILDE.– ¡Qué susto!... ¡Hay una mujer...!
EL GONZÁLEZ.– ¿Una mujer? ¿Dónde?
LA CANDELAS.– Una bruja entre los sacos. Allí...
EL TRALLA.– A ver si tenemos la noche en paz...

(El GONZÁLEZ *va dando trompicones hasta donde está la* VIEJA. *Los otros le siguen.)*

EL GONZÁLEZ.– *(Plantándose ante la* VIEJA.*)* ¿Quién está ahí?

(La VIEJA *se yergue gruñendo.)*

LA MATILDE.– Debe ser una «méndiga»...
EL GONZÁLEZ.– ¿Por qué la habéis dejao entrar?
LA CANDELAS.– Estaba ya aquí cuando «lleguemos»...
EL TRALLA.– Eh..., abuela..., ¿qué pasa?

(La VIEJA *se levanta despacio.)*

EL GONZÁLEZ.– Es una francesa... ¡Váyase! Aquí estamos nosotros...
LA VIEJA FRANCESA.– ¡Salauds!... ¡Ils sont salauds!... ¡Espagnols..., salauds!...
EL TRALLA.– *(Al* GONZÁLEZ.*)* Anda tú, González, que chamullas un poco, dila que se largue...

(La VIEJA *ha vuelto a sentarse y lloriquea.)*

EL GONZÁLEZ.– Tú, Tralla, cógela y ponla de patitas en la calle...
EL TRALLA.– Ponla tú..., mira éste...
EL GONZÁLEZ.– Y si no, déjala. ¿Qué mas da? Es una pobre vieja... Hay que ser compasivo con los pobres... ¡Hala, abuela, que duerma usted en paz!...

(Vuelven hacia la parte de la izquierda.)

EL GONZÁLEZ.– *(Explicativo, tratando de dar seguridad a sus palabras.)* Es una «méndiga»... Tenemos que ayudarnos unos a otros. Además estamos en tierra extranjera. Hay que tener modales. Si se enteran que echamos a la vieja, igual nos largan a nosotros...

LA CANDELAS.– *(Tranquila y alegre.)* Ésta se ha llevao un susto...

LA MATILDE.– ¿Yo?... ¡Tú si que estabas que!...

LA CANDELAS.– Será embustera... Se pone que yo...

EL GONZÁLEZ.– ¡Basta! ¡A callar! Si os hubierais tumbao a dormir como se os ordenó...

EL TRALLA.– *(Al tiempo que se echa un lingotazo de vino.)* Y que se dijo en castellano, me parece a mí...

EL GONZÁLEZ.– Y se plantan en la puerta ahí como dos... ¡Te doy un...! *(Hace el gesto.)*

EL TRALLA.– *(Al tiempo que cierra la puerta.)* Bueno. Ahora sí que toca dormir. Hala, ya estáis durmiendo. Vamos a tener la noche en paz...

(Las mujeres, sumisas, se van a su rincón y empiezan a extender mantas. Los hombres hablan aparte echando tragos de la bota.)

EL GONZÁLEZ.– Mañana veremos quién es la vieja...

EL TRALLA.– Bah..., qué importa...

EL GONZÁLEZ.– ¿Te fijaste cómo le paré los pies al franchute...?

EL TRALLA.– ¡Vaya..., cómo cerró el pico!... No están acostumbrados a las palabras fuertes, macho... *(Ofreciéndole la bota.)* Venga, echa un trago y a la cama...

(Mientras el otro bebe, el TRALLA *coge una colchoneta y se sienta sobre ella. El* GONZÁLEZ *cuelga la bota de un clavo.)*

EL TRALLA.– *(Alcanzando otra colchoneta para el* GONZÁLEZ.*)* Toma...

EL GONZÁLEZ.– *(Rechazándola.)* Quita allá. Yo duermo en el suelo...

EL TRALLA.– *(Botando sobre la colchoneta.)* No está muy blanda, pero peor es el suelíviris...

EL GONZÁLEZ.– Mañana las quemo todas...
EL TRALLA.– ¿Todas las que...?
EL GONZÁLEZ.– *(Señalando las colchonetas.)* Toda esa porquería...
EL TRALLA.– ¿Por qué?
EL GONZÁLEZ.– Porque sí... Ahí va un pito... *(Le echa un cigarrillo. Las mujeres han ido arrastrándose hasta los hombres y escuchan.)*
EL TRALLA.– *(Encendiendo muy ceremoniosamente y ofreciendo fuego a* GONZÁLEZ.*)* Lo vamos a pasar fetén aquí, González...
EL GONZÁLEZ.– A ver... Aquí lo que hay que hacer es no achantarse... ¿Me comprendes, no? Yo conozco el paño. En cuanto te suban el gallo, directo a las narices...
EL TRALLA.– Ya has visto que hoy..., ¿eh?...
EL GONZÁLEZ.– *(Medio tumbado.)* Sí, ya... *(Queda pensativo.)*

(Pausa. El TRALLA *se levanta y descuelga la bota.)*

EL TRALLA.– El último trago. «Con Dios me acuesto / con Dios me levanto / con la Virgen María / y el Espíritu Santo...» *(Se echa un trago. Risas ahogadas de las mujeres.)*
EL GONZÁLEZ.– *(Alegre.)* ¿Qué? ¿Aún estáis así vosotras? Tenéis hormiguillo, ¿eh?...
LA CANDELAS.– *(Abrazándole.)* Me tienes más loca. Más loca me tienes...
EL GONZÁLEZ.– Anda allá, zalamera..., que estás hecha una zalamera...
LA CANDELAS.– ¿Qué había por ahí?...
EL GONZÁLEZ.– ¿Por dónde?...
LA CANDELAS.– En Francia...
EL GONZÁLEZ.– A ti que te importa. A dormir. Que mañana te levanto a las cinco... Venga a dormir...
LA CANDELAS.– Tirano..., que eres un tirano...
EL GONZÁLEZ.– Que te duermas... No hagas que me cabree...

(Pausa. El GONZÁLEZ *se pone cómodo. La* CANDELAS *se tumba suspirando. El* GONZÁLEZ *se recuesta en el muro y sigue fumando pensativo. Se oye un instante el susurro del* TRALLA, *que acaricia el pelo a la* MATILDE.*)*

EL GONZÁLEZ.– *(Expulsando lentamente el humo.)* ¿Te has dormido, Tralla?

EL TRALLA.– ¿Qué?...

EL GONZÁLEZ.– Que si te has dormido...

EL TRALLA.– *(Riendo.)* No me deja ésta...

EL GONZÁLEZ.– Digo que aquí podemos sacar buen jornal. Ya has oído al tío ese. Al capataz ese... Si pinta como dice, me represento que además de pasarlo fenómeno, podemos llevarnos un buen pellizco allá abajo... ¿Oyes lo que te digo o qué?...

EL TRALLA.– Te oigo...

EL GONZÁLEZ.– Lo que hay que hacer es aguantar el tipo... Porque aquí hay mucha hija de mala madre... ¡Pues no tengo yo pisao todo esto!... Por eso, ya te digo, hay que partir la cara al que se plante... ¿Me oyes, Tralla?...

EL TRALLA.– Te estoy oyendo, González...

EL GONZÁLEZ.– Porque hay mucho hijo de mala madre... No te olvides nunca de la navaja por si acaso... Y los peores son los nuestros..., los tíos que se quedaron aquí con los franchutes... Ésos son los peores. Quiero decir que si hay que pinchar, se pincha... ¡Pues no tengo yo sufrido en esta cochina tierra!... ¿Me estás oyendo?...

EL TRALLA.– Sí, macho...

EL GONZÁLEZ.– Pero con un poco de suerte, ya te digo... Nos vamos forraos. Y ¿sabes lo que voy a hacer?... Comprar aquella punta de olivos que hay detrás de la rectoral. Con lo que me lleve y me prometió la vieja, la compro engañando al señor Contreras... A mí no me sacan del campo... ¡A Barcelona me voy a ir!..., ya, ya..., o quedarme en Francia como ésos... para convertirme en un marica y un traidor..., como muchos que conozco... Ni hablar... Tengo unas ganas de vivir tranquilo, chaval... ¿Te has dormido?...

EL TRALLA.– No me he dormido, no...

EL GONZÁLEZ.– Échame la bota tú. Que me quite este escozor...

EL TRALLA.– Duérmete hombre...

EL GONZÁLEZ.– Que me eches la bota, chaval...

(Se la echa.)

EL TRALLA.– Pa ti, pa toda la vida...

EL GONZÁLEZ.– *(Luego de comprobar que la bota está seca la vuelve a tirar rabioso hacia el* TRALLA.*)* Ya puedes dormirla, ya...

EL TRALLA.– La finiquitó la parienta. *(Risas de la* MATILDE.*)*

EL GONZÁLEZ.– Ya digo yo que... *(Pensativo.)* Mira que tengo yo sufrido en esta tierra. Y era peor tiempo que ahora. Llovía mucho aquel año. Las vides se murieron. ¡Menudo hormiguero de tíos! Nadie sabía quién era nadie. De película, chaval. Y «aluego» allí se vieron los hombres. Tanto chulo que se volvió marica. Llorando como hembras. Pidiendo limosna a estos tíos malasangre. ¡Qué tiempo aquél! ¡Qué diluvio, chaval!... Y ahí es donde se tenían que ver los hombres... Pero nada..., unos tíos negros con los ametralladores esos y nosotros lo único que hacíamos era llorar. Y palos. Nadie abría el pico si no era pa llorar. Ésos, los que se comían el mundo... Tu entonces eras un chavalín... ¿Qué sabes tú?... *(Chupa el cigarrillo y expulsa el humo lentamente.)* Y había cada judas entre nosotros mismos... ¿Me estás oyendo, Tralla?... *(Escucha y sube el ronquido del* TRALLA. GONZÁLEZ *hace un gesto de fastidio y comprensión.)* Y el más bicho de todos, aquél..., ¡el Márquez!... Dicen que todavía anda por aquí... Trabaja en una fábrica de no se qué y dice que sólo vuelve a España pa quemar el pueblo... Ése es de los que hay que guardarse... ¡Madre mía, cuánto tengo yo sufrido por aquí..., y por todas partes...! *(Al* TRALLA.*)* ¡Duerme, chaval, duerme...! ¡A ver si yo también puedo dormirme alguna vez...!

(Se da una vuelta rabioso y se tapa la cara con la manta. Se oscurece la escena y cae el telón.)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Ha habido ciertas transformaciones. En el espacio de la derecha hay dos jergones separados por una cortina, un cajón que sirve de mesita de noche y unas telas de saco que sirven de alfombras. Un palanganero, un espejo, etc. En el centro de la escena iluminada por un sol rutilante que entra por la puerta del fondo, abierta de par en par a la campiña del Rosellón, hay una mesa con restos del convite. Brillan unos cuantos porrones llenos de vino. Alrededor de la mesa se sientan: el González, *el* Tralla, *la* Candelas, *el* Márquez, *la* Matilde *y el* Catalán. *Un poco apartada, dando la cara al público, la* vieja francesa. *Todos están alegres menos el* Márquez, *que procura estarlo sin éxito y deja de vez en cuando caer la cabeza pensativo sobre el porrón que acaricia con las manos. La francesa, aparte, también permanece callada. Al levantarse el telón, risas, alegría y bullicio.)*

El González.– *(Dirigiéndose a la* vieja.*)* Beba usted, agüela. Que hoy es fiesta para todos... *(Le ofrece el porrón.)*

La Candelas.– Sí, sí..., a buena parte... *(Al* Márquez.*)* Ni Dios le oye decir una palabra si no es para insultar...

El Tralla.– ¡Vamos!..., ¡agüela!...

El González.– Que no se diga, agüela...

(Ante el asombro de todos, la vieja *se levanta y coge el porrón. Silencio. La* vieja *bebe y luego se limpia la pechera manchada de gotas. Risas de todos. La* vieja *se retira a su rincón.)*

LA VIEJA FRANCESA.– ¡Salauds!..., ¡salauds!..., ¡ivres!...

(Más risas.)

LA CANDELAS.– *(Al* MÁRQUEZ.*)* ¿Lo ves?

EL GONZÁLEZ.– Pues hoy tiene usted que emborracharse con nosotros, agüela. Hoy se emborracha todo el mundo. ¡Hoy la armamos...!

EL TRALLA.– *(Como un eco.)* ¡La armamos...!

(Suben los porrones. Lingotazos que se trasiegan y alegría comunal.)

EL GONZÁLEZ.– *(Limpiándose la boca con la mano.)* Hoy, como si estuviéramos en la patria. Igual. Hoy todos somos hermanos. ¡Chócala, Márquez...! *(*MÁRQUEZ *intenta sonreír y le da la mano. Todos se dan la mano.)* Hoy tenemos que estar alegres, porque somos españoles y volvemos a España. Y hemos hecho buena vendimia, ¿no?

EL TRALLA.– Sí, macho...

EL GONZÁLEZ.– Pues eso digo... *(Pausa.)* Bueno tú, catalán, ¿viene o no viene tu compadre con la guitarra?

EL CATALÁN.– Yo pienso que vendrá. Eso dijo él. Ahora que si lo han liado por ahí.

LA MATILDE.– Pues ve a buscarlo, hombre...

EL GONZÁLEZ.– ¡Claro...!

EL CATALÁN.– Ya vendrá, ya... ¿Dónde hay una reunión como ésta?

EL GONZÁLEZ.– Claro, hombre. *(A la* VIEJA.*)* ¡Vamos, agüela, eche usted otro trago...!

LA CANDELAS.– Déjala tranquila, hombre. Si sabes que no quiere nada con nosotros.

EL GONZÁLEZ.– Tú déjame a mí... ¡Agüela!... Tú, Márquez, díselo en francés, que lo chamullas tan bien... Que se entere..., que se entere por fin de lo que somos..., de la tierra que somos...

EL MÁRQUEZ.– Déjala, hombre... Cada uno se divierte a su manera.

EL GONZÁLEZ.– Hoy tenemos que estar alegres. Igual que allá abajo. Y tú y ésa parecéis de piedra.

LA MATILDE.– *(Interrumpiendo intencionadamente.)* ¿Por qué no contáis algún chiste mientras viene el tío de la guitarra? Venga, tú, Tralla, cuenta un chiste, chico...

EL GONZÁLEZ.– Eso es. Vamos a contar chistes. Cada uno tiene que contar un chiste...

LA CANDELAS.– Que empiece el Tralla.

EL TRALLA.– No, que empiece el González, que pa eso es el jefe.

EL GONZÁLEZ.– Empieza el Márquez, que parece un funeral.

LA CANDELAS.– ¡Que empiece el Tralla!

EL GONZÁLEZ.– ¡Te digo que el que tiene que empezar es el Márquez...!

EL TRALLA.– *(Para zanjar la discusión.)* Pues ya está. Ahí va el primero... Prepararse...

LA MATILDE.– *(Riendo.)* Prepararse chavales, que vienen curvas...

EL TRALLA.– Esto le pasó a uno de mi pueblo...

LA MATILDE.– *(Al* MÁRQUEZ*.)* En el pueblo de éste pasa cada cosa...

EL GONZÁLEZ.– ¡Chissss!... A ver si os calláis las mujeres...

EL TRALLA.– Digo que uno de mi pueblo se fue a Zaragoza y cogió el tranvía. Y va y cuando el cobrador le pregunta: ¿adónde va usted?, el tío se pone: a ver a mi primo, que le han operao de la orina...

(Risas y exclamaciones.)

LA MATILDE.– ¿No os digo? ¡Anda ya!... ¡Qué malo es el tío...!

EL GONZÁLEZ.– *(Riendo.)* Muy bueno, sí señor, muy bueno... Un trago, agüela; un trago, Márquez. *(Coge el porrón e intenta levantarse, pero ya está medio beodo.)*

LA CANDELAS.– *(Al* GONZÁLEZ*.)* Venga, ahora te toca a ti...

EL TRALLA.– No, ahora le toca al catalán...

LA MATILDE.– No, tú. Que el catalán tiene muy poca gracia pa los chistes...

LA CANDELAS.– Anda ya, mujer. También tú...

EL GONZÁLEZ.– *(Que ha vuelto a sentarse.)* Venga, catalán, a ver ese chiste...

EL CATALÁN.– *(Muy modesto.)* Hombre, es que si uno tiene ya tan mala fama...

LA MATILDE.– Lo que yo digo no es insultar; vamos, me parece a mí. El que no tiene gracia no tiene gracia.

EL GONZÁLEZ.– ¡Basta ya! Aquí hoy todos somos hermanos y todos somos españoles. El catalán, como el francés. *(Lo ha dicho mirando al* MÁRQUEZ *con desafío)* Venga, «noi», a ver ese chiste...

El Catalán.– Pues con permiso de la concurrencia...
La Candelas.– Olé... Eso sí que son modales.

(Risas y palmas de todos.)

El González.– Que digo que a ver si os calláis las mujeres... *(Sigue mirando hacia el* Márquez*. Luego se limpia los labios con el dorso de la mano.)*
El Catalán.– Allá va... Pues esto era un tío que estaba sin una «pela» y no tenía qué comer... Ya sabéis lo que es eso, ¿no? *(Murmullos.)* Conque van y le ofrece un domador de leones trabajo. Va el domador y le dice: «Oye, mira, resulta que se me ha puesto enfermo un león y necesito trabajar con todos esta tarde. Te doy diez duros si te vistes de león y te metes en la jaula con los otros». «¿Con los otros leones? ¡Ande ya!...» Pero va el domador y le dice que no tiene que preocuparse, que los otros leones no le harían nada, porque eran muy mansitos y «molt trempats», que decimos los catalanes. El otro, pues, claro, como que estaba con «més fam que un mestre d'escola, que diem en Catalunya», pues se convence, se viste de león y se mete en la jaula con un canguelo que para qué... Y los otros leones allá en un rincón rugiendo: ¡auuuuh!..., ¡auuuuuh!... El tío temblando y encomendándose a todos los santos, cuando, de pronto, ve que uno con cara de pocos amigos, un león de esos de melena, se acerca despacio, despacio... El tío cierra los ojos y piensa: «Ya está. Yo quería comer y resulta que me comen a mí»... Y el león aquel venga a acercarse rugiendo: ¡auuuhhh!, ¡auuuhh! El otro, ya os podéis pensar, «més mort que viu», que decimos en catalán. Y ya estaba esperando el primer zarpazo, cuando oye que el león le dice: «¿Qué, usted también es de Gerona?...»

(Risas de todos.)

La Matilde.– ¡Muy bueno, muy bueno...!
El González.– Eres un tío majo, Catalán. ¡Un trago, Catalán...!
El Catalán.– *(Mientras bebe.)* Pero en catalán queda mejor, porque el león va y dice: «Vusté també es de Girona?».
El González.– ¡Muy bueno, muy bueno!... Mira, hasta la agüela se ríe...
La Candelas.– Sí, sí... Me parece que ya ves doble, chaval...

EL GONZÁLEZ.– *(Al* MÁRQUEZ.*)* Venga tú, Márquez, te toca. Otro de leones...
LA CANDELAS.– Venga Márquez, que no se diga...
LA MATILDE.– Ése *(Por* MÁRQUEZ.*)* es más soso que el catalán, que ya es decir...
EL GONZÁLEZ.– A ver si os calláis las mujeres... Venga, Márquez, que hoy todos somos hermanos...
EL MÁRQUEZ.– *(Bajando la cabeza.)* Yo no sé ningún chiste...
LAS CANDELAS.– *(Al* GONZÁLEZ.*)* Cuenta tú uno, chico. Ahora sí que te toca a ti. *(A los otros.)* ¿Le toca o no le toca?
TODOS.– ¡Sí, sí!... ¡Venga ese chiste!... ¡Ahora tú!...
EL GONZÁLEZ.– Bueno. Pero después le toca al Márquez. ¿Eh? Si no lo sabe lo inventa, que decimos en mi tierra...
LA CANDELAS.– Venga, empieza y ya está...
LA MATILDE.– Pero que sea más corto que el del catalán, que ése en cuanto le dejan hablar...
EL GONZÁLEZ.– A ver si os calláis las mujeres... *(Silencio solemne.)* Éste es uno de la «mili». Va el sargento y le pregunte al recluta. Muchacho, dime, ¿de cuántas partes se divide un fusil? Y va el recluta y contesta: de dos; de fu y de sil. El sargento le dice: ¡Muchacho, tú eres un genio! Y el otro se pone: Sí, mi sargento: Ugenio Martínez González...

(Risas, alboroto y palmotadas en la espalda)

EL GONZÁLEZ.– *(Riendo todavía.)* Sí, hombre, sí. En la mili hay cada uno... ¿Eh, Tralla?
EL TRALLA.– De miedo, tú...
EL GONZÁLEZ.– Bueno. Ahora te toca, Márquez...
LA CANDELAS y LA MATILDE.– *(Con cantinela.)* ¡Que hable, que hable...!
TODOS.– ¡Que hable, que hable, que hable...!
EL MÁRQUEZ.– *(Muy molesto.)* No sé qué decir...
EL TRALLA.– ¡Que baile, que baile...!
EL GONZÁLEZ.– *(Elevando la voz.)* Hoy aquí somos hermanos. Nada más que eso. Nada más y nada menos. Y hay que divertirse...
LA CANDELAS.– *(Aparte.)* ¡La que ha cogido...!
EL GONZÁLEZ.– A ver si os calláis las mujeres... Y tú, catalán, ¿viene o no viene el tío de la guitarra?

EL TRALLA.– Me parece a mí que le podemos esperar sentaos...

EL GONZÁLEZ.– Pues sí que es mala suerte. Porque si viniera el guitarrero ese, aquí el camarada, el franchute este *(Señalando a* MÁRQUEZ.*)* nos iba a echar un cante..., porque, ¿no lo sabíais?; pues aquí el amigo en tiempos cantaba... El «Niño de Fuego» lo llamaban si no me traiciona la memoria. ¿Miento, chaval?

LA MATILDE.– *(A la* CANDELAS.*)* Éste se cae redondo. *(A* MÁRQUEZ.*)* Tú no hagas caso.

EL GONZÁLEZ.– Como no os calléis las mujeres, vais a... Pues digo a la concurrencia que aquí, el artista, el «iño de la funeraria», cantaba por todos los estilos: por el Angelillo y el Marchena y...

EL CATALÁN.– *(Interrumpiendo.)* ¿Y por qué no cantas tú, González?

TODOS.– ¡Que cante..., que cante..., que cante...!

EL GONZÁLEZ.– *(Con un gesto airado.)* ¡Silencio!... ¡Silencio, digo!... A ver si os calláis las mujeres, que todos habláis como mujeres... Digo que no hay cosa más triste que ver a un tío llorar como un marica... Sí, llorar como un marica, que yo los he visto, y aquí, aquí mismito, en esta tierra... cuando vosotros aún mamabais...

LA CANDELAS.– Verás tú... el mal vino que tiene éste...

EL GONZÁLEZ.– ¡... y... y... muchos que se las daban de tíos..., eh..., y que ahora dicen que van a volver a España para quemar el pueblo..., ja, ja..., lloraban también como maricas!... y que... *(Transición.)* Bueno, Márquez, anda, échate una copla.

EL CATALÁN.– ¡Que no hay guitarra, hombre!... ¡Tú, González, González, oye...!

EL GONZÁLEZ.– *(Desprendiéndose con brusquedad del* CATALÁN, *que intentaba llevárselo afuera.)* ¡Déjame!... ¿Me dejas?... ¡Aquí hay que hablar y hay que divertirse!... Y el «niño de la funeraria» nos va a echar una copla... Venga, a tocar palmas..., así... *(Toca palmas torpemente.)*

(La CANDELAS *se ha levantado y se acerca a él temerosa.)*

EL GONZÁLEZ.– Y había unos tíos, unos negrazos, con un látigo y él también se dejaba pegar... ¡Vamos a ver esa copla!... ¿Por qué no cantas?... Pero además de cantar, ¿sabéis?, era de los que corrían mucho, delante de los

«civiles», en el pueblo... A correr nadie le ganaba, ni un galgo de carreras...

LA CANDELAS.– *(Abrazándole por detrás.)* ¡Vamos, a tomar el aire...!

EL TRALLA.– *(Que también se ha levantado.)* Vamos a darnos un garbeo por ahí, macho...

EL GONZÁLEZ.– *(Debatiéndose.)* ¡Que me dejéis..., que me dejéis digo...! Y que os calléis las mujeres..., que estoy hablando yo...

LA MATILDE.– *(Al* MÁRQUEZ.*)* ¡Vete, Márquez...!

EL GONZÁLEZ.– Ahora va a cantar el Márquez... por el Marchena... O si no, aquello de... *(Canturrea beodo.)* «Mi jaca / galopa y corta el viento...» Anda, Márquez, échate una copla, pa que la oigan estos señores, que son mis convidaos... ¿Eh?... Pero qué..., si ya no tienes vos, ya no tienes, na..., se acabó... ¡Ya no hay hombres en España...! *(Un violento puñetazo sobre la mesa.)*

(Silencio repentino.)

LA VIEJA FRANCESA.– ¡Ils sont salauds!... ¡Ils sont ivres!... ¡Ils se tuerant...!

EL GONZÁLEZ.– *(Lloriqueando.)* ¡Ya no hay hombres en España!... Se pudrieron todos..., se amujeraron todos... Aquí y allí y en todas partes... *(A su mujer, que trata de abrazarle.)* ¡Déjame!... ¡Que me dejes!... ¡Que te doy...! *(Larga un puñetazo a la* CANDELAS, *que lo esquiva.)*

(De pronto, se oye el estallido de un cohete.)

EL TRALLA.– *(Alegre.)* ¡Ya están ahí...!

EL GONZÁLEZ.– *(Sobresaltado.)* Eh, ¿qué pasa? ¿Qué pasa?

EL CATALÁN.– Que empieza la traca, macho... Que ya ha venido el de los cohetes... Que estamos en fiesta como en nuestro pueblo... ¡Viva la vendimia!... ¡Vamos, vamos afuera...!

(Otro cohete.)

EL GONZÁLEZ.– ¡Bravo!... ¡Fuego...!

LA CANDELAS.– *(A los otros.)* ¡Llevároslo fuera..., llevároslo...!

(El CATALÁN *y el* TRALLA *cogen a* GONZÁLEZ *y lo arrastran hacia fuera.)*

EL TRALLA.– Macho, que ya suenan los cohetes... ¡Que vienen los toros de San Fermín...!

EL GONZÁLEZ.– ¿Que vienen los...? Vamos, vamos allá... *(Cuando va a salir se vuelve hacia las dos mujeres y el* MÁRQUEZ, *que mira obstinadamente el suelo.)* Vosotras, las mujeres, quedarse aquí, aquí para ponerse guapas, que esta noche hay baile... Nosotros vamos a... a partirnos los riñones con los enemigos...

EL TRALLA.– *(Dándole un empujón.)* ¡Venga, macho...!

EL GONZÁLEZ.– *(Señalando al* MÁRQUEZ.*)* ¿Y ése? ¿Ése? El «niño del peine sucio»..., ¿eh?... Ése también viene. *(Se abalanza hacia él y lo coge por una manga.)* Anda, vamos, vamos al ruedo, a vernos las caras... *(Le arrastra hacia fuera y él se deja arrastrar.) (La* CANDELAS *intenta salir y la rechaza el* GONZÁLEZ.*)* Las mujeres a arreglarse pa el baile de la noche... Pero nada de pintarse, ¿eh? Porque me quito la correa y...

EL TRALLA.– *(Otro empujón violento.)* ¡Vamos, jefe, vamos ya!... ¡Qué plomo el tío...! *(A punto de salir se vuelve también hacia las mujeres.)* Vosotras aquí..., que menda rubrica lo últimamente dicho por el señor González...

(Salen por fin todos. La CANDELAS *queda apoyada en el marco de la puerta viéndoles marchar. La* MATILDE, *sentada en el sitio que ocupaba mirando el suelo cabizbaja. Estalla otro cohete en el silencio. Alborozo lejano.)*

LA VIEJA FRANCESA.– ¡Ils sont ivres!... ¡Ils se tuerasent!

(Estremecimiento de las mujeres. La MATILDE *se levanta irritada.)*

LA MATILDE.– ¡Mala sombra!... Siempre le tiene que dar el vino igual... ¡Aguafiestas!... Pues mira que el otro, el Márquez..., ¡vaya tío!..., ni abrir el pico... Vaya cara de cemento armao... *(A la* CANDELAS.*)* Estarás orgullosa, ¿eh? ¿Ése era el galán del pueblo? ¡Jésus, María, me muero de risa...!

(La CANDELAS *sigue apoyada en la puerta. De vez en cuando, estallido de cohetes.)*

LA VIEJA FRANCESA.– ¡Ivres!... ¡Salauds...!

LA MATILDE.– *(Rabiosa.)* ¿Se va a callar usted, agüela? ¡Qué nervios me pone!... Todo el santo día, de la mañana a la noche, con la misma historia... Y así desde el primer día... ¿Se callan? *(Pausa. A la* CANDELAS.*)* Lo que debías hacer es echar a la vieja y no quedarte ahí alelada por tu... *(Con sarna.)* «amor»...

(Risa nerviosa. La MATILDE *va al cuarto de la derecha y trae una palangana en la que vierte el agua de un cántaro que hay en un rincón, mientras sigue hablando.)*

LA MATILDE.– Y yo que me había figurao..., ¡qué se yo!..., que era..., ¡no sé!, tanto ponderarlo... Y el primer día que lo veo en las vidas... ¡Madre, qué achuchón de risa!..., ni pa descalzar a mi Tralla... Y «aluego» con esos aires..., con esas hebillitas de metal y esos gemelos finos... ¡Si parece marica, Dios me perdone...! *(Ha echado agua en el palanganero y ha empezado a mojarse el pelo sentada en una silla baja y mirándose a un espejo roto que hay en la pared.) (A la* CANDELAS.*)* Pero bueno, ¿te ha dao un aire? ¡Cuidao con la mujer de Dios...! Pues sí que... *(Estallido de cohetes.)* ¡Anda, cafres, que son más cafres! ¡Huy, las ganas que tengo de volver al pueblo y acabar con todo esto y pudrirme tranquila! ¡Qué vida ésta, oyendo a la bruja esa... como si andara una entre cuchillos todo el día!... Y total pa nada... Pero mujer, ¿te has vuelto tonta?

(Va hacia la CANDELAS *y la sacude.)*

LA CANDELAS.– ¡Déjame, mujer...!

LA MATILDE.– Pero tú estás guillada, moza. ¡Mira que!... Si todos son iguales, si el que no es chulo es marica... Si conozco yo mejor a los hombres que tú... Anda, ven a arreglarte... Te voy a peinar... Te pondré un poco de colorete...

(La arrastra hacia el palanganero. Ella se deja arrastrar como sonámbula.)

LA MATILDE.– Te pongo un poco de colorete. Ni se dan cuenta...
LA CANDELAS.– *(Apartando la cara.)* Que me dejes, mujer...
LA MATILDE.– Pero ¡será boba!... Mírala... Tanto hablar, tanto decir... Que parece que se va a comer el mundo..., y «aluego»...

(La VIEJA *se ha levantado despacio y ha entornado la puerta. Queda amortiguado el ruido de los cohetes. La* MATILDE *se encara furiosa con la* VIEJA.*)*

LA MATILDE.– ¿Quién la manda cerrar la puerta, bruja?
LA CANDELAS.– *(Sujetándola.)* Déjala, mujer. Se está mejor así. Tanto sol hace daño.
LA MATILDE.– Pero ¿qué contra te pasa?
LA CANDELAS.– Y yo qué sé, mujer... Tengo una cosa muy rara...
LA MATILDE.– A ver si te ha dao mal el vino también...
LA CANDELAS.– Ni lo caté apenas...
LA MATILDE.– Pues la comida entonces...
LA CANDELAS.– No sé, mujer...
LA MATILDE.– *(Desesperada.)* ¡Bendito sea Dios...!
LA CANDELAS.– *(Levantándose repentina y desesperada.)* ¡Asco. Asco. Asco es lo que me da todo! ¡Estoy asqueada, estoy harta, Dios mío, harta de todo! De mí misma. De todo. ¡No puedo con esta vida, no puedo! Ardo. Voy todo el día como si tuviera fiebre. Igual que si tuviera fiebre. ¡Y todo es una porquería, una basura!... Ese hombre...
LA MATILDE.– ¿Quién, el Márquez?
LA CANDELAS.– *(Paseándose rabiosa.)* El Márquez... y el otro... y el otro...
LA MATILDE.– *(Con risa nerviosa.)* ¡Ay, madre... Las ganitas que tengo de volverme al pueblo...!
LA CANDELAS.– ¡Al pueblo!..., ¡al pueblo!..., a lo de siempre. A comer, a dormir, a trabajar, a...
LA MATILDE.– Pero, chavala, ¿te has vuelto loca? ¿Es que quieres acostarte con el Márquez? ¡Pues acuéstate de una vez y nos dejas tranquilos a todos! ¡Huy, qué chica más loca!... Mira, yo voy a seguir peinándome. *(A la* VIEJA.*)* Y usted, so bruja, ¿se calla o se larga? ¿Me ha oído?
LA CANDELAS.– Mira si no se mataran... Eso es lo que hacía falta... Que se pelearan, que corriera la sangre de una vez... ¡Siempre la misma historia...!

LA MATILDE.– ¿Matarse? Ja, ja... Lo que es eso... Todos son valientes de boca: pero en cuanto llega el momento: nequaquam... Ya has visto hoy a tu Márquez, el pico cerrao pa que no entren moscas... Las mujeres sí que somos capaces de sacar las castañas del fuego... Los hombres: ahí los tienes, cantando...

(Llega entre el estallido de los cohetes el canto de los hombres. Eso de «no hay quien pueda / con las gentes de esta tierra»...)

LA MATILDE.– *(Sigue peinándose.)* En teniendo vino y tabaco, ellos a vivir... Y si «aluego» tienen una que les caliente el jergón, ¿pa qué mas? Bueno, los hombres... Tú dices que si nosotras, las mozas de ahora, no sabemos de la vida... Nos enseñarás tú, que te has pasado la vida bordando enaguas y mirando detrás de la ventana... a ver si venía... el Márquez... *(Risas.)*

LA CANDELAS.– ¿Te vas a callar de una vez?

LA MATILDE.– ¡No!, no me voy a callar. No me da la gana de callar. Para algo tengo lengua. ¡Y estoy hasta la coronilla de verte con esa cara de pascua! ¡Que te has pasao toda la vendimia, rica, que pa qué..., que yo que te aguanto lo sé y nadie más..., que tu marido con tener la bota a punto y lo otro, nada; pero que con eso de pasarnos las dos aquí, mano a mano, me has dao una vendimia que en cuanto llegue a mi casa, echo la puerta, la clavo y si te he visto no me acuerdo, rica, que también se cansa una de aguantar gaitas!... ¿Que quieres acostarte con el Márquez? Pues eso, más hacer y menos hablar..., que todas os pasáis la vida hablando. Y una se cansa de escuchar, pa que te enteres. *(Transición y pausa.)* Anda, mujer, arréglate. Esta noche hay baile. Los hombres estarán alumbradillos y es la nuestra. Podemos sacar el estómago de mal año... antes de encerrarnos en el invierno...

LA CANDELAS.– *(Como despertando.)* Dios te oiga, mujer... porque si no pasa lo que tiene que pasar...

LA MATILDE.– *(Encarándose a ella.)* ¿Qué?

LA CANDELAS.– ¡Que me mato!... ¡Que me doy un tajo en el cuello!... ¡Por éstas...!

LA MATILDE.– *(Soltando una carcajada.)* ¡Huuuy!..., ¡qué miedo!... ¡Madre, la de veces que te tengo oído lo mismo!...

LA CANDELAS.– *(Fuera de sí.)* ¿Que no?... ¡Vas a ver!... *(Corre nerviosa hacia la mesa e intenta coger un cuchillo. La* MATILDE *la detiene y sujeta. Forcejean.)*

LA MATILDE.– ¿Te vas a estar tranquila?... ¿Te vas a sosegar?... ¿To... *(Se vuelve repentina a la* VIEJA, *que está en acecho, y, soltando a la* CANDELAS, *se dirige enfurecida a la* VIEJA.*)* ¡Y usted a la calle!... ¡Ya se está largando pero que ahora mismo!... ¡Hale!... ¡Hale!... *(Arrastra a la* VIEJA, *que gruñe, hasta la puerta y luego cierra totalmente atrancando con el travesaño.)* ¡Hala!... ¡Ya está!... Así hay que hacer las cosas... *(A la* CANDELAS.*)* Y tú, a arreglarte... Y a fregar los cacharros, que no voy a hacerlo yo todo... Mira si hay trabajo por hacer..., conque... ¡al trabajo!... *(La* CANDELAS *sigue sin inmutarse.)* Y si no, mira: te tumbas un rato y duermes la mona, que yo creo que lo que tienes es una mona de padre y muy señor mío. Y yo me quedo más tranquila, que... *(Mientras hablaba se puso un delantal, trajo un cubo lleno de agua y empezó a meter en él los platos y cubiertos de la mesa. La* CANDELAS *se ha sentado y se sujeta la cabeza entre las manos. Cohetes ya lejanos. Atardece.)*

LA MATILDE.– ¡Huy, lo tranquila que se queda una sin la vieja!... Mira que no habla nada, pero el que esté ahí como una amenaza te hace una cosa... Como que se queda una sorda, chica... *(Mirando a la* CANDELAS.*)* Anda, mujer, anda... A ver si se te pasa el achuchón... También tengo yo lo mío, no creas *(Está fregando los cacharros arrodillada junto al cubo.)* Pues no tengo yo llorao sola, sin que nadie se entere, que yo no doy cuenta a nadie... Me guardo las penas para mí sola..., como debe ser... Mira que cuando lo de la Trini, no me digas que no fue cruz... ¡La mala zorra cómo me trajo a mi Tralla!... Y él a pegarme encima... Y todo el pueblo de cachondeo... Yo: metida en casa, llorando..., ¡porque no quería dar la satisfacción a mis enemigos de verme llorar!... Hasta que hice lo que tenía que hacer y nada más... Y ya has visto. Desde entonces, como una seda... ¡A ver! *(Friega con rabia.)* Y tú, pues lo que tienes que hacer es una de dos: o acostarte de una vez con el Márquez de las narices, o volverte al pueblo como has venido. Y a vivir. Lo que no se puede es estar lloriqueando y siempre con lo mismo, que sí, que no, que... Porque si te crees que el González le va a matar por ti y si te crees

que el Márquez te va a raptar y va a matar al otro, estás lista. Juraría, Dios me perdone, que ahora están dale que dale, trago va y trago viene, muy juntitos, muy compadres, y nosotras... ¡a fregar...! ¡Mala pasote!... *(Rompe a cantar estentórea.)* «Tengo una vaca lechera, / no es una vaca cualquiera...» *(Se yergue extrañada cuando ve a la* CANDELAS *que se dirige furiosa a la habitación y se tumba boca abajo sobre un jergón. Atardece. Ya no hay cohetes.)*

LA MATILDE.– ¡Vaya!... ¡Bendito sea Dios!... ¡Qué bien se está sola!... ¡Madre, qué tranquilidad!...

(Friega y sólo se oye el ruido de los cacharros. Luego los va secando y los coloca en hilera junto a la mesa, en el suelo.)

(Tras la ventana de la derecha ha aparecido el rostro de MÁRQUEZ, *que viene algo bebido y «dispuesto a todo». La* MATILDE *va guardando los cacharros en un cajón de madera.)*

EL MÁRQUEZ.– *(Llamando a* CANDELAS *tras la reja.)* ¡Candelas!... ¡Candelas!... ¿Qué tienes, mujer?...

LA CANDELAS.– *(Se yergue despacio y le mira.)* ¡Anda allá, marica, que eres un marica...!

(Hablan en susurro, por lo que la MATILDE *no se da cuenta de nada.)*

EL MÁRQUEZ.– ¡Ábreme, Candelas! Tu marido está como una cuba. Da saltos como un mono. ¡Ábreme, chavala...!

LA CANDELAS.– No tiene vergüenza... ¡Cobarde!... ¡Me das asco...!

EL MÁRQUEZ.– *(Muy cínico.)* O si no: háblame detrás de la reja... Vamos a pelar la pava, Candeliyas... ¡Uy, madre!... Las ganas que tenía yo de pelar la pava, como en España. Anda, bonita, ven. Ven, que a ti si que te voy a cantar una copla. Anda, chavala... Te voy a cantar aquello: *(Canta.)* «Mi jaca / galopa y corta el viento / cuando pasa por el Puerto / caminito de Jerez...».

(La MATILDE *ha oído la copla. Deja todo y se asoma a la derecha, y al ver al* MÁRQUEZ *tras la reja y a la* CANDELAS *que ya se acercaba hacia él, va a la puerta, la abre, sale y a poco vuelve a aparecer arrastrando de un brazo al* MÁRQUEZ, *que se ríe con risa algo beoda. Lo lleva hasta donde está la* CANDELAS *y le tira en sus brazos de un empujón. La pareja se abraza emocionada. Mientras los dos hablan, la* MATILDE *termina de guardar los cacharros y luego coge de un saco un montón de patatas que se echa al delantal, abre la puerta de par en par y se sienta en una silla de paja a pelar patatas. Ya es casi de noche.)*

LA CANDELAS.– ¡Golfo!... ¡Golfo!..., ¡que eres un golfo!... ¡y un cobarde!... Y siempre has sido igual...

EL MÁRQUEZ.– Anda ya, mujer... Si estás loca..., si te lo veo en los ojos... Si tenía que pasar. No tengas miedo, mujer. El González está ahí, plantao en la taberna... Dice que quiere comerse crudos a los franchutes...

LA CANDELAS.– Sois todos unos guarros... *(Se deja besar.)*

EL MÁRQUEZ.– Y venga a darle a aquello: que si llorábamos, que si no llorábamos. ¡Como una cuba, chica, como una cuba...!

LA CANDELAS.– *(Rendida.)* Me tienes loca, Márquez. Loquita me tienes...

EL MÁRQUEZ.– ¿Y vas a irte allá abajo?... ¿Con esa bestia? Tu y yo nos quedamos aquí... Vas a ver vida...

(Besos.)

LA MATILDE.– *(Moviendo la cabeza.)* Los papeles que tiene que hacer una...

EL MÁRQUEZ.– Ahora están cantando «Asturias, patria querida»... *(Se ríe.)* ¡Ay, cómo te idolatro, Candelas...!

LA CANDELAS.– Me estás haciendo daño, canalla...

EL MÁRQUEZ.– Y si te vas a ese país odioso, me voy detrás tuyo, pase lo que pase, y quemo el pueblo y te llevo a caballo entre las llamas... ¡Negra!...

LA CANDELAS.– ¡Loco, loco!..., ¡eres más loco!... ¡Siempre has sido igual!... ¡Que me haces daño...!

(La mano de la CANDELAS *corre la cortina que hay delante del jergón y se oculta la pareja. Noche. La* MATILDE

sigue sentada en la puerta. Se oyen lejanos los cantos de los hombres. De pronto, la MATILDE *se pone en pie y coge una patata y hace ademán de ir a arrojarla sobre alguien.)*

LA MATILDE.– Aquí no te acerques, bruja, que eres una bruja. ¡Fuera, fuera!... Te largo un patatazo... *(Vuelven a sentarse.)* ¡Jesús, qué peste de mujer y las ganas que tengo de perderla de vista!

(Aparece la VECINA.*)*

VECINA.– ¿Por qué no dejas entrar a la vieja? ¿Qué daño te hace? ¿No te da lástima?

LA MATILDE.– *(Desafiante.)* ¡No, no me da lástima!... ¡En mi casa mando yo...!

VECINA.– ¡Ya se ve que te has criao donde no hay caridad ni amor al prójimo...

LA MATILDE.– ¡Me he criao donde me sale de las narices!... ¡Y basta, que tengo prisa!...

VECINA.– Hay que ver qué mujeres. No hay más que verlas para saber de dónde vienen...

LA MATILDE.– *(Levantándose.)* Pero, oye, ¿es que me vas a soltar tú otro sermón? ¡Que no te lo consiento!... ¿Oyes?...

VECINA.– ¡Anda ya, zarrapastrosa!... Más te valiera haberte quedao en tu tierra y no traernos aquí tus piojos...

LA MATILDE.– *(Fuera de sí se lanza hacia la otra, que sale corriendo.)* ¡Uy, la tía esta!..., ¡que la degüello!... *(Le tira una patata.)* ¡Yo zarrapastrosa y tú una mala zorra! *(A gritos.)* ¡Que eso es lo que eres!... ¡Renegá!..., ¡zorra!..., ¡zorra!... *(Se sienta de nuevo enfurruñada.)* ¡La tía zorra!... Vamos que... Está una tan tranquila en su casa sin meterse con nadie y vienen a provocarla a una... ¡Vamos que!... ¡Huy, madre, lo que tengo yo sufrido en esta cochina tierra y las ganas que tengo de volverme al pueblo!... ¡Pero qué malas zorras! Siempre con lo mismo... La culpa la tengo yo, yo sola. Por meterme a... Y dice que no tengo caridad. Vamos que... Y estoy aquí, como una... imbécil, haciendo de... Dios me perdone... Y «aluego» dice que no tengo caridad... Si no fuera que... *(Se le-*

vanta, de pronto, sobresaltada.) ¡Anda, salero!..., ahora vienen ésos... ¡Madre, qué susto!... ¡Y cómo vienen!... *(Va corriendo hacia donde los amantes.)* ¡Márquez, Márquez, que vienen!... ¡Y cómo vienen!... ¡Márquez!

(Vuelve a la puerta temerosa. Se abre la cortina y sale pálida la CANDELAS *con el pelo revuelto. Asoma también la cabeza* MÁRQUEZ.*)*

LA MATILDE.– ¡Ay, madre, y cómo vienen! Si no se tienen de pie. ¡Santa María, Madre de Dios!... *(A la* CANDELAS.*)* ¡Que no salga ahora..., que van a verlo..., que se esconda!... *(El* MÁRQUEZ *ha desaparecido tras las cortinas.)*

LA MATILDE.– *(A la* CANDELAS, *que se arregla deprisa el vestido.)* Anda, siéntate aquí y toma. *(Le echa un puñado de patatas en la falda.)* Haz como si nada... ¡Madre, cómo vienen estos hombres...!

(Se oye el canto de los hombres.)

LA MATILDE.– ¡Que se esté escondido!... Hoy nos matan..., nos matan...

LA CANDELAS.– ¡Virgen Santísima!

(Aparecen en la puerta el TRALLA *y el* GONZÁLEZ *abrazados y canturreando. Detrás, el* CATALÁN *con la bota en bandolera y otro par de* MOZOS.*)*

EL GONZÁLEZ.– *(Borracho.)* ¡Viva España!... Sí, señor... ¿Que no?...

EL TRALLA.– ¡Que sí, macho!... ¡Que viva España y que mueran los franchutes...!

LA MATILDE.– Madre, la que han cogido...

EL GONZÁLEZ.– Hoy es fiesta..., hoy todos somos hermanos... ¡Viva España...!

EL TRALLA.– Y vosotras, a vestirse enseguida... ¿Me oís?... Hoy somos los amos...

EL CATALÁN.– Bueno, ¿qué?... ¿Encendemos o no encendemos la hoguera?

EL TRALLA.– ¡La hoguera...!

EL GONZÁLEZ.– ¡La hoguera, chaval! ¡Hay que encender la hoguera...!

EL CATALÁN.– Leña. Hace falta leña... Mucha leña...
EL TRALLA.– *(A gritos.)* ¡Madera!... ¿Dónde hay madera?
LA CANDELAS.– ¡Ay, madre!..., ¿qué quieren hacer estos hombres?...
EL GONZÁLEZ.– Callarse las mujeres... ¡Ahí están los cajones..., los co..., los cajones...!

(Va a ir hacia la derecha y la MATILDE *se coloca ante él.)*

LA MATILDE.– ¿Qué quieres, hombre?...
EL GONZÁLEZ.– ¡Madera...!
EL CATALÁN.– Es para encender una hoguera grande...
LA MATILDE.– ¡Estáis locos!... ¡Os van a meter en la cárcel!... ¡Estamos en Francia...!
EL GONZÁLEZ.– *(Dándola un empellón.)* ¡Quita ya, mujer!... ¡Viva España!...
LA MATILDE.– *(Al ver la decisión de los hombres y para evitar que entren donde se esconde el* MÁRQUEZ.*)* ¡Aquí tenéis madera: la mesa, los taburetes...!
EL TRALLA.– ¿Y «aluego» dónde comemos?
EL GONZÁLEZ.– *(Que empieza a coger los taburetes.)* ¿Y pa qué los precisamos?... Si ya nos vamos de esta cochina tierra... ¡Afuera con la mesa!... Chavales, ayudarme... Vamos a hacer una hoguera de miedo... ¡Viva la vendimia...!

(Entre todos van sacando los muebles.)

EL GONZÁLEZ.– ¡Viva Fran!..., digo, ¡viva España y muera...! *(El* TRALLA *le tapa la boca.)* Déjame marica, que también tú eres un marica...

(Las mujeres están aterrorizadas. Los hombres van sacando alegres los utensilios y las mujeres les ayudan para evitar que descubran al MÁRQUEZ.*)*

LA MATILDE.– *(Divertida.)* ¡Madre, la que han organizao...!

(Salen los hombres. Las mujeres, horrorizadas, miran hacia la derecha. Desde fuera llegan distintas frases: «Aquí

hay lumbre», «Hace falta paja macho», «Tú, Catalán, trae aquella paja», etc.)

LA CANDELAS.– *(Yendo hacia el jergón donde se oculta el* MÁRQUEZ.*)* ¡Corre..., ahora!... Están encendiendo una hoguera... ¡Que no te vean, por todos los santos...

EL MÁRQUEZ.– *(Muy tranquilo.)* ¡Qué van a ver!... si están ciegos de vino... ¡Dame un beso! *(Se besan al tiempo que empieza a verse el resplandor de la hoguera y estallan los gritos de los hombres.)*

LA CANDELAS.– ¡Estás loco!... ¡Vete de una vez!... ¡Huy, qué loco es este hombre...!

(Entra corriendo el CATALÁN *y uno de los mozos sin reparar en el* MÁRQUEZ.*)*

EL CATALÁN.– ¡Más fusta!... ¡más fusta!...

(La MATILDE *le da los últimos cajones. El* MÁRQUEZ *se dispone a salir cuando entran el* GONZÁLEZ *y el* TRALLA, *que tampoco reparan en él.)*

EL TRALLA.– ¡La puerta. Ahora, la puerta...!

EL GONZÁLEZ.– *(Al ver de pronto al* MÁRQUEZ.*)* ¡Hombre..., si está aquí el franchute!... ¡Viva España!...

EL MÁRQUEZ.– *(Asustado.)* ¡Viva España...!

EL GONZÁLEZ.– *(Echándole un brazo por el hombro.)* ¡Bravo, eres un tío bueno, Márquez!... Tú, Tralla, dale un trago a éste... *(El* TRALLA *le trae la bota y el otro bebe.)*

EL GONZÁLEZ.– Es un tío bueno, ¿no? Y hoy todos somos hermanos...

EL TRALLA.– ¡Viva España!... ¡Hoy la armamos, macho, hoy la armamos!...

EL GONZÁLEZ.– Sí señor. Eres un tío bueno, Márquez... Tú te vienes con nosotros a España, a tu tierra, macho...

(En el fondo, abrazados y mirando la hoguera, los DOS MOZOS *y la* MATILDE *cantan lo de «No hay quien pueda».)*

EL GONZÁLEZ.– ¡Y ahora, silencio! ¡Que voy a hablar!... ¡Voy a ...!

(Entra el CATALÁN. *La escena se llena de resplandor rojo.)*

EL CATALÁN.– ¡Mirar, mirar!... ¡Qué hoguera!... ¡Como en mi tierra...!

EL GONZÁLEZ.– Eres un tío estupendo, Catalán. Así me gustan los hombres... Tú, Márquez, échate un trago y canta... *(A las mujeres.)* ¿Y vosotras qué hacéis ahí como dos cuervos? Salir a bailar en la hoguera... Vaya hoguera... Todo el pueblo está de color rojo..., rojo... Así somos los hombres de allá.... ¡Venga, a cantar todo el mundo, que hoy es fiesta!...

TODOS.– *(Cantando.)* «No hay quien pueda..., no hay quien pueda...»

(Aparece de pronto en el umbral la VIEJA, *asustada. Destaca sobre el resplandor rojo.)*

EL GONZÁLEZ.– ¡La vieja, la vieja!... ¡A la hoguera la vieja!...

(Entre risotadas se acerca a la VIEJA *y la levanta en vilo. Grito de horror de todos, que acuden a sujetarlo.)*

LA MATILDE.– ¡Bruto, bestia...!

EL GONZÁLEZ.– ¡La quiero mucho a la vieja!... ¡Un trago a la vieja!... ¡Viva España, vieja!... ¡Viva España!... ¡Un trago a la vieja!...

(El CATALÁN *y el* TRALLA, *entre risas, logran liberar a la* VIEJA *y la hacen beber a la fuerza de la bota. La* VIEJA *intenta gritar casi asfixiada. Por fin el* MÁRQUEZ *la libera y se pone a bailar con ella cogiéndola de las manos mientras los otros hacen corro alrededor con palmas.)*

LA MATILDE.– ¡Pero qué cafres!..., ¡qué cafres!

(El MÁRQUEZ *suelta al fin a la* VIEJA, *que cae mareada. La* CANDELAS *está abrazada al* GONZÁLEZ, *que la mira fijamente a la cara.)*

EL GONZÁLEZ.– ¡Huy, qué requetebonita estás así!... ¡Con el fuego en la cara! ¡Huy!...

(La besa.)

EL TRALLA.– *(Al* MÁRQUEZ.*)* Eres un tío macho, Márquez... ¡Echa un trago!...

EL GONZÁLEZ.– *(Yendo beodo hacia el* MÁRQUEZ.*)* ¡Sí señor!... ¡Eres un tío bueno!... ¡Y eres mi hermano!... Porque hoy todos somos hermanos... Ya nadie se acuerda de nada...

(Se abrazan los dos mientras los demás rompen en carcajadas.)

EL GONZÁLEZ.– ¡Tú te vienes con nosotros a España... A trabajar en la aceituna...!

(Estallido de cohetes. Alborozo.)

EL GONZÁLEZ.– *(Que vuelve a abrazar al* MÁRQUEZ.*)* ¡Porque eres mi hermano!...

(La MATILDE *se persigna horrorizada. Resplandor de la hoguera. Cohetes, alboroto y telón.)*

ACTO TERCERO

La misma decoración. Corridas las cortinas de la derecha, que ocultan los jergones donde deben dormir las parejas. Es por la mañana temprano. En la estancia hay restos de los excesos del día anterior: cascos rotos de botellas, astillas, etc. Se abre una de las cortinillas y aparece el González, *despeinado y sucio, terminándose de vestir. Cruza la escena con paso sonámbulo y se dirige a la puerta del fondo. La abre lentamente. Está lloviendo. Contempla el cielo con tristeza. Escupe. Se apoya en el marco de la puerta y se revuelve el pelo con la mano.*

El González.– Lloviendo... *(Vuelve a escupir en el suelo.) (Se dirige a un rincón y saca un palanganero, echa agua en la jofaina de un cubo y se lava por encima. Saca un peine del bolsillo del pantalón y se peina, sin mirarse apenas, en el trozo de espejo que hay colgado en la pared. Luego saca un cigarrillo, lo enciende lentamente y, luego de echar una bocanada de humo, se dirige al jergón donde duerme su mujer.)*

El González.– Eh... Candelas... Despierta, mujer...

Voz de la Candelas.– *(Tras las cortinas.)* ¿Eh?... ¿Qué hora es?...

El González.– No sé qué hora es... Hay que levantarse... Nos vamos...

La Candelas.– ¿Que nos vamos?...

El González.– Sí, y cuanto antes, mejor... Hay mucho que andar... Aviva... Y despierta a ésos...

Voz de La Candelas.– Qué sueño tengo. Me da vueltas la cabeza, chico. Qué día ayer...

EL GONZÁLEZ.– Bueno. Basta de hablar. Levántate. Y que se levanten ésos... *(Se dirige hacia donde está el otro jergón.)* Eh... Tralla y Matilde... Arriba... Arriba, que es hora...

MURMULLOS DE LOS OTROS DOS.– ¿Qué pasa?... ¿Qué hora es?... Huy, qué sueño...

EL GONZÁLEZ.– Venga, levanta, so... Nos vamos enseguida. Que hay mucho que andar... A ver si podemos coger el correo.

VOZ DEL TRALLA.– Déjanos tranquilos, González. «Aluego» dices que no eres un mandón...

EL GONZÁLEZ.– No empecéis ya cabreándome de buena mañana. Digo que os levantéis, gandules... *(Para sí.)* Qué dolor de cabeza... *(Contempla la estancia y retira con los pies unos cuantos cascos rotos de botellas.)*

(Sale la CANDELAS *con el pelo suelto, anundándoselo en un moño.)*

LA CANDELAS.– Me da vueltas la cabeza...

EL GONZÁLEZ.– *(Apoyado en el marco de la puerta, mira caer la lluvia.)* A ver si andas ligera. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor...

LA CANDELAS.– Ya empiezas a gruñir de buena mañana...

(La MATILDE *se empieza a poner las horquillas que tiene entre la boca, mirándose al espejo.)*

LA CANDELAS.– Más ganas que tengas tú de irte las tengo yo. Asco de vendimia...

EL GONZÁLEZ.– Ya nos vamos. Se ha hecho buena vendimia. Ahora, si se da bien la aceituna por allá abajo..., ¿sabes lo que voy a hacer? Voy a ver si puedo comprar la punta de olivos de Contreras. Como haya suerte, la compro. Y si Dios quiere, ya no tenemos que venir aquí ni ir a ninguna parte. En sabiéndose administrar, fenómeno. No tienes que estar bajo nadie, ni ir de un sitio a otro como los gitanos. Ya es hora... Sale uno por la mañana en el carro, carretera adelante, y «aluego» vuelve uno al ponerse el sol y se mete en la casa y nadie tiene que meterse en las cosas de uno. No hay que aguantar nada... Las ganas que tengo de vivir tranquilo, mujer...

(La CANDELAS, *malhumorada, no dice nada y sigue colocándose las horquillas.)*

EL GONZÁLEZ.– *(Va hacia ella enfadado.)* Pero ¿te vas a dar prisa, mujer?

LA CANDELAS.– Jolín con el tío... ¿Es que vas a empezar de buena mañana a arrearme como si fuera un burro de carga?

EL GONZÁLEZ.– Es que ya se ha terminao todo, ¿sabes? Se acabó...

(La CANDELAS *se vuelve airada y, al hacerlo, se le cae una horquilla.)*

LA CANDELAS.– *(Encarándose.)* ¿El qué se acabó?...

EL GONZÁLEZ.– *(Con voz autoritaria y absoluta.)* Todo...

LA CANDELAS.– ¿Todo? ¿Qué todo? ¿Es que ha empezao algo u qué...?

EL GONZÁLEZ.– No me hagas cabrear. Digo que ahora en cuanto que lleguemos te meto entre cuatro paredes, te tapio la puerta, fíjate, y no te ve ni Dios...

LA CANDELAS.– Pero, bueno, ¿es que me vas a dar el día?...

EL GONZÁLEZ.– Te juro que ya no salimos del pueblo... Ni del pueblo, ni de la casa... Me compro el olivar y trabajamos los dos juntos. Y en mi casa no entra nadie...

LA CANDELAS.– Pero ¿es que hemos dejao de trabajar juntos alguna vez? ¿Es que me he separao de ti? ¿Es que me he propasao u qué?

EL GONZÁLEZ.– No me hagas hablar, que no estoy pa cháchara. Y hay mucho que hacer, conque aviva...

LA CANDELAS.– *(Enfadada.)* Pues cualquiera que te oyera diría que yo soy una... cualquiera. Vamos que... lo que me faltaba... En cambio él si puede. Él sí puede. Él sí puede venir con una tajada de caballo dando el «espectáculo»... Vergüenza te debiera dar...

EL GONZÁLEZ.– Cállate...

LA CANDELAS.– No me da la gana... El «espectáculo» que disteis ayer aquí... Entre gente extraña... ¿Qué dirán de nosotros?...

EL GONZÁLEZ.– No hagas que me cabree...

LA CANDELAS.– *(Mientras saca las cosas y va amontonándolas; maletas, etcétera.)* Date con la cabeza contra las paredes, chaval... No te gusta que te digan la verdad, porque te pica, ¿eh?...

EL GONZÁLEZ.– Que te voy a sacudir. Mira que estoy muy harto. Que me he pasao la vida amenazándote, pero que un día voy a empezar de verdad...

LA CANDELAS.– Vida... La vida de una... Siempre encerrada entre cuatro paredes... y «aluego» como un perro. Al fin y al cabo yo no quería venir a la vendimia. Fuiste tú el que te empeñaste. Porque cuando te se mete

una cosa en la mollera, ni Dios te la saca. Te dio por la vendimia de Francia... y a la vendimia de Francia... Hale..., a dar el «espetáculo» nada más... Todo porque otros se habían hecho de oro aquí... Ya ves tú qué oro nos llevamos nosotros: bilis y mala sangre nada más...

(El González *se pasea nervioso conteniéndose los nervios.)*

La Candelas.– *(Luego de una pausa.)* Oye, y, hablando de otra cosa, ¿dónde se habrá metido la vieja?

El González.– ¿Qué vieja?

La Candelas.– ¿Qué vieja va a ser? ¿Es que te dura todavía la trompa? La vieja, que no ha dormido esta noche aquí. El susto que la distéis. Pobre mujer. Ésa si nos va echa a correr... Mira que sois brutos los hombres... Ni los toros bravos son tan salvajes como vosotros... La pobre vieja... Madre, y la vendimia que nos ha dao también la vieja... Mira que yo no quería venir... Que vine a esta tierra ahorcada, pa que lo sepas...

*(*González *va hacia su mujer y levanta el puño.)*

El González.– ¿Te vas a callar?

La Candelas.– Anda..., pégame, pégame si con eso te quedas tranquilo...

(Aparece el Tralla *abrochándose la hebilla del cinturón.)*

El Tralla.– ¿Qué? ¿Ya estáis así de buena mañana?... Chaval, qué resaca tengo...

El González.– *(Que ha vuelto a apoyarse en la puerta.)* Pues si quieres, te quedas en la cama... Ésta y yo nos largamos. Las ganas que tengo yo de dejar este cochino pueblo de una vez...

El Tralla.– *(Mientras se peina.)* Y yo, chaval. Hay que ver cómo tira la tierra de uno, macho. Mira que no hace ni dos meses que salimos de allá y me parece que son años. Que tira la tierra de uno. Yo no me lo quería creer cuando le decían: pamplinas, decía yo, sentimentalismo. Pero sí, chaval, sí que tira la tierra. Lo que es un servidor, en cuanto vea el campanario de la iglesia... Madre... Me parece que beso el suelo, fíjate...

EL GONZÁLEZ.– Sí, pues sí que tienes tú mucho que hablar... Te has tirao mala vendimia, ¿no? Si has ido de soplo en soplo... Si te dejan, te bebes toda la vendimia... Y otras cosas que me callo... Tenemos tantas cosas que callarnos...

EL TRALLA.– No ha sido mala vendimia, no. Si dijera otra cosa, mentiría... Pero también le tiene ley uno a su pedazo de tierra... Y no lo quería creer, ya ves tú...

(Sale la MATILDE, *que se dirige derecha hacia el* GONZÁLEZ.*)*

LA MATILDE.– Oye, González, ¿qué querías decir con eso?

EL GONZÁLEZ.– ¿Con qué?

LA MATILDE.– Con eso de que teníais cosas que callaros, ¿eh?

EL TRALLA.– *(Cogiendo a su mujer por los hombros.)* Oye, guapa, a avivar, que la Candelas no lo va a hacer todo. ¿Estamos?

LA MATILDE.– *(Debatiéndose.)* Es que si vosotros tenéis cosas de qué callarse, también yo podría hablar si me diese la gana...

EL TRALLA.– Toma..., y yo partirte la boca. ¿Y qué?...

(La MATILDE, *enfurruñada, va a ayudar a la* CANDELAS.*)*

EL TRALLA.– *(Al* CONZÁLEZ.*)* ¿Decías?...

EL GONZÁLEZ.– Nada. Eso..., que vosotros los chavales no sabéis nada de nada...

EL TRALLA.– Hombre, a mí se me representa que algo se va aprendiendo...

EL GONZÁLEZ.– *(Animado a hablar.)* Es que vosotros los chavales, como digo, no sabéis lo que es de verdad estar lejos de la tierra de uno... Yo sí que sé eso... Cuando estuvimos aquí, allá por el año 39, cuando terminó la guerra. Tú no puedes representarte aquello. Metidos en un trozo de tierra extraña y con unos tíos negros como la noche que te vigilaban sin parar... Ni mover un dedo podía, ni hablar con un paisano sin que te oyeran... Que te cuente el Márquez...

EL TRALLA.– Jolín con el tío... Hasta el último día me vas a estar dando la tabarra con la misma historia. Mira que tiene uno aguante. ¿Sabes lo que te pasa, González? Pues te lo voy a decir: que te estás volviendo viejo...

EL GONZÁLEZ.– ¿Qué?...

EL TRALLA.– Viejo, viejales...

La Candelas.– *(Mientras arregla el equipaje.)* Pero no está viejo pa beber, descuida...

El Tralla.– Sí, hombre, sí... Eso de andar todo el día de Dios recordando es cosa de viejos. Que el tiempo no pasa en balde, chaval...

El González.– Qué sabes tú...

El Tralla.– Y eso de querer comprar los olivos y meterse en casita al calor de la lumbre y...

El González.– Bueno, al fin y al cabo me iré volviendo viejo. No le digo que no. Pero tú, vosotros, con vuestros veinte años, habéis sido siempre más viejos que yo pueda serlo ahora. Al menos lo he vivido...

La Matilde.– Y bebido también..., y otras cosas que me callo.

La Candelas.– No seas cordelera, maja...

El González.– *(Enfadado.)* Y si no os gusto, os largáis todos. Y me quedo solo, que pa sufrir no se necesita compañía...

El Tralla.– Olé...

La Candelas.– Dichoso vino y dichosos todos...

El Tralla.– *(A las mujeres.)* Venga, y vosotras dejarse de cháchara y trabajar. A ver si voy a tener que ir yo...

La Matilde.– Huuuy, qué miedo...

El Tralla.– *(Al González.)* Nada, chaval... Se ha hecho buena vendimia, ¿no?...

El González.– Sí, hombre. Eso es lo que vale...

El Tralla.– Pues claro...

El González.– Podemos volver con la frente muy alta, porque nos lo hemos ganao, ¿no?

El Tralla.– A ver... Y yo me voy a comprar una pelliza con solapa de piel de borrego blanca, que...

La Matilde.– Sí, te vas a comprar... Lo que es eso... ¿Es que no necesitamos otras cosas?

El Tralla.– *(A la Matilde.)* ¿Qué tienes tú que decir?

La Matilde.– *(Encarada.)* Muchas cosas. Que me tienes harta. Y que como yo me entere de algo que...

El Tralla.– ¿Qué? ¿Qué?... ¿Qué tienes que enterarte?

La Matilde.– Mira, Tralla, no me hagas hablar... Que si crees que se me ha olvidao lo de la Trini, estás pero que muy equivocadito...

El Tralla.– Anda allá, chavala y límpiate... Pero ¡será boba la tía!

LA MATILDE.– Que ya está una harta, harta de ver tanto y tanto, y de llorar tanto también y tragarse las lágrimas una... Que ya no puedo más de sufrir. Pa que lo sepas. Que sois una panda de chulos todos, que... *(Llora.)*

LA CANDELAS.– Lástima de rayo que nos cayera y se nos comiera a todos de una vez.

EL TRALLA.– *(Muy chulo, a* GONZÁLEZ.*)* Huuuy..., oye..., y como se nos han levantado las parientas..., ¿qué te parece, González, si imponemos un poco nuestra autoridad?

EL GONZÁLEZ.– A mí me están poniendo... A la mía la voy a partir la boca...

LA MATILDE.– ¿Y no nos podéis echar una mano, eh? «Aluego» con irse por ahí de chateo... Y las mujeres trabajando como mulas... Pues yo no hago nada. *(Se sienta sobre el equipaje a medio hacer.)*

LA CANDELAS.– Y yo, ídem.

EL GONZÁLEZ.– Pero, bueno, ¿qué pasa aquí?

EL TRALLA.– *(Suavemente explicativo.)* Que si no hay marcha, chaval, el carro no anda...

(Ante la actitud de los hombres, las mujeres vuelven a la faena en actitud gimoteante.)

EL TRALLA.– ¿Y dónde se habrá metido la vieja, tú?

EL GONZÁLEZ.– ¿Y a ti que te importa?

EL TRALLA.– ¿A mí? Nada. Pues no tenía ganas de perderla de vista... Y también tenía ganas de marcharme, no creas..., y eso que..., ya ves tú..., ahora me da no se qué al dejar esto...

EL GONZÁLEZ.– Hombre, a mí, en tu lugar, también me daría pena...

EL TRALLA.– Dices de mí, pero tú también lo has pasao fetén, no digas...

LA CANDELAS.– No, si ya lo sabemos. Y nosotras como mulas trabajando y encerradas entre cuatro paredes como monjas, maldita sea...

EL TRALLA.– *(Sin hacer caso.)* Y que todo ha ido bien, macho. Porque mala ley, lo que se dice mala ley, no hemos encontrao en nadie, ¿no?

EL GONZÁLEZ.– Pues no...

EL TRALLA.– Porque el mismo Márquez, que parecía el más difícil, ya ves cómo al final, fue un amigo más... Y un buen tío en el fondo, ¿no?...

EL GONZÁLEZ.– Puede...

EL TRALLA.– Y el capataz aquel, el Tejerino, que me convidó después de que le partí los morros al día siguiente de llegar, ¿eh?

EL GONZÁLEZ.– Vaya...
EL TRALLA.– Y «aluego» jaleos de guardias y eso, nada... Digan lo que quieran, en esta tierra hay más libertad que allí. ¿No te parece?
EL GONZÁLEZ.– A mí no me lo preguntes, que yo tengo aquí metido lo de aquellos años...
EL TRALLA.– Sí, sí, ya..., aquellos años. Pero yo quiero decir, vamos es un suponer, que ahora nadie nos molestó, quiero decir en autoridades...
EL GONZÁLEZ.– Tampoco hemos dao motivos, me parece a mí...
EL TRALLA.– Eso según y cómo se mire..., porque ayer, sin ir más lejos, la armamos, ¿no?
EL GONZÁLEZ.– Hombre, una hoguera y un poco de vino...; eso...
EL TRALLA.– Y vino... y lo que no es vino...
LA MATILDE.– *(A la* CANDELAS *en voz alta para que la oigan ellos.)* Ahora quiere quemarme la sangre...
LA CANDELAS.– Más quemada me la tiene a mí...
EL TRALLA.– Pues yo digo, chaval, que si allá abajo hacemos lo que hemos hecho aquí...
EL GONZÁLEZ.– ¿Qué...?
EL TRALLA.– Que los civiles nos hacen «de» sentir...
EL GONZÁLEZ.– Bah..., pues no hemos hecho cosas peores...
EL TRALLA.– No se el qué..., dime tú...
EL GONZÁLEZ.– Esta tierra es una porquería, pa que lo sepas..., una porquería... Yo la odio. *(Escupe.)* Y no vuelvo a ella. La hago la cruz, mira. *(La hace.)* No vuelvo, te lo juro. Tengo muy sufrido esto. Y si he venido, ha sido a la fuerza; siempre vine a la fuerza a esta cochina tierra. O porque me trajeron las circunstancias o por el maldito dinero. Pero la odio...
EL TRALLA.– Bueno...
EL GONZÁLEZ.– Me gustaría ser como tú, chaval. No haber vivido. Como si hubiera caído de las ramas. Que eso tenéis vosotros los jóvenes...
EL TRALLA.– Pues yo, si puedo, el año que viene me tienes aquí...
LA MATILDE.– Sí, conmigo, ¿no? Lo que es eso... Claro... A saber lo que dejarás aquí...
EL TRALLA.– Tú vienes conmigo, pero atada, fíjate bien. Tú, delante...
LA MATILDE.– Ja, ja...

(El TRALLA *se dirige muy decidido hacia ella, y la* CANDELAS, *para cortar el percance, dice:)*

LA CANDELAS.– Bueno, ¿no podéis tampoco ayudarnos a atar las mantas?
EL TRALLA.– *(Rabioso.)* Trae acá...

(Les ayuda a atar las mantas.)

EL TRALLA.– *(Limpiándose el sudor.)* Jozú... ¿Y no hay algo pa comer?...
LA MATILDE.– Mírale en lo que piensa. No ha hecho más que agarrar la cuerda y ya está...
LA CANDELAS.– Si no piensan en otra cosa...

(El TRALLA *descuelga la bota y se la echa a los labios.)*

EL TRALLA.– Oye..., todavía queda. Y ya que no hay qué comer, beberemos. Echa un trago, majo...
EL GONZÁLEZ.– No tengo gana...
EL TRALLA.– Pues es como mejor se quita la resaca. *(Observando al* GONZÁLEZ.*)* Hay que ver cómo estás, compadre... Parece como si..., qué se yo..., como si te hubieran quitao el alma en esta tierra... ¿Pa qué viniste entonces?...
EL GONZÁLEZ.– *(Pensativo.)* Como si me hubieran quitao el alma... Sí..., eso... No sé por qué vine. Pa volver humillao como siempre. Siempre vuelve uno humillao de todos los sitios, pa que lo sepas...
EL TRALLA.– Pero ¿qué te pasa ahora? *(A las mujeres.)* Y vosotras ¿qué miráis? ¿Por qué escucháis con tanta atención? *(Las mujeres vuelven al trabajo.)* ¿Qué es eso de volver humillao? Volvemos como has dicho antes. Con la cabeza alta y con unas perras, gracias a Dios...
EL GONZÁLEZ.– Sí..., es verdad. Llevás razón. No me hagas caso. Es lo que pasa siempre, cuando se ha bebido más de la cuenta...
LA CANDELAS.– ¿No te digo?
EL GONZÁLEZ.– *(Volviéndose a las mujeres.)* Bueno, ya me estoy cansando. A terminar eso en seguida y a largarnos. A ver si cruzamos hoy la raya...

(Ante la puerta aparece el CATALÁN.*)*

EL CATALÁN.– A los buenos días...
EL GONZÁLEZ.– Buenos días, hombre...
EL TRALLA.– Se le saluda al amigo...

EL CATALÁN.– Pero ¿qué pasa? ¿Ya nos vamos?

EL TRALLA.– Como lo ves...

EL CATALÁN.– Hombre..., pues sí que lo siento... Yo pensé que ibais a estar más días, ¿eh? Pero ¿os marcháis ahora mismo?

EL GONZÁLEZ.– Queremos cruzar la raya al mediodía...

EL CATALÁN.– Hombre... Es una lástima... Yo creí... *(Transición.)* Oye, os voy a dar un recao pa un amigo que es carabinero, y así, si lleváis algo de contrabando..., ¿eh?..., os hará la vista gorda...

EL TRALLA.– Anda..., pues es verdad. No habíamos pensao en eso del contrabando... Estos catalanes son la «monda»...

EL CATALÁN.– Hombre, pues claro... Hay que ser un poco vivales, ¿no?

EL GONZÁLEZ.– Y «aluego» son todo líos... No, gracias...

LA MATILDE.– Dí que sí, Catalán... Hay que hacer por la vida... ¿Qué podemos llevar?

EL CATALÁN.– Pues muchas cosas..., café..., nilón de ése...

EL GONZÁLEZ.– Que no..., que no. Es tarde. Quiero cruzar la raya hoy mismo...

EL TRALLA.– Por esperar dos o tres horas no creo que perdamos nada. Vamos, digo yo...

EL GONZÁLEZ.– Que no... Que nos vamos. ¿Está listo todo?

LA CANDELAS.– Huy qué hombre. Qué burro es. Se le mete una cosa en la cabeza y no se la sacas ni con tenazas... Madre, qué hombre...

EL CATALÁN.– Bueno, nada... Yo lo digo porque para algo somos amigos, ¿no?

EL TRALLA.– ¿Y qué, Catalán? ¿Tú no te vienes por allí?

EL CATALÁN.– Hombre, ya me gustaría, ya... No creas que no tengo ganas. Pero ¿qué hago yo allí? Aquí tengo mi vida y...

EL GONZÁLEZ.– La vida no la tiene uno en ninguna parte. Sobre todo nosotros, los pobres. Vete a saber dónde iremos a parar. Ya ves tú... Yo también creí que nunca iba a volver allí, ni venir aquí. Y no hago más que dar vueltas. Que somos así. Parecemos máquinas del tren haciendo maniobras...

EL CATALÁN.– ¿Yo ir por allí?... Quita, hombre, quita... Ya lo conozco aquello. Y ya me gusta, ya... Pero hay cosas que no me gustan...

EL GONZÁLEZ.– Si todo lo que a uno no le gustara, no pudiera apechugar con ello..., teníamos que hacer un hoyo en la tierra y sepultarnos...

EL TRALLA.– No hagas caso a éste, que la resaca le ha dao por lo fúnebre...

EL CATALÁN.– Ja, ja... También yo estoy un poco raro... Al amigo Márquez se lo decía ahí tomando una copa... Que si se pensara en lo que viene después, uno no se emborrachaba...
EL TRALLA.– Y si uno no sopla..., ¿pa qué va a vivir? ¿Eh?
EL CATALÁN.– También es verdad. Hoy día, si no te alegras de vez en cuando, estás perdido... *(Mirando hacia la puerta.)* Hombre, aquí tenéis al Márquez...
EL GONZÁLEZ.– *(Sobresaltado.)* ¿Qué?...
EL CATALÁN.– *(Adelantándose a la puerta.)* ¿Qué pasa, Márquez? ¿Qué dices?

(Entra el MÁRQUEZ *jovial y satisfecho de sí.)*

EL MÁRQUEZ.– Buenos días nos de Dios..., como dicen allá abajo...

*(*GONZÁLEZ *se ha vuelto de espalda al* MÁRQUEZ.*)*

EL TRALLA.– Hola, majo...
LA CANDELAS.– Buenos días, hombre...
EL MÁRQUEZ.– ¿Qué hay de nuevo?
EL CATALÁN.– Ya ves. Que se nos van... Que se llevan la alegría, como quien dice... Que nos quedamos otra vez aquí... los cabales...
EL MÁRQUEZ.– ¿Ya os vais pa allá?... ¿A la bendita tierra?
EL CATALÁN.– *(Con sorna.)* ¿Qué? ¿No decías que te ibas a ir con ellos?
EL MÁRQUEZ.– ¿Quién? ¿Yo?
EL CATALÁN.– Eso decías ayer...
EL MÁRQUEZ.– ¿Quién se acuerda de ayer?... Estábamos bebidos. ¿No, González?
LA CANDELAS.– Tendrán mala sangre...
EL MÁRQUEZ.– Un servidor volverá allá... cuando llegue la hora...
EL TRALLA.– *(Avanzando un poco matón.)* ¿Qué hora?
EL MÁRQUEZ.– *(Despreciativo.)* Eres demasiado chaval para hablar de ciertas cosas...
EL TRALLA.– Si soy chaval..., también tengo derecho a preguntar, ¿no?
EL MÁRQUEZ.– Y yo no soy el cura párroco pa contestar a consultas de adolescentes...
EL GONZÁLEZ.– Bueno... Se acabó. Señores: ustedes lo pasen bien. Nos vamos...

(La CANDELAS *no ha dejado de mirar al* MÁRQUEZ*.)*

EL MÁRQUEZ.– Qué buenos modales... *(Al* CATALÁN*.)* ¿Verdad, tú? Pa que luego digan... Bueno..., ahí va mi mano...

(El GONZÁLEZ*, que está cogiendo los bultos, se vuelve de espaldas.)*

EL MÁRQUEZ.– *(Explicativo, al* CATALÁN*.)* Éste es como los carros; si no se engrasan las ruedas...

EL CATALÁN.– Bueno..., pues que tengáis buen viaje... Y ya digo, si...

EL MÁRQUEZ.– *(Que ha ido creciéndose.)* Y ya nos veremos, hombre, por allá abajo... ¿Eh, Candelas? Que las promesas son promesas...

*(*GONZÁLEZ *tira los bultos. Avanza hacia el* MÁRQUEZ *y le coge por la pechera.)*

EL GONZÁLEZ.– ¿De qué promesas estás hablando?

EL MÁRQUEZ.– *(Muy tranquilo.)* De nada, hombre. Maneras de hablar que tiene uno... Si a mí no me tira nada aquello... Pa que lo sepas. Porque todo, todo, fíjate bien, lo que podía desear de allí, ya lo he tenido... Conque... lo demás, pa que lo roan los perros...

*(*GONZÁLEZ *hace un gesto de ira.)*

EL GONZÁLEZ.– Vamos a ver. Vamos a hablar de una vez. ¿Qué quieres tú?

EL MÁRQUEZ.– Nada. ¿No te lo estoy diciendo?... Desearos un buen viaje...

EL GONZÁLEZ.– *(Fuera de sí.)* Márquez... Me has estao buscando años y años... Y si quieres encontrarme a última hora..., me vas a encontrar. Si crees que te he perdonao, estás equivocao. ¿Sabes? Porque nunca has sido capaz de dar la cara... Y ahora...

(Al ver la actitud que toman las cosas, el CATALÁN *y el* TRALLA *se interponen entre los dos. Susto de las mujeres, que se acercan a sus maridos.)*

LA CANDELAS.– Vámonos. Anda, vámonos. Ya está todo listo. A ver si salimos pronto de...

EL GONZÁLEZ.– *(Dando un empellón fuerte a la* CANDELAS, *que cae al suelo.)* Contigo ajustaré cuentas allá abajo... Con este...

EL MÁRQUEZ.– Si tú eres un desgraciao. Y siempre lo has sido. Tú en teniendo vino eres capaz de dejar la honra por los suelos...

*(*GONZÁLEZ *con un rugido se ha desasido de todos y ha sacado la navaja.)*

EL GONZÁLEZ.– Y a ti... por fin... te voy a partir el corazón...

(El MÁRQUEZ, *tranquilo, a la defensiva, ha sacado también su navaja. Gritos de las mujeres. El* CATALÁN *y el* TRALLA *intentan separarlos.)*

EL GONZÁLEZ.– Fuera..., fuera todo el mundo, que no respondo...

EL CATALÁN.– *(Al* MÁRQUEZ.*)* Márquez... Márquez..., ten cuenta... Mira que...

(Los dos van tomando posiciones. El TRALLA *se coloca al lado del* GONZÁLEZ *y saca también la navaja. Las mujeres, pálidas y aterrorizadas, parecen estatuas.)*

EL MÁRQUEZ.– *(Susurrando claramente.)* Tu mujer ha sido mía..., pa que lo sepas... Mía durante la vendimia... ¿Qué te creías?... Allí y aquí... Y en todas partes... Mía...

*(*GONZÁLEZ *se ha abalanzado hacia el* MÁRQUEZ, *pero en el preciso instante el* CATALÁN, *por detrás, consigue tirar del* MÁRQUEZ *hacia fuera y cerrar una de las hojas de la puerta. En la acometida el* GONZÁLEZ *clava el cuchillo en la madera de la puerta, sin poder evitar un navajazo del* MÁRQUEZ *en el muslo. El* MÁRQUEZ *y el* CATALÁN *desaparecen y queda* GONZÁLEZ *de bruces sobre la hoja de la puerta. El* TRALLA, *repuesto enseguida, sale tras los otros.)*

EL TRALLA.– Canalla... Cobarde... Traidor... No te escapes...

(Las dos mujeres acuden hacia el González, *que las aparta con gesto de fiera tratando de arrancar el cuchillo de la madera.)*

La Matilde.– *(A la* Candelas.*)* Vete mujer... Vete..., que te va a matar... Vete... *(La* Candelas, *horrorizada, da un grito y sale corriendo. El* González *arranca por fin el cuchillo e intenta salir tras ella. Pero la herida del muslo le hace caer de rodillas. La* Matilde *trata de quitarle el cuchillo.)*

La Matilde.– Por tu madre, González... Por tu madre...

El González.– *(Forcejeando con ella.)* Quita..., quita... Deja que me corte las venas...

La Matilde.– Dios mío misericordioso..., ten compasión...

*(*González, *de rodillas, ha soltado al fin el cuchillo, que la* Matilde *tira lejos. Ella cierra la puerta y queda de bruces sobre ella mientras el* González, *de rodillas, se mesa los cabellos.)*

El González.– *(Intentando levantarse.)* Tenía que ser en esta maldita tierra..., en este infierno donde cayera por última vez... Quita, mujer, apártate..., déjame...

La Matilde.– *(Llorando.)* No, González, no...

El González.– Mala raza... Todas sois de mala raza... Dios mío..., ¿por qué no me dejaste hacerlo?... ¿Por qué?... ¿Por qué pude aguantar hasta aquí?... Si sólo vine pa matarlo... ¿Por qué, por qué no he podido?... ¿Por qué he tenido que caer de rodillas lleno de sangre? Otra vez más... Y siempre de rodillas...

(Se arrastra por el suelo. La Matilde *ha mojado una toalla y se acerca a vendarle la herida.)*

El González.– No te acerques a mí... Me pudriré aquí, en este suelo... hasta que se me trague la tierra que debió tragárseme el día que nací...

La Matilde.– Dios mío... ¿Por qué ha sido todo así?...

El González.– Si vine sólo para matarle... Y estuve esperando y apretando los dientes... porque quería perdonar... *(Carcajada convulsa.)* Perdonar... Y a mí no me perdonará nadie..., nadie...

(Al fin oculta la cabeza en los brazos y llora. La MATILDE *aprovecha la ocasión para vendarle el muslo de rodillas ante él. Se abre la puerta y aparece el* TRALLA.*)*

EL TRALLA.– *(Con muestra de gran cansancio.)* He traído el carro... Podemos llegar hasta la estación... Todavía podremos coger el correo... Al partirse el sol estamos en España...

(Sollozos de GONZÁLEZ.*)*

EL TRALLA.– González..., ten ánimo, hombre.... Terminó la vendimia. Los hombres como tú no miran atrás... Estamos aquí, nosotros..., los jóvenes... Lo demás está muerto... González...

EL GONZÁLEZ.– Tengo que matarles a los dos... Tengo que hundirme en su sangre y aún me moriré de sed...

EL TRALLA.– González..., tengo aquí el carro... a punto. Llegamos a la estación, tomamos el tren... Y llegamos a España... No ha pasao nada. Allí está todo..., estamos nosotros, González..., los que te necesitamos...

LA MATILDE.– González..., no pienses más..., anda...

EL TRALLA.– *(Apartando a la* MATILDE.*)* Tú lleva las cosas al carro, métete dentro y tápate con una manta como si estuvieras muerta. ¿Me oyes? ¿Me entiendes? Como si estuvieras muerta. Hazte cuenta que te entierran..., porque así vas a vivir desde ahora...

LA MATILDE.– Yo no tengo culpa de nada...

EL TRALLA.– *(Con un gran vozarrón.)* Haz lo que te digo...

(La MATILDE *obedece y va sacando lentamente los bultos.)*

EL TRALLA.– Si no nos vamos pronto..., va a empezar a venir gente. Estás herido y no puedes valerte, González... Sí, estás herido... Estamos con las manos atadas, como estuvimos siempre... Pero hemos aguantao el temporal...

EL GONZÁLEZ.– Tengo que matarle...

EL TRALLA.– Se ha escondido... Hay quien le protege, ¿sabes?... Pero ya volveremos a encontrarnos, te lo juro... Nos encontraremos unos a otros, González. Un día u otro estaremos otra vez con la navaja en la mano...

EL GONZÁLEZ.– *(Que se ha erguido de pronto.)* No... No... Demasiada sangre ya... Demasiada sangre, Dios mío... No... nos encontraremos nunca, ya nunca... Sólo queda morirnos cada uno a un lado... No, Tralla, amigo mío, amigo mío... Volvamos, volvamos a España... A seguir trabajando... Olvidando... Como si nunca hubiéramos estado en esta tierra... Ni ahora, ni entonces... Vamos... *(Se apoya en el* TRALLA, *que le saca lentamente. Al salir dice:)* Al fin y al cabo, amigo, se hizo buena vendimia...

(Salen. Pausa larga. Se oye el traqueteo del carro y el restallido del látigo que se aleja. A poco entra lentamente la CANDELAS. *Viene derrotada y con el terror en el semblante. Se apoya en el marco de la puerta y mira a lo lejos, donde el carro se aleja. Parece a punto de gritar. Pero cae derrengada llorando. De pronto se yergue y grita dirigiéndose hacia fuera.)*

LA CANDELAS.– No... No te acerques... Vete... Maldita... Vete... Tú, tú tienes la culpa de todo... Tú...

(Sin embargo, retrocede lentamente. En la puerta ha aparecido la VIEJA FRANCESA, *que audazmente la mira riéndose mientras la* CANDELAS *se tapa la cara con las manos.)*

LA VIEJA FRANCESA.– Ils sont salauds..., salauds..., salauds espagnols...

(La CANDELAS, *horrorizada, sale de la casa y se lanza gritando.)*

LA CANDELAS.– No... No me dejéis así... No me dejéis así...

(Se alejan los gritos... La VIEJA *atraviesa la estancia y se dirige hacia el compartimento de la derecha donde apareció en el primer acto.)*

LA VIEJA FRANCESA.– L'Espagne... *(Escupe y se deja caer en un jergón mientras rápidamente cae el telón final.)*

LA BATALLA DEL VERDÚN

Estrenada en el Teatro Candilejas de Barcelona, el 16 de mayo de 1965, por el Grupo de Teatro La Pipironda, con el siguiente

REPARTO

Muchacho 1	Jorge López
Muchacho 2	Antonio Lucchetti
Manuela	Isabel Martínez
Paco	Alfredo Lucchetti
Sr. Frasquito	Jesús Lizano
Compadre 1	Jaime Fuster
Compadre 2	José M. Rodríguez Méndez
Pancho	Agustín Ballester
Chaval 1	Ramón Teixidor
Chaval 2	José M. Lucchetti
Ángel	Jorge Teixidor
Carmela	Elpidia Oliver
Andrés	Florencio Clavé
Legionario	Ángel Carmona

Escenografía de Florencio Clavé y Jorge Teixidó
Traspunte: Francina Aloy
Canción original de Ramón Teixidor: «Fang»
Regidor: Jorge Bayona

Dirección
ÁNGEL CARMONA

ACTO I

Un suburbio barcelonés. En la parte alta de la ciudad. Encrucijada de calles sin urbanizar. A la parte izquierda del espectador, un terraplén por el que se adivina, más que se ve, la panorámica de la ciudad que desciende a lo lejos hacia el mar. Sobre este balcón natural se abren las puertas de un bar miserable, ante el cual una pequeña terraza improvisada sirve para, en buen tiempo, colocar mesas y sillas. A la derecha una casa modesta, sin fachada, de modo que se vea el interior. Habitación de dormir y comedor-cocina amueblada muy humildemente y en cuyo mobiliario se adivina el gusto pueblerino de los lugares del Sur. Máquina de coser, armarios de luna, aparadores grandes y estampas de vírgenes andaluzas. En la alcoba, la gran cama de matrimonio y a la cabecera el ángel de la guarda. A la derecha, una calle que se adelanta hacia el foro con tapiales de pequeña fábrica. Por lo demás, queda a merced del director de escena la disposición de los restantes elementos. Lo imprescindibles es: el bar, la casa someramente descrita y la salida hacia la calle de la derecha.

(Al iniciarse la acción es por la mañana –mañana de invierno– temprano, casi de noche. El bar está cerrado. En la casa, a oscuras, se adivina el bulto de dos cuerpos que yacen en la alcoba de matrimonio. Hay en la calle un ambiente frío, recogimiento y encanto. Por la izquierda sube desde el terraplén un MUCHACHO *de unos 23 o 24 años. Cazadora y bufanda. Lleva al hombro un saco de obrero. Mira las puertas del bar cerradas, se frota las*

manos y, luego, queda un instante mirando hacia la calleja de la derecha, es decir, hacia la ciudad, con ojos de nostalgia. Casi inmediatamente avanza por el lateral OTRO MUCHACHO *de más o menos la mismo edad y vestido por el estilo del anterior. También lleva un saco de obrero colgado al hombro. Se dirige enseguida hacia donde está el otro ensimismado contemplando el panorama del amanecer y le da un golpe en la espalda.)*

MUCHACHO 1.– Ya está, macho...
MUCHACHO 2.– *(Volviéndose alegre.)* Hola.

(Leve pausa; se miran los dos.)

MUCHACHO 1.– Bueno...
MUCHACHO 2.– Vamos...

(El MUCHACHO 2 *va a iniciar el descenso. El otro sigue irresoluto.)*

MUCHACHO 2.– ¿Qué?
MUCHACHO 1.– Si abrieran la tasca... No vendría mal tomar un caliente, antes de...
MUCHACHO 2.– En la estación...
MUCHACHO 1.– Hay tiempo. ¿Te has despedido?
MUCHACHO 2.– *(Alegre e indiferente.)* ¿De quién?
MUCHACHO 1.– De los tuyos y de...
MUCHACHO 2.– ¡Bah!
MUCHACHO 1.– Mira, es la última vez que vemos esta ciudad.
MUCHACHO 2.– Yo escupo en ella, fíjate. *(Escupe en el aire.)*
MUCHACHO 1.– Pues yo también, macho... *(Escupe también.)*
MUCHACHO 2.– *(Con decisión.)* ¡Vamos...!
MUCHACHO 1.– ¡Vamos!

(Desaparecen saltando. Un estridente sonido de despertador envuelve la escena. Inmediatamente se enciende

una triste lámpara en la mesilla de la alcoba del matrimonio de la casa. Emerge el cuerpo de una mujer. Treinta años aproximadamente. Bella pero endurecida.)

MANUELA.– Paco... Paco... ¿Es que no estás oyendo el despertador? *(Lo para.* PACO *da una doble vuelta en la cama. Las mantas caen a un lado.)* Muchacho, que te llevas la ropa...

PACO.– *(Adormecido.)* Ya voy, ya voy...

MANUELA.– *(Saltando de la cama.)* No, si es para mí. Tú tienes todavía media hora. Pero... levántate, *(Le sacude.)* levántate...

*(*PACO, *treinta y tantos años, se incorpora.)*

PACO.– Si ya lo oigo, mujer, si ya lo oigo...

MANUELA.– Es que yo me voy a la estación, ¿oyes?

PACO.– Sí...

MANUELA.– *(Se viste deprisa.)* No llegues tarde al trabajo. Yo me voy volando. Menuda mañana me espera. Las siete. Luego vendrá el tren con retraso. Pero hay que estar a la hora en la estación. A lo mejor, por un casual, llegan a la hora. ¿Te has quedado dormido, o qué?

*(*PACO *vuelve a incorporarse.)*

MANUELA.– *(Mientras termina de vestirse deprisa.)* Que te levantes, que yo me voy a esperar a los primos. Que te vistas. Que no me voy sin que te hayas levantao.

(Va deprisa a la cocina y maniobra en el hornillo de gas y en el lavadero. PACO *se da otra vuelta y se queda de nuevo dormido.)*

MANUELA.– *(Mientras trajina en la cocina.)* Vaya día que nos espera. Sobre todo a mí. Tú podías haber pedido permiso en la fábrica. Pero, claro, tratándose de la familia..., ¿pa qué? Si fuera pa el fútbol..., bueno. Pero para algo importante... Todo el trabajo para mí... *(Se detiene y va otra vez a la alcoba. Sacude con rabia a* PACO.*)* Paco... Que te levantes...

PACO.– Bueno. ¿Qué hora es?

MANUELA.– *(A gritos.)* Las siete. Y yo me voy a la estación. A por los primos. ¡Levántate!

PACO.– *(Como un niño.)* Tengo tiempo hasta las siete y media.

MANUELA.– *(Enérgica.)* No, que te vuelves a dormir y llegas tarde. Y te desquitan los dos duros. Y buenos estamos...

PACO.– Bueno, ya estoy despierto, vete.

MANUELA.– No; anda a lavarte. Que te vea yo levantao...

PACO.– Pero si es media hora, mujer...

MANUELA.– *(Tirando de él.)* ¡Que te despiertes, Paco...!

*(*PACO *sale de la cama, se mete los pantalones y se tambalea en camiseta en el centro de la alcoba.* MANUELA *va a la cocina y trae una palangana de agua, que deja sobre una silla.)*

MANUELA.– Ves lavándote. *(*PACO *se acerca a la palangana y se moja la cara.* MANUELA *se peina delante de un espejo que hay colocado en la misma habitación, dándose fuertes tirones, nerviosa, en el pelo, con el peine.)*

PACO.– Tienes tiempo de sobra. ¿A qué hora llega el tren?

MANUELA.– *(Sin contestarle.)* ¿Sabrás calentarte el café? Tienes mortadela y pan en la alacena... Yo me voy.

PACO.– Adiós...

MANUELA.– *(Luego de echarse un abrigo sobre los hombros y anudarse un pañuelo sobre la cabeza.)* Cierra bien la puerta... Adiós. *(Al ir a abrir la puerta se detiene.)* Bueno, ¿y no me dices nada para ellos?

PACO.– ¿Qué?

MANUELA.– Nada, nada... ¡Qué hombre! *(Sale dando un portazo.* PACO *se encoge de hombros, se estira y pasea por la habitación. Luego se sienta en la cama y se coloca un jersey grueso.* MANUELA *ha salido ya a la calle y se dirige hacia el terraplén de la izquierda. El dueño de la tasca, el* SR. FRASQUITO, *cuarenta años, abría las puertas del bar.)*

SR. FRASQUITO.– Buenas y frescas, señora Manuela...

(La MANUELA *se vuelve a él sin detenerse.)*

MANUELA.– Adiós, sr. Frasquito. Que voy a llegar tarde. Voy a la estación.
SR. FRASQUITO.– ¿A por la familia?
MANUELA.– Sí señor; no me hable usted, no me hable usted.

(Desaparece. El SR. FRASQUITO*, abiertas ya las puertas del bar, después de un frote de manos, se mete en su casa. Pausa y tintineo lejano de tranvías. Ligerísimas sirenas.* PACO*, luego de mirar la cama con tristeza, va a la cocina. Coge algo de la alacena, mira los cacharros y huele uno de ellos.)*

PACO.– Vaya un café... Y a esto llaman café... Que se lo tomen ellos... Lo que es yo... *(Se lía al cuello una bufanda. Busca la llave. Sale. Hace ademán de cerrar la puerta. Al salir dice:)* Podría haber dormido media horita más... Maldita sea. *(En la calle, luego de mirar el cielo y apretarse un poco la bufanda.)* Andá... Me parece que me he dejao encendío el gas, mecachis. *(Vuelve a la habitación.)* Qué media hora de sueño me he perdido... *(Sale otra vez. Vuelve a mirar al cielo.)* Qué frío, qué fríííooo. *(Anda dando saltitos y abre la puerta del bar. Se oye su voz en la profundidad: «A los buenos días...». Por la calle de la derecha bajan dos* COMPADRES *camino de su trabajo. Se paran en la esquina, a encender un «pito».)*
COMPADRE 1.– Y eso que el hijo de tal del árbitro anuló dos goles, tú...
COMPADRE 2.– Es que si no hubiera sido por eso..., la cosa queda 6 a 1, tú...
COMPADRE 1.– Ya van bien servíos, tú...
COMPADRE 2.– Si se lo tengo yo vaticinao...
COMPADRE 1.– Oye, ¿sabes lo que voy a hacer? A esperar al Pancho. Quiero ver la carota que lleva, tú...
COMPADRE 2.– Yo tengo tarde... No puedo esperarme...
COMPADRE 1.– Si está al caer, chaval...
COMPADRE 2.– Ése se ha quedao en la cama del disgusto. Ése no se deja ver.
COMPADRE 1.– Yo quiero verle la cara...
COMPADRE 2.– Allá tú, yo no quiero que se me escape la camioneta...
COMPADRE 1.– Pero qué desgraciao eres. Qué desgraciao, chaval... Ni que te dieran en el tajo el tesoro de Alí-Babá, mira tú, que...

COMPADRE 2.– Está la cosa mala, muy achuchada, chaval. Déjame de historias...

COMPADRE 1.– Pero si es cosa de cinco minutos..., que te lo digo yo..., que lo pasamos fenómeno, con el Pancho...

COMPADRE 2.– Hasta más ver. *(Saltaba ya el* COMPADRE 2 *por el terraplén, hacia el autobús, si el mefistofélico* COMPADRE 1 *no le retrajera así:)*

COMPADRE 1.– Te convido a un caliente en el bar...

(La cabeza y el cuerpo del COMPADRE 1 *están otra vez en el borde.)*

COMPADRE 2.– ¿Hace?

COMPADRE 1.– Palabra de honor...

COMPADRE 2.– Cinco minutos, tú...

COMPADRE 1.– Hasta que llegue el Pancho...

(Entran en el bar y ya es día completo. Han ido aumentando los tintineos del tranvía, los bocinazos, el resplandor musical y lúgubre de las sirenas y hasta una radio que lanza ya el primer mambo de moda de la madrugadora mañana.)

(Llega el PANCHO, *mohíno, con un saquillo al hombro y su jeta torcida. Al pasar por delante del bar se oye un estrépito de cristales y se ven las caras de los que esperan su «pascua». Como sea que el* PANCHO *no está para bromas, se iba presuroso a la parada del tranvía, hasta que el* COMPADRE 1 *abre la puerta del bar y le reclama.)*

COMPADRE 1.– ¡Pancho..., Panchito! ¿No quieres un caliente?

COMPADRE 2.– *(Asomando la pelota por detrás del otro.)* Y calentito que está, jefe...

(El PANCHO *se planta chulón en la calle y grita un:)*

PANCHO.– ¿Qué pasa?

COMPADRE 1.– ¿Es que no vas a tomar una copa con los amigos?
PANCHO.– *(Chulón y fiero...)* Y cuatro...

(Entra en el bar. Ceremoniosos, le abrían la puerta los dos COMPADRES. *Portazo.)*

(Primer lengüetazo de sol. Un estallido de misteriosa alegría que enciende los tapiales de la fábrica. Por la izquierda aparecen dos CHAVALES *más o menos del talante de los dos que salieron en primer lugar, pero más jóvenes.)*

CHAVAL 1.– *(Al otro.)* A ver si está este tío aquí...

(Abre la puerta del bar y, en tanto que el otro espera, mete la cabeza y grita: «¿Está el sr. Fábregas?»... Ante la negativa, cierra y se queda fuera.)

CHAVAL 1.– No ha venido. Supongo que no tardará...
CHAVAL 2.– Pues hace un frío que pela, macho...
CHAVAL 1.– No tiene que tardar...
CHAVAL 2.– Vamos a esperarle dentro, ¿no?
CHAVAL 1.– No tardará. Ponte aquí en el sol.
CHAVAL 2.– Estamos sin una «pela»...
CHAVAL 1.– Por eso... Además, que aquí dentro están ésos con el fútbol. Peste de fútbol, tú... Cada día le tengo más asco.
CHAVAL 2.– Los viejos no saben salir de eso, oye, del fútbol. Quién pudiera ser tan tonto como ellos.
CHAVAL 1.– Yo prefiero leer novelas. Oye, he leído la última novela de Candel; es fenómena...
CHAVAL 2.– ¿Me la dejarás, no?
CHAVAL 1.– No puedo, tú... Es de mi cuñao... Y el tío no me la dejaba. La he tenido que leer por las noches... ¡Es de miedo! Es un tío escribiendo ese autor... Es que te retrata, el tío... A mí, lo único que me gusta en esta vida son las novelas de ese Candel y el cine italiano. ¿Has visto *Rufufú*?
CHAVAL 2.– ¿Voy a ver?... Si llevo quince días parao...
CHAVAL 1.– A ver si hay suerte hoy...

CHAVAL 2.– ¿Qué te dijo ese Fábregas?
CHAVAL 1.– Que tenía trabajo pa los dos. Y bueno... Diez pelas la hora, tú...
CHAVAL 2.– En una semana me ponía en casa, oye... Es que si no, me largo a Francia, te lo juro...
CHAVAL 1.– Francia... Quién pudiera... En cuanto hagamos la mili y nos den el pasaporte, nos largamos. Madre, el día que pierda yo de vista este país...
CHAVAL 2.– Si es que aquí no es uno más que un esclavo. Yo no me hablo ni con mi padre, tú. Y el tío, porque no llevo nada a casa, se cree que soy un gánster, tú...
CHAVAL 1.– Si lo único que quiere uno es trabajar...

(Estalla un clamoreo de voces dentro del bar.)

CHAVAL 2.– Mira tú ésos, discutiendo de fútbol. A sus años, tú... Luego dicen...
CHAVAL 1.– Qué barbaros, tú...

(Las voces arrecian. El CHAVAL 2 *iba a fisgonear a través de la puerta, pero una explosión de aire seguido por el cuerpo de* PANCHO *le hizo hacerse a un lado. El* PANCHO *se planta en medio la calle, rojo de ira...)*

PANCHO.– ¡Sal aquí, cabrito! ¡Dímelo aquí, en la calle...! ¡Que no quiero dar un escándalo..., que... ¡

(Ya sale el COMPADRE 1 *seguido del* COMPADRE 2 *y de los medrosos* SR. PACO *y* SR. FRASQUITO*.)*

COMPADRE 1.– Aquí estoy. ¿Qué pasa? Y te digo que...

(Se van a trabar los dos y el CHAVAL 2 *se interpone.)*

PANCHO.– Aparta, chico, que esto es cosa de hombres...
CHAVAL 2.– ¿De hombres? ¿Dónde están los hombres?

(La ira de los dos contendientes se azuza ahora, repentinamente, contra los dos CHAVALES*.)*

COMPADRE 1.– Largo de aquí, que te largo un puntapié que te...

*(*SR. FRASQUITO, *asustado, intervenía.)*

SR. FRASQUITO.– Deja quieto al chaval...

(El otro se ponía agresivo y sacaba de repente una navaja.)

CHAVAL 1.– Al que toque a mi hermano, lo acuchillo...

(Extraño asombro de todos y reacción rápida de todo el grupo contra los imberbes.)

COMPADRE 1.– *(Sujetando al* CHAVAL 2 *mientras el* SR. PACO *y el* SR. FRASQUITO *sujetan al otro, amenazándoles y dándoles en la cara.)* Granujas...
TODOS.– *(Entreverados.)* Golfos, sinvergüenzas, gamberros. Pero qué paliza les daba..., sí... Mecachis en la sota de oros...
PANCHO.– La mala educación que reciben. La culpa la tienen los padres...
COMPADRE 2.– Es que si fuera hijo mío, lo doblaba...

(El SR. FRASQUITO *se ha apoderado de la navaja y se la coloca junto al cuello al* CHAVAL 1, *como si fuera el pobre chico un «Fellagah» argelino.)*

SR. FRASQUITO.– ¿De dónde sacaste esta joya?
PANCHO.– Llevarle al cuartelillo, allí se entenderán con él...

(El SR. PACO *se arrebujaba en la bufanda e iniciaba el mutis.)*

PACO.– Tampoco iba a llegar la sangre al río... Cosas de chavales...
COMPADRE 1.– Cosas de chavales... Menudos están los chavales... Un día nos degüellan a todos.
PANCHO.– Yo me largo también, Paco... Y ya arreglaremos cuentas, eh, vosotros.

(Se largaba deprisa el PACO *con el* PANCHO.*)*

COMPADRE 1.– *(Matón, hacia los que se van.)* A ver si me haces bueno eso..., ¿eh?
PANCHO.– *(Su voz.)* El domingo en Mestalla lo vamos a ver...
COMPADRE 2.– ¿Lo ves? No tiene dos bofetadas...

(El COMPADRE 1 *ha soltado al* CHAVAL *y se marchan los dos.)*

COMPADRE 1.– Vamos tú..., sr. Frasquito, a ver si da usted parte de esos granujas...
SR. FRASQUITO.– Se lo diré a su padre...

(Se largan todos, apaciguados ya. Queda el SR. FRASQUITO *con los chicos; por otra parte, más tranquilos que unas pascuas.)*

CHAVAL 1.– Bueno... ¿Me da usted el pincho?
SR. FRASQUITO.– Se lo daré a tu padre...
CHAVAL 1.– Mi padre no tiene nada que ver conmigo...
SR. FRASQUITO.– ¿Ah, no? Pues por eso... A tu padre se lo doy... Tú quieres buscarte un presidio...
CHAVAL 2.– ¡Me defendía a mí!
SR. FRASQUITO.– ¿Te defendía? ¿De qué?
CHAVAL 1.– De la barbarie...
SR. FRASQUITO.– Ooolé... Serial de la radio...
CHAVAL 1.– Bueno, deme usted la faca...
SR. FRASQUITO.– Que no te la doy, no insistas. Y ¿cómo se te ocurre cabrear a los hombres una mañana del lunes y habiendo perdido el Atletic de Madrid?, ¿eh?
CHAVAL 1.– Mira si no perdiera lo que yo me sé...
SR. FRASQUITO.– ¿Es que eres del Barça...?
CHAVAL 2.– Vamos, no diga usté sandeces, sr. Frasquito, que no está usted en edad.
SR. FRASQUITO.– Pues no te la voy dar, ea. Un chaval como tú no necesita esos instrumentos...

CHAVAL 1.– Es igual, déjale, ya me la dará...

SR. FRASQUITO.– ¿Es que amenazas, sinvergonzón?

CHAVAL 2.– Si se cree usted que a mí me importa lo que le diga a mi padre... Mira, tú, lo siento por la navaja...

SR. FRASQUITO.– ¿No le tienes miedo a tu padre?

CHAVAL 2.– Ni a usted...

SR. FRASQUITO.– No, si yo lo tengo sentenciado. Vais a ser nuestra ruina. Claro, como ahora no se usa el palo...

(Los dos CHAVALES *se han apoyado al sol de la tapia y se hacen los indiferentes.)*

SR. FRASQUITO.– ¿Y por qué no vais a trabajar? Vagos, que sois unos vagos...

CHAVAL 1.– *(Al* CHAVAL 2.*)* ¿Estás oyendo?

CHAVAL 2.– El tranvía y la sirena... No oigo palabras huecas...

SR. FRASQUITO.– ¿No tenéis trabajo, o qué?

CHAVAL 2.– *(Canturreando.)* Mustafá, ah, ah Mustafá...

(El SR. FRASQUITO *adopta ahor un aire celestinesco acercándose al oído de los* CHAVALES.*)*

SR. FRASQUITO.– ¿Queréis que os devuelva la faca? ¿Queréis que la cosa quede entre hombres?

(Mirada alterna de los CHAVALES.*)*

SR. FRASQUITO.– Me limpiáis la bodega y os devuelvo la navaja...

(Ira inusitada de los dos arrapiezos contra el FRASQUITO.*)*

CHAVAL 1.– Váyase a su tierra a coger esparto...

CHAVAL 2.– A tu tierra, charnego...

SR. FRASQUITO.– Ah, ¿sí? ¿Encima eso? Pues ya varéis, ya... Golfos... *(Va a entrar en el bar, pero todavía intenta otro celestineo.)* Os daba a lo mejor cinco durejos a cada uno...

(Leve movimiento de los CHAVALES. *Para dejar más suspense en la cuestión, el* SR. FRASQUITO *desapareció en el bar.)*

CHAVAL 2.– ¿Qué ha dicho?
CHAVAL 1.– Nada.

(Pausa. Más sol. Más tintineos de tranvías. Rotundidad de la mañana primeriza.)

CHAVAL 2.– Le podíamos pedir cinco duros y un paquete de «Ideales».
CHAVAL 1.– Que ni hablar...
CHAVAL 2.– Pues el sr. Fábregas ese no va a venir...
CHAVAL 1.– Que no venga.
CHAVAL 2.– ¿Y tu papi qué?
CHAVAL 1.– ¡Mi papi, na!
CHAVAL 2.– Pues el mío, si se entera de que he amenazado a un tío con un navaja como ésa, madre mía, no quiero ni pensarlo...
CHAVAL 1.– *(Reflexivo.)* Tú no conoces al mío...
CHAVAL 2.– ¿Tu papi? *(Silbido escalofriante y pausa.)* Oye: vamos a hablar de negocios con el sr. Frasquito.
CHAVAL 1.– Que se vaya a Almería a coger esparto...
CHAVAL 2.– Ven. Sígueme. Que hablando se entiende la gente. *(Iniciaba el mutis hacia el bar.)*
CHAVAL 1.– Que no, que así es como esclavizan a los negros del Congo...
CHAVAL 2.– ¿Qué dices del Congo?
CHAVAL 1.– ¡Que nos quiere explotar el tío!
CHAVAL 2.– Cinco duros y un paquete de Ideales por barba. Ésas son las condiciones.
CHAVAL 1.– Y vino a discreción... *(Irresoluto, no se atrevía a entrar.)* Pero no creas que me da miedo mi papi, ¿eh? *(Mutis de los dos* CHAVALES *en el bar, camino de la esclavitud momentánea. Pausa. Se oye la bocina y un frenazo de un auto, que se supone se ha detenido bajo el barranco. Voces imprecisas, barullo. Portazos y despedidas. A poco aparece por el borde del barranco una tropilla de miserables compuesta por las siguientes personas: la* MANUELA, *que viene sofocada con una cesta*

tamaña en una mano y un par de pollos en la otra; una muchacha jovencísima de unos diecinueve años. La CARMELA, *prima de la* MANUELA, *muy acicaladita, también con cestas y una como bacalada debajo del brazo. El* ANDRÉS, *marido de la* CARMELA, *un mozo, recién terminada «la mili» con una enorme maleta al hombro. Y el* ÁNGEL, *hermano de* ANDRÉS, *más o menos de su misma edad, con un enorme lío al hombro, formado por un maletón y un bulto de mantas y colchones.)*

MANUELA.– *(Sofocada.)* Ya estamos. Es aquí mismo. Es que estamos sin urbanizar y por eso el «taxis» no puede llegar. ¿Descansamos un poco?

(Todos tiran a la vez los líos al suelo.)

(El SR. FRASQUITO *en la puerta del bar; tras él, las cabezas curiosas de los* CHAVALES.*)*

CHAVAL 2.– Vaya un safari...

SR. FRASQUITO.– *(Al* CHAVAL 2.*)* Niño... *(Ceremonioso, se adelanta al grupo.)* Bienvenida la señora Manuela y compañía.

MANUELA.– *(Presentando también, muy ceremoniosa.)* Muchas gracias, sr. Frasquito. Aquí el sr. Frasquito, paisano, y aquí los primos...

(Ceremonioso apretón colectivo de manos).

SR. FRASQUITO.– Pues aquí tienen un amigo y un servidor de ustedes. Y si quieren refrescar un momento...

ÁNGEL.– Pues no vendría mal...

MANUELA.– Vamos a dejar los bultos a casa y aluego, en todo caso...

SR. FRASQUITO.– Pues como gusten Uds. Y lo dicho, a mandar...

(Nueva rueda de apretones de mano. Mutis del SR. FRASQUITO *y los chicos.)*

MANUELA.– A ver si hacemos un poder, y llegamos a casa. Es aquí a la vuelta...

ANDRÉS.– *(Cargándose de nuevo la maleta al hombro, al igual que el* ÁNGEL.*)* ¡Jozú!

MANUELA.– *(A la* CARMELA.*)* ¿Te echo una mano?

CARMELA.– No, mujer...
MANUELA.– Pues hale...

(La comitiva africana se adelanta hacia la casa).

ÁNGEL.– ¿Ya estamos?
MANUELA.– Pues claro... Lo malo es la cuesta..., ahora ya...

(Otra vez los bultos al suelo y general frote de manos.)

MANUELA.– *(Mientras mete la llave en la cerradura.)* Desde aquí se ve toa Barcelona; por la noche es muy majo de ver.

(Las mujeres entran delante y los hombres comienzan a acarrear el equipaje).

MANUELA.– Un poquito estrechos vamos a estar, de momento...
CARMELA.– Nos arreglaremos como podamos...
MANUELA.– Ese maletón ponlo ahí, en la alcoba... *(El* ANDRÉS *descarga el maletón en la alcoba.)*
ÁNGEL.– *(Con otro maletón en el hombro.)* ¿Y esto?
MANUELA.– Pues también aquí...
CARMELA.– Huy, chica, va a haber que andar a saltos...
MANUELA.– Tú no te preocupes ahora, maja; ya iremos arreglándonos...
ANDRÉS.– ¿Y los colchones?
MANUELA.– En el comedor...

(Los bultos se amontonan y se produce una verdadera opresión de cosas y seres. La MANUELA *no sabe dónde dejar los pollos, y la otra, el bacalao y las cestas. Guirigay de confusiones.)*

CARMELA.– Pero, chiquillo, quita eso de delante, que no puedo pasar...
ÁNGEL.– ¿Y dónde lo voy a meter?
ANDRÉS.– *(Con los bultos de las mantas al hombro.)* ¿Dónde echo esto?
MANUELA.– ¿Y qué hago con los pollos?

CARMELA.– *(Al* ANDRÉS.*)* Pero suelta eso, que pareces tonto, tonto pelao.
ANDRÉS.– A ver si te parto la boca antes de tiempo...
MANUELA.– No arméis lío, que no hay para tanto... Que aquí el personal es muy formal, no vayamos a dar el espectáculo...

(El ANDRÉS, *al volverse para dejar el lío de las mantas junto al fogón, se tropieza con el* ÁNGEL, *que buscaba sitio para las cestas.)*

ANDRÉS.– *(Enfadado.)* Desaborío... Delante siempre, como el jueves...
ÁNGEL.– A ver si te meto esto en las narices...

(Mientras los hombres acaban de distribuir el bagaje sepultando sillas y moviendo muebles, la MANUELA *y la* CARMELA *se han sentando en la cama poniendo los pies sobre los maletones. Se quitan los abrigos.)*

CARMELA.– Lo que quisiera es lavarme...
MANUELA.– Hay que traer el agua de afuera... Que vaya uno de ésos...

(Los hombres ya se habían reconciliado y liaban un pito, sentados sobre los bultos, ajenos a lo que los rodea.)

CARMELA.– *(Asomándose a la puerta.)* Andrés, Ángel, a ver si traéis un poco de agua....

(Los hombres no le hacen caso. El ANDRÉS *se desliaba la bufanda y el* ÁNGEL *se quitaba el velvetón).*

ANDRÉS.– Jozú, estoy sudando, chaval...
ÁNGEL.– Ya se sabe: llegar a Barcelona y empezar a sudar... Ya lo sabía yo...
ANDRÉS.– Jozú, no seas exagerao...
CARMELA.– *(A la* MANUELA, *mientras se ponen cómodas también.)* Estoy más guarra... Como no había agua en el váter del tren... Y qué pelos, madre de Dios.
MANUELA.– A ver si luego puedo abrir el armario y te enseño las cosas de seda... Ya verás...

CARMELA.– Esta colcha es muy mona...
MANUELA.– Tengo otra mejor en el armario... Y sábanas bordadas...
CARMELA.– Es muy maja la casa...
MANUELA.– Es muy pequeñita... Pero nos arreglaremos, ¿no? *(Lo ha dicho con dudas.)*
CARMELA.– Será cuestión de poco tiempo... Pero, ésos, ¿no traen el agua? ¡Ángel, Andrés...! *(Salta y va hacia los hombres.)*
ANDRÉS.– ¿Qué pasa?
CARMELA.– ¿Es que vosotros no «se» laváis?
ÁNGEL.– No hay prisa...
CARMELA.– ¡Qué perros sois! *(A la* MANUELA.*)* ¿Dónde tienes el cubo, Manuela?
MANUELA.– *(Desde la habitación.)* Debajo del fogón estará...

(La CARMELA *se agacha para separar las cestas y coger el cubo y el* ANDRÉS, *risueño, le da un manotazo en la nalga.)*

CARMELA.– Anda ya, desaborío...

(Se traban en risueños golpes. El ÁNGEL, *como un ídolo oriental, mira indiferente. La* MANUELA *sale de la alcoba, saltando siempre por encima de los bultos).*

MANUELA.– Carmela, chiquilla... ¡Huy, qué chiquilla eres! Siempre lo has sido...

(La abraza y la da sonoros besos, siempre correspondida por la otra.)

MANUELA.– Anda, coge el cubo, vente conmigo a la tienda..., y también te enseñaré dónde está la fuente...
CARMELA.– *(Gozosa.)* Vamos... Vamos... *(Se cogen del brazo y salen las dos.)*

(Al salir a la calle coinciden con CHAVAL 2 *que saca un barril de cerveza de la bodega haciéndolo rodar por el*

borde. Las dos mujeres con oscilante vaiveneo del pompis se alejan por la calle de la derecha y el chavalillo con «un ideal entre la oreja» se para a mirarlas.)

CHAVAL 2.– «¡Una paloma blanca, como la nieve...!» *(Cantando. Mutis en la bodega.)*

(El ÁNGEL *y el* ANDRÉS *se han quedado un rato cabizbajos.)*

ÁNGEL.– *(Echando una ojeada a la promiscuidad.)* A ver cómo salimos de ésta, tú...
ANDRÉS.– Igual que otros han salido... Mira éste...
ÁNGEL.– A ver qué dice el Paco...
ANDRÉS.– Que diga lo que quiera...
ÁNGEL.– Esta tarde empiezo a buscar trabajo... ¿Dónde pusiste las cartas?
ANDRÉS.– No corras tanto... Ahora descansa... *(Se incorpora un poco y enchufa la radio. Un mambo.)*
ÁNGEL.– ¡Mambooo!
ÁNDRÉS.– *(Volviendo a la tranquilidad y al «pito».)* Sí, hombre, sí... Calma, hombre, sobre todo calma...
ÁNGEL.– La Manolilla es bien buena...
ANDRÉS.– Un pedazo de pan...
ÁNGEL.– Si fuera verdad eso de que podemos ganar cien duros a la semana...
ANDRÉS.– Y más, también...
ÁNGEL.– Enseguida llamaba a mi chavala y nos casábamos...
ANDRÉS.– No vayas tan deprisa...
ÁNGEL.– Y a buscarnos un rinconcito por ahí... Que aquí no vamos a poder estar mucho tiempo, tú...
ANDRÉS.– Todo el que haga falta...
ÁNGEL.– Que te crees tú eso... El Paco y la Manoli son bien buenos, pero no creas que nos van a aguantar mucho tiempo...
ANDRÉS.– Bueno, bueno..., tú, no empieces a cabrearme de buena mañana...

(Pausa, el ANDRÉS *saca un papel del bolsillo.)*

ANDRÉS.– Aquí tengo la quiniela, oye... A ver si nos enteramos de toos los resultaos...

ÁNGEL.– ¿Qué le has puesto al Osasuna...?

ANDRÉS.– Empate... Ése está bien... El Valladolid ganaba al Real Sociedá.

ÁNGEL.– Aluego tenemos que ir al bar... Allí sabrán...

ANDRÉS.– *(Incorporándose.)* Podemos ir ahora...

ÁNGEL.– Espera que vengan las mujeres...

ANDRÉS.– ¿Para qué?

ÁNGEL.– Se habrá llevao la llave, la Manoli...

ANDRÉS.– *(Que ha vuelto a sentarse.)* Mira que si ganara... Esta misma tarde a buscar casa...

ÁNGEL.– Casa hay que buscarla de todas maneras... Y si no casa, una habitación con derecho a cocina...

ANDRÉS.– Lo bien que nos vendrían cincuenta mil duros.

ÁNGEL.– Ya no teníamos que tener miedo de volvernos para allí abajo.

ANDRÉS.– *(Airado.)* ¿Volvernos? Ni hablar... ¿Para qué dices esa pijada...? Volver. ¡Volverás tú, desgraciao!

ÁNGEL.– Pues no creas que me disgustaría volver allí abajo, con dinerillo...

ANDRÉS.– Estás hablando de volver y todavía no sabes lo que es Barcelona. Donde esté Barcelona, que se quite todo... Ésta es nuestra tierra, y no aquélla.

ÁNGEL.– Pues otros no dicen lo mismo...

ANDRÉS.– ¿Otros? ¿Qué otros? Serán tus compinches, muertos de hambre, vagos... que no tienen donde caerse muertos...

ÁNGEL.– *(Canturreando para no hacerle caso.)* «Por qué se viste de luto, con esos ojos de flor..., tralalá... Ay, campanera...»

ANDRÉS.– Es que si sé que me vas a dar el viaje, no vengo contigo. ¡Que me has dao un viaje que pa qué! Tú lo que harás es no dar golpe aquí, como allí... Como si no te conociera...

ÁNGEL.– A ver si te ocupas de tus asuntos.

ANDRÉS.– No creas que voy a alimentar vagos. Que ya se ha visto... Yo vengo de la mili con el permiso de conducir, y tú más cateto que cuando te fuiste.

(El ÁNGEL *se calla y el* ANDRÉS *expulsa el humo con rabia. Por la esquina vuelven la* MANUELA *y la* CARMELA.

Una con la cesta llena de paquetes, la otra con el cubo de agua. Hacen ademán, en la vuelta de la calle, de despedirse de alguien.)

MANUELA.– Gracias, señora Ramona...
CARMELA.– Y lo dicho, el gusto es mío...

(Se detienen ante la puerta. La MANUELA *busca la llave en la cesta.)*

MANUELA.– Ésta es la madre de aquel chico que vimos en la estación...
CARMELA.– ¿Aquel que iba con el otro?
MANUELA.– Sí, estoy segura de que me vio y se hizo el tonto... La madre dice que ha ido a la fábrica y yo juraría que le he visto tomar el tren. No he querido decirla nada... Están los hombres como locos.

(Abre la puerta y entran.)

MANUELA.– *(Al ver cabizbajos a los hombres.)* ¿Qué os pasa? ¿Os habéis peleao, o qué?
CARMELA.– *(Un poco malhumorada ante la estrechez de la casa.)* A ver si me dejáis pasar con el cubo... No me echaréis una mano, no...
ÁNGEL.– ¡Trae acá!

(La MANUELA *va sacando paquetes).*

MANUELA.– A ver si me dejáis sitio en la mesa, que vamos a almorzar... Tendréis gana, ¿no?
CARMELA.– Yo comí en el tren. ¿Dónde tienes la palangana?
MANUELA.– Por ahí andará... Búscala chica, que no voy a decirlo yo todo... ¿Os gusta el bacalao? ¿Y las sardinas arenques?
ANDRÉS.– *(Que ha salido un momento de su malhumor.)* Entonces habrá que ir a por vino, ¿no?
ÁNGEL.– Eso ni se pregunta...
MANUELA.– Sí, ve por vino. ¿Sabes dónde es, no?... ¿Quieres dinero?
ANDRÉS.– *(Un poco enfadado.)* A ver si te crees que hemos venido sin dinero...

MANUELA.– Bueno, bueno, yo lo pregunto nada más...
ANDRÉS.– Claro que llevo dinero, mujer...
MANUELA.– Jesús, qué modales; yo lo pregunto nada más.
CARMELA.– *(Que ha puesto la palangana sobre una silla y se moja la cara.)* No le hagas caso, mujer...
ANDRÉS.– Lo que hace falta es la botella, el envase, el recipiente... para el vino.
ÁNGEL.– ¿No ves ahí esas botellas? *(Señala la repisa.)* Pues cualquiera de ésas, ¿no?
MANUELA.– Sí, hombre... Aquí nunca falta el vino... Ayer se acabó la garrafa... Luego mandaré traer otra... *(El* ANDRÉS *sale con las botellas, cruza la calle y se mete nervioso en la bodega.)* Carmela, hija, a ver si me ayudas a cortar el bacalao y a colocar esto en orden...
CARMELA.– Ya voy, mujer, no seas impaciente...

(El ÁNGEL *arregla un poco el mobiliario dejando expedita la mesa.)*

ÁNGEL.– Aquí vamos a dormir como en la mili. En el campamento nos liábamos a trompazos por un trocito de suelo para dormir...
MANUELA.– *(Riéndose.)* Entre personas decentes no hay necesidad de peleas...
CARMELA.– *(Que va a ayudar a* MANUELA.*)* Huy, apaga esa radio, que se mete el ruido en las sienes...
MANUELA.– Andá, pues ya verás cuando los vecinos pongan su aparato a las tantas de la noche y no te dejen dormir...
CARMELA.– Pues para mis nervios, hija...

(El ÁNGEL *ha bajado la radio y escucha pegado a ella, bailoteando el cuerpo.)*

CARMELA.– ¿Y para qué tanto? Si yo no tengo apetito, mujer...
MANUELA.– Tú no, pero éstos... Trae un plato de la alacena... Y el pan que está en la cesta...

(Mientras la CARMELA *va a cumplir el encargo, la* MANUELA *se dirige al* ÁNGEL.*)*

MANUELA.– Y tú, ¿qué plan traes?

(Pausa. El ÁNGEL *ni se inmuta).*

ÁNGEL.– ¿Qué?
MANUELA.– Que digo que si ya tienes algún plan...
ÁNGEL.– ¿Plan?
MANUELA.– Que si ya vienes a un sitio fijo. ¿O qué?
ÁNGEL.– Ah..., sí... Traigo unas cartas de recomendación que me dio un teniente para un amigo suyo, que tiene una fábrica...
CARMELA.– *(Que trae un plato y comienza a cortar el pan.)* Estuvo toda la mili de asistente de un teniente... Le quería mucho, ¿verdad?
ÁNGEL.– A veces...
MANUELA.– Pues mira, a lo mejor te sale una buena colocación...
ÁNGEL.– Estoy seguro de que sí...
CARMELA.– Es que allá abajo... a los hombres se les quitan las ganas de trabajar... Como ganan jornales de hambre...
MANUELA.– Pues aquí el que quiere ganar, gana... Ahora, que hay que currelar...
ÁNGEL.– Pues si hay que currelar, se currela, ¿no?
MANUELA.– Bueno, ya está todo... ¿Y el vino? Anda, ése se ha quedao en la bodega.
CARMELA.– Mira, hablando del ruin de Roma...

(Efectivamente, ANDRÉS *entraba cabizbajo con las botellas de tinto.)*

MANUELA.– Huy, qué cara trae ése... ¿Es que te han hablao en catalán?

*(*ANDRÉS *no dice nada... Ha dejado las botellas sobre la mesa.)*

ÁNGEL.– No, hombre, no... Las quinielas.
CARMELA.– *(Riéndose.)* Las quinielas... Otra vez será, muchacho...
MANUELA.– Pues hala, a alegrarse y a trabajar. *(Señalando el bacalao y las sardinas.)* Espera..., que voy a traer una cosa... *(Saltando va a la alace-*

na y saca un porrón, que todos miran con cierta curiosidad, lo llena y es la primera en hacer un trago.) Así, así beben los catalanes...

ANDRÉS.– A mí déjame de líos y dame un vaso... O si no, en la botella; así... *(Se echa un trago de la botella.)*

CARMELA.– Huy, será cochino...

MANUELA.– *(Que se echa a reír.)* Déjalo, mujer..., aquí; en casa uno hace lo que le da la gana...

ÁNGEL.– Aquí cada uno es libre. *(Coge un tasajo de bacalao y se lo come.)*

CARMELA.– *(Riéndose.)* Mira, el otro...

MANUELA.– *(Otro lingotazo del porrón.)* A alegrarse de que la vida es corta.

(Todos beben y comen, mientras desciende el telón).

ACTO II

Rotunda mañana de sol veraniego. Delante de la taberna del SR. FRASQUITO *hay colocadas dos o tres mesas de madera, con varias sillas, para gozar de la sombra cálida que derrama un improvisado sombrajo y satisfacer la vista con la panorámica de la ciudad, que a las diez de la mañana ofrece la nebulosa pálida de torres y tejados. La terraza, sin embargo, está poco concurrida; sentado a una mesa, delante de un quinto de cerveza, un muchacho, moreno y patilludo, vestido de* LEGIONARIO *contempla ensimismado la lejanía de la ciudad. En la puerta, provisto de pincel y pintura, el* CHAVAL 2 *que habíamos visto en el acto 1.º, ataviado con un mandil, pinta en el cristal de la puerta letreros que dicen: «Tapas variadas», «Cerveza Dam», «Boquerones», «Calamares», «Café-café», etc. De vez en cuando se aleja unos pasos para contemplar su obra de arte, ya que pinta también botellines y figuras que quieren ser calamares y sardinas... En la casa del* SR. PACO, *la* MANUELA, *vestida de verano, retira las colchonetas donde se supone han dormido el* ANDRÉS *y la* CARMELA *en la misma habitación del matrimonio, que ahora divide una cortina. La* CARMELA *en el comedor-cocina, muy afanada, planchando. Lleva una bata ligera, a cuyo través se adivinan señales de un avanzado embarazo. En el rincón que hay entre la mesa y la cocinilla, una colchoneta extendida en la que reposa todavía el* ÁNGEL, *semitapado por una sábana, de la que emerge parte de su torso vestido con una camiseta. La* CARMELA, *según la obliga el movimiento del planchado, tiene que saltar por encima del durmiente, que ronca ostensiblemente.*

(La MANUELA, *una vez termina de recoger las colchonetas de la habitación, pasa a la otra estancia y se cruza de brazos, ante el espectáculo del muchacho dormido.)*

MANUELA.– Pero oye, Carmela..., ¿es que no vas a despertar a ése?

CARMELA.– Es más gandul...

MANUELA.– Que son más de las diez, chica. Y hay que arreglar todo esto... ¡Qué leonera, Madre de Dios, cuánta porquería...! ¡Qué harta estoy...!

CARMELA.– *(Bajando la cabeza, va hacia donde duerme el* ÁNGEL *y le da suavemente con el pie. La* MANUELA, *que está de malas, ha salido con el cubo y en chanclas de la casa. Vencida, lentamente, se fue por la calle de la derecha a por agua.)* Ángel, levántate, hombre... ¡Levántate ya! *(El* ÁNGEL *se incorpora y se restrega los ojos.)*

ÁNGEL.– Ya voy, chalada, ya voy... No le dejáis a uno siquiera un domingo...

CARMELA.– *(Cáustica.)* Un domingo... Para ti todos los días son domingo...

(El ÁNGEL, *sin hacer caso de la* CARMELA, *hace unos leves movimientos gimnásticos sobre la colchoneta).*

CARMELA.– No sé cómo no te da vergüenza. Nos estás amargando la vida... Por tu culpa nos vamos a tener que ir de esta casa... Y de Barcelona... Vamos, que se dice pronto, cuatro meses y medio y todavía sin encontrar trabajo fijo... No sé que te has creído... Y a vivir de la sopa boba... Pues te advierto que la Manoli está contigo hecha una loba... Y con razón...

(El ÁNGEL *se ha metido los pantalones bajo la sábana con estilo y pudor y se aprieta el cinturón, mostrando su torso bajo la camiseta, aunque sin exhibicionismo ninguno).*

CARMELA.– *(Muy atenta a la plancha.)* Mira, Ángel, tienes que tomar una determinación...

(El ÁNGEL *se inclina sobre ella y le coge la cara.)*

CARMELA.– Déjame ahora... No vengas con las zalamerías de siempre...

ÁNGEL.– Pero no seas boba, chiquilla...

(Antes de que ella pueda defenderse –que tampoco hacía mucho por defenderse–, el ÁNGEL *le ha plantado un sonoro beso en la mejilla.)*

CARMELA.– Sinvergüenza... Eres un sinvergüenza... ¿No te da vergüenza besar a la mujer de tu hermano?

(El ÁNGEL *se ríe e intenta darle otro beso. La* CARMELA *enarbola la plancha.)*

CARMELA.– Que te doy con la plancha... Que te «escalabro», Ángel. Que estoy harta de ti, para que lo sepas... Vago, más que vago... Déjame...

(El ÁNGEL *la deja por fin y vuelve a estirarse de brazos.)*

CARMELA.– Y enrolla la colchoneta. Y deja todo en orden. Y quita esa porquería de delante... *(El* ÁNGEL *ahora busca en la alacena. La* CARMELA, *al verlo, cierra de golpe.)* Y no hagas tonterías... Lárgate... Luego no quiero líos..., que ya estoy harta de defenderte... ¿Te acuerdas lo que te dije el otro día, no? Pues ya lo sabes. El Andrés me ha cascado una vez por tu culpa... Y no lo va a hacer dos veces...

ÁNGEL.– A ése quien le va a cascar voy a ser yo. Y muy prontito...

CARMELA.– Huy, ya te librarías muy bien... Estaría bueno, encima que te tenemos por misericordia...

ÁNGEL.– *(Un poco enfadado.)* Anda ya, tonta, que eres más tonta...

CARMELA.– Mira, Ángel, no quiero ni verte, pa que lo sepas... Ya está..., déjame, que tengo que planchar... Lárgate...

(El ÁNGEL *se sienta en una silla, irresoluto.)*

ÁNGEL.– A lo mejor, de aquí a una semana estáis todos conmigo que no sabéis que hacerse...

CARMELA.– Huy, sí... La historia de siempre..., las quinielas..., la lotería... Los hombres, ahora, no hacéis más que soñar y dormir. O las dos cosas a la vez, que viene a ser lo mismo...

ÁNGEL.– Pues ¿qué querías?, ¿que siguiera trabajando en el almacén por 35 pelas diarias...? Para eso me largaba al pueblo...
CARMELA.– Pues mira, sería la gran solución, ya ves tú...
ÁNGEL.– *(Mirándola con arrobo.)* Qué maja estás, Carmeliya, a pesar de eso que llevas en la barriga...

(La CARMELA *se echa a reír, a pesar de todo.)*

CARMELA.– Anda allá, bárbaro..., qué bruto eres, Dios mío. *(Sigue riéndose.)*
ÁNGEL.– Como me entere de que el Andrés te casca..., le abro en canal... Mira. *(Saca una navaja.)*
CARMELA.– *(En voz baja y lúgubre.)* Guarda eso, chaval... Huy, qué canalla eres... Si por ti fuera, salíamos en *Caso...,* ¡burro...!
ÁNGEL.– Es que cuando los hombres equivocan el camino... ¡Ay!, cuando los hombres equivocan el camino...

(Se guarda melancólico la navaja.)

CARMELA.– Lo que deberías hacer es irte a dar un chapuzón en la fuente..., que tienes una cara que da asco verte, hijo... Y no es por alabarte...
ÁNGEL.– ¿Y la Manuela? ¿Se ha ido a misa...? Oye: dame algo. Un poco de pan...

(La CARMELA *se pone a planchar y lo mira con ternura y repugnancia a un tiempo.)*

CARMELA.– Acabarás pidiendo limosna...
ÁNGEL.– A ti te pediría... hasta...

(La CARMELA, *más bien para librarse de la acometida, va a la alacena y corta un trozo de pan y un cacho de chorizo y se lo da deprisa.)*

CARMELA.– Anda, esconde eso y vete...
ÁNGEL.– ¿Nada más? *(Intenta besarla otra vez.)*
CARMELA.– Que te doy un planchazo que te rompo la crisma... Ángel...

(La MANUELA *vuelve, doblada por el peso del cubo. Abre la puerta. El* ÁNGEL *ha tenido tiempo de esconder la pitanza. Pero se nota algo en la actitud de él y de la chica. La* MANUELA *se detiene un momento y deja el cubo, perpleja. El* ÁNGEL *sale deprisa, sin mirar a la otra, y se dirige hacia el bar. La* MANUELA *mira a la* CARMELA, *que plancha deprisa, un poco sofocada, y luego coge el cubo, se mete en la habitación, cierra la puerta y se arrodilla a fregar el suelo, llena de rabia y resignación.)*

(El ÁNGEL *se sienta en la mesa contigua a la del* LEGIONARIO, *luego de haberlo observado con cierta curiosidad y extrañeza. Saca del bolsillo el pan y el chorizo y se pone a comer con cierta melancolía. El* CHAVAL 2, *ahora camarero, se acerca arreglando sillas, con disimulo, pero al fin se vuelve al interior.)*

ÁNGEL.– *(Al* LEGIONARIO.*)* Pues hoy también va a hacer calor...
LEGIONARIO.– *(Sin volverse apenas, abstraído.)* Sí...
ÁNGEL.– *(Luego de una pausa.)* Jozú, qué calor va a hacer hoy...

(Ante el mutismo del LEGIONARIO, *el* ÁNGEL *se calla enormemente entristecido.)*

(Aparece el CHAVAL 1 *del acto anterior. Viste camisa negra y un pantalón tejano. El aire de golfo que tenía antes se ha endurecido ahora. El* ÁNGEL, *alborozado, le llama como si fuera la salvación esperada para salir de la melancolía que le ha sobrevenido repentinamente. Pero el* CHAVAL *se ha plantado delante del* LEGIONARIO, *a quien reconoce como a un compinche.)*

CHAVAL 1.– *(Al* LEGIONARIO.*)* Pero hombre... ¡Tadeo...!
LEGIONARIO.– *(Alegre, abraza al* CHAVAL. *Abrazo apretado y varonil.)* Macho, macho...
CHAVAL 1.– ¿Qué haces aquí?

LEGIONARIO.– De permiso, chaval...

(El ÁNGEL *está de pie, junto a ellos. El* CHAVAL *hace las presentaciones.)*

CHAVAL 1.– ¿No os conocéis vosotros? Aquí mi amigo Tadeo... Aquí el Ángel... *(Apretón de manos, ceremonioso.)*
LEGIONARIO.– ¿Qué queréis beber?
CHAVAL 1.– Di a ése que traiga un quinto...
ÁNGEL.– Eso...
LEGIONARIO.– *(Llamando.)* ¡Chicooo!

(Aparece el CHAVAL 2, *que se acerca ceremonioso a la mesa. El* CHAVAL 1, *antiguo compinche, ni le mira.)*

CHAVAL 2.– A la orden...
LEGIONARIO.– Trae tres medianas...
CHAVAL 1.– Que estén bien fresquitas...
CHAVAL 2.– ¿Algo de tapas?
LEGIONARIO.– ¿Qué tienes por ahí?
CHAVAL 1.– ¿Qué quieres que tengan?

(El CHAVAL 2 *no hace caso, aunque no puede evitar un ligero golpe en el codo del* CHAVAL 1, *aprovechando que limpia la mesa.)*

CHAVAL 2.– Hay olivas, berberechos, calamares, sardinas a la plancha, «músculos», bacalao, callos, anchoas...
LEGIONARIO.– Tráete unas raciones de callos...
CHAVAL 1.– Pero ya están aquí volando...
CHAVAL 2.– En cohete supersónico...
CHAVAL 1.– *(Mientras observa cómo el diligente camarero desaparece.)* Ése se ha creído que está en la Diagonal, tú. Le tengo una tirria... Bueno, hombre, bueno... ¿Y qué? ¿Cómo va eso? Pero chaval, estás que ni te conoce la madre que te parió... Vaya un legionario... A mí cuando me lo

dijeron, no me lo creía, tú... El Tadeo legionario... *(Al* Ángel.*)* Si hubieras conocido a éste... Menuda pinta...

Legionario.– *(Melancólico.)* Eran otros tiempos...

Chaval 1.– Es que pareces un argelino...

Legionario.– Cerca de aquellas tierras ando...

Chaval 1.– ¿En Argelia?

Legionario.– A la vera, como aquel que dice: en Chafarinas...

Chaval 1.– ¿Y eso qué es?

Ángel.– *(Aprovechando rápido para meter baza.)* Unas islas que hay cerca de Melilla.

Legionario.– Eso es. ¿Es que conoces aquello?

Ángel.– Hice la mili en Melilla...

Legionario.– Desde allí oíamos la guerra de Argelia...

Chaval 1.– Jozú, qué tío... Y de mujeres, ¿qué?

Legionario.– *(Lacónico y expresivo.)* La gloria...

Ángel.– Vaya mujerío el de aquel país...

Legionario.– Canela en rama...

Chaval 1.– Entonces ¿te vas a reenganchar?

Legionario.– A lo mejor...

Chaval 1.– ¿Y hasta cuándo vas a estar aquí?

Legionario.– Tengo un mes de permiso. Pero en Barcelona me estaré una semana... Luego me voy a Cartagena...

Chaval 1.– ¿Habrás venido a ver a la Rosi?

Legionario.– *(Airado.)* ¿Quién, yo?

Chaval 1.– ¿Entonces has venido a ver a tu papi?

Legionario.– A ése, si le veo..., si le veo..., lo... *(Da un pequeño puñetazo sobre la mesa, presagiando cosas terribles, que hacen enmudecer a los otros.)*

Chaval 1.– Bueno, tú cuenta... Pero ¿y el servicio? ¿Dónde está el servicio?

(Da grandes palmadas. Aparece el chaval 2, *con la bandeja y el servicio.)*

Chaval 2.– *(En catalán y con mala intención.)* No tingueu tanta pressa, home...

Chaval 1.– ¿Habéis oído?, pero si nos está hablando en catalán, este... *(A los otros.)*

CHAVAL 2.– *(Sin hacer caso.)* Los callos calentitos...
CHAVAL 1.– ¿Desde cuándo hablas catalán?
CHAVAL 2.– Servidor de ustedes. *(Se va ceremonioso.)*
CHAVAL 1.– A mi me revientan estos tíos, tú... Maricas de la cabeza... Mira tú el tío...
ÁNGEL.– *(Acometiendo la cazuela de callos.)* Bueno, come y calla...

(Comen un rato y beben a morro de los botellines de cerveza.)

CHAVAL 1.– Y la cerveza, caliente, tú...
LEGIONARIO.– Para cerveza, la de Málaga... Y para callos, en Madrid...
CHAVAL 1.– Porque aquí en Barcelona no hay más que maricas... como ése..., charnegos...
ÁNGEL.– En el tercio acabaremos todos..., oye. *(Lo ha dicho al* LEGIONARIO.*)*
LEGIONARIO.– Aquello no es lo que era... El Tercio ya no es el Tercio... Ahora ya no hay hombres...
CHAVAL 1.– ¿Ni en el tercio?
LEGIONARIO.– Na..., niñatos...
ÁNGEL.– A mí lo que me gustaba es aquel clima...
LEGIONARIO.– Pero el Tercio ya no es nada...
CHAVAL 1.– ¿Y cuánto os pagan ahora?
LEGIONARIO.– Dos duros diarios...
CHAVAL 1.– Y eso que tú estabas bien aquí. ¿Cuánto te sacabas de limpiabotas?
LEGIONARIO.– Aquí no vuelvo ni aunque me aten... Si viniera aquí, hacía una barbaridad... Porque un día me encuentro a mi padre...
CHAVAL 1.– Entonces, ¿por qué contra has venido, chaval?
LEGIONARIO.– ¡Y yo qué sé!
ÁNGEL.– *(Ceremonioso.)* Será para ver a los viejos amigos...
CHAVAL 1.– Yo, en cuanto haga la mili, me largo a Francia...
ÁNGEL.– Vete voluntario a la Legión.
CHAVAL 1.– Que se me ponga en la cabeza y me largo con el Tadeo...
LEGIONARIO.– Aquello ya no es lo que era...
ÁNGEL.– Pero, bueno, ¿qué quieres decir con todo eso?

LEGIONARIO.– No sé explicar... Antes se iban al Tercio los hombres desesperaos de la vida... Y eran hombres, ¿no? Ahora ya no hay hombres desesperaos.
CHAVAL 1.– Hay que ver las vueltas que da el mundo...
ÁNGEL.– Ahora la solera del ejército son los paracaidistas...
LEGIONARIO.– *(Airado.)* ¿Los «paras»? Si ésos son todos de Acción Católica...
ÁNGEL.– Te diré chaval... Para tirarse con un chisme de esos se necesita...
LEGIONARIO.– Se conoce que tú ni te subes al tranvía en marcha, siquiera...
ÁNGEL.– ¿Yo? Bueno...
CHAVAL 1.– *(Que ha sacado un paquete de Ideales.)* Bueno, no pegarse ahora y echad un pito...
LEGIONARIO.– *(Amoscado.)* Va y se pone que los paras...

(Mientras tanto, la terraza se ha ido llenando de público. Parejas de novios que van endomingadas y risueñas.)

LEGIONARIO.– Quita de ahí ese tabaco... Aquí traigo de lo bueno..., flor de Cuba...
CHAVAL 1.– Así se hace, macho...
LEGIONARIO.– Y aquí tengo doscientos duros para gastármelos como un hombre con los amigos...
CHAVAL 1.– Mejor que mejor...
LEGIONARIO.– Ahora, que mis amigos tienen que ser echaos pa delante...
CHAVAL 1.– Eso, como yo.
ÁNGEL.– Yo hablaba por lo que he oído...
LEGIONARIO.– Hay mucha ignorancia en estas cuestiones...
CHAVAL 1.– ¿Va en serio lo que has dicho de las mil pelas?
LEGIONARIO.– Aquí las tengo. *(Hace ademán de abrirse el bolsillo de la sahariana.)* Y las quemo en una hora...
CHAVAL 1.– La vamos a armar por todo lo alto, macho...
LEGIONARIO.– Pero no quiero aguafiestas...
CHAVAL 1.– *(Echándole el brazo sobre el hombro al* LEGIONARIO.*)* Hombres como tú quedan pocos, macho... Lo que tenemos corrido juntos...

(Llegan ahora el ANDRÉS, *que viste uniforme de tranviario, y el* PACO *muy endomingado, con corbata y todo, y zapatos lustrados.)*

ÁNGEL.– *(Al ver a los otros, que ni le han saludado siquiera.)* Andá, lo que faltaba, tú.
CHAVAL 1.– ¿Tu familia?
ÁNGEL.– Ahí los tienes... *(Al* LEGIONARIO.*)* Pues mira que te advierto que un servidor está dispuesto a todo.
LEGIONARIO.– De cobardes nunca se ha escrito nada...
ÁNGEL.– Es que eso estoy dispuesto a discutírtelo donde quieras...
CHAVAL 1.– ¿Es que vais a pelearse ahora, o qué?
ÁNGEL.– *(Que está muy enfurruñado.)* Y habla más bajo, tú, que nadie tiene por qué enterarse de lo que no le importa.
LEGIONARIO.– ¿No te digo?

(El ANDRÉS *y el* SR. PACO, *muy aburguesados y muy circunspectos, se han sentado en una mesa cercana a la de los granujas, después de haber descubierto al* ÁNGEL. *El* CHAVAL 2 *se acerca solícito a servirles.)*

PACO.– *(Al* ANDRÉS.*)* ¿Qué quieres, tú?
ANDRÉS.– Una pesicola.
PACO.– Y otra para mí; fresquitas...
CHAVAL 2.– Del polo...

(Le llaman de otra mesa. El LEGIONARIO, *mientras, ha abierto la cartera.)*

LEGIONARIO.– ¿Qué se debe aquí, chaval?
CHAVAL 2.– Son doce..., y tres de callos..., veintitrés pesetas.
LEGIONARIO.– *(Dándole un billete de veinticinco.)* Ahí tienes y quédate con la vuelta.
CHAVAL 1.– *(Saltando.)* Pero ¿es que un legionario como tú va a dejar que le roben?
CHAVAL 2.– *(Saltando al fin.)* ... Y te parto la boca a ti, verás...
CHAVAL 1.– ¿A quién? ¿A mí? ¿Tú? ¿De qué?... Pero...
LEGIONARIO.– *(Dándole un cachete al* CHAVAL 1 *en el cogote.)* Vamos, tira palante, tú, a ver si voy a cabrearme...

(Los dos CHAVALES *se miran con ira casi secular. El* ÁNGEL *pasa por delante de la mesa de los parientes y es observado por éstos con altanera mirada asesina; desaparecen los tres compadres en busca de otra tasca.)*

ANDRÉS.– *(Al* CHAVAL 2, *que recoge malhumorado los trastos de la mesa que han abandonado los otros.)* Niño, ¿vienen esas pesicolas?

CHAVAL 2.– Volando...

(Pausa. Los dos compadres sacan tabaco.)

ANDRÉS.– *(Al* PACO.*)* Será desgraciao el tío...

PACO.– ¿Qué sabe él?

ANDRÉS.– Pero es que un día se me va a subir la sangre a la cabeza y voy a hacer una barbaridad, Paco, una barbaridad...

PACO.– Es la juventud de ahora, ni más ni menos...

ANDRÉS.– ¿Qué juventud ni qué narices? Un sirvengüenza que quiere vivir a costa de los demás..., y encima camelándose a la Carmela... Que no se ponga delante de mi vista... Eso es lo que hace falta...

(Llega el CHAVAL, *con las pepsi-colas.)*

CHAVAL 2.– *(Mientras abre las botellas.)* ¡Jozú, qué calor!

PACO.– *(Al* ANDRÉS.*)* Mira, éste sí que es otra cosa... Quién te ha visto y quién te ve, Jardín Botánico...

CHAVAL 2.– La necesidad, sr. Paco...

PACO.– Llámale hache... Pero se conoce que tienes la cabeza sobre los hombros... Al sr. Frasquito tienes que agradecerlo...

CHAVAL 2.– No me hable usté del sr. Frasquito... No me hable usté. *(Contestando a la llamada de un nuevo cliente.)* Voy volando...

ANDRÉS.– No tiene perdón, hombre... Desengáñate, Curro; aquí, en Barcelona, el que no trabaja es porque no quiere..., y nada más..., que lo llevan en la sangre...

PACO.– Tampoco tienes que atosigar al chico...

ANDRÉS.– Si te parece, le seguiré manteniendo... Pues en mi casa..., bueno, en la tuya, no le quiero...

PACO.– Mira, Andrés, más vale tener paciencia; se logra más con buenas razones que con intemperancias...

ANDRÉS.– ¿Buenas razones ése? No me hagas reír...

PACO.– Con violencia nada se arregla, te lo digo yo... Todo lo que no le entre a uno por el «cirebro» es cosa perdida...

ANDRÉS.– ¿«El cirebro»? No me hagas reír, chaval... Si yo soy como soy, vamos, quiero decir honrao, a mi padre se lo debo.

PACO.– *(Sorbiendo de la botella.)* No me digas.

ANDRÉS.– Sí señor. A mi padre que en gloria esté. El pecado de la juventud de ahora es la falta de educación... Si yo soy como soy, es gracias a las tundas que me dio mi padre... En cambio el Ángel, que era el mimao de su madre, ni tocarle un pelo de la ropa. Total, que él ha salido perdido y yo honrao, ya ves tú...

PACO.– A ver si vas a salir con complejos de esos...

ANDRÉS.– Que sí... Que todo se lo consentían de niño, supongo que por bonito..., aunque de bonito no tiene nada... Y a mí me arreaban cada leñazo que me doblaban... Ahí tienes el resultado, Paco...

PACO.– Hay que comprenderse como hermano, y máxime siéndolo como lo sois ustedes...

ANDRÉS.– Tú eres muy bueno, Paco... Y, ya se sabe, al bueno le llaman tonto...

PACO.– Al Ángel tienes que hablarle despacio...

ANDRÉS.– ¿Hablarle? Ya verás cuando me líe con él...

PACO.– Y es que los españoles semos irreconciliables... Ni hermanos, ni padres, ni ná...

ANDRÉS.– El que sale honrao, sale honrao..., y el que sale podrío sale podrío...

PACO.– Como los melones...

ANDRÉS.– Pues eso...

PACO.– El defecto de los españoles es ése: el individualismo...

ANDRÉS.– Mucho chulo es lo que hay... Y los demás tenemos que mantenerlos... Y yo no, Curro, que mira *(Se señala el uniforme.)* que hasta los domingos me tienes de servicio... Todo para la Carmela... Y lo que tiene que venir...

PACO.– Por ahí..., por ahí está la vida...

ANDRÉS.– No me hables... Que cuando pienso en la vida que le espera al chaval... y que a lo mejor me sale rana como mi hermanito...

PACO.– Lo que te pasa es que piensas demasiao...

ANDRÉS.– Que soy demasiao honrao, Curro, y eso en estos tiempos es un atraso, te lo digo yo... Pero ¿qué pensará el golferas de mi hermano? Ahí le tienes de juerga con esos granujas... Y los demás partiéndonos el pecho en la trinchera... Que hay que acabar con los vagos, Curro...

(Aparecen ahora la MANUELA *y la* CARMELA. *La* MANUELA *lleva una bolsa de red con dos botellas y un sifón. Han salido a comprar vino a la tasca y, de paso, a dar una vuelta por el barrio.)*

MANUELA.– *(Plantándose delante de los dos hombres.)* Anda, mira tú éstos... ¿Los habrá sinvergüenzas?

PACO.– *(Levantándose ceremonioso.)* Hola, chata...

MANUELA.– Pero qué sinvergüenzas de hombres... ¿Has visto? Nosotras en la casa, tirándonos por las paredes, y ellos aquí sentaditos...

PACO.– Sentarse, hombre... ¡Chicoooo!

MANUELA.– *(Furiosa.)* En un domingo... No son capaces de llevarnos a dar un paseo y se vienen aquí, al bar... Pero qué sinvergüenzas...

CARMELA.– Bueno, mujer, déjalos...

ANDRÉS.– Gritar más alto para que se entere todo el mundo... ¿Es que no podemos tomar un refresco u qué?

PACO.– *(Se ha levantado y ofrece su silla a la* CARMELA, *en vista del embarazo.)* Anda, Carmelilla, siéntate... A ver si ese niño trae más sillas... ¡Chicoooo!

(La CARMELA *se sienta y la* MANUELA *clava la vista en* ANDRÉS, *que sigue sentado.)*

ANDRÉS.– *(A la* CARMELA.*)* Tú lo que tienes que hacer es marcharte a casa..., que aquí no tienes nada que hacer... Venga, lárgate...

PACO.– Deja que tome un refresco...

ANDRÉS.– No me da la gana... Se lo llevaremos nosotros a la casa...

(La CARMELA *asustada intenta levantarse.)*

MANUELA.– *(Muy jarifa, sujetando a la* CARMELA *por los hombros, para que no se levante.)* Di que no, mujer..., que también nosotras tenemos derecho...
ANDRÉS.– *(Furioso.)* Que te tengo dicho que no te metas en nuestros asuntos...
MANUELA.– *(Dejando las botellas sobre la mesa.)* Me da la gana de meterme, pa que lo sepas..., que estoy muy harta...
PACO.– Pero mujer..., mujer.
MANUELA.– *(Lloriqueando.)* Que estoy muy harta..., que no puedo más..., que no tenéis vergüenza..., que no os acordáis de nosotras ni para...
PACO.– Venga, mujer, anda...

(El ANDRÉS *ha seguido sentado.)*

ANDRÉS.– *(Levantándose.)* Venga, vamos... Vamos a casa...
MANUELA.– *(Sentándose deprisa en la silla que ha dejado* ANDRÉS.*)* Vete tú. A mí no me da la gana...
ANDRÉS.– *(Cogiendo por el brazo a la* CARMELA.*)* Hala..., a casa...
MANUELA.– A casa..., a casa... A casa de tu prima será...
ANDRÉS.– ¡Mecachis en mi suerte! Mira, Manuela, que...
PACO.– *(Llamando a grandes voces al chico, para acallar el escándalo.)* ¡Chicooo...! *(Aparece el* CHAVAL.*)*
CHAVAL 2.– Vooooy...
ANDRÉS.– *(Porfiando con* CARMELA.*)* Que nos vamos a casa, te digo...
PACO.– No seas burro, Andrés... Deja que la chica tome un refresco...
ANDRÉS.– No me da la gana... En mi mujer mando yo...
CHAVAL 2.– ¿Qué va a ser?

(La CARMELA, *llorando, se levanta.)*

PACO.– *(A* ANDRÉS.*)* No seas así, hombre... *(Al* CHICO.*)* Tráete cuatro quintos...
MANUELA.– *(A* ANDRÉS.*)* Valiente sinvergüenza... No tienes de hombre ni tanto así...

(El ANDRÉS *se lleva a la* CARMELA *arrastrando casi. La* MANUELA *coge las botellas de encima de la mesa, que están a punto de romperse.)*

CHAVAL 2.– ¿Cuatro quintos?
PACO.– *(Sentándose cabizbajo.)* No, hombre, trae dos nada más...
MANUELA.– Y llena las botellas de vino tinto..., y un sifón... *(El* CHICO *se va.)*
PACO.– Mira que eres... Hay que ver como eres...
MANUELA.– Me da la gana... Estoy harta...
PACO.– Tú tienes la culpa, que fuiste tú quien los trajiste...
MANUELA.– ¿Yo? ¿Ahora vas a decir que soy yo? No, si yo tengo la culpa de todo...
PACO.– Vamos a tener la fiesta en paz...
MANUELA.– Que desde que estás con el sinvergüenza ese, no pones lo pies en casa.
PACO.– Pero ¿es que no ha sido todo porque tú lo quisiste?
MANUELA.– Mira, Paco, que te planto un bofetón como me recrimines encima..., que me tienes hasta aquí..., hasta aquí...

(Viene el CHAVAL 2 *con las dos botellas. El matrimonio permanece sentado, callando.)*

(Ha llegado a la casa el otro matrimonio, y al tiempo que el del bar enmudece de rabia y disgusto y beben deprisa los dos botellines de cerveza, el ANDRÉS *se enfrenta con la* CARMELA.*)*

ANDRÉS.– Mira que te lo tengo dicho cincuenta veces que no quiero verte sola por ahí... ¿Es que no hablo en castellano?
CARMELA.– ¿Es que no puedo salir con la prima siquiera?
ANDRÉS.– No... Tú eres mi mujer y me tienes que obedecer... ¿Lo oyes?
CARMELA.– Eres un chulo... Eso es lo que eres...
ANDRÉS.– *(Fuera de sí.)* ¿Qué has dicho? ¿Qué has dicho? Anda, repítelo..., repite eso que has dicho...

(La CARMELA, *asustada y llorosa retrocede un poco.)*

ANDRÉS.– Que me lo repitas, te digo... ¿O te lo digo de otra manera?

(Ante el silencio y el terror de la CARMELA, *el* ANDRÉS *levanta el puño para pegarla. La* CARMELA, *al verlo, asus-*

tada, sale corriendo, saltando casi, entre las sillas y se mete en la alcoba, cierra la puerta y echa el cerrojo. El Andrés *se queda furioso fuera, dando fuertes golpes.)*

Andrés.– Abre..., ábreme, que te mato...

(En la terraza el matrimonio rompe ahora su mutismo.)

Paco.– Mira, me voy a la casa..., no sea que ese demonio de Andrés vaya a meterse con la Carmela...

Manuela.– *(Sujetándolo violentamente por el brazo.)* Que se maten... Tú no tienes por qué meterte en lo de los demás... Que se maten...

Paco.– Pero, mujer...

(En la casa, la Carmela *llora apoyada en la puerta y el* Andrés *se pasea furioso dando puñetazos a diestro y siniestro.)*

Manuela.– *(Sujetando a su marido.)* Que se maten te digo... ¿No ves que es que están hartos de nosotros?

Paco.– Que no es ley, mujer...

Manuela.– *(Sujetándole.)* Pues vete al cuerno... ¡Huy, qué harta me tenéis...! *(Le suelta.)*

(Se va el Paco, *y la mujer queda un rato abanicándose con un pay-pay, llena un vaso con el sifón que le ha traído el chico y se lo bebe de un trago.)*

(El Paco *entra en la casa y encuentra al* Andrés *enloquecido.)*

Paco.– Pero, bueno... ¿Es que ya estáis otra vez?

Andrés.– Pero qué suerte más negra tengo... Lo que me faltaba, Curro, lo que me faltaba..., que la mujer me salga...

Paco.– *(Tapándole casi la boca.)* Bueno, bueno, bueno..., sin excitarse, sin nervios...

ANDRÉS.– Pero si es que..., si es que... Un hombre tiene aguante hasta que tiene aguante... Pues no va y me llama chulo... cuando...

PACO.– Bueno, pero cálmate, anda...

ANDRÉS.– *(Revolviéndose.)* Mira que... hasta el domingo estoy haciendo servicio para que no le falte nada... y procurando no molestaros a vosotros, que no sé cómo tenéis tanta paciencia..., y que además no sé qué hacerme con ella, y ella sin mirarme siquiera, que...

PACO.– Calla, hombre, calla, que está muy feo eso de pegar a una mujer...

ANDRÉS.– Dejaré que me pegue a mí, si te parece...

PACO.– Que estás en Barcelona, chaval, que no estás en tu pueblo...

ANDRÉS.– *(Sacudido de ira.)* Vete al cuerno también tú con Barcelona... Me vas a venir a enseñar tú a mí... Me importan tres pitos Barcelona y la cultura y las narices... Barcelona, Barcelona... Aquí lo que sois todos es unos desgraciaos que os han vuelto maricas con tanta estupidez... Mecachis en mi negra suerte..., en qué mala hora vine yo a esta tierra... Que estoy de los catalanes hasta los cataplines, y de vosotros, que sois peores que ellos, porque os habéis hecho peores que ellos.

(El PACO *tiene que retirarse porque el otro, furioso, quiere pegarle. En este preciso momento llega la* MANUELA, *sofocada, con las botellas de vino. Al ver al* ANDRÉS *en tal actitud, da un grito estentóreo.)*

MANUELA.– ¡A mi Paco tú no le pegas...! *(Se tira sobre el* ANDRÉS, *que, asustado, se deja zarandear.* PACO *se interpone.)*

PACO.– Qué oportuna, mujer, qué oportuna eres...

(La CARMELA *da golpes en la puerta. La* MANUELA, *al oírlos, corre a la alcoba.)*

MANUELA.– ¡Prima..., prima..., Carmela, hija...! ¿Dónde estás...? ¡Abre...!

(Sollozos violentos de la CARMELA *detrás de la puerta.)*

MANUELA.– *(Volviéndose al* ANDRÉS, *que es arrastrado por el* PACO *hacia la puerta.)* ¿Qué le has hecho, sinvergüenza?

(El PACO *y el* ANDRÉS *han salido a la calle.* PACO *cierra la puerta y fuera trata de serenar al* ANDRÉS.*)*

PACO.– Vamos, muchacho, cálmate, cálmate...
MANUELA.– *(Dando desesperados gritos en la puerta.)* Abre, Carmela, abre...

(La CARMELA *abre al fin, temblorosa, y las dos mujeres se abrazan llorando.)*

PACO.– *(Arrastrando al* ANDRÉS *hacia la tasca.)* Si la culpa la tenemos nosotros por meternos en asuntos de mujeres... Anda, vamos a echar una copa...
ANDRÉS.– Es que a mí no me insulta una mujer...
PACO.– Ni a mí... ¿Qué te crees tú...? A la Manuela la voy a doblar... Anda, vamos al bar, que aluego arreglaremo cuentas...

(Entran en el bar, del que ahora emana, como un lamento cálido, la voz estentórea de Antonio Molina, a través de un disco. Pausa. La calle vibra en el mediodía veraniego, punta del mediodía, atiborrada de alegría y pasión. Vienen por la calle de la derecha los tres guajas compadreados: el LEGIONARIO, *el* ÁNGEL *y el* CHAVAL 1, *cogidos del brazo, cantando «El novio de la muerte».)*

LEGIONARIO.– *(Llevando al mismo tiempo la batuta.)* «Soy el novio de la muerte...».

(Entran en el bar.)

(Mientras, en la casa.)

MANUELA.– ¿Te ha pegao? Dime. ¿Te ha pegao?
CARMELA.– *(Compungida.)* Como si fuera la primera vez.
MANUELA.– Pues en mi casa no..., en mi casa, no... Estaría bueno... Hasta ahí podían llegar las bromas... Es que se van a la calle el uno y el otro y el otro y el uno... Y el Paco se larga con ellos...

CARMELA.– ¡Ay, madre mía, qué sofoco!

MANUELA.– Capaz de hacer malparir el tío... Huy qué mala sangre tienen... Anda, descansa un rato, descansa un rato, mujer...

CARMELA.– *(Tendiéndose en la cama.)* Ya nos han dao el domingo, Manoli, ya nos han dao el domingo...

MANUELA.– Si no son gente civilizada..., si tienen el pelo de la dehesa..., si no valen para vivir entre gente civilizada...

CARMELA.– *(Llorando de nuevo.)* Ay, cállate, Manoli...

MANUELA.– No llores, hija, no llores... ¡Huy qué canallas son, pero qué canallas...!

(Se oye un gran estrépito dentro del bar, que hace enmudecer incluso la voz de Antonio Molina. Se ve al CHAVAL 2, *que sale echándose las manos a la cabeza. Corre desorientado hacia la casa.)*

CHAVAL 2.– ¡Señora Manuela, señora Manuela..., que al Ángel le han abierto la cabeza... Señora Manuela...!

(La MANUELA *y la* CARMELA *se levantan horrorizadas, el* CHAVAL 2 *da grandes golpes en la puerta, mientras cae el telón.)*

ACTO III

Atardecer tibio otoñal. En el bar del SR. FRASQUITO *ya no hay sombrajo. En la terraza quedan dos mesas. No hay nadie. El último sol pega sobre el tapial de la fábrica. Se oyen chillidos de pájaros y tintineos de tranvías. En casa del* SR. PACO *se advierte orden y pulcritud. Ya no se ven colchonetas por el suelo. La cocina, ordenada. El comedor, pulcro, con sus tapetes de seda. En el comedor-cocina, la* MANUELA *cose junto a la mesa, aprovechando la última luz del atardecer. Aparece tranquila y sosegada. De vez en cuando deja la labor y hace ademán de mirar hacia fuera, como si estuviese esperando a alguien.*

(Se oye el frenazo de un auto en la parte del terraplén y, a poco, aparecen ANDRÉS *y la* CARMELA. *El* ANDRÉS *viste una gabardina nueva, casi recién comprada, y lleva zapatos lustrados y corbata. Da el brazo a la* CARMELA, *que también viste decentemente, con buenos zapatos de tacón y muy peinada. Lleva en brazos un niño de pocos meses. Se dirigen a la casa. Pasan de largo ante el bar.)*

ANDRÉS.– Nos hemos retrasado mucho, Carmela...
CARMELA.– Y tú podías haberte afeitao, Andrés...

(Llaman a la puerta y la MANUELA *sale deprisa a abrir. Dan un gozoso grito.)*

MANUELA.– ¡Huy, Carmeliya, hija...! *(Besuqueo.)* Creí que no ibais a venir... Huy, qué hermoso, qué hermoso el niño, qué maravilla... *(Coge al niño y lo besa.)* Guapo... nene... Ay, qué rico está..., qué requeterriquísimo está... Se parece a su madre... ¡Vida mía...! *(Mas besos.)*

CARMELA.– *(Al* ANDRÉS.*)* Quítate la gabardina.

MANUELA.– Sentaros, chicos... Vamos a merendar...

ANDRÉS.– *(Que se ha quitdo la gabardina y se sienta.)* ¿Y el Paco?

MANUELA.– No creo que tarde... «Plega» a las siete... Ya le he dicho que ibais a venir...

CARMELA.– Hemos tenido que coger un taxi; el Andrés se ha retrasado...

ANDRÉS.– No digas tonterías. Lo que pasa es que tú no terminas nunca...

MANUELA.– *(Luego de dejar al niño en el regazo de la madre.)* Estoy haciendo chocolate. *(Husmea el fogón.)* ¿Os gusta?

CARMELA.– No sé para qué te molestas, chica.

ANDRÉS.– Tienes que venir a nuestra casa...

MANUELA.– A ver si un domingo...

CARMELA.– ¡Estoy más contenta...! ¡Tengo una casa más mona...!

MANUELA.– ¿Sí?

CARMELA.– Hasta una terracita muy maja... Ya verás el chico lo que va a correr cuando crezca...

MANUELA.– ¿Ves cómo todo se arregla?

ANDRÉS.– No nos podemos quejar de Barcelona.

MANUELA.– ¡Y claro que no!

ANDRÉS.– Ya se sabe, trabajar se trabaja...

MANUELA.– Eso es bueno, Andrés...

ANDRÉS.– No sé si sabrás que trabajo doce horas entre unas cosas y otras. Cuando termino mi servicio, voy al almacén de muebles...

CARMELA.– Y gracias a eso hemos podido amueblar la casa..., a plazos largos... Ya verás, Manoli, ya verás...

ANDRÉS.– Acaba uno rendido. Doce horas. Luego de estar dándole a la manivela del tranvía, a echar mano al volante para llevar los muebles por ahí... Y a cargarse los armarios a las espaldas..., y venga subir escaleras...

CARMELA.– No para de quejarse, Manoli... Pero es lo que yo digo... ¿Cuándo habíamos estado mejor...? Tienes que venir a casa, Manoli... Un día entre semana, a hacerme compañía, mujer...

MANUELA.– *(Que va preparando la mesa con tazas y rebanadas de pan tostado.)* El Andrés es que tiene un carácter un poco así... Pero bien bueno y trabajador que es...

CARMELA.– *(Cogiendo por el brazo al* ANDRÉS.*)* Sí que es bueno, sí...

ANDRÉS.– Menos cuando me enfado... ¿No?

CARMELA.– Es que no hay quien te lleve la contraria, mujer... Pero déjame que te ayude... *(Mientras las dos mujeres preparan los útiles de la merienda, el* ANDRÉS *coge al chiquillo y sonríe haciendo cucamonas. Las dos mujeres le miran en una escena cargada de cursilería, como en una comedia norteamericana.)*

ANDRÉS.– Macho, tú si que eres un tío macho... Ni puñadas que vas a endiñar a los chicos del barrio... Vas a pegar a todos... *(Besos. Cuando se da cuenta de que las mujeres se ríen, da un respingo.)* ¿Y ustedes qué hacéis ahí, mirando como tontas? *(Al chico.)* Andá, se ha hecho pis... Cochino, que eres un cochino... *(La* CARMELA *coge riendo al chico y el* ANDRÉS *se levanta, limpiándose los pantalones.)* Pues no estoy harto ya del crío... Yo... Que sea mayor. Verás cómo le hago ir más derecho que una vela...

CARMELA.– *(Mirando la casa.)* Huy, chica, parece mentira que pudiéramos arreglarnos aquí, los cinco...

MANUELA.– ¿Verdad?

(El ANDRÉS *ha cogido «La Vanguardia» y busca la página de los deportes.)*

CARMELA.– Bien buenos fuisteis con nosotros; mira que aguantasteis...

MANUELA.– Hasta que los nervios saltaban...

CARMELA.– *(Riéndose.)* Vaya si armamos buenos follones.

MANUELA.– *(Cogiendo con las manos la cara de* CARMELA.*)* ¿Estás de verdad contenta ahora?

CARMELA.– *(Luego de una pausa.)* Sí, sí, ¿por qué no lo iba a estar? Tengo una casa, un marido trabajador, un niño... No me puedo quejar...

MANUELA.– *(Cogiendo otra vez al niño.)* Huy, qué requetebonito es...

CARMELA.– Que se sale el chocolate...

*(*ANDRÉS *levanta la mirada del periódico y mueve la cabeza.)*

ANDRÉS.– Estáis más atontadas...
CARMELA.– ¿Ves?, ya está rabiando.
MANUELA.– ¿Queréis que merendemos ya? ¿O esperamos al Paco?
CARMELA.– Pues mejor que esperemos, ¿no, Andrés?
ANDRÉS.– Haced lo que queráis...
MANUELA.– Ya no puede tardar... Trabaja aquí cerca... Y son las siete y veinte... Mira, aquí está...

*(*PACO *llega con su saquillo al hombro. Apretones de manos y abrazos.)*

PACO.– Carmela, chiquiya... Andrés, chaval... ¿Y el pequeño? ¡Huy, qué majo está...!
CARMELA.– Cuatro quilos y medio pesa, fíjate...
MANUELA.– *(Con el cacharro del chocolate en la mano.)* Bueno, dejad ahora al chico y vamos a merendar...
PACO.– ¿Chocolate?
MANUELA.– ¿Ya estás protestando?
PACO.– Yo no quiero chocolate... *(Al* ANDRÉS.*)* ¿Es que vas a tomar tú chocolate?
ANDRÉS.– A mí me es igual...
PACO.– ¿Hay vino? ¿Y bacalao?
MANUELA.– Pero tomad primero una taza de chocolate y aluego haced lo que queráis. *(Mientras llena las tazas.)* ¿Qué, queréis vino? Pues en la taberna está.
PACO.– *(Al* ANDRÉS.*)* Al fin y al cabo las mujeres son las que mandan, tú...
ANDRÉS.– No me digas, tú... *(Sigue leyendo «La Vanguardia».)* ¿Has leído esto del Osasuna? ¿Y el gol de Gento?
MANUELA.– Paco, tú que estás más cerca..., haz el favor de enchufar la radio...
CARMELA.– *(Que sorbe el chocolate.)* ¡Huy, qué rico está!

(La radio transmite una canción flamenca. Todos se ponen a comer. ANDRÉS *está cansado y sigue, sin embargo, leyendo «La Vanguardia», abstraído en su lectura.)*

(Por la parte del terraplén –ya casi ha obscurecido– suben tres sombras. Son el ÁNGEL, *el* CHAVAL 1 *y el* CHAVAL 2. *Los tres visten traje de faena y llevan su saquillo o su tartera envuelta en papel de periódico. Se les nota aire de cansancio y fatiga.)*

ÁNGEL.– *(Dando palmadas.)* Señor Frasquito.
CHAVAL 2.– ¿Un subastao?
ÁNGEL.– Menda lo que quiere es descansar... ¡Qué muerto estoy...!

(Al salir el SR. FRASQUITO *aprovecha para encender la luz de la puerta. La escena se llena de sombras. En la casa, ahora iluminada, la familia se encuentra confortable y hogareña.)*

SR. FRASQUITO.– Aquí tenéis la baraja...
CHAVAL 2.– Y vaya usted preparando unos carajillos.
SR. FRASQUITO.– *(Al* CHAVAL 2.*)* Y tú, ¿qué? ¿Dónde trabajas ahora?
CHAVAL 2.– Donde no me explotan, abuelo...
SR. FRASQUITO.– ¿Ah, sí?... Ya, ya... Lo que es explotarte a ti... Que me lo digan a mí, que no sé cómo te aguanté lo que aguanté...
CHAVAL 2.– Pues espere usté que le llamen del Sindicato.
SR. FRASQUITO.– Bueno, no me hagas reír, chaval...

(El SR. FRASQUITO *se va, meneando la cabeza. El* CHAVAL 1 *ha sacado un sobre, mientras el* ÁNGEL *baraja displicentemente la baraja.)*

CHAVAL 2.– ¿Qué lees, tú?
CHAVAL 1.– Una carta del Tadeo; está en Alemania.
CHAVAL 2.– ¿Y qué dice, tú?
CHAVAL 1.– Dice..., dice..., espera..., que tiene novia y que se va a casar...
CHAVAL 2.– ¿Otra vez?
CHAVAL 1.– *(Leyendo.)* Tengo una novia que se llama Erika y nos vamos a casar, pues ella tiene casa y a mí me van a subir el jornal...
CHAVAL 2.– ¡Qué tío!

CHAVAL 1.– Pero en cuanto tenga dinero de sobra nos volveremos a España, que es más bonito...
CHAVAL 2.– ¡Bah!
CHAVAL 1.– *(Leyendo aún.)* Aquí los alemanes y los italianos son muy malos y más cobardes que un gitano...
ÁNGEL.– Ése no parará en ningún sitio...
CHAVAL 2.– ¡A ver! Hace bien, chaval... Hay que correr mundo... Tengo unas ganas de largarme, tú...
CHAVAL 1.– *(Guardando la carta.)* Y yo, macho... Es que se me cae encima esta ciudad.
CHAVAL 2.– Si no fuera por la mili.
ÁNGEL.– Pues yo no me muevo de España, fijaros.
CHAVAL 2.– ¿Tú? No me digas... Pues sí que te va bien aquí...
ÁNGEL.– Prefiero lo malo conocido que lo bueno por conocer...
CHAVAL 1.– Un tío como tú, sin familia, viviendo solo, que no tiene que dar cuenta a nadie... y ganando trescientas cincuenta pelas a la semana, aquí en España...
ÁNGEL.– Me basta y me sobra...
CHAVAL 1.– Para no tener tabaco suficiente.
ÁNGEL.– Allá vosotros; yo, si me voy de Barcelona, será a mi tierra. Pero España, para mí...
CHAVAL 2.– Bueno, tú, da cartas...
ÁNGEL.– Ya sabemos lo que vamos a encontrar por ahí... Trabajo...
CHAVAL 1.– Si lo malo no es trabajar..., lo malo no es trabajar... Lo malo es que no te paguen el trabajo.
ÁNGEL.– No se me ha perdido nada por ahí...
CHAVAL 2.– No sé para qué hablas.

(Pausa.)

ÁNGEL.– Qué noche tan bonita...
CHAVAL 1.– Para correrse una juerga, si uno no tuviera que madrugar, macho...
CHAVAL 2.– Para acabar en la comisaría...
ÁNGEL.– Mira, ya se encienden las luces... Así da gusto ver Barcelona... Éste es el barrio más bonito de Barcelona...

CHAVAL 1.– Es el único barrio alegre... Los demás parecen funerarias...
ÁNGEL.– Yo no sé vivir en otra parte... Y si no fuera porque tengo cerca mis parientes...
CHAVAL 2.– Yo estoy cansao de trabajar, Ángel.
ÁNGEL.– No digas...
CHAVAL 2.– Es que no siento el cuerpo... Diez horas trabajando... ¿Para qué? Luego mi padre sólo me da cinco duros a la semana...
CHAVAL 1.– ¿Y las horas de estraperlo que te guardas, qué?
CHAVAL 2.– Gracias a eso vivo... Pero que se entere mi papi y verás... Un día hago una barbaridad...
ÁNGEL.– *(Ensimismado en la contemplación de la ciudad.)* Mira, mira, aquellas luces son las de Horta..., aquellas otras las del Carmelo... Más allá, Pedralbes, Coll-Blach, Casa Antúnez... Los barrios alegres...
CHAVAL 2.– Sí que es verdad, tú. Barcelona está rodeada de alegría...
CHAVAL 1.– *(Sombrío.)* Pon que un día todos los charnegos caigamos sobre la ciudad; nos lo comemos, como en las novelas de Mau-Mau, tú...
ÁNGEL.– Sí que bajaremos un día a la ciudad... La conquistaremos, la llevaremos nuestra alegría...
CHAVAL 1.– ¿Has oído? Es un tío idealista, el Ángel...
CHAVAL 2.– Un poeta, el tío...

(Llega el SR. FRASQUITO *con los carajillos.)*

CHAVAL 2.– El Ángel es un tío raro, ¿verdad, señor Frasquito?
SR. FRASQUITO.– ¿Lo dices porque se ha dejao el bigote?
CHAVAL 2.– Que dice cosas más raras... Sólo se oyen por el «arradio».
SR. FRASQUITO.– *(Al* ÁNGEL.*)* ¿Y qué? ¿Ya hiciste las paces con tu familia? Muchacho, que te digo si ya te has arreglao con la familia.
ÁNGEL.– ¿Qué dice usted de la familia?
SR. FRASQUITO.– Que te vayas a dormir, digo. ¡Jozú, qué tío! *(Se va.)*
CHAVAL 1.– Nosotros somos los enemigos de la familia, ¿no? Los tres a matar con nuestras familias...
ÁNGEL.– Vamos a hablar de otra cosa...

(Sorben los carajillos absortos un poco en el misterio de la noche otoñal.)

(En la casa, luego de tomar el chocolate.)

PACO.– Dame una botella, que voy a por vino... Vamos a acabar este bacalao...
MANUELA.– Cógela de ahí... Y ahora aprovecha para quedarte en la tasca.
CARMELA.– Nosotros nos vamos a ir de seguida...

*(*ANDRÉS *sigue absorto en «La Vanguardia».)*

(Las dos mujeres hablan en voz baja, mirando al niño. El SR. PACO *sale a la calle con la botella y mira el maravilloso cielo estrellado. Se llega a la tasca.)*

PACO.– Buenas noches, Ángel y compañía.
CHAVAL 1.– Buenas noches...
CHAVAL 2.– Buenas noches...
ÁNGEL.– Hola, Paco...
PACO.– ¿Sabes quién ha venido a vernos? El Andrés y la Carmela. En casa están...
ÁNGEL.– Me alegro...
PACO.– Estamos merendando... ¿Por qué no vienes a echar una copa...? Tengo bacalao de ese bueno...
ÁNGEL.– ¿Es que todos los días me vas a venir con lo mismo?
PACO.– A la Manoli también le darías un alegría... Y, al fin y al cabo, es tu hermano...
ÁNGEL.– Mira Paco: no me des la lata. Sabes muy bien que no pienso ir a tu casa desde aquel día...
PACO.– Eres muy rencoroso...
CHAVAL 1.– Sí, sí, rencoroso... Menudo botellazo le arreó su hermanito...
ÁNGEL.– Tú no te metas en donde no te llaman...
PACO.– *(Al* ÁNGEL*, con fuerza.)* Pues en mi casa siempre tienes un rincón, Ángel...
ÁNGEL.– Muchas gracias.
PACO.– Bueno, ¿qué?
ÁNGEL.– Que te largues...
PACO.– Está bien, hombre...

*(*PACO *se va despacio hacia el bar. Pausa.)*

CHAVAL 1.– Bueno... ¿Jugamos?
ÁNGEL.– Me duele la cabeza...
CHAVAL 2.– Todo huele a podrido en este país...
CHAVAL 1.– También yo tengo ganas de perder de vista a mi familia. Es una peste la familia... Tú haces muy bien, Ángel... Hay que vivir independiente.
ÁNGEL.– Ahora me vienen con historias... Tienen más cuento. Y cuando vivía con ellos no me dejaban ni respirar... Pues que se joroben ahora...
CHAVAL 1.– Y el botellazo que te dio tu hermanito...
ÁNGEL.– Lo de menos son los golpes... Es otra cosa... Que estamos los unos frente a los otros... Eso es... Nada más que eso.
CHAVAL 1.– Y tenemos que liarnos a golpes. También eso.
ÁNGEL.– Están bonitas las luces, ¿verdad? Desde aquí parece una feria. Parece una ciudad alegre...
CHAVAL 2.– Sí que está maja la ciudad...

(Vuelve el PACO *con la botella de vino.)*

PACO.– *(Al pasar delante de ellos.)* Con Dios, Ángel...
ÁNGEL.– Con Dios...

(Pausa.)

CHAVAL 1.– Un buen tío el Paco...
ÁNGEL.– De ésos quedan pocos, tú...
CHAVAL 2.– No tiene nada suyo...
ÁNGEL.– Un cristiano..., eso es un cristiano...
CHAVAL 1.– Así, vive como vive, pobre hombre...
ÁNGEL.– Pues mira, es feliz...
CHAVAL 2.– Claro, se conforma con poco...
ÁNGEL.– También yo me conformo con poco, y no me dejan vivir. Trabajo ahora como un negro y apenas me llega para comer...
CHAVAL 1.– Tendrás que casarte, Ángel.
ÁNGEL.– Es un consuelo saber que uno tiene que morirse.
CHAVAL 2.– Bueno, pues vaya noche que tenéis. Yo me largo si seguís con ese plan, tú...

ÁNGEL.– ¿Y si nos vamos a dar un paseo? Está la noche muy maja, tú...
CHAVAL 2.– ¿No echamos la partida?
CHAVAL 1.– Vámonos de tascas...
ÁNGEL.– Vámonos a dar una vuelta por el barrio. Ahora da gusto ver a las chavalas... Parece como si tuvieran miedo al invierno. En el pueblo también pasaba eso. Aquí se las ve llenas de miedo. Tienen miedo de todo...
CHAVAL 1.– Como que Barcelona es mucha Barcelona, tú...; hay cada pájaro...
CHAVAL 2.– Bueno, pues nos vamos..., ¡sr. Frasquito!
CHAVAL 1.– La noche está para eso... Para no tener que madrugar. ¿Eh, tú?

(Sale el SR. FRASQUITO.*)*

SR. FRASQUITO.– ¿Ya «se» vais?
ÁNGEL.– *(Sacando un billete de cinco duros.)* Cóbrese usted...
SR. FRASQUITO.– Son diez cincuenta.
ÁNGEL.– Hasta mañana...

(Cogen los saquillos que habían dejado colgados del respaldo de las sillas y salen despacio. ÁNGEL *ofrece tabaco a los chicos y encienden. Van hacia la calle de la derecha, con ánimo deliberado de pasar ante la casa de* PACO.*)*

CHAVAL 1.– Os convido a unos vinos en casa del Chepa...

(Al pasar ante la casa, el CHAVAL 2 *se pone de puntillas para mirar a través de la ventana. Se ve a la* CARMELA, *frente a la luz de la noche.)*

CHAVAL 1.– Huy, tú, la Carmela... qué maja se ha puesto.
ÁNGEL.– Bueno, tú...
CHAVAL 1.– Está bonita porque sí...
ÁNGEL.– Para lo que le sirve, con esa bestia...
CHAVAL 2.– A las chavalas, a lo primero, Barcelona les favorece, tú...
ÁNGEL.– *(Impaciente.)* Bueno, vamos...

(Al fin, rindiéndose a sus deseos, se asoma a la ventana. Aunque la CARMELA *no nota nada, tiene un presentimiento y se agita.)*

ÁNGEL.– Madre mía..., qué guapa está la Carmela... Qué bonita es... Es como si viera mi pueblo en ella, tú... Lo tiene todo en la cara... Lo lleva todo en sus ojos... La alegría del pueblo, los años mejores..., los... *(Reaccionando.)* Bueno, vámonos...

(Al ir a marcharse, asoma la cabeza de PACO *por la fingida ventana.)*

PACO.– Ángel, Angelillo, pasa, hombre, pasa...

MANUELA.– *(Avanzando hacia la ventana.)* ¿Estás ahí, Ángel? ¡Que pase! Dile que entre... ¡Ángel...!

*(*ÁNGEL *retrocede lentamente.)*

(La CARMELA *va a levantarse para ir a la ventana y, de pronto, se siente cruzada por la mirada de* ANDRÉS, *que ha levantado los ojos del periódico y la mira con dureza. La* CARMELA *lucha consigo misma.)*

PACO.– *(A los* CHAVALES.*)* Entrad a echar una copa, hombre...

MANUELA.– *(Tratando de asomarse detrás de su marido.)* Venid a echar una copa... ¿Y el Ángel?

(Gran tensión entre la CARMELA *y el* ANDRÉS.*)*

CHAVAL 1.– ¿Qué? ¿Vamos?

ÁNGEL.– *(En un arranque.)* No... No... Entrar vosotros, si queréis... Yo no..., yo no... ¡Nunca ya..., nunca!

PACO y MANUELA.– *(A dúo.)* ¡Ángel, no te vayas, Ángel...!

(Salen deprisa el ÁNGEL *y los* CHAVALES. *Pausa.* MANUELA *y* PACO *vuelven a la reunión.)*

MANUELA.– Es un cabezota ese Ángel...
CARMELA.– *(Ansiosa.)* ¿Se ha ido?
PACO.– No hay quien lo haga volver...
CARMELA.– Pobre Ángel...
ANDRÉS.– *(Nervioso.)* ¿Dónde está ese vino, Paco?
PACO.– *(Llenándole el vaso.)* Aquí lo tienes...

*(*ANDRÉS *bebe sin dejar de mirar a la* CARMELA.*)*

ANDRÉS.– *(Luego de limpiarse los labios.)* Cada uno tiene que espabilarse... Aquí no estamos en el pueblo... Barcelona es para los hombres. Hay que luchar. Aquí no hay ni hermanos, ni sobrinos, ni tíos...
MANUELA.– Por Dios, Andrés...
ANDRÉS.– Yo he sudao, ¿no? Yo me rompo el espinazo, ¿no? Trabajo diez y once horas. Tengo derecho a tener tranquilidad en mi casa... ¿Lo oyes, Carmela?
CARMELA.– Sí..., te oigo... *(Está a punto de llorar.)*
ANDRÉS.– Y tengo a mi hijo... Y más que tiene que venir...
MANUELA.– *(Comprensiva.)* El Ángel también se casará...
CARMELA.– Eso es lo que me gustaría; verlo casao, mujer...
PACO.– No sé que tiene la juventud esta, no sé...
ANDRÉS.– Ya estás con las mismas de siempre...
MANUELA.– Que no les gusta trabajar...
PACO.– A nadie le gusta trabajar, mira tú...
ANDRÉS.– Si me dejaran a mí, verías cómo se iba a acabar todo, pronto...
CARMELA.– *(Como despertando de un sueño.)* ¿Qué hora es, Manoli? Pero... ¿va bien ese reloj?
MANUELA.– Cinco minutos atrasado, me parece, vamos creo yo...
CARMELA.– Huy, pues ya nos estamos marchando...
PACO.– ¡Qué prisa tenéis!
ANDRÉS.– Tú verás... Entro a trabajar hoy a las once... Hasta las dos de la madrugada...
CARMELA.– *(Nostálgica.)* Se van acortando tanto los días... Debe ser muy triste el invierno, en Barcelona...
ANDRÉS.– ¿Es que no hemos pasado otro?
CARMELA.– Como llegamos en febrero...

ANDRÉS.– Venga, ve arropando al niño...
MANUELA.– Tenéis que venir pronto... ¡Eh! Déjame que bese al niño... ¡Qué rico está!
CARMELA.– *(Mientras arropa al niño.)* También el Ángel... Podía haber entrado...
ANDRÉS.– Venga, que se hace tarde...
MANUELA.– Ya volverá el Ángel... ¿Qué va a hacer un chico solo? Y se casará pronto... Ya verás...
PACO.– No hay más remedio que volver a los carriles... Es la vida...
ANDRÉS.– Pues que se espabile..., que si uno no se busca un porvenir pronto..., no sé...
CARMELA.– No sé qué porvenir tenemos nosotros tampoco...
ANDRÉS.– ¿Es que vas a empezar a cabrearme?
MANUELA.– Bueno. ¿No iréis a pelearse otra vez? No sé que tiene esta casa, que todo el mundo viene a pelearse...
CARMELA.– Todo lo que hablo le parece mal, chica...
ANDRÉS.– *(Al* PACO.*)* ¡A ver si un día nos corremos una buena, tú y yo!
MANUELA.– Lo que faltaba... Eso queda para los solteros, pal Ángel. Ustedes bastante tenéis con trabajar y cumplir con vuestras obligaciones...
ANDRÉS.– Claro... Y vosotras, a pasarlo bien...

(Se besan muy tiernas, la CARMELA *y la* MANOLI.*)*

CARMELA.– ¿Cuándo vendrás a verme?
MANUELA.– Un día de la semana que viene...
CARMELA.– Yo no salgo de casa en todo el día; figúrate, con el niño...
ANDRÉS.– Y el puesto de una mujer está en su casa...
CARMELA.– Entre paredes todo el día. En el pueblo, mujer, era otra cosa... Salías a la puerta, charlabas con una y con otra..., qué sé yo... Aquí se aburre una...
ANDRÉS.– ¡Cuánto cuento tienes encima!
MANUELA.– ¡Bueno, Andrés, no seas malo!
ANDRÉS.– ¿Malo yo? Si...
PACO.– Hala, adiós...

(Salen al fin. El matrimonio sale a la puerta a despedirlos.)

MANUELA.– Abriga bien al niño, que ya hace relente...
CARMELA.– Ya está encima el invierno...
ANDRÉS.– Bueno, adiós...

(Doblan la esquina y el matrimonio se mete en la casa. La CARMELA *se detiene un momento a cambiar al niño de brazo. La calle está llena de nostalgias.)*

ANDRÉS.– ¿Qué pasa ahora?
CARMELA.– Huy..., tú sabrás lo que pasa. *(Pausa.)* Parece como si hiciera tantos siglos que no veníamos por este barrio... Y los malos recuerdos que tengo de él.
ANDRÉS.– Espera que no los tengas peores...
CARMELA.– Luego dices que tú no eres agorero...

(Echan a andar. Y al pasar frente al bar...)

CARMELA.– ¿Y si nos sentáramos un poquito aquí, Andrés...?
ANDRÉS.– Es muy tarde...
CARMELA.– Pero mira qué vista tan maja... Huy, qué lucerío...
ANDRÉS.– ¿Qué te pasa? ¿Por qué te has puesto tan tonta?

(Fuera de sí.)

CARMELA.– ¿Yo?
ANDRÉS.– Sí, tú... ¿Te crees que soy tonto, o qué? El pijo ese, el Ángel que te ha soliviantao la sangre...
CARMELA.– ¿El Ángel? Ni me acordaba del santo de su nombre ahora...
ANDRÉS.– ¿No? ¿No? Me alegro..., porque como vuelvas a las andadas...
CARMELA.– Tonto, más que tonto..., cómo se conoce que me quieres... *(Le besa.)* Mira, mira qué bonita..., qué lucerío...
ANDRÉS.– Y no saldremos nunca más de Barcelona... Nos hemos hecho un hueco...
CARMELA.– ¡Qué bien!
ANDRÉS.– Ahora, a educar a nuestros chavales y a trabajar...

CARMELA.– Gracias a ti, Andrés...
ANDRÉS.– *(Autoritario.)* Vámonos...

(Descienden lentamente por el terraplén que va a la ciudad. Pausa. Un halo de neblina aureola la bombilla del bar. Se oye un lejano cante flamenco y tintineos de tranvías por abajo.)

(A poco, aparecen emergiendo por el terraplén, los dos MUCHACHOS *que vimos al iniciarse la obra. Vienen como endurecidos. Visten cazadoras de piel y traen una maleta cada uno. Al llegar arriba se detienen y dejan la maleta en el suelo.)*

MUCHACHO 1.– Bueno..., ya hemos llegado...
MUCHACHO 2.– Qué ganas tenía de volver a estar aquí..., aquí mismo... Mira las luces...
MUCHACHO 1.– Lo mismo de siempre... El bar del sr. Frasquito... Donde esté España, que se quite todo...
MUCHACHO 2.– A lo mejor mi madre no está en casa...

(Se ha abierto la puerta y aparece el SR. FRASQUITO.*)*

SR. FRASQUITO.– Pero ¿cómo? ¿Vosotros?
MUCHACHO 1.– Sí señor..., nosotros...
SR. FRASQUITO.– ¿De vuelta ya?
MUCHACHO 1.– De vuelta...
SR. FRASQUITO.– ¿Dónde habéis estado? ¿En Francia?
MUCHACHO 2.– En Francia y en Suiza y en medio mundo.
SR. FRASQUITO.– Y habéis vuelto..., ¿eh?

(Pausa.)

MUCHACHO 2.– Yo me voy a ver mi madre...
SR. FRASQUITO.– Pasar a tomar una copa... Hay que celebrarlo...

MUCHACHO 1.– ¿Celebrarlo? Bueno...
SR. FRASQUITO.– *(Encaminándose con los chicos hacia el bar.)* ¿Y qué? ¿Qué pinta por esos mundos de Dios?
MUCHACHO 1.– En todos los sitios cuecen habas, sr. Frasquito...

(Telón.)

LA MANO NEGRA

Personajes

Mozo 1
Mozo 2
El Cojo
Sole
La vieja
Tobalo
El Chispa
Pablo
El León
Antón
El Lebrija
El aperador
Micaela
Guardia 1
Guardia 2
El sargento
Guardias civiles
Gañán 1
Gañán 2
Gañán 3
Gañán 4

La acción, en un cortijo de Andalucía, por los años de 1911.

ACTO PRIMERO

Gañanía del cortijo de Venegas, por tierras de serranía, entre las provincias de Córdoba y Jaén. Es un camaranchón destartalado, anejo a las cuadras contiguas. Techo abovedado y sombrío de humos y humedades. En un rincón un gran hogar donde se guisa la comida de los gañanes arranchados. Una mesa larga ocupa una de las paredes laterales. Al lado del hogar se inicia una escalera que conduce al sobrado, donde duermen los mozos. Hay colgados en las paredes arreos de mulas, ristras de ajos, guindillas, etc. Unos velones de lucerna difunden una luz parpadeante. Por una ventana enrejada se descubre la melancolía de la sierra al atardecer. Puerta que da a las cuadras. Otra que da al corral.

(La acción se inicia un atardecer frío de marzo. En el rincón del hogar se adivina el bulto de una mujer que atiende el guiso que se cuece en la gran marmita. A su lado, sentada en el poyo junto al fuego, una VIEJA *con el rosario en la mano cruza con la otra palabras mezcladas al rezo. Sentados en banquetas, junto a la mesa, dos jóvenes gañanes de unos diecisiete años aprenden a leer sobre una cartilla mugrienta. El* MAESTRO *es un viejo cojo, corpulento y sombrío. Al fijarse en él se percibe que, más que viejo, está aviejado. Los dos* MOZOS *aparecen cansados. Uno de ellos apoya su cabeza sobre la mano y el codo sobre la mesa, y se le cierran los ojos ante la lectura. El* MAESTRO *tiene la cartilla colocada verticalmente ante ellos y les va señalando las sílabas.)*

MOZO 1.– *(Luego de titubear un momento.)* Pa... ta...
MOZO 2.– Ca... ma...
MOZO 1.– Que... na...
EL COJO.– ¿Cómo? *(El chico le mira embobado.)* ¿Qué letra es ésta?
MOZO 2.– ... La que...
EL COJO.– ¿La qué? *(Al otro.)* Tu...
MOZO 2.– Ce... *(Pronuncia a la andaluza.)*
EL COJO.– *(Remarcando el sonido.)* Ce, ce... Ze... ¿Y la c con la e? *(Al* MOZO 2, *que va a decirlo.)* No, tú no... Este que está dormío hoy...
MOZO 1.– *(Que se cae de sueño.)* ¿La c con la e...?, *(Lo ha dicho con cierta cantinela escolar.)* que...
EL COJO.– *(Dándole un coscorrón suave.)* Espabila, chaval... La c con la e...
MOZO 2.– Ce...
EL COJO.– *(Al* MOZO 2.*)* A ver si te callas tú... Le estoy preguntando a éste... *(Al* MOZO 1.*)* Ce... ¡Vamos, lee...!
MOZO 1.– *(Con voz cansada.)* Ce... na...
EL COJO.– Cena... *(Señalando al otro mozo otras sílabas.)*
MOZO 2.– Ci... to...
EL COJO.– Fíjate bien, hombre...
MOZO 2.– Ci... to...
EL COJO.– ¿Cito?... *(Al* MOZO 1.*)* A ver, tú...
MOZO 1.– Qui... to...
EL COJO.– ¡Anda, salero!... Cómo vienes hoy... ¿Te ha picao un bicho? *(Al* MOZO 2.*)* Vamos, tú, ¿qué letras son éstas...?
MOZO 2.– C... ne... te...
EL COJO.– La c con la i y con la n, ¿qué hacen?
MOZO 2.– *(Mirándole embobado.)* La c con la i...
EL COJO.– Pero no me mires a mí, que no lo tengo en la jeta... *(Señalando la cartilla nervioso.)* Aquí, aquí es «aonde» ties que mirar, gorrión, que paeces un gorrión arrecío... *(Le aprieta las narices. El otro se ríe infantil.)* ¡Vamos..., valiente...!
MOZO 1.– *(Como iluminado de pronto.)* ¡Cin...!
EL COJO.– Ya está. *(Volviéndose a las mujeres.)* Cuando tien que contestar, no contestan, y cuando le toca al otro... ¡Vaya un par de catetos que ma costao desaznar...! *(Al* MOZO 2.*)* ¿Lo estás viendo, gorrión? La c con la i y con la n hacen cin, cin, cin... Que se te clave en la chola, cin. *(Le da un*

ligero coscorrón.) Es que no se cuál «seis» más burro de los dos... Venga, lee...

MOZO 2.– Cin... to...

EL COJO.– *(Dando un suspiro.)* ¡Ya salió por fin la madre el cordero! Cinto. Que trabajito «mos» cuesta. Cinto. ¿Es que no sabéis ustedes lo que es el cinto? Pos «sus» lo voy a enseñar... *(Se desata el cinturón y se lo enseña a los otros, que se ríen, aunque se apartan con cierto temor, pues el otro lo ha doblado y lo esgrime con una sonrisa torva.)* Esto es el cinto... No sus apartéis, venir aquí..., que sus quiero mucho... Que no sus pego... *(Los otros vuelven.)* Pero mira: vamos a dejar qui el cinto *(Lo pronuncia muy bien.)* pa si hace falta. Venga. Al que se me equivoque: cintazo y tentetieso... *(Los chicos se ríen, pero se acomodan bien en la banqueta y meten las narices en la cartilla.)*

EL COJO.– *(Al* MOZO 1*.)* Vamos tú... *(Señala una sílaba.)*

(El MOZO *deletrea la sílaba. El otro sigue el mismo juego y ahora parece que las cosas van saliendo mejor. Hablan las* VIEJAS*, y sus palabras son subrayadas por la cantinela del* MAESTRO *y los discípulos.)*

LA SOLE.– *(Que es la mujer que atiende el guiso.)* Qué pacencia se nesecita... ¡Pobre hombre...! *(Señala al maestro.)*

LA VIEJA.– Madre de los Dolores... Con lo grandullones que son... Pa lo que va a aprovecharles. Se van a pasar la vía «estripando» terrones.

LA SOLE.– Es lo que yo digo. Ahora les da por aprender de letra. Pa lo que les va a servir... *(Husmeando el guiso.)* Pos la comía ya está hecha... Ahora a ver si vienen pronto.

LA VIEJA.– *(Mirando hacia la ventana.)* Ya se notan los días. Entoavía hay luz en la Sierra...

(Al oír estas palabras, uno de los muchachos se ha vuelto a mirar con nostalgia a la ventana. El MAESTRO *le vuelve la cabeza hacia él como si fuera un tornillo.)*

EL COJO.– ¿Es que te interesa más lo que pasa por ahí? Venga... *(Señala con una mano el silabario y con la otra coge el cinturón doblado.)*

MOZO 1.– *(Mirando alternativamente al silabario y a la correa.)* Ta... *(Al ver la cara del* MAESTRO *frunce el ceño como si hiciera un esfuerzo para pensar.)* Ta... *(El otro* MOZO *sonríe como dando a entender que lo sabe.)*

EL COJO.– *(Al otro.)* Tú...

MOZO 2.– Tal... *(Corrigiendo en seguida.)* Tas...

MOZO 1.– *(Como iluminado.)* Tan...

EL COJO.– *(Que había levantado el cinturón aunque sin intención de golpear, sino solamente para amedrantarles.)* Tan, tan... la t con la a y con la n... Tan... Estáis dormíos hoy... Que «sus» voy a tener que dispertar, que entoavía no me conocéis... *(Dulcificándose y en tono amical.)* ¿Habéis «currelao» mucho hoy, u qué?

MOZO 1.– Regular...

LA SOLE.– *(Interviniendo desde su rincón.)* Notarán el hormiguillo de la primavera...

MOZO 2.– Yo tengo sueño. Y hambre...

LA SOLE.– Pos me paece que va pa rato; que ésos no tien traza de venir y entoavía tie que venir el señor pal rosario. La comía ya está prepará...

LA VIEJA.– Yo me espero pal rosario...

EL COJO.– Bueno..., descansaremos un ratillo... Echaremos un cigarrillo... *(Saca el paquete de picadura y se pone a liar un cigarro. Los otros se relajan satisfechos.)*

MOZO 1.– *(Refiriéndose a la lectura.)* Es que tenemos la cabeza mu dura, señor Santos...

EL COJO.– Ya «sus» la ablandaré yo, perder cuidao... *(Al ver que los chicos miran con envidia el cigarrillo.)* ¿Qué? ¿Es que fumáis vosotros ya, u qué? Seguro que ya echáis un cigarrillo por ahí. Pero delante de mí no sus quiero ver fumar...

MOZO 2.– No, señor, no fumamos...

EL COJO.– Ya..., valiente par de gorriones estáis hechos. Si, ya, ya, ya me he enterao de muchas cosas... *(Les guiña un ojo.)*

MOZO 2.– ¿De qué «sa enterao» usted?

EL COJO.– De na... Que el domingo «andasteis» por el pueblo mu acicalaos y a la vera del Molino...

MOZO 1.– *(Se ríe y se pone colorado.)* ¿Quién se lo ha dicho?

EL COJO.– Un pajarito...

LA SOLE.– *(Riendo.)* To se sabe. Pa eso han puesto el «telégrafo»...

EL COJO.– Vaya par de gorriones... Sí, hombre... Ya veréis, ya..., como «sus» cojan los de la Mano Negra...

(Se ríen los dos chicos. Entra el TOBALO *procedente de las cuadras contiguas. Trae una silla de montar al hombro, que deja en un rincón.)*

TOBALO.– A las güenas tardes la compaña...

LA SOLE.– Vaya, ya llega uno... Sus retrasáis hoy...

TOBALO.– Por ahí viene ya la tropa con más hambre que un maestro escuela. *(Al* COJO.*)* Y perdona...

EL COJO.– No hay na que perdonar. Además que yo no soy más que un maestro aficionao... Lía un pitillo, Tobalo...

TOBALO.– *(Cogiendo la petaca.)* Gracias... *(A los muchachos.)* Y vosotros, ¿qué?... ¿Ya habéis dao la lición? *(Al* COJO.*)* Vaya descípulos que tienes, Cojo. Toa la tarde de Dios me han estao dando la tabarra pa que los dejara venirse a dar la lición. *(Imitándoles.)* «Que ya son las seis, señor Tobalo.» Y entoavía no había sonao el cuarto. *(A los chicos.)* ¿Sus habéis venío derecho, o sus habéis entretenío por ahí? *(Al decir esto ha guiñado un ojo al otro.)*

MOZO 1.– Que lo diga el señor Santos...

EL COJO.– Sonás las siete estaban aquí... *(Lo dice de broma.)*

EL TOBALO.– ¿No te digo? Pos antes de las seis los solté yo...

MOZO 2.– *(Riendo.)* Habemos ido a un mandao...

EL COJO.– Los estaba diciendo lo del Molino...

EL TOBALO.– *(Reparando en la correa del maestro, que sigue sobre la mesa.)* Y eso ¿qué es? *(Moviendo la mano significativamente.)* ¿Es que ha habido jarana? *(Dando una palmada al* COJO.*)* Pos ya era hora, maestro, que se pusiá un poco severo con estos holgazanes. Que ties mucha pacencia. Ahora, que si te pones en ese plan vas a tener pocos descípulos. Mía tú que yo mismo estaba barruntando el que me enseñaras de letra; pero gachó cualquia se arrima a ti con esa zurriaga. *(Ha cogido el cinturón y lo examina.)* Ahora, que si quieres, yo tengo ahí *(Señala la cuadra.)* un vergajo de toro que...

(Los CHICOS *se ríen, y el* MAESTRO.*)*

EL COJO.– Oye: ¿y los otros? ¿Es que ya no quieren aprender?

EL TOBALO.– ¿Quién? ¿El Centeno? ¿El Manolo? Dicen que son mu viejos...

EL COJO.– Nunca es tarde pa aprender...

EL TOBALO.– Ya sabes que yo permiso les daba pa que se vinieran con éstos. Pero tiran pa el azadón. Y ahora que hay un poco trabajo desfrutan más con la viña que con la cartilla. No tien remedio. Yo tampoco. Semos analfabetos y qué lo vamos a hacer...

EL COJO.– Pues me paece que como sigáis así me quedo sin «descípulos». Ya sólo me quedan éstos de los diez que eran al «prencipio».

TOBALO.– ¿Diez? Nueve eran...

EL COJO.– Diez con la chica la Indiana.

LA SOLE.– Mira tú la chica la Indiana pa que «quedrá» aprender de letra. Más la valiera que aprendiera costura...

LA VIEJA.– *(Asintiendo con la cabeza.)* Las mozas de ahora no saben coger una aguja. Yo... *(Baja la voz y cuchichea con la* SOLE.*)*

EL COJO.– Y éstos, que me paece que se van a cansar mu pronto...

TOBALO.– *(Que se ha sentado junto al* COJO.*)* Deja que pase el tiempo, Cojo, y que falte el trabajo y que el mocerío no sepa qué hacer, y ya verás cómo vienen a tu vera... *(Señalando el cinto.)* aunque les zurres con eso. Ahora sucede que están encariñaos con el trabajo. Déjales que desfruten con la azá, Cojo; pa cuando falte...

EL COJO.– *(Con cierta melancolía.)* Ellos sabrán lo que hacen... Pero yo, Tobalo, si no tengo «descípulos», no pinto na aquí. Ya lo sabes...

TOBALO.– *(Hablando muy lento.)* «Descípulos» tendrás, porque éstos *(Señala a los chavales.)* seguirán desaznándose, porque lo mando yo... *(Dirigiéndose a ellos.)* ¿No? *(Los muchachos asienten.)* Y «manque no tuviás descípulos», Cojo, aquí tendrás siempre un plato caliente cuando haiga, y cuando no, un «hoyo» de aceite y cobijo, porque también lo mando yo...

EL COJO.– Gracias, Tobalo. Gracias y que Dios te lo pague. Pero falta saber lo que piensa el aperaó...

TOBALO.– Aquí dentro mando yo. Afuera manda ése. El aperaó, que se meta en lo suyo; aquí el chulo, yo. Mismamente como en la prisión. El celador de rastrillo pa ajuera, el matón pa adentro. Y no se hable más. Y ya pues seguir desaznando a estos catetos, que yo ni digo ni pío; sus escucho por si se me pega algo, manque me paece que en este «coco» *(Se da*

un coscorrón en la cabeza.) ya no entra na... *(A los* CHICOS.*)* Ea..., que sus vea yo. *(Coge el cinturón.)* Y a ver si andamos listos...

EL COJO.– *(Quitándole el cinturón.)* Trae. *(Se lo pone.)* Vamos a dejarlo por hoy, que los chavales están cansaos; que ya me han dicho que los haces currelar como burros...

TOBALO.– ¿Quién? ¿Yo? ¡Güeno!... *(Hace ademán de darles un coscorrón, pero cariñosamente.)* Demasiao los mimo, que paece que están en su casa... De seguro que su pare no los trata como yo... ¿Miento, muchachos? *(Ellos mueven la cabeza sin dar a entender nada.)* Ahí viene la tropa...

(Entra, procedente de la puerta de las cuadras, la tropilla de GAÑANES *de distintas edades, aunque todos mayores que los dos muchachos. Visten blusilla, gorra, etc., al estilo de principios de siglo. Rezuman miseria y ganas de vivir. Están curtidos por el sol y el viento. Y tienen los movimientos ágiles y felinos de los labriegos del sur. Vienen cansados, sucios. Pero alegres por el trabajo y deseosos de un rato, por pequeño que sea, de libertad. Al entrar, algunos, con el hatillo al hombro, suben las escaleras que conducen al sobrado donde están las yacijas, sin duda con ánimo de estirarse un poco. Otros van a calentarse en la lumbre. Otros se sientan y otros se unen al grupo del* COJO, *el* TOBALO *y los muchachos. La estancia parece animarse, llenarse de fuerza y brío.)*

EL CHISPA.– *(Un treintañero, flaco, nervioso, de ojos brillantes, entrega un puñado de papeles al* COJO *y se sienta a su lado entre él y* TOBALO.*)* Mira, Cojo, mira lo que... que... afa... afané de la Venta *(Tartamudea un poco debido a su nerviosismo.)* Pape... peles de Madri y ta... tamién de Córdoba... Mi... mira Cojo, mira... Este... *(Levantando el periódico.)* Ezte es Ma... Machantini...

TOBALO.– ¿A ver? Mazantini... ¡Mazantini, cateto...!

EL CHISPA.– Mazantini... ¡Jozú, qué torero!... Mi... mi... *(Cogiendo otra vez los papeles con entusiasmo.)* El... ¡El Gue... Guerra...!

(Otros dos intervienen en el papeleo. Los chicos también miran entusiasmados la fotografía del torero.)

PABLO.– *(Otro* GAÑÁN, *más reposado que el* CHISPA.*)* Ése es Mazantini... Sí señó... En la Feria de Córdoba lo vi el año pasado... Mare, qué torerazo... *(Al otro.)* Mira tú, Mazantini... *(Se van pasando el papel de mano en mano.)*

LEÓN.– *(Otro gañán joven.)* Lee lo que dice, Cojo... ¡Callarsus!... Lee, Cojo...

TOBALO.– No lo leas, Cojo. Diles que aprendan de letra. ¿Por qué no venís, como éstos, *(Señala los chavales.)* a aprender, ¿eh?

EL CHISPA.– Güeno, ya, ya... vendremos... Lee, Cojo...

(Se acerca un muchacho tímido, renegrido y se dirige al COJO.*)*

ANTÓN.– Oye, Cojo, ¿te has acordado del mandao aquel...?

EL COJO.– ¿Qué mandao? ¡Ah, sí!... No sufras, hombre. Ya lo tengo...

ANTÓN.– Escríbeme la carta, Cojo...

EL COJO.– ¿Ahora mismo? Aluego, cuando comamos...

LEÓN.– Asiéntate ahora aquí, chavea, que mos va a leer la corría...

ANTÓN.– ¿Me la escribirás?

EL COJO.– Sí, hombre...

TOBALO.– *(Haciendo sentar a la fuerza al otro.)* Ahora calla y escucha... Lee, Cojo...

EL COJO.– *(Que está leyendo el papel por otra parte.)* ¿Qué queréis que «sus» lea? ¿Esto? *(Lee con sorna.)* «Más crímenes atribuidos a la Mano Negra. Según noticias de Córdoba...»

TOBALO.– *(Dando la vuelta al papel con una sonrisa.)* Aquí, Cojo, aquí... Lo del Mazantini...

EL COJO.– ¡Ah...!

EL CHISPA.– Pos... ¿no sabéis uz... uztedes?... Que... que... dicen que en el Cortijo de la Pa... Paloma... que...

TOBALO.– *(Dándole un coscorrón.)* Calla y escucha... Aluego mos explicarás lo del Cortijo de la Pa... Paloma... *(Remedándole.)*

LEÓN.– Lee, Cojo; lee de una puñetera vez, me cagüen...

EL COJO.– ¿Queresis que «sus» lea esto de la Corrida de la Beneficencia? Yo creo que «sus» interesaba más lo de la Mano Negra...

PABLO.– Aluego lo de la Mano Negra...

EL TOBALO.– ¿Te crees tú que el Cojo no tie otra cosa que hacer que leer los papeles a catetos como tú?... Y ahora callarsus y escuchar... *(Al* COJO.*)* Y tú, deprisa, que ya mismo está aquí el aperaó pal rosario... Venga...

EL COJO.– *(Leyendo ante la expectación de todos.)* Ayer, con gran brillantez, se celebró la tradicional Corrida de Beneficencia en la nueva Plaza de las Ventas con asistencia de Sus Majestades el Rey Don Alfonso XIII y la Reina Doña Victoria. En los palcos principales, contiguos al palco regio, bellas señoritas ataviadas con peineta y mantilla presidieron el festejo, que resultó muy lucido...

(Va bajando la voz. Los otros escuchan embobados y no se oye más que el cuchicheo de las dos mujeres y otros dos hombres, que enseguida dejarán el rincón del fuego y se acercarán a escuchar aquello. Incluso la SOLE *procura atender desde su sitio.)*

A las cinco menos cuarto de la tarde dio comienzo el festejo. Una lucida comitiva de calesas ocupadas por la Junta de Damas de la Beneficencia dio la vuelta al ruedo, una vez terminado el paseíllo, entre las grandes aclamaciones del público, que también había vitoreado a Sus Majestades, que correspondieron con su simpar simpatía. A continuación se soltó el primer burel de la ganadería de Pablo Romero, de nombre «Lobato», astifino, escurrido de carnes. El diestro Mazzantini lo recoge con media docena de verónicas soberbias, que son ovacionadas por el público... *(La expectación crece.)* Toma luego el bicho tres varas y media, derribando al picador en la segunda...

PABLO.– *(Interrumpiendo.)* En Córdoba, el año pasao un toro mató tres caballos...

TOBALO.– ¡Güeno, calla!... Sigue...

EL COJO.– ... que son ovacionadas por el público. Toma luego el bicho tres varas y media...

LEÓN.– Pos ya son varas...

EL COJO.– ... derribando a la segunda..., eh... *(Titubea.)* Una vez banderilleado vistosamente, el maestro toma los trastos de matar y se dirige a su enemigo con paso lento y seguro. Antes había brindado la muerte de su enemigo a Sus Majestades Reales...

(En este momento entra por la puerta del corral el APERADOR *o capataz: un hombre cincuentañero, serio, cumplidor; en suma, el clásico hombre de confianza de los cortijeros que ya no tiene voluntad y sigue su función sin pensar en ella. Al verle se levantan todos y se interrumpe la lectura.)*

LA SOLE.– Güenas tardes le de Dios, señor Mariano...

EL APERADOR.– Güenas tardes tenga la compañía... *(Intenta mostrarse simpático.)*

EL COJO.– Aquí estaba leyendo a los muchachos unas cosillas de toros...

EL TOBALO.– *(Sonriendo.)* La corría de la «Benefecencia» de Madrid, don Mariano...

EL APERADOR.– *(Soltando una especie de gruñido.) (Refiriéndose a la fotografía que campea en los papeles que tiene el* COJO *en la mano.)* ¿Ése es Mazantini?

EL CHISPA.– Ma... Mazantini..., sí señor...

EL APERADOR.– Güeno..., asentarse... *(Volviéndose a las mujeres.)* ¿Habéis rezao el rosario?

LA SOLE.– No señor. Le aguardábamos a usté, como siempre.

EL APERADOR.– Hoy me he retrasao con el señorito. Y lo vais ustés que tené que rezar solos, porque tengo que irme a un mandao. Conque eso es lo que quería deciros: que vayáis rezando el rosario, por si me retraso.

(El COJO *ha guardado los papeles con pena y los hombres se van poniendo otra vez en pie. Alguno saca un rosario del bolsillo con tono de rutina.)*

EL APERADOR.– Oye, Tobalo... Que no te acuestes sin verme, que tenemos que tratar una cosilla...

EL TOBALO.– Sí, señor. Descuide...

EL APERADOR.– ¿Qué más? Ah, sí, ¿aónde está el Lebrija?

(Todos miran alrededor buscando al LEBRIJA.*)*

TOBALO.– ¿Aonde está el Lebrija?
LA SOLE.– *(Que estaba atizando el fuego.)* Tenga usté, señor...

(El APERADOR *coge los papeles y los hojea.)*

El MOZO 1.– *(Baja las escaleras.)* Aquí viene, don Mariano... *(Aparecen enseguida el* LEBRIJANO, *hombre treintañero muy apuesto, de gran belleza varonil; tras él viene otro* GAÑÁN. *Vienen con desgana.)*
EL LEBRIJA.– ¿Me mandaba usté llamar, don Mariano...?
EL APERADOR.– *(Levantando la vista de los papeles.)* ¿Aónde te metes?
EL LEBRIJA.– *(Sonriendo.)* Me había tumbao un ratito...
EL APERADOR.– ¿Tú no rezas el rosario?
EL LEBRIJA.– Sí, señor. Lo que pasa es que... «mos» habíamos tumbao yo y éste mientras usté venía...
EL APERADOR.– *(Con benevolencia.)* Me parece que estás hecho tú un buen perro. Que te gusta el catre demasiado... *(Se ríen todos con risas más bien forzadas.)* Pos mira, hoy tampoco vas a rezar, que el señorito quiere verte...

(Al oír esto se le oscurece el semblante al LEBRIJA.*)*

EL LEBRIJA.– Sí, señor... Lo que usté mande...
EL APERADOR.– Conque... vente conmigo. Y vosotros rezar el rosario y aluego a dormir pa que mañana estéis ligero... *(A la mujer.)* Sol, tú te encargas de que recen. Ya sabes que el señorito nunca se acuesta sin preguntarme por esta gente. ¡Es mucho hombre don José María!... ¡Ea!... Lo dicho. Y tú, Tobalo, que me veas antes de irte al catre. ¡Con Dios!... *(Al ir a marcharse, el* LEBRIJA *va tras él como un perro con la cabeza gacha; se vuelve al* COJO.*)* Oye, Cojo..., aluego te traigo los papeles estos. Mientras ustedes rezáis el rosario y yo aguardo al señorito, quiero echarlos un vistazo... Ya mismo te los devuelvo... Con Dios... *(Sale seguido por el* LEBRIJA.*)*

(Una vez ha salido, gran contrariedad del CHISPA *y los otros taurófilos. La* SOLE, *inmediatamente, da unas palmadas.)*

LA SOLE.– Ea... Ya habéis oído... Arrimarse a la candela... *(A la* VIEJA.*)* Usté, agüela, lleve la cuenta. ¿Se ha quedado alguien arriba? Muchacho: sube por si se ha quedao alguno arriba. Ea..., que hay que rezar. El que no rece no come...

(Los hombres en su mayoría se arriman al fuego y se sientan junto a la VIEJA, *en banquetas o en el mismo suelo, con aire de indiferencia o cansancio. El grupo formado por el* COJO, *el* TOBALO, *el* CHISPA, *el* PABLO *y el* LEÓN, *permanecen en el rincón de la mesa muy contrariados por la pérdida de los papeles.)*

LA SOLE.– *(Advirtiendo a los remolones y después de que uno de los muchachos ha bajado del sobrado diciendo que allá arriba no queda nadie.)* ¿Vosotros no queréis rezar, u qué?

TOBALO.– *(Que toma la palabra por todos.)* Desde aquí rezaremos, Sole. No tenemos frío pa necesitar de candela... Eso se queda pa las mujeres... *(Los que están junto a él, menos el* COJO, *ríen su gracia y la dan palmadas. Los hombres que han ido «hasta la candela» apenas se sienten molestos. Están acostumbrados a todos.)*

LA SOLE.– Güeno..., que sus vea yo rezar, que aluego no quiero que digan que soy una «malmandá». Ustedes sabéis cómo las gasta don Mariano... Ea...

(Los segregacionistas se encogen de hombros y se vuelven a sentar donde estaban. Los dos muchachos que habían ido al hogar, enseguida que comience el rezo, irán replegándose hasta volver a unirse al otro grupo.)

LA SOLE.– *(A la* VIEJA.*)* Vamos, agüela...

(La VIEJA *empieza en un tono bisbiseante y rutinario que apenas se oye: «los misterios que hemos de contemplar hoy son los de dolor...». En el grupo de los disidentes hay primero mucho silencio, y sigue el primer avemaría.)*

VIEJA.– Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo y bendito sea el fruto de tu vientre Jesús...

TODOS.– Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén, Jesús...

EL CHISPA.– *(En el intervalo entre una y otra avemaría.)* Ta... ta... tamién ha sío ma... ma...la pata... que nos haigamos quedao sin co... corría...

TOBALO.– Tie una sangre mu negra el don Mariano... Santa María, Madre de Dios...

PABLO.– Si queréis, yo sus pueo contar la corría que vi el año pasado en la Feria de Córdoba...

EL LEÓN.– Ya «mos» la has contao cien veces... Santa María, Madre de Dios...

(Poco a poco la conversación del grupo se va despegando de las avemarías y su conversación termina resaltando sobre el rezo bisbiseante de los que están junto al fuego. Al principio, la SOLE *les observa de reojo y mueve la cabeza. Por último, se desentiende de ellos y reza en el grupo. Así se divide pronto la escena.)*

EL CHISPA.– Pos que «mos» lo cuente otra vez... Venga, Pablo...

TOBALO.– *(Con sorna.)* Chiss..., callarsus y rezar...

EL LEÓN.– *(Al* COJO.*)* Tú nunca rezas... Mueves los labios, pero no rezas, gorrión, que te tengo guipao... *(Se ríe el* COJO.*)*

EL CHISPA.– Pos di... dicen que antié... antié..., que... q... que los caballistas han colgao del pezcuezo a los del co... cortijo de la... Pa... Paloma...

PABLO.– ¿Queréis que sus cuente la corría...?

EL LEÓN.– Sí, Pablo... Cuenta, muchacho...

EL COJO.– Hablar más bajo, niños... Cuenta...

PABLO.– ¡Jozú, qué corría...! En cien años que viva, que no se me olvida. Madre, qué día... Yo y mi compadre, el Tato el de La Puebla, habemos disfrutao como nunca. Figurarse que destriparon cinco caballos, cinco...

TOBALO.– ¿Cinco? Eres un desagerao...
PABLO.– Por mi madre, cinco...
EL CHISPA.– ¿Y... Y... se... le han sa... salío las tri... tripas ajuera?
PABLO.– Toas las tripas ajuera. Chacho..., qué corría...
TOBALO.– ¿Y el Mazantini?
PABLO.– Pos el Mazantini se llevó una pita de miedo. Escoltao por la Guardia Civil salió. Se meaba de mieo con aquellos Miura...
EL LEÓN.– ¿Cómo eran los Miura?
PABLO.– Jozú..., vaya bichos... Comenzaba a salir toro de los toriles y no se terminaba nunca de salir. ¡Chacho!..., unos pitones como de aquí a la Indiana. Pos ¿y loz mugío que pegaban? Muuu... Muuuu... Muuuu...

(Se ríen todos, menos el COJO.*)*

EL GRUPO.– *(Riendo la gracia.)* Muuu... Muuu... Muuu... *(Los muchachos se retuercen de risa.)*
LA SOLE.– *(Volviendo la cabeza.)* Ea... A ver si va poder ser...
TOBALO.– Chisss... *(Ahora se enhebran a las avemarías.)*
TODOS.– Santa María, Madre de Dios, etc.
EL CHISPA.– Se... se necesita tenerlo too bien apa... apañao pa... pa ponerse de... delante un bicho de esos...
TOBALO.– Pos aquí el León bien que se puso...
EL CHISPA.– Pe... pero... le dio can... canguelo...
EL LEÓN.– *(Elevando la voz.)* ¿Quién, yo? ¿Canguelo...? Pero ¿qué dices, chaval? ¿Canguelo del toro?
TOBALO.– Del toro, no; pero de los guardias sí...
EL LEÓN.– Si a ti te hubián estao zumbando toa la noche en el cuarteliyo, a ver si te quedaban ganas de volver a arrimarte a los toros...
PABLO.– Güeno..., ¿sus sigo contando?...
EL LEÓN.– *(Siguiendo con su tema.)* Y yo porque ahora no me dejan arrirmarme a un cerrao, porque siempre hay quien va con el cuento a los ceviles, que si no...
TOBALO.– Pos, León, si los «ceviles» pegan, más pega el toro...
EL LEÓN.– Pos pa que te enteres, que no me da mieo ni el toro ni los ceviles...

(Al oír esto vuelven todos a hacer el «muuu» y la SOLE *vuelve a reconvenirlos.)*

TOBALO.– Gúeno..., callasus... Y rezar... *(Se enhebran fugazmente, pero vuelven enseguida a separarse.)*

PABLO.– Güeno..., ¿ya no queréis que sus cuente más?

EL LEÓN.– Si «mos» lo has explicao cincuenta veces. Además, que no lo sabes contar. Aluego no sabes cómo Mazantini pega el derechazo...

TOBALO.– ¿Cómo lo pega, León?

EL LEÓN.– *(Poniéndose en pie y marcando un derechazo.)* Asín..., asín... *(Le olean los otros y vuelven al «muu». Ahora la* SOLE *va hacia ellas enfadada.)*

LA SOLE.– *(Con voz silabante como una víbora.)* Si no queréis rezar, marcharse ajuera y no estorbéis... *(Al* COJO.*)* Y usté también, vaya un ejemplo que da. Así agradece la caridá que se le hace en esta santa casa... *(Al oír esto todos se callan. La* SOLE *sin reparar en ello da un cachete en el cogote a los muchachos.)* Y vosotros, a rezar..., que se lo voy a decir a don Mariano y verás la que sus arrima. Ea... *(Se lleva a los muchachos luego de echar una mirada de reconvención a los alborotadores.)*

(Hay una pausa tensa en que el bisbiseo de los que rezan tiene un acento trágico.)

TOBALO.– *(Al* COJO, *que se siente abrumado.)* Es una bicha... No la hagas caso. *(El* COJO *parece hacer ademán de levantarse para ir a rezar.)* ¡Sus!... quieto ahí. ¿Se va a salir con la suya?...

EL COJO.– No sus quiero comprometer...

TOBALO.– ¡Quieto! Como si no te hubiás enterao...

EL LEÓN.– Y aluego dicen de la Mano Negra...

EL CHISPA.– Pos dicen que en el Co... Cortijo de la Pa... Paloma...

TOBALO.– Lo que hacía falta es que se arrimaran pa acá...

EL COJO.– Callarse...

TOBALO.– *(Muy enérgico.)* Venga, Pablo..., cuenta la corría...

PABLO.– ¿Queréis que sus cuente cuando se picó con Machaquito? Pos se picó porque, en el otro toro, el Machaquito antes de pegar la estocá lo había guipao así, en plan chulo, como diciendo: «mía cómo se mata»...

EL LEÓN.– Porque el Machaquito sabe pegar estocás y el Mazantini no sabe más que hacer figuras, porque es el toreo de la aristocracia...

EL COJO.– *(Obsesionado.)* Me marcharé y no me tendréis que mantener más...

TOBALO.– Me cagüen en la... *(Cierra los labios para no decir una blasfemia.)* Pos te advierto que como se me suba la sangre a la caeza mañana, pío yo también la cuenta y mos largamos...

EL COJO.– No me puen ver ni en pintura.

EL LEÓN.– Si tos nos vamos a tener que largar pronto. Ya no quea na de trabajo...

EL CHISPA.– Pe... pero... el... señorito... di... dice que mos tendrá too el año por la comía...

TOBALO.– Me cauen... Sigue contando, Pablo...

EL COJO.– Deja, Tobalo, que me vaya...

TOBALO.– Que no te vas, por mi madre que en gloria esté...

EL LEÓN.– ¡Güeno, callarsus ahora...!

(Pausa. Las avemarías. El grupo permanece silencioso.)

EL CHISPA.– *(Rompiendo la pausa.)* Pa... Pa suerte..., la del... Le... Lebrija...

TOBALO.– Pos este cura no se cambiaba por él.

EL LEÓN.– *(Con mucha ironía al* TOBALO.*)* La «invidia» se lo come al Chispa. *(Al* CHISPA.*)* ¿Te gustaría que el amo te quisiera?

EL CHISPA.– El a... amo «mos» quiere a toos... *(Risas sofocadas. El* COJO *sigue taciturno.)*

PABLO.– *(Intentando continuar su relato.)* ¿Pos y cuándo el Machaquito cita al toro con la montera...?

TOBALO.– *(Interrumpiéndole y dirigiéndose al* COJO.*)* Compadre, ¿quies desarrugar la jeta ya de una vez?

EL COJO.– *(Con acento de enfado.)* Déjame en paz, Tobalo... *(Hay una pausa tensa. El* TOBALO *da un puñetazo en la mesa y sofoca una blasfemia. En este momento se da por terminada la parte principal del rosario.)*

LA SOLE.– *(Volviéndose hacia ellos.)* ¡Güeno, niños!... Por lo menos rezaréis el último padrenuestro...

TOBALO.– Sí, mujer...

EL CHISPA.– El pe... penúltimo... Nun... nunca se debe decir el últi... timo...

LA VIEJA.– *(Luego de un silencio.)* Un padrenuestro por la salud de nuestros amos y en acción de gracias a su pan que comemos: Padre nuestro que estás en los cielos...

TODOS.– El pan nuestro de cada día...
LA SOLE.– *(Cuando han terminado de rezar.)* Ea..., ya podéis retozar too lo que gustéis, que paecéis mismamente animales... ¿Se va usté, agüela?
LA VIEJA.– *(Que va a hacer mutis.)* Tengo que ir a ver al ama antes de acostarme. Hasta mañana, hijos... Descansar...
VOCES.– Con Dios, agüela, que descanse... *(Sale la* VIEJA.*)*

(Casi todos han ido a reunirse con el grupo. La SOLE *levanta la tapa de la marmita y remueve el guisote.)*

ANTÓN.– *(Al* COJO.*)* Cojo, ¿me harás el favor, hombre...?
EL COJO.– Aluego, hombre, déjame ahora...
TOBALO.– El Cojo está cabreao...

(El PABLO *ha conseguido apartar a algunos, entre ellos al* CHISPA, *y parece explicarles «La Corrida de la Feria de Córdoba».)*

LA SOLE.– *(Dando un golpe con el cazo en la marmita.)* Ea..., a comer...

(Al oír esto, todos van a coger una escudilla que hay colocadas en una repisa y se van acercando a la SOLE, *que les vierte, a estilo cuartel, el guiso. Luego cada cual va a la mesa larga, coge un mendrugo de pan del saquillo que ha traído del campo –algunos sacan un frasco de aceite– y engullen su yantar. El* COJO *no se atreve a presentarse con la escudilla. El* TOBALO *le entrega la escudilla y, a empujones, le hace ir delante suyo hasta donde la* SOLE *reparte el rancho.)*

EL COJO.– *(Al* TOBALO.*)* Déjame, hombre, déjame...
TOBALO.– *(Cogiendo el brazo del* COJO *y haciéndole presentar la escudilla a la* SOLE, *que se la llena. El* COJO *se va con la cabeza gacha hasta la mesa donde están los otros.)* Oye, Sole...
LA SOLE.– Tú dirás... *(Mientras tanto llena la escudilla del* TOBALO.*)*
TOBALO.– ¿Es que no te pagamos entre toos lo que se come el Cojo?

LA SOLE.– Ustedes no pagáis ni lo que «se» coméis vosotros. ¿O qué te crees, que con lo que trabajáis se pué comer?

TOBALO.– Es que tú no ties por qué meterte con que si hacemos u no hacemos caridá con el Cojo. ¿Te enteras?

LA SOLE.– *(Que está distribuyendo el rancho a los otros.)* Enterá... Podéis hacer lo que sus salga de las narices. Y «cachondearse» del rosario tamién...

TOBALO.– *(Que ya se volvía hacia la mesa con la escudilla, al oír esto da marcha atrás.)* Porque mos sale de las narices, sí. Y pues irle con el cuento al señor Mariano y al señorito. Semos bastante hombres pa tenernos sin cuidao lo que chivatee una zorra como tú...

(Al oír esto, la SOLE *intenta dar con el cazo al* TOBALO, *que tiene las manos ocupadas con la escudilla. De rabia, la tira contra el suelo. Se arma un gran alboroto. Varios rodean al* TOBALO, *entre ellos el* COJO. *Otros calman a la* SOLE.*)*

VOCES DIVERSAS.– ¡Haiga paz!... ¡Menos lobos!... ¡Callarsus, leñe...!

LA SOLE.– *(Haciendo la cruz con los dedos.)* Me las vas a pagar... ¡Por éstas! *(Besa la cruz.)*

EL LEÓN.– *(Dando una palmada al* TOBALO.*)* Que es una mujer, compadre...

TOBALO.– Me cagüen sus muertos...

UN GAÑÁN.– No lo hagas caso, Sole...

(La SOLE, *que, llevada por su cuidado de la limpieza, se ha apresurado a recoger los trozos del cuenco roto y limpia el suelo, masculla maldiciones.)*

EL COJO.– *(Abrumado, ayuda a llevar al* TOBALO *hasta un rincón de la mesa. Le ofrece lo que queda en su escudilla.)* Anda, cálmate y come un poco...

TOBALO.– *(Apartando con rabia la escudilla.)* No quiero comer...

(La mayoría come tranquilamente sin dejar de observar al TOBALO.*)*

EL CHISPA.– *(Ofreciéndole un «hoyo» de pan con aceite.)* ¿Qui... quies... una mi... miaja... de... ja... jamón?...

*(*PABLO, *que está a su lado, detiene su brazo. El* TOBALO *se ha levantado frenético y se ha marchado por la puerta de las cuadras. Hay una pausa tensa. Cargada. Los que han terminado de engullir el guiso van dejando junto al hogar las escudillas vacías. Algunos suben con paso pesado las escaleras camino del catre. La* SOLE, *acurrucada junto al fuego, come a su vez de la escudilla que sostiene entre las piernas, la cabeza agachada como un grajo. Los hombres que quedan están de malhumor. Los únicos que están alegres son los dos muchachos, que tiran migas de pan al* CHISPA, *que también se ríe.)*

EL LEÓN.– *(Cuando le dan con una miga en un ojo. A los muchachos.)* ¿Me quito la correa?

EL CHISPA.– *(A los muchachos, guiñándoles un ojo.)* ¡Haiga paz, niños...! A la... ca... cama...

(Sólo queda el grupo formado por el COJO, *el* CHISPA, *el* PABLO, *el* LEÓN, *los dos muchachos y el* ANTÓN.*)*

ANTÓN.– *(Luego de una pausa.)* Cojo..., ¿harás favor, hombre, de «escrebirme» la carta?...

EL COJO.– *(Levantando la cara y mirándole fijamente. Pausa. Suavizándose y dándole cariñosamente un palmada en la cara.)* Sí, hijo..., cuando quieras... *(Pausa.)* Arriba, en el canasto, tengo la carta y el sobre. Sube por ellos...

ANTÓN.– *(Balbuceante.)* Aquí no... La «escrebimos» arriba...

(Los otros, al oír esto, se ríen.)

PABLO.– *(Con sorna.)* Ay, Jesús..., que me ruborizo...

EL COJO.– No tie que darte nenguna vergüenza de querer a una mujer...

EL CHISPA.– Es pa... pa la Marina, ¿verdad, ni... niño?

ANTÓN.– Arriba me la escribes...

MOZO 1.– Ya podía aprender a «escrebir» como nosotros...

EL COJO.– No les hagas caso. Ea..., vamos... *(Se disponen a subir. La* SOLE *los detiene.)*

LA SOLE.– Arriba no quiero luces... Si tenéis que «escrebir», «escrebir» aquí. El señorito no quie luces. Arriba sólo se va pa dormir... *(El* COJO *aprieta los labios.) (Se dirige al* ANTÓN.*)* En el canasto verás los papeles. Bájalos. *(El* ANTÓN *sube las escaleras.)*

(Los otros, aburridos, contemplan con sorna la escena. El COJO *se vuelve al grupo.)*

EL LEÓN.– *(Susurrante al* COJO.*)* Ties que avisar a la Mano Negra, pa que haiga justicia en esta casa...

PABLO.– Calla... *(La* SOLE *ha ido por un barreño. En el vierte agua de un cántaro y se dispone a fregar las escudillas. Baja el* ANTÓN *con un sobre, un papel, tintero y pluma.)*

ANTÓN.– *(Poniendo delante del* COJO *los objetos.)* Toma...

EL COJO.– Siéntate a mi vera... *(Al* CHISPA.*)* Apártate tú y deja que se siente éste... *(El* ANTÓN *se sienta junto a él con mucha vergüenza. Todos se apiñan alrededor, muy maliciosos.)*

LA SOLE.– Darse prisa, que sus voy a apagar la luz...

EL COJO.– *(Poniendo la fecha.)* Cortijo de Venegas, a 27 de marzo de 1911. Mi querida e idolatrada Mariana...

PABLO.– Ay... *(Risas.)*

EL COJO.– *(Al* ANTÓN.*)* Tú dirás...

(El ANTÓN *baja la cabeza avergonzado. Mira a los otros, que se ríen.)*

EL COJO.– *(Luego de una pausa.)* Vamos, muchacho... ¿Qué quies decirla?...

EL LEÓN.– *(Muy brutalmente.)* Que te vengas pal Soto mañana por la noche... *(Risas.)*

EL COJO.– *(Muy serio.)* A ver si tenéis un poco de ca... *(Iba a decir caridad. Se detiene. Baja la cabeza.) (Dice con mucha energía.)* ¡A ver si seis hombres!... *(Lo ha dicho con tanta energía que los otros enmudecen en*

sus risas. El Antón *está a punto de llorar.) (Al* Antón.*)* Vente pa acá, muchacho... *(Se aparta con él al otro extremo. A los otros.)* Y vosotros... hacer favor, hombre... *(El* Chispa *iba a seguirles, pero el* León *le detiene.)*

El León.– Aquí... Dejarles tranquilos... Nosotros, pal catre...

(El Cojo *y el* Antón *se colocan en un rincón de la mesa como confesándose. El* Antón *va dictando la carta. Los otros van desfilando escaleras arriba con un «descansar» que la* Sole *contesta entre dientes. Quedan solos los tres: la* Sole, *el* Antón *y el* Cojo. *La mujer mira de reojo a la pareja y sigue fregando. Se oye el bisbiseo del* Antón, *que sigue con la cabeza gacha, avergonzado. Al cabo de un rato entra la* Micaela, *una muchacha verdaderamente hermosa, joven, estropeada. Saluda con un «güenas noches», que los dos no contestan, y se dirige a donde está la* Sole.*)*

Micaela.– Traiga que la ayude un poco.

La Sole.– Si ya estoy terminando, mujer...

Micaela.– No he podío venir antes... *(Habla con voz dura y cansada.)*

La Sole.– Nadie te pregunta na...

(La Micaela *mira alrededor como buscando a alguien. Está desasosegada.)*

La Sole.– *(Muy maliciosa.)* No mires tanto, mujer, que no está. Arriba tampoco... *(Luego de una pausa premeditada para que sus palabras hagan más efecto.)* El amo lo ha mandao a llamar...

Micaela.– *(Con voz ronca y rabiosa.)* Otra vez...

La Sole.– *(Con toda su malicia.)* Que no pue vivir sin él... *(La* Micaela *calla y baja la cabeza.)* Le quiere con locura. *(Otra pausa.)* ¿Y la señora?

Micaela.– Lo de siempre: llorando, rezando...

La Sole.– ¿Has comío?

Micaela.– No tengo ganas...

La sole.– Pues hija: te tomas las cosas de una manera... Cuando se es «probe» ya se sabe lo que le toca a una: tragar mecha. *(La* Micaela *deja de fregar y llora.)* Pero chica..., ¿vas a llorar ahora? Pos hija: ni que no hubiá en el mundo más hombre que el Lebrija. Tamién tú... Mía por dónde el amo se ha ido a encaprichar con el tuyo. Ni que tuviás la negra. Pos ya sabes lo que te toca: buscar otro. Hombres no faltan... *(La* Micaela *mira a la pareja del* Cojo *y el* Antón *le indica a la* Sole *que se calle.)* ¡Bah!..., ésos están en las nubes... Hazme caso, mujer...

(En este momento entra el Lebrija*. Viene con la cabeza gacha. Derrotado. No dice nada al entrar. Se dirige hacia las escaleras sin reparar siquiera en las mujeres. Éstas se ponen de pie. Le detienen.)*

La Sole.– ¡Chacho!... ¡Lebrija!...

(El Lebrija *se detiene y se vuelve a ellas. La* Sole *señala a la* Micaela*. Los de la carta están embebidos y no reparan en nada.)*

La Sole.– Pero... ¿no ves quién está aquí?...
Micaela.– *(Dando un paso hacia él.)* Te estaba esperando...
El Lebrija.– *(Bajando la cabeza.)* Con Dios, Micaela...
La Sole.– *(Deteniéndole.)* No te vayas... ¿Has cenao ya? *(*Lebrija *no contesta. Mira a la* Micaela *y no se atreve a marcharse. La* Sole *habla con malicia.)* Habrás cenao con el amo. Buenas magras y vino de Montilla...
Micaela.– *(Ha llegado hasta el* Lebrija *y le sacude.)* ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes, Lebrija?
El Lebrija.– Déjame... No me pasa naa...
Micaela.– *(Intentando abrazarle.)* ¿Es que ya no me quieres? ¿Qué te he hecho yo? ¿Qué te he hecho yo?, dime.

(El Lebrija *se pasa la mano por la boca como limpiándosela. Está nervioso. Se debate.)*

El Lebrija.– No me pasa naa...

(De pronto, cede ante la Micaela *y, de una manera salvaje, la abraza y la besa. La* Sole *da un grito y los separa.)*

La Sole.– Eh... Eh... Pero ¿sus habéis vuelto majaras?... ¿Es que no tenéis vergüenza, ni temor de Dios? Vamos..., aquí delante de mí, delante de esos... *(Los otros han observado el beso y han dejado de escribir.)* No se pue consentir. Vamos. Pa eso estoy yo aquí. Poes estaría bueno. *(A la* Micaela.*)* Ya te estás marchando tú... *(Al* Lebrija.*)* Y tú a dormir... Vamos. ¡Pues sí, lo que faltaba! Que se entere el señorito y... Ea..., vivo. *(Empuja a cada uno a su sitio.)* Si queréis hacer guarrerías, os vais lejos. Pero aquí, delante de mi jeta, ni hablar... ¿Me oís? *(La* Micaela *llora. El* Lebrija *escupe y mira fijamente a la* Sole*. Le relampaguean los ojos. Por fin* Lebrija *da media vuelta y sube escaleras arriba. La* Sole *empuja hacia la puerta a la* Micaela.*)* Ea..., se ha terminao la función. A llorar a la cama. Aquí no ha pasao na. Nadie se ha enterao de na... *(Mira a los de la carta. La* Micaela *sale gimoteando. Luego la* Sole *recorre la estancia. Atranca bien la ventana, y la puerta que da al corral, por donde se ha ido la* Micaela*. Se planta al fin ante los que escriben la carta y da una palmada.)* Ea..., se acabó la escritura. Mañana será otro día...

El Cojo.– Un momento, mujer...

La Sole.– No hay momento. A dormir se ha dicho. La terminái mañana. Y na de encender luces arriba, ¿eh? A dormir. Que se van a terminar muchas cosas aquí. Que una es demasiao buena... ¡Al catre...!

(El Cojo *y el* Antón *se dirigen hacia las escaleras y suben lentamente con el recado de escribir en la mano.)*

La Sole.– *(En el momento en que van a desaparecer.)* Y que no quio ver luces encendías. ¿Estamos? *(Mutis de los otros.)*

(La Sole *lentamente va matando las luces de los velones. En la semioscuridad termina de dejar todo en orden. Queda la escena iluminada por el rescoldo rojo del hogar. La* Sole *sube de puntillas la escalera y desde arriba escucha un momento. Baja luego lentamente. Mira a to-*

dos lados. Abre luego la puerta de las cuadras. Mira hacia dentro. Sonríe.)

LA SOLE.– *(En la puerta de la cuadra.)* Mariano... ¿Estás ahí?

EL APERADOR.– *(Apareciendo en la puerta. En mangas de camisa. Con la faja ceñida a la cintura.)* Aquí estoy, mujer... Esperándote... *(La echa la mano por el hombro y la besa. La empuja hacia dentro.)*

LA SOLE.– *(Que con la otra mano se ha desceñido el escote.)* ¡Chacho, cuidao..., cuidao...! *(Cierra bien la puerta. La escena queda vacía. El resplandor rojizo del rescoldo.)*

(Telón.)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. A través de la ventana se inicia un hermoso y primaveral día de sol. La Sole *mete cosas diversas en un cesto que hay sobre la mesa: unas tortas de aceite, cintas, botones, un panecillo, etc. Al mismo tiempo vigila algo que se fríe en la sartén. Por la puerta que da al corral entra lentamente el* Cojo. *Viene poniéndose una zamarra.*

La Sole.– *(Muy cariñosa, al* Cojo.*)* Le pongo unas tortas de aceite de las que a usté le gustan tanto. En el pan, unas magritas...

El Cojo.– No se moleste...

La Sole.– Hoy va hacer buen día. Asiéntese mientras el Pablo viene con el carro.

El Cojo.– Prefiero irme dando un paseo. Con un día tan güeno...

La Sole.– *(Extremando su melosidad.)* ¿Andando? ¡Quia!... Con lo que llovió ayer, hay mucho barro. Por eso le he dicho al Pablo que viniera. ¿No quiere usté tomar na más?

El Cojo.– Se agradece. Pero estoy bien...

La Sole.– ¿De verdad no quiere usté unos torreznitos? Mire que estoy haciendo el almuerzo al señor Mariano y va a sobrar...

El Cojo.– Se lo agradezco, Sole. Pero no...

La Sole.– Paece que está usté dolío conmigo por lo de anoche. ¡Como si no me conociera...!

El Cojo.– Aquello ya pasó...

La Sole.– El berrinche fue mayormente con el Tobalo, que me pone siempre en el disparadero. Mía por dónde siempre tie que pagarlo usté, que es un santo varón...

(El Cojo *ha ido por el canasto y se lo mete debajo del brazo. Parece dispuesto a marcharse.)*

El Cojo.– Güeno...

La Sole.– Pero ¿no va usté a esperar el carro?

El Cojo.– Me voy a pata... Despacito.

La Sole.– *(Cogiéndole el canasto y volviendo a colocarlo sobre la mesa.)* Ya he mandao a llamar al Pablo. Y como lleva el mismo camino... Por lo menos lo deja a usté en el cruce... Por cierto, ¿se va a llegar usté hasta Santa Cruz?

El Cojo.– Sí; porque los muchachos me han encargao unas cosillas: tabaco, sobres...

La Sole.– Pos si no le sirve de molestia, le doy dos pesetas pa que me traiga media vara de aquella tela que tien en Ca la Romana pa delantales. ¿Se acordará?

El Cojo.– No se me olvida.

La Sole.– Aquí le meto las dos pesetas. *(Pausa.)* Vaya usté con el Pablo. No ande solo por los caminos, que paece que las cosas no están bien, que ya sabe usté lo que dicen los papeles. A ver si nos da usté un desgusto. Con el Pablo va más tranquilo...

El Cojo.– Naide se va a meter con un pobre como yo. Ya me conocen en tos los cortijos...

La Sole.– ¡Ay, sí!..., pero yo no vivo hasta que no lo veo de vuelta y con bien. Cuando más ahora, que hay tanto maleante. Que manque usté no se lo crea, yo le tengo guena voluntad y me lleno de gozo cuando le veo enseñar de letra con tanta paciencia a esos desgraciaos que no se lo agradecen...

(El Cojo *está sentado y parece creerse lo que la otra le dice.)*

El Cojo.– Gracias, mujer...

La Sole.– Le pasaba a usté algo, no quiera la Virgen Santísima, y me moría del desgusto. Y como yo, toos los de esta casa, que ya sabe usté que se le quiere, que no hay naide que puea decir ni tanto así. ¿No quiere de verdad un torreznito antes de marcharse? *(Va a atisbar por la puerta de*

la cuadra.) Ya tenía que estar aquí el Pablo... Se va usté con él y me quedo más tranquila. Dende el cruce al caserío no hay más que un paso.

EL COJO.– Pero ¿quién se va a meter conmigo? Si cuando menos tuviá yo caudales pa que pudieran pedir secuestro...

LA SOLE.– Esos de la Mano Negra sólo quién la barbarie. Matar y asesinar, ya lo sabe usté...

EL COJO.– *(Se ríe divertido.)* Vamos, qué cosas tie usté...

LA SOLE.– *(Que ha ido remover la fritanga.)* Aluego pa la tarde, cuando venga pa dar la licción a los catetos, le tendré preparao un buen cuenco de café con leche...

EL COJO.– *(Que se ha levantado.)* Gracias... Pero si no viene el Pablo, me tendré que marchar. Aluego no me da tiempo a hacer tos los mandaos...

LA SOLE.– Pos si no le da tiempo, lo deja. Contra menos vicios tenga el personal, mejor. Tabaco será lo que la han encargao. Usté, con calma. Eso sí, la media vara de tele sí que le agradecería que me la trajera, porque mire qué delantal llevo... *(Extiende el delantal cogiéndolo por una punta.)* Pero usté es primero que nadie... *(Asomándose a la puerta.)* ¡Pos no se cómo no está aquí el Pablo ya...!

EL COJO.– Si no viene, me tendré que marchar...

LA SOLE.– *(Al oírse un rumor de pasos en el corral.)* Ahí me parece que llega...

(Miran los dos hacia la puerta del corral, donde se destaca una pareja de la Guardia Civil con fusil y traje de brega.)

LA PAREJA.– *(Antes de entrar.)* ¡A los güenos días...!

LA SOLE.– *(Fingiendo extrañeza. El* COJO *se ha puesto en pie.)* Mu güenas tengan ustés... ¿Se ofrece algo?

(La pareja ha entrado y miran a todos lados. Sus miradas resbalan hacia el COJO.*)*

GUARDIA 1.– *(Descolgándose el fusil y sentándose en una banqueta sin más ceremonia. El otro descansa el fusil y permanece en pie a su lado.)* Amos a descansar un ratito, si no le sirve de molestia...

LA SOLE.– ... Faltaba más...
GUARDIA 1.– Y si tie usté un poco de agua, s'agradece. Ya se nota el calor...
LA SOLE.– *(Yendo a llenar una jarra de agua.)* Sí, se nota, sí... Al agüelo se lo estaba «iciendo»... Sí señor... *(Vuelve con la jarra de agua. Al otro* GUARDIA.*)* ¿Usté no sienta? *(El* GUARDIA 2 *hace un gesto despectivo con los hombros. El* GUARDIA 1 *mete los hocicos en la jarra, bebe y la ofrece al* GUARDIA 2, *que hace lo propio.)* ¿Ustés no son de por aquí? Y perdonen la curiosidá...
GUARDIA 1.– *(Limpiándose la boca con el dorso de la mano.)* No, señora... Nosotros habemos venío de Córdoba...
EL COJO.– *(Por decir algo.)* ¡Ah, de Córdoba...!
GUARDIA 1.– *(Mirándole muy fijamente.)* Sí..., de Córdoba. *(Se vuelve al otro* GUARDIA.*)* Saca los papeles... *(El otro* GUARDIA *atrae para sí la bolsa de costado y saca unos papeles que entrega al otro.)*
EL COJO.– *(Levantándose, a la* SOLE.*)* Pos yo me voy a retirar, porque el Pablo...

(El GUARDIA 1 *ha colocado ante sí los papeles y parece leer.)*

LA SOLE.– Pero ¿aónde se habrá metío el Pablo? *(Al* COJO.*)* ¿Se va usté?
EL COJO.– *(Que ha cogido la cesta.)* Me voy... *(A los* GUARDIAS.*)* Señores...
GUARDIA 1.– *(Levantando la vista.)* ¿Usté vive aquí?
EL COJO.– Aquí vivo, sí señor...
LA SOLE.– Ya va pa un año...
GUARDIA 1.– Aguarde un ratito, si no le sirve de molestia...
EL COJO.– No señor... Como usté mande... *(Vuelve a sentarse sin dejar de mirar inquieto al* GUARDIA.*)*
GUARDIA 1.– *(Haciendo una señal a la* SOLE.*)* A ver..., usté...
LA SOLE.– *(Acercándose.)* Mande... Perdone un momento... *(Va hacia el fogón y retira la sartén. Vuelve.)* Mande usté...
GUARDIA 1.– ¿Cuántos hombres pernoctan aquí?
LA SOLE.– ¿Cómo «ice» usté?
GUARDIA 2.– Que cuántos hombres duermen aquí...
LA SOLE.– ¿Aquí? Pos... *(Al* COJO.*)* ¿Cuántos son?
EL COJO.– Once...

LA SOLE.– Eso. Once... Sí, once...

GUARDIA 1.– *(A la* SOLE.*)* ¿Usté conocerá a too el personal?

LA SOLE.– Sí señor..., una servidora les guisa y arregla. Ya sabe usté... Los pobres necesitan una que los apañe. Que si coser un botón, que si...

GUARDIA 1.– *(Cortando.)* ¿Cuánto tiempo hace que sirve usté aquí?

LA SOLE.– ¿Una serviora? ¡Toa la vía! Toa la vía. Pos mire usté: mi madre, que en gloria esté, ya entró a servir aquí y una serviora nació aquí, ahí mismo. *(Señala un lugar.)*

GUARDIA 1.– *(Cortando.)* ¿Y conoce usté bien a toa la peoná?

LA SOLE.– *(Riendo.)* ¿No voy a conocer?...

GUARDIA 1.– La peoná que hay ahora aquí, ¿dende cuándo trabaja en la casa?

LA SOLE.– Pos los más serios de la casa. Aquí too el personal es de confianza. ¡Menúo es el señorito pa coger a cualisquiera! Ya conocerán ustés a don José María Venegas... ¡Pos sí!...

GUARDIA 1.– *(Mirándola muy serio.)* Ahora atienda usté a lo suyo...

LA SOLE.– Sí, señor... Una serviora está pa servirles... *(Va hacia el fogón. El* GUARDIA *mira al* COJO. *Éste ha sacado tabaco y ofrece a los* GUARDIAS.*)*

GUARDIA 1.– No fumo... *(El otro también deniega. El* COJO *empieza a liar el cigarrillo.)* ¿Tú cómo te llamas?

EL COJO.– Santos Fernández López, pa servirles... Tengo papeles... *(Hace ademán de ir a rebuscar en su faja.)*

GUARDIA 1.– *(Deteniéndole con un gesto.)* No..., deja, ... déjate ahora de papeles...

LA SOLE.– *(Desde el fogón.)* Huy, este señor Santos es como su nombre: un santo. Pregunte, pregunte al personal. No hallaran ustés malquerencia, no...

GUARDIA 1.– *(Sin hacer caso y luego de una pausa.)* Bueno, hombre, bueno... Conque un año. *(El* GUARDIA *consulta los papeles que tiene en la mano.)* ¿Y a qué te dedicas aquí?

EL COJO.– *(Sonriendo.)* Pos mire usté... La cosa es que... Como un servidor, por la misma inutilidad, *(Muestra la pierna agarrotada.)* no sirve pa trabajar en lo suyo, es decir, en lo que debe trabajar un hombre, u séase, en el campo..., pos aquí me tien ustés, arrecogío como el que dice..., y pa no ser una carga, pos hago algunos mandaos y...

LA SOLE.– *(Volviéndose.)* Aquí el señor Santos enseña la letra al personal. Es un hombre leío y que sabe de letra...

GUARDIA 1.– Güeno, hombre, güeno... Asín que enseña a leer al personá...

EL COJO.– *(Sonriendo.)* Mos entretenmos asín...

GUARDIA 1.– ¿Y aónde trabajaba el amigo antes de caer por acá?

EL COJO.– Un servidor siempre ha estao por acá. Pos antes de aquí estuve en la Veleta, por donde el término de Porcuna, y más antes entoavía, en las Palomas... A cualisquiá que pregunten...

GUARDIA 1.– Y lo de la pierna, ¿cómo vino a ser?

EL COJO.– Un carro que me la aplastó... Hace ya... pos sus güenos veinte años. Tengo cincuenta y dos... Sí..., veinte años...

GUARDIA 1.– ¿No ties familia?

EL COJO.– No, señor... Por eso...

GUARDIA 1.– ¿Y siempre te has dedicao a eso? Amos, quiero decir, dende lo de la pierna...

EL COJO.– Pos sí señor... Amos siempre he procurao echar una mano en lo que pueo...

GUARDIA 1.– ¿Tú conocerás bien al personal de la casa?

EL COJO.– Pos, hombre... en un año que llevo...

GUARDIA 1.– Amos quiero decir que... si siempre has andao por esta comarca, que conocerás al personal de aquí y de otros lugares. Másime no teniendo que trabajar en el campo y yendo de acá pa allá. *(Buscando la aprobación del otro* GUARDIA.*)* Siempre se conoce así más personal...

EL COJO.– Pos sí señor...

LA SOLE.– Es un hombre mu servicial y mu hombre de bien...

GUARDIA 1.– Güeno, hombre... *(Al* COJO.*)* Pos ya se pue marchar el amigo... *(Haciendo una seña.)* Manque, si no le sirve de molestia al amigo, que se llegara hoy mismo al Cuartel de Santa Cruz, no sea que el Sargento quisiá preguntarle algo...

EL COJO.– Pos sí señor, con mucho gusto; precisamente a Santa Cruz voy a hacer unos mandaos pa los muchachos...

GUARDIA 1.– *(Levantándose.)* Pos si no le paece mal, echaremos una tirá con usté, que nosotros vamos pa hacia el cruce, jasta el Pedruelo...

EL COJO.– Sí, señor...

LA SOLE.– *(Al* COJO.*)* No se le olvide la media vara e tela... ¡Mía que también el Pablo! *(A los* GUARDIAS.*)* Es que si viniera el Pablo, les llevaba a los tres en el carro...

(Los GUARDIAS, *con el* COJO, *ya se han ido hacia la puerta.)*

GUARDIA 1.– *(Sonriendo y guardándose los papeles.)* Ahora ya habemos descansao... Ea, señora... Conservarse...

LA SOLE.– Vayan ustés con Dios... Hasta luego, señor Santos...

(La SOLE *va hasta la puerta del corral a despedirlos. Su rostro denota a la vez satisfacción y preocupación. Va al fogón y vuelve a sus quehaceres. En seguida se oye el trote de un caballo. Se detiene. La* SOLE *se arregla un poco el pelo. Se vuelve a la puerta de la cuadra por donde aparece el* APERADOR*, con traje campero. Trae cara avinagrada.)*

EL APERADOR.– *(Nada más entrar.)* ¡La maldita jaca esta!... ¡La mare que la echó, lo resabiá y lo indócil que está! Tengo que tener unas palabritas con los que mangonean la cuadra, no sea que me estén preparando la trampa... *(Se ha sentado junto a la mesa. La* SOLE *ha ido hacia él y por detrás le ha dado un beso en la mejilla.)*

LA SOLE.– Ha estao la pareja...

EL APERADOR.– *(Apartando la cara para evitar la caricia de la* SOLE.*)* Quieta, ahora... Ten cuenta... *(Contestando a la frase anterior.)* Sí, los he visto... Uno, menos...

(La SOLE *ha vertido en el plato los huevos con magras y se los ofrece reverenciosa al hombre.)*

LA SOLE.– A ver si está de tu gusto, hombre...

EL APERADOR.– No me llames de tú. Aquí nunca estamos solos. Ten cuenta, mujer...

LA SOLE.– *(Mirando hacia todos lados.)* Perdona... *(En voz alta.)* Si quie usté que lo dé otra vueltecita en la sartén, me lo dice... *(El otro ha empezado a comer vorazmente.)* ¿Está bien? *(El otro hace un gesto.)* Al probe señor Santos se le iban los ojos tras las magras...

EL APERADOR.– *(Muy hosco.)* ¿Aónde está el vino?... Ea..., y a ver si hablas menos, que paece que te has desayunao con lengua...

(La otra va a la alacena y saca la botella del vino. Llena un vaso y se lo lleva al hombre. Al volver la botella, la mira al trasluz.)

LA SOLE.– *(Mirando la botella.)* El día que coja yo al que tienta esta botella se va a enterar de cómo me llamo... ¡Mía que es grande que una no se mueve de aquí y siempre tien que faltar cosas! Cuando no un huevo, un peazo tocino... Hasta tu vino...

EL APERADOR.– ¡Y dale!... *(La otra se tapa la boca. Luego de una pausa.)* ¿Qué dice la pareja?

LA SOLE.– *(Acercándose muy solícita.)* Pos... na de particular. Lo de siempre. Si conocía al personal y que cuántos dormían. No le entendía. Ha dicho no sé qué...

EL APERADOR.– *(Masticando pensativo.)* Andan revueltos los cortijos...

LA SOLE.– Pero ¿qué pasa?

EL APERADOR.– ¿Qué pasa? Na... Gandulería. Lo de siempre. Antes eran los caballistas. Ahora los sindicatos, los anarquistas... Eso de la Mano Negra...

LA SOLE.– ¡Vaya por Dios!

EL APERADOR.– El personal está mu resabiao... Ya les iba a dar yo... ¡Si el señorito no fue tan güeno, me cagüen...! *(Tendiendo el vaso.)* Lléname esto, oye... *(La mujer va a por la botella. Le llena el vaso y permanece de pie a su lado sin atreverse a sentarse.)* Acabo de tener una discusión con el Tobalo...

LA SOLE.– *(Fingiendo sorpresa.)* ¿Con el Tobalo?

EL APERADOR.– El señorito me dijo ayer que lo despidiera. Conque voy y le digo: Tobalo, ya sabes, el sábado te doy la cuenta y... ¡que se ma ha puesto flamenco el tío...!

LA SOLE.– Es mal bicho ese Tobalo...

EL APERADOR.– Con que el sábado se larga... *(Luego de una pausa y con mucha intención.)* ... Y van dos...

LA SOLE.– Pos señor Mariano..., tenga cuenta con el Tobalo, no se fíe...

EL APERADOR.– ¿Quién? ¿El Tobalo? ¿Ese desgraciao? Lo que le he dicho... Oye Tobalo, eso es lo que me gusta: los flamencos como tú. Asín que cuando quieras...

LA SOLE.– Pero en estos tiempos, una malquerencia...

EL APERADOR.– A mí ni me gusta el Tobalo, ni nenguno. Al que se me ponga chulo, lo amarro en la cuadra y le meto en solfeo con el vergajo que no le van a quedar ganas ni de recostarse...

LA SOLE.– Pa eso está la Guardia Cevil... *(El* APERADOR *ha terminado de comer y se limpia la boca con el dorso de la mano, eructa, se pone de pie. Agarra de improviso a la* SOLE *y la estrecha entre los brazos, la besa. En seguida la suelta. Habla en voz alta.)* Ea..., me voy, que no quieo perder de vista a esa gente. Estarán haciendo el rácano. Oye bien lo que te digo: no quieo aquí jarana. Na de «conciliábulos» ni de papeleos, ni cachondeo. En cuanto guipes alguna cosiya, por pequeña que sea, me das cuenta. ¿Enteraos? Que el señorito quie dormir tranquilo. Y, ya te digo, si alguno se pone flamenco, *(Moviendo significativamente la mano.)* ya lo arreglaré yo... Ea...

(En el mismo momento en que va a salir por la puerta de las cuadras, aparece el LEBRIJA. *El* APERADOR *se queda extrañado. La* SOLE *también. El* LEBRIJA *está de pie ante ellos, moviendo nervioso la gorra que lleva en la mano.)*

EL APERADOR.– ¿Qué pasa? ¿Por qué has dejao el trabajo?

EL LEBRIJA.– Nesecito hablar con usté...

EL APERADOR.– Desembucha...

EL LEBRIJA.– *(Tragando saliva.)* «Nesecito» hablar con usté a solas...

EL APERADOR.– *(Mirando a la* SOLE.*)* Pos a solas me tienes. Haz cuenta que la Sole es de confianza. ¡Y vivo que no estoy pa perder tiempo!... Ea...

EL LEBRIJA.– *(Luego de titubear.)* Que me haga usté la cuenta, que me marcho...

(Al oír esto, el APERADOR, *que se disponía a salir por la cuadra, se vuelve. La* SOLE *se acerca.)*

EL APERADOR.– *(Luego de una pausa.)* ¿Que te quies marchar?... ¿Por qué?...

EL LEBRIJA.– *(Luego de otra pausa.)* Ya sabe usté por qué...

EL APERADOR.– *(Dándole una palmada en el hombro.)* Amos, muchacho, amos.... No seas lila y déjame tranquilo, que bastante tengo yo con...

EL LEBRIJA.– *(Con energía.)* ¡Le digo a usté que me marcho...!

(Le mira de frente el APERADOR.*)*

LA SOLE.– ¿Es que te habemos tratao mal?

EL APERADOR.– *(A la* SOLE.*)* Tú, cállate... *(Al* LEBRIJA.*)* Oye, guapo: ¿vamos a empezar otra vez? *(Luego de otra corta pausa.)* ¿Por qué no se lo dices al señorito? ¿Eh? ¿Por qué me ties que dar a mí siempre la tabarra? Anda, díselo al señorito...

LA SOLE.– ¡Probe don José María, se muere del desgusto...!

EL LEBRIJA.– *(En voz baja y poco convencido.)* Tengo que marcharme...

EL APERADOR.– Oye: que no te se ocurra... Que no te se ocurra marcharte sin enterar al señorito. Por tu bien te lo digo... *(Dándole otra palmada e intentando bromear.)* ¡Ea, venga ya!... ¿a que ties que decir tonterías?... Vamos a tomar una copa. *(Volviéndose a la* SOLE.*)* Sole: échanos dos copas de cazalla, mujer... *(La* SOLE *va corriendo a la alacena y saca una botella y dos copas.)* ¡Ea, bebiendo se entienden los hombres...!

(El LEBRIJA *se va a llevar la copa a los labios, cuando irrumpe en escena la* MICAELA, *totalmente descompuesta. Se planta delante del* LEBRIJA *y habla expulsando las palabras de la boca como si echara las entrañas.)*

MICAELA.– *(Al* LEBRIJA.*)* ¡Cobarde!... ¡Eres un cobarde!... ¡Un cobarde y un maricón...! ¡Maricón!...

(El LEBRIJA, *ciego de ira, ha dado un tremendo bofetón a la* MICAELA, *que ha caído rodando por el suelo. La* SOLE *y el* APERADOR *han quedado sorprendidos y helados ante aquella salida. Al fin cogen a la chiquilla, que está presa de un ataque convulsivo. El* LEBRIJA *ha dado media vuelta y ha salido de estampía.)*

MICAELA.– *(Agitándose entre las convulsiones.)* ¡Es un maricón que se va con el señorito..., y usté tie la culpa..., se va con el señorito! ¡Se va con el señorito!... *(El* APERADOR *le da unas cuantas bofetadas. Ella le muerde la mano.)*

EL APERADOR.– *(Muy nervioso a la* SOLE.*)* ¿Y tú qué haces ahí, atontá?... ¡Una cuerda!... ¡Pronto!... En la cuadra...

(La SOLE *entra corriendo en la cuadra y saca una soga. Con gran trabajo, porque la otra echa espuma por la boca y balbucea ya palabras incoherentes, consiguen atarla fuertemente. Entre los dos se la llevan a la cuadra. En seguida vuelven los dos. El* APERADOR *tiene sangre en la mano.)*

LA SOLE.– ¡Le ha hecho a usté, sangre...!

EL APERADOR.– No es na... ¡Quita!... Se ha vuelto loca.... Voy a avisar pa que vengan a por ella... Tú, vigílala... *(Se dirige a la puerta del corral tropezando con las banquetas; a una de ellas, que se interpone en su camino, la echa a rodar de una patada.)*

LA SOLE.– ¿No quies que te cure?...

EL APERADOR.– ¡Tú no te muevas de aquí! ¡Y vigila...!

(La SOLE *está muy nerviosa. No sabe qué hacer. Se arregla el pelo, el delantal. Va de un lado a otro. Atisba por la ventana. Hace no se qué en el fogón. Al fin se asoma otra vez a la cuadra y por fin cierra bien la puerta, en el momento en que aparece la* VIEJA *en la puerta del corral. La* SOLE *intenta disimular y se acerca al fogón.)*

LA VIEJA.– ¿Pasa algo, Sole?

LA SOLE.– *(Muy seca.)* Na...

LA VIEJA.– Como he visto salir al muchacho de esa manera y aluego al señor Mariano, digo a ver si le ha pasao algo a la Sole. Estaba ahí tomando el sol...

LA SOLE.– *(Tratando de calmar su inquietud.)* Pos no pasa na, agüela. Vaya, vaya usté a tomar el sol... Hoy se agradece... *(Suspira.)* ¡Madre de Dios, qué mañana! Y van a venir esos por el almuerzo y las papas sin hervir... ¿No te digo? *(Pensativa.)* Y vendrán a por el carro... *(A la* VIEJA.*)* Agüela, si no le sirve de molestia, asiéntese usté a la vera de la puerta la cuadra y asín que vengan los chavalillos, dígales que no entren en la cuadra... *(Cambiando de tono.)* ¡No se qué hacer...!

LA VIEJA.– *(Mirándola inquisidoramente.)* Pero ¿qué pasa? ¿No me quies decir qué pasa? Aquí ha pasao algo. Lo huelo...

LA SOLE.– *(Que ya no puede más.)* ¡Ay, calle usté, agüela!... Que a la Micaela, a la probe, que la ha dao asín como un ataque de locura que... ¡un susto que nos habemos llevao...! Aún me tiemblan las carnes...

LA VIEJA.– ¿Y aónde está?

LA SOLE.– En la cuadra, mujer... Pero no diga usté na, no se vayan a alarmar... El señor Mariano ha ido a dar parte...

LA VIEJA.– *(Caminando hacia la puerta de la cuadra.)* ¡Jesús, Jesús, Jesús...!

LA SOLE.– *(Se adelanta para abrir la puerta de la cuadra.)* No se la pue mirar de mieo que da... *(Queda en la puerta y la* VIEJA *entra recelosa. Se oyen exclamaciones y jadeos.)* No la toque, mujer... Déjela... Salga ya... ¡Venga usté!... Véngase... *(La* VIEJA *sale lentamente apesadumbrada.)* Si viera usté cómo se ha puesto. Al señor Mariano le ha pegao un mordisco en semejante parte *(Señala una parte de la muñeca.)* que sangraba como un puerco... ¡Madre mía...!

LA VIEJA.– Paece como si tuviá la rabia, ¿verdad? Endemoniá paece...

LA SOLE.– *(Cerrando bien la puerta de la cuadra.)* Cierre, cierre bien. Mire usté si la puerta de ajuera está bien atrancá, y no deje pasar a nadie. Haga el favor, mujer... ¡Y a ver si yo pueo poner a hervir las papas...!

LA VIEJA.– *(Que no se mueve.)* Mismamente paece el demonio... *(Se persigna y masculla oraciones.)* Habría que darla alguna hierba. Un zumo de beleño pa que no sufriera...

LA SOLE.– *(Interesada.)* ¿Zumo de beleño?

LA VIEJA.– Pa que no sufriera... Y rezarla unas oraciones...

LA SOLE.– ¡Con tal de no verla sufrir!... Agüela, ¿aónde se puen encontrar esas yerbas?

LA VIEJA.– Ése es el caso... ¡Ave María Purísima sin pecao concebía!... Una ha visto tantos. Antaño se entendía en estos casos, pero hogaño habemos perdío el conocimiento de too lo que sirve pa matar al demonio. Tengo oío que el zumo de beleño...

LA SOLE.– ¿Y aónde está ese zumo? Pero, agüela, salga usté ya de una vez y asiéntese, y si viene algún muchacho, que no entre en la cuadra... ¡Por la Virgen Santísima!...

LA VIEJA.– Güeno, mujer... Ten calma y paciencia... ¿Has avisao a la señora?

LA SOLE.– No...

LA VIEJA.– ¿Quies que la mande llamar?

LA SOLE.– No, mujer...

LA VIEJA.– ¿Por qué?

LA SOLE.– Porque hasta que vuelva el señor Mariano no se pue hacer na... Me ha dicho que espere... Aluego se la mandará recao, mujer. ¡Haga lo que la mando!

LA VIEJA.– Güeno, mujer... Aquí ajuera estoy. Si pasa algo, me das una voz.

(La VIEJA *sale lentamente por la puerta del corral.)*

LA SOLE.– *(En el momento en que la otra hace el mutis.)* Y van a venir eso pa llevarse el almuerzo y las papas sin hervir. ¿Qué hago yo? *(La otra ya ha salido.)* ¿Qué hago yo, Virgen de los Dolores? *(Va a la alacena y rebusca. Coge algunos frascos. Los destapa, huele. Está indecisa. Va hacia la ventana y se asoma.)* Pero ¿qué hace usté, agüela?

VOZ DESDE FUERA.– Na, mujer...

LA SOLE.– Pero asiéntese, mujer, y espere. Ahí, en esa piedra... ¿Pa qué se agacha? Si eso no es beleño, mujer; eso es cardo... *(Se vuelve.)* ¡Jesús, qué desgracia...! *(Coloca con gran trabajo un caldero en el fuego. Lo retira.)* ¡Quia..., si ya no hay tiempo, si están pa venir!... *(Se asoma de nuevo a la ventana.)* ¿Qué hora será, agüela?... ¿Las once? Ave, María Purísima... *(Vuelve adentro. Se aproxima a escuchar a través de la puerta de la cuadra. Abre y mira por la rendija.)* Paece que está más calmá... *(Se queda pensativa un rato y vuelve a asomarse a la ventana.)* Agüela..., ¿aónde se ha metío usté?

VOZ FUERA.– Aquí estoy, mujer...

LA SOLE.– Póngase aquí, que la vea, mujer... Aquí... ¡Jesús!... Oiga, ¿pa aónde tiró el Lebrija?... ¿Que pa aónde tiró el Lebrija, cuando lo vio usté salir?... Sí, al Lebrija... ¿Pa aónde?... ¿Pa la casa?... ¿No se jue pal campo?... *(Entra dentro.)* Cualquiá la hace caso... *(Mueve la cabeza tratando de expulsar un mal pensamiento.)* Cualquiá la hace caso... *(Siente de pronto como un escalofrío y se pasa la mano por los brazos.)* ¡Se me ha puesto carne de gallina!... Ay, Dios mío, que vuelva pronto el Mariano, que vuelva pronto el Mariano... *(Mira a todos lados con temor.)* ¿Aónde se habrá metido? *(Vuelve a escuchar tras la puerta de la cuadra. Luego se asoma de nuevo a la ventana.)* ¡Agüelaaa...! *(Se vuelve llena de rabia.)* Ya se ha marchao la dichosa vieja... Ya se ha ío... *(Sale por la puerta del corral y vuelve al cabo de un rato.)* ¿Aónde se

habrá metío...? *(Vuelve a mirar a todos lados. Su cara refleja temor. Se asoma a la ventana. De pronto hace una seña.)* Venirse pa acá... Que sus vengáis pa acá... No hace falta el carro... Venirse pa acá... *(Muy jadeante y suspirando de satisfacción va hacia la puerta del corral, donde aparecen en seguida los dos* MOZOS*.)*

MOZOS.– A los güenos días... ¿No sacamos el carro?

LA SOLE.– *(Mirando a la puerta de la cuadra y hablando tranquila, como segura, por tener compañía.)* No se pue sacar el carro, porque el señor Mariano ha dejao cerrá la cuadra. Que me ha dicho que la jaca esa, la Clavela, que tie no sé qué... Asín que me ha dicho en cuanti que vengan ésos por el almuerzo, que no entren en la cuadra... Asentarse un rato, que venís sofocaos...

MOZO 1.– ¿Y aónde vamos a llevar el caldero?...

LA SOLE.– Pos ésa es la cuistión: que sus habéis de apañar como sea. Por un día no se vais a morir. Sus vais a llevar pan y aceite; sus arregláis allá un hoyo pa ca uno y aluego a la noche ya sus prepararé un güen puchero. ¿Estamos?

MOZO 2.– Lo que usté mande...

MOZO 1.– Pos cuando nos vean llegar aquéllos con pan seco...

LA SOLE.– Y un cuenco de aceite mu güeno... ¡Pos hijo, tamién!... Si se habéis vuelto señoritos. Razón lleva el señor Mariano... Pos mira que el señor Mariano está de unas pulgas que... ¿Sabéis qué me ha dicho? Que al que se ponga chulo que lo arrima una paliza en la cuadra... *(Al decir esto se vuelve inquieta y mira hacia la cuadra. Luego sonríe a los muchachos.)* Pero, güeno, asentarse mientras sus preparo ese almuerzo. *(Mirando el fogón.)* Mira y vosotros salís ganando. Sus vais a comer ahora unas magritas que han quedao aquí, con pan... ¿Sus apetece unas magritas?

(Les muestra la sartén donde se ven las magras. Los chicos no pueden disimular su contento.)

MOZO 1.– «Mos» las pone usté en el pan y «mos» las comemos por el camino...

LA SOLE.– No, hijo. Sus las coméis aquí tranquilos...

MOZO 2.– ¡Madre, aluego nos matan aquéllos! ¡Con la caminata que habemos de hacer a pata, llegamos a las mil y una...!

LA SOLE.– Que se aguanten... *(Guiñando un ojo.)* Y sus bebéis un vasito e vino mu güeno que tengo aquí. *(Saca la botella de la alacena y se la enseña.)* Es del señor Mariano. Vosotros no decir na... *(Coge vasos.)* Asentarse aquí, en la mesa, como si fuerais señoritos...

(Ella misma los lleva hasta la mesa cogiéndoles del brazo como si fueran niños.)

MOZO 1.– *(Restregándose las manos al contemplar la sartén que ha puesto la* SOLE *ante ellos.)* ¡Menúo festín, chacho...!

LA SOLE.– *(Ha cortado un pan en dos trozos y se lo da. Les mira arrobada.)* Comer tranquilos. Que yo sus vea... Qué gozo da veros comer asín... ¿Qué años tenéis?

MOZO 1.– *(Con la boca llena.)* Un servidor cumplirá los deciocho pa la Virgen de Agosto?

LA SOLE.– *(Al* MOZO 2.*)* ¿Y tú?

MOZO 2.– *(Encogiéndose de hombros.)* No sé... Como éste.

LA SOLE.– *(Riéndose.)* ¿Es que no sabes ni en qué día has nació?... ¡Chacho!...

MOZO 2.– *(Vuelve a encogerse de hombros.)* Mi pare no s'acuerda...

LA SOLE.– *(Ha ido por detrás de ellos y les pone la mano sobre el hombro abarcándoles en un abrazo.)* Tamien podíais ser hijos míos los dos...

(Pausa. Los chicos devoran el yantar. Beben.)

LA SOLE.– ¿Y tenéis pare y mare?

MOZO 2.– Yo no tengo más que mi pare... Ya hace mucho que no lo veo...

MOZO 1.– *(Mastica lentamente.)* Un servidor sí... tiene pare y mare...

LA SOLE.– *(Que se ha llenado de una inmensa ternura.)* Ya seis dos mozos. Ya no necesitáis a nadie. Ya mismo tenéis que ir a servir al Rey... *(Insinuante.)* Y ya castigaréis a alguna moza..., ¿eh? *(Los chicos se ríen.)* Too se sabe... ¿Están güenas las magras? *(Los chicos asienten con la cabeza.)* A vuestra edad too está güeno. No comáis deprisa. Aquéllos, que esperen.

MOZO 1.– ¡Si se enteran de que habemos comío tan bien y que ellos sólo tien un «hoyo» pa too el día...!

LA SOLE.– *(Que ha ido hasta la alacena.)* Y ahora sus vais a comer estos peros... Pero terminarse antes eso... *(Coloca la fruta ante ellos.)* Qué gusto da veros comer, hijos... *(Se ha sentado frente a ellos, olvidada ya de todo, y parece agarrarse a aquella repentina ternura.)* Sois mu güenos mozos los dos...

MOZO 2.– *(Mordiendo la fruta y mirando a la* SOLE.*)* Mos habemos de marchar ya...

LA SOLE.– Esperarse... Descansar un ratito. Se nota ya el calor... *(Vuelve a la alacena.)* Otro traguejo e vino...

MOZO 1.– *(Riendo.)* Mos vamos a ajumar. *(Al otro.)* ¿Eh, tú?... *(Se ríen.)*

LA SOLE.– Con tanto hombre aquí... una no tie tiempo de fijarse en na. Mismamente paece que os he visto ahora de nuevas. Y ya lleváis aquí una porra e meses, ¿no?

MOZO 2.– Más de un año...

LA SOLE.– *(Asombrada.)* ¡Más de un año!...

MOZO 1.– Habemos tenío suerte.

LA SOLE.– ¿Se os ha tratao bien?

MOZO 1.– Habemos tenío trabajo...

LA SOLE.– Y entoavía vais a salir sabiendo la letra... *(Su rostro se ensombrece. Los muchachos han retirado la sartén y mordisquean la fruta. La* SOLE *retira la sartén.)* Mare de los Dolores, cómo habéis dejao esto. Mismamente paece una patena... Chachos... *(Va hacia el fogón para llevar la sartén.)*

MOZO 2.– *(Riendo.)* Pos aquéllos se estarán muriendo e gazuza...

(La SOLE *mira a través de la ventana. Parece emocionada.)*

MOZO 2.– Señá Sole: ¿tie uste ya preparao eso?

LA SOLE.– *(Volviéndose.)* Sus lo preparo en seguida... *(Va a un arcón y empieza a sacar panes que va amontonando en un rincón de la mesa. Parece sonámbula.)* ¿Habéis visto a la vieja?

MOZO 1.– ¿A qué vieja? ¿A la señá Dolores?

La Sole.– Sí...
Mozo 1.– Yo no...
Mozo 2.– Yo tampoco...
La Sole.– *(Que ya tiene preparados los panes.)* Pos ahora os preparo el aceite. Con un «hoyo» se podéis arreglar hasta la noche. Hoy habemos tenío una mañana mu mala. Esta noche sus preparé unas güenas papas... ¡Ay, me gustaría que juera ya de noche pa que estuviérais ahí mismo dando la lición con el señor Santos...!

(Los chicos se han levantado y están dispuestos ya a marcharse. La Sole *vierte con cuidado el aceite en un cuenco que luego coloca en la mesa junto a los panes.)*

La Sole.– A ver si hay un canasto grande por ahí... (*Buscando el canasto, pasa ante la puerta de la cuadra y escucha. Se tranquiliza. Viene con un canasto grande que ha sacado del rincón y lo lleva hasta donde están los chicos. Éstos la ayudan a meter los panes. Ella les mira enternecida. Se detiene de pronto.)* Oye: ¿vosotros fumáis? *(Los* mozos *se ríen. Entonces ella va hasta la alacena y saca un paquete de tabaco.)* Un día es un día, chachos... Nadie se va a enterar...
Mozo 1.– *(Que se ha puesto serio.)* No, seña Sole... *(El otro ya ha cogido el cigarrillo.)*
La Sole.– Anda, muchacho... Hazte cuenta que ya te vas al servicio. ¿Me vais a hacer creer que no habéis fumao? ¡Anda ya!... *(El* mozo *ha cogido el cigarrillo. La* Sole *y los chicos se ríen como si estuvieran haciendo una travesura. Es la misma* Sole *la que prende un palito en la lumbre y enciende los cigarrillos. Se ríe.)* Que sus vea yo fumar... A ver si sabéis echar el humo... *(Los chicos fuman torpemente. Risas.)* Mía qué par de chulillos.... Ya seis dos hombres... Sentarse. Ya está preparao too... *(Riendo.)* Mare mía; como se entere el señor Mariano, «mos» mata a toos... *(Riendo coreada por los chicos.)* Como se entere de que le habemos bebío el vino y fumao de su tabaca. *(Se echa las manos a la cabeza, melodramática.)* Mare mía, no quieo ni pensarlo... ¡Pos mía que está pa venir...!

(Al oír esto, los chicos dejan de fumar asustados.)

LA SOLE.– *(Riendo.)* No sus asustéis... Ya seis hombres... Y pa eso estoy yo aquí. Pa defenderos... Ea..., fumar que me hacéis mucha gracia... *(Los chicos vuelven a fumar.)* Estáis pa retrataros... Pero sus habéis vuelto pálidos. ¿Tie malas pulgas el señor Mariano, verdad? *(Los chicos hacen un gesto sacudiendo la mano.)* ¿Sus ha zumbao alguna vez?

MOZO 1.– *(Encogiéndose de hombros.)* Casi nunca...

MOZO 2.– Pero cuando pega...

LA SOLE.– Es mu bruto. Pero es un güen hombre...

MOZO 1.– Es mu serio...

LA SOLE.– Le voy a decir que no sus pegue...

MOZO 2.– Los que «mos» van a arrear van a ser los otros como tardemos...

LA SOLE.– Ésos no tien derecho a pegaros...

MOZO 2.– Huy...

LA SOLE.– Me lo decís a mí... *(Con tristeza.)* Güeno, hombre..., marcharse ya. *(El* MOZO 1 *va a coger el canasto.)* ¿Pesa?

MOZO 1.– Una miaja...

LA SOLE.– Lo lleváis un ratillo ca uno... *(Al* MOZO 1.*)* Tú estás mas juerte que éste...

MOZO 2.– Pos yo lo gano cuando mos peleamos...

LA SOLE.– ¿Sus peleáis?

MOZO 2.– De mentirijillas...

MOZO 1.– Pero lo gano yo...

(La SOLE *se ríe y les da unos cariñosos coscorrones. Los chicos se encaminan hacia la puerta. Todavía chupan el cigarrillo.)*

LA SOLE.– Terminar de fumar eso... No salgáis así... *(Cambiando de tono.)* Oye, ¿habéis visto al Lebrija?

MOZO 1.– *(Negando con la cabeza.)* Se vino trempano...

MOZO 2.– *(Con malicia.)* Lo llamó el señorito...

LA SOLE.– *(Riéndose.)* No seas guasón... *(Está ella muy triste y con miedo de quedarse sola.)* Si veis al señor Mariano, le decís que venga ya mismo, que ya está too preparao...

MOZO 2.– Sí, señora... Y muchas gracias... *(La* SOLE *está ante ellos cerrando la puerta del corral. Los chicos han tirao la colilla del cigarrillo y la*

aplastan con el pie. La SOLE *retira las colillas para que no se vean. Les mira a los ojos. Les acaricia.)* ¿Me dais un beso? *(Los chicos quedan extrañados. Ella se acerca y les besa en la mejilla. Ellos no saben qué hacer.)* Ea, marcharse... *(Los chicos salen. Ella les ve marchar. Luego se asoma a la ventana y los despide.)*

LA SOLE.– No corráis..., que sus vais a caer..., ¡que vais a verter el aceite!... *(Riendo.)* ¡Qué chiquillos!... *(Gritando.)* Hasta luego... Aquí sus espero...

(Mueve la mano. Después, lentamente se retira de la ventana. Contempla aquella estancia inundada de tristeza después de la salida de los muchachos. Se nota una soledad agria. El sol entra formando cortinas de polvo. La SOLE *se deja caer apesadumbrada en un banco. Se encoge. Está totalmente vencida. Pasa un rato. En la puerta del corral ha aparecido la figura del* LEBRIJA. *Viene descompuesto. Las greñas sobre la frente. El cuello descubierto. Parece beodo. Contempla a la* SOLE, *que no le ve, porque está vuelta de espaldas. Sus ojos echan chispas. La* SOLE *lo presiente de pronto y se vuelve. Da un grito ahogado. Corre hacia la puerta de la cuadra y se coloca delante. El* LEBRIJA *avanza lentamente hacia ella, que, muda de horror, no puede ni gritar. De pronto se da cuenta de que el* LEBRIJA *no va hacia la cuadra, sino hacia ella. Se retira lentamente.)*

LA SOLE.– ¡Lebrija!... ¡Muchacho!... ¡Muchacho!... ¡Por los clavos de Cristo!... ¡Por la Virgen Santísima!...

(La SOLE *da un salto e intenta subir las escaleras para encerrarse en el sobrado. El* LEBRIJA *ha ido tras ella. La coge con una mano del moño y con la otra levanta la navaja que escondía en la cintura.)*

LA SOLE.– ¡Socorrooo!

(El grito se ahoga. El LEBRIJA *le clava hasta cuatro veces la navaja en el costado. La* SOLE *queda de bruces sobre los escalones teñidos de sangre. El* LEBRIJA, *con toda tranquilidad, limpia la navaja. La dobla. La guarda. Va luego a la cuadra. Abre la puerta y entra. Cae el telón.)*

ACTO TERCERO

La misma decoración. Noche cerrada. La escena, iluminada por los parpadeantes velones. No hay fuego en el hogar. Puertas y ventanas cerradas herméticamente. Ante la puerta que da al corral, un GUARDIA CIVIL; *ante la puerta de la cuadra, otro. En los últimos escalones de la escalera que conduce al sobrado, otro* GUARDIA, *al que se le ven únicamente las piernas. Estos tres* GUARDIAS, *armados con su fusil. En un rincón, en actitud expectante, otros dos* GUARDIAS *sin armas y en mangas de camisa. Sentado ante la mesa, el* SARGENTO *y el* APERADOR. *Humo espeso de cigarrillos. Un silencio trágico.*

EL SARGENTO.– *(Moja una pluma en el tintero, acerca un pliego de papel al* APERADOR. *Le ofrece una pluma.)* Firme usté aquí...

EL APERADOR.– ¿Aquí?

EL SARGENTO.– Eso es... Ahí...

(El APERADOR *firma despacio. La operación de firmar resulta larga y aparatosa. Se nota el trazado torpe de las letras y el complicado juego de la rúbrica.)*

EL APERADOR.– *(Una vez ha terminado de firmar, hace resbalar el papel hasta donde está el* SARGENTO.*)* Ea...

EL SARGENTO.– Mu bien... *(Volviéndose hacia uno de los* GUARDIAS *que están en el rincón.)* Tú..., vente p'acá... *(El otro se acerca. El* SARGENTO *le tiende el papel.)* Lee... *(Al* APERADOR.*)* A ver si está de acuerdo con la

declaración... *(El* APERADOR *hace un gesto de desenfado como diciendo que «está bien».)* Hay que cumplir toas las formalidades... *(Imperativo, al* GUARDIA *que sostiene el papel.)* Lee...

EL GUARDIA.– *(Empieza a leer despacio y torpemente.)* En el cortijo de Venegas a 28 de marzo de 1911. Ante mí, el sargento-comandante...

EL SARGENTO.– *(Interrumpiendo.)* Too eso lo pues pasar por alto... Empieza aquí... Trae... *(Le quita el papel. Busca. Señala un lugar.) Aquí... (El otro coge el papel y señala también con el dedo el lugar.)*

EL GUARDIA.– *(Leyendo.)* ... quien declara lo siguiente: que sobre las doce del día, cuando volvió de pedir auxilio para la muchacha que había sufrido un ataque de niervos...

EL SARGENTO.– *(Corrigiendo.)* Será un ataque de nervios..., ¿no?

EL GUARDIA.– De nervios..., sí señor...

EL SARGENTO.– Pue que no fuera propiamente un ataque de nervios...

EL APERADOR.– *(Moviendo la cabeza.)* Mismamente lo paecía...

EL SARGENTO.– En too caso... habrá que corregir eso... *(Al* GUARDIA.*)* Recuérdamelo...

EL GUARDIA.– Sí, señor...

EL SARGENTO.– No sea que vayamos a poner ataque de nervios y fuera otra clase de ataque... De moo y maera que será mejor poner únicamente: ataque... Güeno... Sigue...

EL GUARDIA.– Que había sufrido un ataque de nervios *(Subraya la palabra para evitar meter la pata otra vez.)*; al entrar en el zaguán vio un cuerpo tendido boca abajo...

EL GUARDIA.– *(Interrumpiendo. Al* APERADOR.*)* ¿Boca abajo precisamente?

EL APERADOR.– Sí, señor. Boca abajo estaba la pobrecita...

EL SARGENTO.– Sigue...

EL GUARDIA.– Tendido boca abajo como si se hubiá *(Corrigiendo.),* como si se hubiera caído al subir las escaleras. Que la llamó por su nombre, Sole, y que al ver que no contestaba que se acercó hasta donde estaba y que entonces vio la sangre que cubrían los escalones, la falda y el delantal de la mujer, que entonces se dio cuenta de que estaba muerta, que se quedó tan aterrorizado *(Ha pronunciado la palabra con dificultad.)* que en principio no supo que hacer, que tan confuso se encontraba que no vio que la puerta de la cuadra estaba abierta y que de ella faltaba la muchacha Micaela y el caballo pío del señorito...

EL SARGENTO.– *(Interrumpiendo.)* ¿Cuál es el nombre de ese caballo?

EL APERADOR.– «Saltero», lo llamaba el señorito...

EL SARGENTO.– *(Al* GUARDIA.*)* Habrá que añadirlo... Sigue...

EL GUARDIA.– ... del señorito, que salió y fue a dar cuenta de lo acontecido al amo, quien decidió dar parte. Que preguntado acerca de los motivos que hubiera podío... *(Corrigiendo.)* podido tener el Lebrija para asesinarla, dijo que ni el Lebrija ni ninguno de los jornaleros que trabajan en la finca podía tener ningun motivo para semejante barbarie, puesto que la Sole era mujer de buena conducta, servicial y atenta con el personal, que la discusión que tuvo con el Lebrija no tomó parte la Sole...

EL SARGENTO.– *(Interrumpiendo.)* A ver... Lee eso otra vez...

EL GUARDIA.– ... no tomó parte la Sole...

EL SARGENTO.– Antes, antes..., donde dice «que la discusión»...

EL GUARDIA.– ¿Que en la discusión?...

EL SARGENTO.– Eso..., en la discusión. Es que no has leído la preposición...

EL GUARDIA.– ... que en la discusión que tuvo con el Lebrija no tomó parte la Sole, ni cree que tampoco fuera ése el móvil del crimen, que si la Dolores dice que vio salir al Lebrija con acaloro, que no cree que eso fuera más que por la discusión, que ya había tenido otras veces. Preguntado cómo la discusión había provocado el ataque de la Micaela, dice que ésta, la Micaela, era propensa a esos ataques y que en aquella ocasión fue un poco más intenso que otras veces, por lo que decidió ir a pedir auxilio. Preguntado sobre la posible existencia de otros sospechosos, dijo que no se le ocurría otro fuera del Lebrija; pero que los móviles del asesinato no le parecían de venganza o represalia...

EL SARGENTO.– *(Interrumpiendo. Al* APERADOR.*)* ¿Es así?...

EL APERADOR.– Sí, señor... Así es...

(El SARGENTO *hace una señal al otro para que siga leyendo.)*

EL GUARDIA.– Preguntado si creía que hubiera otros motivos de tipo político, por ejemplo, dijo que era lo más acertado. Preguntado sobre si creía en la intervención de la llamada «Mano Negra», dijo que era posible, en vista de lo sucedido en otros lugares de la comarca. Preguntado si había notado algo anormal en la gañanía, dijo que había notado algo y que de un

tiempo a esta parte la Sole se lamentaba de falta de atención en el rezo del rosario y de que circulaban algunos papeles que leían los mozos a escondidas. Preguntado si alguno de ellos se había manifestado particularmente, dijo que el apodado Tobalo, justamente despedido por el amo de la finca, había dicho que «se las pagaría». Preguntado si los muchachos que fueron a recoger la comida que había preparado la Sole, para los que trabajaban por el campo, pudieran tener algo que ver con el barbaro hecho, dijo que no lo creía, ya que los muchachos habían observado buena conducta y carácter tranquilo. Preguntado, por último, si podía dar alguna noticia del paradero de los fugitivos, dijo que no tenía idea, porque tanto el Lebrija como la Micaela no tenían parientes por estos contornos...

EL SARGENTO.– *(Interrumpiendo.)* Trae... *(El* GUARDIA *le devuelve el papel. El* SARGENTO *le pide una seña y se va al rincón con el otro. Al* APERADOR.*)* ¿Estamos conformes?

EL APERADOR.– Conforme, sí señor...

(El SARGENTO *observa el papel como recreándose en su prosa.)*

EL SARGENTO.– Aluego le haremos las correciones oportunas...

EL APERADOR.– Si no manda usté otra cosa...

EL SARGENTO.– No; de momento, no. Váyase a tranquilizar al amo. El pobre se ha llevao un buen disgusto... Y, de paso, procure que las mujeres no se acerquen por acá... Voy a interrogar a los muchachos... Me paece que la cosa está clara.

EL APERADOR.– *(Que se ha levantado.)* A mí too me parece una pesadilla... Pobre mujer.

EL SARGENTO.– Esto es cosa política. La Mano Negra.

EL APERADOR.– *(Asintiendo.)* La Mano Negra.

EL SARGENTO.– Si nos hubiera usté avisao hace dos días... Si cazamos al Cojo hace dos días...

EL APERADOR.– Pero ¿quién se iba a figurar...?

EL SARGENTO.– *(Con tono de reconvención.)* ¿Quién se iba a figurar que en las Palomas iba a pasar lo que pasó, y en la Flecha?... Pero hay que

cazarlas al vuelo, amigo... Ya ve usté si hubiamos tenío al Cojo antié, por ejemplo... Cazamos a toos juntos, al Lebrija, a la querida y a toos... Y la pobre mujer esa estaría con vía... Ea.

EL APERADOR.– *(Fingiendo justificarse.)* Si no confía uno en el personal...

EL SARGENTO.– En estos tiempos no hay que fiarse de neguno... Pero, ea, ya pasó too y la cosa no tie arreglo. Siempre lo paga el más inocente y ha tenío que ser esa pobre mujer. Mala suerte, amigo. Entoavía tie usté que dar gracias al Señor, porque si no me engaño, iban por usté...

EL APERADOR.– *(Han ido hablando hasta la puerta de la cuadra.)* Ya ve usté cómo iba yo a figurarme...

EL SARGENTO.– De moo y manera que tenemos que dejar too los cabos bien amarraos. Asín que con su permiso voy a tomar declaración a los muchachos. *(Uno de los* GUARDIA*s ha abierto la puerta de la cuadra para que pase el* APERADOR.*)* Supongo que hablarán, que no habrá necesiá de... Bueno, *(Tiende la mano al* APERADOR.*)* póngame a las órdenes de don José María y dígale usté que en cuanti que deje finiquitao este asunto subiré a despedirme de él, y que aquí estoy pa lo que guste mandar... Ea... Y a tranquilizarse, y pa otra vez que no seamos tan confiaos...

EL APERADOR.– Muchas gracias y a mandar...

(Sale. El GUARDIA, *una vez ha salido el* APERADOR, *va a cerrar la puerta de la cuadra. El* SARGENTO *le detiene con un gesto.)*

EL SARGENTO.– Déjala abierta... *(Dicho esto, entra en la cuadra y sale a poco llevando en la mano dos vergajos. Se los tiende a los dos* GUARDIAS.*)* Coger uno ca uno, por si os hacen falta. *(Riendo.)* Que sus vean bien armaos... *(Los* GUARDIAS *los cogen sonriendo. Los sacuden en el aire.)* A ver si pue ser que hagamos un buen servicio y que «mos» feliciten. Aver si limpiamos de una vez esta Andalucía de criminales y bandíos... *(Se pasea fumando.)* A ver si terminando pronto... *(Se dirige al* GUARDIA *que monta la centinela en los escalones del sobrado.)* ¡Manuel..., que baje la gente...!

(El GUARDIA, *luego de contestar «a sus órdenes» desaparece. Se oyen sus voces. En seguida van bajando los es-*

calones la partida de GAÑANES. *Vienen esposados de dos en dos. Reflejan el susto en la cara. Son todos los que vimos en el primer acto, excepto el* LEBRIJA. *Bajan silenciosos, tropezando a causa de las esposas que los sujetan. Fingen una tranquilidad que no tienen y que contradicen en su rostro amarillo.)*

EL SARGENTO.– *(Al* GUARDIA *que los conduce.)* Que se sienten ahí... Toos en fila, que «mos» veamos bien las caras...

(Los hombres se van sentando en el banco largo tras la mesa. Parece un jurado. Miran medrosamente a los GUARDIAS *que los rodean. Especialmente a los dos que cimbrean los vergajes frente a ellos. El* SARGENTO *se pasea fumando y prolonga la pausa a sabiendas del efecto que esto produce en aquellos hombres. Los dos* MUCHACHOS, *especialmente, están a punto de llorar. El* TOBALO *es el que aparece más resignado.)*

EL SARGENTO.– *(Una vez se han colocado todos, se planta ante ellos.)* Amos a ver... Lo primero de too: las presentaciones. Quiero que me digais ca uno de ustedes el nombre y apodo. *(Indica al* GUARDIA *que antes los vigilaba que se siente junto a él. Y le entrega una lista. Al* GUARDIA.*)* Tú, vas poniendo una cruz en ca nombre... *(Señala un lugar en el papel.)* Aquí... *(Mirando a los detenidos.)* Ea..., empieza tú, muchacho. *(Señala a uno de los muchachos que está en uno de los extremos.)*

MUCHACHO 1.– ¿Mande?

EL SARGENTO.– ¿No te has enterao entoavía? Tu nombre y tu apodo...

MUCHACHO 1.– *(Mirando asustado a los otros.)* ¿Qué?

MUCHACHO 2.– *(Que está a su lado.)* Que le digan cómo te llamas...

MUCHACHO 1.– Andrés Cuesta Jiménez...

EL SARGENTO.– Si empezáis ya, vamos a estar aquí hasta mañana... Mira que será difícil decir el nombre... *(Al* GUARDIA.*)* ¿Lo has señalao? *(Gesto afirmativo del* GUARDIA.*)* ¿Y ties apodo? *(El chico no contesta.)* ¿Te llaman por algún mote?

MUCHACHO 1.– No, señor...
EL SARGENTO.– El otro...
MUCHACHO 2.– Manuel Segura Vázquez...
EL SARGENTO.– ¿Apodo?
MUCHACHO 2.– No tengo...
EL SARGENTO.– Bueno... Otro... Vamos, vivo..., que paecéis muertos... Me cagüen...
EL CHISPA.– Pa... Pa... Patri...ci...o Fer... Fer...nánn...dez Ló... López...
EL SARGENTO.– *(Se ha reído, así como los* GUARDIAS.*)* Pero ¿qué te pasa, muchacho? ¿Ties diarrea en la lengua? *(Más risas de los* GUARDIAS.*)*
El TOBALO.– *(Interviniendo.)* El chavea es tartaja...
EL SARGENTO.– *(Ha mirado fijamente al* TOBALO.*)* Bueno, hombre... Gracias por la aclaración... *(Al* CHISPA.*)* ¿Tu mote?
EL CHISPA.– Chis... Chis...pa... *(Más risas.)*
EL SARGENTO.– ¿Chispa? Menúa chispa ties, gachó... *(Incluso los detenidos se ríen animados por el buen talante que parece tener el* SARGENTO. *Dando una palmada.)* Venga, otro... Rápido...
PABLO.– *(Con voz ronca.)* Pablo Martínez Sanguera. No tengo apodo...
EL SARGENTO.– Mu bien... Asín me gusta... Empezamos con los grandes... Otro...
EL LEÓN.– Policarpo Murciano Lara... Me llaman el León...
EL SARGENTO.– *(Fingiendo susto.)* Jozú... *(Risas leves.)*
TOBALO.– Cristóbal de la Fuente Hermigio, y de apodo, Tobalo...
EL SARGENTO.– Hombre..., el Tobalo. Pos mira que ya tenía ganas de conocerte. Hasta en Córdoba te conocen, gachó... Ties muchos amigos por ahí... Na, tanto gusto, hombre... *(Se ríe. El* TOBALO *no contesta. Luego de una pausa escalofriante, el* SARGENTO *señala a otro.)*
ANTÓN.– Antón Casero Expósito...
EL SARGENTO.– ¿Apodo?
ANTÓN.– No, señor...
GAÑÁN 1.– Eustaquio Fernández García... No, señor, no tengo apodo...
GAÑÁN 2.– Doroteo Rodríguez García... El Leche...
GAÑÁN 3.– Curro Olivar de la Cuesta... Sin apodo...
GAÑÁN 4.– Jesús Hernández Molinero... Asín me llaman...

(Estos cuatro GAÑANES, *ya de edad, son los que en el primer acto atendían al rezo.)*

EL SARGENTO.– *(Una vez terminada la revista.)* Ea..., pos ya «mos» conocemos todos. Asín será más fácil hablar como güenos amigos... *(El* SARGENTO *está adoptando cierta postura propia de maestro de escuela. El caso es que los hombres parecen estar más confiados.)* A ver si atendéis un momento... *(Al* CHISPA.*)* Tú, Chispa..., ¿ties tamién hormiguillo? ¿Qué te pasa?

EL CHISPA.– Na...

EL SARGENTO.– Pos a ver si no haces tantos visajes... Ea... Escuchadme... *(Se pasea mientras habla, pavoneándose.)* Ya sabéis toos..., amos cren que ya sus habéis enterao de lo que ha sucedío en esta casa. Se ha cometío un crimen y tenéis que ayudar a la justicia pa que too quede bien aclarao y que nadie puea escapar al castigo que merece. Asín que me vais a hacer el favor de decirme toa la verdad de lo que aquí ha pasao estos últimos días. Ya sabemos que ca cual tie sus amigos y compadres y que a nadie le gusta chivatear; pero el caso es que hay que aclarar lo que ha sucedío. Como comprenderéis ustedes, yo de güena gana estaría ahora sentao al fresco y sin preocuparme na de too esto. Pero el deber es el deber y, asín como yo tengo el deber de interrogaros, ustedes tenéis la obligación de decirme too lo que sepáis. Quiero que me expliquéis too lo que ha pasao aquí, de hombre a hombre. Haced cuenta que yo no llevo galones, ni uniforme, que soy uno más de vosotros. Con toa confianza me decís: «pos mire usté; aquí ha pasao esto y lo otro o lo de más allá». ¿Estamos? Y echamos un plumazo y caiga el que caiga. Y aluego ca cual a lo suyo y a tomarse una copa si a mano viene. Yo soy el primero en desear que no sus pase naa y que podáis reunirse con vuestra parienta y vuestros chavales y aluego que sus podáis encontrar algún acomodo por ahí y aquí no ha pasao na. ¿Estamos? ¿Mos habemo enterao? Ea, pos aquí me tenéis. Ya podéis hablar el que queráis...

(Pausa. Silencio. Se miran unos a otros.)

EL SARGENTO.– *(Luego de dejar una pausa.)* ¿No decís na? Me paece que hablo en castellano. Ya veis que mejores intenciones no pueo llevar. ¿O sea que sus acostáis a las ocho?

(Se miran unos a los otros y todos parecen esperar que hable otro.)

EL SARGENTO.– Pos si no sabéis na, tendremos que ir sacándoos las preguntas una a una. Yo lo que quería es terminar pronto. Pero, en vista de que no queréis ayudarme..., allá vosotros... *(Cruzado de brazos.)* Ea..., pos ahí va la primera pregunta. Que la conteste el que la sepa... ¿Aónde están el Lebrija y la Micaela?

(Pausa. Silencio de todos.)

VOCES ASUSTADAS, INDECISAS.– No lo sabemos... No sé... *(Se miran unos a otros.)*

EL SARGENTO.– No lo sabéis... Mu bien... A ver si aluego lo vais a saber... *(Pausa.)* De eso no sabéis na... Bueno... Segunda pregunta... Fijarse bien... ¿Por qué motivo el Lebrija ha matao a la Sole?... *(Pausa. Tensión.)* ¿Tampoco lo sabéis?

TOBALO.– *(Decidido a hablar.)* Lo sabrá el Lebrija... Nosotros...

EL SARGENTO.– Lo sabe el Lebrija y lo sabéis vosotros...

TOBALO.– Nosotros no sabemos na...

VOCES.– No sabemos na... No sabemos na... *(Uno de los muchachos gimotea.)*

EL SARGENTO.– Silencio... ¿Así que no poéis saber qué motivo pue tener un hombre al que estáis viendo toos los días pa matar a una mujer, a una pobre mujer que no sus hacía más que bien?

TOBALO.– Alguna razón tendría...

EL SARGENTO.– Tú lo has dicho, Tobalo... Alguna razón tendría. Eso, eso es lo que quiero precisamente que me digáis. La razón... ¿Eh, Tobalo?

TOBALO.– *(Que se va animando.)* Razones de hombre... probablemente...

EL SARGENTO.– Eso: razones de hombre. Que el Lebrija era un hombre. Y aquí me paece que hay pocos hombres. ¿Por qué mató el Lebrija?

TOBALO.– La Sole era una mala mujer...

EL CHISPA.– *(Se ha levantado como iluminado.)* El Le... Le...brija... e... era... no... no...vio... de la Mi... Micaela... Y ... *(El* SARGENTO *se ríe. El* CHISPA *se calla asustado.)*

EL SARGENTO.– Venga..., sigue..., sigue... No hagas caso, que se rían... O ayudarle uno de vosotros. El Lebrija es el novio de la Micaela..., ¿y qué?...

EL CHISPA.– *(Animándose.)* Pe... pe... pero el señorito... *(Esta frase la he dicho de golpe. Silencio.)*

EL SARGENTO.– ¿Qué pasaba con el señorito?... Amos habla... Habla...

(Los otros miran al CHISPA *asustados.)*

EL CHISPA.– No sé... Amos..., el se... seño...rito... no... no...

(El SARGENTO *se pone nervioso.)*

EL SARGENTO.– *(Con un gran vozarrón.)* ¿No qué?

EL CHISPA.– No que... quería... que...

EL SARGENTO.– *(Cortándole se echa a reír.)* El señorito no quería que se casara con la Micaela... *(Se detiene de golpe y se vuelve a reír.)* Pero que atontao eres... Mía tú qué tendrá que ver toa esa historia con... ¿Será cateto el tío? Lo que me viene a contar. Te doy un revés que... *(Se pone muy serio.)* Y cuidaíto con lo que dice esa lengua, cuidaito con lo que se habla, a ver si te corto la lengua. Al señorito hay que dejarle tranquilo. ¿Estamos?

(El MUCHACHO, *asustado, dice que «sí» con la cabeza. Silencio.)*

EL SARGENTO.– Ea..., ¿no sabéis tampoco na? Ni que se hubiáis caío toos de un nido. Pos ahí va la tercera pregunta: ¿habéis oío hablar de la Mano Negra? *(Pausa.)* ¿Tampoco? ¿Ni del anarquismo? ¿Ni del sindicato? Na... No sabéis na. Que no habéis roto un plato nunca, ea. Que seis mu güenos chavales toos. ¿Y del Cojo? ¿Tampoco sabéis na? ¿Que sus enseñaba a leer? ¿Que sus leía cosas? ¿Qué cosas sus leía?

TOBALO.– De los toros...

EL SARGENTO.– De los toros... Na más... *(Enfadado.)* No sabéis na de na. Toos los tíos aquí viviendo juntos y nadie sabe na... Mía tu que...

TOBALO.– Nosotros estamos aquí pa currelar...

EL SARGENTO.– Y pa amenazar al aperador también... ¿Te crees que no sabemos que se la tenías jurá al señor Marino...?

TOBALO.– *(Que ha palidecido.)* Un acaloro lo tie cualquiera...

EL SARGENTO.– Un acaloro lo tie cualquiera. Pos vais a ver como me acalore yo, que ya comienzo a acalorarme, cómo sus va desatar la lengua y vais decir too lo que sabéis y lo que no habléis por las güenas, que menos

que os gusta a vosotros me gusta a mi esto, que yo tengo mucha paciencia, pero que no soy un santo. Mirar que es por vuestro bien... *(Pausa.)* Me vais a tener que obligar a decíroslo de otra manera. Que voy a tener que arrimar una «capujana» a más de uno. Pensarlo bien: que no vale de na el esconderse, que con nosotros no vale el cachondeo, y el culpable o los culpables tien que salir. Que el Lebrija no estaba solo, que aquí hay mucha mar de fondo. *(Muy enérgico.)* Y que las cosas tien que quedar claras, ea... *(El* SARGENTO *se vuelve a mirar a los* GUARDIAS, *que sacuden en el aire el vergajo.)* Aquí tenéis este par de amigos pa que sus digan un par de palabritas. *(Coge a uno de ellos el vergajo y lo muestra a los hombres.)* ¿Tampoco sabéis lo que es esto? *(Al* CHISPA.*)* ¿Qué es esto, chispa?

EL CHISPA.– *(Muy pálido.)* U... u...na... pi... pi...cha... e to... toro... *(Risas de los* GUARDIAS.*)*

EL SARGENTO.– *(Devolviendo al otro el vergajo.)* Vaya, por lo menos sabéis algo... Ea..., voy a contar hasta veinte, y si no habláis antes, empezaremos la fiesta...

(Se pasea el SARGENTO *bisbiseando como un rezo. Los detenidos están inquietos. Flota un ambiente espeso. Nadie se atreve a hablar. El* SARGENTO *se detiene de pronto.)*

Ea, ya está... Tenéis tan mala sangre que por culpa de unos cuantos amos a tener que castigar a algún inocente. Era pa colgaros a toos. Amos a ver con quién empezamos. *(Va mirando a la cara de cada uno. Se recrea en el juego. Mira al* TOBALO, *al* CHISPA. *Al fin se decide.)* Amos a empezar con los más chavaliyos... *(Señala a los dos* MUCHACHOS, *que empiezan a gimotear.) (A los* GUARDIAS.*)* Ea..., a la cuadra con ellos... *(Los dos* GUARDIAS *del vergajo van a por ellos, los levantan del asiento y se los llevan hacia la cuadra.)*

LOS MUCHACHOS.– No... No... No sabemos na, señor... No sabemos na... No sabemos na... Ay, mare mía...

(El SARGENTO *contempla cómo los meten en la cuadra. Va hasta la puerta para dar las últimas órdenes.)*

EL SARGENTO.– Amarrarlos bien... Así... Quitarles la ropa... Sí..., desnuitos como vinieron al mundo... *(Deja la puerta de la cuadra y se vuelve a los hombres, que están abrumados.)* Si tendréis mala sangre pa dejar que maltraten a dos criaturitas a sangre fría... *(Escupe.)* Colgaos teníais que estar toos, me cagüen en toos los muertos... *(A los hombres se les saltan las lágrimas. Se oye el ruido de las esposas, que rozan unas con otras. De la cuadra llega el gimoteo cada vez más débil de los dos* MUCHACHOS. *El* SARGENTO, *luego de esperar indeciso, va con paso firme a la puerta de la cuadra, que permanece abierta, y grita.)* Ea..., duro con ellos... Romperles los huesos pa que estos criminales se relaman de gusto... *(Se detiene y mira a los hombres. Éstos se retuercen y bajan la vista... Se oye el chasquido seco de los vergajos al caer sobre la carne y el grito ahogado y terrible de los* MUCHACHOS. *El* SARGENTO *les mira a ellos. Escupe y mueve la cabeza.)* Seréis capazes de dejar que los maten...

(Los hombres están desesperados. Alguno llora. Al TOBALO *se le enciende el rostro.)*

(Pausa tensa. El sonar de los vergajos y los gemidos.)

EL SARGENTO.– Pero ¿no vais a hablar? *(Va presuroso a la puerta de la cuadra y grita lo siguiente:)* Soltar eso... Coger esas caenas que hay colgás. Con la caena... *(Se vuelve a mirar a los hombres. Deja de oírse el ruido de los vergajos. Se oye el tintineo de unas cadenas. El* TOBALO *se pone en pie descompuesto arrastrando al* LEÓN *consigo.)*

TOBALO.– Basta..., basta... *(El* SARGENTO *hace una seña a los de la cuadra y va hacia el* TOBALO *expectante.)*

EL SARGENTO.– Habla...

TOBALO.– *(Lleno de rabia.)* Pégueme usté a mí... Pégueme usté a mí... Suelte a los chavales, que no tien culpa de na...

EL SARGENTO.– Luego, confiesas canalla...

TOBALO.– Digo que me pegue usté a mí...

EL LEÓN.– Y a mí...

PABLO.– Y a mí...

EL SARGENTO.– *(Fuera de sí.)* Pero ¿sus declaráis culpables? *(Silencio. El* SARGENTO *va otra vez hacia la puerta de la cuadra.)* Arriba las cadenas... Zumbando fuerte...

TOBALO.– *(Con voz enronquecida y gimoteante de hombría.)* Yo soy culpable...

(Nuevo gesto del SARGENTO *para detener a los verdugos.)*

EL SARGENTO.– *(Se detiene ante el* TOBALO. *Con mano nerviosa enciende un cigarrillo.)* Me dan ganas de escupirte a la cara, mamarracho... Has sío capaz de dejar que maltraten a los chavalillos. ¿Y tú eres el Tobalo? *(Se vuelve de espaldas desdeñosamente y grita hacia la cuadra.)* Soltarlos... Traerlos pa acá... *(Al* TOBALO.*)* Habla... *(A uno de los guardias.)* Tú, toma nota...

TOBALO.– *(Con la vista baja, encendido en cólera.)* ¿Qué quie usté que diga?

EL SARGENTO.– Que eras de la Mano Negra...

TOBALO.– *(Asintiendo.)* Sí...

EL SARGENTO.– Que habíais planeao el asesinato del señor Mariano y que no sus salió bien y cayó la mujer esa...

TOBALO.– Eso...

EL SARGENTO.– Que ibais a quemar el cortijo... Que estabais en combinación con la partía de Córdoba y de Bujalance... ¿Confiesas?

TOBALO.– Sí... Sí...

(Traen en este momento a los dos MUCHACHOS. *Desnudos de cintura para arriba, con los verdugones en la carne, medio desmayados. Los sostienen los dos* GUARDIAS. *El* SARGENTO *los señala.)*

EL SARGENTO.– Otro crimen más... Pobres chavalillos... *(Los otros hombres están aterrorizados.) (A los* GUARDIAS.*)* Quitarles las esposas... *(Los* GUARDIAS *quitan las esposas a los* MUCHACHOS. *Los sientan en banquetas. Al* TOBALO.*)* ¿Tú solo? *(Pausa.)* ¿Tú solo?

TOBALO.– *(Con rabia.)* Sí, solo... *(Mira a los otros desafiante.)*

EL SARGENTO.– *(Echándole el humo del cigarrillo a la cara.)* Pero qué desgraciao eres, Tobalo... Qué desgraciao... ¿Es que no te habías enterao

que el Cojo cantó ayer?... *(Pausa escalofriante. Se oye el débil gemido de los chicos, que están derrengados sobre el taburete.)* Too lo había dicho el Cojo... Y tú has dejao que castiguen a los chavales... *(Se vuelve a los chicos.)* Éste, éste ha tenío la culpa de que sus pegaran... Mirarle... Ahí lo tenéis... Mañana sus llamaré al cuartel pa que le devolváis los vergajazos que sus habemos dao... *(Por toda respuesta los chicos aumentan sus gemidos. Con voz autoritaria, a los* GUARDIAS.*)* Soltarme a todos... menos al Tobalo, al León, al Pablo y al Chispa... *(Ante el asombro de los tres últimos, aclara.)* Porque vosotros tres me paece que no seis trigo limpio... Eso lo veremos mañana... *(Los* GUARDIAS *van desatando a los liberados.)* Y os advierto una cosa a vosotros: *(Se dirige a los liberados.)* que desde este punto y hora ustedes estáis a disposición de la autoridad, de moo y manera que no sus poéis ausentar de la comarca hasta que se os ordene. ¿Estamos? *(Los hombres asienten con la cabeza.)*

EL CHISPA.– *(Con voz gimoteante.)* Un ser... ser...vi... vi...dor... no... no...

EL SARGENTO.– Ya te explicarás en el cuartel, hombre... Vas a ver cómo allí aprendes a hablar derecho... *(Le da un coscorrón. Los* GUARDIAS *rodean a los cuatro presos y se disponen a sacarlos.)* Ea..., tirar palante... *(El* TOBALO *cierra los ojos y aprieta los puños. El* SARGENTO *se vuelve a los liberados.)* Ya estáis enteraos... Poéis ir a ver a vuestros parientes, pero de la comarca no se mueve ni Dios... El que avisa no es traidor... Tira... *(Salen los* GUARDIAS, *y los presos con la cabeza baja, tambaleantes. El* SARGENTO *recoge el papel de la declaración y se lo guarda. Se dirige a los conductores.)* Ir delante vosotros, que yo voy a despachar con el amo... *(Sale la tropa de presos. Los liberados bajan la cabeza abrumados. Están quietos en el lugar donde los dejaron. Al salir, el* SARGENTO *acaricia a los* MUCHACHOS.*)* Ya seis dos hombres los dos... Sus habéis portao como dos hombres...

(Sale. Quedan solos los dos MUCHACHOS, *el* ANTÓN *y los cuatro* GAÑANES. *La puerta del corral ha quedao abierta. La de la cuadra también. Poco a poco los hombres van recobrando sus movimientos. Se acercan indecisos a la puerta del corral para que les dé el fresco de fuera en la cara. De pronto advierten a los dos* MUCHACHOS. *Se*

acercan todos y contemplan las espaldas de los MUCHACHOS.*)*

ANTÓN.– ¿Sus duele mucho? *(Los* MUCHACHOS *asienten con la cabeza.)*
GAÑÁN 1.– Amos a curarles...
ANTÓN.– ¿Con qué?
GAÑÁN 2.– Con una miaja aceite...
GAÑÁN 3.– *(Yendo a la alacena.)* La mujer esa lo guardaba aquí... *(Saca de debajo de la alacena un cántaro de aceite.)*
GAÑÁN 4.– *(Lleno de indecisión.)* ¿Qué hacemos ahora?
GAÑÁN 1.– *(Que mira por la ventana.)* Dos guardias han ío aonde las mujeres...

(Pero los hombres no quieren pensar en nada. El ANTÓN *y el* GAÑAN 2 *han sacado un pañuelo. Lo mojan de aceite y van pasándolo por las heridas de los* MUCHACHOS, *que tiemblan y gimen.)*

ANTÓN.– *(Mientras cura a los* MUCHACHOS, *poseído de rabia.)* Maldita sea... Qué desgraciaos semos... ¿Por qué no nos matarán a toos de una vez?... *(El otro* GAÑAN *mira temeroso a todos los lados.)*
GAÑÁN 2.– Entoavía eres joven, muchacho... Entoavía no sabes lo que es la vía... *(Pasando el paño por la espalda de los* MUCHACHOS.*)* Ya aprenderás... Esto no tie na de particular...
ANTÓN.– Me cagüen en toos sus muertos...
GAÑÁN 2.– Calla, muchacho, calla... ¿Te quies ver como el Tobalo?...
ANTÓN.– *(Dejando de curar y mirándole.)* El Tobalo es inocente. El Tobalo es como nosotros. *(Pausa.)* El Tobalo es un hombre.... *(Dicho esto, refriega duramente la espalda del muchacho, que guiña los ojos.)*
GAÑÁN 2.– *(Mirando a todas partes.)* Habla más bajo... Las cosas ya no tien remedio.

(Los otros gañanes han sacado pan de la alacena y acuden al otro grupo.)

GAÑÁN 1.– *(Ha abierto un «hoyo» en el pan y lo tiene el* ANTÓN.*)* Oye, chacho... Echa una «chorrá» de aceite aquí.

GAÑÁN 3.– Y aquí.
GAÑÁN 4.– ¿Vosotros no tenéis gazuza?

(El ANTÓN *les mira. Luego coge el cantarillo de aceite y les echa un chorrito en el pan.)*

ANTÓN.– Comed..., comed...
GAÑÁN 1.– Menúo día hoy... *(Él y los otros comen el pan con aceite.)*
GAÑÁN 2.– *(Sin dejar de refregar el paño en las espaldas de los chicos.)* Los muchachos tamién querrán jalar... *(Se dirige a los* MUCHACHOS.*)* ¿Vais a comer un hoyo? *(Los* MUCHACHOS *hacen un gesto indiferente.) (Dirigiéndose a los otros.)* Sus voy a prepararlo... *(Deja de curar.* ANTÓN *también. El torso de los* MUCHACHOS *parece bronceado y brillante. El* GAÑÁN 2 *prepara los «hoyos» de aceite.)*
ANTÓN.– *(Contemplando las espaldas de los* MUCHACHOS.*)* Si sus llegan a pegar con la caena..., ¿sus duele menos?

(Gesto afirmativo de los MUCHACHOS.*)*

GAÑÁN 2.– *(Lleva el trozo de pan a los* MUCHACHOS.*)* Tomad... Amos, comed, aunque sea sin ganas... *(Los* MUCHACHOS *cogen negligentemente el pan y se lo llevan a la boca. El* GAÑÁN 2 *ofrece otro trozo al* ANTÓN.*)*
ANTÓN.– No..., yo no quiero... No tengo hambre... *(Sin embargo, luego, contemplando la escena en la que todos comulgan con el pan y el aceite que sirvió para curar las heridas de los* MUCHACHOS, *se vuelve.)* Trae... Tenemos que comer...
GAÑÁN 2.– Claro... Tenemos que vivir...

(Pausa. Están todos sentados en corro comiendo el pan con aceite.)

GAÑÁN 1.– Mos habemos escapao de güena...
GAÑÁN 2.– Y tamién mos habemos quedao sin jornal...
GAÑÁN 1.– ¿Es que mos van a echar?
GAÑÁN 2.– Aquí no tenemos na que hacer ya...

(El ANTÓN *pensativo masca el pan.)*

GAÑÁN 3.– Pos pa luego es tarde. Yo me voy de naja ahorita mismo. Cuando menos, dormiré esta noche con la parienta...

GAÑÁN 1.– Mos debíamos haber marchao ya. Van a creer que estamos haciendo algo malo...

GAÑÁN 2.– En cuanto mos comamos esto, mos largamos. Poemos llevarnos un poco e pan al menos...

GAÑÁN 3.– Sí... *(Va a la alacena y abre para sacar más pan.)*

GAÑÁN 2.– *(A los* MUCHACHOS.*)* ¿Vosotros poéis andar?

(Antes de que contesten los MUCHACHOS *ha aparecido en la puerta el* APERADOR. *El* GAÑÁN 3, *sorprendido al sacar el pan de la alacena, queda suspenso. Los hombres se levantan, menos el* ANTÓN.*)*

EL APERADOR.– *(Sin reparar en el* GAÑÁN 3, *que vuelve al grupo, aparece con buen talante.)* ¿Qué pasa, muchachos?

GAÑÁN 2.– Pos aquí mos tiene, señor Mariano, que como los señores guardia mos han soltao y como no habíamos comío na dende esta mañana, pos habemos dicho echaremos algo al estómago con el permiso del señor Mariano...

EL APERADOR.– Güeno, hombre..., seguid..., seguid... Poéis comer lo que queráis... Habéis pasao un mal rato..., ¿verdad? *(Al ver la espalda de los* MUCHACHOS.*)* ¿Sus han pegao?... Ya me lo ha dicho el sargento, que sus habéis portao como dos tíos... Otra vez no sus confiaréis en naide. Vosotros, a currelar y a callar... Sus servirá de escarmiento...

GAÑÁN 2.– Ya ha pasao too...

MUCHACHO 1.– Ya no duele...

GAÑÁN 2.– Los habemos curao con una miaja aceite...

GAÑÁN 1.– Han pasao una miaja e miedo...

GAÑÁN 3.– Un servidor que no ha hecho na... no ha pasao miedo...

GAÑÁN 2.– Pos ahora con su permiso, señor Mariano, mos vamos....

EL APERADOR.– ¿Que sus vais?

GAÑÁN 2.– *(Un poco perplejo.)* Claro...

GAÑÁN 1.– Como dicen que estamos despedíos...

EL APERADOR.– ¿Despedíos? ¿Vosotros? No..., na de eso... Vosotros poéis seguir aquí... Con vosotros no hay naa... La Dolores sus hará la comía. Mientras no falte el trabajo, vosotros poéis estar aquí... ¿Es que no queréis?

(A todos, incluso a los MUCHACHOS, *se les ha iluminado el semblante, excepto al* ANTÓN, *que sigue ceñudo.)*

GAÑÁN 1.– U séase, que no estamos despedíos.

EL APERADOR.– No... Esta noche sus poéis marchar a casa. Mañana sus quiero ver a toos aquí, pal entierro de la Sole. Y si queréis quedarse esta noche, tamién...

ANTÓN.– *(Al oír esto se ha levantado.)* Yo me voy... ahora mismo. Y no vuelvo más...

(El APERADOR *se vuelve a él. Todos le miran extrañados.)*

EL APERADOR.– ¿Qué te pasa, muchacho? ¿Por qué no quieres quedarte?

ANTÓN.– *(Mirando fieramente al* APERADOR *y a los otros con conmiseración.)* Paece mentira que me lo pregunte...

EL APERADOR.– *(Un tanto enojado y evitando traslucirlo.)* Allá tú, muchacho... Haz lo que te dé la gana. Vete, si quieres. Falta no hace nadie... Si quieres te quedas, y si no, te largas. Di que no te gusta currelar y eso es otra cosa.

ANTÓN.– *(Plantándose delante de los* MUCHACHOS.*)* ¿Y vosotros tamién se quedáis?

(Los MUCHACHOS *no contestan. El* APERADOR *da un empujón a* ANTÓN.*)*

EL APERADOR.– Lárgate ya de una vez, si quies largarte, y no te metas en las cosas de nadie... Paece mentira que entoavía no haya sío escarmentao. Vete.

(El ANTÓN *sale rápidamente.)*

EL APERADOR.– *(En el momento en que el* ANTÓN *va a salir.)* Y si no encuentras trabajo por ahí..., no tengas mieo de volver...

ANTÓN.– *(Volviéndose muy rabioso.)* Me iré con la partía del Lebrija... *(Sale. Los hombres han quedado aterrorizados. El* APERADOR *se ríe.)*

EL APERADOR.– Me río sin ganas. No pueo echar de mi cabeza a la pobre Sole... *(Pausa.)* Me paece que sus habían calentao demasiao los cascos... Ea... Lo dicho: vosotros poéis hacer lo que queráis. Si queréis marcharse esta noche, poéis hacerlo. Mañana, aquí...

GAÑÁN 1.– Un servidor se quea...

GAÑÁN 2.– Y un servidor...

GAÑÁN 3.– Y un servidor...

MUCHACHO 1.– ¿Aónde amos a ir nosotros?

EL APERADOR.– Aquí no sus faltará trabajo por ahora. Ahora menos que nunca. Lo que tenéis que hacer es ir ca cual a lo vuestro y no meterse en líos... como ese cateto del Antón... Será chalao el tío...

(En este momento aparece la VIEJA *Dolores. Trae un rosario en la mano colgando. Se acerca al grupo.)*

LA VIEJA.– Güena noches mos de Dios... Bendito sea el Señor que ya mos ha librao de too mal... *(Al señor Mariano.)* Ya salieron toos. Las mujeres están tranquilas...

EL APERADOR.– Sí, ya too está tranquilo. *(Mira a los hombres.)* Sólo falta que cacen al Lebrija y a la moza... No tardará en caer... *(Con voz quejumbrosa.)* Pobre Sole...

LA VIEJA.– *(Llorando.)* Era mu güena...

EL APERADOR.– Dios la tenga en la gloria...

LA VIEJA.– Señor Mariano, ¿le paece que recemos el rosario por su alma?

EL APERADOR.– Sí, sí..., amos a rezar...

(Los hombres apesadumbrados se ponen en pie. Al arrodillarse el APERADOR, *se arrodillan todos. Vuelven las cosas a estar casi como al principio. Los dos* MUCHACHOS, *con las espaldas desnudas. La* VIEJA *empieza a bisbisear el rosario.)*

LA VIEJA.– Señor, acoge en tu reino a tu sierva Sole y lírbanos de too mal... Padre Nuestro que estás en los cielos, santificao sea tu nombre, venga a nos el tu reino, hágase tu voluntá así en la tierra como en el cielo...

TODOS.– El pan nuestro de casa día dánoslo hoy...

(Esta frase queda como gravitando en la oquedad sombría del cortijo de Venegas.)

(Telón.)

LOS QUINQUIS DE MADRIZ

(Reportaje dramático en diez momentos)

Personajes

El perro Johnson (invisible)
El Trueno
La Lurdes
El Tranvi
El Chungui
El Caribe
La madre del Trueno
El Puma
El Chato
El Cocina
El Niño de Canillas
El guitarrista
El otro
El comisario
El sereno
El policía (de la secreta)
El maestro
El estudiante rebelde
El guardián
El camarero
Un cabo de la Legión
Un oficial de la Guardia Civil
Guardias civiles
Voces diversas

La acción en España, y concretamente en 1967.

ESCENA FIJA: cámara oscura sobre la que irán jugando los elementos –siempre esquemáticos– que servirán para ir ambientando la acción. Es aconsejable la acomodación de algunos planos escalonados. En los momentos en que no tiene que haber «ambientación especial», conviene que se adivinen unas cuantas formas evocadoras de un mundo de andurrial y suburbio.

MOMENTO PRIMERO

Tarde de sol primaveral, en pleno invierno, por un rincón del Madrid vallecano de Palomeras Altas. Descampado entre chabolas. Baja corriendo, por el terraplén, un quinqui de unos veinticinco años. Viste camisa legionaria a la que ha arrancado distintivos e insignias, pantalón de tergal. Va, a pesar del invierno, remangado para que se vean los tatuajes que se hizo en el antebrazo durante su estancia en el tercio sahariano. El muchacho viene jugando con un perro invisible, pero que parece emparejarse en alegría y ganas de vivir con su amo. Aunque no se vea al perro, pueden escucharse sus ladridos de gozo.

El Trueno.– ¡Venga, Johnson!... ¡Hale, Johnson!... ¡Tira, Johnson...! *(Hace ademán de lanzar piedras que el perro recoge y trae. El chico mezcla palabras, interjecciones y silbidos.)* ¡Mía, mía, mía...! ¡Johnson!... Ven acá p'acá, Johnson... ¡Johnson!... Ven acá p'acá, macho, macho... *(Se tumba en el suelo y se deja lamer por el perro tapándose la boca.)* Quieto, ya, ahora, quieto. *(Mirando el punto fijo donde parece estar el perro.)* Quieto ¡Fir... es!... ¡Fir...es! *(El perro no hace caso de la orden militar y parece lanzarse de nuevo a su cara. El* Trueno *se vuelve a estirar patas arriba forcejeando con el perro.)* ¡Ay, ay, ay, ay!... Que me matas, Johnson, que me matas... *(Imitando el tableteo de una ametralladora.)* Tra, tra, tratratra, tra... M'has matao, Johnson, m'has matao... *(Se finge el muerto, se oyen los ladridos felices del perro. Un momento de silencio. El* Trueno *se incorpora de pronto. Como si cogiera el hocico del perro.)* No es verdá, no es verdá, que estoy vivo, que estoy vivo,

¡vivo!... Quieto, Johnson, quieto, que me haces daño... Eh, quieto, que te doy... Ahora quieto... Amos a descansar, ¿eh? ¡Que estoy suando, Josú! *(Amenazándole con la mano.)* Quieto, que te doy, firmes ahí. Así. Eso es. Quieto. Quieto, que te pelo... Mu bien, así me gustan los perros legionarios disciplinaos... ¡Ea!... Ssss, quieto. *(El perro parece aquietarse definitivamente. El muchacho saca un paquete de «Chester» y coge un cigarrillo; se lo pone en los labios, enciende con un encendedor elegante. Expulsa la primera bocanada de humo y da un golpe cariñoso al perro.)* Estás contento, ¿eh, macho?... Quieto, eh, quieto. Bueno, hombre, así me gusta... Bueno. Y ahora cuéntame, Johnson. Amos a ver: ¿Qué ha hecho usted cuando yo estaba en la «mili»? ¿Eh? ¿Cómo s'ha portao usted? ¿A cuántas perras t'has trincao? No me engañes. No me engañes, que ya sé que estás hecho un golferas. ¿Qué pasó con la Guindilla? ¿Eh? No te hagas el canelo, que ya sabes quién digo. La Guindilla, sí señor. *(Se oye un ladrido alborozado del perro.)* Aquella puta perra que te traía por la calle l'amargura. ¿Qué? ¿To fue bien? No me digas que no, que me decepcionas, macho. Así que te la trincastes, ¿no? Fenómeno. Así me gusta, que p'algo eres mi compadre... Ya te veo, cabronazo, ya. Me lo imagino. Seguro que te la llevaste pal barranco y allí..., ¡ey, Johnson!..., menúo festín... ¡Quieto, quieto! Firmes ahí. Cuádrate. Cuando te habla un superior, cuadrao. Así... *(Fuma muy alegre.)* Hablemos de otra cosa: ¿y cómo ha ido la vía? ¿Cómo t'has buscao la vía? Porque te veo mu regordito, macho. ¿Ha habío güenas tajás de chicha, o ha habío gazuza? Un poquito de too, ¿verdad? Pero tú eres valiente, tú eres un tío. Tú no te quedas sin comer, ¿verdad? Mientras haiga aonde hincar el diente, tú no te achantas. Claro que no. Seguro que habrás robao más de un conejo y de vez en cuando habrá caído alguna rata... ¿Y la bofia? ¿T'ha dao mucho la bofia? ¿No t'han cogío los perreros? *(Habla imitando a los polis.)* ¿No te has tropezado con uno de ellos, que se ponen tan tiesos? *(El* TRUENO *se levanta y va imitando los gestos del poli.)* Y con aquella cara de palo santo te dicen: «eh, tú, a ver la documentación». ¿Que no la llevas? ¿Es que ya empiezas a hacerte el chulo? ¡Toma! *(Hace ademán de dar una bofetada. El perro ladra.)* Eso pa empezar. Y ahora, hijo tal, te vienes a la comi, que te amos a meter una cruja pa que aprendas modales. *(Volviéndose a mirar al perro.)* Pero, tú, Johnson, te has hecho el quite, así, alargando

el brazo. *(Dibuja un pase torero.)* Has enseñao esa navaja que son tus dientes, y el poli achantó la mui, y tú l'has dao a las patas y el poli ha sacao la pistola: date que te mato, date que te mato. Pero tú, Johnson, quiebro torero, así, como Manuel Benítez, *(Torea el* TRUENO *y el perro parece pasar por la invisible muleta.)* ¡ooole!..., ¡ooooole!..., ¡ooooole!..., así, mirando al tendío..., ¡y oooleee...! Quieto, Johnson, quieto... Ven p'acá, Johnson... *(Se sienta de nuevo en el suelo y parece abrazar al perro.)* ¿Las has pasao canutas o no? Alguna vez no habrás tenío suerte y t'habrán pillao con las manos en la masa y a lo mejor te has tenido que estar en el calabozo. ¿Te han dao muchos palos? ¡Ay, qué majo eres, Johnson! *(Le da un beso.)* Pos yo m'acordaba mucho de ti en Sidi Ifni. Muchas veces lo decía a los otros: menda es madrileño y tie un perro que se llama Johnson, un perro lobo que planta cara a toos los matones de Vallecas. Allí, en el tercio, Johnson, no había perro que sirviera pa descalzarte a ti. Me habría gustao verte allí plantando cara a aquellos chuletas con mucha facha y na de na, na de lo que tie que tener un perro y un hombre. ¡Las ganas que tenía yo de estar en Madrid con mi Johnson! ¡Mira, aquí me tatué tu nombre: Johnson. Aquí, pegaíto al nombre de la Lurdes! Pa que veas si no te quiero. ¡Mía que si llego a Madriz, de mi alma, y tú te habías muerto...! Pero estoy mu contento, Johnson, estoy mu contento... Estoy «lili» y tú estás hecho un macho, y la Lurdes está fetén, y la vieja hecha una chavala. ¡Viva Madriz, que es mi pueblo!

(El perro de pronto salta de los brazos del TRUENO *y corre ladrando hacia el alto del barranco por donde baja la* LURDES, *una quinquilla, novia del* TRUENO, *muy limpiamente vestida y con un gran clavelón en el pelo negro. Trae una cesta con vituallas.)*

LURDES.– *(Chillando y extendiendo la mano libre hacia delante para detener el impulso del perro, que intenta abalanzarse sobre ella.)* No, Johnson, no. ¡Que me vas a poner perdía! ¡Quita allá, chucho! Trueno, chiquillo, llámale, cógele, que me va ensuciar toa... ¡Chucho...!

TRUENO.– *(Divertido y azuzando al perro.)* ¡Anda con ella, Johnson, anda...! *(Silbándole.)* Levántala las faldas, Johnson... ¡Venga...!

LURDES.– *(Que ha dejado la cesta y sale corriendo perseguida por el perro, que ladra.)* ¡Ay, ay!... ¡No..., no...! ¡Trueno, chiquillo...! *(Parece que el perro ha conseguido cogerla y ella se debate cayendo en el suelo. Entonces da una patada al perro y se escucha su gañido exagerado.)* Toma, sarnoso...

TRUENO.– *(Enfurecido va hacia la* LURDES*.)* Oye, tú al perro no lo toques, ¿eh? No lo toques.

LURDES.– *(Protestando.)* ¡Pero si me pone perdía!

TRUENO.– *(Volviéndose hacia el perro.)* Y tú, quieto. Se acabó. Ea, lárgate, Johnson... Venga, lárgate ya... *(Ladrido de perro.)* Lárgate, que te casco... ¿Me oyes? *(Avanza hacia el perro echándose las manos al cinto en actitud amenazadora. El perro parece alejarse con leves ladridos.)* ¡Eso es...! Vete a buscar un apaño por ahí, que ya te llamaré... ¡Ey!... *(Tira una piedra.)*

LURDES.– *(Mirándose el vestido.)* Mira la gracia..., limpio que me lo he puesto hoy... *(Se levanta sacudiéndose el vestido. El* TRUENO *va y, con el pretexto de limpiarle el polvo, le da dos sonoros azotes en las nalgas.)*

TRUENO.– *(Riéndose.)* A los perros no se les pega...

LURDES.– ¡Trueno, chiquillo!... ¿Pero t'has vuelto loco?

TRUENO.– ¡Loco, loco, estoy loco...! *(Canturreando.)* «Por Dios, que me vuelvo loco....».

LURDES.– *(Que ha conseguido soltarse de él.)* Que me voy a la casa. Que me dejes. ¡Que cojo una piedra que te descalabro, Trueno...! Pos anda, también, cómo ha venío éste de la mili... ¡Que no me toques...!

TRUENO.– *(Remendándola.)* Que no me toques... *(Se ha levantado el* TRUENO*. Silba. La* LURDES *está sentada arreglándose el vestido y fingiendo enojo, aunque se la ve contentísima.) (Plantándose ante ella, las piernas abiertas muy en plan chulo. Las manos metidas en el ancho cinturón. Habla con el mismo tono que hablaba con el perro.)* Güeno, usté y menda, señorita, habemos de ajustar cuentas. ¿Cómo s'ha portao usté mientras yo estaba allá abajo? ¿Eh? Que m'han contao algunas cosillas que... ¿Me está usté oyendo, Marilyn Monroe?

LURDES.– No, no te estoy oyendo. Que m'has hecho mucho e sufrir con no escribirme. ¡Amos que!... Tos los días a ver si había carta, y na. Como si no supiá escribir, después que su mare le llevó a un colegio e pago... ¡Amos, la poca lacha que tie el gachó...!

TRUENO.– *(De broma.)* Sí, pa escribir estaba yo, con aquellas moránganas que las tenía así; oye, así *(Aprieta el puño riendo ante ella. Ella le da un manotazo.)*

LURDES.– *(Llena de picardía.)* Pues una ¿qué iba a hacer? Pos darte el salto con el que salía, mía tú éste...

TRUENO.– *(Que se ha puesto serio de repente.)* Eso no se dice ni en broma, ni siquiera en broma.

LURDES.– *(Cordelera.)* Tú con las moránganas y yo con los moránganos...

TRUENO.– A ver si te voy a sacudir ya el primer día...

LURDES.– *(Muy chulapa.)* Tú no sacudes ni a una mosca.

TRUENO.– *(Al que se le ha pasado el enfado.)* ¿Que no? ¿Que no?... ¡Je, je...!

LURDES.– *(En un arranque sentimental.)* Que me has hecho mucho de sufrir, niño; pero mucho, que un día, que te lo diga tu madre, que ya iba a quemar toas las fotos que nos habíamos hecho juntos. Que me muera si es mentira....

(El TRUENO *se ha sentado junto a ella y la besa muy cariñoso.)*

TRUENO.– Tonta, que eres más tonta... Pos si yo no pensaba más que en ti y en la vieja. Pos si sólo soñaba contigo. ¿Qué te crees, fea? ¡A ver si no m'acordaba de ti! ¿No te mandé aquellos zarcillos y aquel collar con el Pindonga, cuando vino de permiso por lo de su padre?

LURDES.– Sí, vaya cosa... Seis reales por junto... Menúas tumbagas, chaval.

TRUENO.– ¡Tres reales; se pone que tres reales...!

LURDES.– Que te gastas menos que la vía el tranvía...

TRUENO.– *(Ha sacao unas cuantas fotos del bolsillo trasero del pantalón y se las entrega a la* LURDES.*)* Mira qué fotos. Éstas no las has visto. Mira..., ¿qué te parece este legionario? *(La da un beso.)* Alguien, ¿no? Aquí fue el día que por poco me busco un presidio pa toa la vía, cuando me planté con el «primero» aquel..., y aquí cuando me tatué tu nombre en el bracíbiris, *(Se besa la parte del brazo.)* y aquí...

LURDES.– *(Asombrada.)* ¿Esto qué es? *(El* TRUENO *le arranca la foto y se la guarda en un santiamén.)*

TRUENO.– Ésa no es «azta» pa menores...

LURDES.– *(Tirándole el resto de las fotos a la cara.)* Golfo, que eres un golfo... ¡Mira que eres malo, Virgen Santa!... Tú no quieres a nadie, ni a mí, ni a tu madre, ni a naide, ni al Johnson. Tú sólo te quieres a ti... ¡Amos que!...

TRUENO.– *(Echando a broma el enfado de la* LURDES.*)* Amos, venga ya y no empieces que no es mi santo; mía que...

LURDES.– *(Enfadada.)* ¡Pos si es verdad! Mira que lo más feo de un hombre es el que sea embustero, y tú eres un embustero, que no dices más que embustes. Eso es lo que eres. ¿Te crees que me importa a mí que me des el salto y te vayas con cualquiera? ¡Pa eso eres hombre! Pero lo que no puedo consentir es que me mientas, como si yo fuera tonta. ¡Ea! Y ahora me voy a la casa y me meto en la cama. Porque ya me has dao la tarde... *(Medio llorando se levanta. El* TRUENO *la echa un brazo por los hombros y la atrae a sí.)*

TRUENO.– Pero venga ya, tonta, que estás más tonta... ¡Pero mira cómo se pone por na...!

LURDES.– *(Lloriqueante.)* ¡Sí..., por naaa...!

TRUENO.– Pos claro. Si esa foto la hicimos de cachondeo un día de maniobra. Pregúntaselo al Pindonga. Si es una «mezcla».

LURDES.– ¿Una mezcla? Golferas...

TRUENO.– *(Sacando la foto y haciéndola pedazos.)* Y, además, la rompo, así, en mil peazos. Así. Y la pisoteo. *(La pisotea.)* Hala p'allá, mala, mala, que eres mala... *(Da patadas a los pedazos de fotografía, silba.)* ¡... Cómete eso...! *(Se oye el ladrido del perro.)* Pero vete, ¡eh!, vete. Así... ¿Ves qué obediente?

LURDES.– Sí, los animales son mejor que las personas...

TRUENO.– Güeno; ya está. ¿Me perdonas?

LURDES.– *(Tranquilizada ya.)* ¡Anda ya!... Perdonarte. Que me estás matando a disgustos.

TRUENO.– *(Imitando un anuncio de la televisión.)* «No me llores, no me llores, que te compraré una nevera Super-ser.» Anda, atontoliná. Que nos amos a casar por la iglesia. Y que me voy a comprar un seiscientos, pa llevarte a Benidorm. Un piso te voy a comprar en el barrio de la Concepción... *(La abraza, la besa y ella se entrega a él compungida y fingidora.)*

LURDES.– Ni zalamero que eres ni ná, cuando quieres. Y basta de besuqueo, no vaya a venir un guardia y tengamos un disgusto, con las ganas que te tienen.

(El TRUENO *se ha levantado y se ajusta el pantalón limpiándose el polvo, muy pulcro, con gestos elegantes.)*

TRUENO.– ¿Que me tie ganas? Mas ganas tengo yo de ellos. Lo que es ahora, ni el Puma, ni el Chato, me achantan. Por éstas... *(Va hacia la cesta que dejó la* LURDES *en el suelo.)* Y amos a ver lo que has traío de merienda. Hombre, ¿has cogío la cámara? *(Saca una cámara fotográfica.)* Fenómeno. Te voy a hacer unas fotos de chipén... Amos a ver... ¿Esto qué es? ¿Escabeche? ¿Pero m'has traío escabeche? Si a mí no me gusta el escabeche. Conque esta mañana no he comío na, porque mi madre m'ha puesto también una ensalá de escabeche. ¡No te digo!...

(La LURDES *se ha levantado y ha ido hasta la cesta. Revuelve y saca otro paquete.)*

LURDES.– A ti no te gusta na. Eres más raro, hijo. P'arrejuntarme contigo y me das la lata tos los días con la dichosa comía. Toma, ¿y esto? ¿Tampoco te gusta? Jamón serrano...

TRUENO.– *(Desenvuelve el paquete y lo huele.)* Esto es otra cosa...

LURDES.– Cógelo también, a ver si está malo... ¡Jesús con el señorito!...

TRUENO.– *(Que ha sacao una Coca-Cola.)* Hombre, voy a beberme una Coca-Cola, que tengo sed...

LURDES.– A ver si te hace daño, que estás mu sudao...

TRUENO.– *(Que está abriendo la botella aprovechando el borde de una piedra.)* Sí, un dolor me va a dar, con lo caliente que está...

LURDES.– Pos a ver..., ¿qué quieres? ¿Que esté fresca entoavía?

TRUENO.– Pa eso hay neveras portátiles... ¿Tú quies una?

LURDES.– Yo beberé un chupito de la tuya... ¿Sabes qué?... Que entoavía te has vuelto más señorito que cuando te fuiste...

TRUENO.– *(Que se echa al gaznate media Coca-Cola y ofrece el resto a* LURDES.*)* Toma, gruñona. A ver si algún día se te quita el cabreo, maja...

(La LURDES *bebe de la botella muy pulcramente, poniendo la mano debajo para no mancharse la pechera y sin apenas rozar con los labios el gollete; el* TRUENO *ha sacao una enorme navaja y corta un pedazo de pan para hacerse un bocadillo de jamón. Al ver la pulcritud con que bebe la otra, la da un golpe en el pecho con el mango de la navaja, y la otra se atraganta.)*

LURDES.– ¡Ay!... ¡Hum!... *(Tose.)* ¡Cafre, más que cafre!... ¡Pos no va y me da un golpe pa que me ahogue! ¡Te daba un botellazo que... *(Tira la botella con rabia contra el suelo.)* ¡La paciencia que tie que tener una con él... *(El* TRUENO *se ríe, mientras corta el pan.)* Y quita ya esa navaja, que me pones nerviosa. Guárdala, ¿me oyes?

TRUENO.– *(Colocándose junto al cuello.)* Como te pongas tan pesá, te alivio. *(La* LURDES *aparta la navaja con un manotazo. El* TRUENO *silba al perro.)* Ven acá p'acá... Toma... *(Le echa un pedazo enorme de jamón. Ladrido alegre del perro.)*

LURDES.– Pa eso he traído yo el jamón. Pa que se lo dé al perro.

TRUENO.– *(Comiendo.)* ¿Tú no quies na?

LURDES.– Yo lo que empiezo es a sentir frío. Me estoy quedando arrecía...

(Hay un momento de silencio. La LURDES, *muy contenta, mira comer al* TRUENO. *El perro ladra alrededor pidiendo más. El* TRUENO *se arranca trozos de jamón de la boca y se los echa, y con el brazo que le queda libre aprieta consigo a la* LURDES *y la da un beso muy puro en la frente. La* LURDES *se enternece.)*

LURDES.– *(Enternecida.)* ¿Por qué no eres güeno, Trueno? ¿Por qué? Yo creí que ibas a venir de la mili mejor. Y ha sío al revés... ¿Por qué no eres como Dios manda? *(El* TRUENO *se encoge de hombros.)* ¿Vas a ser güeno? No te metas en líos, chiquillo. Que no te vea yo más en la trena. Mira, ahora hay trabajo to el que quieras. Mira yo, que no doy abasto. Entoavía, en lo que queda de tarde, tengo que ir a dos casas; a lavar la ropa en una y a fregar una escalera en la otra. Hoy se gana parné honradamente...

TRUENO.– *(Mirándola. Deja de comer.)* Enséñame las manos...

LURDES.– *(Tendiéndole las manos.)* ¿Pa qué las quieres?

TRUENO.– *(Que ha dejado el bocadillo en la piedra y la coge las manos. Las observa. Las besa muy enternecido.)* Estas manos no van a trabajar más porque yo no quiero. Porque son demasiao bonitas pa que se gasten en limpiar la mierda de nadie. Estas manos no trabajan más. Lo dice el Trueno.

LURDES.– *(Retirando las manos.)* Anda tonto..., zalamero. Saluz es lo que hace falta. *(Pausa.)* Tengo un duro ahorrao.

TRUENO.– *(Que ha vuelto a coger el bocadillo y vuelve a dar un trozo al perro.)* La Lurdes ya no trabaja más, y el Trueno, menos...

LURDES.– Te crees tú que los jamones vienen por la chimenea...

TRUENO.– La mujer del Trueno no va a ser criá de nadie. ¡Por éstas! *(Jura.)*

LURDES.– Pos mira, Trueno, si tú no quies trabajar, yo sí. Porque me gusta.

TRUENO.– A ver si te parto la cara, por decir eso.

(Se levanta el TRUENO, *que ya ha terminado el bocadillo. Se limpia los morros. Juguetea con el perro y vuelve a rebuscar en la cesta. Saca una naranja y la va pelando.)*

LURDES.– *(Que sigue sentada en el mismo sitio y va predicando como si estuviera en el desierto.)* Pos yo que tú, fíjate lo que son las cosas, ahora que ya estás cumplío y eres una persona decente, pues me ponía a currelar y ahorraba unos duros. Un poner: lo que ha hecho el Chungui, que trabaja en una obra en la Plaza de Toros y se saca un billete verde y cuatro chicos. O como el Tranvi, que lleva una furgoneta. Y me daba algún capricho, me compraba ropa y ahorraba pal piso. Porque trabajo sobra, que hasta el Caribe trabaja ahora siendo calé... Y, listo como tú eres y con tus hechuras, podías hacer lo que quisieras; yo no digo que te vayas a meter en una cosa fea; un poner: hacerte de la Poli Armá, como hizo el chaval del Ustaquio, o meterte en la Guardia Civil, aunque tú das la talla y to, pa eso y mucho más; pero en un hotel, por ejemplo, de sereno, o de mozo en un buen almacén. ¿Y en los tranvías? ¿No te gustaría eso? Pos mira que más descansao no pue ser... Y que a ti un uniforme te tira, porque de legionario estabas fetén. Con lo que te gusta hacerte fotos... *(El otro, a sabiendas, está ausente totalmente de lo que dice la* LURDES, *que sigue su desesperanzado sermón.)* Amos, porque a

mí que no me digan; un muchacho como tú, fuerte y guapo, con estrucción, ¡a ver si no va a encontrar un trabajo fijo! Con saber leer y de escribir y las cuatro reglas esas, cuanti más tú que sabes hasta electicidá... *(La* LURDES *observa el efecto que sus palabras hacen en el* TRUENO *y, al comprobar su indiferencia –pues el* TRUENO *juguetea con el perro–, se levanta airada y se arregla el vestido.)* ¡Pos no señor, no s'apeará del burro! Volverá a lo d'enantes: la chatarra, el cachondeo, la ratería. Y vengan digustos, y palos y quincenas. Y si te perjudicaras tú solamente, pero ya sabes que luego también lo pago yo, y hasta tu pobre madre... *(Está a punto de llorar.)*

TRUENO.– *(Que ha dejado de comer y ha cogido la cámara fotográfica.)* Un momento, Lurdes. Quédate así, quieta. Así como estás... *(Va a situarse rodilla en tierra ante ella para hacerla la foto.)* Así, que te pareces a la Grace de Mónaco...

LURDES.– *(Dando un respingo.)* ¡No quiero!... No estoy pa fotos ahora... Me largo a trabajar, a trabajar...

(El TRUENO *corre hacia ella. El perro ladra, la coge del brazo y la hace volverse.)*

TRUENO.– Quieta, ahí, cascarrabias, llorona, que paeces la Jacquelin Kennedy... Venga ya, no llores... *(Tira la foto.)* Ha queao fetén... Ahora ponte con el Johnson, ponte con la señora... *(El perro va hacia ella. Ella lo acaricia.)* Estaros así los dos. Así, quietos. Mira p'acá, Johnson. Mismamente paeces la reina de Inglaterra. Ya está. Ahora, *(Le entrega una botella de Coca-Cola.)* bebiéndote la Coca, como las chicas de la tele...

LURDES.– ¡Venga ya! Pos anda tamién, la manía de las fotos... Pero si ya no ties aónde meterlas...

TRUENO.– En casa tengo un cajón lleno. Miles... Ponte p'allá, mirando p'allá. La botella en los labios. Pero con más gracia, asaúra..., más arriba... Así..., tú, Johnson, mírala..., que la mires... Eso es.... Quieto.. *(Tira la foto.)* Ya está...

LURDES.– *(Yendo a por el cesto.)* S'acabó, que me tengo que largar. Ya no hay más fotos, ea. S'acabó la sesión de cini.

TRUENO.– *(Retrocediendo.)* Espera, espera, quédate así, cogiendo la canasta... Ya está... Aparta, Johnson... *(La* LURDES *ha cogido la cesta y ya*

sube por el barranco. El TRUENO *va tras ella y le entrega la cámara.)* Toma, llévatela. Mañana haremos otras en la fiesta. *(La abraza de nuevo.)* ¿Estás enfadá?

LURDES.– *(Irónica.)* No estoy enfadá, estoy que...

TRUENO.– No te vayas...

LURDES.– Ya tenía que estar allí...

TRUENO.– *(Como un niño caprichoso.)* No quiero que trabajes pa nadie...

LURDES.– Trabajarás tú pa mí...

TRUENO.– Yo te doy pa lo que necesites. ¡Lo que pías! Como si fuas una reina...

LURDES.– *(Acariciándolo.)* Gracias, pero me conformo con menos...

TRUENO.– Oye; despídete hoy del trabajo. Que te hagan la cuenta. Mañana no vas...

LURDES.– ¡Ele!

TRUENO.– M'arrejunto contigo...

LURDES.– ¿Más arrejuntaos entoavía?

TRUENO.– Nos casamos en los Jerónimos...

LURDES.– ¡Anda ya, déjame, gorrión...!

TRUENO.– *(Despidiéndose de ella.)* La fija: hoy te despides. Como me llaman el Trueno. La semana que viene nos vamos a Palma de Mallorca los dos a pasar la luna de miel...

LURDES.– *(Ya a punto de marcharse.)* Di que me lo has dicho... *(Desaparece.)*

TRUENO.– *(Gritando.)* ¡Pos lo vas a ver, y mu prontito!...

(Se queda sólo el TRUENO *con el perro. Da una patada a una piedra.)*

TRUENO.– *(Al perro.)* ¡Anda ya, Johson!... ¡Hale, Johnson...! *(Juguetea de nuevo con el perro.)*

(Oscuro.)

MOMENTO SEGUNDO

Rincón de un bar. Una máquina tocadiscos. En la máquina, apoyado el TRUENO,*„que se ha echado sobre los hombros una chaqueta. Están con él: el* CHUNGUI, *que lleva la cabeza vendada; el* CARIBE, *un gitano que lleva camisa de hábito del Nazareno, y el* TRANVI; *este último tiene alguna más edad que los otros. Parece haber doblado ya el cabo de la treintena. Se oyen los ruidos propios de un bar; parloteo, fichas de dominó pegando contra el mármol, etc. El* TRUENO *está haciendo una especie de «romance» de sus años legionarios, que los otros escuchan tragándose de buena gana las «bolas» que les cuenta.*

TRUENO.– *(Como sin dar importancia a la cosa.)* Pero si yo era el amo. Hacía lo que me daba la gana, tú. Me enchufé en automovilismo y me pulía la gasolina a base de bien...

TRANVI.– ¿Y no te trincaron nunca?

TRUENO.– Una vez..., pero porque fue una cosa ya mu descará, tú. Yo y uno que llamaban el Fidel Castro nos pulimos un bidón entero...

TRANVI.– ¿Y os trincaron?

TRUENO.– Naturaca. ¡Tú verás...!

CARIBE.– *(Con ingenuidad.)* ¿Y qué sus hicieron?

TRUENO.– ¡Na!... ¿Pa lo que podía haber pasao? Na... Una semana en el pelotón. Porque hasta el mismo coronel soltaba unos lagrimones así; porque me quería. Y el capitán, no te digo... ¿No ves que menda es insustituible?

CARIBE.– Jolín, pos me dan ganas de apuntarme mañana y marcharme pal Ifni ese...

CHUNGUI.– *(A los otros, que hasta ahora no había dicho nada escuchando con malicia.)* No te fíes, tú, que no estás hecho pa esos trotes. Que allí se pringa y te cascan.

TRUENO.– *(Observando al* CARIBE *y con cierta ternura.)* Eso es verdá... Que te meten en ca crujío también...

CHUNGUI.– ¿Entoavía está aquel sargento: el enterraor?

TRUENO.– Entoavía.

TRANVI.– El año que yo estuve nos intoxicaron a toos, porque echaron un perro muerto en el caldero del rancho.

TRUENO.– Ya lo oí contar...

(Pausa.)

TRANVI.– Güeno: a ver quién echa dos pelas ahí y escuchamos un disco, que sos gastáis menos que el Cordobés en libros...

TRUENO.– *(Con sorna.)* Que apoquine el Chungui, que cobra del seguro...

(Risas de los otros, que se vuelven a mirar al CHUNGUI *con su cabeza vendada.)*

TRANVI.– ¡Menúo macho está hecho! Ni reaños tie el gachó... Tenías que haberlo visto, tú; allí en la obra subió al andamio. Hasta que se dio el coscorrón...

CHUNGUI.– Güeno, ¿y qué?, ¿por qué no podía probar?, ¿por qué?

TRANVI.– *(Remedándole.)* ¿Por qué? Pos ya has probao. Que casi te dejas el coco, mía tú éste... Venga, echa dos pelas ahí y calla...

TRUENO.– *(Al* CHUNGUI.*)* ¿Y ties papeles y too eso, del Seguro y too eso? ¡Jover, qué macho estás hecho!...

CHUNGUI.– *(En un lamento.)* Pero si entoavía no m'habían dao de alta, tú...

CARIBE.– Pero ¿no currelabas con toos los derechos...?

CHUNGUI.– Güeno, basta ya de cachondeo... Mala pata la tie cualquiera...

TRANVI.– Güeno, macho; pos echa ahí dos pelas de esas del Seguro...

CHUNGUI.– ¡Pa mí las quisiera...!

(El Trueno, *muy rumboso, se ha sacado unas cuantas rubias del bolsillo y se dispone a poner en marcha el tocadiscos.)*

Tranvi.– ¡Ele y viva tu mare...! Pon al Valderrama...

Caribe.– No, tú, al Menese, que canta de buten el tío... Uno nuevo...

Trueno.– *(Mientras maniobra la máquina.)* Allí en el tercio había uno, tú, el Californiano, que cantaba a base de bien por los «bítel». ¡Qué tío, la mare que lo echó!...

Tranvi.– ¿Ya has puesto al Valderrama?

Trueno.– Al Valderrama, el Menese y a la Virgen...

(Empieza a oírse la voz del Valderrama y de consumo empiezan todos a tocar palmas y a bailotear.)

Tranvi.– Güeno, ¿y qué? ¿Qué hay de la fiesta esa que nos ibas a dar a toos pa festejar tu vuelta a los madriles?

Trueno.– Ya la tengo apalabrá con el Cocina. Pa celebrar mi vuelta y mi boda con la Lurdes...

Tranvi y Chungui.– ¡Ele, ele los tíos...! *(No se sabe si jalean al* Trueno *o al Valderrama.)*

Trueno.– Pero que la vamos a organizar por to lo alto. ¿Quién sos creéis que es el Trueno? Que sos lo digan en el Tercio Gran Capitán, ¡Ele!

Tranvi y Chungui.– *(Sin dejar de tocar las palmas.)* ¡Y... ele!... ¡Ele!

Caribe.– *(Sin dejar de tocar palmas.)* ¡Dita sea su estampa y la mare que lo parió...!

Tranvi.– Y que dice que va a acabar con todos nosotros... ¡Ele tu mare...!

Caribe.– A mí el otro día, que te diga éste, que casi me trinca en el «trole», que por poco me rompo el coco como el Chungui por darme el bote... ¡Sin haber hecho na...!

Tranvi.– Y que el tío ahora pega con un látigo que se ha hecho, con dos correas así de largas y remachás de acero en la punta... El Caribe lo ha probao...

Caribe.– *(Tocando las palmas.)* ¡Qué lo amos a hacer!... Así es la vía... *(Se marca unos cuantos pasos de baile.)*

TRANVI.– A ver si va a ser menda quien acabe con tos los criminales de la brigaílla...

(Clamoreo de oles.)

CHUNGUI.– Tener en cuenta que nos guipa el Pozo...
TRANVI.– Al Pozo le amos a tener que meter otra cruja como aquella que le arrimamos hace dos primaveras...
CHUNGUI.– Entoavía está señalao...
TRANVI.– Pero tú calla ya, que hasta ties papeles y too...
CARIBE.– Pero ¿es verdad eso? ¿Ties papeles y too? Enséñamelos...
CHUNGUI.– ¡Amos, güeno!... ¿Tú te vas a creer lo que te diga éste?
TRANVI.– Di que sí, macho. Que tie cartilla del seguro y too...
CHUNGUI.– *(Molesto.)* Que no es verdad, hombre... ¡Pos vaya lata que me dais y no es mi santo...!
TRUENO.– Pos allá tú, si te tiras pa lo honrao... Ca uno es libre, ¿no? Si él quie currelar en una obra, pos que currele, ¡no te joes!...
TRANVI.– Como cuando el Caribe cogió una caja de limpia...
CARIBE.– Ya ves tú, pa que aluego me la rompieran en las costillas... Eso es lo que pasa, tú...

(Vuelven a tocar las palmas.)

CARIBE.– Mía qué fandangos canta este bordes. Menese se llama.
TRUENO.– *(Al* CARIBE.*)* ¿Y cómo te va la chatarra?
CARIBE.– Cada vez más achuchao. No se currela na. Amos a tener que pirárnoslas.
TRANVI.– Sí..., tú mucho darle a la mui; pero bien que te alivias de vez en cuando sin soltar prenda. Y, además, ¿sabes?, *(El* TRUENO.*)* anda haciendo la rosca a los de los Balas...
CARIBE.– *(Ofendido.)* Eso sí que no es verdad. Por mis muertos que es mentira.
TRUENO.– *(Aplacándole.)* Ni que yo me iba a creer que un tío tan honrao como tú va a traicionar a nadie. *(Al* TRANVI.*)* Ten cuidao con la sinhueso, macho, que aquí el Caribe es sagrao...
TRANVI.– Era una guasa, gachó...

CARIBE.– Es que hay guasas y guasas...
CHUNGUI.– Pa correa yo, que la habéis tomao conmigo y na...
TRUENO.– *(Luego de una pausa en que el palmear de los tres sube de tono.)* ¿Así que la cosa está un poco achuchá? ¿No? ¿Qué el Puma anda pidiendo guerra?
TRANVI.– Y atizando...
CARIBE.– Entoavía tengo las marcas...
CHUNGUI.– Y con refuerzos de la bofia...
TRANVI.– Hasta don Dolores se da un garbeo pol barrio...
TRUENO.– *(Muy rotundo.)* Pos habrá que seguir viviendo...
TRANVI.– Naturaca...
TRUENO.– Habrá que echarse p'adelante...
CARIBE.– Pa lo que tú ordenes, jefe...
TRUENO.– A ver si no amos a tener derecho a la vía...
CHUNGUI.– Como ca quisqui...
TRUENO.– Trabajo sobra, que lo icen los ministros...
TRANVI.– Y los billetes verdes que vuelan...
CARIBE.– Ea...
TRUENO.– Y al Pozo le metemos una cruja que no lo cuenta... Y al Puma se tropieza con una bala perdía.... Y yo me he traío un par de granadas del tercio...
LOS OTROS.– *(Jaleando y marcando pases de baile a compás de la copla flamenca.)* ¡Ele, macho!... ¡Vamos p'allá! ¡Yeeey!

(Oscuro.)

MOMENTO TERCERO

La banda ha salido a la calle. Los cuatro quinquis, hartos de copas y discos flamencos, se demoran a la puerta del bar viendo pasar a las gachís y discutiendo planes.

TRANVI.– *(Canturreando todavía una mala copla por bulerías.)*

Mia si tengo talento
mia si tengo talento,
que he puesto una casa e putas
frente al auntamiento,
frente al auntamiento...

LOS OTROS.– ¡Ele!...

TRUENO.– *(Lírico y ensoñador de repente.)* Ay, Madriz de mi alma, y las ganas que tenía de estar a tu vera. Ni Nueva York ni China, ¡Viva Vallecas...!

CHUNGUI.– ¿Pa aónde tiramos, macho?

CARIBE.– ¿Nos largamos a Corea?

TRUENO.– *(Que ha divisao a una* GACHÍ *fetén, va tras ella piropeándola.)* Contigo sí que me iba yo, chata, al Viernán ese. Y qué foto te hacía con mi objetivo recién estrenao... *(La* GACHÍ *desaparece y el* TRUENO *vuelve al grupo.)*

CHUNGUI.– Güeno, decidirse de una vez, que la noche es joven...

TRANVI.– *(Al* CHUNGUI.*)* ¿Y aónde quies ir tú con esa pelota que parece del Inter? Si te ven con eso y tiran un córner, macho...

(Ahora son los cuatro quienes rodean a una gachí o a un par de ellas invisibles envolviéndolas en carpetovetónicos piropos.)

TRUENO.– ¡La mare que me parió con la tía la minifalda, que paece que sale e la incubadora...!
TRANVI.– ¡Niña, que paeces un helicótero...
CHUNGUI.– Vente conmigo, que soy tu primo...

(El CARIBE, *más expeditivo que los otros, ha ido y le ha dado un azote en las nalgas. Risas de los otros.)*

TRUENO.– ¡Macho es El Caribe!...
TRANVI.– *(A la chica, que ha huido.)* No te acalores, chata, que ya viene el verano...
TRUENO.– Está pa tomarla de aperitivo. Gachó con la tía...
TRANVI.– *(Volviendo al canturreo.)* «Mía si tengo talento, mía si tengo talento...»
CHUNGUI.– Güeno, decidirse... ¿Pa aónde tiramos?
TRUENO.– Espera, leñe, ya... Empaciente... Deja que veamos un poco el muestrario. ¡Mira, mira, lo que viene, lo que viene!...
TRANVI.– *(Que ha dejado de cantar, pone al* TRUENO *la mano en el pecho retirándole hacia atrás.)* Eh, tú, que ésa es mi cuñá...
TRUENO.– *(Muy noble y reverencioso.)* Entonces, na... A perdonar se ha dicho...
TRANVI.– *(Saluda a la* GACHÍ.*)* Con Dios, Caqui...
LOS OTROS.– *(Muy respetuosos a la invisible que pasa.)* Buenas noches...

(Pausa. Rota la tensión, los cuatro se relajan.)

TRUENO.– ¿Aónde s'habrá metío el Johnson?

(El CHUNGUI *es quien se adelanta ahora hacia una supuesta gachí.)*

CHUNGUI.– Ésa sí que pa mí solo... Niña, ¿por qué te has puesto una Super-sé en el coco?

TRUENO.– Déjame que te «fagorice» un poco, chata.

(Acorralan los cuatro a la hembra. El CARIBE, *que iba otra vez expeditivo, se echa la mano a la cara al sonar el bofetón.)*

TRANVI.– Pero niña, no seas mal educá, que no estás en el plató...

(Los cuatro meten mano a la GACHÍ. *Se oyen los ladridos alegres del Johnson, que parece haber venido a participar del festín.)*

TRUENO.– ¡Anda con ella, Johnson, tríncala tú que puedes, macho!...

(Se arma un notable guirigay. Parece que alguien –siempre invisible, porque los paseantes son figurados– ha venido en defensa de la hembra. El TRUENO *se encara con él.)*

TRUENO.– ¿Pasa algo, Elliot Ness?

TRANVI.– *(Acercándose también por detrás al defensor de mujeres. Unos gritos han subrayado la desaparición de la hembra.)* ¿Qué pasa? ¿Que ha venío el Santo?

(Los otros se acercan al invisible defensor en actitud amenazadora.)

TRUENO.– ¡Eso lo va a ser tu padre; tu padre y tu primo juntos! Que te meto un embolao que...

TRANVI.– *(Hace un ademán de dar una patada en la parte posterior del demandante.)* Venga ya pa la congregación, y las reclamaciones el jueves...

CARIBE.– *(Que ha abierto la navaja.)* Vente acá p'acá, Mariconchi, que te maquillo un poco...

(Parece que la escena ha provocado algunas iras de invisibles paseantes. Los cuatro se vuelven ahora hacia el público.)

VOCES CONFUSAS.– C'avisen ya al 091...! ¡Gamberros! ¡Quinquis!... ¡Que los cuelguen de una vez!... ¡Ya podréis, cuatro contra uno! ¡Cobardes!...

TRUENO.– *(Encarándose con uno.)* ¿Quies ver cómo te parto a ti la boca, yo solo y cara a cara?

TRANVI.– *(Haciendo ademán de dar un puñetazo.)* ¡Que no quieo estropear el tupé, maestro el andamio...!

CARIBE.– *(Con la navaja en la mano.)* Me estoy cortando las uñas. ¿Pasa algo?

CHUNGUI.– Tú hablas cuando te interroguen...

TRUENO.– Ustez, señora, váyase a hacer la cama que ya es hora, pa cuando venga su macho...

(Murmullo inconfuso de voces. Los cuatro quinquis empiezan a debatirse. Johnson ladra.)

UNA VOZ ROTUNDA.– Ya está ahí el 091... ¡Aquí, aquí...!

CARIBE.– *(Que ha cerrado la navaja.)* ¡La bofia, Trueno, la bofia!... ¡Chavales, que nos trincan....!

(El CHUNGUI *y el* TRANVI *son los primeros que desaparecen. El* TRUENO *y el* CARIBE, *sin embargo, permanecen erguidos.)*

TRUENO.– ¡A mí la Legión!...

CARIBE.– *(Tirando de él.)* ¡Que nos trincan!... Echa p'alante ya...

(Desaparecen los dos echándose mano a la cabeza. Los gritos arrecian. Ladridos del perro. Sirena de la poli. Oscuro.)

MOMENTO CUARTO

La barraca del TRUENO. *Una sola estancia.* COCINA *eléctrica. Un sofá que sirve de cama. Un televisor. Un frigorífico. Mesa y sillas. En la pared, clavadas con chinchetas, muchas fotos: del* TRUENO *–vestido de legionario–, de su novia, de sus amigos, etc. Una parte de la estancia está dividida por una cortina, y en ella hay un catre con el bulto de una vieja, aquejada de asma, que es la madre del* TRUENO.

(Derrengados por la carrera que acaban de darse, entran el TRUENO *y el* CARIBE *acompañados por los ladridos del Johnson. En la puerta de la barraca el* TRUENO *cobra aliento, se sienta en una piedra y saca el paquete de tabaco.)*

TRUENO.– Toma aliento, chaval... *(Ofrece al* CARIBE *un cigarrillo «Chéster».)* Y tú, échate aquí. *(Se lo ha dicho al perro, que parece obedecerle. El* TRUENO *mira el cielo estrellado y se aprieta la chaqueta subiéndose la solapa.)* Pa coger una pulmonía con la carrera que nos habemos pegao. *(Se pasa la mano por la frente limpiándose el sudor.)* ¡Amos que...! Es que no le dejan a uno vivir, tú. Es que te hacen la vía imposible. Ni que fuéramos negros de ésos. ¿Es que no puede uno decir un piropo a una chavala? Mía que viene uno de la mili con ganas de cachondeo, porque es natural, ¿no? Que uno tie veinticinco años y ganas de triunfar... Pues na, como si no tuviéramos derecho a la vía. Toos contra uno... ¡Joer!...

CARIBE.– *(Que se ha acuclillado a su lado sin llegar a sentarse.)* Son unos cabrones. Y no nos han trincao por un pelo, macho. *(Acaricia al invisible de Johnson.)* Y el perro quería plantarles cara, ¿t'has dao cuenta?

TRUENO.– *(Palpando al perro.)* Es un macho el Johnson...

CARIBE.– A aquél tío lo teníamos que haber pinchao, tú...

TRUENO.– *(Contemplando la noche.)* Llega un momento, tú, que uno sólo se encuentra a gusto a altas horas de la noche. Como si uno fuera una fiera. Igualito... Tie uno que esperar a que toos esos criminales duerman pa poer respirar... Mira, toca. *(Pone la mano del otro en su corazón.)* ¿No ves cómo me late la caja a cambios? Y no es por canguelo, es por coraje. ¡Que tengo unas ganas de llevarme a uno de esos por delante...!

(Pausa.)

CARIBE.– *(Poniéndose serio de repente y como trascendental.)* Oye, macho...

TRUENO.– *(Que estaba con la cabeza baja acariciando al perro.)* ¿Eh? ¿Querías algo?

CARIBE.– Oye, macho, ¿tú eres mi amigo?

TRUENO.– *(Con extrañeza y escupiendo por el rabillo de la boca.)* ¡Puede!...

CARIBE.– Es que estoy en un apuro, tú... Que tengo que pagar a la patrona y no tengo parné...

TRUENO.– *(Echándose la mano al bolsillo trasero del pantalón.)* ¿Cuánto necesitas?

CARIBE.– *(Deteniéndole el movimiento.)* No, dinero no quiero...

TRUENO.– Pos ¿qué quieres?

CARIBE.– *(Haciendo dibujos en el suelo con la mano.)* Lo de la chatarra anda mal por culpa de mi tío; ese malage... Lo que quisiera es hacer una «operación», si te parece. Dinero no, que ya me distes otra vez, cuando me compré la capa pa torear...

TRUENO.– ¿Te quies explicar ya de una vez y dejarte de «arrodeos»? Que me caigo de sueño y me voy pa la piltra... Ea, Johnson, a la piltra... *(Se ha levantado y el* CARIBE *también.)*

CARIBE.– Oye, ¿tú habrás traío...?

TRUENO.– ¿Qué?...

CARIBE.– *(Como si dijera una palabra mágica.)* Grifa...

TRUENO.– *(Quieto.)* ¿Quién te lo ha chivateao?

CARIBE.– *(Muy vehemente.)* Nadie, Trueno, nadie, que me quede aquí muerto, nadie.

TRUENO.– ¿Entonces?

CARIBE.– Na. Que conociéndote como menda te conoce, es la fija: si el Trueno viene de la mili de África, no va a venir con las manos vacías. Y de traer algo, ¿qué iba a traer? ¡Grifa!...

TRUENO.– *(Riendo. Le pone una mano en el hombro.)* Ni pesquis que ties tú, Caribe. Calé tenías que ser...

CARIBE.– ¡Hombre!...

TRUENO.– Güeno, pero mira, yo te doy el parné y ya me arreglaré con la mercancía, que mis fatiguitas me ha costao pasarla por los verdes de Málaga la Bella...

CARIBE.– No. Tú me vendes un poco a precio de coste, ¿no? Y yo m'apaño... Por tus muertos, Trueno, que estoy en un apuro, que quieo pagar a la patrona, que la señá Isabel se porta mu bien conmigo.

TRUENO.– Pero ¿pa qué vas a pasar fatigas, Caribe? Que tú eres demasiado güeno y te calan de seguía... *(Al ver la cara compungida del* CARIBE.*)* Güeno, anda, pasa... *(En el momento de entrar en la barraca se vuelve hacia él.)* Pero achanta la mui, que no s'entere la vieja, tú... *(Entran en la barraca. La* VIEJA *se agita en el catre.)*

VIEJA.– ¿Quién va?

TRUENO.– Soy yo, madre... Duerma tranquila, que no pasa na...

VIEJA.– *(Agitándose entre los estertores del asma.)* Ay, niño, qué horas...

(El TRUENO *ha ido a dar un beso a su madre.)*

TRUENO.– Estoy aquí, con un amiguete. Duerma, que ya me acuesto...

VIEJA.– *(Entre murmullos inconexos.)* Que m'hace daño el humo... La Lurdes ha venío... ¿T'has comío la ensalada? ¡Niño!... *(Al ver que no le hace caso, acaba callándose.)*

(El TRUENO *ha llevado al* CARIBE *hasta el sofá. El* CARIBE *silba ligeramente al perro señalándole el sofá.)*

TRUENO.– *(A media voz, luego del silbido.)* ¡Hale, Johnson..., a la piltra... *(Le acaricia una vez que el perro se ha instalado.)* Ea, duerme y calla...

CARIBE.– ¡Jolín, la de fotos que ties, gachó...!

TRUENO.– *(Que se ha agachado a rebuscar debajo del sofá.)* A miles, a miles las tengo... *(Señala un cajón.)* To ese cajón lleno y otro que tie la Lurdes...

CARIBE.– *(Contemplando las fotos.)* Aquí estoy yo... Aquí estamos toos...

TRUENO.– *(Que sigue de rodillas, se yergue.)* Sí, cuando la despedida..., en la venta el novillo... Y aquí estás tú toreando...

CARIBE.– ¡Anda, pos sí es verdad!... Estuve fenómeno, ¿no?

TRUENO.– Entoavía prometes. Yo te lo tengo dicho, ahora que tú...

CARIBE.– ¡Macauen la mar!... Me falta coraje, reaños... Mira aquí, la Lurdes, qué maja...

(Saca el TRUENO *otra, que le enseña al* CARIBE.*)*

TRUENO.– ¿Has visto ésta?

CARIBE.– *(Cogiendo la foto.)* ¡Mi madre!... ¡Mecagüen!... Qué foto, chavó... ¿Y cómo se la hiciste así?... ¡Menúo monumento...!

TRUENO.– La Lurdes hace lo que yo quiero. La tengo en el bote. Pero *(Muy serio.)* es mi hembra. Ni más ni menos. ¡Mía!... *(Recoge la foto que el otro le entrega. La deja sobre el sofá. Ha sacado un cajón lleno de máquinas de fotografiar.)* ¿Y too este arsenal?

CARIBE.– *(Mirándolo.)* ¡Ojú!

TRUENO.– *(Enseñándole algunas.)* Las tengo de toas las marcas y toos los países. *(Enseñándole una.)* Ésta es rusa... Ésta, americana... ¿No ves que me pasé too un verano en los autocares de los turistas? Con el Pindo, él y yo... Y las que hemos vendío. *(Le entrega una.)* Toma, te regalo ésta...

CARIBE.– ¿De veras? *(Ha cogido la cámara.)*

TRUENO.– La voy a tirar si no...

(El CARIBE, *extasiado, da vueltas a la cámara.)*

CARIBE.– ¿Y funciona?

TRUENO.– Funciona fetén. Fetén, funciona...
CARIBE.– Mersi, tú... Sen Kiu...
TRUENO.– Calla, pichinglis... *(Ha sacado un envoltorio en papel de periódico y se lo entrega diciéndole en un susurro:)* Esconde esto. *(En voz más alta.)* Echaremos un vasito. *(Ha cogido una botella y dos vasos, que llena. El* CARIBE *se ha metido el paquete por dentro del pantalón en el vientre. Se arregla la camisa. El* TRUENO *se ríe.)* Paece que estás preñá.
CARIBE.– *(Riendo también.)* Me he engordao en un minuto...
TRUENO.– *(Brindando antes de beber.)* Suerte.
CARIBE.– Suerte...

(Pausa.)

TRUENO.– Si no es mucho preguntar, ¿aónde vas a llevar eso? ¿A ca el Gallego? *(Gesto afirmativo del* CARIBE.*)* No te digo na.
CARIBE.– ¿Es que no te fías?
TRUENO.– Me fío. Contigo voy al fin del mundo...
CARIBE.– Pos eso... ¿Qué te tengo que dar?
TRUENO.– Tú apáñate y luego haremos cuentas...
CARIBE.– Gracias. Eres mi padre...
TRUENO.– De baracalofi no te lo voy a dar...
CARIBE.– Como debe ser...
TRUENO.– *(Que se ha levantado de pronto, y sin que el otro diga ni haga gesto alguno, dice en voz alta.)* ¿Ya te las piras?
CARIBE.– *(Que naturalmente se levanta.)* Sí, tú, que me caigo de sueñíviris... Con Dios.
TRUENO.– *(Dándole la máquina que el otro fingía olvidar.)* Que te dejas esto.
CARIBE.– *(Cogiendo la máquina.)* ¡Gracias, macho!...

(El TRUENO *le acompaña hasta la puerta. Le despide. Cuando el otro se aleja, dice el* TRUENO:*)*

TRUENO.– ¡Y no bebas tanto, que se te jincha la barriga...! *(Y le tira una piedra. Se oyen en la noche las risas del otro. El* TRUENO *vuelve a la estancia. Se pasa la mano por la cara. Parece como cansado, fatigado.*

Bebe el resto del vino. Coge la foto de la LURDES *que dejo en el sofá. La contempla con ansiedad gozosa. Se tumba, diciendo al perro:)* Déjame, Johnson, que toa la cama no es tuya... *(Leves gruñidos del perro.)*

(El TRUENO *pone ante sí la fotografía y la mira arrobado. La besa. Vuelve a mirarla. Muy lentamente llega a media voz aquella canción del Príncipe Gitano que dice: «Cuando por la noche / a solas me quedo en mi soleá / miro tu retrato / y luego me pongo a llorar». Oscuro.)*

MOMENTO QUINTO

El CARIBE, *a altas horas de la noche, muy contento, con la grifa escondida en el vientre y la cámara fotográfica en las manos, camino de su rancho. Se detiene de vez en cuando y maneja la cámara, mirando por el objetivo. Está contento como un chaval con un juguete y no toma precauciones, olvidándose del contrabando que esconde. Por eso no repara en aquellos dos tipos que, medio escondidos, le acechan. Son dos agentes de la «Brigada» que visten pantalón tejano y cazadoras de cuero. Esconden la pistola en el cinto y la chapa debajo de la cazadora. Pero son conocidos del* CARIBE. *A uno lo llaman el* PUMA, *y al otro, el* CHATO. *El* CARIBE *se ha detenido y enfoca la cámara hacia un lugar como si fuera a tirar una foto. El* PUMA, *haciendo un guiño picaresco a su amigo, se adelanta y se coloca ante la cámara del muchacho en una pose de gánster de película. El* CARIBE *retira la cámara y se queda helado ante aquella aparición.*

PUMA.– *(Que habla con una gran suavidad y misterio, con un ostensible acento gallego.)* Venga ya..., tírame una fotu. ¿Estoy bien así?... *(Agudiza su gesto chulesco. El* CHATO *se acerca con las manos en el cinto acariciando la pistola.)*

CARIBE.– *(Que ha vuelto a la tierra, aterrado.)* Mu..., mu... güenas noches.

CHATO.– *(Al* PUMA.*)* ¿Cómo quies que te fotografíe de noche y sin flas? ¡Cateto, que eres un cateto!...

PUMA.– *(Que ha compuesto ya la figura y acariciándose el bigote.)* Pues que no hay pocos adelantus en esta clase de estrumentos como pa no conseguirse fotus sin pijadas de ésas... *(Al* CARIBE.*)* ¿Verdad, tú?

CARIBE.– Un servidor... no...

PUMA.– Ni tampoco sabías que te dedicabas al oficio de retratista ambulante... *(Al* CHATO.*)* ¿Y tú, lo sabías?...

CHATO.– Éste es un chaval mu apañao...

PUMA.– *(Al* CARIBE.*)* Déjame el estrumentu, hombre, haz el favor...

(El CARIBE *le tiende la máquina y es ahora cuando se palpa el vientre y recuerda que lleva la grifa. Instintivamente, da una gran zancada para huir. Pero el* CHATO, *que ya estaba preparado, le echa el brazo por el cuello, le hace una llave de kárate y lo tumba en el suelo. Allí lo mantiene bien sujeto. El* CARIBE *gime escondido.)*

PUMA.– *(Mientras su compañero realizaba la operación, seguía muy tranquilo observando la cámara.)* ¿Y aónde l'has comprau, machu?... ¿Eh?... *(Se adelanta y da un puntapié, no muy fuerte, en los riñones del* CARIBE, *tumbado boca abajo y sujeto por el otro, que saca las esposas.)* ¡Que te estoy interrogando!... ¿Dónde?

CARIBE.– *(Que se va rehaciendo y mintiendo con ingenuidad.)* En el Rastro...

CHATO.– Si en el Rastro hay de to. No sé pa qué preguntas, ¡cateto!... Las traen del África...

PUMA.– En el África las dan mu baratas... Manda cojones con el Caribe, que se ha hecho aficionau a las fotus... ¿Y tie rollo?...

CHATO.– *(Al* CARIBE.*)* No llores, hombre, que no te va a pasar na...

CARIBE.– *(En un leve rasgo de virilidad.)* Es que me hace usté daño...

(Ya le ha puesto las esposas. Pero el tío sigue con la rodilla puesta en sus riñones.)

PUMA.– Pues vamos a irnos pa casa y allí nos vas a enseñar a manejar el aparato y amos a hacer algunas fotus. Se pueden hacer cosas mu divertidas...

CHATO.– Con ésa fotografía hembras desnudas aquí, el amigo...

PUMA.– *(Que echa a andar y se une al grupo.)* Pues mira que aquí, el amigu, le venía diciéndoselu; que hace días que no sabemos na del Caribe. Y que teníamus algún deseu de echar un pitu contigo. ¿Que no?

CHATO.– Si es un desagradecido que no quie na con los viejos amigos. ¿Por qué no quies na con los amigos?

(El CARIBE *tiene como un acceso de locura y se da de golpes contra el suelo con la cabeza, lleno de ira. El* CHATO, *cogiéndole del pelo, le obliga a levantarse. Pero él, para que no vea el bulto que lleva en el vientre, quiere permanecer agachado.)*

PUMA.– *(Mientras el* CHATO *levanta al* CARIBE.*)* ¿Por qué ties siempre tan mal genio, calé? No te pongas así, chachu. Luego te quejas de que te casquemus...

CHATO.– *(Al ver que el* CARIBE *se mantiene agachado.)* Pero ponte derecho. ¿Es que ties reúma?

PUMA.– *(Que ha ido hasta él y le va a dar un puñetazo en la boca del estómago; cuando guipa el paquete que esconde, le mete la mano por la bragueta, tira y lo saca. El* CARIBE *se agita y se yergue al fin.)* ¡Hombre!... *(Huele el paquete y dice al* CHATO, *muy tranquilo.)* ¿Y cómo querías tú que el rapaz se pusiá derechu si llevaba esto, el pobriñu?...

CHATO.– *(Riéndose.)* Lo llevaba como los moros, metío en los calzones...

(El CARIBE, *desesperado, la cabeza caída, el mechón de pelos sobre la frente, los ojos arrasados de lágrimas, respira jadeante.)*

PUMA.– *(Lleva debajo del brazo la cámara y el paquete. Va al* CARIBE *y le revuelve, «cariñoso», el pelo.)* No te pongas así, chachu, que no es pa tantu, hombre...

CHATO.– No te pongas tan feo, que bastante ties con tu jeta habitual...

PUMA.– *(Que ya va iniciando el mutis. Al* CHATO, *con mucha suavidad.)* Si el Caribe ya sabe que no le pasa na. Ganas de hacer tragedia que tie, el calé... Que a lo mejor no tenías ganas de vernus a los dos juntus. Peor ya se le ha pasau, *(Al* CARIBE, *que es empujado lentamente por el otro.)* ¿verdad? Ahora amus a charlar un puquitu y nos entendemos como buenus amigus sin necesiá de acalorarnus...

CHATO.– *(Riéndose.)* La misma emoción de vernos de pronto, y como el chaval es tan sensible... *(Al* CARIBE.*)* Anda, tira, tira p'alante, que hace fresquillo y allí tenemos una güena lumbre pa que se te quite la tembliquera...

(A punto de hacer mutis.)

EL PUMA.– *(Que camina detrás muy reflexivo.)* Que también son horas éstas de estar ya recogidus, aunque gracias a undivé no tengamos que levantarnos tempranitu...

(Salen. Llega de nuevo el lamento del Príncipe Gitano, que continúa la copla con aquellos versos: «Dolores, ay mi Dolores / déjame que llore y llore / llore yo sobre las flores…».)

MOMENTO SEXTO

Un tercio de escena es el interior de un merendero de Vallecas. Una mesa preparada con manteles para la cena. En otra mesa se amontonan las viandas: pollos asados y botellas de Tío Pepe. Están en escena el TRANVI *y el* CHUNGUI *con el* COCINA. *Los dos primeros, vestidos como secretarios de embajada. El* CHUNGUI *ya no lleva la cabeza vendada, sino un pequeño esparadrapo. El* COCINA *es el mozo del merendero y lleva chaqueta blanca de camarero y delantal de rayas verdes y negras. Es de noche.*

COCINA.– *(Mostrando a los otros lo que tiene preparado.)* ¿Qué sos parece?

CHUNGUI.– Fenómeno.

COCINA.– Los callos están a la lumbre, pa que cuando vengan los demás estén bien calentitos...

TRANVI.– *(Dando una palmada al mozo.)* Eres un fenómeno. A ver si va a ser verdad que poamos echar un rato güeno sin que nos moleste nadie...

COCINA.– De eso poéis estar seguros. Bástete que hoy es día de cierre pa que naide s'acerque, y másime que estará menda vigilando...

TRANVI.– Porque sólo por hacernos gomitar lo que comimos, esos criminales son capaces de venirnos a dar un disgusto...

CHUNGUI.– Oye, Cocina, ¿no habrás visto por un casual al Caribe? ¿No ha venío por aquí?

COCINA.– Yo no lo he visto. Ahora, que si tie que venir vendrá con el Trueno...

TRANVI.– *(Que se ha acercado a husmear los pollos.)* Oye, Cocina: estos pollos son del año pasao, ¿no?

COCINA.– *(Ofendido.)* Del año e tu agüela la del pueblo... ¡No te joe el tío...!

TRANVI.– Es que paecen mismamente de plástico, tú...

COCINA.– *(Que sigue enfadado.)* Como que menda iba a servir na malo al Trueno, que es el tío más rumboso y flamenco de Madriz, másime cuando se trata de celebrar su vuelta a los madriles con sus compadres. ¿Por quién m'has tomao, chavea?

TRANVI.– Anda ya, gorrión, que ties más cuento que el Calleja...

CHUNGUI.– *(Que se pasea preocupado.)* Pos es raro, porque yo m'había citao con él en la Cepa de Oro y no ha venío...

TRANVI.– Porque habrá tenío un plan mejor, ¡no te joe!, o ¿es que te crees que resulta muy atractivo ir con ese coco que llevas? que paece mentira que lo pueas transportar con tanta soltura.

COCINA.– Pos ya no puen tardar, porque el Trueno me encargó que tuviá too preparao pa las diez y son las diez y cuarto; u séase, que por mi parte ya está too apañao. Ahora, que vengan cuando quieran...

TRANVI.– Pos lo que amos a hacer es descorchar una botella de Tío Pepe y nos traes unas aceitunillas...

CHUNGUI.– No, tú... Esperemos a que venga, por lo menos el Trueno, tú, y el Caribe...

TRANVI.– Pues yo tengo sez. Tráeme una pisicola, que pago por mi cuenta. *(Cuando va a salir el* COCINA.*)* Y oye, vigila bien, y si ves algo raro nos avisas, pa que estemos preparaos...

COCINA.– *(Volviéndose enfadado.)* Pero ¿qué me vas a decir a mí? En cuanto venga to Dios, echo el cierre y no entra ni el capitán general ¡Pos sí que...! Como no tengo yo bola a los tíos de la brigadilla, ni cuentas pendientes con ellos, pa que me vengas a mí con...

(Sale el COCINA.*)*

CHUNGUI.– *(Que se ha sentado y sigue con su preocupación.)* Pos mía que es raro que un tío tan serio como el Caribe dé plantón...

TRANVI.– ¡Y dale...!

CHUNGUI.– ¿Y tú no lo has visto en too el día?

TRANVI.– ¿Yo? ¡Pa ver estaba yo! He tenío un día de perros, que me he recorrío too Madriz en trole y too m'ha salío en contra...

CHUNGUI.– Tendría chiste que lo hubián trincao...

COCINA.– *(Que ha aparecido sin traer la bebida que el otro le pidió.)* Me paece que ya están ahí...

(Salen a la puerta. Se oye el frenazo de un taxi y el cerrar de dos puertas. Los tres se adelantan a recibir a los que llegan. El TRUENO *viene hecho un brazo de mar, con un terno y una corbata impresionantes. Con él vienen la* LURDES, *guapísima y elegantísima, como una de las que salen en «París Match», un tío que lleva una guitarra en un estuche y un cantaor flamenco muy gitano.)*

TRANVI.– *(Adelantándose.)* Pos ya creímos que nos ibais a dar plantón...

CHUNGUI.– ¿Y el Caribe? ¿No viene con vosotros?

TRUENO.– *(Echando una mano por el hombro del* COCINA.*)* ¿Qué hay macho, lo ties too a punto?

COCINA.– A ver si está de tu gusto, macho...

(Ha entrado el grupo en el merendero. La LURDES *deja unos paquetes sobre una silla y se arregla el pelo mirándose en un espejo. El* TRUENO *pasa revista a todo como si fuera un general.)*

TRUENO.– *(Dando otro palmoteo al* COCINA.*)* ¡Vale...! ¡Ea...!

TRANVI.– *(Mirando al* GUITARRISTA *y al* CANTAOR, *que están instalándose.)* Pero si has traío artistas y too... *(Adelantándose al* CANTAOR.*)* ¿Tú eres el Canillas, no?

CANILLAS.– Me llaman..

CHUNGUI.– *(Que va tras el* TRUENO.*)* Oye, que no ha venío el Caribe entoavía...

TRUENO.– *(Alegre, lleno de vitalidad, sin hacer caso de lo que le dice el otro, ha desenfundado una cámara fotográfica. Al* COCINA.*)* Güeno, vete descorchando unas botellas y ponnos unos vinos y una tapilla de algo. *(A los otros.)* Y vosotros ponerse en grupo, que amos a hacer una foto...

LURDES.– *(Volviéndose.)* Ya está con las fotos...

TRUENO.– *(A la* LURDES.*)* Y tú, toma una copilla y una tapa y te vas pa casa, que esto es pa hombres solos...

LURDES.– Ya tenía que estar en casa, que de copas no quiero na...

CHUNGUI.– *(Al* TRUENO.*)* Oye..., pero que falta el Caribe...
TRUENO.– *(Volviéndose.)* Pero ¿qué estás diciendo tú? ¡Qué tío más rollo...!
CHUNGUI.– No, que digo que entoavía no ha venío el Caribe...
TRUENO.– ¿El Caribe? ¿Y aónde s'ha metío?
CHUNGUI.– Pos no sé...
TRUENO.– Nos va hacer esperar... Güeno, ponerse, que tiramos una foto... *(Llamando.)* Y tú, Cocina, vente p'acá, que también entras en el grupo. *(Ordenando la foto.)* A ver, tú... *(Al* GUITARRISTA.*)* Aquí, a un lao, con la sonante... Así... *(Al* CANTAOR.*)* Tú a su vera... Güeno, venga, a ver si amos a estar toa la noche con esto... ¿Aónde está la Lurdes? Ponte aquí delante, agáchate, así... Un momento, que sale un pajarito... Levanta la jeta, Lurdes...
LURDES.– ¿Así?

(El TRUENO *tira la foto.)*

TRUENO.– Vale... *(Tira la foto.)*
CHUNGUI.– *(En el momento de deshacerse el grupo.)* Pero falta el Caribe...
TRUENO.– *(Ahora ya más preocupado.)* ¡También el Caribe...! Pero ya haremos otras; he comprao tres rollos... *(La* LURDES *está recogiendo los paquetes que dejó sobre la silla.)*
TRUENO.– Eso es. Ahora las mujeres que se larguen. *(El* COCINA *ha servido copas y tapas de aceitunas y chorizo.)*
LURDES.– Pos eso mesmito es lo que estaba haciendo... Ea...
TRUENO.– Güeno..., tómate una copilla...
LURDES.– No quieo copas... *(Da un beso al* TRUENO.*)* Y a ver qué pasa...
TRUENO.– Espera, ven aquí... *(La lleva hasta la mesa de los pollos; coge uno.)* Toma, llévate esto...
LURDES.– Jesús...
TRUENO.– *(Dándole una botella de Tío Pepe.)* Y esto tamién... *(La* LURDES *coge las cosas alborozada y las mete en una bolsa que lleva.)* ¿Quies que te acompañe?
LURDES.– ¿Pa qué?
TRUENO.– Te pueo acompañar mientras viene el calé ese...
LURDES.– *(Que inicia el mutis.)* Divertirse vosotros, que yo me voy a la piltra...

TRANVI.– *(Al* TRUENO.*)* ¿Quies que la acompañe yo?
TRUENO.– *(Rotundo.)* No, disfruta ahora, chavea...
LURDES.– Güeno... *(A los otros.)* Güeno, chavales, divertirse y gastar poco.
TODOS.– *(Despidiéndola.)* Gracias, salerosa... ¡Viva el rumbo!... ¡Abur!...

(Salen a despedirla como si fuera una reina. El TRUENO*, satisfecho, con las manos metidas en los bolsillos, la ve alejarse. Ella, muy pizpireta, taconeando.)*

TRUENO.– *(A voces.)* ¡Que paeces la caperucita con esa cesta!...
CHUNGUI.– Ten cuidao con el lobo feroz...

(Risas, palmoteos y todos adentro a la pitanza.)

TRUENO.– *(Quitándose la chaqueta.)* Güeno, chavales, al fin solos. Ahora ponerse cómodos y a triunfar... *(Inútil consejo, porque casi todos ya se han quitado la chaqueta.)* Y tú, Cocina, ¿cómo andamos de discos?
TRANVI.– ¿Pos no has traío artistas?
TRUENO.– Los artistas pa luego. Ahora pon dos placas ahí pa amenizar la cena...
TRANVI.– Pon al Valderrama...
CHUNGUI.– Al Menese...
COCINA.– *(Maniobrando el tocadiscos.)* Pongo al Manolo Escobar pa que sos conforméis...
TRANVI.– Pon a tu tía la del pueblo...
TRUENO.– *(Dando una palmada.)* Venga, a sentarse y a ver los callos...
CHUNGUI.– Pero ¿y el Caribe?

(La pregunta del CHUNGUI *queda, por vez primera, temblando en el aire cuando todos se sitúan en la mesa, con el* TRUENO *en el sitio de honor. El* COCINA *distribuye las cazuelas de callos, y en el tocadiscos, la voz flamencota de Manolo Escobar.)*

TRUENO.– *(Volviéndose hacia el* CHUNGUI.*)* ¡Pos es verdá tamién...! ¡Qué raro!
TRANVI.– Habrá encontrao algún plan...
COCINA.– Pos yo ya he echao el cierre. Si viene, llamará él...

CHUNGUI.– Es raro...

TRUENO.– *(Luego de un momento de vacilación.)* Ea..., que venga cuando le dé la gana... Comía va a sobrar, ¿eh, tú, Cocina?

COCINA.– Pa parar un tren.

TRUENO.– U séase que... *(Al* COCINA.*)* Oye, macho, ahí ties la cámara; de vez en cuando nos tiras una foto, sin que nos demos cuenta...

TRANVI.– *(Con mucha chulería.)* De frente y de perfil, macho...

(Empiezan a comer. Se nota la leve preocupación por el CARIBE. *Efectivamente, el* COCINA *les tira una foto. La luz decrece y quedan todos inmóviles. Se enciende la otra parte del escenario con una luz agria y se ve al* CARIBE *con las manos esposadas por detrás de las rodillas, de espalda al público, la cabeza baja. El pelo enmarañado. Delante de él, dando la cara al público, sentado en una silla, el* PUMA, *y a los lados, de pie, en mangas de camisa, el* CHATO *y otro; a un lado, el* SERENO, *contemplando la escena con satisfacción, apoyado en el chuzo.)*

PUMA.– *(Que bebe una botella de Coca-Cola y se limpia los morros con la mano, al* CARIBE.*)* Pero mira si tie amor propiu que no quie «dilatar» a su cumpadre... ¡Está chalau el tiu...!

CHATO.– Como si no supiéramos nosotros de aónde sale too el material fotográfico del barrio ni quién viene de África...!

PUMA.– Pos lo que yo digu... Bástese que le quiera uno bien, porque al Caribe se le quiere...

EL OTRO.– Tien una idea falsa de la hombría estos gitanos...

EL SERENO.– Lo que son es unos gandules.

PUMA.– *(Muy severo, al* SERENO.*)* Tú ya te estás cayandu si quies contemplar el espectáculo. ¿Te pregunta alguien algu, u qué?...

EL SERENO.– Hombre yo...

PUMA.– *(Que se vuelve al* CHATO *despectivamente.)* A mí ya se me están hinchando las narices. ¿Y a ti?

CHATO.– Menda hace tiempo que habría terminao. Las formalidades no son mi fuerte, macho...

PUMA.– Llevas razón. Luegu uno tie que tomar bicarbonato... *(Se dirige al* CARIBE.*)* Mira, Caribe: lo quieru escuchar todu de tus labius de rosa... ¡Anda!...

(Pausa. El CARIBE *calla. Se oyen los golpecitos del chuzo del* SERENO *en el suelo.)*

PUMA.– *(Muy sentimental.)* También es una lástima que tengamos que castigarlu...

CHATO.– *(Que se ha echado las manos al cinturón. Al* PUMA.*)* ¿Vale ya?

(El PUMA *se encoge de hombros. El* CHATO *y el* OTRO, *con una rapidez escalofriante, con entusiasmo, se han soltado el cinturón del uniforme. Avanzan sobre el* CARIBE *y levantan las hebillas sobre él, cuando el* PUMA *los detiene con un rugido.)*

PUMA.– ¡Eeey!... ¡So!... Aquí tengo yo otro estrumento... *(Va a un rincón a por algo.)* Que vosotrus no pensáis en na... *(Se agacha para recoger algo y se oscurece la escena.)*

(Vuelve a iluminarse la escena del merendero. El TRUENO *está de pie trinchando un pollo. Hay cierta tristeza. Se nota el deseo de alejar el mal fario que sienten todos. El* TRUENO *sirve a los demás.)*

TRUENO.– *(Al* COCINA *que le ayuda.)* Que quede algo pal Caribe... *(Sonriente.)* El Caribe seguro que viene con una torta de campeonato. Eso si no nos trae alguna gachí... Y mira que aquí no queremos hembras; u séase, que como venga con una gachí, se van los dos a tomar el fresco... Ese calé no hay quien le haga entrar en el orden...

CHUNGUI.– Es el tío mejor del mundo...

TRANVI.– Demasiao panoli pa estos tiempos...

TRUENO.– Tú, calla, que ya quisieas parecerte al Caribe. Hay que ver cuando nos salvó a toa la banda y por culpa nuestra se pasó dos meses en Carabanchel... Eso no lo hace nadie...

TRANVI.– Eso es de tonto...

TRUENO.– A ver si te callas ya, Tranvi. Que el Caribe es sagrao. Ya lo sabes... Güeno, ¿cómo está el pollo? ¿Qué icen los artistas?

EL GUITARRISTA.– Pue pasar...

TRANVI.– ¡Josú con éstos!... Como están acostumbrados a alternar con los famosos del cine y la tele...

TRUENO.– Y con Luis Miguel Dominguín..., no te joe...

EL GUITARRISTA.– Puede...

TRUENO.– Güeno, vosotros aclararse la garganta pa que vean éstos lo que hay. Y tú, Cocina, ¿qué te parece que echaras una visual a ver cómo está la costa y aluego nos sacaras otra foto?

COCINA.– *(Saludando militarmente.)* A la orden de usted, mi coronel...

(Vuelve a bajar la luz y a encenderse la otra parte. El CARIBE *está hecho un ovillo en el suelo. Deshecho. Los agentes se limpian el sudor.)*

PUMA.– ¡Ya salió la madre el curderu!... El partu de los montes...

(Los otros dos se ponen las cazadoras. Se colocan bien las pistolas.)

EL SERENO.– *(Avanzando muy obsequioso hacia el* PUMA *y saltando sobre el ovillo del* CARIBE.*)* Si le paece, jefe, yo me adelanto pa retenerlos, no sea que levanten el vuelo...

PUMA.– *(Que se pone la cazadora.)* Tú te puedes ir a tomar por el sacu si te da la gana...

(El SERENO *se ríe con risa de conejo y sale. Se abre una puerta y aparece un señor esbelto con aire de profesor, las manos metidas en el bolsillo.)*

COMISARIO.– ¿Qué? ¿Ya salió? *(El* PUMA *afirma con la cabeza y señala el ovillo del* CARIBE. *El* COMISARIO *se acerca y lo mueve con el pie.)* ¿A que lo habéis desgraciao? ¿A que me lo habéis hecho la puñeta? *(Se vuelve al* PUMA.*)* A ti, Puma, te voy a licenciar muy pronto...

PUMA.– ¿Pos qué quie usté que un servidor haga?

COMISARIO.– *(Dándole un cogotazo más bien cariñoso.)* ¡Anda, cafre, que eres más cafre...! Que tenías que estar en Scodlan Yar pa que aprendieras modos. Que te voy a meter un día una tunda que... Hale, finiquitar el asunto y dejarme en paz, puñeteros. *(Los otros van a hacer mutis. El* COMISARIO *se dirige a la puerta gritando.)* ¡Eh!, dos tíos que vengan a llevarse un bulto...

(Se oscurece la escena. Se enciende la otra parte. Los comensales están tocando palmas muy alegres; llevando el ritmo del tanguillo de Cádiz que canta y baila el CANTAOR *con grandes gestos afeminados.)*

EL CANTAOR.– Dicen que tendremos pronto
mucho trabajo y mucha riqueza
y que arrojarán de España
a los que tengan poca vergüenza...

(En este momento ha llegado a la puerta del merendero el SERENO *y pega grandes golpes con el chuzo. Todos enmudecen. El* COCINA *sale corriendo a ver lo que pasa. El* CANTAOR *se ha quedado como si le hubiera dado un aire.)*

TRUENO.– *(Que ha sacado una pistola.)* A ver quién es el guasa que nos molesta ahora mismo. A ver si le tengo que meter un tiro en el mondongo.

CHUNGUI.– Será el Caribe...

TRUENO.– *(Muy alegremente, guardando la pistola.)* ¡La fija: El Caribe!... Le amos a dar una...

(El CHUNGUI *se ha levantado. El* TRANVI *está medio borracho con el* GUITARRISTA *y sigue tocando palmas. Llega enseguida el* COCINA.*)*

COCINA.– Es el mulato, el sereno. Que ice que si no le convidamos a una copa, que hace frío y que aquí estamos calentitos. Que no es pa molestar...

CHUNGUI.– *(Rabioso.)* Se vaya a tomar por el...
TRUENO.– ¡... Se largue ya!... O, si no, espera... ¿Pa qué le amos a hacer un feo? Que pase a tomar una copa...
TRANVI.– Oye tú, que a menda le dio un día un par de palos ese marrajo...
TRUENO.– ¿Un par? Si tú te mereces... *(Al* COCINA.*)* Anda, dile que entre...
CHUNGUI.– No te fíes...
TRUENO.– A lo mejor sabe algo del Caribe...

(Ha salido el COCINA *y vuelve enseguida con el* SERENO, *que entra muy respetuoso con la gorra en la mano, sonriente y balanceando el chuzo.)*

EL SERENO.– Saluz a toos, señores... Enhorabuena. ¿Qué? ¿Hay una copilla pal vigilante nocturno?
TRANVI.– ¿Pa ti? Veneno matarratas.

(El SERENO *le da una palmada.)*

EL SERENO.– ¡Ele...!
TRUENO.– Convidar aquí... al sereno. Oye, mulato, ¿sabes algo del Caribe?
EL SERENO.– *(En el momento en que se llevaba la copa a los labios.)* No señor. ¿No ha venío con ustedes?
TRANVI.– *(Al* CANTAOR.*)* Venga, tú, sigue dándole al tenguillo...
EL SERENO.– ¡Vivan los artistas...! *(Se queda a un lado contemplando el espectáculo como antes en la guarida de la brigadilla.)*

(Vuelven todos al acompañamiento de palmas y el CANTAOR *a su tanguillo. El* SERENO *hace el acompañamiento dando golpecillos con el chuzo en el suelo, formando un contrapunto bastante siniestro.)*

EL CANTAOR.– Dicen que tendremos pronto
mucho trabajo y mucha riqueza,
y que arrojarán de España
a los que tengan poca vergüenza.

Los que viven de mamela
los mandarán para Puerto Rico
y al borracho mala lengua
hasta Rusia en un borrico...

(Estalla un ole rotundo. El TRANVI, *sin dejar de tocar palmas, se acerca al* SERENO.*)*

TRANVI.– *(Al* SERENO, *por lo bajini.)* ¿Quies meterte el chuzo aonde te coja?

(El SERENO *se encoge de hombros y sigue desafiante dándole al chuzo.)*

EL CANTAOR.– Me creo que sea verdad,
pero la realidad
nos hace de comprender
que mucho tardará ponerse en ese plan
por lo que ahora le diré...

(En ese momento, fuera, se ve al PUMA *y a los otros dos. El* PUMA, *con señas, ordena al* CHATO *y al otro que se queden en una esquina. Mientras, él va a rodear el ventorro para situarse en el otro extremo.)*

Si a tanto bien se nos invita,
¿por qué se aumentan los puestos
de masa frita?
Así que lo mejor
es no hacerse ilusión
de lo que pueda venir,
ni con revolución, ni con revolución
prosperará nuestro país...

(Estalla un ole clamoroso.)

TRUENO.– *(Puesto en pie.)* ¡Viva la madre que te parió...!

TRANVI.– *(También al* CANTAOR, *pasándole la mano por el hombro.)* Que se debió quear bien descansá la probe después del parto...

TRUENO.– *(Al* COCINA. *Muy eufórico.)* Y tú, Cocina, ya estás repartiendo puros a toos... ¡Venga ya...!

(Siguen tocando palmas. El TRUENO *se marca unos pases de baile que todos jalean. El* COCINA *trae la caja de puros. Todos cogen.)*

TRANVI.– *(Al* TRUENO, *cuando el* SERENO *se acerca a coger un puro.)* ¿Y a este júas, tamién le das?

TRUENO.– Tamién. Un día es un día... *(Da un golpe en la espalda al* SERENO. *Y de pronto el* TRUENO, *ebrio ya de locura, saca la cartera.)* Y ahora sos voy a dar a ca uno un billete pa que sos acordéis de un amigo. Y a ti, Mulato, el primero.

(Le da, efectivamente, un billete de veinte duros y luego hace lo mismo con los otros, que lo cogen alborozados.)

TRANVI.– Pero qué macho es el tío...

CHUNGUI.– ¡Qué grande eres, hijo...!

TRUENO.– *(Que sigue su reparto.)* Pa ti, tamién, Cocina, y pa los artistas, que aluego echaremos cuentas. Güeno, señores, oío al parche: que menda ya s'ha cansao de estar aquí metío como un conejo en la madriguera y que amos a darnos un garbeo por los madriles...

TRANVI.– ¡Ele...! Lo que menda estaba pensando...

CHUNGUI.– A ver si damos por fin con el Caribe...

(Han ido a ponerse las chaquetas.)

TRUENO.– *(A los artistas.)* Y vosotros, a alegrar la vía. Que se despierte to el mundo y a ver quién es el flamenco que se nos atraviesa...

EL SERENO.– Yo saldré primero, pa ver si hay moros en la costa.

(Efectivamente, el SERENO *sale. Se dirige al* CHATO *y al otro, que acechan, y les indica con un gesto que los otros*

van a salir y se sitúa en un lado para ver la escena. Los dos VIGILANTES *sacan la pistola: el* CHATO *silba para avisar al* PUMA, *que se supone al acecho en la otra parte. Salen ya los comensales; el* GUITARRISTA, *dándole a la sonata, y el* CANTAOR, *canturreando. El* TRANVI *y el* CHUNGUI *tocando palmas. El* TRUENO, *como un capitán, delante, la chaqueta colgada al hombro. El* COCINA *también les acompaña. Se agrupan todos en el campo para despejarse del mareo anterior y, en ese momento, el* CHATO *y* EL OTRO *se abren avanzando y encañonándoles con las pistolas.)*

CHATO.– ¡Alto ya toos!...
EL OTRO.– ¡Quietos y las manos p'arriba...!

(Ha aparecido por el otro lado el PUMA *esgrimiendo también su pistola y enfrentándose al* TRUENO. *Ha habido un momento de escalofrío. En un relámpago se oyen interjecciones y se organiza una desbandada; cada uno corre por un lado. El* TRUENO *se agacha y saca la pistola para hacer frente al* PUMA. *En ese momento se ve cruzar por primer término, cortando la escena, ante los espectadores, al* SERENO *con la pistola en la mano. Suena un disparo; el* PUMA *cae sobre el* TRUENO. *El* CHATO *y* EL OTRO, *que no se han dado cuenta de nada, persiguen a los otros, que huyen por el fondo. El* SERENO *desaparece. El* TRUENO *se quita el bulto de encima y lo deja caer pesadamente sobre la chaqueta que se le cayó del hombro en el momento de sacar la pistola. El* TRUENO *mira horrorizado la pistola suya, que «no» ha disparado. Mira el cuerpo sin vida del* PUMA. *Se retira con rabia el mechón de pelos que le cae por la cara. Mira a su alrededor con rabia y se encuentra solo. Le da un pisotón con rabia en la cara y, con un gesto de fatal desesperación, retrocede de espaldas. Enseguida se vuelve y sale corriendo. Oscuro.)*

MOMENTO SÉPTIMO

La chabola de la LURDES. *En la ventana, cortinillas coquetas de gasa. Cretonas y pulcritud. Fotos de artistas en las paredes, y también la del* TRUENO. *La* LURDES *duerme en el catre. Entra la luz de la luna. Se oye el sibido penetrante del* TRUENO. *La* LURDES *se agita en el lecho. Vuelve a sonar el silbido. La* LURDES *ya no duda; se levanta en camisón. Se pone, nerviosa, las zapatillas y corre a la ventana. La entreabre.*

LURDES.– *(En un susurro. Medio adormilada.)* ¿Eres tú?
VOZ SECA DEL TRUENO.– ¡Ábreme, que voy...!

(Tambaleándose de sueño, va hacia la puerta y abre. Cuando aparece ante ella el TRUENO, *en mangas de camisa, arrugado, se despierta del todo.)*

LURDES.– *(Al ver al* TRUENO.*)* ¡Ay, Virgen...!

(El TRUENO *ha cerrado tras de sí la puerta y se ha arrojado sobre los brazos de la* LURDES, *a la que ahoga con un abrazo, medio llorando.)*

LURDES.– *(Agitándose entre los brazos del* TRUENO.*)* ¡Ay, Virgen, ay, virgencita de mi alma!... Ay, ¿qué ha pasao?... ¡Déjame, déjame...! *(Logra desasirse del* TRUENO *y, como si la viniera un pensamiento, corre hasta la otra pared y dice:)* ¡Mi padre, trueno, mi padre...! ¡Que no s'entere mi padre!

(En un susurro estremecedor y violento, el TRUENO *se ha sentado en la cama y, limpiándose las lágrimas con rabia, saca un paquete de cigarrillos; tira tres y se pone uno en los labios. Busca febril el encendedor, que no encuentra. La* LURDES, *como alucinada, recorre el cuarto. Se vuelve de espaldas, alza los brazos, da una tremenda palmada y se agacha llorando.)*

LURDES.– ¡Ay, Virgen bendita...! ¿Qué habrá hecho este hombre?... ¡Virgen bendita...!

TRUENO.– *(Tirando el cigarrillo sin encender vuelve a ella y la abraza lloriqueando arrastrándola hasta la cama.)* ¡No ha pasao na!... ¡No ha pasao na!... ¡No ha pasao na...! *(Lo ha dicho con mucha rabia.)*

LURDES.– *(Agitándose.)* ¡Por los clavos de Cristo!

TRUENO.– *(Que ha sacado un montón de billetes del bolsillo y se los da a la* LURDES.*)* Toma, toma esto... Yo me voy... Me largo... Me tengo que ir. Toma, pa que te vayas tú tamién. Pa que te lleves a mi madre... *(Llora desconsolado. Los billetes caen por el suelo y la* LURDES *se levanta y vuelve a pasearse como una fiera.)* Ay, ¿qué habré hecho yo en el mundo? ¿Pero qué habré hecho yo en el mundo? ¿Pero por qué? ¿Por qué? *(Baja el tono de voz.)*

TRUENO.– *(Como alucinado.)* ¡Yo no le he matao...! Yo tenía la pistola en la mano; pero yo no he disparao. Por mis muertos, que no he disparao... No sé quién ha sío, no sé quién ha sío... ¡Yo he tirao la pistola!... Y la chaqueta... Se m'ha perdío la chaqueta... Y no he disparao... ¿Y los otros, aónde están los otros?... ¿Y el Johnson? *(Parece desvariar. La* LURDES *se pone de rodillas ante él con un patetismo desgarrador.)*

LURDES.– Pero ¿a quién has matao?

TRUENO.– *(Con un acento de alegría.)* ¡Al Pumaaa...!

(Se quedan los dos mirándose en silencio. En ese momento se oyen unos golpes en el ligero tabique y llega la VOZ DEL PADRE DE LA LURDES, *que ellos escuchan con extrañeza.)*

VOZ DEL PADRE DE LA LURDES.– ¿Ya estáis vosotros otra vez?... ¿Queréis ver cómo me levanto?

(La LURDES *cae al suelo como enajenada. El* TRUENO *la levanta y la arrastra hacia sí.)*

TRUENO.– *(Como comiéndose las palabras.)* ¡Pero yo no lo he matao...! ¡Yo no...! ¡No...!

LURDES.– *(Cogiendo algunos billetes del suelo y tirándolos con rabia.)* ¡No..., no..., no...!

TRUENO.– *(Que coge a la* LURDES *y la arrastra hasta el lecho llorando.)* ¡Semos desgraciados!..., ¡semos desgraciados..! *(La* LURDES, *vencida, se deja arrastrar. Luchan ambos en el lecho. Acaban por fin rendidos y llorando. Luego de una pausa larga, el* TRUENO *se levanta y va a mirar por la ventana. Se arregla el pantalón y la camisa. La* LURDES *sigue llorando en el catre toda descompuesta. Volviéndose muy agitado hacia ella.)* ¡A mí no me puen hacer na, porque no lo he matao! ¡No me puen hacer na!... Porque he perdío la chaqueta... Yo no he sío...

LURDES.– *(Levantándose muy agitada.)* ¡Vete a entregar, vete a entregar...! ¡Vete a entregar!... Yo iré contigo. Cuéntalo todo... *(Va a un rincón donde hay una percha e intenta vestirse sin saber casi lo que hace.) (El* TRUENO *va hacia ella y la abraza de nuevo.)* ¡Chiss!..., calla..., ¡mi padre...! Que nos va a oír... mi padre, por los clavos de Cristo...

TRUENO.– *(Serenándose.)* Espera, quita... Déjame que te explique, mujer... ¿Me quies escuchar?... ¿Me quies escuchar, zorra?... Te pego un tortazo... *(Efectivamente, da el tortazo y la* LURDES *llora.)* Yo me voy, pero volveré... Volveré en cuanto esté arreglao too... No te pasará na, ni a ti, ni a mi madre... O vete a un pueblo... No nos va a pasar na, porque Dios no lo quiere.

(La LURDES *se ha puesto una rebeca encima del camisón. Se oyen gruñidos ininteligibles del padre al otro lado del tabique.)*

TRUENO.– *(Abrazando y besando a la* LURDES, *con mucha ternura.)* Si yo te quiero mucho, si te quiero mucho... ¡Yo te quiero mucho...! *(La* LURDES *se deja besar totalmente rendida.)*

LURDES.– *(Apartándose de pronto.)* ¡Vete, Trueno!... Escápate, que no te cojan. No te preocupes por mí, ni por tu madre... ¡Huye!... *(Se agacha y empieza a recoger los billetes que había desparramados por el suelo.)* ¡Vete de seguía...! Corre, que te cogen..., ¡corre!...

TRUENO.– *(Agachándose sobre ella, la besa en la nuca.)* Me defenderé. Me defenderé y me harán caso... ¡Como hay Dios...!

LURDES.– *(Que se levanta con los billetes en la mano y empuja hacia la puerta al* TRUENO.*)* ¡Vete ya!... Vete de una vez y no pienses más. Vete, cariño mío, niño, vete. *(Le besa también con gran ternura.)*

(El TRUENO *se ha dejado empujar y obedece como un perrito.)*

LURDES.– *(Deteniéndose de pronto.)* Espera, que hace frío. ¿Cómo te vas a ir así, chiquiyo?... *(Se quita la rebeca que se había puesto sobre el camisón y se la pone. El* TRUENO *se deja hacer como un niño. Le abrocha con mucho cariño la rebeca, atrayéndole hacia sí mientras empuja los botones.)* ¡Ay, ay, ay...! *(Pega su cara a la del hombre y permanecen así un rato llorando. Separa de pronto la cara y vuelve a empujarle. Le da unos cuantos billetes y se los mete en el bolsillo.)* Toma, toma, que te hará falta... ¡El dinero...! *(Con una orden seca.)* ¡Fuera!... *(Cuando el otro va a salir, le vuelve a atraer hacia sí y empieza a olerle el cuerpo, a olfatearle como una perra.)* ¡Mi hombre, mi hombre!..., ay...

TRUENO.– *(Sin saber lo que dice.)* ¡Mi madre!... ¡Y el Johnson...!

LURDES.– *(Muy entera.)* ¡Sí!..., ¡sí!... ¡Vete!... *(Le empuja y, en un arranque, cierra la puerta. Sujeta con los brazos la puerta y se oyen los quejidos del* TRUENO. *El* TRUENO *por fin se aleja vencido. Ladran los perros. La* LURDES *se retira de la puerta.)*

(Mira hacia la ventana, pero no se atreve a llegar hasta ella. Se guarda los billetes en el pecho. Se acerca al tabique y da un golpecito.)

LURDES.– *(Comiéndose las lágrimas.)* Ya s'ha marchao, padre... Ya s'ha marchao...

VOZ DEL PADRE.– ¡La mare que sos jechó a los dos; mía si no se murierais, que no dejáis dormir a nadie...!

(La LURDES *cae sobre el catre mesándose los cabellos y se oye el ladrido de los perros.)*

MOMENTO OCTAVO

Interior de la comisaría. Sobre una mesa, un montón de fotografías del TRUENO, *la chaqueta que perdió en la refriega; la pistola. Proyectadas en la pared, fotografías del* TRUENO *en varias poses, mezcladas. Están examinando las fotografías cuatro individuos: el* COMISARIO, *otro* POLICÍA, *el* CHATO *y el otro* AGENTE *de la brigadilla. Parece ser que las gestiones para capturar al muchacho van por buen camino.*

EL COMISARIO.– *(Revolviendo el montón de fotos y contemplando algunas.)* Por falta de fotos no va a quedar. En toa mi puñetera vía he visto un caso igual. Vaya un «hobby» del tío.

EL POLICÍA.– Pero si en casa de su madre tenía otro cajón lleno el tío; en casa la fulana, otro. Un aficionado...

CHATO.– Y una porrá de cámaras...

EL POLICÍA.– Pues mira que algunas están bien. No, si el tío tenía idea. Lo que pasa es que, sin saberlo, s'ha buscao la ruina el tío, porque con tanta foto, ¿aónde va a ir a parar? Amos, si se ha retrato más que el Caudillo...

EL OTRO.– *(Muy filosófico.)* Que uno se labra la ruina sin diquelarse.

EL POLICÍA.– Toa la Guardia Civil lleva su foto en la cartera. ¡Ni que fuera el novio de España...!

EL COMISARIO.– *(Volviendo a revolver las fotos.)* Y que no tie salida. Está de todas las poses: con patillas, sin patillas, con bigote, con barba, sin bigote... Vacilaciones pa todos los gustos...

CHATO.– El chaval habría hecho carrera en el «cini»...

EL OTRO.– Aquí se parece a Roc Hudson...

EL POLICÍA.– *(Con ironía.)* Y aquí al Marlon Brando...

EL COMISARIO.– Tanto es así que ayer me decía el jefe de la Criminal que ya tie ganas de verlo al natural, después de verlo tan en pose...

EL POLICÍA.– Yo tengo ganas de verlo en persona... ¿Ya falta poco, no?...

EL COMISARIO.– No hagas preguntas. *(Rompiendo la confianza.)* Nosotros ya hemos cumplido. *(Al* CHATO *y al otro.)* De la vieja y la fulana, ¿qué?

CHATO.– De la vieja y la fulana, na. S'acuestan a las ocho como los otros. Que disparó él no se atreven a negarlo.

EL COMISARIO.– Tampoco es plato de gusto.

CHATO.– *(Muy severo.)* El pobre Puma lo ha tenío que pagar.

EL COMISARIO.– Y la fulana ¿cómo se porta?

CHATO.– Mu entera, mu entera de verdá. Una apasioná. Ni más, ni menos...

EL COMISARIO.– *(Muy severo.)* Bueno, a ver si no nos propasamos. Cuidadito con lo que se hace. ¿Me estás oyendo? *(El* CHATO *asiente con la cabeza.)* Que ahora la cosa anda en papeleo; no vayamos a tener un planchazo. Ojo con los detalles...

CHATO.– ¿Un servidor? *(Por el otro.)* Que lo diga éste: ayer la mandé una Coca-Cola. Pagá de mi bolsillo...

EL COMISARIO.– Pues que no me entere yo que cometéis la menor demasía, porque os dejo como estabais en el hampa, solitos, pa que os afeiten los que os quieren. Os retiro las pistolas y las licencias como que me llamo Albaladejo. Oís al parche, ¿o no?

CHATO.– Que sí, señor, que sí. ¡Entoavía si viviera el pobre Puma, que no lo sujetaba naide! ¡Pero no siendo él!...

EL OTRO.– Así tenía que morir; en acto de servicio, como dice la prensa...

(El COMISARIO *y el* POLICÍA *contemplan las diapositivas de la pared.)*

EL COMISARIO.– Dará todavía juego. No se entregará de cualquier manera. Un caso regular.

EL POLICÍA.– De los que aparecen cada cinco años.

(Se oscurece la escena. Se ilumina la otra parte; aparece el TRUENO. *El pantalón arrugado, la rebeca medio caída,*

la camisa sucia, febril. El aspecto del que lleva dos días acosado por el campo. Lleva una barra de pan y una lata de sardinas. Está completamente derrotado. Camina unos pasos. Mira alrededor, se agacha. Se sienta. Vuelve a levantarse y se cambia de sitio. Por fin, con un gesto de resignación muerde un trozo de pan. Saca una navaja y abre con gran trabajo la lata de sardinas. Come vorazmente. Se oyen unos lejanos ladridos de perro y el Trueno *hace un movimiento de inquietud. Sigue comiendo... De pronto, se quita un trozo de pan de la boca y lo tira al suelo. Se oyen ahora los imaginados ladridos del perro Johnson, como al principio, y el* Trueno *deja de comer. Hace ademán de pasar la mano por el lomo invisible de su perro. Los ojos se le llenan de lágrimas. Se oye su voz cuando decía: «Hale, Johnson; tira, Johnson...».)*

(En este momento se ilumina el otro lado y se ve, cruzada por la sombra de los barrotes carcelarios, a la Lurdes, *sentada en un banco. La cara escondida entre las manos. Delante de ella, dándole la espalda, el* Chato *y el* «otro», *sentados a caballo en sendas sillas. El* Chato *lee «Pueblo». El* otro *fuma pensando en las musarañas.)*

(El Trueno *sigue pensando arrullado por los ladridos alegres del perro. En este momento, la* Lurdes *levanta la cabeza. Se yergue. Camina y va al encuentro del* Trueno. *Se sienta un poco detrás de él, iluminada por una luz distinta, como en el «primer momento» de nuestro relato. El* Trueno *se vuelve sonriente hacia ella y se reproduce la siguiente escena.)*

Trueno.– Enséñame las manos...

Lurdes.– ¿Pa qué las quieres?

Trueno.– Estas manos no van a trabajar más porque yo no quiero. Porque son demasiado bonitas pa que se gasten en limpiar la mugre de naide. Estas manos no trabajan más. Lo dice el Trueno.

LURDES.– *(Retirando las manos.)* ¡Anda, tonto!... Zalamero. Saluz es lo que hace falta. *(Pausa.)* Tengo un duro ahorrao...

TRUENO.– *(Retirándose al sitio donde estaba.)* La Lurdes ya no trabaja más, y el Trueno, menos...

(En este momento se oyen otros ladridos de perro muy distintos. Como perros de caza persiguiendo la presa. El TRUENO *da un salto. Mira a todas partes y, ahogando un grito, huye. La* LURDES *se retira a la otra parte y queda en la postura anterior.)*

UNA VOZ.– *(Al* CHATO *y al otro. La voz viene por altavoz.)* Lurdes Sánchez, suba a comunicar...

EL OTRO.– *(Volviéndose a la* LURDES.*)* Niña; pregunta por ti... Te requieren, guapa. Hale p'arriba... *(La* LURDES *se levanta y desaparece muy tranquila por un lado.)*

CHATO.– *(Que ha seguido leyendo el periódico, se ríe.)* Es la monda. Es la monda. Lo que es la prensa, tú... Hay que ver las cosas que llega a decir. Mira que...

EL OTRO.– *(Acercándose.)* ¿Qué?

CHATO.– ¿No has leío lo que dice aquí del Puma, que en gloria esté?

EL OTRO.– No... ¿Qué ice?

CHATO.– Escucha, que te vas a caer de culo. *(Lee deletreando, con gran trabajo.)* Era un a-gen-te e-jem-plar, de sólida *(Sin acento.)* for-ma-ción cris-tia... cristiana, pa-dre a-man-tis-mo y cumpli-dor de su deber, es-po-so a... a... ane... ane-gado... *(Se ríe con una gran carcajada. El otro permanece indiferente.)* ¡Amos que...! Si lo lee la Paca. Padre ejemplar, con un hijo de ca una y otro al que ni conocía... ¡El pobre, con lo majo que era! ¡Con lo buen tío que era el Puma...!

MOMENTO NOVENO

Otro paraje del campo. Los ladridos de los perros policías en el horizonte. El Trueno *totalmente acosado, febril, desgarrado, medio descalzo, se deja caer en el suelo, esconde la cara entre las manos, llora. Se queda medio dormido. Una luz irreal. Un hombre maduro, modestamente vestido, se acerca a él por detrás. Le pone suavemente una mano en el hombro; el* Trueno *despierta sobresaltado y se vuelve, pero, al encontrarse con el hombre, sonríe agradablemente. Se levanta.*

El maestro.– *(Al ponerle la mano en el hombro.)* ¿Qué pasa, granuja?

Trueno.– *(Levantándose, ahora es un muchacho.)* Don Ángel... *(Le da la mano y enseguida saca el paquete de tabaco y le ofrece.)*

El maestro.– *(Cogiendo el cigarrillo.)* Gracias, hombre... Te veo muy amurriaíllo...

Trueno.– M'había sentao aquí un rato pa pasar el tiempo...

El maestro.– Bueno, hombre, bueno. Pues yo así, de pronto, no te había conocido; pero luego digo, digo, pues si parece el Trueno, ese granujazo... Como hace ya tiempo que no te veía...

Trueno.– *(Sonriendo.)* Es verdad, sí señor...

El maestro.– *(Con mucha intención.)* Por la escuela no te quieres dejar ver. Y eso es lo que pasa...

Trueno.– Claro. Eso es lo que pasa..., sí señor...

El maestro.– Pero ¿por qué no vienes a la escuela? ¿Eh? *(El* Trueno *tiene la cabeza baja y remueve la arena del suelo con el pie. Mientras, fuma nervioso.)* Ahora vienen muchos por la noche. Amigos tuyos y todo...

TRUENO.– Tengo que trabajar...

EL MAESTRO.– Pero todo el día no vas a estar trabajando. Vamos, digo yo...

TRUENO.– ¡Huy...!

EL MAESTRO.– Hay cursos de ocho a diez. Aunque no fuera todos los días, algún día a la semana. Con lo listo que eres tú, podías... Ahora vienen unos chavales muy majos de la Universidad y enseñan especialidades: electrotécnica, que a ti te gustaba... ¿Por qué no vienes?

TRUENO.– *(Con voz amarga.)* Ya sabe ustez. Tengo a mi madre. Soy el único que lo gana...

EL MAESTRO.– Pues por eso mismo. Lo que interesa es tener conocimientos y conseguir un buen oficio...

TRUENO.– *(Volviéndose con rabia.)* No tengo tiempo. No puedo. Prefiero estar en el bar. Oyendo discos...

EL MAESTRO.– Pero, muchacho, ¿por qué dices eso? A ti te gusta saber. Yo lo noté cuando aprendías a leer con tanta facilidad. No mientas, que no te vale...

TRUENO.– *(Que se enfrenta de nuevo con él.)* Puede que sí, que lleve ustez razón, no digo que no. Claro que me gusta. A veces me compro una revista de motores, y me he comprao un libro de fotografía. Pero...

EL MAESTRO.– Pero ¿qué?

TRUENO.– Que no..., que no... No puedo. Si fuera más chaval, entoavía. Pero estar allí, en el banco y... Que no, vaya...

EL MAESTRO.– Tú estás chalao... ¡Ni que tuvieras cuarenta años! Vamos, que un chaval con diecinueve años y más listo que el hambre, que podía... ¡Anda ya!... Además, las clases son gratis...

TRUENO.– *(Como una fiera.)* ¡No me diga ustez eso! ¡No me diga ustez eso!

EL MAESTRO.– *(Asombrado.)* ¿El qué?

TRUENO.– Lo de siempre; ¡gratis, gratis, gratis! ¿Es que ustez se cree que a mí no me importa eso? Si a mí me diera la gana de aprender, el dinero me importaría poco. Le sacaría de donde pudiera. Y me lo gastaría en eso, si me diera la gana... ¡Gratis!...

EL MAESTRO.– Bueno, hombre, no te pongas así... Eres muy susceptible...

TRUENO.– Si no voy a esa escuela, es porque no me da la gana, ni tengo tiempo, ni humor tampoco...

EL MAESTRO.– Bueno, hombre, bueno...

TRUENO.– *(Dulcificado y para suavizar las cosas.)* Bueno; pero me alegro de haberle visto, don Ángel. Ustez es un buen tío. Es verdad. *(Reflexionando.)* Sí, hombre, sí. Me acuerdo muchas veces de ustez y de la escuela. Y... *(Se ríe.)*

EL MAESTRO.– ¿Por qué te ríes?

TRUENO.– Por na... Me acuerdo de lo panoli que era hace dos años... Allí en la escuela nocturna, con el cuaderno, haciendo palotes...

EL MAESTRO.– Y bien que los hacías...

TRUENO.– ¡Quite ustez!... Bueno, ¿quiere ustez tomar algo? Vamos a tomar una cerveza ahí en ese bar...

EL MAESTRO.– *(Mirando su reloj de pulsera.)* ¡Huy, no, que llevo prisa! Tengo que dar una clase...

TRUENO.– ¡Son diez minutos, jover...!

EL MAESTRO.– No, no... Otro día. Te lo agradezco. Otro día será...

TRUENO.– ¡Venga ya!... Nos tomamos un par de cervezas. ¿S'hace usted de menos por estar con un tipo como yo?

EL MAESTRO.– ¡Qué cosas tienes! De verdad que te lo agradezco. Me tengo que marchar...

TRUENO.– *(Resignado.)* Bueno. Un servidor se lo ofrecía de buena voluntad...

EL MAESTRO.– *(Que va a hacer mutis.)* Ya lo sé, hombre... Nos veremos otro día. Y si te animas a venirte por allá... *(El* TRUENO *permanece indiferente.)* Ya te digo, vienen unos chavales muy majos a enseñar. Son tíos de la universidad, pero tíos de verdad. Que te lo digan tus amigos...

TRUENO.– Yo no tengo amigos...

EL MAESTRO.– ¿Yo soy tu amigo, por ejemplo?

TRUENO.– *(Envuelto en un mar de dudas.)* Pues... no sé. Ustez es el maestro...

EL MAESTRO.– Y tu amigo... Hala, ¿no decías que pagabas unas cervezas? Vamos p'allá.

TRUENO.– Eso ya es otra cosa, sí señor...

(Le echa la mano por el hombro y caminan. Pero el MAESTRO *sigue solo y el* TRUENO *vuelve a retroceder y se deja caer de nuevo en el sitio de antes. La luz vuelve a su naturalidad cuando el* MAESTRO *ha desaparecido. Vuelve a*

oírse el ladrido de los perros policías que le buscan. El TRUENO *se levanta. Se retira el pelo de la frente y se palpa con las manos comprobando que tiene fiebre. Se nota que está pensando en aquella escena retrospectiva que tuvo con el* MAESTRO. *Al fin, llorando, se recuesta en el suelo. Los ladridos de los perros crecen. Se tapa los oídos con las manos e intenta dormir. Pero no puede. Se revuelve en el suelo.)*

(Se enciende la luz en el otro lado. Unos cuantos presidiarios –El CARIBE, *el* CHUNGUI, *el* TRANVI– *sentados en el suelo, en el patio de la cárcel, escuchan a un preso* –ESTUDIANTE– *que le habla. El* GUARDIÁN, *sonriendo y rascándose el cogote.)*

CHUNGUI.– *(Al preso* ESTUDIANTE.*)* ¿Por qué has dicho que estás aquí, macho?

TRANVI.– ¿No lo has oído ya, cateto? Por política...

CHUNGUI.– Jover...

TRANVI.– Tú sigue, macho, y no le hagas caso a éste, que es un «alfabeto». Sigue...

EL ESTUDIANTE.– Pues eso; que hay que cambiar las estructuras; o sea, cambiar la sociedad injusta por otra más justa...

CHUNGUI.– ¿Las estructuras? ¿Qué es eso de las estructuras?

CARIBE.– *(Al* CHUNGUI.*)* Pero cállate ya...

TRANVI.– *(Al* CHUNGUI.*)* Se está rifando una hostia y yo sé quién tie toos los números... *(Al* ESTUDIANTE.*)* Tú no hagas caso, macho. O séase que tie que venir el comunismo...

EL ESTUDIANTE.– *(Riendo.)* Hombre, yo no digo tanto...

EL GUARDIÁN.– *(Rascándose el cogote.)* Aprender, aprender, que buena falta os hace...

TRANVI.– *(Desafiante, al* GUARDIÁN.*)* Pues eso también va por usté...

CHUNGUI.– *(Al* ESTUDIANTE.*)* Oye tú, «estructuras»; eso de la justicia, ¿qué? Porque menda ha tenío bastante que ver con la justicia, y de eso, na de na. ¿Estamos?

TRANVI.– *(Dándole un coscorrón.)* Pero ¿te quies callar de una vez, atontao?

EL ESTUDIANTE.– *(Muy reflexivo.)* Lo importante, compañeros, es que nos sintamos todos unidos frente a la injusticia. Porque todo lo que nos rodea es injusticia nada más. Los que dicen que sirven a la justicia es a la injusticia a la que sirven.

TRANVI.– Eso es verdá, macho...

CARIBE.– Hay que vivir como un hombre. A uno tien que tratarlo como a un hombre y no como a una fiera...

EL GUARDIÁN.– *(Para sí mismo, en voz alta.)* Cómo se encandilan los chavales.

EL ESTUDIANTE.– *(Entusiasmado en su retórica.)* Por eso es necesaria una acción conjunta contra la tiranía de los poderosos, de los capitalistas...

TRANVI.– ¡La fija...!

CHUNGUI.– Ahora ya empiezo a entender...

EL ESTUDIANTE.– Vosotros, con vuestra rebeldía frente a un orden burgués y egoísta, estáis labrando una posición justa y sincera, y el día de mañana...

(El VIGILANTE *interrumpe al orador.)*

EL GUARDIÁN.– *(Al* ESTUDIANTE*.)* Usted perdone, pero esos tres pájaros tien que ir a declarar, que ya son las cuatro y media. *(A los tres quinquis.)* Venga, que el abogao «sus» espera en el locutorio. ¡Andando ya!...

TRANVI.– ¡Cagüen!... Cuando esto se ponía güeno...

EL ESTUDIANTE.– Ya seguiremos otro rato, compañeros...

CHUNGUI.– A mandar...

CARIBE.– Da gusto escucharle...

(Salen los tres presos con el GUARDIÁN*. El* ESTUDIANTE *se queda solo. Sentado en este momento, envuelto en luz irreal, el* TRUENO *se levanta como sonámbulo y acude hacia la otra parte. Llega a dar frente al* ESTUDIANTE *y se acuclilla frente a él como un indio, sin decir palabra.)*

EL ESTUDIANTE.– *(Entusiasmado al ver un nuevo escuchador.)* Decía que vosotros, con vuestra rebeldía frente a un orden burgués y egoísta, estáis preparados para el día de mañana en que todos unidos podamos implantar otro orden justo y...

(Vuelve el GUARDIÁN *y se enfrenta al* ESTUDIANTE. *Al* TRUENO*, naturalmente, no lo ve.)*

EL GUARDIÁN.– *(Al* ESTUDIANTE.*)* Tú, Lenin de vía estrecha, adentro, que s'ha terminao el recreo...

(El ESTUDIANTE *se levanta y desaparece. El* TRUENO *queda solo un rato, meditabundo, se levanta y, siempre envuelto en aquella luz irreal, vuelve al centro de la escena. Camina como un muchacho que vuelve del trabajo. Frente a él aparece el* PUMA.*)*

TRUENO.– *(Deteniéndose en seco al ver al* PUMA.*)* Güenas tardes...

(Intenta seguir su camino, pero el PUMA *lo detiene poniéndole una mano en el hombro. La otra la mete en el bolsillo del pantalón.)*

PUMA.– No camines tan de prisa, machu...

TRUENO.– *(Volviéndose muy sombrío.)* ¿Qué desá ustez?

PUMA.– Na de particular, hombre. Unas palabritas... ¿No me das un pitu, u qué?

TRUENO.– *(Con mano nerviosa finge sacar el paquete de cigarrillos. El otro coge uno y enciende.)* Adiós... *(Va a marcharse.)*

PUMA.– Espérate, hombre. Vete p'acá, que no te veu la jeta hace mucho tiempo... *(Expulsa el humo y sopla sobre la cara del* TRUENO.*)* ¿Por qué no vienes a verme los sábados como te lo tengo ordenau?

TRUENO.– *(Sorbiendo aire.)* Porque ahora estoy trabajando. Trabajo en un taller. Y luego voy a la academia...

PUMA.– *(Silbando.)* Pues que me lo habían dichu y que no lo creía machu. El otru día me lo dijeron y perdí una apuesta... ¿El Trueno trabajando honradamente? ¡Pamplinas....! U sea, ¿que es verdaderu?

TRUENO.– Sí, señor...

PUMA.– Y que ties novia m'habían dichu tamién...

TRUENO.– Pa casarme así que haga la mili...

PUMA.– *(Volviendo a silbar.)* ¿Así que sus vais a arrejuntar?

TRUENO.– A casar...

PUMA.– Manda cojones el Trueno... Pero ¿qué ha pasau? ¿t'ha cogiu por su cuenta algún cura, u qué? *(El* TRUENO *no contesta.)* Pues esu hay que remojarlo. ¿No me invitas, u qué? Amos ahí enfrente a tomar una cervecita. ¿O es que desde que t'has vueltu un trabajador honrau no ties fondus?

TRUENO.– *(Con rabia.)* Amos p'allá.

(Entran en un bar. Se sitúan en la barra.)

PUMA.– *(Al* CAMARERO.*)* Pero ¿tú sabías la noticia, machu? Que aquí el Truenu se ha convertiu en un obrero honrau. ¿No lo sabías?

EL CAMARERO.– Con la edad viene el raciocinio...

PUMA.– Pos si no lo veu, no lo creu. Y comu el señor ya es too un caballeru, se permite el lujo de no querer saber na con sus superiores. Y yo te tengu ordenau que ca ochu días te presentes a mí pa dar cuenta y señal detallada de toos tus malus pasus. Y si no me equivocu, los sábadus era el día. ¿O no?

TRUENO.– Sí, señor. Pero como ustez se marchó con permiso, y como...

(Se detiene mirando al CAMARERO, *que escucha complacido.)*

PUMA.– *(Terminando la frase.)* Comu ahora eres un trabajador honrau, pues que lo den por el sacu al jefe... ¿No es esu?...

(El CAMARERO *se ríe.)*

TRUENO.– Yo no soy un perro para...

PUMA.– *(Dejando con rabia el botellín sobre la mesa.)* Tú lo que eres te lo voy a decir yo en cuatru palabras. Tú eres un chorizu de mierda. Eso es lo que eres. Pa eso has naciu y así te morirás. Tú acabarás colgau, porque eres un chorizu de mierda. Y porque hoy me sientu de buen humor, que si no, te llevaba a la oficina ahora mismo y t'arrimaba una

soba que te doblaba. ¿O es que te vas a creer que porque estás aquí alternando con nosotrus *(Señala al* CAMARERO.*)* ya te pues codear con la gente respetable? Pues ándate con mucho oju, porque a la primera de cambio me encargaré yo de recordarte lo que eres: un chorizu de mierda...

(El TRUENO *agarra convulsivamente el borde de la barra. El* PUMA, *sonriente, se lleva de nuevo la botella a los labios y desaparece la visión. De nuevo solo el* TRUENO. *Los ladridos de los perros policías, más cercanos. Desesperado, el* TRUENO *cae de rodillas y vuelve a tumbarse en el suelo. Aparece ahora un* CABO DE LA LEGIÓN *viejo, con más de cuarenta años. Se sienta a su lado y le da con el pie para despertarlo.)*

EL CABO.– ¿Ya la has cogido otra vez, Trueno?

TRUENO.– *(Que se levanta, se incorpora, se restrega los ojos.)* Hola, cabo. M'había quedao dormío aquí a la fresca. Ha hecho tanta calor hoy... ¡José!...

EL CABO.– *(Mirando hacia los lados receloso, saca dos pitillos del bolsillo de la camisa. Ofrece uno al* TRUENO.*)* Toma, macho, un poquito e quifi...

TRUENO.– *(Mirando también y cogiendo con agrado la droga.)* A ver si nos mandan pal pelotón, paisano...

EL CABO.– *(Ayudando a encender al* TRUENO.*)* Yo toas las tardes me vengo p'acá a soñar con hembras...

(Empiezan los dos a fumar el quifi, encerrado el cigarrillo en el hueco de la mano y sorbiendo lenta y suavemente el humo penetrante.)

TRUENO.– *(Sonriente.)* S'agradece, cabo...

EL CABO.– Si no fua por estos ratos, m'habría pegao ya un tiro. Me lo pegaré el día menos pensao. Haré como el ordenanza del comandante; me pondré la boca el fusil en el cuello y daré con el pie al gatillo. Ya tengo el alambre preparao... Y a escuchar a los angelitos. Ésa es la fija, macho. *(Sorbe el humo.)* ¿Pa qué quiero vivir ya? Pa na. ¿Qué hago cuando salga de aquí, a mis años? Na. He sufrío mucho. M'han pegao demasiado

y ya estoy harto. Hice toa la guerra aquí, too el frente del Ebro; ya te lo he contao muchas veces y ahora te lo vuelvo a contar porque me sale de los cataplines. De toa la bandera quedamos cuatro en Vinaroz. Al sargento le dieron la laureá y a nosotros por el culo. Aluego en terminada la guerra, al Pirineo a zumbar a los maquis y a darnos jartás de frío y a romper la boca a cualquier tío que se fuera de la mui... Aluego una temporadita en el disciplinario porque dije la verdad al coronel. Espera, gachó que too no s'acaba aquí. A aumbar a los moros aquí en Ifni. A comer tierra y a darle al pico. Too pa los galones de cabo... ¡Toma Legión, toma por culo!... Y tú lo que ties que hacer es desertar sin que te llegue la hora, porque mira que si no lo haces, seré yo, éste que lo es, el cabo Rojo, el que te pegue un tiro... *(Le da un cogotazo. El* TRUENO *le mira con lástima, terror, alucinación; sorben los dos el humo de la grifa.)*

TRUENO.– *(Moviendo la cabeza con rabia.) ...* ¡dita sea la hora que se nos ocurrió nacer...!

EL CABO.– Si no que menda lo que quisiera antes de dejar este puto mundo es llevarse a cuatro por delante..., ¡dita sea la...!

TRUENO.– *(Que se levanta como alucinado tirando el cigarrillo, grita.)* ¡No..., no... no...!

(La luz ha vuelto a ser natural y el CABO *ha desaparecido. Ahora los ladridos de los perros están cerquísima. El* TRUENO *intenta huir. Parece que ve ya a los perros que se abalanzan sobre él.)*

¡No..., no..., Johnson..., Johnson..., no..., no...!

(Los perros le han apresado. Cada uno por una manga y por los pantalones. El TRUENO *cae de rodillas defendiéndose de las dentelladas.)*

¡Jesucristo, ten compasión de míií...!

(Han aparecido ya en lo alto los GUARDIAS CIVILES *con las metralletas montadas y apuntan al* TRUENO. *Silban a los perros. Los ladridos decrecen y se convierten en gruñidos.)*

VOZ JEFE CIVILES.– ¡No disparar, que se entrega! ¿Verdad que te entregas, gran Trueno?

(El TRUENO *permanece de rodillas, las manos juntas, vencido, mientras los* GUARDIAS CIVILES *avanzan hacia él apuntándole. Oscuro.)*

MOMENTO DÉCIMO

La sala del tribunal militar que juzga al quinqui y a sus cómplices por el delito de homicidio en una autoridad. Vemos frente a nosotros, en primer término, al Trueno *esposado y vestido muy correctamente, mirando fijamente hacia delante. Detrás, a alguna distancia, sus cómplices: el* Caribe*, el* Chungui*, el* Tranvi, *el* Cocina, *la* Lurdes; *los componentes del tribunal quedan invisibles. Se supone que están en la parte del público. La luz ilumina a los encartados. Llegan las voces de los miembros del tribunal a través de altavoz. También se oye el rumor de gente. El* Trueno, *de vez en cuando, mira furtivamente a la* Lurdes, *que está detrás.*

Voz del presidente.– El ministerio fiscal tiene la palabra...
El fiscal.– Excelentísimo Señor, señores... Este ministerio fiscal...

(A partir de este momento sólo se oye un «gua-gua-gua» continuado, entre el que sobresalen las siguientes frases:)

Un funcionario honorable... y respetado por su abnegación... Castigo ejemplar... Indeclinable y doloroso saber de la Justicia... Procedimientos legales... Justicia Militar... Pena de muerte... Veinte años de reclusión...

(Terminado el «gua-gua» del Fiscal.*)*

Voz del presidente.– La defensa tiene la palabra...

VOZ DE LA DEFENSA.– Con vuestra venia, excelentísimo señor, señores... Todo delito, por repugnante que resulte, por antisocial que se tipifique, demanda también el imperio de la compasión cristiana... *(A partir de aquí, el «gua-gua», en el que sobresalen las siguientes frases.)* Aunque sea el mismo pueblo quien demanda justicia ejemplar..., nuestro deber humanitario... La comprensión humana... El sentido medicinal y preventivo de la pena... Alfonso de Castro... Santo Tomás... El indulto que procede del excelentísimo señor jefe del Estado... La sociedad cristiana... *(Termina el «gua-gua» del defensor.)*

VOZ DEL PRESIDENTE.– ¿Tienen algo que alegar los acusados?

TRUENO.– *(Levantándose.)* ¡Soy inocente...!

CARIBE.– *(Ídem.)* ¡Soy inocente...!

TRANVI.– ¡Soy inocente!

LURDES.– ¡Soy inocente!

COCINA.– ¡Soy inocente!

(Resuena en la concavidad la frase: inocente, inocente... Se oscurece la parte de los cómplices del TRUENO, *sobre la que cae una luz de franjas negras que imita las rejas del presidio. El* TRUENO *queda iluminado totalmente. Por detrás de él se acerca la silueta del* PUMA, *que lleva en las manos una especie de capuchón negro que coloca sobre la cabeza del* TRUENO, *que tiene un estremecimiento. Una vez encapuchado, el* PUMA *aprieta sus manos sobre el cuello del quinqui, como si fueran una argolla, y la cabeza del* TRUENO *cae hacia un lado. El* PUMA *permanece sonriente engarfiando el cuello del muchacho. Oscuro final.)*

LA MARCA DE FUEGO

Nuestra patria no quiere, ni yo
quiero abortar un poema colecticio
de lenguaje y espíritu extranjero.
Porque mi musa fiel como española
a venerar nuestras banderas viene
donde la religión las enarbola.

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

Personajes

YIMI
PEPA
EL EQUIS
EL CHICO DEL BUTANO
LA ASISTENTA SOCIAL

DECORADO

Apartamento de un barrio periférico de Madrid, muebles variopintos. En las paredes se ven viejos carteles que un día fueron revolucionarios. Promiscuidad, desorden y abandono.

PRIMERA PARTE

Al levantarse el telón, la escena a oscuras. Se oye el llavín en la puerta de la escalera que comunica directamente con el saloncillo. Es prácticamente todo el apartamento, salvo una puerta que se supone da a un dormitorio, cocina, etc. Se abre la puerta, que da paso a una silueta gatuna que va vestida con mucho cuero claveteado, casco de motorista, cadena a la cintura... Enciende la luz y entra. Va tirando sobre un sofá el casco, las gafas negras, la bolsa de mano, la cadena, etc., hasta aparecer bajo todo eso la clásica silueta del quinquillero, delincuente y drogadicto.

YIMI.– *(Gritando.)* ¡Pepa!... ¡Pepa!... ¿Estás ahí?

(Avanza hacia la puerta del dormitorio mientras sigue quitándose cosas. Aparece la PEPA.*)*

PEPA.– Vas a despertar a la niña...
YIMI.– Es que creí que no estabas...
PEPA.– *(Bosteza.)* Estoy muerta de sueño. ¡A estas horas!...
YIMI.– Vengo hecho polvo. He tenío una tarde...
PEPA.– ¿Ha habido problemas, o qué?
YIMI.– Más cabreao que una mona vengo... *(Dejándose caer en el sofá. Enseña el bolso que traía en la mano.)* Una tía que no quería soltar el bolso ni pa Dios. No había modo de que lo soltara... Total, que tuve que sacarme ésta *(Por la cadena.)* y darla en los brazos. Pero, no creas, la tuve que romper un par de huesos por lo menos...

PEPA.– La gente, por no soltar un duro, es capaz de todo... ¿Y en total?

YIMI.– Pues ya ves tú.

PEPA.– ¿Siete talegos? ¡Jo, pues no habéis perdío la noche!

YIMI.– Siete y un poco de chatarra... ¡Na!... Pero hay que ver cómo se puso la tía, oye, defendiendo el asunto... No había manera de hacérselo soltar. Creíamos que llevaba una pilá de joyas, figúrate. ¡Y to por siete mil!

PEPA.– Son de miedo esas tías...

YIMI.– Y no vayas a creer. Una canica. Pues na, sin soltarlo. Y yo y el chulo arrastrándola con la máquina por toa la calle el Doctor Esquerdo, que parecía Ben-Hur, oye. *(Ha vaciado el bolsillo.)* Y eso es lo que hay. *(Entregándole algo.)* Toma, si lo quieres..

PEPA.– *(Llevándose a la nariz el frasquito que le ha entregado y torciendo el morro.)* Una mierda...

YIMI.– *(Ha agrupado sobre la mesita los billetes.)* El chulo estaba mosca, creyendo que esto tenía doble fondo... *(Sacude el bolso por si queda algo.)* Ya ves tú que no... O sea, que esto es lo que hay. ¡Qué se le va a hacer!... Siete mil pelas... Pa comprar bonos del Tesoro, como dice la tele...

PEPA.– *(Sentándose jovialmente en el sofá y echando la mano por el hombro al compañero.)* Bueno, no está mal tampoco...

YIMI.– Tol día y la noche currando pa esto... Y hay que dar la mitá al colega, ¿no?

PEPA.– Tal como se están poniendo las cosas, no sé adónde vamos a ir a parar...

YIMI.– *(Estirando los brazos.)* Así que estoy hecho polvo, tía... No puedo ni con mi alma. ¿Y la niña?

PEPA.– Dormidita, la pobre. ¡Es que yo he pasao también un día, no creas!...

YIMI.– Trae un poco de polvo, anda. A ver si me levanto algo...

PEPA.– Pero si ya es hora de irse al catre, Yimi... Hace mucho que terminó la tele.

YIMI.– *(Nervioso.)* Trae... eso..., coño.

PEPA.– ¿Ahora?

YIMI.– *(Enfadado.)* ¡Leche, ya! *(Ella sale un momento y vuelve con un tarrito; una especie de salero.) (Cogiendo el tarrito y mirándolo al trasluz.)* ¿Sólo queda esto?

PEPA.– ¡Hombre!...
YIMI.– ¡Joder! *(Sorbe un poco por la nariz y lanza un suspiro.)* ¡Aaah...!
PEPA.– Yo me tomé dos pizquitas...
YIMI.– ¿Dos?... ¡Jo, la tía!...
PEPA.– Tenía mono; por mi madre, tío.
YIMI.– ¿Tú has creído que la pasta cae por la chimenea, o qué? ¡Con lo que cuesta ganarlo!
PEPA.– *(Le ha cogido el recipiente.)* Déjame dar un...
YIMI.– *(Arrebatándole el tarrito y guardándoselo en el bolsillo.)* ¡A la piltra!...
PEPA.– Hay que ver, tío. Si es sólo un soplao...
YIMI.– Es que yo no sé lo que te has creído...
PEPA.– *(Suplicante.)* Una sorbida, Yimi...
YIMI.– Cuando se acabe esto no sé lo que vamos a hacer, ni cómo vamos a vivir sin tener quién nos suministre... Y tú lo sabes, pero como si nada... ¡Jo, Pepa, haz el favor!... Yo no sé cómo sois las mujeres, leche...
PEPA.– *(Se levanta del sofá y bosteza.)* ¡Te gusta piarlas por piarlas!... Eso es lo que te mola. Porque, vamos, digo yo que tampoco es dársete mal la noche. Cuántos quisieran sacar siete billetes tan limpiamente como te los has sacao tú. Pero...
YIMI.– *(Quitándole los billetes que ella había cogido.)* Trae acá, que hasta que no haga cuentas con ése... Ya sabes que a mí me gusta hacer las cosas por lo legal, o sea, con el tarro. *(Se levanta.)* Voy a darle un beso a la piba y nos empoltramos... Anda. *(Flexiona las piernas y extiende los brazos.)* ¿Quieres creer que la tía esa me ha dejao roto? Que me duelen los brazos, tú. Ahora que..., la he metío unos cadenazos, oye. Se ha caído al suelo, ya te digo, chillando, y yo: zas, zas, zas, cuatro veces, y el Chuchi dando caña a la máquina. La he tenío que partir el brazo por tres o cuatro laos...
PEPA.– ¡Que aprenda!... y se acostumbre a soltar las cosas, coño.
YIMI.– Y si hubiera sido por algo que valiera la pena... Pero por siete billetes, tú... *(Suena el teléfono.)* Y ahora el Chuchi creerá que... *(Cuando ella acude al teléfono, la detiene.)* ¡Deja, no lo cojas!...
PEPA.– Pero ¿y si es algo...?
YIMI.– *(Dándole un manotazo.)* ¡Que no!
PEPA.– *(Intenta cogerlo.)* ¡Hombre!...

YIMI.– *(Se lo impide.)* ¡Quieta te digo, leche!... *(El teléfono sigue sonando con insistencia.)*

PEPA.– Puede ser cosa de urgencia...

YIMI.– ¡Pues sólo faltaba eso!... Después del día que he pasao... ¡Joer! Al menos, que pueda uno pasar la noche tranquilo...

PEPA.– No sé qué noche, tío... Porque no sé si sabrás que son ya las... *(Se lleva la muñeca a los ojos, pero no lleva el reloj. Instintivamente se frota un poco el antebrazo.)*

YIMI.– *(Que ha observado el gesto.)* ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes ahí?

PEPA.– *(Esconde el brazo.)* ¿Dónde?

YIMI.– Trae a ver...

PEPA.– *(Intenta huir hacia el dormitorio, pero él la retuerce hasta hacerle enseñar el brazo.)* Pero déjame...

YIMI.– *(Con pocos miramientos la ha arrastrado hasta colocarla bajo la lámpara y observa el brazo.)* Con que te has picao, ¿eh?...

PEPA.– *(Debatiéndose.)* ¿Picao? ¿Dónde...? ¡Dice que me he picao!...

YIMI.– *(Zarandeándola.)* ¡Me cagüen la tía!... ¡Te voy a...!

PEPA.– ¡Que no, Yimi, que no!... ¡Que me sueltes!...

YIMI.– *(Con aire desolado.)* ¡Te has picao!... ¡Amos, que...!

PEPA.– Por mis muertos, Yimi!...

YIMI.– ¡Te voy a meter con la cadena, fíjate!... *(Y hace ademán de ir a coger la cadena que está sobre el sofá, ocasión que ella aprovecha para meterse en el cuarto y encerrarse.)* ¡No quiero dar más escándalo, si no...! ¡Cagüen la tía!... Pero ¡ya te apañaré yo mañana, no te creas! ¡Negra te pongo, fíjate, por la madre que me parió!... ¡Cantidad, pero cantidad te voy a...! ¡Va la tía y se vuelve a picar! *(Ha echado mucho dramatismo al asunto.)*

PEPA.– *(Desde el dormitorio.)* ¡Ya has despertado a la niña!... ¡Mira la gracia!

YIMI.– La pobre criaturita, ¡con una madre así!...

PEPA.– ¡Pues mira que tú!... ¿Me vas a dar otra vez la noche?... ¡Calla, nena, calla ya, rica!... *(Canturrea una extraña nana con ritmo de rock.)*

YIMI.– *(Casi histérico.)* ¡Te has picao, te has dado chute!... ¡No digas que no, joder!...

PEPA.– *(Interrumpe la nana.)* ¡Mierda, ya!...

YIMI.– ¿Y de adónde?... Pero ¿cómo te la has...? *(Se pasea furioso.)* ¡Yo no sé!... ¡Es que no lo sé! ¡Y, además, en el sitio ande más se ve!... ¡Se tie

que ir a picar donde to Dios tie que verlo!... ¡Pa que luego salgan las manchas y vaya pregonándolo por ahí la tía!... ¡Y mira que se lo tengo dicho: por encima del hombro!...

PEPA.– *(Asomándose.)* Hasta que tenga los brazos como tú, con esa mierda de tatuaje que te hicieron en el talego...

YIMI.– *(Va hacia ella, que se encierra de nuevo.)* ¡A ti te voy hacer yo otros que...! *(Ella no parece escucharle y sigue su canturreo, que se acompasa siniestramente con las reflexiones medio sonámbulas de él.)* ¡Va y se pica la tía otra vez!... ¡Está uno hecho un cabroncete, pa que ella disponga de polvo y... Pero ¿de adónde lo habrá sacao?... *(Grita.)* ¿De adónde lo has sacao?... Dime, ¿de adónde?... *(Tras un silencio.)* ¡Y si fuera de confianza, joer!... ¡Te voy a partir el brazo con la cadena, como a la otra, pa que pases de una vez!... ¡Si ya me chocaba a mí!... ¡Ya me chocaba que la tía no volviera a las andás!... ¡La puta viajera!.... ¡Mala yerba, coño!.... *(Se deja caer en el sofá. Vuelve a sonar el teléfono.)* Me alegro de haberle partío el brazo a la vieja... Pero ¿quién coño pue llamar a estas horas también? El chuchi, seguro, pa que le diga si había algo más en el bolso... ¡Ése también!... Es capaz de dar la castaña a estas horas. Ya pue soñar, que no pienso cogerlo... Pue que sea algún bofia. ¡Loco iba a estar si lo cojo!... ¡No son horas de llamar a una casa... respetable, leche!... *(El teléfono deja de sonar, pero vuelve a emprender la llamada pasados unos segundos.)* ¡Jo!... Y el tío o la tía, o la puta madre que los parió..., ¡que se vayan al servicio de urgencias!... *(Se levanta y tiende la mano, pero no llega a descolgar.)* ¡Anda y vete por ahí, titi, pa que te quiten la...! *(Grita.)* ¡Que no te cojo!... *(Mira hacia el dormitorio.)* ¡Y a ésa la voy a...! *(Se deja caer sobre la mesita y reclina la cabeza en los brazos, cansado. El teléfono, tras una pausa, vuelve a sonar.)* Pues va a resultar que es cosa de urgencia... *(Se levanta y tiende la mano, pero no llega a descolgar.)* ¡Que no, leche, que no va a ser cosa de...!

(Ha salido la PEPA *con la niña en los brazos como defensa y protección, y va a descolgar el teléfono. Él la detiene.)*

PEPA.– Pero ¿no lo vas a coger, leche? Después que hemos pagao los recibos... ¿Pa qué tenemos el teléfono?...

YIMI.– *(Amenazándola.)* ¡Quita o...!

PEPA.– *(Mostrando a la niña para defenderse del ataque, como una pudorosa matrona romana.)* ¡Mira la niña!... ¡Dormidita que estaba y....!

(La besa lloriqueante. Él ha cogido la cadena y ella opta por esconderse de nuevo en su guarida.)

YIMI.– ¡Te voy a....! ¡Un día vamos a salir en «El Caso», fíjate! Eso de «mata a su mujer y a su hija y se mata aluego...» va a ser la noticia. En «El Caso» y en «El País». Lo estoy viendo, leche. «Asesina a su esposa y a su hija de pocos meses»... ¡Pero porque nadie sabe que la mujer era una puta drogata!... *(Grita.)* ¡Una puta drogata!... ¡Y el tío, un cabrón!... que se dejaba poner la pica en tol testuz... ¡Y de eso nada!... ¿Qué te has creído? *(Vuelve a sonar el teléfono.)* La leche que mamé de una vez, ¿no te joe? *(En un arranque, descuelga por fin el teléfono.)* ¿Qué pasa? *(Cambia el disgusto en gran sorpresa y alborozo.)* ¿Cómo...? ¿Tú...? ¿Tú?... Pero ¿tú, tronco?... Ostia, ostia... ¡La ostia!... Pero ¿desde cuándo? No me jodas... *(Se ha entreabierto la puerta del dormitorio y asoma la nariz de la* PEPA, *que atiende a la conversación.)* ¡Que sí, colega, que sí! ... ¡Que me das una gozada!... Ahora mismo... Ya mismo bajo y te abro... ¡Huy la leche, el Equis!...

(Ha colgado el teléfono lleno de alegría y se ha lanzado escaleras abajo. La PEPA *vuelve a encerrarse en el dormitorio y atranca la puerta. La luz de la escalera, encendida. Pronto se oyen voces, risotadas, pasos presurosos, hasta que vuelve el* YIMI *con su colega el* EQUIS, *que es un tío mayor que él, de unos cuarenta años, con la piel amarilla y ajada, propia del que acaba de salir de la misma trena.)*

EL EQUIS.– *(Siguiendo la conversación anterior.)* Lo que yo te digo..., venga echar money y el aparato sin...

YIMI.– Pero ¿cómo me iba yo a imaginar, tío?... ¡Eres el último en el que pensaba!

EL EQUIS.– *(Dándole un cachete en la cara con cariño.)* Pues la primera visita que hago es a ti... ¿A quién si no?...

YIMI.– *(Mimosote.)* ¡No me digas!... ¿De verdad?

EL EQUIS.– *(Sonriente.)* Si te parece, después de haber estao juntos tanto tiempo...

YIMI.– *(Le señala el sofá.)* Ponte cómodo, titi, y me lo cuentas... ¿Vale?

(El EQUIS *se sienta en el sofá e inmediatamente adopta una posición horizontal, como quien está acostumbrado a hacerlo en la celda.)*

EL EQUIS.– ¡Joder, pues lo que te vengo diciendo!.... Lo del artículo ese de la ostia...

YIMI.– ¿Qué artículo?

EL EQUIS.– Pero ¿es que tú no te enteras, o qué?

YIMI.– ¡Jo!... ¿Y cómo me iba a enterar, si estoy to el día hecho un paria, pa sacar las cuatro pelas que se necesitan pa malvivir?... ¡Y tal como se ha puesto la mercancía!... Vamos, quio decir el chute... Y con una señora y una niña que tengo... ¿No lo sabías? Así que pa enterarse de na, ni pa leer los periódicos... *(Baja la voz con cierto sigilo, propio de costumbre carcelaria.)* Y que la mujer se pica, ¿sabes?... No te digo más. Fíjate: hoy mismo pa conseguir unos cuantos talegos... *(Se interrumpe porque el otro se ha quedado dormido emitiendo un extraño jadeo.)* Pero... ¿estás roque ya, titi?

EL EQUIS.– *(En la misma postura y sin mover un músculo.)* No, no... Te escucho... No te preocupes... Esto me da... Lo que me da...Tú, sigue.

YIMI.– ¿Es que estás con el mono?

EL EQUIS.– ¡Que no!... Que sigue..., que te escucho...

YIMI.– *(Observándole, con cierta precaución.)* Pues eso..., lo que te decía... Que la cosa está mu chunga... Así que...

EL EQUIS.– *(Con cierto desvarío.)* Conmigo han salido también el Letras, el Ganchete y el Lagarto. Prácticamente toa la basca... Por el aquel del artículo, ya te digo...

YIMI.– Eso se llama tener suerte. Porque, ya ves, el Chuchi y yo nos tuvimos que pasar los dos años enteros. ¡La puta justicia!...

EL EQUIS.– ¿Qué justicia? ¿Qué leche dices de justicia? *(De pronto.)* ¡Espera, que me da el trance!...

(Se queda otra vez como ido, paralizado. El YIMI, *sorprendido, se rasca la cabeza.)*

YIMI.– Pero ¿te vas a aclarar de una puñetera vez?... *(El* EQUIS *no contesta.)* Si no es el mono, será el telele..., o ¿qué leche es lo que tienes?... Tú has sío diempre un tío raro, titi... *(Le sacude levemente.)* ¿Me oyes, o no me oyes? ¿Estás dormío, o despierto? *(Ante la hamletiana duda, le sacude violentamente.)* ¡Equis!... ¡Equis!... ¡La ostia! Pero ¿qué te pasa, gachó?... ¡Equis, que no te entiendo!...

(Ha salido la PEPA, *ya sin la niña, y contempla la escena. Muy alegre.)*

PEPA.– ¿Es el Equis?... ¿Verdad que es él?

YIMI.– *(Se vuelve airado.)* ¿Qué haces aquí?... ¡Anda al catre!

PEPA.– *(Con un gesto de la mano.)* Trae...

YIMI.– *(Con cierta comprensión.)* Anda, lárgate, si no quieres que... *(Ella se aparta, pero no se mete en el cuarto. Sigue observando a distancia.)* ¡Oye, Equis, colega!..., ¡que a ver si nos pues echar una mano, que estamos en las últimas!... ¿Vale?...

EL EQUIS.– *(Se ha despertado y habla lentamente, con cierta solemnidad.)* Los tiempos vienen de culo, tronco. Ahora, con las multinacionales esas... Y con los..., eso, los socialistas... No sé si me entiendes.

(Se corta y vuelve a quedarse paralizado.)

YIMI.– *(Desesperado.)* ¡Jo, macho!... ¡Estás pa ir a un circo!... *(Le pone la mano en la frente.)* ¡Y vaya un sudor frío que tienes!... ¡Un mono más grande que King-Kong!...

PEPA.– *(Acercándose intrigada.)* ¿Qué le pasa?

YIMI.– ¡A ti sí que te va a pasar como no te vayas de una puta vez!... *(Ella se aparta.)* Lo que pasa es que éste se está gastando uno de sus trucos

¡Como si no nos conociéramos!... *(Le pasa la mano por los ojos.)* ¿Ve, o no ve?... ¿Oye, o no oye?...

EL EQUIS.– *(Recobrando el conocimiento.)* ¡Vaya jai que tienes, macho!... ¿Por qué no la dices que se acueste conmigo?

YIMI.– ¡Hombre, ya decía yo!... *(Bromeando.)* Menos trucos, Equis, menos trucos. ¿Vale?

EL EQUIS.– ¿Trucos?... ¿Qué dices de trucos?... Te estoy viendo y te estoy oyendo, ¿no?... Pues es como si estuvieras allá, en la otra...

(Vuelve a quedarse mudo.)

YIMI.– ¡Pues sí que es guasa la manía!... *(Observándole.)* Y el caso... es que no parece truco. ¿De qué pué ser esto?... *(Alza la voz.)* Bueno..., si me escuchas, Equis, y si no me escuchas, también... Pasa, que aquí sólo pues estar esta noche. Vamos, quieo decir lo que queda de noche, porque resulta que yo y mi señora y mi niña habemos formao una familia... ¿Vale?... Y estamos en eso que dicen... En el camino de la esa..., la reinserción social, ¿no? Y queremos vivir tranquilos... *(Un silencio. El otro como si no oyera.)* Lo que pasa es lo que tú ya sabes; que necesitamos un poco de chute pa terminar de tranquilizarnos, y tú nos vienes como pintao pa volvernos a relacionar con... Que la cosa está mu chunga y... ¿Te enteras, Equis? *(El otro no contesta.)* ¡Me paece quel tío no quie enterarse!... *(Coge la cadena.)* Hoy he partío a una tía el brazo por los cuatro laos porque no quería soltar el bolso, conque....

(Tintinea amenazadoramente la cadena y el EQUIS *se despierta de nuevo.)*

EL EQUIS.– ¿Qué decías de eso de la reinserción social?

YIMI.– ¡Jo!... Ya veo que te has enterao, colega... Pero es que se te pone una jeta que da canguelo verla... Pero, ¿qué te metes pa que se te dé un mono así? ¿Me lo quiés decir?

EL EQUIS.– Pues, mira; esto me viene de unas corrientes eléctricas que me metieron en la sexta...

YIMI.– ¿Corrientes eléctricas?...

EL EQUIS.– ¡Y me las van a pagar, por la madre que me parió! ¡Palabra! *(Compungido.)* Mira lo que han hecho de mí, que me quedao parao, como si se me fundieran las pilas...

(Vuelve a caer en trance.)

YIMI.– *(Poniéndose en pie de un salto.)* ¡Leche!... ¿Será posible?... Ahora va a resultar que este camello vie vacío... ¡Te joe!... ¡Será pasota! ¡Pa meterle un...! Y me extraña que esté sonao este tío... ¿Corrientes eléctricas?... *(Le da cachetitos en la cara.)* ¿Qué es esa leche de las corrientes? ¿Me lo vas a explicar?... ¿Me oyes?... ¿Tú te dejaste dar?... *(Reflexiona desesperado.)* Sí, paece que vie desarmao, vacío... ¿No trae na? ¡A ver!... *(Le mete las manos por los bolsillos. El otro se deja hacer.)* Un trapo..., una jeringa... vacía... Un papel... *(Leyendo.)* del talego... Dos canutillos... ¿Este sobre?... Cinco libras..., la paga... *(Le sacude con rabia.)* ¿Dónde te has metío la carga, camello?... ¡Venga, habla!...

PEPA.– *(Que se ha acercado.)* A este tío le pasa algo, tú...

YIMI.– *(Nervioso.)* Pero ¿otra vez?

PEPA.– Es una cosa tan rara...

YIMI.– Como curioso, es curioso. Porque nos está viendo y nos está oyendo, ¿sabes?

PEPA.– En la tele salió una cosa así. Un... un.. no sé cómo se llama. Uno de ésos, que era como si se hubiá muerto, pero no estaba muerto... O sea, que estaba muerto y enterrao, y andaba por el mundo... ¿Cómo era?... En la tele, acuérdate.

YIMI.– ¡Pues sí que nos ha venío a dar la noche el pasota, después de lo que he corrío en to el día! Yo no sé si sabrás que no trae na, pero na de na. Vamos, que por aquí se acabó el suministro.

PEPA.– ¡Bueno!... Como que el Equis te va a dejar colgao a ti, que siempre fue tu colega...

YIMI.– Y tú venga a picarte...

PEPA.– ¡Y dale!... ¿De qué sacas que me he picao?

YIMI.– Como éste nos falle, no sé... No sé de qué vamos a vivir...

(Ella mueve al EQUIS, *que se deja hacer como si fuera un muñeco.)*

PEPA.– Pero ¿qué pue tener?

YIMI.– ¡Y yo qué sé!... No sé qué dijo de electricidá... Como no le hayan dejao convertío en un transitor los del talego, pero me choca... Y ahora ni reaciona... *(Grita.)* ¡Equis, oye!... ¡Equis!... ¡Equis!

PEPA.– Pero no grites así, que se van a despertar los vecinos... Y sólo faltaba eso, con las ganas que nos tienen.

YIMI.– Pues que me parece que el Equis está fuera de combate, fíjate...

PEPA.– ¿Le has registrao bien?

YIMI.– ¡No..., si te parece, tía!

PEPA.– ¿Los bolsillos, bien?

YIMI.– ¿Es que van a tener secreto los bolsillos pa mí?... ¡Te joe!... ¡Los bolsillos!... *(Mientras habla, va metiendo la mano por todos los recovecos del atuendo con cierta complacencia.)* Las costuras, los...; tos los sitios ande se pue esconder cosas..., ¿sabré yo?... Como no se l'haya tragao y tengamos que darle una purga...

EL EQUIS.– *(El* EQUIS *se despierta y le da un manotazo riendo.)* ¡Que me estás haciendo cosqui... cosquillas, mariconazo!...

PEPA.– ¡Hola, Equis!...

EL EQUIS.– *(Observa muy bien a la* PEPA*, con aire de cálculo.)* Es que tú siempre fuiste un poco mariconcete, reconócelo...

YIMI.– Bueno, no te enrolles y contesta a lo que te pregunto... ¿Traes algo o no?

EL EQUIS.– ¿Traer?... ¿El qué?

YIMI.– ¡Venga ya!... ¡Menos rollo, tú!... No me digas que no traes ná...

EL EQUIS.– *(Dándole de nuevo el telele.)* No te digo, porque me vuelve a dar el...

YIMI.– *(Sacudiéndole.)* ¡Equis!...

PEPA.– ¡Pues vaya ostia!...

YIMI.– ¿Será posible, con el tronco este?... ¿Te quies ir ya?... O sea, que va a venir del talego con las manos vacías y sin...

PEPA.– A mí este tío, no sé..., lo encuentro misterioso... Tú dirás lo que quieras. Yo siempre lo encontré raro... ¿Qué sabes de él? ¡Eh!... Na, como aquel que dice.

YIMI.– Lo sabrás tú, tía. ¿Y de qué vas a saber tú, si yo no te hubiá contao? Éste no engaña más que a la bofia del estupefaciente, que pa eso siempre fue divino el gachongui... Lo que pasa es que ha preparao un truquillo

pa salir por peteneras. Porque ¿me vas a decir tú a mí que el equis va a sarlir del talego con las manos vacías y derecho a mi casa?... ¡Venga ya!...

PEPA.– ¿Y quién te ha dicho que venga del talego?

YIMI.– ¡Jo, tía, tú también!... Pues ¿de ande va a venir si no? ¿Del Pakistán?

PEPA.– Pues, mira, a lo mejor... Es que no sabes ni tan siquiá cómo se llama...

YIMI.– *(Rotundo.)* ¡El Equis!

PEPA.– Sí, el Equis... ¿Y qué?

YIMI.– Un camello debuti, tía.

PEPA.– *(Intentando leer un papel de los que había sacado el* YIMI.*)* A lo mejor aquí viene algo, su nombre o...

YIMI.– *(Le quita el papel.)* Pero ¿qué leche de nombre? ¿Qué coño nos importa el nombre? A ti siempre t'a gustao enterarte de... *(Arroja al suelo el papel.)* ¡Na..., esto, na!... Un vale del economato de Carabanchel.

PEPA.– Pues estaría chungo que no volviera en sí, y tener que aguantarle sin que aporte na.

YIMI.– *(Que parece estar seriamente preocupado.)* El Equis es más conocío de toa la basca que... Y no me vas a decir que no le debamos favores, ¿no? Si hay un tío de confianza es éste, que lo puen decir tos. *(Grita ahora casi con desesperación.)* ¡Equis!... ¡Equis, macho, que te...!

(Suenan golpes en el techo.)

PEPA.– ¿Lo ves? La tía de arriba molestando. Por gritar... A ver si nos manda a los maderos, como el otro día. Y con éste aquí...

YIMI.– *(Dirige la mirada al techo.)* ¡Madero la que le voy a meter a ella por el chichi!... *(Coge al* EQUIS *y lo sienta como un muñeco en el sofá. Con rabia.)* ¡Ayuda tú también, tía, que pesa lo suyo, y yo estoy hecho polvo, joé!...

PEPA.– *(Intenta ayudarle.)* Pero ¿qué vas a hacer?

YIMI.– ¡Yo qué sé!... A ver si...

PEPA.– *(Que le ha puesto la mano en el pecho.)* Como respirar, respira. ¡Y el tufo que echa por la boca!... Yo creo que lo que éste tiene es un mono de bandera...

YIMI.– ¿Menudo mono!...

PEPA.– Y se las sabe todas.

YIMI.– *(Ha cogido la cadena.)* Pues, mira, le voy a meter un cadenazo en tol tarro, que vas a ver... ¡Equis, que te voy a encender las pilas!...

(El EQUIS *sigue impasible.)*

PEPA.– Da no sé qué verle así...

YIMI.– *(Sacude la cadena.)* No sé qué hacer... ¡De buena gana le metía un toque!... Pero ésta es de respeto y..., no sé.., me da lástima. Que se lo digan a la tía esa, que debe tener ahora el brazo roto por cuatro partes. No sé...

PEPA.– Pues habría que hacer algo...

YIMI.– *(Pensativo.)* Se me está ocurriendo...

PEPA.– ¿Qué?... ¿Qué se te ocurre?...

YIMI.– Una cosa..., una idea, tú.

(Se ha levantado y va a hurgar en un estuche de herramientas.)

PEPA.– ¡Cuidao con lo que vas a hacer, Yimi!... No nos vayamos a enrollar tampoco...

YIMI.– ¡Lo que a mí no se me ocurra!... A mí me va a enseñar éste, ni cincuenta como éste... ¿Tú ves estos cables?

PEPA.– *(Inquieta.)* ¿Qué vas a hacer?... ¡Oye!...

YIMI.– Tú, lo primero, te callas, y te vas al catre... Mira, has dejao a la niña sola...

PEPA.– Pero ¿pa qué esos cables?

YIMI.– ¡Que te calles, leche, y te metas en la piltra de una jodía vez!... ¿Cómo te lo voy a tener que decir?

PEPA.– *(Preocupada.)* Es que me das miedo, Yimi... Tú eres capaz de todo y...

YIMI.– *(Mientras maneja el cable.)* El tío a lo mejor se ha creído que a este cura lo iba a engañar... ¡Y va listo! Verás tú... Dice que se ha quedao así de unas corrientes que le metieron los de la sexta. Pues ya verás cómo...

PEPA.– Pero ¿serás capaz de...?

YIMI.– ¡A él y a ti, fíjate! Como te pongas pesá, te lo meto a ti en la almeja, pa que te pique de verdá.

PEPA.– ¡Oye, que no...!
YIMI.– *(Con el cable en la mano.)* ¿Te estás enterando, o no te enteras?
PEPA.– *(Baja el tono.)* Es que vas a hacer una barbaridad...
YIMI.– ¿Y qué?... ¿Qué pasa?... Le voy a reanimar. Ni más ni menos. Si es un truco, pa que aprenda, y si no, pa que se espabile...
PEPA.– Pero, espérate... Mira, parece que abre los ojos...
YIMI.– Que los abra...
PEPA.– *(Dándole cachetitos en la cara al* EQUIS.*)* ¡Equis, tío!... ¡Equis, oye!...
YIMI.– ¡Dale, dale...! Ya le pues ir dando... Ahora verás, porque esto sí que no falla...
PEPA.– Pero ¿qué te ha hecho el pobre?
YIMI.– Si quies echar una mano, ya pues ir abriéndole la bragueta, que deso sí que entiendes...
PEPA.– *(Lleva la mano tímidamente al lugar indicado.)* ¡Jo!... También tú...
YIMI.– Y si no quieres, ya te he dicho cuarenta veces que te largues a la piltra.
PEPA.– ¡No me da la gana!
YIMI.– *(Salta hacia ella.)* Mira, ¡la primera que lo vas a probar vas a ser tú! ¡Te voy a asar! ¡Voy a matar dos pájaros de un tiro!... ¡Ven acá, que te....! *(Con el cable en la mano derecha, intenta agarrar con la otra a la mujer, pero ésta se escabulle y se mete en el cuarto aterrada. Se oyen de nuevo golpes en el techo.)* ¡Ostia con la tía!... ¡Ya te pillaré otra vez! *(Prepara el cable.)* Esto es fenómeno... No sé cómo no se me había ocurrío antes... Un puente bien hecho, y le encasco al tío... *(Mete los extremos del cable en el enchufe de la pared.)* Lo que pasa es que uno no tie experiencia... *(Avanza hacia el* EQUIS *con los otros dos extremos del cable.)* Oye, camello, o te espabilas, o ¡ahí te va el metro! *(Con una mano ha abierto la bragueta y va a introducirle el cable cuando se produce un gran chispazo, se oye el grito del* EQUIS*, el aullido de la* PEPA *y se hace el oscuro.)*

(Han pasado unos días. El EQUIS *está sentado en el sofá, como un sátrapa persa. El* YIMI*, a sus pies, convertido en un miserable paria, le limpia los zapatos. El primero parece un auténtico sultán; viste una elegante chilaba, comprada seguramente a los moros del Rastro. El otro*

lleva puesto un mono mugriento. La PEPA, *acicalada y compuesta, va y viene canturreando, al tiempo que un transistor expande una música de influjos orientales y el ambiente se carga de vapores de hachís. En suma: el Pakistán trasladado a Orcasitas.)*

PEPA.– *(Con un porro en la mano.)* Mañana... Mañana, seguro.
EL EQUIS.– ¿Tú le enteraste bien al tío?
PEPA.– A ella. Y muy bien que se enteró.
EL EQUIS.– *(Sonríe.)* No, si tú no tienes un pelo de tonta.

(Ella se le acerca y le pone el porrete en los labios. Él aspira una bocanada y lo devuelve a ella, que hace lo propio. Luego, se besan. Ella se separa y se contonea al ritmo de la música. El YIMI *cepilla con sometimiento y su cepilleo establece un contrapunto siniestro.)*

EL EQUIS.– *(Echa una mirada displicente al trabajo del* YIMI.*)* Está bien, muchacho... Pero ¡no pongas esa cara, joer!... Mira, si eres bueno y me dejas contenta, ¿quién sabe?, a lo mejor te dejamos dar una chupadita... ¿Tú qué dices, Pepi?
PEPA.– *(Se encoge de hombros.)* Él sabe lo que se hace, que ya es mayorcito.
EL EQUIS.– Ahora que si pones esa cara, tío, que parece que nos estás perdonando la vida, lo único que puede pasar es que lleves una mano de cadena, que ya la has probao y has visto a lo que sabe... Así que no pongas esa jeta y afina si quieres ser feliz.
PEPA.– *(Que sigue contoneándose.)* ¡Qué pena de hombre!... No sé ni por qué le hablas siquiera...
EL EQUIS.– Mujer, a mí siempre me ha gustao tratar bien a mis «machacas». En el talego he tenido unos cuantos, y no creo que ninguno guarde mal recuerdo del Equis, por más que les quede algún moratón que otro... Otra cosa seré, pero inhumano, nunca. Eso que dicen de los «derechos humanos» lo tengo yo muy clavao. Y si no, que te diga éste... *(Señala al* YIMI, *que no dice nada.)*
PEPA.– Es que tú has nacido pa mandar y ser un señor... ¡Digo!...

EL EQUIS.– Yo, eso de dar corrientes a un tío..., ¡vamos!... De eso, incapaz. *(Se despereza extendiendo los brazos.)* ¡Me encuentro a gusto, tía, enrollao!... ¿Y tú?...

PEPA.– Viajando a placer, y a mil por hora, chungui.

EL EQUIS.– *(Guiñando el ojo.)* Y, luego, nos vamos a...

PEPA.– Colocarnos bien colocaos... *(Un poco alocada.)* Figúrate, si lo llego a saber antes... ¡No me digas, es que una llega a ser más gili!... ¡Pa cuatro cochinos días que vive una y...! Pudiendo pasarse el día en Benidorm, pasarlo en el talego... ¿No te digo lo que hay? Pues eso, que si no nos enseñan a vivir, pues es como si una no supiera andar, lo mismito. ¡Lo que es yo...!

(Se lanza en los brazos del EQUIS *como si éste fuera una piscina y se apelotonan ambos besuqueándose. El* YIMI *recoge la caja casera de limpiar los zapatos y, muy hosco, se aparta.)*

YIMI.– Servido... ¿Vale?

EL EQUIS.– *(Extiende el reluciente pie y aparta al* YIMI *de un suave puntapié.)* ¿Te puedes largar y dejarnos, chico?

PEPA.– *(Grita.)* ¡En la cocina está la fregona!... ¡Ya sabes!

(El YIMI *sale con la cabeza baja y rendido, como un intocable.)*

EL EQUIS.– *(Aparta con mimo a la* PEPA.*)* Bueno, bonita... Ahora, déjame que me...

PEPA.– *(Achuchándolo.)* ¡Mi príncipe de la Arabia!... Mira qué zapatos te ha dejao...

EL EQUIS.– Habría que darle un premio al chaval...

PEPA.– ¡Una mierda es lo que hay que darle!... ¿Te joe?... ¡Anda y que se pudra! *(Exaltada.)* Gracias, titi... Gracias por hacerme vivir. ¿Y pensar que estaba agilipollá, con la criaturita esa, que me tenía, no sé, como embrujá, oye...

EL EQUIS.– *(Acariciándola.)* Boba, bobita..., panoli... ¡Chutona!... *(La besa.)* Es que si yo no vengo a esta casa, no sé...

PEPA.– Si no llegas a venir...

EL EQUIS.– ¡Ostia, no me digas!... Es que... no sé... Cuando te vi enchulaíta con ese desgraciao, que te tenía achantada, me quedé helao, tía. Y con la cría en brazos y dándole de mamar... *(Metiéndole mano.)* Y con estos pechitos que... ¡Jo, vaya pechazos!... La Pepa, una jai de bandera, convertida en... *(Ríe.)* una buena madre de familia... ¡Ay, leche!... ¡Una honrada mamá!... ¿No te jode?

PEPA.– *(Canturrea.)* "Mamá, mamá yo quero..."

EL EQUIS.– Y esposa fiel... ¿No es eso, chutona?

PEPA.– *(Molesta.)* Oye, no te cachondees...

EL EQUIS.– ¡Ja!... Y con un marido que curraba... sin ser currante. ¿Es así o no?

PEPA.– *(Arrebatada.)* ¡Ay, pero qué ocurrente es mi hombre!... ¡Hum!... *(Aprieta su nariz contra la de él.)*

EL EQUIS.– Y claro, pasa lo que pasa, porque siempre pasa lo mismo... *(Se ha puesto serio.)*

PEPA.– *(Intrigada.)* ¿Qué pasa?

EL EQUIS.– Pues que las jais de verdad, o sea, las como tú, las que tienen lo que hay que tener...

PEPA.– *(Bebiendo sus palabras.)* ¿Qué?...

EL EQUIS.– Pues que siempre vienen a caer en manos del primer gilipollas que pasa por su lao.

PEPA.– *(Suspira.)* ¡Eso sí que es el credo, tío!...

EL EQUIS.– Y va, y encima te hace una criaturita... ¿Qué te parece? ¡Una criaturita!...

PEPA.– *(Con tono menos entusiasmado.)* Hombre, Equis... Eso es natural.

EL EQUIS.– ¿Natural?... ¿Eso va a ser natural?

PEPA.– ¿No va a serlo que una tía quia ser madre?

EL EQUIS.– *(Rotundo.)* ¡Madre y mema, eso!

PEPA.– Bueno...

EL EQUIS.– Mira, verte como una tía cualquiera del barrio, con una niñita en brazos y un marido, ¡vamos hombre!... Y mira que yo soy un sentimental, porque yo lo soy de veras... y eso es lo que me ha perdido siempre. Pero ¡hay cosas y cosas, y verte de esa manera me dio una pena!...

PEPA.– ¿Y qué sabe una, si también...?

EL EQUIS.– Pero, ahora, ya eres libre. ¡No me digas que no te sientes libre!

PEPA.– *(Feliz.)* ¡Hombreee!...

EL EQUIS.– Ahora, eres una liberada... Y ya no tienes que andar dándole teta a esa cría, ni tener que comprarle esos polvos para la papillita...

PEPA.– *(Con un suspiro de alivio.)* ¡Ufff, menudo rollo me he quitao de encima!...

EL EQUIS.– Y, luego, eso de que si la diarrea, que si los dientes... ¡Todo eso ya ha pasao de moda, tía! Una jai moderna como tú...

PEPA.– Majara... ¡Que me había vuelto majara, mira!

EL EQUIS.– *(Despectivo.)* ¡Y con un tío como ese...!

PEPA.– Eso si que no lo «capisco», fíjate.

EL EQUIS.– *(Confidencial, casi al oído.)* Oye..., mañana te suministran la otra mitad, ¿no?

PEPA.– Eso parece...

EL EQUIS.– Con lo que tenemos ahí, y lo que mañana te den, podemos tirar una temporadita regular...

PEPA.– Y mercancía de toa confianza, tú...

EL EQUIS.– ¡Hombre, la Yanki siempre fue para eso una tía seria!... Y si la cosa no fuera por buen camino, aquí estoy yo para hacerla una visita... A ella y al Jalifa.

PEPA.– Ya se lo dije...: «Si no cumples, el Equis vendrá a haceros una visita».

EL EQUIS.– ¿Y qué?...

PEPA.– Pues que se la puso el culo así de estrechito... *(Feliz.)* ¡Ay, tío, qué carrozón estás hecho!...

EL EQUIS.– *(Señalando la puerta.)* Y de ése... ni preocuparte.

PEPA.– ¿De ése?... *(Con desprecio.)* ¡Pues sí que estaba yo pensando en él!

EL EQUIS.– Lo más que puede pasar es que si se entera de que hemos hecho esa operación con la cría, pida su parte.

PEPA.– *(Furiosa.)* ¡Y una mierda también!... ¡Una mierda pinchá en un palo, fíjate!... Va a participar ése, ¿de qué? ¡Vamos anda!... *(Se levanta y se arregla el pelo contoneándose con ritmo oriental.)* ¡Pues sólo faltaría!...

EL EQUIS.– Pero ¡ven acá, tía!... ¿Tú qué sabes?

PEPA.– *(Rotunda.)* ¡Que te he dicho que no!... Si me he desprendío de esa muñeca ha sido pa colocarme contigo, que si no, ¿de qué?...

EL EQUIS.– Está claro... Pero hay que ver las cosas como son.

PEPA.– La cosa es que yo hago de mi hija lo que me sale del coño.

EL EQUIS.– Tu hija y la suya, oye...

PEPA.– ¿La suya?... ¿De qué?

EL EQUIS.– ¡Ah!..., ¿es que no es suya?

PEPA.– ¡La parí yo!... Yo solita, tío. Que me tuve que ir a urgencias yo sola, porque ése estaba donde estaba... ¡Vamos hombre!... De eso nada, monada.

EL EQUIS.– Mira, a mí me gusta hacer las cosas bien y con toda justicia. Como Dios manda. Y si la niña es de vosotros dos, la ganancia...

PEPA.– ¿Ganancia?...

EL EQUIS.– Que un padre es... un padre.

PEPA.– Y una madre es una madre... ¿Te jode?...

EL EQUIS.– Cuando se entere de que hemos vendido a la niña...

PEPA.– *(Triste de pronto.)* Vendido...

EL EQUIS.– Mujer, son maneras de hablar. Y, además, mejor es dejarlo. Mira, la cría no va a estar en mejores manos, porque esa gente..., la Yanki y el Jalifa, saben muy bien dónde colocarla. Así que la niña puede llegar adonde ni soñarlo podía con un padre como ése. ¡Lo que yo te digo!... De Orcasitas a la Arabia Saudí esa... Ya verás. Y no hemos hecho mal negocio, si mañana te dan la otra parte de la mercancía.

PEPA.– *(Un poco traspuesta.)* ¿La Arabia qué?... ¿Qué has dicho?

EL EQUIS.– Pues la Arabia, tonta... Por eso digo que habría que dar también un poco de gusto a ése.

PEPA.– *(Entre dientes.)* ¿A ése?... *(Gritando hacia la alcoba.)* ¡A ver cómo dejas limpio ese suelo!... *(Al* EQUIS.*)* Y yo voy a poner el agua a calentar.

EL EQUIS.– Ya verás cuando se entere de que hemos vendido a la niña...

PEPA.– ¡Y dale con el vendido!...

EL EQUIS.– ¡Son maneras de hablar, coño!... Las cosas se dicen como se puede. Digo vender como podría decir «cumplir un compromiso». Ni más ni menos. Que la niña ni siente ni padece, y nos puede hacer a todos un buen servicio. ¡A ver si te pones en razón de una puta vez!

PEPA.– *(Ella maniobra en el infiernillo.)* Bueno, tú dirás lo que quieras, pero que ése no prueba ni una pizca, ¡como me llamo Pepa!... Y no me explico tanta pamplina con ese sinvergüenza, que el otro día si a poco te asa con las corrientes esas...

EL EQUIS.– *(Suelta una carcajada.)* ¿Asar?... ¿A quién, a mí?... ¿Al Equis?... ¡Vamos, hombre!... ¿A mí? ¡Vete ya, salmonete!... *(Se señala, jactancioso.)* Como que éste no venía ya preparao... Y ya viste lo pronto que

le puse fuera de combate... ¡Mira!... ¡A mí me iba a asar!... ¡Lo que es eso!... ¿Estando como estábamos tú y yo de acuerdo?... ¡Y aunque no hubiera sido así! Ya viste cómo le metí el cable por donde había que metérselo. Lo que es ése ya no chulea conmigo... ¡Y lo mansito que lo he puesto!... ¿O no?

PEPA.– ¡Hombre, es que la electricidad, oye...!

EL EQUIS.– Pero ¡Pepi de mi alma!... ¿Qué puede saber ése que yo no le haya enseñao?... ¿Eh?... ¿Me lo quieres decir?... Si le conocí donde le conocí y no era más que un choricete de mierda de Lavapiés.

PEPA.– Eso es lo que es y lo que seguirá siendo ¡un chorizo!...

EL EQUIS.– ¡Pero hombre!... Si lo poco que sabe, suponiendo que sepa algo, es lo que le enseñó el Equis. Que tampoco ha llegao a diquelar mucho, porque el tío tiene el coco más duro que una piedra.

PEPA.– ¡Dímelo a mí!...

EL EQUIS.– Él para lo único que vale es para eso, para servir a los demás... Yo le tuve de machaca en el talego y el chaval para eso de lustrar pinceles o darle a la fregona y tal, se defiende. Pero para otra cosa más delicada, ¡olvídale!... Por eso mismo, el tío quería tirar por la vía de la honradez... Y a mí eso, plim; que cada cual haga de su capa un sayo, que la libertad hay que respetarla, y no voy a ser yo el que me meta. Pero que te arrastrara a ti, sin comerlo ni beberlo, y te hiciera además una criaturita y te tuviera enchulada..., eso ya es harina de otro costal, tía. ¿O no me explico?

PEPA.– *(Con la jeringuilla en la mano.)* Hombre, y tanto que te explicas... Pero lo que hay que hacer es pensar en lo que vamos a hacer con él.

EL EQUIS.– Tú déjame a mí... Déjame, que todo se andará. Ahora, ¡a triunfar!...

(Ella está agachada junto al infiernillo; parece una india centroamericana, de esas que amasan tortillas o maceran el mijo.)

PEPA.– Yo te digo una cosa, Equis, y que me quede aquí muerta ahora mismo si no es verdad: que si me he desprendío de mi niña, no va a ser pa aguantar a ése; y, una de dos, o me quedo enteramente libre, pero así de cuerpo entero, o...

EL EQUIS.– *(La requiebra.)* ¡Olé cómo hablas!...

PEPA.– O, de lo dicho, no hay na. Porque si... ¡Huy, cómo está esto de caliente! *(Anda maniobrando la jeringuilla y el ácido. Se levanta sin terminar la frase con la jeringa en la mano como si fuera una boquilla de cigarrillo, adoptando una postura de cupletista de los años veinte.)* ¡Aquí está la... jeringuera! ¿Qué te parece?

EL EQUIS.– *(La requiebra.)* ¡Y olé!... ¡Tía buena!

PEPA.– *(Canturrea.)*

Como ave precursora
de primavera,
en abril aparece
la jeringuera...

(Y se da una vuelta garbosa.) (Sigue cantando.)

Que pregonando,
parece golondrina
que va... picando,
que va... picando...

EL EQUIS.– *(Siguiendo el juego, se remanga cantando al tiempo que le ofrece el brazo.)*

Deme usté una picaíta
que no vale más que un real...

PEPA.– *(Con ironía.)* ¡Sí, sí..., un real!...

EL EQUIS.– *(Bailotea con la jeringuilla en la mano. Él la coge por la cintura y la sienta en el sofá. Coloca su brazo desnudo y ella procede a la inyección.)*

Deme usté una picaíta
pa ponerme a... viajar.

PEPA.– *(Canta.)*

Tome usté la picaíta,
que la traigo mu bonita
pa que pueda viajar...

EL EQUIS.– Vámonos a... viajar... *(Tras la inyección de él sigue la de ella. Ambos suspiran de gozo abrazados sobre el sofá. Se abre la puerta del fondo y aparece el* YIMI, *con la fregona en la mano, implorando con ojos desesperados su ración de droga.) (Al verle.)* Pero ¿de dónde sale ese zulú?

PEPA.– *(Lánguida, imitando el acento antillano.)* ¡Ay, el pobre ezclavito!... Habrá que dale de latigasos... *(Simula darlos extendiendo el brazo.)* ¡Chu, chu, chu!... ¡Fuera, fuera!...

EL EQUIS.– *(Sigue el mismo juego.)* El negriyo ezte... ¿Qué quierez?... ¿Un poco de alpiste, pajarito?...

YIMI.– *(Va hacia el infiernillo y se apodera de la jeringuilla que dejó ella; se remanga el brazo febrilmente e intenta inyectarse dando gruñidos. Al no poder, se retuerce de impotencia, hincándose la aguja con rabia.)* ¡Hum..., hum..., hum...!

PEPA.– *(Al* EQUIS.*)* Pero ¡fíjate el chalao...!

EL EQUIS.– *(Con gran sorna.)* Lo que hacen los mayores... ¡Je, je!...

PEPA.– ¡Ay, qué leche!... ¡Anda negrito, pincha, pínchate!...

EL EQUIS.– Pero ¿no ves que está vacía, venao?

(El YIMI, *en su atolondramiento, se echa encima el agua hirviendo del cazo que está sobre el infiernillo. Da un grito de dolor.)*

PEPA.– ¡Que te abrasas, cafre!... *(Ella y el* EQUIS *se ríen.)* ¿Por qué no lo encierras ya?

EL EQUIS.– *(Silbándole como a un perrito.)* ¡Toma, toma, ven acá, ven!... ¡Ven con tu amito!... ¡Ven, que voy a darte un poco!... ¡Ven!... ¡Toma!... ¿No quieres una picaíta?

(Cuando YIMI, *confiado, se acerca, le da un cadenazo en los brazos, que le hace soltar la jeringuilla de las manos*

y retroceder restregándose la parte dolorida. PEPA *y el* EQUIS *se ríen.)*

PEPA.– ¡Anda, vuelve por otra!... *(Al* EQUIS, *por la cadena.)* Trae, dame a mí la ésa... *(Con la cadena en la mano.)* Ven..., ven pa acá, que te voy a dar yo una picaíta..

EL EQUIS.– *(Le silba, como a un chucho.)* Anda, ladra un poco... Ladra un poquito.. Si ladras y te pones a cuatro patas...

PEPA.– *(Tintineando la cadena.)* Y meneas el rabo...

EL EQUIS.– El rabito, chucho... ¡Vamos, menéalo!...

PEPA.– *(Con acento antillano.)* Anda, perrito... Venga p'acá con su amita, que le va a dá... la chichita...

(El YIMI, *completamente atontado, mueve la boca como si fuera a emitir un ladrido.)*

EL EQUIS.– *(Riendo.)* ¡Huy, qué tío!... ¡La leche que mamó!...

PEPA.– *(Moviendo la cadena.)* ¡Ven, ven aquí!... ¡Vamos!... ¡Toma, toma!...

EL EQUIS.– *(Le quita a ella la cadena.)* ¡Trae y verás!... *(Ante el retroceso del* YIMI.*)* Pero no te asustes, negrito..., que no te voy a hacer nada... *(Con acento antillano.)* Tate tranquilo, negrito..., que te vamo a da un poquito... Un poquito pa ti, negrito... *(Y va hacia el infiernillo.)*

PEPA.– Oye, ¿no lo irás a hacer en serio?

EL EQUIS.– ¿Tú no eres feliz ahora?

PEPA.– Como una vaca...

EL EQUIS.– Pues hay que hacer también felices a los demás. Los amos tienen que hacer felices a sus criados. *(Preparando la jeringuilla.)* Ven acá, chucho... Mira lo que estoy haciendo... Mira que cocha, que cochita ma rica le estoy preparando al nene...

(El YIMI *no se confía.)*

PEPA.– No se fía... Fíjate.

EL EQUIS.– *(Llega hasta el* YIMI; *le sujeta el antebrazo, con la jeringuilla dispuesta.)* Esto, por bueno... Por haber sido muy bueno... ¡Premio!... *(Le inyecta. El otro suspira agradecido.)* ¿Cómo se dice?

YIMI.– Gra...ciassss...
EL EQUIS.– *(Inyectándole más.)* Un poquito más....
PEPA.– *(Da un salto airada.)* Pero ¡bueno!... ¿Estás majara?... ¿Es que vas a gastarlo con ese mierda, con lo que hemos pagao?
EL EQUIS.– *(Apartándola.)* ¡Quita ya!... ¿Tú qué sabes?
PEPA.– *(Indignada.)* ¡El chorro que le has metío!...
EL EQUIS.– Anda, anda... ¡Qué sabes tú! *(Al* YIMI, *que está hecho un ovillo.)* ¿Eh?... ¿Qué te parece, tío?... ¿Lo notas ya?...

(El YIMI *empieza a retorcerse de dolor.)*

PEPA.– *(Observándole, curiosa.)* ¿Qué hace?
EL EQUIS.– Vas a ver cosa guapa... Ven aquí; vamos a sentarnos a ver la función a gusto.

(Se sientan en el sofá.)

PEPA.– Pero ¿qué le has dao?
EL EQUIS.– ¡Calla y mira!... Y no sueltes la cadena, por si acaso...

(El YIMI *parece presa de un ataque epiléptico.)*

PEPA.– ¡Huy, la leche!... Pero ¿qué le has metío?
EL EQUIS.– A ver si te creías que le iba a dar de lo nuestro... Esos lujos no se han hecho para ése. Fíjate, mira, mírale...
PEPA.– *(Viéndole retorcerse.)* Parece un gato rabioso, oye... Pero ¿me vas a decir qué le has dao?
EL EQUIS.– Una cosa baratita, tú verás...
PEPA.– *(Intrigada.)* ¿Qué cosa?
EL EQUIS.– Un chorrillo de aguarrás... ¡Eh, cuidao, que el tigre está furioso!...

(El YIMI *ha hecho ademán de lanzarse contra ellos, pero cae sobre el infiernillo y se quema el brazo, y lanza un aullido de dolor.)*

PEPA.– ¡Será bestia!...

EL EQUIS.– *(Apartándole con la cadena.)* ¡Atrás..., chucho!... ¡Fuera!...

(El YIMI *retrocede frotándose el brazo.)*

PEPA.– ¿Aguarrás?... ¿Y eso?

EL EQUIS.– Eso le deja fuera de combate una temporadita... Le da una fiebre de caballo que le dura unos cuantos días. Y se le va a poner el brazo más duro que el hormigón, ya verás. Hazte cuenta de que nos hemos librao de él para una semana, por lo menos.

(El YIMI, *efectivamente, tirita de fiebre y jadea en el suelo.)*

PEPA.– ¿Y de qué sabías tú eso?

EL EQUIS.– De cuando estuve en el siquiátrico. Vamos, en el manicomio, para hablar claro. Cuando un tío se ponía así muy pesao, le metían un buen chorrazo de aguarrás y se quedaba en un rincón sin molestar unos cuantos días, hasta que se le pasaba la fiebre. Y luego, si vieras, daba pena mirarlos arrastrarse por el suelo para ir a buscar la comida... En el talego hacíamos lo mismo cuando alguno se pasaba....

PEPA.– ¡Hay que ver, qué adelantos!...

EL EQUIS.– Luego, cuando se les iba la calentura, no tenían fuerzas ni para ponerse de pie, y les dábamos un palo para apoyarse en él e ir a rastras como una serpiente.

PEPA.– ¡Huy, no me nombres la bicha!...

EL EQUIS.– Pues así vas a tener a ése...

PEPA.– ¿Y quién va a limpiarme todo esto?

EL EQUIS.– ¡Anda, leche!... ¿Y para qué quieres limpiar?

PEPA.– ¡Hombre!...

EL EQUIS.– Si es que necesitas un negro, yo te traigo otro. Los tengo a docenas.

PEPA.– *(Pone la mano sobre la frente del* YIMI.*)* ¡Jo..., cómo arde!....

EL EQUIS.– Déjale que arda, y vente para acá... ¡Venga!....

PEPA.– *(Se tiende en el sofá.)* ¡Ah..., esto es vida!...

EL EQUIS.– Aún hay clases.

PEPA.– *(Suspira.)* ¡Es tan bonito vivir, tío!...

EL EQUIS.– Dímelo a mí, que me he pasao tres años entalegao.

PEPA.– Y yo, pues ya ves, tonta de mí, viviendo con ése en plan chulo. Y queriendo tirar por el camino honrao... ¡La leche!... Y porque me piqué un poquito –na, el día aquel que tú viniste, con el poquito ácido aquél–, pues no sabes cómo se me puso; que me quería matar... Y, luego, la niña...

EL EQUIS.– Lo tenías claro, chica... ¡Anda, que si no llego yo a venir a esta casa!...

PEPA.– Has sío pa mí la salvación, chato...

EL EQUIS.– Podemos pasar unos días un poco regular, teniendo en cuenta que mañana recoges la otra parte...

PEPA.– Mañana, sin falta.

EL EQUIS.– ¡Hombre, eso está chupao!... Porque si no, iban a saber lo que vale un peine..., que a mí no me asusta el Jalifa...

PEPA.– ¡Huy, cuando les dije que tú...!

EL EQUIS.– O sea, ¡que a vivir y a triunfar!... *(Mete la mano por debajo de la bata de ella.)* ¿No crees que ya va siendo hora de que te pongas ligerita y nos amemos un rato?... *(Comienza a desvestirla.)*

PEPA.– *(Le ayuda.)* ¿Jodemos delante de ése, como el otro día?

EL EQUIS.– *(Desnudándose.)* No, no... Haremos el amor en un yate... En un yate, por las Bahamas...

PEPA.– *(Abrazándole.)* ¿Por las qué...?

EL EQUIS.– *(Cubriéndola.)* Por Miami..., Honolulu..., las Bermudas... ¡Y el Pakistán!

(Decrece la luz a medida que van quedándose desnudos. Suena el teléfono al tiempo que el YIMI *se debate entre la crispación y la calentura.) (Telón.)*

SEGUNDA PARTE

El Equis *se encuentra vestido muy correctamente con su buen traje. La* Pepa, *por el contrario, está vestida casi pobremente: jersey arrugado, falda muy holgada, botas estropeadas, la cara sin pintar y desgreñada. En el sofá, tapado con una manta hay un bulto: el* Yimi, *todavía presa de la fiebre, con sus jadeos y su respiración entrecortada.*

El Equis.– *(Tieso como un general, está observando a la* Pepa.*)* A ver, a ver... Los ojos, esos ojos...

Pepa.– ¿Qué pasa con mis ojos?

El Equis.– *(Muy doctrinal.)* Los ojos son las ventanas del alma, como dijo... el que sea. Por los ojos de una jai se puede ver lo que hay por detrás. Así que hay que tener cuidado con la mirada. ¿Te vas enterando?

Pepa.– ¿Y qué más?

El Equis.– *(Le coge la cabeza y se la baja.)* La mirada, al suelo.... *(Le saca el pañuelo del bolsillo.)* Y el pañuelito, en los ojos, así. ¿Ves?... *(Se pasea con la cabeza baja y llevándose el pañuelo a los ojos.)* Así, así tienes que estar, llorando, triste, desesperada. Tú verás, con el marido así, tan enfermo... ¿Tú me sigues?

Pepa.– ¡Jo, Equis, vaya rollo! ¿Otra vez?

El Equis.– Y cincuenta. Las que hagan falta. Y nunca será «demasié» con esta gente. Te lo digo yo, chica.

Pepa.– Pero si ya lo hemos entrenao...

El Equis.– Tú hazme caso a mí. Mira lo que te digo: esa gente no entiende nada. ¿De diquelar y eso? Nada. Pero yo sé cómo las gastan. Se fijan en

detalles. En cositas. Por eso a simple vista, así a ojo, como quien dice, tienes que parecer eso, una esposa desconsolada, con el marido enfermo, inválido... Sin ayuda. To ese rollo, vamos... Y hay detalles que...

PEPA.– Pero ¿qué detalles, leche? Ya ves tú el suéter que me he puesto. ¡Pues anda, que la falda!... Y no digamos las botas. La chatarrera, a mi lao, parece una marquesa... ¿No te jode?...

EL EQUIS.– Tú no sabes lo que es esa gente... Serán muy socialistas y todo ese rollo. De acuerdo, pero nunca se sabe. Y como nunca se sabe, hay que cuidar los detalles hasta el mínimo. En seguida huelen el vicio. Vamos, quiero decir lo que ellos llaman vicio... Son capaces de inventarlo, porque piensan que uno, si no tiene vicios, es como si no existiera. Es su trabajo, porque de eso viven, tú dirás...

PEPA.– ¡Jo, tío!... Cuando te pones paliza...

EL EQUIS.– Paliza la que vas a llevar como no me hagas caso.

PEPA.– Bueno, oye... A ver si he salío de Málaga pa meterme en Malagón...

EL EQUIS.– *(Aparentando paciencia y sereno raciocinio.)* Ahora, chata, lo que importa es lo que importa, que nos saquen a ese muerto de aquí.

PEPA.– *(Llevándose la mano a la cabeza.)* Cuatro días igual...

EL EQUIS.– Si lo que importa es que nos quiten el estorbo, habrá que hacer las cosas con el coco, ¿no?

PEPA.– Yo ya te dije que no me importaba que...

EL EQUIS.– Si las cosas se pueden hacer por derecho y legalmente no hay por qué recurrir a la violencia, como te dije ayer. Veremos si sale la cosa un poco regular y no tenemos que molestarnos. *(Mira su reloj de bolsillo, sujeto con cadena, como en los buenos tiempos.)* Ya no pueden tardar. Así que vamos a ver si tenemos las cosas en orden...

PEPA.– *(Señalando el cuarto.)* Ya lo ves...

EL EQUIS.– Seré un rollo, una paliza..., lo que quieras. Pero que tengo mucho andao, y no me vas a enseñar tú a...

PEPA.– ¡Jo!...

EL EQUIS.– Tú lo que tienes que hacer es hablar poco o nada. Llorar como sabes; que a ti cuando te da la llorona no hay quien te pase la mano por la cara... Y adelante.

PEPA.– Estoy pensando que me podía poner el escapulario ese....

EL EQUIS.– No, mujer. Eso ya no se lleva.

PEPA.– *(Va a encender un pitillo y él se lo quita.)* No, no... Parecerá una tontería, pero no. Lo que te digo; que éstos son muy socialistas y lo que tú quieras, pero mejor que no te vean fumar.

PEPA.– Pues sólo me faltaba...

EL EQUIS.– Es un ratito nada más. Una vez «finiquitao» el asunto, y las cosas en regla, lo primero que hacemos es darnos una picaíta buena, y vas a ver tú la movida...

PEPA.– *(Suspira.)* ¡Ay...!

EL EQUIS.– Y ya tenemos la vida por delante, sin estorbos ni pijerías...

PEPA.– ¡Uff, quitarse de encima tanto rollo!...

EL EQUIS.– Y ya podemos ir pasando de todo. O sea, que es mejor tener ahora un poco de paciencia y disimular.

PEPA.– Pues lo que es yo, pa disimular...

EL EQUIS.– Tú déjamelo a mí en las manos. Tú a llorar y llorar. De lo demás me encargo yo. Oye, ¿no huele esto a algo?

PEPA.– A lejía. Y al zotal que he metido por tos los rincones...

EL EQUIS.– Yo es que desde que perdí el olfato en el Puerto de Santa María... Desde entonces no huelo nada... Y éste... *(Va al bulto del* YIMI *y lo observa.)* Me parece que está bastante potable. Por aquí no hay nada que temer. Este no rechista. Estuve cavilando si meterle otra inyección, pero podría no resultar. Yo creo que así está en su punto. Con una fiebre normal, demacrao, como es natural, con los ojos hinchados... Fíjate si no está pintiparao.

PEPA.– Ya lo creo...

EL EQUIS.– Las cosas tienen que estar en su punto. Ni más ni menos. Sin pasarse. ¿Comprendes? Que podamos dar bien el pego... Lo que hace falta es que no nos den plantón, porque en este país, ya se sabe... Y tenemos aún mucha tela que cortar.

PEPA.– A ver si es verdad que terminamos ya de una puta vez...

EL EQUIS.– Y yo, ¿que te parezco, Pepi?

PEPA.– ¡Hombre, tú!... Pues... que podías ser uno de esos de la banca, fíjate...

EL EQUIS.– *(Se contonea satisfecho.)* No, si yo... puedo entrar en muchos sitios sin que se percaten ni tanto así... No es por decirlo, pero ya te he explicao los pasos que tuve que dar, y no es por alabarme, pero siempre salí del trance. *(Suena el timbre de la puerta.)* Aquí está... ¡Anda, a tu sitio!...

(Se pone tieso. La PEPA *va a la butaca, se saca el pañuelo y se lo lleva a los ojos. Él va hacia la puerta y la abre. Aparece el* CHICO DEL BUTANO, *con la bombona al hombro, que deja en el suelo con un gran golpetazo.)*

EL DEL BUTANO.– ... ¡Tardes!...
PEPA.– *(Con el pañuelo en los ojos.)* ¡Ay, madre mía, qué pena!...
EL EQUIS.– *(Sorprendido.)* Pero... ¿esto qué es?
EL DEL BUTANO.– El butano... ¿Me da la vacía?
EL EQUIS.– *(A ella.)* ¿Qué butano es éste?...
PEPA.– *(Deja de llorar.)* ¡Si no usamos butano!...
EL EQUIS.– *(Enfurecido.)* ¡Largo ya de aquí, leche!
EL DEL BUTANO.– Oiga, oiga, oiga...
EL EQUIS.– ¡Ni oiga, ni...! ¿Te quieres largar ya o...?
EL DEL BUTANO.– ¡Eh, eh, eh...! Más despacio, tío... Más des-pa-cio.
EL EQUIS.– *(Intenta cerrar la puerta.)* Que le he dicho a usted que se ha equivocao, que aquí no...
EL DEL BUTANO.– ¡Un momento, un momento!... Oiga usté...
EL EQUIS.– *(Intenta cerrar la puerta.)* No tengo más que decirle. Hágame el favor...
EL DEL BUTANO.– Sin faltar, ¿eh?... Sin fal-tar...
EL EQUIS.– *(Conteniéndose.)* ¡Uy, la madre que lo parió!...
PEPA.– *(Se acerca para mediar.)* Se ha equivocao... Es que el chico se ha equivocao...
EL DEL BUTANO.– *(Crecido.)* ¡Un respeto!... Si uno se equivoca, pues un respeto...

(En la discusión, el BUTANERO *se ha metido prácticamente en la habitación.)*

EL EQUIS.– *(Empujándole.)* ¡Que cojas la leche esa y te largues!...
EL DEL BUTANO.– Es que un servidor viene con tol respeto, ¿no?... Y aquí, su señora de usté, o lo que sea, sabe que...
PEPA.– No, chico, no... Ya digo que te has equivocao...
EL DEL BUTANO.– Si ya me he percatao, ¡joé!... Si ya está... Pero que a mí no me se come nadie, que no me chulea nadie, vaya...

EL EQUIS.– *(Paciente.)* ¡Releche con el tío!...

EL DEL BUTANO.– ¡Que a mí no me putea ni mi padre!... ¿Se entera? ¡Ni mi padre!

PEPA.– *(Que esta ayudando al chico a cargar la bombona.)* Será aquí al lao... Dispensa, chico.

EL DEL BUTANO.– ¡Que no, hombre, que no!... ¡Que uno es un currante y no tie por qué aguantar malos modos!...

*(*PEPA, *con su diplomacia, ha conseguido, al fin, cerrar la puerta, aunque siguen oyéndose los exabruptos del* BUTANERO.*)*

PEPA.– ¡Jo..., vaya rollo!...

EL EQUIS.– ¡Me cagüen!... *(Observa por la mirilla.)* Y sigue ahí... Aún voy a tener que salir y...

PEPA.– *(Sujetándole.)* ¡Deja, ya está!...

EL EQUIS.– ¡Que me ha cabreao ese mierda!...

PEPA.– *(Que miraba por la mirilla.)* Está hablando con una tía...

EL EQUIS.– *(Agitado.)* Debe de ser esa... ¡La asistenta social!... Anda, anda a tu sitio... ¡Corre!...

PEPA.– Y el otro sigue ahí...

EL EQUIS.– *(Cogiéndola del brazo y llevándola a la butaca.)* ¡Que te sientes, coño!... *(Va al bulto del* YIMI.*)* Y éste, bien tapao... *(Suena el timbre. Va a abrir la puerta y a inclinarse ceremoniosamente.)* Muy buenas tardes tenga usted...

ASISTENTA.– Muy buenas... *(Entra una mujer con gafas, algo hombruna, que habla con cierta precaución y acento extranjero.)* ¿Doña Josefina González?...

(La PEPA *se ha puesto a llorar. Fuera, en la escalera, aún se oye la voz del* BUTANERO.*)*

EL DEL BUTANO.– *(En «off».)* ¡Qui ahí muerden, oiga!...

EL EQUIS.– *(Conteniendo la indignación.)* Haga usted el favor de pasar, doctora, y hágase la sorda... Ya sabe usted lo que pasa en estos barrios... Siéntese, doctora. Por favor...

(La que acaba de entrar parece observarle con cierta malicia, pero está muy en su papel.)

ASISTENTA.– De doctora nada, amigo..., aunque se agradece el cumplido.
EL EQUIS.– Usted perdone, señorita... ¿O señora?
ASISTENTA.– Puede llamarme como quiera.
EL EQUIS.– *(A la* PEPA.*)* Saluda a la señora funcionaria...

(La PEPA *le tiende la mano. La funcionaria se sienta frente a ésta y la observa atentamente, con supuesto aire científico.)*

EL EQUIS.– A ver si haces el favor, hija mía, de tranquilizarte un poco, porque así no puedes seguir... ¿Verdad, usted? *(Asiente la* ASISTENTA.*)* Y si has tenido una desgracia como ésa, vas a dar lugar a tener otra. Así lleva cuatro días, señora, y no hay quien la consuele. Claro, formaban una pareja tan bien avenida... De esos matrimonios que salen pocos. Ya me entiende usted... Y ahí tiene a ese pobre... Fíjese cómo está.
ASISTENTA.– *(Muy en su papel, sin hacerle caso, ha sacado de la cartera papeles, fichas, etc.)* ¿Cuál es el dictamen facultativo?
EL EQUIS.– *(Desconcertado.)* ¿El dictamen?
ASISTENTA.– ¿Qué ha dicho el médico?
EL EQUIS.– ¿El médico?... Pero señora, ¿qué médico va a tener una muchacha sin trabajo, sin el seguro de desempleo..., sin nada? Paraos como están los dos desde...
ASISTENTA.– Comprendo...
PEPA.– *(Llorando.)* ¡Ay, madre mía del alma!... ¡Virgen Santa de la Paloma!...
EL EQUIS.– Si ya se lo he dicho, señora; esto es el tercer mundo.
ASISTENTA.– Ya lo creo. ¡En fin!...
EL EQUIS.– El tercer mundo, ni más ni menos...
ASISTENTA.– Veré lo que se puede hacer... *(A la* PEPA.*)* Usted, lo primero, tranquilizarse, porque si cae usted también enferma... ¿Quiere que le dé un tranquilizante?...
PEPA.– *(Dando un respingo.)* ¡Ay, madre mía!...
EL EQUIS.– *(Detiene a la* ASISTENTA.*)* No, no se preocupe... Déjelo de mi cuenta...

ASISTENTA.– Tendremos que hablar con cierta tranquilidad... Deberá serenarse...

(Suena el timbre de la puerta.)

EL EQUIS.– Con su permiso... *(Pone el ojo en la mirilla, pero no llega a abrir.)* Es el chico ese que... *(Grita al de afuera.)* ¡Que ya le hemos dicho que aquí no usamos butano!... Mira que le ha dao buena...

ASISTENTA.– Sí, estaba diciendo que le habían dado con la puerta en las narices y no sé qué más.

EL EQUIS.– Fíjese... Y con un enfermo grave... ¿Qué digo el tercer mundo? El cuarto o el quinto...

(La PEPA *ha ido renqueante hasta el bulto del* YIMI *y entona un planto de trémolos egipcios.)*

PEPA.– ¡Ay, Dios mío!... ¡Mírele!... ¡Qué pena de hombre, en la flor de la edad!... ¡Mírele al pobrecito!... ¡Un chico tan bueno!...

EL EQUIS.– *(Coge a la* PEPA *y le da unos golpecitos en la espalda.)* Vamos, hija, vamos. Consuélate, que aquí está la señora para ayudarte...

(Cruza una mirada con la funcionaria que indica conmiseración.)

ASISTENTA.– Una pena, sí señor... Pero esto pasa en una casa y en la otra también. ¡Con tanto paro y tanta miseria! *(A la* PEPA.*)* Pero con llorar y descomponerse no logra usted nada, querida... No hay más remedio que «posicionarse» y encarar la situación como viene. Tendremos que hacer un informe previo al objeto de cuestionar, a nivel familiar y con toda exhaustividad, el cuadro biosíquico y determinar el campo de..., de... circunstancias que le han llevado a la situación actual.

(Ante la andanada seudocientífica de la funcionaria, la PEPA *se queda muda de estupor, mientras el* EQUIS *sonríe con suficiencia como diciendo: «¿Qué te decía yo...?».)*

PEPA.– *(Grita.)* ¡Ay, que ya lo veo, que ya lo estoy viendo!... ¡Que habrá que encerrar al pobrecito y llevarle a un manicomio..., y quedarme sin él!... ¡Y eso, no, no!...

ASISTENTA.– Mujer... Vamos, mujer...

EL EQUIS.– *(A la* ASISTENTA.*)* Ésta lo ve siempre todo negro. No hay manera de explicarla que hoy, con tanto adelanto, casi todo tiene arreglo...

ASISTENTA.– Claro. Y si es necesario internar al paciente en un lugar idóneo, donde existe una tecnología avanzada...

EL EQUIS.– *(A la* PEPA.*)* ¿Lo estás viendo?

PEPA.– *(Alzándose iracunda.)* ¡Pues yo no quiero, no quiero, ea!... ¡No quiero ver a mi compañero del alma en su sitio de ésos!...

EL EQUIS.– Siéntate, mujer y escucha con serenidad.

PEPA.– *(Retorciéndose entre el* EQUIS.*)* ¡Aunque tenga yo que pedir limosna!...

ASISTENTA.– Vamos a ver, veamos... *(Saca más fichas, las extiende, etc.)* Okey...

EL EQUIS.– Tienes que comprender, hija, que aquí no lo puedes tener. Ya has visto qué cuatro días de martirio en esta vecindad. ¡Menuda vecindad!... Ya has visto el chorizo ese del butano. Usted misma, señora, ha visto cómo nos insultaba, encima que se equivocó de puerta... ¿Qué le parece?

ASISTENTA.– Ahora no se puede vivir... Con tanta delincuencia, tanta inseguridad ciudadana... El otro día, sin ir más lejos, a una amiga mía la tiraron del bolso y, como no lo soltaba, la dieron con una cadena en el brazo, que se lo han roto por cuatro partes. *(Señalándose.)* Por aquí, por aquí, por aquí y por aquí.

EL EQUIS.– ¡Qué barbaridad!... ¡Qué cafres!... ¡A ésos los cogía yo y...!

PEPA.– ¡Ya podrán con una pobre mujer!...

EL EQUIS.– Por eso digo que aquí no puede quedarse. Esta chica tiene que salir, dejarle solo; figúrese... Así que lo ingresa donde sea, que estará mejor atendido. ¿No es verdad?

ASISTENTA.– Imprescindible... Eso es imprescindible.

EL EQUIS.– *(Pasándole la mano por la cara a la* PEPA.*)* Y tú puedes estar con él haciéndole compañía...

PEPA.– *(Dando un respingo.)* ¡Huy no...! ¡Eso, no!

ASISTENTA.– Es que en España aún no nos hemos «concienciado» suficientemente de que la enfermedad hay que tratarla a nivel clínico y en lugar «ad hoc».

(Ha sacado el paquete de cigarrillos y ofrece. La PEPA *y el* EQUIS *rechazan.)*

PEPA.– ¡Huy no, no gasto!...

EL EQUIS.– Yo es que estoy acostumbrao al... negro. Pero se agradece...

ASISTENTA.– *(Apuntando.)* ¿Y dice que lleva cuatro días...?

EL EQUIS.– Con hoy, cinco.

PEPA.– *(Como el eco.)* Cinco...

ASISTENTA.– *(Sigue su apunte.)* Cinco. Y... a ver... ¿Cómo se llama?

PEPA.– ¿Quién, el Yimi?...

EL EQUIS.– *(Acudiendo al quite.)* El enfermo se llama Cayetano Morales García.

ASISTENTA.– ¿Edad?

EL EQUIS.– *(A la* PEPA.*)* ¿Eh?

PEPA.– No ha cumplido los treinta...

ASISTENTA.– Tendrá que dejarme la tarjeta de identidad y el...

EL EQUIS.– Ahora mismo...

ASISTENTA.– ¿Estado?... ¿Soltero?

PEPA.– *(Tristemente.)* Soltero...

EL EQUIS.– *(Dando casi un grito.)* ¿Cómo?... ¡Casado, casado!... ¡Ay, Pepa! No sé cómo tienes hoy la cabeza... Estás... Menester será que te calles y me dejes a mí...

PEPA.– No sé lo que me digo. Pero, ¡casaos, casaos!... Por la Iglesia, claro.

EL EQUIS.– *(A la* ASISTENTA.*)* Más vale que me interrogue usted a mí, porque esta pobre...

ASISTENTA.– Le advierto que por estas cuestiones no hay que preocuparse. Nuestra legislación está avanzando mucho, como habrán podido comprobar si ven la tele o leen algún medio de comunicación... Hoy día, por más que queden algunas lagunas legales, después de tantos años de atraso, la situación de la mujer está mejorando mucho, y ya se nos equipara a solteras y casadas en el mismo plano de legalidad, en base a los derechos convivenciales. O sea, que podemos poner «casado»... ¿Tiene alguna profesión definida?

PEPA.– *(Rotunda.)* Unas manos de oro es lo que tiene el pobrecito... ¡Qué manos, oiga usté!...

EL EQUIS.– *(Vuelve a darle unas palmaditas en la cara.)* ¡Bueno, bueno...!, pero cállate, cállate... *(Dirige una mirada a la funcionaria que denota comprensión y tristeza.)* El muchacho, como profesión, vamos, a nivel de oficio, instrucción y eso, pues ya me entiende usted; hoy esto, mañana lo otro... A lo que va saliendo. Siendo joven y con tanto paro...

ASISTENTA.– Claro, claro... ¿Sabe leer y escribir?

PEPA.– *(Impulsiva.)* ¡Toma, no!...

EL EQUIS.– Los estudios correspondientes a nivel de básica.

ASISTENTA.– Y, claro, no estará asegurado, al no haber estado fijo en ninguna empresa, ni pertenecer a ninguna central sindical...

EL EQUIS.– No, señora. De eso, nada. El chaval curraba, perdón, trabajaba como ambulante. Ya me entiende usted...

ASISTENTA.– Entiendo...

PEPA.– ¡Ah, pero donde ponía las manos lo dejaba pintao!

ASISTENTA.– ¿Hijos?

PEPA.– ¡Ay!...

EL EQUIS.– Una criaturita..., que murió.

ASISTENTA.– ¿De qué?

PEPA.– ¡Ay, qué pena tan grande, qué pena!...

EL EQUIS.– De eso sería mejor hablar en otra ocasión...

ASISTENTA.– Comprendo... ¿Antecedentes familiares?

EL EQUIS.– ¿Antecedentes? Ninguno. Faltaría más...

ASISTENTA.– ¿Cómo?

EL EQUIS.– Digo que...

ASISTENTA.– Me refiero a sus padres, y eso...

EL EQUIS.– ¡Ah, ya!...

ASISTENTA.– ¿Viven sus padres? ¿Sabe qué enfermedades han padecido o padecen?

EL EQUIS.– Sus padres viven y gozan de muy buena salud.

(Tras una pausa, un poco espectacular.)

ASISTENTA.– ¿Droga?

EL EQUIS.– ¿Cómo dice?

PEPA.– *(Tapándose la cara con horror.)* ¡Huy, qué horror!...

EL EQUIS.– Mire, por no tener vicios el pobre, ni aun fumaba. Y sin una pelea, figúrese...

ASISTENTA.– Así que... *(Revolviendo las fichas, haciéndose un lío.)* Bueno, a ver...

EL EQUIS.– El pobre empezó con eso de siempre; que me duele mucho la cabeza, que no puedo más, que me mareo, que me tiro por la ventana... Lo normal.

PEPA.– ¡Y con la cabeza que tenía!...

EL EQUIS.– Luego, empezaron las manías... Decir a esta pobre que lo tenía secuestrao..., quererla maltratar, romper cosas... Así que esta infeliz me llamó para que la echara una mano. Yo soy amigo de ellos hace una porrá de años... Hasta que, por fin, le dio ese calenturón, y ahí sigue...

ASISTENTA.– *(Observándola con el bolígrafo y la ficha en la mano.)* ¡Tan joven!... ¡Qué pena!... ¿Y no se aclara?

PEPA.– Está amodorraíto, el pobre...

EL EQUIS.– Mucha fiebre, mucha...

PEPA.– Y fíjese lo guapo que es, señora...

ASISTENTA.– Ya, ya...

EL EQUIS.– *(Que ha vuelto a cubrir al* YIMI *con la manta.)* Ya ha visto usted...

ASISTENTA.– *(Clavando en el* EQUIS *una mirada penetrante.)* Creo que podrá hacerse algo...

EL EQUIS.– ¿Usted cree?... *(Ella afirma con la cabeza.)* ¿Ingresarlo en un...?

PEPA.– *(Fingiendo.)* ¡No, no, eso sí que no!... ¡No, oiga, por favor..., eso, no...!

EL EQUIS.– Cálmate, mujer, cálmate... *(Recalcando las palabras.)* Habrá que hacerlo urgentemente, porque no se puede seguir en esta situación...

ASISTENTA.– Yo hago el informe, lo presento, para que se proceda a formar el expediente, y ya veremos. Las cosas de palacio van despacio, y siempre hay muchos palillos que tocar.

EL EQUIS.– ¿Así que la cosa puede ir para largo?

ASISTENTA.– Para muy largo... A no ser que haya alguien..., ya me entiende usted, que lo active desde dentro. La burocracia...

EL EQUIS.– Pero en un caso así, tan claro...

ASISTENTA.– ¡Huy, casos hay peores!... Si ustedes vieran... Será lo que diga la junta facultativa... Ahora necesito que me firmen aquí...

EL EQUIS.– ¿Dónde?

ASISTENTA.– Usted, no. La señora, la interesada...

PEPA.– *(Aterrada.)* ¿Yo, firmar?... ¿Firmar para que lo encierren?

EL EQUIS.– Mujer, no seas tonta...

ASISTENTA.– No siendo cosa incurable, será cuestión de una temporada de internamiento, y nuevo otra vez.

EL EQUIS.– *(A la* PEPA.*)* Anda, firma, firma... Yo te ayudo, para que no tiembles...

(La ASISTENTA *presenta sólo un trozo de la ficha. La* PEPA, *un tanto melindrosa, porque apenas sabe firmar.)*

PEPA.– Es que me da no sé qué... Como si fuera pa matarle...

EL EQUIS.– Deja que te lleve la mano, que tú no tienes pulso... *(Con una mano le sujeta la cabeza por la frente, casi tapándole los ojos, y con la otra le ayuda a trazar la complicada firma.)* Eso es... *(Le da un beso.)*

ASISTENTA.– *(Guardando rápidamente las cosas en la cartera.)* En fin, ¡qué se le va a hacer!... Tendrán ustedes que presentar la partida de matrimonio y toda la documentación. Ya les avisarán...

EL EQUIS.– Todo lo que haga falta... Lo que sería menester es que fuera pronto, porque ya ve usted que es cosa de urgencia...

ASISTENTA.– *(Ha cogido la cartera y se encamina hacia la puerta.)* Si se produjera una crisis violenta, que corriera peligro la señora... En ese caso, llamen a este teléfono... *(Entrega al* EQUIS *una tarjeta.)*

EL EQUIS.– *(Cogiéndola.)* ¿Aquí?...

ASISTENTA.– Vendrían a recogerlo en la ambulancia, pero sólo en un caso extremo.

EL EQUIS.– ¿Y si no...?

ASISTENTA.– Esperemos que no sea necesario.

PEPA.– ¡No quiera Dios, ni la Virgen Santísima...!

ASISTENTA.– Tiene que ser sólo en caso de extrema violencia, como les digo.

EL EQUIS.– Pero ya ha visto usted que...

ASISTENTA.– No se preocupe, que todo irá bien.

EL EQUIS.– En una situación tan...

ASISTENTA.– ¿Qué me va a decir a mí? ¡He visto tantas cosas en los años que llevo metida en esto!... Y todavía me impresiona. Le prometo que haré lo posible para que el traslado se resuelva pronto, muy pronto. Recibirán ustedes el aviso.

EL EQUIS.– ¡En fin, que sea lo que Dios quiera!... *(A la* PEPA.*)* Despídete de la señora...

PEPA.– *(Abrazándose a la funcionaria, deshecha en llanto.)* ¡Ay, qué desgracia la mía, señora!...

ASISTENTA.– *(Compungida.)* Vamos, vamos, criatura, no se ponga usted así... Y no sea pesimista, que todo se arreglará. No hay que ver las cosas tan negras, y, además, es usted muy joven y muy bonita para...

(Ha llegado a la puerta. La nariz del EQUIS *atisba tras la mirilla para ver si hay moros en la costa.)*

EL EQUIS.– La acompañaré hasta el portal, no vaya a estar aún ahí ese loco...

ASISTENTA.– ¿Qué loco?

EL EQUIS.– El otro, el del butano.

ASISTENTA.– ¡Ah, bueno!...

EL EQUIS.– Me va a permitir que la acompañe, porque en estos barrios no sabe uno nunca con quién puede toparse...

ASISTENTA.– Como usted quiera. Es usted muy amable.

EL EQUIS.– ¿Tiene el coche abajo? *(Volviéndose a la* PEPA.*)* Vuelvo en seguida. No abras a nadie.

(Salen. La PEPA *da un saltito de alegría, como quien se ha quitado una gran molestia de encima. Tira el jersey para arriba y se desnuda de medio cuerpo. Va hacia el bulto del* YIMI *y le saca la lengua. Canturrea dando saltitos y se mete en el dormitorio. Tras unos segundos, el bulto del* YIMI *empieza a moverse. Unas manos huesudas apartan la manta que le cubre y el propio* YIMI *se yergue hasta quedar sentado en el sofá. Se pasa la mano por la cara y se aprieta los ojos. Carraspea. Se lleva la mano a la garganta. Hace esfuerzos para ponerse de pie y lo consigue con mucha dificultad. Una vez de pie, vuelve a llevarse la mano a la cabeza como si se mareara. No parece oír el canturreo de la* PEPA *en el dormitorio. Parece un auténtico zombi, un resucitado. Se abre la puerta de la alcoba y aparece la* PEPA *cepillándose el pelo, en ropa interior.)*

PEPA.– ¿Ya has vuelto...?

(El YIMI, *en un arranque, se lanza hacia ella como un tigre, y ella, aterrorizada, al darse cuenta, logra meterse en el cuarto y atrancar la puerta. Con los pies, con los puños, con la cabeza, incluso, el* YIMI *comienza a dar golpes sobre la madera.)*

YIMI.– ¡Mala puta, mala puta, mala puta!... ¡Abre que te voy a... a cortar el... gañote!... ¡Te voy a sacar... las, las tripas!... ¡Te voy a...! ¡Me, me, me... he enterao de to, de to...! ¡Hijaputa, te ra, te ra, te rajo!... ¡Huy, la, la...! ¡No empujes la puerta, que te rajo!... ¡Te voy a....!

(Se pone a buscar frenético, casi arrastrándose por el suelo, alguna cosa con que echar abajo la puerta.)

PEPA.– *(En «off».)* ¡Socorro!... ¡Auxilio!... ¡Que me mata!... ¡Que sa vuelto loco!...

YIMI.– *(Furibundo.)* ¿Me, me, me vais a... a... encerrar, a encerrar?...

(Se oye cierto revuelo entre los vecinos. Alguien discute en la escalera y, en la discusión, sobresale la voz del EQUIS, *que, por fin, abre la puerta y se encuentra, de pronto, con la escena.)*

EL EQUIS.– Pero ¿qué leche pasa...?

YIMI.– *(Lanzándose contra él.)* ¡Cabrón...!

(El EQUIS *lo deja fuera de combate de un mandoble. Va a abrir la puerta del dormitorio y acoge a la* PEPA, *que se abraza a él.)*

EL EQUIS.– ¡Abre, abre, que soy yo!...

PEPA.– ¡Ah, por fin!...

EL EQUIS.– Pero ¿será posible?... ¿Será posible, coño?... ¿Es que no se os puede dejar solos?

PEPA.– ¡Figúrate que, de pronto, me lo encuentro ahí, de pie, como si na!...
EL EQUIS.– *(Volviéndose hacia el* YIMI.*)* Pues sí que se te ha pasao pronto la...
PEPA.– ¡Ay, Equis!...

(El YIMI, *recobrado, vuelve a lanzarse contra el* EQUIS, *pero éste, con un fuerte empujón, lo lanza contra la pared, que le deja medio atontado.)*

EL EQUIS.– ¡Te voy a...! *(Saca la cadena que llevaba debajo de la chaqueta.)* ¡Pero... coño!...
PEPA.– *(Animándole a pegarle.)* ¡Dale, dale fuerte!...

(Ha cogido al YIMI *por el cogote y, con la otra mano, le amenaza con la cadena.)*

EL EQUIS.– ¡Te voy a partir el coco, so cabronazo!...
YIMI.– ¡Jo...puta!... ¡Maricón!

(El EQUIS *ha echado la cadena por el cuello al* YIMI *como si fuera a ahorcarle y lo amarra a la puerta.)*

EL EQUIS.– ¡Te voy a poner aquí de portero!... ¡Aquí, bien amarrao!... Si viene alguien y ve tu jeta, le va a entrar un susto que va a salir corriendo a toda pastilla escaleras abajo. ¿Qué te parece?
PEPA.– ¡Fenómeno!... Es pa lo único que vale.
YIMI.– ¡Me, me, me... las vais a pagar; por la leche que mamé, que me las vais a pagar!...

(El YIMI *ha quedado prendido por el cuello y parece un murciélago, ensartado en la puerta.)*

EL EQUIS.– *(Volviéndose a ella.)* ¿Qué te parece este portero automático?
PEPA.– ¡Fenómeno, tío!... Está que ni pintao...
EL EQUIS.– *(Mirándole despectivo.)* Si en este mundo todos hemos nacido para algo. Tú naciste para esto: para servir de portero y limpiar los zapatos...

PEPA.– *(Que se ha plantado delante de* YIMI *y le lanza un escupitajo.)* ¡Y quería cortarme el gañote este mierda!... ¡Cortarme el gañote a mí!... ¡Anda, córtamelo!

YIMI.– ¡Me las ties que pagar toas juntas, por la leche que mamé!...

EL EQUIS.– *(Coge a la* PEPA *por el cuello y la hace girar hacia él; le da un beso en la boca y la lleva hacia el sofá.)* No seas mala, tía... Déjale ya que se pudra. Hay que tener consideración con los enfermos. Y ya ves que nos puede hacer un buen servicio.

PEPA.– ¿Ése?... ¿Un buen servicio? Como no sea de murciélago.

EL EQUIS.– *(Se quita la chaqueta y desanuda la corbata; luego, se remanga y se pone cómodo.)* Pronto vamos a librarnos de él..., ya verás.

YIMI.– *(Dando fuertes tirones a la cadena que hacen temblar la puerta.)* Eso... lo, lo... lo veremos. De, de, de mi... no, no...

EL EQUIS.– *(Autoritario.)* A ver si te estás con la boca cerradita, ¿eh? ¿O quies que te meta otra banderilla de fuego?... ¿Es que te gusta el aguarrás?

PEPA.– Ya se la tenías que haber puesto, y que nos dejara tranquilos de una puta vez, ¡leche!...

EL EQUIS.– ¡Déjale!... En seguida vendrán por él... *(Al* YIMI.*)* Hemos llamao al carro de la basura... Los que no valen para nada, como tú, ¡a la basura!...

YIMI.– *(Con voz de borracho, lloroso.)* Pero..., pero... ¿qué te he hecho yo..., Equis?... ¿Qué te he hecho?...

EL EQUIS.– ¿Te vas a callar?... ¿O te meto un cadenazo en la chorla pa que se te enciendan las pilas? *(A la* PEPA.*)* ¿Qué?... ¿Le encendemos las pilas al portero automático?

PEPA.– *(Queriendo cogerle la cadena.)* ¡Trae que se las encienda yo!...

EL EQUIS.– ¡No, quita!... Que ahora te voy yo a dar un gustillo...

YIMI.– *(Amenazador.)* Tan..., tan..., tampoco... os escaparéis vo..., vo..., vosotros de..., de..., ¡la basura!...

(Y sigue diciendo incoherencias.)

EL EQUIS.– Como no te la envaines, te meto una bolsa de plástico en el testuz...

PEPA.– *(Animándole.)* ¿Quieres que traiga una?

EL EQUIS.– ¡Déjale!... Y ven aquí... *(Al* YIMI.*)* Como no venga a salvarte el del butano ese..., o el Supermán...

(Y saca varias cosas del bolsillo, entre éstas un monedero, que balancea en el aire ante los ojos sorprendidos de la PEPA *y el* YIMI.*)*

PEPA.– ¿Qué es eso?

EL EQUIS.– ¿Esto?... ¿Qué va a ser? ¿Para qué te crees que uno es galante con las señoras?... ¡Mira, Yimi!... ¿Qué te parece? *(A la* PEPA.*)* Se lo he sacao a la tía esa... ¡A ver!... ¿Te crees que iba a acompañarla de gratis? *(Al* YIMI.*)* ¡Fíjate, macho!... ¿Sé o no sé de mangancia?

YIMI.– Lo, lo... lo que te enseñó el Tinto de Valencia..., ¡porque tú!...

EL EQUIS.– *(Indignado.)* ¿A mí?... ¿A mí me enseñó nadie?... ¡Te voy a...! ¡Bah, olvídame ya, y a ver si vas aprendido algo, tío...!

PEPA.– ¿Ése?... ¿Te va a llegar a la suela del zapato?

EL EQUIS.– Figúrate, que la llevaba la tía en el carterón aquel, y tuve que meterla bien la mano...; que, por cierto, tiene las carnes muy en su punto, la funcionaria.

PEPA.– *(Ansiosa.)* Abre, abre a ver qué hay...

YIMI.– *(Profético.)* La, la..., la muerte...

EL EQUIS.– *(Sin oírle.)* ¿Qué va a haber aquí?... Ya lo ves..., papeles..., chatarra y... ¡Ostia!... *(Va sacando las cosas. Saca hasta cinco o seis billetes de a mil.)* Apretaos en el forro, oye... Uno, dos, tres... ¡Cinco mil duretes!... ¡Toma castaña!

YIMI.– *(Carraspeando.)* Me..., me..., me ahogo... ¡Me... ahogo!

EL EQUIS.– *(A la* PEPA.*)* Anda y aflójale un poco la cadena.

PEPA.– *(Con malísima intención.)* ¡Se la aprieto más!

EL EQUIS.– *(Deteniéndola.)* No, mujer, ¡déjale!... Que se ahogue él solo. *(Volviendo al tema del bolso.)* No sé por qué me lo maliciaba... que la tía pechugona llevaba algo. Estas funcionarias cobran buenos «moneys»... *(Al* YIMI.*)* ¿No decías tú que yo había perdido facultades en el talego? A ver si tú eres capaz de...

YIMI.– *(Fanfarrón.)* Suéltame... Suéltame y te lo demuestro... ¡Me cagüen!...

PEPA.– *(Que ha cogido los billetes.)* Dámelos pa comprar unos granillos...

EL EQUIS.– *(Quitándoselos y guardándoselos en el bolsillo.)* Con esto, con lo que te den mañana por la muñeca..., y los que nos den por ése...

PEPA.– *(Despectiva.)* ¿Por eso?... ¿Qué nos van a dar por un murciélago?

EL EQUIS.– Tú déjame a mí, que lo tengo bien planeao... Si vinieran a por él... Pero ¡qué va!... ¡En este país!... Si fuera en América, ya estaría aquí

la ambulancia con los loqueros y toa la ostia... Pero ¡aquí!... Aquí tiene uno que aguantar a un majara hasta que les salga de los cojones.

YIMI.– *(Retorciéndose.)* A... acuérdate del..., del...

EL EQUIS.– Y ahora, ¡A ver si me puedo relajar un poco, leche, después del trago que me habéis dao!...

PEPA.– ¡Ése ha tenío la culpa!...

EL EQUIS.– Mira que asustarse de un pingajo... Me has decepcionao, tía...

PEPA.– Porque me lo encontré de pronto ahí, como un....

YIMI.– ¡No te vas a escapar, mala puta!

EL EQUIS.– *(Vuelve a sujetarla cuando intenta irse hacia el* YIMI.*)* ¡Que lo dejes ya!... Para lo que va a estar ahí...

PEPA.– Bueno..., ¿vamos a hacer algo, o no?

EL EQUIS.– *(La aparta con cierta brusquedad.)* Sí..., pero déjame un poco...

PEPA.– ¿Es que ya ties el mono, o qué?

EL EQUIS.– *(Nervioso.)* ¡Es que no tienes espera!.. No vivís más que para una cosa. Como si en la vida todo fuera el chute... y sólo eso. No acabáis de mentalizaros de lo que es esta vida, leche... Anda, acércate...

PEPA.– *(Ella se acerca al ver que el* EQUIS *ha sacado un estuche de agujas hipodérmicas.)* ¡Ya era hora, paliza!... *(Y se descubre el brazo.)*

YIMI.– *(Lloriquea.)* ¿Y yo qué he hecho pa que no...?

EL EQUIS.– *(Cortante.)* ¡Que me olvides ya....!

PEPA.– *(De rodillas ante el* EQUIS.*)* Una chorraíta buena, jefe...

EL EQUIS.– *(Observa el brazo y pasa suavemente la mano por éste. Le besa el brazo.)* Un brazo tan bonito, tan redondo, y picaíto...

PEPA.– ¡Bueno!...

EL EQUIS.– Mira, mira cuantas picaítas... Una, dos, tres, cuatro...

YIMI.– ¡Se picaba la tía a mis espaldas!...

EL EQUIS.– *(Sigue contando.)* Cinco, seis, siete... *(Va señalando con un leve pinchazo de la aguja cada marca.)* Condecoraciones de fuego... Marquitas de placer, ¿eh?...

PEPA.– ¡Ni que fueras un bofia!...

EL EQUIS.– *(Sonríe.)* Te voy a dar yo a ti... *(Al* YIMI, *que hace sonar la cadena.)* ¿Te vas a estar quieto ya con la cadena? ¿O es que me quieres recordar el talego?

YIMI.– ¡El talego pa ti pa siempre, joputa!...

EL EQUIS.– *(A la* PEPA.*)* Primero, habrá que tapar estas picaítas tan feas... Una «jai» como tú no puede ir por ahí con esta mierda. Máxime si va a ser mía... Porque vas a serlo, ¿no?

PEPA.– *(Arrobada.)* Sí, tu hembra; tuya pa siempre...

EL EQUIS.– *(Con una aguja larga en la mano.)* Por eso lo primero que voy a hacer es disimular esto con un dibujo que voy a hacerte... Vas a ver mi arte... Trae acá...

PEPA.– (*Esconde el brazo.)* ¿Me vas a....?

EL EQUIS.– A ponerte un tatuaje, una marca... La mía.

PEPA.– *(Escapando de él.)* ¡No, no quiero tatuajes!... ¡No!...

YIMI.– *(Dando un tirón a la cadena.)* ¡Híncala, clávasela bien!... Es una cucaracha, una culebra...

(Ha conseguido atraparla y la lleva arrastrando hacia el sofá. El YIMI *hasta le da un puntapié desde su atadura.)*

EL EQUIS.– ¿Te crees que vas a escaparte?... ¡Antes te voy a marcar, porque eres mía!...

PEPA.– *(Defendiéndose.)* ¡No, no, no quiero!... ¡No!...

EL EQUIS.– *(Obligándola a arrodillarse ante él.)* Te voy a poner una marca.., una marca de fuego..., ¡como me llamo el Equis!...

PEPA.– *(Queriendo desasirse.)* Luego, luego... Primero, dame...

EL EQUIS.– *(Sujetándola bien.)* Primero, te marco, te pongo mi nombre, como se lo puse a todos... *(Señala al* YIMI.*)* Que te diga ése... A mis «jais» las señalo a tres colores.

PEPA.– *(Con rencor.)* ¡A ti sí que te puso el rejón en el culo el Americano!... ¡Acuérdate!

EL EQUIS.– *(Clavando hondo la aguja a la* PEPA.*)* Yo soy maestro en esto de las marcas...

(Ella grita.)

YIMI.– El mejor está en Ocaña... ¡Y tú sabes quién es!

EL EQUIS.– *(Va hacia el* YIMI *y le abre el mono hasta descubrirle el pecho, donde hay tres señales.)* ¿Mejor que yo?... ¿Quién te marcó a ti?... *(Le pasa la mano por el pecho con indudable placer. El* YIMI *parece apla-*

carse.) ¿Quién te puso estas marcas? Una por mí... Otra, por... quien tú sabes... Y la otra por...

YIMI.– ¡Por lo nuestro!...

EL EQUIS.– *(Le pasa la mano por la cara.)* ¡Calla!... O te callas, o te meto una bolsa de plástico como la que le metí al Catalán el día que se chivó.

YIMI.– *(Exaltado.)* ¡Fui yo!... ¡Yo, para vengarte!... Fue el día de las moscas en el caldo...

EL EQUIS.– *(Chulo.)* ¡Olvídame, tío!... *(Volviéndose a ella.)* A mi Pepi la voy a tatuar una araña..., con su tela... Una tela... para cazar las moscas. La mosca..., la mosquita...

(Le da varios pinchazos que le hacen soltar otros tantos gritos.)

PEPA.– ¡Ay, ay, ay....! ¡Ay, Equis!...

EL EQUIS.– Mi marca... *(Le grita.)* ¡Y no llores, tía!... ¡Una «jai» como tú no llora!

PEPA.– *(Tragándose las lágrimas.)* No, no, no... lloro...

YIMI.– *(Enardecido.)* ¡Híncala!... ¡Híncasela bien!...

EL EQUIS.– *(Con sadismo.)* A ti sí que te voy a hincar yo... ¡Para celebrar nuestra fiesta!...

PEPA.– *(Queriendo estar zalamera.)* Es que... si me dieran una chorraíta primero, pues...

EL EQUIS.– *(Que ha empezado ya la meticulosa labor del tatuaje.)* Estas cosas... hay que hacerlas con el coco bien claro. Es un trabajo de precisión, como el de los relojeros o los joyeros... Ya habrá tiempo para colocarse... los tres.

PEPA.– *(Sorprendida.)* ¿Los tres?... ¿Ese también?

YIMI.– *(Anhelante.)* Yo, yo también...

EL EQUIS.– *(Rotundo.)* ¡También!... Si dejas de decir chorradas... ¿Te crees que yo no soy humano, o qué?... ¿Es que ya no te acuerdas las veces que te he salvao la vida?

YIMI.– Y yo a ti... ¡Yo a ti!

EL EQUIS.– ¿Tú?... ¿Tú a mí?... ¿De qué?...

PEPA.– *(Da un grito.)* ¡Ay!...

EL EQUIS.– *(Justificándose.)* Me pone ése nervioso, y te pincho...

YIMI.– ¡Pínchala!... ¡Pínchala!...

PEPA.– Duele mucho...

EL EQUIS.– ¡Coño, claro que duele!... También duele lo otro, ¿no? Y te callas. Pues tienes que aguantarte. Si quieres presumir de «jai» del Equis, tienes que aguantar mecha... Luego te dará gustirrinín... Si te mueves, será peor.

YIMI.– ¡Pínchala!...

EL EQUIS.– Y si ése sigue fardando... Anda, dile que se calle.

PEPA.– *(Suplicante.)* Cállate, Yimi, por Dios....

YIMI.– *(Amenazador.)* Luego, ¡te clavaré yo hasta el corazón!...

EL EQUIS.– *(Enfebrecido.)* Hondo..., muy hondo... A alguien como tú hay que pincharle bien hondo...

PEPA.– *(Aprieta los labios.)* Pincha..., pincha...

EL EQUIS.– Así me gusta... Así me molan las hembras. En el Oriente las «jais» van marcadas para toda la vida... Y aquí habrá que hacerlo algún día... Ya verás qué bonito... Antes, se te hinchará el brazo, las tintas se correrán y... *(Le da un beso muy apretado en el brazo.)* ¡Para toda la vida!...

YIMI.– *(Sardónico.)* Sí... ¡Hasta la muerte!...

PEPA.– *(Rendida.)* Una... araña tuya... para mí...

YIMI.– *(Burlón.)* No.., un alacrán... ¡Un alacrán venenoso!

EL EQUIS.– *(Asiente.)* Sí..., me llaman el alacrán... en el Puerto de Santa María. Pero soy un alacrán sin veneno. Yo no tengo veneno, sino cariño para ti... *(Besa las picadas y sorbe la sangre a la vez.)* Cariño que viene del Tercio Gran Capitán; del Batallón Disciplinario de Melilla, del penal del Puerto, de Ocaña y los Carabancheles... De sitios de hombres solos; de hombres con lo que tienen que tener, y no de muñecas como tú, ni de murciélagos secos... como ése.

YIMI.– *(Excitado, nervioso.)* Yo... ¡más hombre que tú! ¡Más hombre que tú!... ¡Me cagüen la leche!...

EL EQUIS.– *(Va hacia el* YIMI*, con la aguja hacia el rostro de éste.)* ¡A ti te marco en la cara como a los soplones!...

PEPA.– *(Reteniéndole.)* ¡Termina!... ¡Terminemos ya de una vez!... *(Mostrándole el brazo sangrante.)* ¡Mira!...

EL EQUIS.– *(Señala al* YIMI.*)* Hazte cuenta de que es nuestro casorio... Y ése es nuestro padrino... Luego, lo celebraremos los tres.

PEPA.– *(Con ansiedad.)* ¡Vamos a celebrarlo ya!

EL EQUIS.– No..., antes hay que terminar esto... con dolor. Para llegar a la dulzura, hay que sufrir primero...

YIMI.– *(Con agresividad.)* ¡Bocazas!... ¡Siempre has sido un bocazas!
PEPA.– *(Convencida.)* ¡Pincha!... ¡Pínchame!...
EL EQUIS.– ¿Tú sabes quién me enseñó a hacer este trabajo?
YIMI.– *(Corrosivo.)* El Americano, en Ocaña...
EL EQUIS.– ¿Tú qué sabes?... Fue mi madre la que me enseñó a hacer esto.. Mi madre que en gloria esté... Porque ella cosía... Antes, las mujeres aquí no hacían más que coser... Y mi madre, ¡siempre con la aguja en la mano!... *(Ríe al recordarlo.)* Y como yo era un desalmao, pues venía y ¡zas!, me clavabla la aguja donde alcanzaba... *(Ha clavado también hondamente la aguja a la* PEPA, *que se estremece.)* Pero me clavaba muy bien, ¿sabes?... Luego, yo me entretenía con la herida y... así aprendí. *(Al* YIMI.*)* ¡Al americano lo marqué yo!... ¡Yo!...
YIMI.– *(Exaltado.)* ¡No!.. ¡No es verdá!... ¡Te marcó él!... ¡Y a mí también! *(Se abre más el mono hasta enseñar el trasero.)* ¡Me lo hizo aquí!...
EL EQUIS.– *(Enfurecido.)* ¡Maricón!... ¡Maricón de mierda!... ¡Ahí sólo tienes señales mías!... ¡Sólo mías!
PEPA.– *(Algo asustada.)* Por Dios, Equis, ¡déjalo!...
EL EQUIS.– *(Conteniéndose.)* Sí, será mejor, mejor... Ahora hay que celebrar esto... El casorio... Hazte cuenta que tú eres la novia y yo te pregunto, como haría el cura: «Fátima... ¿Te gusta el nombre?».
PEPA.– *(Con los ojos cerrados, repite.)* ¿Fátima...? Me gusta.
EL EQUIS.– «¿Quieres por compañero al Equis?»
PEPA.– Sí...
EL EQUIS.– *(Pinchándola fuerte.)* ¡Dilo más alto!
PEPA.– ¡Sí!... ¡Lo quiero!
EL EQUIS.– «¿En la suerte... y en el mal fario?»
PEPA.– Sí, sí...
EL EQUIS.– ¡Repítelo!
PEPA.– En la... muerte, y el mal fario...
EL EQUIS.– «Y hasta que...» ¿Cómo se dice?
YIMI.– *(Sardónico, zumbón.)* Hasta que la huesa os separe... Tuya hasta la muerte. ¡Te la regalo!
EL EQUIS.– *(Apremiante.)* ¡Dilo!... Hasta la muerte...
PEPA.– *(Dócil.)* Hasta la muerte.
EL EQUIS.– *(Como en un ritual.)* Y te clavo esta aguja de fuego..., para que nunca se te olvide mi nombre, y lo lleves hasta la mortaja.
YIMI.– *(Mientras ella da agudos gritos de dolor.)* ¡Y que te se pudra con ella!...

EL EQUIS.– *(Radiante, dominador.)* ¡Que se calle el padrino!... *(Amenazador, entre dientes.)* Luego me entenderé contigo... Me las pagarás.

YIMI.– *(Grita.)* ¿Tú a mí, a mí?... ¡Hijoputa!...

PEPA.– *(Deseando acabar. Al* EQUIS.*)* ¿Está... ya?

EL EQUIS.– ¡Qué va a estar!... ¿Tú crees que esto se hace en un día, ni dos?... Hay que entretenerse si hay que cuidar los pinchazos en esta carne tan hermosa... *(Besa el brazo y sorbe la sangre.)*

PEPA.– *(Entre el dolor y el placer.)* Equis... ¡Por Dios, Equis!...¡No!...

EL EQUIS.– *(Por el* YIMI.*)* Ése ya lleva mi marca... Y tú, la llevarás ahora también...

PEPA.– *(Agotada.)* No..., no puedo más... No puedo...

EL EQUIS.– Habrá que descansar... y colocarnos un poco... ¿Dónde está la jeringuilla?

(Deja la aguja del tatuaje y coge la jeringuilla.)

PEPA.– *(Anhelante.)* ¡Por fin!... Por tu madre te lo pido, Equis; por mis muertos... ¡Que no puedo más!...

EL EQUIS.– ¡No soy una fiera, coño!... Ahora vais a ver quién soy yo...

PEPA.– *(Mostrándole los brazos.)* Ahora... ¡Ahora!...

EL EQUIS.– Te voy a meter una corriente... de cariño, para que viajes conmigo hasta el fin del mundo... *(Volviéndose al* YIMI.*)* ¡Y usted que lo vea, señor padrino!...

(Baja la jeringuilla y clava la aguja con fuerza en el hombro de ella.)

PEPA.– *(Grita.)* ¡Ay!... *(Algo relajada. Suspirando. Queda semiconsciente.)* Gra... gracias... Gracias, amor... ¡Qué gozada!...

(El EQUIS *va hacia el* YIMI, *que le observa fijamente. Le afloja la cadena. Le quita de la puerta y le lleva arrastrando, como a un mono.)*

EL EQUIS.– Tú también quieres gozar, ¿no?

YIMI.– Por..., por favor..., Equis... Por favor, si puedes...

EL EQUIS.– *(Dominador.)* ¡Si no fuera por mí!... *(Le acaricia la cabeza.)* Si no fuera por tu amo, ¿qué sería de ti?... ¿Cuántas veces te saqué de apuros?... Allí y aquí... ¿Eh?

YIMI.– *(Suplicante.)* Aguarrás, no... ¡Por favor!...

EL EQUIS.– Tú sabes que yo soy justo... Lo sabes... Te di aguarrás porque te lo merecías. Y, ahora, te voy a dar tu parte... La parte que te corresponde...

YIMI.– *(Alzándose como un perro.)* ¡Mi parte... sí!... ¡Quiero mi parte!...

EL EQUIS.– La vas a tener... Ahora mismo, cuando acabemos el asunto... *(Lo arrastra por la cadena hasta llegar al teléfono. Marca un número y espera. Mientras, acaricia la cabeza del* YIMI.*)* Verás ahora... Ya verás. *(Al teléfono.)* Oye... Que ya está. Ya puedes subir... Sí... ¿Qué te parece?

YIMI.– *(Le presenta el brazo desnudo.)* Venga ya... Venga... ¡Deprisa!

EL EQUIS.– *(Acariciándole.)* ¡Espera!... No seas nervioso... Todo lo quieres siempre deprisa, corriendo... *(Le da un beso, casi un mordisco, en la nuca.)* Ahora, cuado todo se arregle..., verás cómo soy... *(Va a abrir la puerta. Se oyen pasos.)* Ya sube... Ya está aquí... ¡Pasa, tía!...

(Aparece la ASISTENTA SOCIAL, *que se enfrenta al* EQUIS, *como a un colega, sin reparar en el* YIMI *ni en la* PEPA, *que permanece semiconsciente.)*

ASISTENTA.– *(Muestra un cheque.)* Aquí está...

EL EQUIS.– ¿Sin problemas?

ASISTENTA.– Abajo está el Jalifa con el coche... La otra mitad, luego...

EL EQUIS.– *(Que ha cogido el talón y se lo ha guardado tras echarle una ojeada. Señala a la* PEPA.*)* Ahí tienes la mercancía... Y dile al Jalifa que estaré a punto para «finiquitar» la operación.

ASISTENTA.– *(Ha ido hasta la* PEPA *y la incorpora suavemente.)* ¿Me vas a acompañar, guapa?

EL EQUIS.– La señora te va a llevar de viaje...

ASISTENTA.– A Túnez... Nos están esperando abajo.

PEPA.– *(Dejándose llevar.)* ¿Viajar?... Sí, sí... Viajar...

ASISTENTA.– *(Llevándosela hacia la puerta, como quien promete una golosina.)* A Túnez... Nos vamos a Túnez...

PEPA.– *(Casi inconsciente.)* ¿Tnez...? ¡Ah..., sí!...

ASISTENTA.– *(Al* EQUIS.*)* A las dos, en la cafetería...

EL EQUIS.– Allí estaré. Y que no os pase nada.

(La ASISTENTA *hace un gesto despectivo y sale llevando a la* PEPA *medio inerte.)*

YIMI.– *(Queriendo detenerlas.)* ¡Espera!... ¡No te la lleves!

EL EQUIS.– *(Cerrando la puerta y cortándole el paso.)* ¡Tú, quieto!

YIMI.– *(Abalanzándose furioso.)* ¡Déjame pasar!...

EL EQUIS.– *(Terminante, le empuja.)* ¡No quiero!

YIMI.– *(Tras una breve tensión, amenazador.)* ¡Mira, que soy capaz de...!

EL EQUIS.– *(Retándole.)* ¿Qué?...

YIMI.– *(Mordiendo las palabras con rabia.)* ¡De ajustarte las cuentas de una vez por todas!

EL EQUIS.– *(Con sarcasmo.)* ¿A mí?... ¿Las cuentas a mí, tú?

YIMI.– *(Enérgico, bravucón.)* ¡Sí, yo! ¿Qué pasa?... ¡Te crees que aún estamos enrejaos?... Que puedes seguir haciendo conmigo lo que te sale del nabo? ¡Pues no han cambiao poco las cosas!...

EL EQUIS.– *(Sardónico.)* ¿Tú crees que han cambiao?

YIMI.– Sí, ¡al menos pa mí!... ¡No te pienses que sin ella aquí to va a ser lo mismo! ¡Ni que vas a tenerme bien agarrao con el chute!... Si he aguantao toas las ostias que has querío darme, ha sido sobre to por ella. Y por mí también. Hay que tragárselas enteras, o doblás, con tal de tener un cobijo... y alguien pa compartirlo.

EL EQUIS.– *(Con una sonrisa cínica.)* ¡Bien!... Estás en tu casa... Y aquí estoy yo.

YIMI.– *(Con rencor.)* ¡Tú no me vales!... Contigo aquí to volvería a ser igual que en el talego. Desde que atravesastes esa puerta, que has convertío esto en un chiquero, en otra jaula como aquella en la que tú eras el amo. A donde tú entras, arramblas con to lo cojonudo que pueda haber allí.

EL EQUIS.– *(Sin dejar de sonreírle.)* ¿Tan malo soy?... ¿Tan mal me he portao contigo?

YIMI.– *(Con odio.)* Lo de menos han sido toas las cabronás que me has hecho desde la noche en que aparecistes. Te las he soportao pa poder seguir viviendo aquí con ella, gozando... o sufriendo juntos.

EL EQUIS.– *(Sonríe maligno.)* ¿Qué más da lo uno o lo otro? Son dos partes de la misma cosa. ¿Eh, Yimi?...

YIMI.– *(Sin oírle.)* Lo que no te perdono es el haberme embarcao pa un viaje del que nunca se vuelve... Cuando me enjaularon contigo y con dos de

tus machacas, yo no era na más que un pijo chuleras, acosao por el hambre y el miedo. Tú me pinchastes por vez primera pa poder luego trastearme como a los demás y hacerme otro colgao tuyo. Y eso es lo que he sido hasta ahora: el mandao más tontarra de to el atajo de guripas que te han rodeao.

EL EQUIS.– *(Con frenesí.)* ¡No!... ¡Tú eres para mí mucho más que eso!... ¡Te necesito, Yimi!... ¡Y tú me necesitas!... Vine a buscarte al salir del talego porque no quiero, ¡no puedo!, ser libre si tú no estás atao a mi lao y yo no soy tu esclavo. Por eso te arranqué de aquí los estorbos. Tus mujeres están ya bien colocadas... y lejos de nosotros. Volvemos a ser libres, colega, para poder encadenarnos otra vez uno al otro.

YIMI.– *(Con firmeza.)* ¡No!... ¡Nunca más volveré a ese infierno!... ¡Nunca volveré!

EL EQUIS.– *(Sonríe.)* No tienes escapatoria, Yimi. Ninguno de los dos la tenemos. Estamos enganchaos para siempre a un carro de fuego, que gira en redondo y nos arrastra con él.

YIMI.– *(Rotundo.)* ¡Yo haré que se pare de golpe!

EL EQUIS.– *(Igual.)* ¡Nadie puede pararlo!... ¡Ni borrar sus marcas!

YIMI.– *(Febril.)* ¡Yo lo haré! ¡Juro que lo haré!

(Abre la puerta de salida y se marcha agitado.)

EL EQUIS.– *(Queriendo detenerlo, grita. Se le oye bajar deprisa la escalera que lleva a la calle.)* ¡Yimi!... ¡Vuelve, Yimi!... ¡Vuelve!... ¡Yimi!...

(El EQUIS *cierra la puerta y camina como ausente hasta llegar cerca de donde está la casete. La mira con nostalgia. Se oye lejana la música que sirvió de fondo a los rituales sadomasoquistas.)*

EL EQUIS.– *(Con voz apagada.)* ¡Volverás!... Yo sé que volverás..., tarde o pronto. Nadie puede escapar de su destino... Y el tuyo está ya marcado... con fuego.

(Sube la música al tiempo que bajan las luces. Telón.)